



El viaje en la geografía moderna

Pilar Paneque Salgado y Juan Francisco Ojeda Rivera
(Editores)

un
Universidad
Internacional
de Andalucía
A

Carla Ojeda
en Ojeda



un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A



El viaje en la geografía moderna

**Pilar Paneque Salgado
Juan Francisco Ojeda Rivera
(Editores)**

Coloquio del Grupo de Historia del Pensamiento Geográfico. El lugar de la excursión en la Geografía Moderna (5º. 2010. Baeza)
El viaje en la geografía moderna / Pilar Paneque Salgado, Juan Francisco Ojeda Rivera (editores). — Sevilla : Universidad Internacional de Andalucía, Servicio de Publicaciones, 2013

564 p. : il. col. ; 22 cm

ISBN 978-84-7993-236-7

Colaboración del Proyecto de Investigación de I+D+I del Ministerio de Ciencia e Innovación CSO 2009-12225-C05-05 (Subprograma Geog): "Las unidades básicas de Paisaje Agrario de España. Identificación, delimitación, caracterización y valoración. La España Meridional Andaluza"

1. Viajes 2. Geografía I. Paneque Salgado, Pilar (ed. lit). II. Ojeda Rivera, Juan Francisco, ed. lit. III. Universidad Internacional de Andalucía. Publicaciones, ed.

910 (063)

EDITAN:

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA.

SERVICIO DE PUBLICACIONES

Monasterio de Santa María de las Cuevas.

Calle Américo Vespucio, 2.

Isla de la Cartuja. 41092 Sevilla

www.unia.es



COORDINACIÓN DE LA EDICIÓN:

Pilar Paneque Salgado

Juan Francisco Ojeda Rivera

(Editores)

COPYRIGHT DE LA PRESENTE EDICIÓN:

Universidad Internacional de Andalucía

Asociación de Geógrafos Españoles

Grupo de Trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico

COPYRIGHT: Los autores

FECHA: 2013

EDICIÓN: 500 ejemplares

ISBN: 978-84-7993-236-7

DEPÓSITO LEGAL: SE 1447-2013

MAQUETACIÓN Y DISEÑO: Olga Serrano García y M^a Dolores Lobo García

CUBIERTAS: imagen de B. Delgado Bujalance (Cuaderno de viaje inédito)

IMPRESIÓN: Tecnographic Artes Gráficas

Índice

Nota preliminar	9
Juan F. Ojeda Rivera y Pilar Paneque Salgado	
Geografía y viajes	13
Eduardo Martínez de Pisón	
I. Potencialidades del viaje o excursión geográfica	29
1. Medio de contacto directo y comprensión de la realidad	29
La excursión como medio de contacto directo y comprensión de la realidad	31
Manuel Mollá Ruiz-Gómez	
Excursionismo y retórica excursionista en la tradición geográfica moderna	33
Nicolás Ortega Cantero	
Elementos para una teoría hermenéutica del paisaje. La aportación de las etapas iniciales de la geografía moderna	53
Juan Vicente Caballero Sánchez	
El trabajo de campo como herramienta metodológica para el análisis de conflictos por la ocupación del territorio	77
Virginia Jabardo Pereda	
Antonio Machado, el "camino" como metáfora de la vida	103
Joan Tort i Donada	
Tras las huellas de España en el mundo: los viajes fotográficos de Valeriano Salas	121
Jacobo García Álvarez y Daniel Marías Martínez	
Ganar en exactitud y credibilidad: el viaje de Juan Bautista Labaña (1555c-1624) por tierras aragonesas	149
Agustín Hernando	

El excursionismo como base del conocimiento geográfico del Montseny (Cordillera Prelitoral Catalana)	175
Josep M. Panareda Clopés y Maravillas Boccio Serrano	
La utilización de la literatura de viajes en la indagación geográfica: aportaciones españolas sobre el Marruecos colonial	203
Rosa Cerarols Ramírez	
Los turistas españoles en el Kairouan colonial: una élite intelectual	241
José Luis Villanova	
Las expediciones de la Academia Imperial de Ciencias: emergencia del viaje científico en Rusia	267
Marina Frolova	
2. Instrumento pedagógico	285
El valor de la excursión como instrumento pedagógico	287
Buenaventura Delgado Bujalance	
La excursión geográfica universitaria con fines formativos e investigadores: su consolidación en la Escuela Española	289
Josefina Gómez Mendoza y Concepción Sanz Herráiz	
Manuel de Terán y la excursión como forma de aprendizaje de la Geografía	329
Manuel Mollá Ruiz-Gómez y Rodrigo Torija Santos	
La interpretación de los paisajes en Geografía. De la excursión tradicional al establecimiento de itinerarios y diseño de fichas para la aplicación del Convenio Europeo del Paisaje	337
José Gómez Zotano y Pascual Riesco Chueca	
Carlos Vidal Box y la «Guía de los Recursos Pedagógicos en Madrid y sus alrededores»	359
Fernando Arroyo Ilera	
El papel de la excursión en los planes del Instituto de Geografía Alpina de Grenoble y sus repercusiones en Cataluña	377
Josep Oliveras Samitier	

Excursiones en la frontera luso-española. Paralelismos, contrastes y paradojas como recursos para el entendimiento del paisaje	395
Elia Canosa Zamora, Ángela García Carballo, Nieves López Estébanez y Emilia Martínez Garrido	
El viaje como aprendizaje significativo y pertinente. Crónica de una experiencia andaluza	429
Buenaventura Delgado Bujalance, Francisco José Torres Gutiérrez, Antonio García García y Juan Francisco Ojeda Rivera	
II. Salida de campo. Guía de la visita a vegas, campañas y sierras andaluzas	445
Excursión al valle del Guadalquivir, campañas jiennenses y Sierra Mágina	447
Eduardo Araque Jiménez, Alfonso Mulero Mendigorri y José Naranjo Ramírez	
PRESENTACIÓN DE ITINERARIO	461
III. Sesión de homenaje al geógrafo Michel Drain. Ruralidades ibéricas y gestiones mediterráneas del agua	499
Elogio científico y personal de Michel Drain	501
Florencio Zoido Naranjo	
Michel Drain, de la Geografía a la Historia de Andalucía	505
Antonio Miguel Bernal	
Una «Geografía retrospectiva» para la lectura y salvaguarda de los paisajes rurales como bienes públicos. El magisterio de Michel Drain en Andalucía	509
Rafael Mata Olmo	
Agricultura y agua en España a comienzos del siglo XXI	527
Leandro del Moral Ituarte	
Gestión del agua en Francia. Actores y administraciones competentes	545
Michel Drain Mothré	



Nota preliminar

El V Coloquio del Grupo de Historia del Pensamiento Geográfico de la Asociación de Geógrafos Españoles se celebró en Baeza, en la Sede Antonio Machado de la Universidad Internacional de Andalucía, durante los días 11 a 13 de noviembre de 2010. Este Coloquio sobre *El lugar de la excursión en la Geografía Moderna* se planteaba un doble objetivo: ofrecer un cauce de expresión investigadora a las distintas tareas desarrolladas por los miembros del Grupo en relación con el viaje, la excursión y el contacto directo con los paisajes, además de unirse a la Universidad Internacional de Andalucía para homenajear al geógrafo Michel Drain, a quien dedicamos una jornada de campo por las campiñas altas de Andalucía y una sesión de trabajo con mesa redonda sobre *transformaciones en la consideración científica del campo andaluz*. Más allá de la coordinación académica realizada por los profesores de la Universidad Pablo de Olavide, abajo firmantes, este Coloquio fue posible gracias a la coordinación y organización local de Vicente José Gallego Simón, de la Universidad Internacional de Andalucía, a quien manifestamos nuestro sincero agradecimiento.

Este libro, con el título más sintético y global de *El viaje en la Geografía Moderna*, se abre con la conferencia del profesor Martínez de Pisón, que inauguró el V Coloquio, y recoge a continuación las aportaciones a las dos Ponencias del mismo bajo el epígrafe general de *Potencialidades del viaje o excursión geográfica*, así como la Guía de la salida de campo a las campiñas altas andaluzas. Esta Guía sirvió de enlace entre el propio Coloquio y el homenaje a Michel Drain, que contó con distintas intervenciones en una mesa redonda dedicada a su propia trayectoria y a los contextos trabajados por el profesor francés, con quien tuvimos el honor de contar para clausurar esta sesión con una conferencia sobre sus actuales preocupaciones relacionadas con la gestión del agua en Francia.

La estrecha relación del viaje con la Geografía es magistralmente desarrollada por el geógrafo y viajero Eduardo Martínez de Pisón, quien termina su conferencia invitándonos no sólo a viajar, sino a escribir sobre viajes, porque el *viaje geográfico acabará siendo sustancia de todo viaje*. El contacto directo con cualquier realidad es ineludiblemente punto de partida y de llegada de su comprensión geográfica, pero también se constituye en instrumento docente significativo al servir de contraste con los datos ofrecidos por los análisis académicos y disciplinares. La sorpresa, la empatía, la inmersión sensorial y las vivencias directas son caracteres básicos de la comprensión y del aprendizaje que el viaje puede ofrecer gratuita y democráticamente a quienes se arriesgan a emprenderlo para aprender a ver, como han ido haciendo los geógrafos siempre.

Entre la celebración de aquel V Coloquio de Historia del Pensamiento Geográfico y su publicación definitiva van a transcurrir dos años, en los que han sucedido muchos acontecimientos más o menos cercanos a los asuntos que nos ocupan en este libro, pero queremos subrayar uno para honrar la memoria del compañero Buenaventura Delgado Bujalance —organizador con nosotros de este evento y fallecido en diciembre de 2011— quien, como profesor, creador y viajero infatigable nos ha dejado cuadernos de campo con dibujos y descripciones memorables. Quizás la siguiente descripción del mar de olivos de la alta Andalucía —efectuada por Buenaventura en Cazorla, a las 7 de la mañana del 11 de marzo de 2011, en el transcurso de una excursión con alumnos de Humanidades y Ciencias Ambientales— pueda constituir un epítome de todo lo que en este libro se plantea en torno al viaje del geógrafo:

Amanece como un océano de aire y cristal transparente, vemos como la inversión térmica de estas primeras horas de la mañana genera distintos planos y refracciones sobre aquellas transparencias. La sensación es íntima y polisensorial. El vacío se va llenando de plenitud: hasta el fondo hileras de olivos que convergen en el horizonte sobre suelos rojizos y, en los primeros planos, olivos sobre cuyas ramas cuelgan hojas como párpados a los que un sueño pesado, casi insoportable, hace caer sobre el aire y, vencidas por el propio peso del sueño, se mecen lentamente. Sus pestañas rayan el aire. Emerge la belleza como ejemplo del bien platónico, que la mezcla y vincula con bondad y armonía.

Al fondo, cerrando el plano hacia el norte, líneas de cumbres: Cazorla, el Pozo, Segura. Hacia el sur y el este, cumbres de Tíscar, Baza—con las primeras nieves— y Mágina.

Pero en el olivar también hay vida que amanece: Brilla la lumbre de las candelas; huele a ramón quemado: se oyen voces, afanes y trabajos buscando una buena cosecha: mucho trabajo que delata el humo y el sonido de un tractor ¡cuidado con la modernidad, indolente y metonímica!

A su memoria

Juan F. Ojeda Rivera y Pilar Paneque Salgado
Grupo de Trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico
Asociación de Geógrafos Españoles



Geografía y viajes

Eduardo Martínez de Pisón
Universidad Autónoma de Madrid

1. En el que se divaga sobre el peso del viaje en la geografía

«Es muy agradable aprender geografía —pensó Alicia mientras se ponía de puntillas con la esperanza de ver algo más lejos—».

Lewis Carroll

Esta cita está voluntariamente tomada del primer libro sobre teoría geográfica con el que me topé en mi etapa de estudiante: *Significado y propósito de la geografía*, de Wooldridge y Gordon East, editado en 1950 y traducido Argentina en 1956. Desde el principio he sabido, pues, que hay que ponerse de puntillas y mirar el horizonte. Luego, el tiempo me ha dado diversas ocasiones para practicarlo.

En una conferencia ya tardía, Humboldt hizo un balance ante sus colegas europeos del beneficio que los viajes aportaban al ensanchamiento y a las relaciones internas del conocimiento geográfico y, como era de esperar en él, lo estimó como su mejor clave. Nacimos asomados al paisaje. Las geografías descriptivas del siglo XIX («le Siècle du voyage», dicen los franceses) tenían buena parte de sus contenidos tomados directamente de los relatos de los viajeros por las distintas partes del Globo. Sus capítulos eran la lectura inmediata de las regiones del mundo. De modo que nuestra geografía bebía de las representaciones procedentes de la llamada «cultura del viaje», amplio campo en el que entrarían desde el realismo de los exploradores a las fantasías de Julio Verne. Y de la práctica social del viaje, con su mejor ejemplo en los ingleses, que extendía y nutría la percepción directa y el gusto por experimentarla. Pero la tradición filosófica de una perspectiva comparada en la que tú miras el mundo tanto como éste te mira a ti, bien sólida, venía de antes, del espíritu ilustrado, por ejemplo de Rousseau, de Voltaire, de Montesquieu y, en casa, de Cadalso. Y, como compilación de los relatos viajeros, quedan en clara muestra de ese sólido y tradicional interés ilustrado los tomos de la *Histoire générale des voyages ou nouvelle collection de toutes les relations de voyages par mer et par terre*, que publicó Didot en París a mediados del siglo XVIII. Todavía hay que acudir a ellos para ciertas fuentes.

Cuando yo era estudiante, en efecto, las historias de la geografía que podían leerse en cualquier lengua consistían principalmente

en la historia de las exploraciones, de los descubrimientos, de la colonización, de los libros de viajes. Por ejemplo, el divulgado libro de Kretschmer, que de 1926 a 1942 difundió en varias ediciones la *Historia de la geografía* en la colección de «iniciación cultural» de Labor, narraba en esencia el proceso de ampliación del horizonte geográfico fundamentalmente de los europeos desde los poemas homéricos a Amundsen.

Pero había algo más, interno, de concepto y método profesional, de averiguación de lo geográfico, que podría resumirse en una consigna latente o patente, tácita o explícita: «nada como el terreno». Estaba en todo, en manuales, en libros de investigación, en artículos, en los maestros... y en la práctica, tantas y tantas veces limitada a la observación directa por carencia de bibliografía y de cartografía previa. Entonces, sólo el «terreno» desvelaba. Y se aprendía así el ejercicio de su lectura directa y, en suma, desveladora, como procedimiento de trabajo. Aunque fuera en tren y bicicleta, el geógrafo viajaba, se desplazaba a leer el lugar.

Otro librito muy difundido entonces (y de notable calidad) era el de Clozier, *Las etapas de la geografía*, publicado en España en 1945, que se iniciaba igualmente en el mundo conocido por los antiguos y acababa en las exploraciones polares y con los contenidos científicos de una geografía explicativa. Era todo él como una invitación a seguir explorando, en las huellas de Scott. Con la siguiente consideración: «es a Europa, a la civilización europea, a quien la Geografía debe el lugar privilegiado que ocupa entre las principales ramas del saber humano». Pero además orientaba vidalianamente al análisis del paisaje en su lugar para discernir, para ver y hacer ver, para «saber ver», para situar el cuadro, para hacer de guía del pensamiento, para efectuar la correspondiente descripción razonada. El método era, pues, la observación. Pero no hay observación sin orden previo, sin inteligencia crítica, ni sin decantarse, como viaje, en experiencia.

En un artículo de Larra de 1835, que he citado en otras ocasiones, se lamentaba el escritor de la poca afición al viaje en los españoles de su época: «semejantes los hombres a los troncos, allí donde nacían, allí morían». Y, si alguien se desplazaba de su casa a las afueras por alguna imperiosa obligación, «al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: ¡Qué grande es el mundo!».

Sin embargo, la larga tradición del viaje a las Américas, que no fue pequeña cosa, debería también pesar en nuestra cultura. Siempre me ha interesado la contribución de los exploradores y cronistas de Indias a la formación de la geografía del mundo, por primera vez realmente universal gracias a ellos, en el renacimiento. Al decir «geografía» en este caso me refiero a un saber formalizado que contiene, al menos, una descripción escrita y acaso un mapa del territorio. Con ello, está claro, se puede distinguir lo que se quiere decir cuando se habla de descubrimiento con sentido «geográfico», el logrado directamente a través del viaje y luego, lo que es fundamental, vertido al conocimiento. De modo que del viaje procede entonces aquella geografía, aquel saber, y la lectura de ésta guarda aún el sabor de la exploración, el propio del rebasamiento de la frontera y del desvelamiento del misterio del más allá, esa inmensidad desconocida que se tragaba uno a uno a los exploradores en su oscuridad.

Es, pues, aquí el viaje la base de la superación de la limitación geográfica conceptual de la Tierra, de una idea o construcción intelectual que procede de Orosio, de San Isidoro, de Ptolomeo, que avanza más allá del finisterre, del extremo occidente tradicional, que abandona la ruta transcontinental, sobrepasada por la transoceánica, el confín marcado por Marco Polo sustituido por el establecido por Colón y los descubridores, que pasa, en fin, de la mirada al este, tierra adentro, a la mirada al oeste, mar adentro. La masa ingente de conocimiento geográfico que entregaron aquellos viajes deja claro, como todo el mundo sabe, que el título de estos párrafos de introducción no establece históricamente relaciones ilusorias o que nos sean ajenas. Archipiélagos legendarios, utopías, distancias incomprobadas, geometrías incorrectas, posiciones teóricas de los continentes y los mares, modelos míticos de la Tierra se fueron disipando al compás de la toma de posesión intelectual de lo encontrado. Y siempre quedará en el relato del viajero, en el caudal de noticias, el sabor de la primera experiencia, de lo directo y empírico, de la espontaneidad en la aventura, del aprecio del obstáculo, la medida del beneficio y la maravilla de lo observado. No por tópico deja de ser nuestro mejor capital histórico de geografía. La cascada de mapas que se sucedieron de inmediato hasta el siglo XVIII muestra la eficiencia geográfica del proceso viajero, por ejemplo desde Juan de la Cosa, Waldseemüller, Vespucio, Pedro de Medina, Caboto, Cortés, pasando por Ortelius hasta Zatta y Maldonado, entre otros, mostrando que lo reconocido paso a paso por costas, desiertos, ríos, sierras, bosques, páramos, volcanes, llanuras, pueblos, caminos, campos, minas y ciudades, de

norte a sur, fue sencillamente ingente. Y quien conozca la fuerza de esos paisajes apreciará lo que sostengo. Y así escribía el cosmógrafo y cronista de Indias Juan López de Velasco en su *Descripción Universal de las Indias*, en 1571-1574: «en historiador ni cosmógrafo ninguno, antiguo ni moderno, hay mención de aquel Nuevo Mundo, hasta que españoles lo descubrieron». Claro está, sin esquivar las palabras de Feijoo, con la perspectiva del siglo XVIII: «No se cobró palmo de tierra que no costase una hazaña. No se dio paso en que no rompiese con mil dificultades». Aunque, además, como al parecer es invariable entre nosotros, «no era la mayor dificultad tener siempre enfrente a los enemigos, sino tener siempre a la espalda a los émulos».

2. En el que se trata del estilo del viaje geográfico

Como el compromiso de participar en esta sesión surgió en una excursión geográfica por la Sierra de Guadarrama, he de recordar que era en ese momento el paisaje quien hablaba y el geógrafo el que traducía. El paisaje contaba y el geógrafo interpretaba. Hemos pasado a un local cerrado. Nada cuenta nada a nuestra mirada y la interpretación se adueña del discurso, aunque sea para hablar del sentido de la excursión. En este local se desarrolla un coloquio de historia del pensamiento geográfico, que condiciona hacia la reflexión más que a la técnica de la excursión geográfica y que a la historia del viaje.

Es cierto que un día decidimos no volver a pronunciar esta palabra –«excursión»– ante las autoridades académicas para que no rechazaran las salidas de los geógrafos al terreno para observarlo, estudiarlo y explicarlo directamente con su método apropiado, por si acaso las tomaban por turismo, ocio o deporte ajenos a la docencia. De modo que, para no ser interpretados mal, se sustituyó la denominación de «excursiones» por la de «trabajos de campo», lo que sin duda eran en sustancia esos desplazamientos, pero perdimos algo en el cambio: el sentido de educación completa, de comprensión íntegra, de experiencia directa, de escuela peripatética de largo alcance, para quedarnos en la práctica especializada. Hay, pues, que volver a las excursiones, además de los trabajos de campo.

Pero siempre hay un método del viaje geográfico, de observación, de investigación, didáctico, y sus técnicas apropiadas, como cuestionarios, inventarios, toma de muestras, realización de gráficos y

mapas, enseñanza, etc. Hay premisas, hay desarrollos y hay objetivos, con frecuencia formalizados aunque a veces también informales: todos hemos practicado el viaje geográfico y nos entendemos sin recurrir a pormenores. Pero hay cambios circunstanciales según procedimientos de escuela, según el tipo de interés y el del objeto perseguido, y, sobre todo, según el paisaje y según su intérprete, con algo de subjetividad en ambos, pero sobre todo porque el primero ofrece y limita en lo que es y expresa, y porque el segundo es un trasmisor vivo que pone en juego no sólo su conocimiento, inteligencia, intención, sino su misma vitalidad, su capacidad de expresión vital de lo que observa y muestra. Es el paisaje a través de quien lo descubre, selecciona, describe y explica. Porque hay paisajes que callan, que susurran o que gritan determinados mensajes. Y porque hay intérpretes que oyen y transmiten o no esas voces. De modo que, a mi entender, hay dos cosas básicas en el relato profesoral de los paisajes en una excursión o muestra de campo: primera, no se debe hablar allí de cosas generales o abstractas, sino sólo de lo que se ve, de lo que expresa lo que se ve y deducir de eso que se está viendo lo que no se ve (causas, factores, comparaciones, consecuencias) porque el paisaje lo dicta. Y segunda, es preciso dar una versión personal de lo que se sabe, un modo de hacerlo, no repetir lo que está en los documentos, sino crear un modo de contarlo, un relato propio. Construir ese relato. Esto también significa que toda excursión requiere una preparación de gabinete –y hasta de terreno, al menos para quien la conduce– y una conclusión de ordenamiento de materiales y de composición de una aportación, donde entran los elementos y las cuestiones que quizá no se ven en el terreno y que dan sistema intelectual al discurrir impreciso o desordenado de los itinerarios. Una excursión es una manifestación y una narración de un paisaje.

Pero además de experiencias, a estas alturas, tenemos también no pocas dudas, pues siempre queda algo por hacer, y gracias a ellas aún se remueven los espíritus. Destacaría, con tales dudas, cuatro aspectos del viaje como forma clásica del conocimiento, del testimonio y del aprendizaje geográficos: 1, los relatos de los viajeros, como información geográfica; 2, el viaje y la excursión como fuente de investigación y modo de enseñanza; 3, la excursión geográfica como método y expresión propios; y 4, añadiría a todo ello una reflexión que se deriva del viaje geográfico o que lo tiene como inmediato objetivo: la necesidad, a través de él, de aprender a ver el paisaje, no sólo de aprender a estudiarlo, sino a distinguirlo.

1.- Antes me he referido a las Geografías Universales del XIX que recopilaban las noticias de los diversos países recogidas de los textos de los viajeros, cuya lista se enumeraba largamente en sus portadas, del Ártico al Océano Austral: allí estaban Stanley, Cook, Mungo Park o Humboldt con naturalidad. Y estaban allí como documento, como prestigio, como atractivo, como fuente y testimonio de lo que se había logrado conocer en el presente más allá de Europa, no sólo como documento de un conocimiento histórico. Pero es tal uso erudito del viaje como documento histórico el que ahora sigue vigente (por ejemplo, el mundo que describen y evocan los Diarios de Jovellanos o los viajeros extranjeros por España), aunque mucho menos el relato del viajero actual, porque hay muchos otros procedimientos de información incluso sobre tierras marginales, como los gráficos, cartográficos, estadísticos, textuales, científicos, etc. y porque se han disipado muchas nieblas territoriales básicas. Además, los relatos de viajeros suelen ser cada vez más literarios, tratando más sobre lo que les pasa que por dónde pasan. Ya no buscan una geografía perdida sino su aventura entre las gentes. De modo que están más entre las obras de entretenimiento que en las de geografía estricta, aunque ambas regiones puedan tener algunas fronteras borrosas.

Al releer a Marco Polo recobramos su mundo en mi mundo y lo que fue, en su día, el desvelamiento de Asia hasta su confín en el momento pasajero de la paz mongola. Su viaje es la recuperación de un enlace entre las distantes civilizaciones de Eurasia, entre los alejados polos del Mediterráneo y del Catay, nada menos, a través de la vieja Ruta de la Seda que enlazaba en diagonal los nudos de lo que fue la geografía universal durante más de un milenio. Para la Europa medieval, tras las cruzadas, entrar en esta ruta fue traspasar el postigo de Tierra Santa, trasponer los desiertos y penetrar en los retirados reinos por donde vagaba el espíritu del Preste Juan, como en un espejo de la imagen de la cristiandad al otro lado del vacío. Y el retorno del viajero supuso la llegada de la información. No de un punto, sino de toda la extensión del continente hasta su mar localizado en el otro lado del mundo. Marco Polo fue el Colón previo que sí llegó, por la vía clásica, a la orilla del mar de China. Su ruta, la de la seda, la ruta global de aquel mundo, fue la de los mil viajeros, la del viaje fundado en las mercancías que también cargó, exportó e importó noticias, ideas y culturas. Fue la vía de cientos de escenarios con sus maravillas, cientos de caravanas, de ciudades olvidadas por regiones zarandeadas por la historia y los vaivenes de los desiertos, que los persistentes viajeros retomaron bajo distintas circunstancias. La ruta y Polo construyeron, pues, la primera gran geografía universal nacida de los viajes.

Las Crónicas de Indias remiten, como antes apuntamos, a otro desvelamiento impensado de consecuencias globales (la primera globalización). Las exploraciones del Impero Británico constituyen un ciclo más (cada uno en su momento sucesivo) de incorporación a la geografía moderna de amplias regiones de Asia, América, África y el Pacífico meridional. Las exploraciones polares y de sus pasos del Noroeste y del Nordeste, que no terminan hasta el siglo XX, cierran geoméricamente la esfera, salvo en áreas escondidas o difícilmente accesibles, como en la cordillera del Himalaya, donde aún quedan recovecos sin una presencia ni un relato al menos del hombre occidental. Pero en aquellos momentos ¿quién podía describir los polos sino quien hubiera estado allí? Y hoy ¿no queremos revivir la ansiedad y la valentía de alcanzar el lugar desconocido a través del relato de quien lo consiguió? Hay, junto al mundo real, otro mundo de sugerencias y aventuras viajeras inagotable, que no aparece ya en las geografías.

Ese papel testimonial ha desaparecido bajo la información abrumadora de nuestros días. Podemos, por tanto, preguntarnos si sigue teniendo algún puesto geográfico, aunque sea cualitativo, el relato del viajero actual. Pese a ello, el viaje geográfico subsiste, porque nada hay como la experiencia directa de los lugares. A veces, es lo único que todavía nos llega de lugares remotos, ocultos o prohibidos, de manera que el viajero sigue siendo el recurso a través de su expedición. Se llegó a proponer en Europa hace unos decenios que nadie debería explicar en geografía un país en el que no hubiera estado. Es evidente que eso era imposible en determinadas circunstancias socioeconómicas y políticas, y que más valía hacerlo que abandonarlo por esa razón, aun conscientes de su precariedad, pero sí es cierto que la experiencia propia dota de claves, intereses y concreciones que, bien sistematizadas, mejoran el estilo y el nivel del conocimiento. En su falta, el relato de lo vivido por el viajero puede devolver algo de tal falta de contacto con lo local. Transmitir lo vivido puede seguir siendo geografía.

2.- Nuestro segundo punto trata del viaje como aprendizaje. Este asunto está en tantos autores de nuestra cultura (y de las ajenas) que no es posible hacer una antología. Pero centrándonos en lo nuestro podemos rescatar algunas expresiones de intención geográfica.

Por ejemplo, está en Bacon la incitación programada del viaje como instrucción en el mundo ajeno. Lo está también en Goethe, para aprender

entre las cosas lo que son esas mismas cosas. Pasar entre los años de aprendizaje y los de profesionalización un tiempo de peregrinaje era algo expresamente recomendado a los estudiantes centroeuropeos. Acercarse a la naturaleza se ejercitaba desde comienzos del XVIII en las academias suizas y varios métodos pedagógicos europeos del XIX y el XX mantuvieron la excursión como un método fundamental de instrucción sobre las cosas y de educación de las personas. En mi perspectiva personal me gusta partir del «paseante solitario» de Rousseau, porque levanta el telón de los Alpes para comprender y mejorar el mundo. Pero, en realidad, desde el punto de vista naturalista hay que retroceder algo más en el tiempo, hasta Scheuchzer y sus itinerarios alpinos, complementarios de las bibliotecas, pensados ya para enseñar a sus alumnos a observar directamente la naturaleza. La difusión de los viajes instructivos se completó en todo el perfil alpino con de Salsure, con sus relatos y su ascensión al Mont Blanc, con la que agregó la alta montaña, que faltaba, al recorrido de quienes buscaban ilustración, y abrió la práctica del alpinismo hasta hoy, con toda su exploración mundial de las montañas.

Entre otras manifestaciones, se hicieron mundialmente famosos los viajes escolares de Töpffer, a la vez sistemáticos en su planteamiento y caóticos en su ejercicio, envueltos en su relato en un grato sentido del humor. Tales viajes significaron la implantación de este ejercicio escolar tempranamente en el XIX, al que acudían alumnos de toda Europa. Con ellos la enseñanza suiza mostró un estilo de ejercicio didáctico que tendría continuidad y extensión. Entre esas diversas maneras pedagógicas no faltaron, pues, distintas líneas que, desde el siglo XVIII, incorporaron la excursión como instrumento y recurso didáctico. En España será la Institución Libre de Enseñanza quien, con su propio estilo, sus métodos e ideas, regalará a esta corriente un brío especial, con profundidad de criterio y con el otorgamiento de un significado «tan importante como la clase misma». A esta faceta didáctica y educadora no son ajenos los geógrafos. Incluso participan en ella como impulsores y ejecutores, como en el caso de Torres Campos.

No se puede evitar aquí la reproducción de unas frases de Reclus —propulsor del encuentro con la naturaleza y cuya lectura, muy difundida, alcanzó y sedujo a los miembros de la Institución— escritas en 1869 en su obra titulada *La Terre*: «Los clubes alpinos, sociedades de montañeros, compuestas en parte por los sabios más enérgicos y más inteligentes de Europa occidental, se han impuesto la tarea de

vencer paso a paso cada cima antes reputada como inaccesible, de traer desde ellas alguna piedra como signo de triunfo y de dejar allí un termómetro u otro instrumento científico, con el fin de facilitar las investigaciones de los escaladores audaces que llegarán después de ellos... allí uno se siente renovado al gustar esa atmósfera de vida... El caminante que sube a una montaña se vuelve dueño de sí mismo... La montaña entonces parece mirarte. Es para ti para quien hace brillar sus nieves». Y concluye en otro momento: «la verdadera escuela debe ser la naturaleza libre, con sus hermosos paisajes para contemplarlos, con sus leyes para estudiarlas, pero también con sus obstáculos para vencerlos». Instrucción, sí, y además vivencia, contemplación y educación.

De este modo se instaló en la cultura y en la práctica una tradición de geografía excursionista. En la enseñanza y en la investigación se implantó como una necesidad fundamental en todos los niveles donde quiera que se ejerciera la disciplina con rigor a lo largo de los siglos XIX y XX. Alcanzó entre nosotros también al arte, a la literatura en la Generación del 98 y a la pintura entre los paisajistas, con explícito amor al campo, con profundidad para entenderlo y con maestría para expresarlo. La influencia, en parte reclusiana, de los clubes alpinos fue paralela y eclosionó en sociedades excursionistas como las de Cataluña de fines del XIX y enlazó con un movimiento generalizado, de no pocas raíces institucionistas, primero en Granada, luego en Madrid y más tarde extensamente.

La excursión y el viaje fueron así una práctica esencial en la geografía profesional, que se constituía académicamente por entonces. Porque el terreno revelaba una escritura al geógrafo lector de paisajes y porque instruía en la constitución del mundo, tal como había dicho y mostrado Humboldt. En esa escuela Von Richthofen podría ser un claro ejemplo de viajero geógrafo, como también lo fueron, en sus propias órbitas, Davis, De Martonne o Vidal de la Blache. Y lo eran como parte de un conjunto amplio de ciencias naturales y humanas que practicaban métodos similares, desde la geología a la antropología, pasando por Darwin, y de otro conjunto aun mayor que se extendería hasta la técnica, el arte y la cultura. Sin la menor duda se puede hablar, entonces, del prestigio del viaje académico.

Y en este punto conviene indicar que el trabajo de campo, objetivo del viaje científico y artístico, que contiene observación, toma de datos y muestras, representación gráfica y orden textual, es considerado en

geografía la vía directa para objetivar los paisajes, para aprender a reconocerlos y para educar a los alumnos. Con lo cual, su práctica, aunque a veces difícilmente ejecutable por razones materiales, administrativas o de simple falta de comprensión por parte de quienes ejercen controles, se reconocía como un proceso de estudio y enseñanza indiscutible. Recordemos a algunos maestros próximos, como García Fernández, que consiguieron, con gran entrega personal y generosidad profesoral, llevar tal ejercicio hasta su expresión más intensa en los años sesenta y setenta del pasado siglo.

3.- Nuestro tercer punto se refiere a la excursión como método geográfico. Como venimos diciendo, se decantó con el debido peso en nuestra enseñanza a lo largo del siglo XX. Y también el viaje, en la medida que se podía, claro está, es decir, desde unos recursos escasos y unos hábitos más bien sedentarios, pero ambos, excursión y viaje, lograron abrirse camino.

La experiencia nuevamente indica que tendríamos que atender a dos aspectos distintos del viaje o de la excursión, en la investigación y en la enseñanza e incluso en la enseñanza de la investigación. Primero, como conocimiento general para obtener información y para dar instrucción. Segundo, como práctica concreta para conseguir datos y para enseñar cuestiones específicas. Se trata de llegar incluso a un método de observación, de toma de notas y de ejecución de croquis, de una dialéctica ordenada de hipótesis y respuestas. Y también a un método de explicación mediante la observación, la selección, las referencias y la interpretación, de modo que el campo es una clase pero otro tipo de clase, que no por eso es indeterminado, sino distinto.

Conviene repetir aquí lo que antes hemos señalado, dentro de un planteamiento más general. En esencia es lo siguiente: en el terreno sólo se aprende lo que en él hay, y cuanto más preparación se tenga para ver, más se verá. En el terreno sólo se debe enseñar lo que hay en él, o a través de lo que hay en él. El terreno revela y conduce a la explicación. De modo que esta forma de enseñanza, de observación y de investigación se hace imprescindible en geografía, y así toda excursión geográfica requiere sistema y un orden científico o didáctico en el cual se realiza. Tiene método propio, adecuado al terreno y hasta a la movilidad. El profesor es a la vez un guía, un traductor del terreno, un incitador y un ejemplo. Claro está, esto supone una entrega total en una clase diaria que dura tanto como el viaje, probablemente las 24 horas.

Como cualquier operación intelectual y física requiere un planteamiento adecuado, incluso logístico y presupuestario, pero sobre todo científico y didáctico, con una preparación meticulosa de recursos e instrumentos. Con objetivos claros, un programa tácito y argumentado. La excursión necesita un desarrollo eficiente y una apertura a lo que el azar disponga, sin discutir, cuando llega, que pueda ser hasta más interesante que lo programado. Y, finalmente, una vez realizada, la excursión precisa una ordenación y un aprovechamiento del material obtenido. Si se ha llevado a cabo como práctica docente, cumplirá con este objetivo la realización de una memoria. Si ha sido como investigación, ese material logrado requerirá su aclaración y su explotación, su redacción y su incorporación al conjunto. La experiencia de investigaciones expedicionarias en lugares remotos y sin gabinetes enseña a volcar y administrar de inmediato la información obtenida en cuadernos y mapas en limpio y a elaborarla en lo posible día tras día del modo más claro, porque posiblemente su tratamiento final se hará tras un largo viaje de retorno, con todos sus olvidos, y muy lejos de las fuentes donde se podría ir a cotejar los datos confusos.

De este modo, la geografía, como otras ciencias y saberes, ha dado el gran paso: el viaje al método. O el viaje como método y el método del viaje. O tal vez al menos lo ha intentado.

4.- ¿Para qué el viaje geográfico?: para saber ver. Saber ver el paisaje es un reto intelectual en el que la geografía puede desempeñar un papel instructor, porque tiene los métodos, conceptos, datos y prácticas que se lo permiten. En esa instrucción es esencial el trabajo de campo, pero no es todo. Disposición, entrega, cultura, rigor, talento y alguna sensibilidad también ayudan. No hay recetas. Al contrario, aquello que aconsejaba Juan Ramón de que si te dan papel rayado cambia de papel, sería también aquí lo apropiado.

La intención de enseñar a ver tiene tratados por lo menos desde el siglo XVIII, pero no se trata de eso. Por ejemplo, el libro de Bruno Zevi, Saber ver la arquitectura, de 1948, no es un tratado sino un remedio para incitar a la voluntad y hasta la pasión de verla y para despertar cierto orden e inteligencia en ese acto. No hay instrucciones. El autor parte de «la falta de costumbre en la mayoría de los hombres para comprender el espacio» y de la necesidad de pasar no sólo a entenderlo en tres dimensiones, como sería propio de una escultura, sino además de verlo no desde fuera sino desde dentro, de ver el envolvente desde el hueco interno, es decir, pienso yo, como un paisaje.

O a la inversa. En tal espacio hay infinitos puntos de vista «un sinfín de perspectivas», un desplazamiento del ángulo visual en el tiempo, una cuarta dimensión. Toda arquitectura es a la vez comprendida y vivida, como el paisaje es también una experiencia, es la escena y el drama, es construcción y vacío. El paisaje que nos contiene es igualmente una composición de espacios tridimensionales en el tiempo. Saber ver el paisaje es, primero, saber tu puesto en él. Cuando viajas, lo primero de todo, conoce tu posición y zigzaguea por el escenario como el viajero activo que aprendía a ver, con el espíritu alerta y disponible, de Deffontaines, porque «la nature parle, enseigne»: «prendre part, s'intéresser a la bataille», aconsejaba el geógrafo, procura alcanzar que «la connaissance d'un pays aboutit à l'attachement à ce pays».

De lo que se trata, por tanto, como también escribía Marangoni, es de «crear una aptitud». Aquí convendría aplicarlo para obtener resultados más allá de la emoción de la exploración y del viaje en la representación del mundo observado, utilizando las enseñanzas e instrumentos de la geografía para mirar el paisaje. Y desde él, para entender con más fundamento el mundo. Pero primero hay que saber cómo se mira un paisaje: por supuesto mediante el análisis de su estructura, de su dinámica, su territorialidad, sus funciones, sus componentes, su historia, sus unidades, sus formas, sus rostros y sus contenidos culturales. Pero el verdadero reto es la integración que forma la textura del paisaje real como un conjunto, como una composición configurada y como unidad dinámica. Referirse al conjunto y formalizar métodos específicos de integración. No es sólo sumar componentes y significados, estructurar la información, reunir los elementos, hacer mosaicos, es conocer la tensión mutua que arma el cuadro entre todos sus componentes, formas, fuerzas, cambios y significados. El cuadro es a la vez un sólido y un fluido, pero es lo que es completo. Siempre se trata de rearmar intelectualmente el conjunto móvil (a sus ritmos, naturalmente) o no estamos hablando de paisaje sino de integrantes, partes, sectores del paisaje. El paisaje se funda en la asociación espacial, pero también en la calidad de interpretación de quien lo mira y lee. Hay en nuestra mirada una mezcla inevitable de racionalidad y de reciprocidad existencial. El paisaje aparece a la vez como un territorio formalizado e interpretado. El paisaje del geógrafo es, pues, una construcción intelectual, una imagen del lugar con una representación apropiada y es una concepción del mundo, una manera de tener sentido la Tierra.

Para obtener esa visión cualificada, la geografía podría ser el procedimiento de una interpretación ajustada de los paisajes y, con ello, el instrumento esencial del viajero que busca el entendimiento de los lugares. Y para unir lo que ve con lo que no ve, pero que también conforma el paisaje, la geografía y el viajero observador deberán fundir las estructuras y formas territoriales con sus imágenes culturales. El paisaje tomado plenamente y de modo directo pasa a ser experiencia porque es el marco de las vidas, el asentamiento de lo real, con lo que se hace necesario. Más que espectáculo o panorama o escenario o cuadro, el paisaje es la condición geográfica completa del hombre. Con el sentimiento del que lo habita. El viajero que ve fluir el mundo observa cómo mudan sus condiciones geográficas y los ojos que las miran, más efímeros que las vidas y cómo quedan dispersos como permanentes sólo paisajes-castillo resistentes, cercados por las redes de los intereses, con su destino ya escrito.

Si el paisaje está compuesto por una forma, un rostro, su imagen y sus significados, representa la unidad final terrestre, y es tal unidad la que el viajero recibe cada vez que arroja la mirada. El paisaje es, por tanto, un método de comprender que requiere un procedimiento y un nivel cultural. Y su vivencia directa es una experiencia educativa de los objetos, propiedades y sentidos de la Tierra, por lo que éste es el sentido del viaje al paisaje. De tal modo que, en un viaje al Pirineo, un observador cualificado, Victor Hugo, exponía el paisaje, además de cómo es, como un sueño, un descubrimiento de la belleza y una vivencia sobrecogida ante la fuerza de la Tierra. Luego, el escritor vuelve todo escritura, es decir, composición, comunicación y enseñanza a un tercero. Así, pensaba con acierto que el paisaje es más que paisaje. Se une entonces lo que descomponen el arte y la ciencia, porque el paisaje reúne todas sus manifestaciones desde la exploración a la música. Las miradas viajeras modernas han sabido verlo así. El viajero, expresado en sentido voluntario y hasta exploratorio, se sumerge en los paisajes. El paisaje es su medio y su objetivo, primero porque lo ve, pero sobre todo porque lo atraviesa acomodándose a sus rugosidades, al aceptarlo como tal y al adecuarse a sus condiciones. De este modo, la travesía del paisaje es el sentido mismo del viaje.

Por un lado, el paisaje necesita contacto con lo real, el proceso y el método del viajero. Por otro, el viajero se ha hecho con el rompecabezas de la Tierra paso a paso con entusiasmos y sacrificios, pero el viaje a la comprensión del paisaje es un ejercicio intelectual completo que debe ir más allá que lo que marcan los derroteros habituales. La geografía

debería servir también, en fin, para que ese viajero aprendiera a ver lo que realmente son los paisajes que atraviesa. Deberíamos intentarlo, pues los beneficios culturales y territoriales podrían ser muy grandes. Estaría bien, pues, que el viaje geográfico acabara siendo sustancia de todo viaje. Empezad a ejercitarlo. Escribid sobre viajes.



I. Potencialidades del viaje o excursión geográfica

1. Medio de contacto directo y comprensión de la realidad

La excursión como medio de contacto directo y comprensión de la realidad

Manuel Mollá Ruiz-Gómez
Universidad Autónoma de Madrid

La ponencia I del V Coloquio de Historia del Pensamiento Geográfico (El lugar de la excursión en la Geografía moderna) plantea un asunto del mayor interés, puesto que busca las vías por las que esa actividad tan básica para la Geografía, el excursionismo, se enfrenta a la realidad y, lo que es más importante, cómo la interpreta. Estas dos actividades, el contacto directo con el objeto de estudio y su entendimiento, son el fundamento del estudio geográfico y para el que es necesario un intenso bagaje de conocimientos. Es decir, una amplia formación, o de lo contrario uno de los dos pilares se resentirá y el resultado final estará lejos del óptimo al que se debe aspirar.

El interés y la variedad de matices que tiene un planteamiento como el que se hace en la ponencia, se ve reflejado en las doce comunicaciones que se han enviado a la misma y cuya enumeración aquí se hace innecesaria. Por una parte, la tradición del excursionismo en la Geografía moderna, con un grupo importante de comunicaciones, la mayoría, que plantean cuestiones tan interesantes como la historia del excursionismo geográfico, bien desde sus aspectos más generales y retóricos, como su seguimiento mediante el estudio de algunos viajes realizados en el pasado, tanto en España como en otros países. Viajes realizados con distintos objetivos; unos con carácter más naturalista, otros vinculados a posesiones coloniales. Sin olvidar en ningún caso la excursión puramente geográfica. En todos ellos hay un denominador común, un territorio, un paisaje, por lo que la Geografía se puede servir de todos ellos para sus propósitos. Estas comunicaciones constatan la vigencia del Grupo de trabajo responsable de la organización del coloquio, dado que es imposible avanzar en el conocimiento de ninguna disciplina si no se indaga en la historia de la misma. Esto se hace especialmente importante en la Geografía, puesto que ciertas tendencias actuales en su enseñanza tienden a una excesiva fragmentación y, en consecuencia, a una pérdida de la visión de conjunto y la imprescindible comprensión de los territorios y paisajes analizados.

Esto se ve con claridad en algunas de las comunicaciones presentadas, en las que se insiste en la excursión como proceso formativo del

estudiante universitario que aspira a ser geógrafo. La especialización no puede ser lo opuesto al conocimiento holístico que ha caracterizado a la Geografía moderna. El estudiante universitario de Geografía, antes de ser especialista en cualquiera de las, cada día más, muchas ramas de la disciplina, tiene que aprender a ver e interpretar. La excursión es la prueba de que se ha hecho bien el trabajo.

También se demuestra el carácter de la Geografía en alguna de las comunicaciones, que van más allá de aspectos considerados como los propios de la misma, para mostrarnos que el conocimiento geográfico se nutre de otras disciplinas o ciencias afines. La utilización de la fotografía o de la literatura son dos muestras del muy variado campo de conocimiento del que la Geografía se puede servir en el desarrollo de los estudios de territorios y paisajes. En efecto, es mucho lo que hay que estudiar y aprender, pero sin todo ello los resultados se vuelven magros, imprecisos y alejados de una realidad que es mucho más compleja de lo que, a veces, en la disciplina se plantea.

Sin embargo, el conocimiento del pasado de la Geografía, además de su importancia para la Historia, es un hecho que no se acaba en sí mismo. Como se plantea en otra de las comunicaciones, cada día se presentan nuevos retos y nuevos desafíos para el profesional, como la aplicación del «Convenio Europeo del Paisaje». Su correcta aplicación, es cierto, es resultado de las miradas de profesionales de distintas procedencias que convergen en un elemento común, el paisaje. El geógrafo, tanto en su desempeño académico como profesional, tiene una seria responsabilidad. Su papel será valorado en la medida en la que sepa responder a esas demandas con su especificidad, tradicionalmente conocida y bien valorada. En la medida en la que siga siendo capaz de desempeñar su papel, sin olvidar, por supuesto, las nuevas técnicas que cada día se incorporan a sus estudios, pero sin ignorar el valor que tradicionalmente ha tenido en sus análisis, se podrá incorporar a estos nuevos desafíos.

El excursionismo geográfico, en suma, sigue teniendo toda su vigencia formativa y de estudio para el profesional.

Excursionismo y retórica excursionista en la tradición geográfica moderna¹

Nicolás Ortega Cantero

Universidad Autónoma de Madrid

La práctica excursionista ocupa un lugar destacado en la tradición geográfica moderna. Es el medio que permite acercarse al paisaje y entablar con él el diálogo cognitivo directo, apoyado en la experiencia visual, que se considera ineludible para llegar a entenderlo, ejercitando al tiempo la mirada explicativa y la comprensiva. La atención prestada por la geografía moderna a la dimensión fisonómica se corresponden con el alto valor adquirido en su seno por la visión directa del paisaje y la experiencia excursionista que la hace posible. Además, la presencia del excursionismo en la tradición geográfica moderna se ha manifestado también en términos retóricos, es decir, en el modo de expresar literariamente el conocimiento geográfico, que ha utilizado con regularidad las formas narrativas acuñadas por los relatos de excursiones y viajes. Lo que sigue se dedica a considerar y valorar esa doble presencia del excursionismo, práctica y retórica, en la tradición geográfica moderna.

En febrero de 1901, Edouard Ardaillon dio una conferencia en la Société de Géographie de Lille sobre «Los principios de la geografía moderna». Ardaillon era profesor de geografía de la Universidad de esa misma ciudad, y seguidor de las renovadas perspectivas promovidas por Vidal de la Blache. Habló del importante papel desempeñado por el contacto directo con el terreno en la conformación del conocimiento geográfico, y se refirió, en relación con ello, a una reflexión atribuida a Vidal de la Blache, que le parecía sin lugar a dudas «excelente», a pesar de su posible falsedad. «Con libros no se hace más que geografía mediocre; la que se hace con mapas es mejor; la muy buena sólo se hace sobre el terreno». Porque nada puede sustituir a «la vista y el estudio directo de los fenómenos sobre el terreno», único medio, agrega Ardaillon, de que el observador pueda comprender las relaciones entre los factores físicos y el hombre, que escapan a la descripción del libro y a la representación del mapa. (Ardaillon, 1901, 285). Algo parecido había dicho, no mucho antes, en 1892, el geógrafo español Rafael Torres Campos, profesor y durante algunos años director de

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación CSO2008-03877, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y el FEDER.

excursiones en la Institución Libre de Enseñanza, y buen conocedor de los derroteros seguidos por la geografía francesa en tiempos de la Tercera República, tras el conflicto con Alemania de comienzos de los años setenta (Ortega Cantero, 2004). «No basta la Geografía recogida en los libros y en las cartas —escribe Torres Campos—, es necesario el examen directo de los fenómenos terrestres, ponerse en contacto con la naturaleza, estudiar los accidentes en sí mismos». Y precisamente por eso, añade, «las excursiones son un procedimiento en boga» (Torres Campos, 1892, 322).

Opiniones como las que acabamos de recordar muestran con claridad la gran importancia que adquirió el contacto directo con el terreno en el horizonte del conocimiento geográfico moderno. La geografía moderna se apoyó sobre todo en la observación directa de la realidad, en la visión inmediata del terreno, en el acercamiento personal al paisaje, distanciándose así de otras vías de conocimiento más eruditas, más centradas en las bibliotecas y los archivos, más pendientes de la documentación cartográfica, predominantes en momentos anteriores. Parafraseando al pintor Friedrich, podría resumirse esta actitud cognitiva del geógrafo moderno diciendo que hay que estudiar la naturaleza en la naturaleza, y no en los libros. Es un planteamiento en el que, como ha advertido Marie-Claire Robic, a propósito de la perspectiva vidaliana, «el terreno sustituye al libro, al texto, incluso al archivo del historiador», y adquiere de esa manera «un valor heurístico fundamental» como sustrato de la relación entre el hombre y el medio (Robic, 1996, 362).

Esta afirmación de la importancia del contacto con el terreno se halla estrechamente relacionada con otro aspecto fundamental de la geografía moderna, compartido, por lo demás, con todo el horizonte intelectual (artístico y científico) de la modernidad inicialmente promovida en Europa por el romanticismo: el valor cognitivo adquirido por la experiencia visual, por la visión directa e inmediata de la realidad. Como han señalado Vincent Berdoulay y Hélène Saule-Sorbé, la vista adquirió a lo largo del siglo XIX una gran importancia como «instrumento de conocimiento», y esa importancia se dejó notar tanto en el mundo del pensamiento científico, como en el de las prácticas artísticas, lo que no hizo sino favorecer el acercamiento entre un ámbito y otro, desmintiendo supuestas oposiciones, que se tradujo a menudo en formas de complementariedad valiosas y fecundas. La obra de Humboldt es, en este sentido, verdaderamente ejemplar. El saber no es ahora anterior a la mirada, sino posterior, y no se sitúa ya

en el terreno de la proyección, sino en el de la percepción. (Berdoulay y Saule-Sorbé, 1998, 41-42).

El contacto con el terreno es importante porque es necesario ver las cosas para conocerlas (en términos artísticos o científicos). El conocimiento moderno se apoya en la experiencia visual, y el conocimiento geográfico no desdice ese planteamiento, que en su caso se centra principalmente en el paisaje. «Para conocer un objeto —se decía, en 1886, en la circular fundacional de la Sociedad para el estudio del Guadarrama—, es indispensable verlo de algún modo, y tanto más claro y a conciencia es el conocimiento, cuanto más directa, inmediata y viva es la vista de las cosas» (Sociedad para el estudio del Guadarrama, 1886, 367). Hay que ver para conocer, y, en el ámbito de la geografía, es en la visión del paisaje donde podemos descubrir las claves mismas de su entidad y su significado. Rememorando su ascenso a la cumbre del Mont Blanc, en 1787, después de muchos años de recorrer y estudiar los Alpes, Horace Bénédict de Saussure escribió lo siguiente: «No creía a mis ojos, me parecía que era un sueño, cuando veía bajo mis pies esas cimas majestuosas, esas agujas temibles, el Midi, el Argentière, el Géant, cuyas mismas bases me habían ofrecido un acceso tan difícil y tan peligroso. Captaba sus relaciones, sus conexiones, su estructura, y una sola mirada resolvía dudas que no habían podido ser aclaradas con años de trabajos» (Saussure, 1981, 206).

Para conocer algo, por tanto, hay que verlo. Y, en el ámbito de la geografía moderna, con su interés por el paisaje, la experiencia visual desempeña un papel verdaderamente fundamental. Sin ignorar lo que tiene de representación subjetiva y cultural, el paisaje es ante todo, para la geografía moderna, la expresión de un orden interno, la fisonomía visible de una organización subyacente. Y lo primero que tiene que hacer el geógrafo moderno es ver esa fisonomía, ese paisaje, y, como Saussure en la cima del Mont Blanc, procurar captar las claves del orden que expresa. Lo visual pasa así al primer plano en el proceso de conformación del conocimiento geográfico, y, como ha señalado Jean-Marc Besse, la geografía moderna se presenta ante todo, aunque no se reduzca solamente a eso, como «un arte de la percepción visual» (Besse, 2000, 111). «Para conocer una ciudad —decía Max. Sorre—, es necesario sentarse en un banco y mirar» (Cit. en Lois, Robic y Tissier, 1988, 309).

Conviene advertir que la experiencia visual que demanda el conocimiento geográfico moderno es una experiencia cualificada. No se trata solamente de ver, sino de saber ver. Cuando se habla de ver la realidad geográfica, de ver el paisaje, no se está hablando de algo ingenuo o inmediato, sino de una acción que requiere en quien la protagoniza una formación adecuada. Hay que saber ver, y ese saber ver no es espontáneo, sino el resultado final de un aprender a ver. Cabe aplicar al campo geográfico lo que dijo el institucionalista Cossío: «ver» es la «primera e ineludible condición del conocimiento», y aprender es, ante todo, aprender a ver, aprender a «saber ver» las cosas (Cossío, 1879, 153-154). Y por buen geógrafo moderno podría entenderse lo que los institucionalistas entendían, en términos más generales, por hombre culto: «el que sabe ver, o, si se prefiere, el que sabe mirar, el que traza pulcramente el perfil de las cosas y les da cuerpo y sentido» (López-Morillas, 1988, 63). El «espíritu geográfico» consiste, según Brunhes, en saber «abrir los ojos y ver», y esa capacidad, lejos de estar al alcance de cualquiera, requiere un aprendizaje (Brunhes, 1948, 282).

Ese saber ver, esa capacidad para percibir visualmente las formas de la superficie terrestre, es una de las cualidades que distinguen a los mejores exponentes de la tradición geográfica moderna. Es lo que sucede, por ejemplo, en Humboldt, en Reclus o en Vidal de la Blache. Y también, para añadir otras dos muestras elocuentes de esa sabiduría visual, en Jean Brunhes o en Emmanuel de Martonne. Brunhes era, en palabras de Vidal de la Blache, «un excelente observador, dotado de un sentido estético que parece aguzar la sagacidad crítica» (Cit. en Brunhes, 1948, 13). Y de De Martonne se ha dicho que era un maestro consumado en dos instrumentos fundamentales de la geografía vidaliana: «el ojo ejercitado o la mirada, y la representación que hace nacer la idea explicativa». A «la precisión del ojo» añadía «la habilidad de la mano». (Palsky, 2001, 269). Como otros geógrafos destacados, De Martonne hizo del saber ver, de la mirada debidamente educada, la clave de su quehacer.

Con todo lo anterior, es decir, con la importancia del contacto directo con el terreno, y con la consecuente importancia de la experiencia visual, del saber ver, en la conformación del conocimiento geográfico moderno, se relaciona estrechamente, claro está, el destacado papel desempeñado en ese horizonte cognitivo por la práctica excursionista (y viajera). Es el desplazamiento, la excursión o el viaje, lo que permite al geógrafo ponerse en contacto directo con el paisaje, único modo de

llegar a entenderlo cabalmente. Humboldt se definió a sí mismo como «un viajero que debe la mayor parte de su saber a la contemplación inmediata del mundo» (Humboldt, 1874-75, II, 62), y sus principales obras paisajísticas —los *Cuadros de la Naturaleza, las Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*— son, en buena medida, libros de viajes. Y esa perspectiva viajera se prolongó en muchos geógrafos posteriores. Así sucede, por ejemplo, en la obra de Élisée Reclus, consumado paisajista, como puede comprobarse con particular claridad en su *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, de 1861, y en los libros que dedicó, en 1869 y 1880, a la *Historia de un arroyo y la Historia de una montaña*, expresiones modélicas de la experiencia excursionista de Reclus y de la visión paisajística conectada con ella.

Lo mismo sucede, por poner otro ejemplo significativo, en la obra de Vidal de la Blache. Su *Tableau de la géographie de la France*, de 1903, fundamental y profundamente influyente en el panorama geográfico de su tiempo y posterior, ofrece una acabada muestra de ello. Todo el *Tableau* se apoya en la experiencia personal del paisaje acumulada por Vidal de la Blache a lo largo de sus numerosos desplazamientos por Francia (Tissier, 2000). El estudio de los más de treinta cuadernos de notas de viajes del autor depositados en el Instituto Geográfico de París ha permitido constatar el importante significado que tuvo el contacto directo con el terreno, la visión inmediata de las cosas, asociada siempre, como ha señalado Robic, a una práctica espacial apoyada en la visión «multitópica» de los lugares (Robic, 2010, 282-285), en su perspectiva geográfica y, más concretamente, en los planteamientos del *Tableau*. Y esos cuadernos demuestran que su experiencia del paisaje se conformó precisamente recorriendo el terreno, viajando. Dibujos, croquis, observaciones cromáticas y otras percepciones sensitivas —sonidos, olores— expresan con frecuencia en esos cuadernos su experiencia del paisaje. Y con esa experiencia del paisaje, y con la práctica viajera que la hizo posible, se hallan directamente relacionadas las imágenes e interpretaciones geográficas del *Tableau*. (Lois, Robic y Tissier, 1988).

La excursión (o el viaje) desempeña, en suma, un papel destacado en el proceso de elaboración del conocimiento geográfico. Permite al geógrafo acercarse a su objeto de estudio, al paisaje, y verlo directamente. Y le permite además ejercitar la movilidad física de la mirada, que constituye, junto a su movilidad intelectual, un factor importante para entenderlo cabalmente (Berdoulay y Saule-Sorbé,

1998, 41-43). Buena parte de los geógrafos modernos, desde Humboldt, han hecho de la práctica excursionista o viajera un elemento imprescindible de su trabajo intelectual. Ello no quiere decir, desde luego, que se hayan parecido a lo que Georges Cuvier denominó «naturalista viajero», categoría en la que situó sin mucho fundamento a Humboldt, caracterizada, según él, por la rapidez y aleatoriedad de las observaciones, y la ausencia de operaciones intelectuales como la reflexión y la comparación, que requieren tiempo y equipamientos, de los que sí dispone, a diferencia de aquél, el naturalista que Cuvier llamaba «sedentario», entre los que se ubicaba él mismo.

De manera que el naturalista o geógrafo «viajero» sería, según Cuvier, alguien que tiene la ventaja de ver las cosas en vivo, de forma directa, pero tiene también el inconveniente de tener que limitarse a ver lo que le va saliendo al paso, y a verlo deprisa, sin tiempo ni medios para estudiar las cosas detenidamente, como puede hacerlo el científico «de gabinete». Pero el geógrafo moderno no es un geógrafo viajero, en el sentido restrictivo de Cuvier, sino un geógrafo viajero y un geógrafo sedentario, alguien que añade a la excursión o al viaje la práctica de gabinete, la consulta de bibliotecas y archivos y la utilización de todos los medios necesarios para elaborar reflexivamente, teniendo en cuenta lo que ha visto directamente en sus contactos con el terreno, el conocimiento que persigue. Así sucedió, por supuesto, en el caso de Humboldt: basta ver el retrato que le hizo Eduard Hildebrandt en su biblioteca de Berlín, en 1856, para comprobar lo lejos que estaba del tipo viajero acuñado por Cuvier. Y lo mismo puede decirse también, por ejemplo, como ha advertido Marie-Claire Robic, de Vidal de la Blache y sus seguidores de la escuela francesa. Fueron, dice Robic, tras referirse a la clasificación dual de Cuvier, geógrafos «de plein vent», que supieron aunar la práctica de la excursión o el viaje, el contacto directo con el terreno, y el trabajo, a menudo largo, en bibliotecas, archivos y laboratorios. Fueron al tiempo geógrafos viajeros y sedentarios, en los que convergieron y se complementaron las perspectivas cognitivas de uno y otro signo. (Robic, 2010).

La excursión (o el viaje) no es sólo importante en el terreno de la elaboración del conocimiento geográfico moderno, sino también, al tiempo, en el de la formación de los geógrafos. No es difícil encontrar, a lo largo de la tradición geográfica moderna, testimonios que afirmen esa importancia formativa de la excursión. De Martonne decía, por ejemplo, que «la mejor formación del geógrafo se adquiere sobre el terreno» (Dresch, 1975, 39), y de ahí su interés en promover la

práctica excursionista en la enseñanza universitaria francesa. Pero esa práctica no era tampoco sencilla. Debía responder, ante todo, a una concepción geográfica de la excursión, a la intención de hacer de ella, como decía en 1908 Charles Rabot, secretario de la Sociedad de Geografía de París, «una verdadera lección de geografía sobre el terreno», muy distinta, desde luego, de lo que podía ser «un simple paseo de turismo» (Cit. en Puyo, 2001, 323).

Y, además, había que evitar un riesgo que Georges Viers consideró frecuente y pernicioso: el de convertir la excursión en una especie de lección magistral, utilizando lo que se ve «como pretexto para el discurso y no como objeto del discurso». La técnica del curso magistral suplanta así a lo que debería ser toda excursión geográfica: un ejercicio práctico de observación. Si de lo que se trata es de aprender cosas sin más, añade el mismo Viers, un día de estudio en la Universidad, con sus bibliotecas y cartotecas, es más eficaz que un día de excursión. Lo que debe aportar ésta es muy diferente: debe enseñar a ver y a razonar sobre lo que se ve, que es una manera de iniciarse en la investigación, y debe hacerlo en términos concretos, separándose del mundo de las abstracciones en el que se mueven las clases y los libros, centrándose en todo momento en comentar el paisaje. «Si los jóvenes profesores a los que formamos —escribe Viers— no saben viajar individualmente de forma provechosa, si no aprenden, en las pocas ocasiones en que podemos hacerlo, a analizar e interpretar un medio, un paisaje rural o urbano, sobre el que hayan leído poco o nada, les habremos legado una cultura muerta, de palabrería. Cuando ellos estén a su vez frente a la tarea de poner a alumnos jóvenes en contacto con la realidad, no podrán hacerlo más que a golpe de lecturas y recuentos estadísticos, y no transmitirán más que palabras y cifras». (Viers, 1972).

La excursión geográfica no es —no debe ser— una clase magistral más, en la que el profesor no habla de lo que se ve, sino que utiliza lo que se ve como pretexto para hablar de lo que no se ve. Tampoco debe perseguirse con ella principalmente el aumento de conocimiento, que otros procedimientos permiten lograr de forma más rápida y eficaz. Se trata de enseñar a ver, de enseñar a comentar el paisaje que se ve, a describirlo e interpretarlo, a encontrar las claves de la realidad geográfica observada. El geógrafo excursionista debe aunar, como decía Davis, la «fuerza física», que le hace capaz de soportar las duras caminatas a través de montañas y desiertos, y la «fuerza mental», que le permite observar, reflexionar y descubrir finalmente «los hechos invisibles que ayudan en buena medida a conocer verdaderamente los

hechos visibles». Por eso, añade, no se trata ya de decir a los jóvenes geógrafos que vean, sino de recomendarles que vean y piensen. (Davis, 1912a, 13). Éste es el verdadero sentido de la excursión geográfica de carácter formativo. Y éste fue precisamente el sentido que quiso promoverse en una de las experiencias excursionistas más interesantes y valiosas desarrolladas en el mundo universitario: la experiencia francesa de las excursiones geográficas interuniversitarias.

Tras varios años de presencia de la práctica excursionista en los estudios de geografía de distintas Universidades francesas, se planteó, como recuerda Emmanuel de Martonne, «la idea de coordinar esos esfuerzos para poder emprender excursiones más largas y más lejanas, dando a conocer a los estudiantes aspectos verdaderamente nuevos para ellos» (Martonne, 1906, 70). Así se hizo, y en junio de 1905 se desarrolló en Bretaña, durante seis días, la primera excursión interuniversitaria, dirigida por De Martonne, principal impulsor de la idea, que era entonces profesor de geografía en la Universidad de Rennes. El planteamiento inicial de tales excursiones puede resumirse en los siguientes aspectos: la organización corría cada año a cargo de una Universidad distinta —a la Universidad de Rennes, que se ocupó de la primera, siguieron luego, en las cinco siguientes, las de Lyon y Montpellier, París, Lille, Clermont-Ferrand y Grenoble—; cada Universidad enviaba a sus dos o tres mejores estudiantes de geografía, a los que se sumaban algunos profesores; la dirección corría a cargo de un profesor con probada competencia en el asunto, que tenía en cuenta en sus explicaciones tanto la geografía física como la geografía humana —tras De Martonne, director de la primera, desempeñaron esa labor en los años siguientes geógrafos como Lucien Gallois, Albert Demangeon, Raoul Blanchard, Pierre Camena d’Almeida, o Max. Sorre—; y se contaba, para realizarlas, con la ayuda financiera del Ministerio de Instrucción Pública y de las Universidades que enviaban estudiantes. El número de excursionistas se situaba entre veinte y cuarenta, y la salida solía ocupar seis o siete días, superando en algunos casos esa duración.

A estas excursiones se invitaba además en ocasiones a científicos de otros ámbitos o a geógrafos extranjeros. En la de marzo de 1912, por ejemplo, participó Davis, que estaba ese curso académico, gracias a los intercambios de profesores instituidos entonces entre la Universidad de Harvard y la de París, como agregado en la Sorbona (Davis, 1912a, 1-2). Dirigió, junto a Gallois, la excursión, que se dedicó a estudiar las formas del terreno de la Cuenca de París, y escribió, en

relación con ella, un artículo, publicado en *Annales de Géographie*, sobre el valle del Armançon (Davis, 1912b). Y Juan Dantín Cereceda participó, cuando estuvo en la Universidad de París, pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, en la excursión interuniversitaria de mayo de 1914, que recorrió Las Landas y el extremo occidental de los Pirineos, dirigida por Camena d'Almeida (Excursión, 1914).

A juzgar por los comentarios a ellas dedicados, no cabe duda de que estas excursiones interuniversitarias respondieron fielmente a lo que sus impulsores entendían por excursión geográfica. Refiriéndose a la primera, De Martonne expresa una opinión que podría aplicarse sin problema a cualquiera de las que la siguieron: «Durante todas esas peregrinaciones, a menudo bastante duras, no se ha sacrificado nada ni a las distracciones ni al aparato, y la disciplina verdaderamente notable que ha reinado en esta caravana de jóvenes, la resistencia mostrada por todos, la continua atención prestada a las explicaciones, han probado que no estábamos equivocados al suponer el interés que habría de despertar esa iniciativa» (Martonne, 1906, 71). Eran, como recuerda Gallois, hablando de la excursión de 1907, «días pasados lejos de los libros, en plena naturaleza, en regiones con las que muchos no estaban familiarizados», que habrían de ser sin duda beneficiosos para los estudiantes (Gallois, 1907, 296). Los testimonios recogidos por Denis Woff, que ha estudiado los entresijos de esta práctica excursionista interuniversitaria apoyándose en la correspondencia de Demangeon depositada en la Biblioteca Mazarine de París, son igualmente elocuentes respecto de la favorable valoración que mereció su desarrollo. «El porvenir de nuestra enseñanza está, créame —escribió Vidal de la Blache a Demangeon, en 1908—, en la práctica de las excursiones, frecuentes y formadoras». No es extraño, por tanto, que De Martonne hable, ese mismo año, del creciente interés de Vidal por las excursiones interuniversitarias, en las que, sin participar plenamente, pasó en ocasiones algún día, como sucedió en las de 1907, dirigida por Gallois, y en la del año siguiente, que dirigió Demangeon. (Wolff, 2001, 331).

Estas excursiones interuniversitarias no sólo fueron importantes en términos pedagógicos, respecto de la formación de los geógrafos, sino que jugaron también «un papel capital», como ha señalado Puyo, en la consolidación de la escuela francesa de geografía. Además de propiciar la relación con científicos de otros campos y geógrafos foráneos, permitieron crear «un fuerte espíritu de comunidad entre los

geógrafos universitarios», que les ayudó a diferenciarse y emanciparse de las sociedades locales de geografía, entonces muy nutridas, a cuya manera de entender las excursiones —simple enumeración de «curiosidades de la naturaleza»— opusieron la concepción verdaderamente geográfica de las excursiones interuniversitarias, expresada en las notas informativas y en los artículos relacionados con ellas, y publicados en revistas como *Annales de Géographie* o *el Bulletin de la Sociedad de Geografía* de París. (Puyo, 2001, 323-324).

Todo lo dicho anteriormente es indicativo de la gran importancia adquirida por las excursiones en el horizonte de la geografía moderna, tanto desde el punto de vista formativo, como muestran ejemplarmente las de carácter interuniversitario organizadas desde 1905 en Francia, como en términos cognitivos, de conformación del saber geográfico. Entendida la geografía como un conocimiento principalmente apoyado en el contacto directo con el terreno, en el ejercicio de un saber ver la realidad geográfica, el paisaje, la excursión y el viaje pasan a ser el medio que hace posible esa relación y esa visión. La práctica excursionista constituye así un componente fundamental de la tradición geográfica moderna. Es habitual, desde Humboldt, en los más destacados exponentes de esa tradición, y también ha estado presente, como es lógico, en los geógrafos españoles pertenecientes a ese horizonte de modernidad geográfica. La labor investigadora y docente de Manuel de Terán y de sus discípulos ofrece muestras acabadas del valor concedido en ella a las excursiones (Véase Martínez de Pisón y Ortega Cantero, 2007).

La presencia del excursionismo en la geografía moderna tuvo, junto a la que hemos visto hasta ahora, otra manifestación importante, de índole retórica. Porque en el discurso de la geografía moderna, en la expresión literaria del conocimiento geográfico, se han incorporado a menudo procedimientos procedentes de la narrativa excursionista (y viajera). Para hablar del paisaje, el discurso geográfico moderno acuñó un lenguaje renovado, y, en relación con ello, configuró también una retórica que ayudase a emplear ese lenguaje del mejor modo posible, haciendo de él un medio eficaz para comunicar las nuevas ideas y razones y las nuevas impresiones y sensaciones puestas en juego. Dentro de esa retórica, junto a los componentes léxicos y los modos de vertebración interna de los ingredientes ideológicamente más significativos del texto, se encuentran los procedimientos literarios utilizados. Tales procedimientos comprenden múltiples recursos, desde las construcciones sintácticas, los tipos de enunciados y las

formas verbales y de adjetivación, hasta las maneras de concretar los ritmos narrativos. Con todo ello se configura el estilo literario del texto, su modo concreto de expresión. (Ortega Cantero, 2007).

Como ha señalado Berdoulay, el discurso científico se desarrolla de acuerdo con formas similares a las que aparecen en otros ámbitos más literarios. En el texto científico se concretan las diversas estrategias puestas en juego por el autor para lograr la adhesión del lector: «todo un arsenal de técnicas del lenguaje, toda una retórica, son utilizados para construir un discurso que pretende convencer». Práctica y discurso se encuentran íntimamente relacionados, y el segundo, en su modalidad científica, se muestra como creador de nuevos campos cognitivos. «El discurso científico —escribe Berdoulay— produce conocimientos, pero constituye también un discurso sobre la forma de producirlos y los medios para utilizarlos». Para el científico, y, más concretamente, para el geógrafo, lo importante es comunicar sus resultados, y para ello debe formularlos y además convencer a quien los recibe. Hay siempre una retórica en su discurso, en el texto con el que tales resultados se comunican. Y en esa retórica convergen ingredientes literarios variados, formas y procedimientos expresivos diversos, entre los que se cuentan los procedentes del relato de viajes, muy directamente conectado con la curiosidad geográfica, que «ha jugado durante mucho tiempo un papel fundamental como alimento de las reflexiones de los geógrafos». (Berdoulay, 1988, 9 y 18-19).

Es éste un asunto sin duda interesante e importante, del que depende en buena medida la capacidad comunicativa del discurso geográfico, su eficacia para transmitir adecuadamente sus ideas y sus imágenes. A pesar de las variaciones que cabe distinguir entre unos autores y otros, y entre unos momentos y otros, algunos de los procedimientos literarios utilizados en el paisajismo geográfico moderno manifiestan una cierta continuidad y funcionan como cláusulas de estilo ampliamente aceptadas. Es lo que ha sucedido con la incorporación al discurso geográfico de los modos de expresión acuñados por la narrativa de excursiones y de viajes, que se han mostrado especialmente adecuados para dar cuenta de una experiencia de relación visual con el terreno, con el paisaje, que se realiza a través del desplazamiento, de la movilidad del observador.

Son muchos los aspectos que expresan la incorporación de ese horizonte literario al discurso de la geografía moderna. Así sucede, por ejemplo, con la visión panorámica del paisaje, procedimiento habitual

en la literatura de viajes, que adquirió una notable importancia en el discurso geográfico. Su interés se basaba sobre todo en la posibilidad que ofrecía para conformar imágenes de conjunto, unitarias, en las que se recogiesen tanto los diversos componentes formales del paisaje, como las relaciones —proximidades, lejanías, contrastes, continuidades, agrupamientos, oposiciones, complementariedades, por ejemplo— que cabe distinguir entre ellos. La imagen panorámica del paisaje ofrece así una posibilidad de presentar sus rasgos característicos, las notas que definen las líneas maestras de su organización. La perspectiva panorámica mejora la visión del paisaje, y lo hace no sólo en términos cuantitativos, sino también cualitativos. No sólo se ve más desde la cumbre de una montaña, sino que se ve mejor; no sólo se amplía la visión, sino que se ahonda; no sólo se ven las cosas, sino las relaciones entre las cosas.

Todo ello hace de la visión panorámica un recurso fundamental en la retórica de la geografía moderna. Una de las más acabadas expresiones de la importancia adquirida por esa visión en el paisajismo geográfico moderno se encuentra precisamente en la aportación fundacional de Humboldt. *Las Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* son, en este sentido, sumamente elocuentes. Su modelo narrativo es en buena medida el de la literatura de viajes, que se corresponde con la experiencia viajera que fundamenta toda la obra. En conexión con ello, se encuentra la frecuente utilización por parte de Humboldt de la visión panorámica, que le permite expresar el orden del paisaje, señalar sus principales componentes y la organización que definen conjuntamente a través de sus relaciones.

A modo de ejemplo, cabe recordar aquí las vistas panorámicas, geográficamente magistrales, que ofrece del ámbito andino del Chimborazo desde la meseta de Tapia, imponente espectáculo de cuya grandeza sólo pueden formarse idea, advierte, quienes «hayan contemplado de cerca el espectáculo que ofrecen las cimas del Mont-Blanc y el Mont-Rose», o de los puentes naturales de Icononzo, valiosa muestra de las escenas «varias y majestuosas que ofrecen las Cordilleras», y espectacular ejemplo de los valles andinos, más profundos y estrechos que los de los Alpes y los Pirineos, que «se presentan como sitios salvajes a propósito para causar admiración y aun espanto», donde destaca Humboldt «la extraordinaria forma de sus rocas que parecen talladas de mano humana» y «lo árido y pelado de sus cimas», que «contrasta pintorescamente con la abundante vegetación de los bordes de la quebrada». (Humboldt, 1878, 45-46 y 65).

La utilización de los procedimientos de la literatura de excursiones y de viajes se ha mantenido a lo largo de la tradición geográfica posterior a Humboldt, como demuestran, entre muchas otras, las aportaciones de Reclus o Vidal de la Blache. Algunas obras del primero tienen mucho de libros de viajes —el relato de su viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta, sus historias del arroyo y de la montaña, antes mencionados—, y los procedimientos de ese tipo de literatura se encuentran también presentes en otros trabajos suyos. Y Vidal de la Blache incorpora igualmente esos procedimientos en sus escritos. El *Tableau de la géographie de la France* no sólo plasma, como vimos antes, la experiencia viajera de su autor, sino que además emplea los modos expresivos de la literatura de viajes de su tiempo. La capacidad comunicativa del Tableau, su facilidad para sobrepasar los límites de los círculos geográficos especializados y llegar hasta un público culto mucho más amplio, dependió en gran medida de la incorporación a su escritura de las claves de esa modalidad literaria. Su prosa descriptiva adopta, como han demostrado los análisis lingüísticos de Jean-Louis Tissier, los procedimientos característicos de los libros de viajes de su época —como, por ejemplo, la utilización frecuente de un «personaje-observador» (el viajero), o el uso habitual de enunciados que expresan un «efecto de viaje»—, y de ese modo se logra hacer de su lectura «una especie de viaje virtual». (Tissier, 2000). La experiencia del viaje, del contacto directo con el paisaje, desempeña así un papel destacado, desde el punto de vista de su escritura, en el *Tableau* de Vidal de la Blache.

Humboldt, Reclus y Vidal de la Blache aportan, en resumidas cuentas, ejemplos significativos y valiosos de la utilización de los procedimientos de la literatura excursionista y viajera en el discurso geográfico. Y, al igual que ellos, otros muchos geógrafos modernos han apoyado su visión del paisaje en esa experiencia excursionista y viajera y han utilizado los procedimientos de esa variedad literaria para representarla a través de la escritura. Veamos, por último, otro ejemplo muy expresivo en ese sentido: el que ofrece Emmanuel de Martonne en su lectura geográfica del paisaje de los Alpes.

La experiencia viajera tuvo siempre una gran importancia en el quehacer geográfico de De Martonne, tanto en su vertiente docente como en su proyección escrita. Su escritura —la escritura de un geógrafo físico— se caracteriza por su orientación técnica, por su sobriedad y por su precisión. Ello no quiere decir, sin embargo, que sea una escritura despersonalizada, carente de subjetividad, exclusivamente empeñada

en dar cuenta de los hechos. Como ha indicado Olivier Orain, De Martonne también moviliza ocasionalmente, casi siempre con tino, los recursos propiamente literarios de la escritura, que se incorporan a su discurso eminentemente descriptivo y realista para proporcionarle «efectos de realidad» capaces de «engendrar en el lector un proceso de fusión con el referente» (Orain, 2001, 304). Y entre esos recursos se cuenta también, como en el Tableau de Vidal, la introducción del «personaje-observador» y del «efecto de viaje» en el texto. Es lo que hace De Martonne cuando inscribe en el escenario paisajístico del que está hablando un testigo ocular, uno de esos «innumerables y rituales espectadores» de sus descripciones a los que se refiere Orain —viajero, turista, alpinista, geólogo—, que, además de favorecer el «efecto de viaje» en el texto, facilita la identificación del lector con la experiencia excursionista o viajera en la que se apoya su discurso geográfico.

La obra que dedicó De Martonne a los Alpes —*Los Alpes. Geografía general*, de 1926— ofrece una buena muestra de la utilización de esos recursos literarios. Es un texto sencillo y lúcido, escrito con inteligencia y claridad de ideas y propósitos, en el que predomina, como en toda la obra del autor, la dimensión científica y explicativa, resuelta con su habitual maestría, sin que ello suponga la ausencia del componente estético y comprensivo. De Martonne no es indiferente a las cualidades del mundo alpino, a «los contrastes violentos» que le proporcionan «su carácter agreste y su belleza». Habla de «los panoramas grandiosos ofrecidos por la alta montaña», de las «formas pintorescas» del paisaje alpino, de su «encanto» y de su «inagotable variedad de aspectos», de las diversas «impresiones» que despierta su naturaleza. Y la presencia del «personaje-observador» y del «efecto de viaje» se deja ver una y otra vez en el texto. A propósito del relieve, por ejemplo, dice lo que sigue: «Por el esfuerzo de los músculos, por la tensión de los nervios, el alpinista mide lo que significa un desnivel de varios miles de metros. Al habitante de las llanuras que aborda por primera vez los Alpes le es difícil apreciar la distancia que separa los muelles del Isère en Grenoble y los picos de Belledone, la terraza de la Grave y la cumbre resplandeciente del Meije, o los grandes hoteles de Zermatt y la punta del Cervino». (Martonne, 1955, 13, 19, 22, 56 y 58).

En otro momento, al tratar de los materiales del relieve alpino, escribe las frases siguientes, en las que el «personaje-observador» se diversifica en las figuras del mero «visitante», del «alpinista» y, por último, del sobrevenido «geólogo»: «A menos de ser insensible al gusto

de fáciles observaciones capaces de informarle de los contrastes más evidentes, el visitante de los Alpes no puede dejar de sorprenderse por la influencia de las rocas sobre el relieve. ¡Cómo atravesar la montaña, desde las primeras estribaciones hasta los macizos elevados, sin reconocer el aspecto diferente de los Alpes calizos, con sus cornisas brillantes, sus murallas, sus torres; y las cumbres de materiales cristalinos, con sus formas macizas y relativamente monótonas! El alpinista bien pronto llega a apreciar otros matices: las largas pendientes herbáceas sobre las pizarras, las crestas que se desmoronan de las cuarcitas, los sólidos bancos graníticos, las macizas murallas calizas y las vertientes dolomíticas recortadas, le convierten fácilmente en geólogo» (Martonne, 1955, 25).

Y en otra parte de su texto sobre los Alpes, al iniciar la presentación de las zonas de altitud, dice De Martonne lo que sigue: «Desde el funicular que trepa ágilmente hasta la atalaya que domina el valle, o en el automóvil que se eleva a cada revuelta de la carretera, el turista, subiendo sin esfuerzo, puede perder la noción del relieve, pero no puede escapar a la impresión del cambio de temperatura que acompaña las transformaciones del tapiz vegetal: los campos ceden su lugar al bosque, los abetos suceden a las hayas, el bosque se disemina finalmente y la pradera alpina se extiende, dominada por las crestas rocosas a veces cubiertas de nieve» (Martonne, 1955, 78).

De ese modo se manifiesta la presencia de la experiencia viajera en el texto sobre los Alpes de De Martonne, presencia que aparece de modo similar, por lo demás, en todo su discurso geográfico. Y conviene añadir, para terminar, que esa presencia no sólo se deja sentir en términos estrictamente literarios, sino también incluso en la presentación de los componentes iconográficos de su discurso. En la obra geográfica de De Martonne, aparece en ocasiones una disposición del contenido iconográfico —gráficos y fotografías— que expresa también, a su manera, la presencia de la experiencia viajera. Es una característica que, como ha advertido Didier Mendibil, se halla bastante generalizada en los textos de los geógrafos modernos, cuya iconografía pretende a menudo «ilustrar o simular un viaje explícito» (Mendibil, 1999, 328). En la parte dedicada en 1942 a la geografía física de Francia en la Geografía Universal dirigida por Paul Vidal de la Blache y Lucien Gallois, por ejemplo, De Martonne muestra el circo pirenaico de Gavarnie mediante tres vistas fotográficas sucesivas que se van aproximando progresivamente, disposición que, como señala Mendibil, «sugiere un acercamiento al lugar extraído del álbum de fotos de un excursionista»

(Mendibil, 2006, 182). De ese modo se incorpora también la experiencia viajera a la iconografía que acompaña al discurso geográfico de De Martonne. Al igual que sucede con la vertiente textual, literaria, del discurso geográfico de De Martonne, su componente iconográfico expresa con frecuencia su directa y estrecha conexión con la experiencia excursionista.

Lo que acabamos de decir a propósito de algunos destacados geógrafos modernos —Humboldt, Reclus, Vidal de la Blache, De Martonne— puede servir de ejemplo de la presencia retórica del excursionismo en el discurso de la tradición geográfica moderna. Al igual que sucede, como dijimos, en el caso de su presencia en la práctica investigadora y docente, también esta presencia de índole retórica, que se expresa mediante la incorporación de procedimientos de la narrativa excursionista y viajera al discurso geográfico, se encuentra en los textos de los geógrafos españoles vinculados a esa tradición. Así sucede, a título de ejemplo, en muchos de los escritos de Manuel de Terán dedicados a diversos paisajes rurales y urbanos, y así sucede igualmente, en fin, en los de algunos de sus discípulos. Basta leer un libro reciente de uno de ellos —las *Miradas sobre el paisaje*, de Eduardo Martínez de Pisón— para comprobarlo (Véase Martínez de Pisón, 2009).

* * *

Puede decirse, en resumen, que la práctica excursionista (y viajera), que hace posible el contacto directo con el terreno y el saber ver que debe asociarse a ese contacto, ha ocupado un lugar destacado en la geografía moderna. Y lo ha ocupado tanto en el terreno científico y pedagógico, referido a la conformación del conocimiento geográfico y a la formación de los geógrafos, como en el ámbito retórico, el relativo a la elaboración del discurso, sobre todo paisajístico, de la geografía moderna. Se trata de un campo del conocimiento que se apoya en buena medida en la experiencia visual de las cosas, en la observación de las formas de la superficie terrestre, y, por tanto, en la experiencia excursionista o viajera que hace todo eso posible. Finalmente, lo que se conoce de esa manera se expresa a través de la escritura, del discurso literario, en el que el geógrafo da cuenta de los resultados de su labor. Y ese discurso de los geógrafos modernos incorpora regularmente los procedimientos de la literatura de excursiones y viajes, procurando mejorar así su capacidad para comunicar cabalmente las experiencias —experiencia del viaje, experiencia del paisaje— a las que se refiere. Todo eso, en fin, manifiesta la presencia del excursionismo y de la retórica excursionista en la tradición geográfica moderna.

Bibliografía citada

- Ardillon, Edouard (1901), «Les principes de la géographie moderne», *Bulletin de la Société de Géographie de Lille*, XXII, 4, págs. 269-290.
- Berdoulay, Vincent (1988), *Des mots et des lieux. La dynamique du discours géographique*, París, Centre National de la Recherche Scientifique (Mémoires et Documents de Géographie).
- Berdoulay, Vincent, y Saule-Sorbé, Hélène (1998), «La mobilité du regard et son instrumentalisation. Franz Schraeder à la croisée de l'art et de la science», *Finisterra*, XXXIII, 65, págs. 39-50.
- Besse, Jean-Marc (2000), «La physionomie du paysage, d'Alexandre de Humboldt à Paul Vidal de La Blache», en *Voir la Terre. Six essais sur le paysage et la géographie*, Arles, Actes Sud, ENSP, Centre du Paysage, págs. 95-114.
- Brunhes, Jean (1948), *Geografía Humana*. Edición abreviada por M. Jean-Brunhes Delamarre y Pierre Deffontaines. Traducción de Joaquina Comas Ros, Barcelona, Juventud.
- Cossío, Manuel B. (1879), «Carácter de la pedagogía contemporánea. El arte de saber ver», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, III, 65 y 66, págs. 153-154 y 165-168.
- Davis, W. M. (1912a), «L'esprit explicatif dans la géographie moderne», *Annales de Géographie*, XXI, 115, págs. 1-19.
- Davis, W. M. (1912b), «La vallée de l'Armançon. 8^e Excursion interuniversitaire (mars 1912)», *Annales de Géographie*, XXI, 118, págs. 312-322.
- Dresch, Jean (1975), «Emmanuel de Martonne (1873-1955)», en *Les Géographes français*. Préface de Pierre George, París, Bibliothèque nationale (Número especial del Bulletin de la Section de géographie du Comité des travaux historiques et scientifiques).
- Excursión (1916), «Dixième excursion géographique interuniversitaire (Bordeaux –Les Landes– Bayonne, 1914)», *Annales de Géographie*, XXV, 133, pág. 66.
- Gallois, Lucien (1907), «Excursion géographique interuniversitaire autour de Paris et dans le Morvan», *Annales de Géographie*, XVI, 88 y 90, págs. 296-308 y 399-413.
- Humboldt, Alejandro de (1874-75), *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Vertido al castellano por Bernardo Giner y José de Fuentes, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, Editores, 4 t.
- Humboldt, Alejandro de (1878), *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Traducción de Bernardo Giner, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar, Editores.

- Loi, Daniel, Robic, Marie-Claire, y Tissier, Jean-Louis (1988), «Les carnets de Vidal de la Blache, esquisses du Tableau?», *Bulletin de l'Association de Géographes Français*, LXV, 4, págs. 297-311.
- López-Morillas, Juan (1988), *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, Alianza.
- Martínez de Pisón, Eduardo (2009), *Miradas sobre el paisaje*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Martínez de Pisón, Eduardo y Ortega Cantero, Nicolás (eds.) (2007), *Manuel de Terán, geógrafo (1904-1984)*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Residencia de Estudiantes.
- Martonne, Emmanuel de (1906), «La première excursion géographique interuniversitaire (Bretagne, 1905)», *Annales de Géographie*, XV, 79, págs. 70-71.
- Martonne, Emmanuel de (1955), *Los Alpes (Geografía general)*. Traducción de Joaquina Comas Ros, Barcelona, Juventud.
- Mendibil, Didier (1999), «Essai d'iconologie géographique», *L'Espace Géographique*, XXVIII, 4, págs. 327-336.
- Mendibil, Didier (2006), «Iconografía geográfica de los paisajes de Francia: contextos, formatos, posiciones», en Ortega Cantero, Nicolás (ed.): *Imágenes del paisaje*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, págs. 149-197.
- Orain, Olivier (2001), «Emmanuel de Martonne, figure de l'orthodoxie épistémologique postvidalienne?», en Baudelle, Guy, Ozouf-Marignier, Marie-Vic, Robic, Marie-Claire (dirs.): *Géographes en pratiques (1870-1945). Le terrain, le livre, la Cité*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, págs. 289-311.
- Ortega Cantero, Nicolás (2004), «Educación geográfica y valoración del paisaje en la Institución Libre de Enseñanza», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 2ª época, 55, págs. 39-68.
- Ortega Cantero, Nicolás (2007), «Hablar del paisaje: claves retóricas del discurso geográfico moderno», en *La Geografía en la frontera de los conocimientos (XX Congreso de la Asociación de Geógrafos Españoles)*, Sevilla, Universidad de Sevilla y Asociación de Geógrafos Españoles, edición en CD, 12 págs.
- Palsky, Gilles (2001), «L'esprit, l'oeil et la main. Emmanuel de Martonne et la cartographie», en Baudelle, Guy, Ozouf-Marignier, Marie-Vic, y Robic, Marie-Claire (dirs.): *Géographes en pratiques (1870-1945). Le terrain, le livre, la Cité*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, págs. 269-276.

- Puyo, Jean-Yves (2001), «Pratique de l'excursion sous la Troisième République: les forestiers, les «naturalistes» et les géographes», en Baudelle, Guy, Ozouf-Marignier, Marie-Vic, y Robic, Marie-Claire (dirs.): *Géographes en pratiques (1870-1945). Le terrain, le livre, la Cité*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, págs. 315-327.
- Robic, Marie-Claire (1996), «Interroger le paysage? L'enquete de terrain, sa signification dans la géographie humaine moderne (1900-1950)», en Blanckaert, Claude (dir.): *Le terrain des sciences humaines. Instructions et Enquêtes (XVIII-XXe siècle)*, Paris y Montréal, L'Harmattan, págs. 357-388.
- Robic, Marie-Claire (2010), «L'ici et l'ailleurs. L'invention du «géographe de plein vent»», en Ortega Cantero, Nicolás, García Álvarez, Jacobo, y Mollá Ruiz-Gómez, Manuel (eds.): *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Universidad Carlos III de Madrid y Asociación de Geógrafos Españoles (Grupo de trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico), págs. 277- 286.
- Sociedad para el estudio del Guadarrama (1886), «La nueva Sociedad para el estudio del Guadarrama», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, X, 236, págs. 367-368.
- Saussure, Horace Bénédicte de (1981), *Premières ascensions au Mont-Blanc, 1774-1787*. Introduction de Roger Canac, Paris, François Maspero.
- Tissier, Jean-Louis (2000), «Le voyage, filigrane du *Tableau de la géographie de la France?*», en Robic, Marie-Claire (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, Paris, Comité des travaux historiques et scientifiques, págs. 19-31.
- Torres Campos, Rafael (1892), «La enseñanza superior de la Geografía», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVI, 378, págs. 321-324.
- Viers, Georges (1972), «Conceptions diverses et pédagogie de l'excursion géographique», en *La pensée géographique française contemporaine. Mélanges offerts à André Meynier*, Saint-Brieux, Presses Universitaires de Bretagne, págs. 45-50.
- Wolff, Denis (2001), «À travers les correspondances: l'envers ou l'enfer de l'excursion...», en Baudelle, Guy, Ozouf-Marignier, Marie-Vic, y Robic, Marie-Claire (dirs.): *Géographes en pratiques (1870-1945). Le terrain, le livre, la Cité*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, págs. 329-342.

Elementos para una teoría hermenéutica del paisaje. La aportación de las etapas iniciales de la geografía moderna

Juan Vicente Caballero Sánchez

Centro de Estudios Paisaje y Territorio, Junta de Andalucía

1. La necesidad de una teoría hermenéutica del paisaje

Las últimas décadas han visto el desarrollo de un creciente interés por el tema del paisaje, manifestada en desarrollos teóricos novedosos y también en el desarrollo de nuevas políticas públicas. Uno de los aspectos más llamativos de este proceso es que se ha ido convergiendo hacia un determinado núcleo conceptual: el paisaje es el entorno que nos rodea, pero en tanto que portador de un sentido que nos religa a los lugares que habitamos y, más allá, al conjunto de la Tierra. Es el caso, por ejemplo, de Augustin Berque, cuando en una obra reciente afirma que «nuestro ser común es con mucho el paisaje» (2009, p. 110) o que «el Mundo se basa en la Tierra y (...) solamente a partir de ahí pueden *adquirir sentido y unirse en un medio humano* el Bien, lo Bello y lo Verdadero» (2009, p. 98, cursiva nuestra).

En cuanto al ámbito de las políticas públicas, cabe decir, que en el propio núcleo del concepto de paisaje, tal como se expresa en el Convenio de Florencia, está la idea de que los paisajes están básicamente constituidos por «la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos»¹. Esa acción e interacción produce como resultado un orden inteligible y comunicable (carácter), a la vez que pueden llegar a ser socialmente compartidas («cualquier parte del territorio tal como es percibida por la población»). De ahí que se afirme con frecuencia, en este ámbito, que el paisaje está «en medio», a medio camino de lo objetivo y lo subjetivo. Esa condición «medial» tiene su fundamento en el hecho de que el paisaje constituye, en esta definición, un núcleo de sentido transmitido, formado por un sistema de interacciones inteligibles, y, al tiempo, por su percepción socialmente compartida. Sin embargo, y a pesar del indudable interés e importancia de estas

¹ La definición completa de paisaje propuesta por el Convenio de Florencia reza como sigue: «por “paisaje” se entenderá cualquier parte del territorio tal como la percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos».

aportaciones, puede decirse que existe un «déficit teórico» en la reflexión contemporánea sobre el paisaje, déficit que se manifiesta en dos hechos:

- A pesar de que, de forma nítida, el paisaje es entendido como portador de sentido, no se ha llegado a construir una teoría hermenéutica del paisaje (más allá de la referencia genérica al «paisaje como texto» en autores diversos), que incorpore la aportación de la reflexión hermenéutica contemporánea. Esa incorporación, que sí ha ocurrido en otros campos, tales como la historia o los estudios literarios (Ferraris, 2000), supondría una ganancia indudable, al fundamentar filosóficamente el concepto contemporáneo de paisaje y clarificar muchos de los debates en torno al mismo.

- El segundo foco de «déficit teórico» deriva del hecho de que la reflexión contemporánea no ha integrado la aportación de aquellos episodios del pasado geográfico que suponen un claro antecedente de su entendimiento del paisaje. Dicho de otro modo se ha desarrollado un *corpus* teórico-práctico sin conexión o referencia a esos antecedentes intelectuales, que deberían constituir una referencia insoslayable.

Teniendo esto en cuenta, cabe preguntarse por la vía más apropiada para resolver y superar este déficit teórico. Una vía que puede resultar eficaz a este propósito consiste en construir una teoría hermenéutica del paisaje, a partir de los antecedentes arriba mencionadas. Se trataría, en definitiva, de interpretar determinados episodios del pasado geográfico, aquellos más afines a la reflexión contemporánea, a través de la hermenéutica contemporánea para, desde ahí, construir una teoría hermenéutica del paisaje.

Como ejemplo de la pertinencia e interés de esta vía, se plantea una visión general del proceso de formación de una hermenéutica del paisaje en las etapas iniciales de la geografía moderna. La exposición se centra en el *Tableau de la Géographie de la France*, y comienza por mostrar su carácter poliédrico, a partir de los avances contemporáneos en su conocimiento e interpretación. Tras ello, la atención se centra en los antecedentes hermenéuticos que en él convergen y en el sentido y alcance de dos conceptos fundamentales en esa obra, *sol y physionomie*. Una vez hecho ese recorrido, se plantean algunos elementos para una teoría hermenéutica del paisaje, partiendo de las claves que proporciona la visión hermenéutica del *Tableau* vidaliano y sus antecedentes.

Antes de pasar a esa exposición es necesario, aunque sea brevemente, aclarar en qué sentido se usa, en el presente trabajo, la palabra «hermenéutica» A partir de la aportación decisiva de H. G. Gadamer (2003, 2004) y de algunos de sus discípulos (rondin, 2002), la hermenéutica puede ser entendida como *la capacidad humana de participación lingüística en un sentido transmitido*, sea a través de una interpretación cualificada (de un texto, una obra de arte, un paisaje...), sea en la condición de meros hablantes que interactúan con el mundo que les rodea. Ciñéndonos a un contexto de interpretación cualificada, esa participación lingüística, que siempre acontece desde un determinado horizonte vital o cultural, implica la creación de un doble vínculo, que bien puede denominarse ontológico:

- Entre el intérprete y el mencionado sentido transmitido, a través del cual el intérprete actualiza y hace presente un sentido que ya ha sido actualizado y hecho presente repetidas veces, en diferentes contextos vitales o culturales.

- Entre el sentido transmitido (es decir, actualizado) y los receptores de la interpretación, a través del cual éstos se hacen también partícipes de aquél.

Una analogía sirve para entender la naturaleza de la actividad hermenéutica: esta es similar a la actividad que realiza un intérprete cuando ejecuta una composición musical. Dicha ejecución actualiza y hace presente de nuevo algo que ya antes ha sido actualizado y ejecutado. Cada interpretación es única e irrepetible pero, al mismo tiempo, está ontológicamente vinculada a todas las interpretaciones anteriores de esa misma composición, en la medida en que son ejecuciones o manifestaciones de una misma composición o idea musical.

Por otra parte, cada interpretación musical es un hecho intrínsecamente intersubjetivo, cuyo objetivo último es que la composición se actualice y haga presente, en cada recepción. Esto puede expresarse de otro modo más gráfico e intuitivo: en rigor, una composición musical sólo existe en su recepción o escucha. Por eso, quien escucha también establece un vínculo ontológico con la composición que entonces está siendo ejecutada, pasando a formar parte integrante de su existencia.

2. Una obra poliédrica

2.1. El *Tableau*, obra de arte inimitable

En 1934 Jules Sion, discípulo de Vidal de la Blache, publicó un artículo titulado «L'art de la description chez Vidal de la Blache». Para Sion, la plasmación de impresiones sensoriales era el centro del «arte de la descripción» del *Tableau*. El punto de mayor interés del texto de Sion es la idea de que «el arte de Vidal consiste menos en pintar que en evocar». La clave de la evocación reside en la capacidad de provocar en el lector «el retorno en el presente de una impresión de antaño» que reaviva en nuestra memoria el cúmulo de sensaciones a ella asociado. Se trata pues de suministrar una llave a nuestros recuerdos, que nos permita «recordarlos [los paisajes], si los hemos visto», o bien «imaginarlos por nuestro conocimiento de paisajes análogos». Para ello cualquier sensación es válida; de ahí que, de acuerdo con esta interpretación, Vidal de la Blache no se ciña a lo visual e incorpore las sensaciones sonoras, olfativas e incluso la sensación táctil, «inscrita en los músculos», de caminar sobre caminos, senderos o rocas de textura diversa.

Más recientemente, Jean-Louis Tissier (2000, pp. 19-31) nos ha situado ante el carácter central de la experiencia del viaje en la obra. Pero el punto de vista es diferente al de Sion. Lo que plantea este autor es la importancia de las prácticas de escritura asociadas a la experiencia de ver cambiar el paisaje, a las transiciones y gradaciones, o a los cambios bruscos. En suma, a todo lo que supone movimiento, transitar de un lugar a otro. Partiendo de esta premisa, el autor repasa algunas de las prácticas de escritura que acompañan en el *Tableau* a la experiencia del viaje. Plantea, entre otras cuestiones, la abundancia de verbos que remiten a esa experiencia («acceder», «aproximarse», «ver», «adivinar»...) y la presencia significativa de adverbios asociados tanto a la progresividad («progresivamente», «gradualmente», «más o menos») como a la ruptura («de golpe»). Se trata pues de una ampliación de la perspectiva de Sion sobre el «arte de la descripción».

Por nuestra parte, hemos propuesto (Caballero Sánchez 2006) un marco interpretativo de las prácticas de escritura del *Tableau*. Se plantea en dicha aportación la pertinencia de atender a los planteamientos teóricos que, a lo largo de la historia cultural occidental, se han ocupado de la relación entre palabra e imagen, como vía para entender e interpretar las prácticas de escritura

propias de la descripción, en la medida en que dichas prácticas son un aspecto compartido por la Geografía y la Literatura. Partiendo de esta premisa, se identifican algunas de las prácticas de escritura más relevantes del *Tableau*, usando como marco teórico de referencia las ideas del escritor y crítico alemán Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781), uno de los máximos exponentes en la reflexión teórica sobre la descripción literaria, entendida como representación de imágenes a través de la palabra. Por tanto, este trabajo apunta en dirección a la hermenéutica paisajística del *Tableau*, pero poniendo el énfasis en la dimensión lingüística de la misma.

2.2. Un episodio del pensamiento geográfico

La década de los 70 del pasado siglo registra los primeros atisbos de literatura crítica en torno al *Tableau*. Un primer hito en este proceso es el prefacio de Paul Claval (1979, pp. I-XXII) a la reedición facsímil de la obra, en el contexto de la reedición de la *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution*, por la editorial Tallandier.

El prefacio que nos ocupa incluye una presentación general de la trayectoria de Vidal, pero su tesis fundamental es que el *Tableau* sería el máximo exponente de un entendimiento de la Geografía configurado años antes en el que se entrecruzan influencias diversas. Ese modo de entender la Geografía es caracterizado como sigue:

«Para él la geografía no es un estudio del marco físico desligado de toda preocupación social y económica, del mismo modo que no es una descripción de las construcciones sociales desligadas del medio del que ellas extraen sus fuerzas o en las que se inscriben mediante paisajes organizados. La geografía humana es análisis de los grupos sociales captados en su existencia concreta, en su utilización del entorno y en los movimientos que los animan. Desde el principio del libro, Vidal expone reflexiones que ilustran su trabajo: se distinguen dos niveles de vida y de organización social: el de las relaciones locales y el de las corrientes generales» (Claval 1979, p. XV).

Partiendo de esta base, el prefacio analiza los contenidos del *Tableau*, ofreciendo de este modo un cuadro general de los mismos. Es en la identificación de tres ejes argumentales (cuadro geológico, relaciones locales y corrientes generales) donde reside el valor de esta aportación. Esto supone un importante avance respecto a muchas valoraciones anteriores, en las que no se pasaba de la valoración general y en las que no se identificaban líneas argumentales y conceptos vertebradores.

Posteriormente, Robic (2000b, pp. 59-75) ha profundizado en las diferencias entre la *vie locale* (la copertenencia entre solar y cultura) y la *vie générale* (las relaciones de larga distancia que hacen posible la configuración de individualidades geográficas). La *vie locale* queda resumida en dos modos de temporalidad: los que la autora denomina «ecumene» y «generaciones». El primero remite a la precocidad del poblamiento en Francia, anterior a otras partes de Europa, y el segundo a la continuidad del poblamiento a lo largo del tiempo.

Robic identifica otros tres modos de temporalidad: «recursos», que no son otra cosa que el potencial del solar para la configuración de individualidades geográficas; «civilización» expresa la apertura a la *vie générale*; por último, «modernidad» sintetiza según Robic la percepción de Vidal de la Blache, recogida en las últimas páginas de la obra, de que en su época la *vie générale* había alcanzado una dimensión hasta entonces desconocida, como consecuencia de la revolución en los modos de transporte. Es pues un caso particular del modo «civilización».

Una visión inédita es la aportada por Marie-Vic Ozouf-Marignier (2000, pp. 151-181), que considera la obra el «último avatar de una tradición de descripción regional» (p. 153), entroncado con las memorias departamentales, género consolidado en el siglo XIX. En el siglo XIX este género ha adquirido un gran auge y se ha configurado según ciertos rasgos característicos. Para la autora, algunas de dichos rasgos se repiten en el *Tableau*:

«Estas rúbricas se articulan según dos sistemas de pensamiento privilegiados: el paradigma ecológico, que hace derivar los hechos humanos de la topografía y del clima; y la fisiocracia, que ve en la agricultura y el campesino el fundamento mismo de la identidad territorial. En el conjunto de estas obras, el discurso producido tiende por otra parte a particularizar (cada porción del espacio es mostrada en su individualidad), a identificar (lo que explica la importancia de lo pintoresco pero también de las denominaciones: la cascada de Gimmel resume y simboliza la Corrèze) y a conmemorar (los grandes hombres y los grandes acontecimientos de una región contribuyen a su grandeza y a la de Francia). Tres procesos que se vuelven a encontrar en la descripción regional de Vidal de la Blache» (Ozouf-Marignier 2000, p. 156).

2.3. La dimensión política

A mediados de los años 80 del pasado siglo se registra un paso adelante en la literatura crítica sobre el *Tableau*. Ello se debe a la serie *Lieux de Mémoire*, que va apareciendo entre 1984 y 1992. Esta serie, dirigida por el historiador Pierre Nora, ha tenido una gran influencia posterior y ello se debe a la difusión del concepto que le da título. Por «lugar de memoria» cabe entender cualquier núcleo significativo (tanto material como inmaterial) para la memoria y la identidad colectivas, caracterizado por ello por su estabilidad y duración a través de las generaciones.

La obra abarca, partiendo de esta premisa, un amplio abanico de temas referidos siempre a Francia, entre ellos el de la Historia y la Geografía como disciplinas que durante la Tercera República contribuyen a conformar la conciencia nacional, a través de lugares de memoria de gran relevancia, como el propio *Tableau de la Géographie de la France* y la obra en la que se inserta: la *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution*.

Es en este contexto donde aparece el texto de Jean-Yves Guiomar (1986, pp. 569-597) sobre el *Tableau* vidaliano. Éste aparece retratado como una obra multidimensional, con valores artísticos, portadora de pensamiento científico pero también de un mensaje político. Sin embargo, es el tratamiento de este último tema el que supone una innovación. Este texto es pues el primer ejemplo de literatura crítica que pone de relieve que «se trata de una obra más comprometida políticamente de lo que parece a primera vista» (Guiomar 1986: 595), y que destaca la conexión de ciertos argumentos de la obra con el proyecto de integración nacional de la Tercera República:

«La geografía de Vidal de la Blache participa del pensamiento y de la práctica republicanas de las ciencias del hombre en lo que ellas tienen por más urgente: cimentar el patriotismo. Hay un acuerdo profundo entre el *Tableau* y el ardiente pensamiento nacional que inspira toda la obra de Ernest Lavisse, incluso si hay en Vidal más flexibilidad, más amor por el matiz que en su colega historiador (...).».

Otra aportación de interés en esa misma línea es la de Robic (2000c) que considera toda la obra una respuesta a la pregunta con la que se cierra el prólogo de la primera parte del *Tableau*: «¿Cómo un fragmento de la superficie terrestre que no es ni península ni isla y que

la geografía física no sabría considerar propiamente como un todo, se ha elevado al estado de territorio político, y se ha convertido finalmente en una patria?». Partiendo de esta premisa, la autora hace un recorrido completo por el tema de la territorialidad en el *Tableau*, recorrido que comienza por la naturaleza de Francia como individualidad geográfica y termina por lo que Robic denomina apropiación simbólica, es decir, el sentimiento de pertenencia a una individualidad geográfica, por el cual ésta, según los términos de Vidal de la Blache, se convierte en patria.

El epígrafe dedicado a la primera parte («Las virtudes de una forma: el istmo o interfaz», pp. 190-206) está dedicado a la naturaleza de Francia como individualidad geográfica, como territorio. Robic interpreta que la primera parte del *Tableau* está vertebrada por la visión de Francia como una interfaz, término con el que interpreta la posición vidaliana:

«Su verdad espacial [de Francia] sería la estructura de interfaz, que significa fundamentalmente la conexión de las diferencias, en una composición dualista que se repite en cualquier punto del espacio y todas las escalas. Esta estructura resulta de un feliz azar de localización en el globo» (Robic 2000c, p. 225).

Por otra parte, Robic identifica acertadamente el entronque de la 1ª parte del *Tableau* con la concepción geográfica de Ritter, si bien no identifica una hermenéutica basada en esa concepción geográfica:

«Como suscita la referencia inicial a Estrabón, su trabajo puede leerse en la perspectiva de una reformulación de las ideas del geógrafo griego y de una tradición formal de la geografía representada por K. Ritter. Resulta de ello que una forma espacial, que el autor llama el «istmo» y que calificaremos más ampliamente como «interfaz» en razón de la complejidad que le confiere el trabajo vidaliano, resume la esencia de esta geografía de Francia» (Robic 2000c: 190-191).

Más recientemente, Nicolás Ortega Cantero (2005) ha trazado un cuadro de las coordenadas intelectuales y políticas en las que se mueve el *Tableau*: las ideas de Ernest Renan, la valoración del paisaje por la pintura francesa de la época, el *Tableau* de Michelet, la idea de arraigo, a lo cual se suma como factor decisivo el proyecto de integración nacional de la Tercera República. Es una visión panorámica que permite entender la complejidad de referencias que habría que considerar como influencias posibles en la hermenéutica vidaliana.

Sin embargo, el núcleo de esta aportación está constituido por el comentario del prólogo y la primera parte del *Tableau*. El autor parte del siguiente presupuesto interpretativo:

«El *Tableau de la Géographie de la France*, publicado por Vidal de la Blache en 1903, constituye una muestra acabada y valiosa de las conexiones establecidas por el pensamiento geográfico moderno entre el paisaje, la configuración –y la memoria– histórica y la identidad nacional. Vidal ofrece, en el *Tableau*, una reflexión sobre las relaciones existentes entre las condiciones naturales y geográficas de Francia y su caracterización histórica y nacional. Intenta señalar las claves naturales y geográficas, patentes en el paisaje, de la historia de Francia y de su conformación nacional» (Ortega Cantero 2005, p. 11).

Es desde este presupuesto desde el que se interpreta tanto el prólogo como el conjunto de la primera parte, recorriendo sus temas fundamentales: la caracterización natural del territorio, la importancia de la actuación humana y los rasgos fisonómicos, es decir, «las huellas y signos del paisaje, las claves del carácter histórico y natural de Francia» (p. 28). De todo ello se concluye lo siguiente:

«Porque lo que hace Vidal de la Blache en su *Tableau* es justamente considerar la dimensión geográfica del nacionalismo. Llega a la conclusión de que las razones geográficas, que cabe resumir en la relación que los hombres logran mantener con su medio natural, son fundamentales en la definición histórica de la nación, en la configuración de los rasgos característicos de la identidad nacional. La geografía es así una fuente de legitimidad nacionalista» (Ortega Cantero 2005, p. 41).

2.4. Hacia una visión hermenéutica

En un artículo publicado a finales de los años 90, Danièle Laplace-Treyture (1998) hizo una primera incursión en la dimensión hermenéutica del *Tableau*. El punto de partida de esta aportación es la idea de que en la aprehensión de los lugares el geógrafo se ve confrontado a una situación que la autora denomina «alteridad», a la cual considera constitutiva de la Geografía.

Partiendo de esta premisa, la autora hace algunas apreciaciones acerca del *Tableau*, como ejemplo de escritura académica que incorpora la alteridad. Para la autora tanto el Otro-habitante como el Otro-lector son incorporados a dicha obra:

«En Vidal, la observación (la acción de ver y las descripciones que de ello resultan) se inscribe fundamentalmente en una relación abierta al otro, a otras aprehensiones de los lugares; Vidal mira a la vez «con» y «como» el otro. «Como» el otro, el no especialista, cuando apela a una mirada integradora y evoca el paisaje a través de un repertorio de formas conocidas y culturalmente aprobadas. «Con» el otro porque no rechaza esta aproximación sensible, pero sin originalidad, de los lugares. Así pues, la mirada juega aquí un papel esencial (...). Pero el ojo del geógrafo no es omnisciente (...). Al contrario, está escindido: el otro habita esa mirada, lo interroga, lo vuelve plural sin poner en peligro al enunciador en su identidad discursiva. En efecto, en ningún momento, el texto vidaliano introduce una confusión de registros o de géneros: el propósito es totalmente científico, pero, y ahí está su modernidad, ampliamente abierto a la alteridad» (Laplace-Treuture 1998, p. 80).

Pero donde se han registrado mayores avances en esta dirección es en el volumen colectivo *Le Tableau de la Géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, publicado en 2000 por el *Comité des travaux historiques et scientifiques* y dirigido por Marie-Claire Robic. Este volumen colectivo merece especial atención, pues varios de sus capítulos entroncan con cuestiones de índole hermenéutica. Así, por ejemplo, Daniel Loi (2000a: 33- 57) pone de manifiesto la interpretación del espacio francés implícita en la segunda parte del Tableau, interpretación articulada por lo que el autor denomina el «gradiente Nordeste-Suroeste», que es relacionado con algunos de los argumentos generales que pueden identificarse en la segunda otra parte de la obra. Un primer grupo de dichos argumentos son la importancia de las influencias germánicas, que entran en Francia justamente por el Nordeste, así como el eje Provenza-Mar del Norte, al que ya se hacía referencia en la primera parte. Un segundo grupo remite a los rasgos originales del Oeste y el Sur: el individualismo de «los campesinos del Oeste» (pp. 42-45), o el «fracaso político del Midi» (pp. 45-46), el hecho de que en esa parte de Francia no se haya consolidado ninguna entidad política duradera.

El capítulo IV (2000a: 78-105) de la mencionada obra colectiva es obra de Didier Mendibil, geógrafo especializado en iconografía geográfica. Se centra en el análisis iconográfico de las fotografías incorporadas a la edición de 1908 (*La France. Tableau géographique*). La parte inicial y la final están dedicadas a consideraciones estrictamente iconográficas relativas a las mencionadas fotografías, por lo que se salen del marco

temático de esta investigación. La parte central, sin embargo, contiene algunas apreciaciones de considerable interés hermenéutico. La tesis que allí se plantea es la siguiente:

«El análisis preciso de la relación texto-imagen en *La France. Tableau géographique* de 1908 muestra que los procedimientos iconográficos más utilizados por Vidal de la Blache son los de la animación y la temporalización de las imágenes. Éstos elaboran una verdadera «cinemática del paisaje». El texto «moviliza» la imagen introduciendo el tiempo y el movimiento en los dispositivos iconográficos. (...). Vidal de la Blache da vida a todo lo que evoca» (Mendibil 2000, p. 88).

En el capítulo VII (2000: 127-150), la historiadora de la literatura Paule Petitier confronta el *Tableau* vidaliano con su antecedente: el *Tableau de la France* (1833), de Jules Michelet. El interés de este capítulo radica en primer lugar en que, aun cuando no sea esa su pretensión, plantea una visión global de la hermenéutica paisajística vidaliana y de sus dos pilares: la interpretación de formas y relaciones espaciales y la experiencia del paisaje. El segundo centro de interés radica en que se hace la única referencia en todo el volumen al término «hermenéutica».

En un primer momento, Petitier constata cómo, en la primera parte del *Tableau*, Vidal de la Blache piensa la unidad del territorio francés a partir de la diversidad. En este contexto, la autora contrapone los planteamientos de ambos autores:

«Michelet muestra la paradoja de una variedad creada a partir de un pensamiento de la totalidad (simplificado, el razonamiento es: Francia es diversa porque es un ser completo, un organismo, y porque todo organismo se define por un cierto número de órganos con funciones especializadas) (...) Vidal de la Blache ilustra la paradoja inversa de una unidad pensada según el modo de la variedad: la fragmentación geológica de Francia estimula la microcirculaciones que aseguran la homogeneidad de su tejido nacional. Es porque Francia es diversa, heterogénea, por lo que es una» (Petitier 2000, pp. 139-140).

El análisis comparativo de la segunda parte de ambas obras, dedicadas a las descripciones regionales, sirve también para contraponer a ambos autores:

«Mientras que la descripción de Michelet intenta traducir una experiencia visual no conceptualizada, una lectura no lingüística del paisaje, la descripción vidaliana trata el paisaje como un texto, una lengua a descifrar» (Petitier 2000, p. 147).

Antes de ello, Petitier ha caracterizado la descripción regional vidaliana como «una hermenéutica y una semiología», aunque sin mayor concreción de qué entiende por ambos conceptos y sobre su pertinencia de aplicarlos al *Tableau* vidaliano. Se limita a plantear esta apreciación a modo de conclusión de una interpretación anterior:

«En Vidal de la Blache, el desciframiento del paisaje se presentará como una lectura de indicios, es decir, de signos que tienen una relación de contigüidad con lo que representan» (Petitier 2000, p. 146).

En el capítulo X (2000a: 227-249) Jean-Marc Besse comienza por hacer referencia a los debates epistemológicos de la época. Para este autor el *Tableau* toma partido en dichos debates, al partir de la premisa de que la individualidad es un objeto legítimo de conocimiento. Según él, «las primeras páginas del *Tableau de la Géographie de la France* sitúan, en un primer análisis, la perspectiva de Vidal de la Blache del lado de una ciencia de lo individual». Pero es una opción que hay que situar en el contexto del entendimiento de la historia en la Francia del siglo XIX, definida por una «epistemología del esquema nacional», en la cual la nación se constituye en «esquema cognitivo» que «hace posible la organización del espacio y del tiempo, determina la investigación, la recogida y selección de datos eruditos, y proporciona un principio de construcción del relato».

El segundo centro de interés del capítulo X está constituido por los conceptos mediante los cuales, según Besse, Vidal de la Blache articula su particular «epistemología del esquema nacional» en torno a dos conceptos: *physionomie* y *sol*. Como antes se ha visto, son dos conceptos fundamentales en la hermenéutica del prólogo del *Tableau*. En este caso, no nos son presentados como parte integrante de una teoría hermenéutica, pero la interpretación que se hace de ambos apunta claramente en esa dirección.

Respecto a *physionomie* Besse recoge su sentido más propiamente hermenéutico. Ejemplo de ello es el siguiente texto:

«[El concepto de persona] no sólo permite al geógrafo presentar un modelo ontológico de la producción de su objeto, y organizar su método y su discurso, sino que además da ese objeto una cara, lo que Vidal de la Blache denomina una *physionomie*» (Besse 2000a: 237).

Respecto al concepto de solar (*sol*), distingue este autor dos acepciones. El solar debe entender «por una parte (...) como reservorio, receptáculo, según una dimensión puramente virtual» (Besse, 2000a: 247). Sin embargo, a través de la segunda acepción que le atribuye puede decirse que Besse asimila *sol* al concepto de lugar, tal como éste es entendido en la geografía humanista y cultural contemporánea:

«Por otra parte el solar como impronta, conjunto de huellas, vestigios, indicios, inscripciones, escrituras diversas que hacen del solar una sustancia profundamente humana, profundamente histórica, profundamente simbólica. Es en este acceso al orden del símbolo donde el solar recibe su verdadero estatuto geográfico. El solar geográfico es un espacio simbólico, un territorio sembrado de símbolos» (Besse 2000, pp. 247-248).

3. Formación y claves de una hermenéutica del paisaje en las etapas iniciales de la Geografía Moderna

3.1. El Romanticismo y el entendimiento hermenéutico del saber geográfico

El Romanticismo es una de las épocas más fructíferas en el desarrollo de las ideas hermenéuticas, con consecuencias que se extienden a lo largo del siglo XIX y parte del XX (Ferraris 2000). Así, por ejemplo, en esa época se desarrolla, a lo largo de un siglo, las reflexiones y desarrollos que comienzan en Schleiermacher, continúan en la obra de importantes filólogos (Steinthal y Boeckh) e historiadores (Ranke y Droysen) y culminan en la obra de Dilthey. La relevancia de esta tradición intelectual radica en el peso que adquiere la cuestión del sentido y su comprensión, considerada como el fundamento y tema central de las disciplinas humanísticas.

Teniendo esto en cuenta, cabe preguntarse si esta floración de ideas y desarrollos hermenéuticos pudo afectar a la entonces naciente Geografía, y, especialmente, a aquellos autores considerados como fundadores de la misma, tales como Humboldt y Ritter. No tanto porque

adoptaran explícita o implícitamente los desarrollos antes citados, sino en la medida en que la cuestión del sentido y su comprensión había adquirido, en el contexto cultural del Romanticismo, una relevancia epistemológica hasta entonces desconocida y que trascendía la corriente reseñada en el párrafo anterior.

Hay un hecho que hacen plausible dar una respuesta afirmativa y formular primeras interpretaciones e hipótesis que deben ser contrastadas y profundizadas: en el *Tableau de la Géographie de la France* convergen las concepciones geográficas de Humboldt y Ritter, junto con otros desarrollos, tales como la *géographie humaine* vidaliana. Dado que esta obra tiene un carácter claramente hermenéutico (Caballero Sánchez 2009), cabe preguntarse si eso es así por hundir sus raíces intelectuales en planteamientos hermenéuticos anteriores, originados en el contexto cultural del Romanticismo.

Parece lógico pensar que la configuración hermenéutica del *Tableau de la Géographie de la France* no surge en el vacío, sino que hundiría sus raíces en la configuración hermenéutica del saber geográfico en Humboldt, Ritter, y en algunos historiadores, tales como Jules Michelet. A pesar de que en el momento de su primera edición (1903) son otras las concepciones geográficas que más influyen, notoriamente el evolucionismo, esta obra recogería, sintetizaría y unificaría la herencia hermenéutica de la etapa inicial de la Geografía Moderna. Es decir, el *Tableau* vidaliano podría considerarse una hermenéutica del paisaje que se funda en hermenéuticas anteriores, las cuales crean las condiciones intelectuales que la hacen posible, a al vez que confluyen y se fusionan en ella.

A este respecto, cabe preguntarse, en primer lugar, por los *Cuadros de la Naturaleza* de Humboldt: ¿hasta qué punto pueden considerarse un episodio que sienta las bases de una hermenéutica de la naturaleza, cuyo influjo cultural se extiende por todo el siglo XIX y parte del XX. Existen algunos indicios para considerar plausible esta hipótesis:

A. La marcada preocupación de Humboldt por las interacciones, por «la comprobación de la acción común de todas las fuerzas», tal como se dice en el prólogo de la primera edición de la obra, de 1808 (cit en Puig Samper y Rebok 2003: 26). En ese mismo prólogo se dice que «este placer [de la contemplación directa de la naturaleza] aumenta con la *comprensión de las relaciones internas de las fuerzas naturales*» (*ibid.*, p. 27, cursiva nuestra).

B. La consideración de la experiencia estética como una experiencia con un valor cognitivo, al mismo nivel que la comprensión antes citada, y necesaria también para alcanzarla. De ahí que, como han puesto de relieve diversas investigaciones, pueda hablarse de una integración de arte y ciencia (Ortega Cantero 2004).

C. La concepción del viajero como mediador entre el lector individual y los lugares visitados por Humboldt. Es este un papel mediador que permite salvar la alteridad entre el individuo y el mundo en el que vive:

«Estas páginas están dedicadas preferentemente a las almas melancólicas. «El que quiera huir de la tormentosa ola vital» me seguirá de buena gana a las profundidades de los bosques, a través de la inmensidad de las estepas y a las altas cumbres de la cordillera de los Andes» (prólogo de la primera edición de los Cuadros de la Naturaleza, cit. en Puig Samper y Rebok 2003: 26).

En definitiva, se hace necesario estudiar los *Cuadros de la Naturaleza* desde una nueva perspectiva, desde la hipótesis de que en esta obra Humboldt sienta las bases de una hermenéutica de la naturaleza con rasgos específicos. Aún no puede hablarse de una hermenéutica del paisaje, pues para ello, como se verá, es necesario explicitar la idea de transmisión y de sentido transmitido a través del tiempo.

La segunda corriente hermenéutica en la que es necesario profundizar es la impulsada por aquellos geógrafos e historiadores preocupados por la cuestión de la geograficidad de la historia, es decir, por el modo en el que la historia universal o la historia de pueblos concretos es inseparable de los marcos geográficos en los que se desarrolla. Se trata de un tema que une a dos autores de perfiles tan distintos como el geógrafo alemán Carl Ritter y el historiador francés Jules Michelet.

En el caso de Ritter, lo sustancial de sus ideas es bien conocido (Capel 1981, Claval 1987): preocupación por las formas y estructuras espaciales, concepción teleológica de la historia y también del espacio geográfico, como marco en el que se desarrolla aquélla, y de la cual no puede separarse. Estas ideas pueden ser vistas como propiamente hermenéuticas, en la medida en que los lugares, con independencia de su escala, son concebidos como un marco espaciotemporal en el que interaccionan historia y marco geográfico, en el marco de la historia universal. Esto dota a cada lugar de un sentido a comprender y transmitir lingüísticamente, a través del saber geográfico.

En un sentido similar cabe interpretar el *Tableau de la France* de Michelet. Preocupado por las condiciones geográficas de la historia de Francia publica en 1833 el *Tableau de la France*, en cuyo título se inspira claramente el *Tableau de la Géographie de la France*. A diferencia de Ritter, a Michelet no le preocupa el sentido de los lugares en el marco de la historia universal, sino el sentido transmitido de un determinado lugar, aquel en el que se ha desarrollado la historia de Francia:

«El alma de un pueblo debe convertirse en el punto central de un organismo; hace falta que se asiente en un lugar, (...) que se armonice con una determinada naturaleza, como diríamos de las siete colinas para esta pequeña Roma (...), que para nuestra Francia son el mar y el Rhin, los Alpes y los Pirineos; ésas son nuestras siete colinas» (cit. en Besse 2000: 235).

Este será también el punto de partida del *Tableau de la Géographie de la France*, que comienza de este modo:

«La historia de un pueblo es inseparable del territorio que habita. No podemos representarnos al pueblo griego de otro modo que en torno a los mares helénicos, al inglés de otro modo que en su isla, al americano de otro modo que en los vastos espacios de los Estados Unidos. Como ello es también así para el pueblo cuya historia se ha incorporado al solar de Francia, eso es lo que se buscado explicar en estas páginas» (*Tableau de la Géographie de la France*, ed. facsímil de 1979, traducción propia).

En ambos casos, lo relevante es el modo en que conciben lo lugares, como marcos espaciotemporales dotados de sentido, el cual debe ser comprendido y transmitido. Su concepción de la historia pertenece a un determinado contexto cultural, muy distinto al nuestro, pero el núcleo de su concepción de los lugares tendrá una influencia decisiva en el *Tableau de la Géographie de la France*, como ahora se verá, y aún puede dar lecciones importantes, en el contexto de una teoría hermenéutica del paisaje.

3.2. Una hermenéutica del paisaje: *sol* y *physionomie* en el *Tableau de la Géographie de la France*

Hasta hace unos años, no empezó a estudiarse sistemáticamente el *Tableau de la Géographie de la France*, gracias al libro dirigido por M.C Robic (2000), con aportaciones posteriores también relevantes (Ortega Cantero 2005). Hasta entonces, a pesar de alguna aportación aislada (Guiomar 1986) la obra había sido objeto de apreciaciones genéricas más que de estudios propiamente dichos. Puede decirse que era una obra que, en gran medida, permanecía incomprendida, aun cuando había tenido una influencia relevante en algunos historiadores de la escuela de los *Annales* (Roncayolo 1986).

Una de las cuestiones que, hasta hace poco tiempo, no había sido comprendida en profundidad y explicitada es la del carácter netamente hermenéutico de esta obra (Caballero Sánchez 2009). Es necesario sin embargo dar un paso más y poner en relación dicho carácter con las corrientes hermenéuticas de las etapas iniciales de la Geografía Moderna. Una buena vía para ello es el estudio y exposición de los dos conceptos vertebrales de la obra: *sol* y *physionomie*, en la medida en que constituyen los dos pilares de una hermenéutica del paisaje, que integra las aportaciones de las dos corrientes antes reseñadas.

El término *sol* es, en primera instancia, el medio humano² o marco vital con el que interactúan los grupos humanos y, en definitiva, el pueblo francés (Caballero Sánchez 2009). Dicho de un modo más intuitivo: el lugar en el que habita. Pero, para un intérprete que llega a un medio humano que le es ajeno, la relación que se establece, en primera instancia, con ese lugar es de alteridad (Laplace-Treytoure 1998) y distancia. Por tanto, en un primer momento, *sol* es, para el intérprete, la experiencia visual y sensorial, del lugar, la experiencia de verlo, mirarlo y recorrerlo en tanto que porta un sentido que permanece oculto. Cabría pensar que se trata del valor cognitivo de la experiencia del paisaje, pero no es exactamente así. Es una experiencia multiforme, en la que se incluye la contemplación panorámica, pero también la transición entre paisajes, el acceso a los mismos, su recorrido, el prestar atención a ciertos detalles, la contemplación en movimiento... Se ha dicho con razón que, incluso a nivel lingüístico, el viaje es la «filigrana» del *Tableau de la Géographie de la France* (Tissier 2000: 20-31). Pero conviene insistir en el sentido hermenéutico de esa experiencia: se trata siempre de experiencia del lugar, pero en tanto que experiencia de alteridad a salvar y de posibilidad de sentido.

² Seguimos aquí la terminología de Berque en *El pensamiento paisajero* (p. 101).

Hay otra alteridad que también está presente en *sol*: nos referimos a la distancia entre el intérprete y las experiencias anteriores que han constituido el lugar que se está visitando. En definitiva, el lugar como expresión de una determinada geograficidad, la cual, recordemos, es la cuestión que preocupa a Ritter y Michelet. Es esta una cuestión especialmente importante desde un punto de vista hermenéutico, pues implica que los lugares están dotados de un sentido transmitido a comprender y ejecutar lingüísticamente.

Si en *sol* convergen dos tipos de alteridad, en *physionomie* convergen los dos núcleos de sentido transmitido que permiten salvar aquéllas, núcleos de sentido que entroncan con los que centraron la atención Humboldt y Ritter. De este modo, la *physionomie*, como sentido transmitido, incluye el conjunto de interacciones o combinaciones que configura un paisaje, así como la geograficidad propia de ese lugar. Esta geograficidad, que se desglosa en *vie locale* y *vie générale* (Caballero Sánchez 2009) constituye una parte sustancial del sentido transmitido propio de los lugares, de un modo similar a Ritter o Michelet, pero incorporando además la impronta de la *géographie humaine* vidaliana.

Señalemos, por último, que en el dispositivo lingüístico del *Tableau de la Géographie de la France* (más concretamente, de su segunda parte) convergen la experiencia del lugar y el sentido de esa experiencia del lugar, buscando crear un vínculo ontológico entre los lectores de la obra y esos lugares que han sido interpretados. De lo que se trata en definitiva es que los lectores participen lingüísticamente del sentido transmitido de los lugares que componen Francia (*pays*, regiones...) y, en definitiva, de la propia Francia como lugar o marco vital (tema central de la primera parte de la obra).

Esto acaece en un determinado contexto bien conocido, la *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution*, dirigida por Ernest Lavisse, «una de las autoridades de la Universidad, maestro de pensamiento de la Tercera República» (Robic, 2000: 8) y con el propósito de contribuir al proyecto de integración nacional de la IIIª República (Ortega Cantero 2005). Pero, como en los casos de Humboldt, Ritter y Michelet, conviene distinguir entre el contexto de sus obras y las lecciones que aún pueden darnos: en este caso, puede decirse que el *Tableau* vidaliano nos aporta importantes elementos para superar el déficit que supone, en la reflexión contemporánea, la ausencia de una teoría hermenéutica del paisaje.

4. Elementos para una teoría hermenéutica del paisaje

- I. En cada lugar, por el hecho de ser habitado o simplemente visitado se genera un núcleo de sentido, a través de la capacidad natural de interpretar la experiencia de ese lugar a través de diferentes vías o modos de ejecución lingüística (nombrar, describir, narrar). Esas vías permiten definir atributos simples y complejos, interacciones y combinaciones, así como interpretar la geograficidad que fundamenta esos lugares. Por tanto, se trata de un sentido transmitido, formado por múltiples ejecuciones lingüísticas.
- II. Por tanto, a través de modos diversos (discursos locales, acto de nombrar lugares, experiencias de viajeros plasmadas lingüísticamente, obras literarias, obras pictóricas en tanto que portadoras de sentido), ese núcleo es ejecutado lingüísticamente una y otra vez. Aunque casi siempre cada ejecución desconozca las otras, todas están ontológicamente vinculadas, del mismo modo que lo están todas las ejecuciones de una composición musical. Sin embargo, ese núcleo de sentido no siempre se ejecuta del mismo modo ni siempre se hace énfasis en las mismas cuestiones. Puede incluso decirse que en la mayoría de las ocasiones aparecen fragmentos de sentido. Lo relevante, sin embargo, radica el hecho de que ese núcleo de sentido es lo que convierte un ámbito en lugar, en un medio humano o marco vital.
- III. El paisaje de un lugar o marco vital constituye, en definitiva, ese núcleo de sentido, en tanto que es ejecutado y transmitido lingüísticamente en un contexto de interpretación cualificada, que tome como punto de partida la experiencia del lugar de un intérprete. El paisaje, entendido desde la hermenéutica, es pues la experiencia del lugar de un intérprete, una vez que se ha convertido en sentido transmitido.
- IV. La interpretación paisajística puede profundizar en el núcleo de sentido propio de cada lugar, tanto a nivel del conjunto como de sus fragmentos o componentes. Ello requiere de la integración de ejecuciones lingüísticas diversas (o, dicho de otro modo, de representaciones culturales) y de otros marcos de referencia relacionados (pero no vinculados) con ese núcleo de sentido, tales como las observaciones científicas. Entonces, puede hablarse de hermenéutica del paisaje, es decir, de una mediación cualificada que profundiza en el núcleo de sentido, o en partes del mismo, y

que busca crear, restaurar o reforzar un vínculo ontológico con un determinado lugar.

- V. Para que una interpretación paisajística sea completa debe incorporar, siempre que proceda, dos cuestiones centrales: las interacciones y combinaciones que configuran un determinado lugar, con independencia de su escala, y la geograficidad o geograficidades que lo fundamentan, es decir, aquellas claves del diálogo entre ser humano y marco vital que dan estabilidad y coherencia a cada paisaje a través del tiempo.
- VI. El objetivo final de la interpretación paisajística es transmitir lingüísticamente el sentido que constituye cada paisaje, con el fin de restaurar el vínculo ontológico entre un grupo humano y su marco vital. Por tanto, se hace necesaria en la medida en que no existe vínculo ontológico o éste se ha roto y necesita ser restaurado. Cuando existe esa situación de distancia o alteridad, es entonces cuando se hace necesaria, incluso urgente, la interpretación paisajística, como actividad cualificada de mediación y transmisión lingüística. Esto tiene especial importancia para muchos ámbitos contemporáneos en los que se ha interrumpido la transmisión de sentido. En ellos, la interpretación paisajística actualiza el sentido transmitido de un lugar determinado y restablece el vínculo ontológico perdido entre un grupo humano y su marco vital.

Bibliografía

- Berque, A. (2009), *El pensamiento paisajero* (ed. de Javier Maderuelo), Madrid, Biblioteca Nueva, col. Paisaje y Teoría. [*La pensée paysagère*. Archibooks + Sautereau Éditeur, 2008].
- Besse, J.M. (2000), «L'individualité géographique dans le *Tableau*: quelle approche épistémologique?», en: Robic, M.C. (dir.): *Le Tableau de la Géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le Labyrinthe des formes*. Paris, Éditions du Comité de Travaux Historiques et Scientifiques, pp. 227-249.
- Caballero Sánchez, J.V. (2006), «Descripción literaria y descripción geográfica en el *Tableau de la Géographie de la France*: una caracterización general», en: A. López Ontiveros, J. Nogué, N. Ortega Cantero (coords.): *Representaciones culturales del paisaje. Y una excursión por Doñana*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid-Asociación de Geógrafos Españoles, pp. 83-96.

- Caballero Sánchez, J.V. (2009), «Consideraciones sobre la naturaleza hermenéutica de la descripción geográfica. Las lecciones del *Tableau de la Géographie de la France*», en: Feria Toribio, J.M, García García, A. y Ojeda Rivera, J.F: *Territorios, sociedades y políticas*, Sevilla, Universidad Pablo de Olavide y Asociación de Geógrafos Españoles, pp. 27-39.
- Capel Sáez, H. (1981), *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea*, Barcelona, Barcanova.
- Claval, P. (1979): «Préface», en: P. Vidal de la Blache: *Tableau de de la géographie de la France*. Paris, Tallandier, pp. I-XXII.
- Claval, P. (1987), *Geografía Humana y Económica contemporánea*, Madrid, Akal.
- Convenio europeo del paisaje. Textos y comentarios*, Madrid, Ministerio de Medio Ambiente, 2007.
- Ferraris, M. (2000), *Historia de la hermenéutica*, Madrid, Akal (trad. cast. de Jorge Pérez de Tudela) [*Storia dell'ermeneutica*, Milán, Bompiani, 1988].
- Gadamer, H.G. (2003), *Verdad y Método*, Salamanca, Sígueme (trad. cast. de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, de la cuarta edición alemana) [*Wahrheit und Methode: Grundzüge einer Philosophischen Hermeneutik*, Tübinga, Mohr, 1975; (1ª ed., 1960)].
- Gadamer, H.G (2004), *Verdad y Método II*, Salamanca, Sígueme (trad. cast. de Manuel Olasagasti) [*Wahrheit und Methode: Ergänzungen - Register*, Tübinga, Mohr, 1992, tomo II de *Gesammelte Werke*].
- Grondin, J. (2002), *Introducción a la Hermenéutica Filosófica*, Barcelona, Herder (trad. Cast. de Ángela Ackermann Pilári) [*Einführung in die Philosophische Hermeneutik*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1991].
- Guiomar, J-Y. (1986): «Le *Tableau de la Géographie de la France* de Paul Vidal de la Blache» en: Nora. P. (dir.) *Les lieux de mémoire II. La nation (1)* Paris, Gallimard, pp. 568-597.
- Humboldt, A. (2003), *Cuadros de la naturaleza*, Madrid, Los Libros de la Catarata. (trad. cast de Bernardo Giner de los Ríos, Madrid, 1876, de la edición francesa de 1866, Paris, L. Guerin).
- Laplace-Treytoure, D. (1998), «Écriture savante et relation au voyage», *Finisterra*, nº 65, pp. 75-82.
- Lol, D. (2000a), «Découpage du sujet et valorisation des lieux: l'espace du *Tableau de la géographie de la France*», en: Robic, M.C. (dir.), *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 34-57.

- Mendibil, D. (2000), «Paul Vidal de la Blache, le «dresseur d'images». Essai sur l'iconographie de *La France. Tableau géographique* (1908)», en: Robic, M.C. (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 77-105.
- Ortega Cantero, N. (2004), «Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje», en: Ortega Cantero, N. (ed.), *Naturaleza y cultura del paisaje*, Madrid, UAM-FDS, 2004, pp. 9-35.
- Ortega Cantero, N. (2005), «Paisaje, historia y nación (a propósito del *Tableau de la Géographie de la France*, de Paul Vidal de la Blache)», en: Ortega Cantero, N. (dir.), *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*, Madrid, UAM-FDS, pp. 9- 44.
- Ozouf-Marignier, M.-V. (2000), «Le *Tableau* et la division régionale: de la tradition à la modernité», en: Robic, M.C. (dir.), *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 151-181.
- Petitier, P. (2000), «D'un tableau l'autre. Le *Tableau de la France* de Michelet et le *Tableau de la Géographie de la France* de Vidal de la Blache», en: Robic, M.C. (dir.), *Le Tableau de la Géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, Paris, Éditions du Comité de Travaux Historiques et Scientifiques, pp. 127-150.
- Puig Samper, M.A. y Rebok, S. (2003), «Introducción: Alejandro de Humboldt y los *Cuadros de la Naturaleza*», en A. von Humboldt: *Cuadros de la Naturaleza*, Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 13-38.
- Ritter, K. (1974), *Introduction à la Géographie Générale Comparée* (trad. de D. Nicolas-Obadia, introducción y notas de de G. Nicolas-Obadia), Besançon, Annales Littéraires de l'Université-Paris, Les Belles Lettres (texto original de 1852).
- Robic, M.C. (2000a), «Introduction», en: Robic, M.C. (dir.), *Le Tableau de la Géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, Paris, Éditions du Comité de Travaux Historiques et Scientifiques, pp. 7-17.
- Robic, M.C. (2000b), «Spatialités et temporalités de la France du *Tableau*», en: Robic, M.C. (dir.), *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 59-75.

- Robic, M.C (2000c) «Territorialiser la nation. Le *Tableau* entre Géographie historique, géographie politique, géographie humaine», en: Robic, M.C. (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 183-225.
- Robic, M.C. (dir.) (2000), *Le Tableau de la Géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, Paris, Éditions du Comité de Travaux Historiques et Scientifiques.
- Roncayolo, M. (1986): «Le paysage du savant», en: P. Nora (dir) *Les Lieux de Mémoire II. La Nation (1)* Paris, Gallimard, pp. 487-528.
- Sion, J. (1984), «L'art de la description chez Vidal de la Blache», en: Pinchemel, P.; Robic, M.C.; Tissier, J.L (comps.): *Deux siècles de géographie française. choix de textes*, pp. 83-87 (texto original de 1934).
- Soubeyran, O. (1997): *Imaginaire, science et discipline*. Paris, l'Harmattan.
- Tissier, J.L. (2000), «Le voyage, filigrane du *Tableau de la géographie de la France?*», en: Robic, M.-C. (dir.), *Le Tableau de la Géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, Paris, Éditions du Comité de Travaux Historiques et Scientifiques, pp. 20-31.
- Tuan, Y.F. (1991), «Language and the making of place: a narrative-descriptive approach». *Annals of the Association of American Geographers*, 81 (4), pp. 684-696.
- Vidal de la Blache, P. (1979), *Tableau de la géographie de la France*. Paris, Tallandier, xxxii + 403 pp. (facsimil de la primera edición de 1903. Paris, Hachette).
- Watsuji, T. (2006), *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*, Salamanca, Sígueme (texto original publicado en 1935).

El trabajo de campo como herramienta metodológica para el análisis de conflictos por la ocupación del territorio

Virginia Jabardo Pereda

Universidad Autónoma de Madrid

El trabajo de campo constituye una herramienta de primer orden para el conjunto de las ciencias sociales y de manera particular para la geografía. Mediante el trabajo de campo se articulan y se ordenan las experiencias, interpretaciones, acontecimientos y sentimientos de aquellos que se enfrenan a la tarea de analizar y comprender los fenómenos que tienen lugar en relación a las dinámicas socioespaciales; a caracterizar el medio físico y humano, el escenario natural; a obtener un buen conocimiento del paisaje y su configuración. En definitiva, a interpretar fenómenos sociogeográficos desde una perspectiva holística del espacio.

La experiencia de los trabajos de campo se remonta a los momentos iniciales de la geografía moderna. Pero sobre todo se hace más patente con el auge de los estudios regionales a partir de la obra de ilustres geógrafos como Paul Vidal de la Blache. En este contexto la observación en el campo –por encima de toda una serie de métodos cuantitativos- constituía la fuente primaria a la hora de obtener la información pertinente para un posterior análisis geográfico (Montilla, 2005:189). Montilla recupera una cita de aquel para subrayar la importancia que reviste esta actividad señalando que «con los libros se hace una geografía mediocre, con los mapas se logra una geografía mejor, pero solo se consigue auténtica geografía sobre el terreno» (2005: 188).

Sin embargo, antecedentes más tempranos los encontramos en los viajes de aquellos exploradores que ya desde el siglo XVI comenzaron a dirigirse principalmente al continente americano y a enfrentarse a una realidad hasta entonces desconocida demostrando de esa manera que los viajes y las exploraciones han guardado tradicionalmente un estrecho vínculo con la disciplina geográfica (Godoy y Sánchez, 2007; Pedone, 2000). Por encima de todos destaca la figura de Humboldt, quien se convertiría en el referente para otros muchos geógrafos científicos que vendrían más tarde y quienes continuarían su estela, como es el caso del francés Alcides D'Orbigny.

1. Planteamientos teóricos iniciales

A pesar de reconocer y ser conscientes de la existencia de una ingente literatura sobre los procesos territoriales en la Amazonía, no es este el caso de la Amazonía Boliviana y en particular de la región de Mojos. No se puede decir que abunden los estudios geográficos enmarcados en el análisis territorial y los conflictos por la apropiación del espacio que se han llevado a cabo en esta región y mucho menos aquellos que tienen en cuenta la participación en dichos procesos de las poblaciones indígenas.

Debemos advertir por tanto que estos trabajos de investigación han sido efectuados desde una posición que invisibiliza la visión local de los pobladores de la región así como su propia percepción. Desde nuestra perspectiva consideramos que a la hora de enfrentarnos al análisis de las dinámicas de ocupación territorial propias de esta región no podemos dejar de tener presente en todo momento a los habitantes que desde tiempos históricos han ocupado dicho territorio. En este caso nos estamos refiriendo a la población indígena mojeña, grupo étnico mayoritario que disputa principalmente la propiedad de la tierra y la ocupación de territorio al otro grupo social más representativo (no sólo desde el punto de vista demográfico sino del poder económico y político que sustenta y viene ejerciendo desde cientos de años atrás) como es la población blanco-mestiza o los *carayanas*, como así les denominan los indígenas en referencia a sus rasgos físicos. En este contexto no podemos sino reconocer las ventajas y aportes del trabajo de campo, herramienta que adquiere una relevancia máxima y que posibilita la vertebración del análisis sobre la realidad a la cual dedicamos nuestro estudio.

La mirada intuitiva que dirigimos en un primer momento al entorno con la finalidad de aprehenderlo, de dotarlo de significado, en esa primera aproximación, articula el estudio del contexto geográfico en cuestión. El espacio geográfico adquiere una singular expresión al haber visto incorporado elementos externos desde narrativas que le eran ajenas y que le hacen verse representado desde una perspectiva definida. En este sentido la Amazonía ha formado parte de la construcción de imaginarios geográficos, principalmente a través de la literatura de viajes. Estos escritos recrearon una imagen específica que no se ajusta en buena medida a la real. Se identificó al espacio amazónico con una tierra deshabitada o como fue denominada: *terra nullius*, en referencia al vacío que parecía caracterizarla. No deja de ser curioso el criterio demográfico empleado en dicha definición. Sin embargo, en relación

al paisaje natural con la vegetación como factor predominante, la Amazonía vino a ser considerada desde tiempos muy recientes como *vergel* natural, paraíso creado a partir de una exuberante vegetación que le confería un carácter poderoso, incluso temeroso se podría decir, por la fuerza que encerraba en su interior, al cual sólo tras varias expediciones y después de importantes pérdidas tanto humanas como materiales, se pudo acceder, ocupar y colonizar.

Desde la expedición de Francisco de Orellana en 1542, la región amazónica ha sido considerada como ese ámbito desconocido, ignoto, en donde el viajero, el misionero, el científico, el explorador, se debía enfrentar a un mundo de naturaleza salvaje y de población primitiva inmersa aún en un estadio salvaje, en los términos utilizados por Morgan y los primeros evolucionistas de finales del XIX¹.

La literatura de viajes se ha encargado de generar un tipo de imaginario —tanto geográfico como etnográfico— que en ocasiones se ha visto alejado de la realidad². Sin embargo, el exotismo que

¹ Los evolucionistas del siglo XIX, entre los que destacan ilustres pensadores como Maine o el propio Morgan, al que nos hemos referido, sentaron las bases de la antropología científica moderna. Morgan estableció una secuencia evolutiva que se basaba en los modos de subsistencia y que clasificó en tres estadios: salvajismo, barbarie y civilización. A cada uno de ellos correspondían además su equivalente moderno que encerraba unas cualidades connotativas: sociedades basadas en la caza y recolección; sociedades basadas en la horticultura y por último las que se basaban en la agricultura avanzada (Lewellen, 2009: 19-21).

² En relación al tema que venimos tratando y para el caso boliviano en particular cabe destacar a un autor que por su relevancia e influencia posterior realizó la primera obra geográfica, desde el punto de vista científico, de Bolivia: Alcides D'Orbigny. Este geógrafo, geólogo, naturalista, etnólogo y viajero francés, aceptaría el encargo del Museo de París, donde trabajaba, para embarcarse en una aventura, en un viaje científico que le llevaría a recorrer Sudamérica entre los años 1826 y 1834. En el territorio boliviano arribaría cuando el país aún contaba con salidas al Océano Pacífico previamente a la guerra contra Perú y Chile, frente a quienes perdió una extensión importante de territorio además de las salidas al mar. Al más puro estilo humboldtiano, D'Orbigny recorrió el país anotando en su cuaderno de viajes —el cual sería publicado algunas décadas más tarde— todo aquello con lo que se encontraba en sus expediciones, diseñando animales, plantas, la arquitectura de las ciudades y poblados, las vestimentas de las gentes, instrumentos de música, etcétera, pero sobre todo los paisajes que atravesaba en su periplo por el Nuevo Mundo, aquellos de montaña y los desiertos, los valles del centro del país y las sabanas de inundación, los bosques amazónicos, los salares y las quebradas. Con el vastísimo material recogido en el tiempo que dedicó a explorar la región realizó extensas, detalladas y

encierra esta imagen es necesario analizarlo desde una óptica carente de estereotipos previos. A partir de esta apropiación territorial ha tenido lugar un proceso de consolidación de un espacio que se vertebra en base a la caracterización simbólica de dicha región. No siempre recordando que la Amazonía guarda gran heterogeneidad en su interior, ésta conforma un vasto mosaico paisajístico, pese a la pretendida unidad habitualmente se le confiere. Podemos hablar de amazonías -llamando la atención en la pluralidad interna que viene conformada por la diversidad de su complejidad natural y humana- siendo la Amazonía boliviana una de ellas.

Dicho esto y a modo de reflexión es de enorme importancia establecer un contacto real con el medio — físico y natural— al que nos enfrentaremos en una investigación llevada a cabo en dicha región. La finalidad de ello consiste en evitar caer en imágenes predeterminadas que condicionen el posterior estudio y evitar del mismo modo desplegar la mirada condicionada por la asimilación de representaciones rediseñadas que hayamos asumido y objetivado de manera inconsciente. Un ejercicio que revise una serie de paradigmas comúnmente aceptados para des-mitificar tales imágenes es siempre necesario si queremos lograr una comprensión sistemática y compleja del lugar, del entorno, el cual es vivido y apropiado por las sociedades que lo habitan y con el que interactúan, dotándolo de una seña identitaria que lo define.

2. Pertinencia del trabajo de campo y objetivo de estudio

El objetivo del presente trabajo es reconocer la merecida importancia de la experiencia de los trabajos de campo, actividad que nos permite interpretar con más claridad los fenómenos que ocurren en el entorno el cual abordamos como área de estudio en nuestra propia investigación. Concretamente en el contexto geográfico de la Amazonía boliviana en donde se llevó a cabo el correspondiente trabajo de campo que posibilitó una posterior investigación geográfica. En el presente artículo no pretendemos efectuar un análisis sobre la diversidad de la región amazónica sino compartir el conocimiento y experiencias adquiridas a partir del trabajo de campo llevado a cabo entre los meses de marzo y

analíticas descripciones no exentas de una fuerte carga emocional imbuida principalmente por un estilo propio de las obras del romanticismo que estaba dando su últimos coletazos pero que queda reflejado de manera evidente en la obra del francés. Todos los estudios geográficos de Bolivia se han hecho eco desde entonces de la obra de D'Orbigny.

junio de 2009 y junio y septiembre de 2010 en la región de los Llanos de Mojos, parte integrante de la región amazónica de Bolivia.

En cuanto al área de estudio, dada la dificultad en el acceso al territorio de esta región, se optó por aquella que ofreciese mayores facilidades para el correspondiente trabajo de campo. Los condicionantes geográficos en buena medida delimitaron en buena medida nuestro área de estudio a un escenario geográfico concreto: la *Tierra Comunitaria de Origen (TCO): el TIMI*³.

Este territorio comunal, reconocido por el gobierno (pluri)nacional, alberga a 19 comunidades pertenecientes al grupo étnico mojeño (en este caso ignaciano en referencia a la antigua misión jesuita de San Ignacio de Mojos). La población mojeña habita además en otras dos TCOs: el *TIM*⁴ y el *TIPNIS*⁵. La TCO *TIMI* encierra una ambigüedad en su propia definición. Por un lado constituye una propiedad privada ya que pertenece exclusivamente al conjunto de comunidades indígenas que se encuentran en su interior, al mismo tiempo que son colectivas y comunitarias puesto que el manejo y gestión territorial está en manos del conjunto de dichas comunidades, las que representan la personería jurídica. Las salidas de campo nos permitieron conocer de primera mano estos territorios comunitarios y entender las lógicas de ocupación de los mismos estrechamente vinculados a la paradoja que encierra el término de este espacio articular.

3. Herramientas aplicadas durante el trabajo de campo

En el caso de una investigación que pretende alcanzar la comprensión de las dinámicas territoriales que tienen lugar en la región Amazónica de Bolivia en base a la apropiación del espacio geográfico por diferentes actores sociales, las excursiones y salidas al campo constituyen una práctica primordial para lograr un acercamiento a dicho objeto de estudio y facilitar el conocimiento del medio en el que se interactúa. La toma de contacto con el área de estudio incide en la configuración posterior de geografías resignificadas por el prisma de

³ Territorio Indígena Mojeño-Ignaciano.

⁴ Territorio Indígena Multiétnico (conformado por diversos grupos étnicos: chimanes, yuracarés, movimas y mojeños ignacianos y trinitarios).

⁵ Territorio Indígena del Parque Nacional Isidoro-Sécure.

los propios referentes del observador. La posición del investigador, su tradición académica y sus correspondientes prejuicios determinarán el proceso investigador y los resultados que se obtengan. Y es que en este contexto subyace al mismo tiempo un proceso marcado por la dualidad desplegada en la incorporación de determinados modelos analíticos y epistémicos los cuales implican una consecuente (re) interpretación de los métodos de análisis etnogeográficos.

El trabajo de campo como herramienta metodológica ha resultado fundamental en este contexto. Gracias a éste pudimos articular y ordenar en buena medida toda una serie de planeamientos que darían forma a la futura investigación. Las observaciones recogidas a partir de las salidas al campo facilitaron la propuesta de trabajo y moldearían el análisis posterior de una problemática que se remonta a cientos de años atrás. Sin embargo ha emergido recientemente de la mano de la concienciación por parte de un sector importante de la población que se ha erigido en los últimos tiempos como sujetos políticos y nuevos actores sociales en la arena política del país sudamericano. Nos estamos refiriendo a los pueblos indígenas. Por esta razón consideramos que la entrada al campo propicia el contacto directo con la situación real y nos acerca al objeto de estudio —en nuestro caso también al sujeto, o sujetos, de estudio—. Consiste, por tanto, en una acción fundamental y el primer paso para lograr alcanzar un conocimiento científico holístico de dicha investigación geográfica.

Claudia Pedone realiza una revisión sobre el trabajo de campo enmarcado en la metodología cualitativa la cual ha sido en más de una ocasión relegada —fundamentalmente por los enfoques neopositivistas— a un segundo plano o considerada subordinada a los métodos cuantitativos (2000). Esta autora que cuestiona el dualismo entre ambas metodologías, aboga en su trabajo por la complementariedad de técnicas de investigación para alcanzar la validez de las investigaciones geográficas. En este sentido recupera una cita de Sauer para destacar la importancia del trabajo de campo en la disciplina geográfica: «la geografía era antes que nada conocimiento adquirido mediante la observación, que uno ordena luego, mediante la reflexión y el nuevo examen de las cosas que ha mirado, y que de lo que se ha experimentado por contacto directo surge la comparación y la síntesis. En otras palabras, siempre que sea posible, el entrenamiento principal del geógrafo tendría que consistir en trabajo de campo» (Sauer, 1956, cit. en Pedones, 2000: 6).

En el marco de la subdisciplina denominada como *Geografía Indígena* surgen las *Cartografías Indígenas* o *Etnocartografías*⁶. Lo que éstas pretenden es permitir a las comunidades involucradas en las correspondientes investigaciones a participar del proceso de elaboración de la respectiva cartografía con la finalidad de incorporar los conocimientos y percepción propia del espacio de quienes efectivamente lo habitan. La combinación y el hecho de aunar los sistemas de información geográfica con el conocimiento tradicional de estas poblaciones propicia la visión holística de la realidad a estudiar. Si bien en múltiples ocasiones se consultó —debido a las dificultades de cartografiar el espacio geográfico— la cartografía elaborada por algunos centros de investigación, ésta a su vez fue configurada a partir del reconocimiento de las dinámicas geoespaciales por parte de los propios pobladores quienes han acompañado a los técnicos oficiales para transmitir sus saberes.

Puesto que se abordará el análisis del territorio es esencial conocer sus características, cuestiones relativas a la organización del mismo, su uso, el manejo y aprovechamiento de los recursos naturales que en él se encuentran, los actores que en él intervienen o el ordenamiento y la planificación territorial. Y todo ello sin la interacción en el campo estaría carente de sentido. En este marco metodológico el trabajo de campo nos permitió establecer unas pautas de trabajo que constituirán la guía directriz para el desarrollo posterior de la investigación.

4. Aproximación conceptual a la cuestión territorial indígena en Bolivia

A la hora de emprender una investigación dedicada al análisis de las dinámicas territoriales es evidente enmarcar el estudio en una conceptualización de la categoría *territorio*. Constituye desde hace unos años un tema vigente al que se han dedicado con gran interés y desde distintas aproximaciones el conjunto de investigaciones sociales en Bolivia. Los estudios sobre tierra, territorio y territorialidad han proliferado no sólo en el país boliviano sino en el conjunto de países latinoamericanos, principalmente relacionados con temáticas que tratan sobre la cuestión indígena. El problema, como bien señala

⁶ Véase los trabajos de Rundstrom, 1995; Wickens y Pualani, 2008; Bauer, 2009; Offen, 2009; Sletto B., 2009; Wainwright y Bryan, 2009; Roth, 2009.

el geógrafo francés Hubert Mazurek⁷, es que este amplio elenco de investigaciones presenta un «sesgo sectorial», encarando el análisis territorial a partir de aspectos jurídicos, productivos o ecológicos (2010). Quiere decir que carecen de una visión integral de la cuestión *tierra y territorio* ya que dichos estudios tratan el tema desde una perspectiva unidimensional. Para este geógrafo humano el territorio es —en palabras de Bailly— la «porción de la superficie terrestre apropiada por un grupo social con el objetivo de asegurar su reproducción y la satisfacción de sus necesidades vitales» (Mazurek, 2010: 3). La resignificación de un espacio da lugar a la construcción territorial. La apropiación territorial guarda a su vez un estrecho vínculo con la identidad de las poblaciones que le otorgan un significado particular en base a una discursividad generada de acuerdo con el contexto situacional en el que se enmarca⁸. La cuestión identitaria ha impulsado en aquellos países que albergan población indígena en su territorio (pluri)nacional un movimiento que algunos enmarcan en el contexto de los nuevos movimientos sociales (Riechman y Fernández Buey, 1994; Wieviorka, 2005 y Vargas-Hernández, 2005) y que en base a discursos sobre la identidad étnica se lanza a la reivindicación de toda una serie de derechos colectivos, entre los que sobresalen los derechos territoriales, convirtiéndose estos en el

⁷ Blog «Los Territorios»: <http://www.pieb.com.bo/blogs/mazurek/articulo1.php>. Hubert Mazurek, 2010, pp. 1-20.

⁸ En el contexto del surgimiento de los Estados nación en América Latina la cuestión de la identidad vinculada al territorio desempeñó un papel fundamental que sirvió para legitimar el sentimiento de pertenencia de los individuos que vivían al interior de dichos ámbitos espaciales. Se debe concebir por tanto la identidad como imbricada en las espacialidades imaginadas que se han ido configurando. Podemos entonces hablar de *identidades territorializadas* (Nah, 2006; Castree, 2004; Andolina, et al. 2005; Radcliffe y Westwood, 1999) o como ha sido denominado por Noel Castree: «territorialización de las identidades» (2004: 142). Para el caso de Bolivia ha ocurrido que las identidades indígenas han sido articuladas a partir de la identificación con geografías imaginadas de acuerdo a «representaciones espaciales implícitas e imágenes vinculadas a espacios específicos que circulan en los discursos oficiales sobre la nación» (Radcliffe y Westwood, 1999: 95). Las identidades se han constituido como el elemento catalítico por el que la memoria colectiva aparece vinculada a una determinada geografía territorializada en base a dicha identidad. Estos espacios geográficos son el reflejo de dicha memoria colectiva que da forma a la identidad del grupo étnico. Alice M. Nah enfatiza las relaciones de poder que se recrean en este juego en el que las identidades son territorializadas, diferenciando dos grupos sociales bien definidos: aquellos que han poblado el territorio históricamente y quienes lo han colonizado posteriormente (2006).

eje articulador del resto de demandas, tal y como ocurre en Bolivia (Jabardo, 2010).

Retomando la definición de territorio propuesta por Mazurek un cuestionamiento que surge es que en Bolivia no se tienen en cuenta algunos de los factores que participan en la conformación de dicho proceso de apropiación, en lo que respecta a los pueblos indígenas. Es una cuestión que tiene mucho que ver con el actual proceso de autonomías⁹. A través de este nuevo proyecto nacional se han definido determinadas fronteras que no han tomado en consideración las nacionalidades que las atraviesan. Esto es uno de los motivos que explica la emergencia de toda una serie de conflictos que existen entre diversos actores sociales a raíz de las superposiciones de tierras y de la ocupación del territorio. Este tipo de conflictos es una constante en la región de Mojos —fundamentalmente entre el sector indígena y el sector ganadero— sobre lo que trataremos más adelante.

Sin embargo, si la investigación consiste en un estudio sobre las implicaciones que las dinámicas territoriales acusan sobre determinada población indígena, un enfoque sectorial que no tenga en cuenta las dinámicas socioculturales analizadas desde el terreno, no es suficiente ni válido. La realidad es que los pueblos indígenas asumen una definición de territorio mucho más amplia que la concepción comúnmente utilizada en las investigaciones de los científicos que han orientado sus estudios hacia temáticas indigenistas.

⁹ La última reforma a la Constitución Política del Estado, en febrero de 2009, reconoce cuatro niveles de autonomías: nacional, regional, provincial e indígena. Pese a ello, a día de hoy aún no podemos analizar las consecuencias de este proceso puesto que las poblaciones indígenas continúan inmersas en un proceso de transformación para convertirse en autonomías indígenas, lo cual es de suma importancia puesto que les permitiría: el derecho a adoptar una serie de competencias sobre su propio desarrollo social, cultural, económico, de acuerdo con su identidad y visión, así como el derecho a gestionar su propio territorio y sobre la propiedad de los recursos naturales, entre otras cosas (artículo 290 de la CPE). La nueva figura constitucional de las *autonomías indígenas* otorga la posibilidad a las comunidades indígenas de organizarse bajo sus propios criterios y de acuerdo con sus propias costumbres y valores. Todo esto explica que los pueblos indígenas pretenden férreamente ser reconocidos como tales para convertirse en unidades territoriales con posibilidad de establecer gobiernos locales autónomos con una estructura subordinada a la realidad cultural de cada comunidad indígena.

Antes de detenernos en el análisis de estas cuestiones incluimos a continuación lo que para Erasmo Yujo (ex Presidente de la *Subcentral del TIMI*¹⁰) significa el territorio, expresado en una conferencia impartida acerca de la *Territorialidad de la cultura mojeña* en marzo de 2007. De esta manera, antes de dar paso al análisis de las cuestiones que nos interesan en el marco de nuestra investigación, podemos tener una idea previa de la percepción que los indígenas de Mojos tienen sobre el territorio. Consideramos importante el hecho de incluir en primer lugar la percepción local, puesto que son estas poblaciones las que han generado un tipo de discurso en base a su propia concepción territorial¹¹.

«Para nosotros ése es el territorio donde desarrollamos nuestras normas, donde elegimos a nuestras autoridades, de acuerdo a nuestros usos y costumbres; donde nosotros practicamos nuestra danza, nuestra música, nuestro baile (...). El territorio es un espacio donde nosotros los indígenas nos proveemos de las necesidades de la vida. El territorio nos da la subsistencia de cada uno de los que habitamos el territorio (...). El territorio es para nosotros el futuro de las generaciones que vienen detrás de nosotros (...). El territorio es el espacio donde desarrollamos nuestras políticas buscando un desarrollo comunitario (...). Para nosotros el territorio es la pampa, son los ríos, los curichis, los yomomos, los animales. El territorio es como el hombre indígena se relaciona con el bosque, con la naturaleza propia (...). El territorio es donde cultivamos el arroz, la yuca, el plátano, el maíz, la caña. Es donde producimos, donde criamos a nuestros animalitos (...). Nos proporciona la vivienda como es la casa (...). Donde recolectamos frutos, como el chocolate silvestre, como el café y muchos otros frutos» (Erasmo Yujo, 2007).

El concepto de territorio en Mojos ha ido asumiendo un proceso de reconstrucción en base a las diversas coyunturas culturales, sociopolíticas o históricas. Por un lado el territorio debe ser considerado

¹⁰ Organización social a nivel local del pueblo indígena mojeño. La Subcentral aglutina al conjunto de comunidades que conforman el territorio comunal de los mojeños-ignacianos.

¹¹ Las Metodologías Indígena –insertas en la corriente de la Geografía Indígena– a parte de deconstruir algunos postulados teóricos, supone un innovador enfoque en cuanto que se refiere a investigaciones que involucran a la población indígena, como es el caso del presente trabajo. El objetivo principal es conceder la propia voz a quienes que han sido históricamente investigados sin haber podido aportar su propia experiencia.

como el elemento configurador de la identidad mojeña. Dicha identidad guarda un estrecho vínculo con el espacio histórico que han ocupado y sobre el que han desarrollado sus culturas, sus modos de vida; su construcción va ligada a una marcada componente territorial. Otro aspecto fundamental, el cual anticipábamos anteriormente, es que la demanda territorial constituye la principal reivindicación indígena efectuada frente al estado nacional boliviano, habiéndose convertido en el eje articulador del conjunto de reivindicaciones. La cuestión de las autonomías indígenas dictaminará el futuro de los derechos territoriales de los pueblos originarios de Bolivia.

Un hecho interesante en todo este proceso es que si bien las organizaciones indígenas de Mojos están inmersas en un contexto de lucha frente al Estado por la consolidación de sus territorios —entendidos en este caso como geografías delimitadas— desde su cosmovisión no se entiende este cerco geográfico a sus espacios míticos. Sin embargo, es la única alternativa con la que cuentan para poder asegurar el manejo y gestión territorial en dichos espacios. Las herramientas que les han sido brindadas tanto desde el Estado boliviano como desde el derecho internacional¹² han marcado las reglas del juego en materia de respeto de los derechos territoriales de los pueblos originarios, de manejo, de control, de uso y de aprovechamiento de recursos naturales al interior de los territorios reconocidos como indígenas. El *INRA* (Instituto Nacional de la Reforma Agraria) fue creado en el año 1996, al mismo tiempo que la entrada en vigor de la *Ley n° 1715*, o la conocida como *Ley INRA*¹³. En ella se incluye el concepto que el Estado maneja en su consideración sobre el territorio. En lo que concierne a nuestra investigación, lo más interesante de esta ley es que crea la figura legal de las *Tierras Comunitarias de Origen*, las cuales son definidas como «los espacios geográficos que constituyen el hábitat de los pueblos y comunidades indígenas y originarias, a los cuales han tenido tradicionalmente acceso y donde mantienen y

¹² Fundamentalmente a través del convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) se define el concepto de territorios indígenas. Dicho convenio fue ratificado por Bolivia en el año 1989. Sobre esta definición se han basado la gran parte de pueblos indígenas a la hora de hacer efectivas sus demandas.

¹³ Esta Ley apareció a raíz de las presiones ejercidas por el movimiento indígena de Tierras Bajas, en el que el pueblo mojeño desempeñó un rol fundamental. Un acontecimiento histórico como lo fue la *Marcha por el Territorio y la Dignidad* del año 90 comprometió al INRA para elaborar la mencionada *Ley 1715* que incluiría la figura legal de las *TCOs* por la que se reconocían los territorios indígenas.

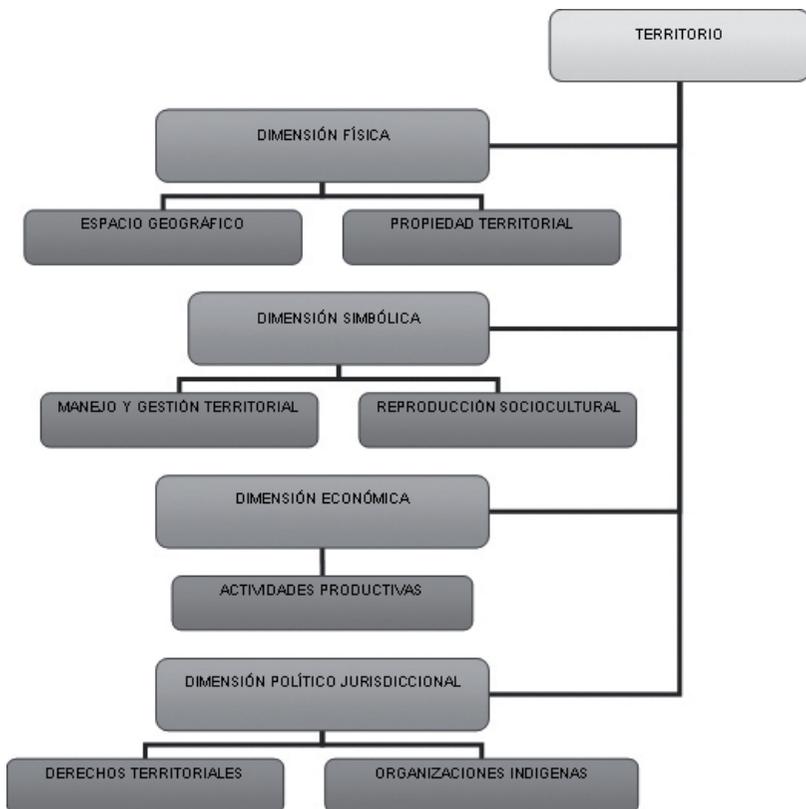
desarrollan sus propias formas de organización económica, social y cultural, de modo que aseguran su sobrevivencia y desarrollo. Son inalienables, indivisibles, irreversibles, colectivas, compuestas por comunidades y mancomunidades, inembargables e imprescriptibles»¹⁴.

Frente a la normativa establecida desde el Estado nacional para regular la ocupación del territorio así como el manejo del mismo, el pueblo indígena mojeño se ha visto en la obligación de hacer uso de dicha normativa y de los procedimientos reglados por la legislación boliviana, en aras de lograr sus propios intereses, es decir, la consolidación territorial. Como consecuencia de ello el pueblo mojeño ha delimitado una geografía que en su propia cosmovisión carecía de demarcaciones, dando prioridad a los parámetros cuantitativos al demandar un número de hectáreas (98.388) que se ajusta a lo establecido por los previos *Estudios de Identificación de Necesidades Espaciales* —instrumento estatal encargado en concretar la superficie exacta que un pueblo requiere para mantener sus sistemas socioproductivos—. Los intereses del Estado consisten en conocer qué grupos étnicos ocupan cada uno de los territorios consolidados. A diferencia de ello la imagen del territorio según la concepción mojeña —la cual se asocia más con la categoría de *territorialidades múltiples* (Canedo, 2008)— va más allá de las delimitaciones físicas impuestas por los instrumentos del aparato estatal. Las fronteras se diluyen en geografías míticas que no entienden de cercos, lindes, mojones rojos¹⁵ ni alambradas¹⁶. Tiene lugar como consecuencia una hibridación discursiva entre ambas lógicas, aquella que emana del Estado y la proveniente de los pueblos indígenas. Una apropiación, en todo caso, legítima de la retórica utilizada por el Estado y por organizaciones internacionales.

¹⁴ Artículo 41 (Clasificación y Extensiones de la Propiedad Agraria), Párrafo I, punto 5 de la Ley n° 1715 del Servicio Nacional de Reforma Agraria.

¹⁵ Los mojones consisten en postes que sirven para establecer las demarcaciones entre propiedades. Los técnicos del INRA durante las pericias de campo pintan de color rojo aquellos que coinciden con superposiciones de límites prediales.

¹⁶ Las alambradas son un elemento predominante en el paisaje de la Llanura de Mojos por la enorme cantidad de estancias ganaderas que se encuentran en su interior, lo cual no evita la entrada de los indígenas en ellas para obtener algunos recursos naturales.



*Figura 1. Esquema Territorio Indígena.
Fuente: Elaboración propia*

Como conclusión de este apartado podemos finalizar incluyendo una definición de territorio que se ajusta a la concepción propia de las comunidades mojeñas. Así el territorio supone un espacio mítico —vinculado a la memoria colectiva que evoca un fuerte sentimiento de pertenencia al territorio— en el que los grupos étnicos de Mojos han llevado a cabo su reproducción material y simbólica desde tiempos ancestrales, un espacio físico articulador de las demandas de sus organizaciones, un instrumento discursivo y el soporte de su identidad indígena (a través de la indianidad han canalizado sus demandas territoriales).

Es por lo tanto de obligatoria necesidad manejar, en una investigación como la que abordamos, un concepto de territorio que comprenda diversos ámbitos o dimensiones y considerar al territorio indígena

mojeño, principalmente como un espacio identitario en el que se articulan sus estructuras socio-culturales. El siguiente cuadro muestra la construcción holística del término en cuestión. Para ello ha sido fundamental el reconocimiento de dicho territorio lo cual nos ha facilitado el hecho de aprehender e incorporar las experiencias de los propios pobladores. Sin las salidas al campo hubiese sido una tarea prácticamente imposible de llevar a cabo.

5. Trabajo de campo para la creación de un marco geográfico: Los Llanos de Mojos

La provincia y municipio de Mojos del departamento del Beni – coincidentes en su primera sección– limita al Norte con las provincias Cercado y Yacuma; al sur con el departamento de Cochabamba; al oeste con las provincias José Ballivián y Yacuma, y al este con las provincias Marbán y Cercado. Este territorio abarca una extensión de 33.616 Km² y se ubica en la región geográfica de la llanura beniana. Según los datos del INE, en el municipio de Mojos habitan 21.643 personas, de entre las cuales 8.893 viven en el área urbana y 12.750 en el área rural.

La llanura de Mojos está delimitada al oeste por el piedemonte andino; al norte, por el río Abuná y un pequeño tramo del río Acre; al este, delimita con los ríos San Miguel e Iténez o Guaporé; y al sur por el paralelo 17°30'S (Lijerón, 1998: 16). Abarca por tanto una extensa superficie que ocupa parte de varios departamentos del territorio boliviano: el centro y el Norte del departamento del Beni, el Noroeste de Cochabamba, el Norte de Santa Cruz, el Norte del departamento de la Paz y una pequeña parte del Sureste del departamento de Pando.

Los Llanos comprenden la ecorregión de las sabanas húmedas de Mojos, la cual se conoce como pampa. En ella se pueden distinguir 3 ecosistemas que se complementan entre sí: los bosques densos siempre verdes que presentan una topografía de tipo plano y ondulado; las sabanas o pampas, donde se encuentran poblados por bosques de galería – denominados así porque forman una especie de corredor que rodea al río– dispuestos de forma dispersa, bosques de pampa donde crecen islas de bosques y sabanas o praderas naturales de plantas herbáceas; por último los humedales puesto que los propios Llanos de Mojos conforman un extenso humedal a partir de la formación de *bajíos*, *yomomos*, *curichis* –depresiones de escasa profundidad

anegadas estacionalmente— y lagunas, ríos o arroyos (Lijerón, 1998: 16 y Fabricano, 2009: 156-162).

El clima cálido correspondiente a la ecorregión de las sabanas inundables de los Llanos de Mojos es de tipo tropical húmedo y estacional. Con respecto a las precipitaciones anuales cabe señalar que varían entorno a los 1.100 - 5.500 mm y las temperaturas medias oscilan entre 22 y 27 grados de media (Ibisch y Mérida, 2004: 66), a pesar de que las temperaturas máximas pueden superar los 35 grados y las mínimas llegan a alcanzar los 7 grados con la llegada de los surazos durante el invierno.

Con respecto al sistema hidrográfico destaca la sub-cuenca del río Mamoré. A su paso por la llanura va formando numerosos meandros y lagunas. Los ríos de los Llanos de Mojos son navegables por lo que constituyen una importante red de transporte. El desbordamiento del río Mamoré unido a la casi inexistente pendiente de la llanura propicia la inundación de la llanura. Destacan los ríos Apere, Tijamuchí, Cuverene, Cavitu, Sécore, Isidoro, Ichoa, Plantola, además del ya señalado Mamoré; arroyos como el Sénero, Wirico o Mátire; las lagunas de Isirere, Mause, Mapunani, San Antonio y San Luis, sin olvidar los *curichis* y *yomomos* (Soliz y Aguilar, 2005: 31).

Otro aspecto que guarda relación con el fenómeno de las inundaciones es la calidad de los suelos, de origen cuaternario. Estos son principalmente limoarcillosos, lo cual propicia su impermeabilidad y su falta de capacidad de drenaje en época de fuerte lluvias. Además la presencia de aluminio genera cierta toxicidad que dificulta la aparición de nutrientes (Lijerón, 1998: 17).

En base a los estudios de Ibisch y Mérida (2004: 49), el territorio boliviano se dividiría en 3 regiones: Cordilleras Altas y Altiplano, Vertiente Oriental y Valles Interandinos y Tierras Bajas. A su vez ésta última se subdivide en 5 ecorregiones: Bosques del Sudeste de la Amazonía, Cerrado, Sabanas Inundables, Gran Chaco y Bosque Seco Chiquitano. Las Sabanas Inundables será la ecorregión en la que nos ubicaremos y concretamente en la subecorregión de las Sabanas Inundables de los Llanos de Mojos situada en el departamento del Beni. Otros estudios la ubican dentro de la región fitogeográfica amazónica correspondiente a la región biogeográfica brasileño-paranense (Soliz y Aguilar, 2005: 155).

Es importante el hacer mención a la singularidad de la llanura mojeña puesto que nos ayuda a romper ciertos imaginarios geográficos, como nos referíamos al comienzo del trabajo. Si hay alguna característica que defina a los Llanos de Mojos es la alternancia. Alternancia por un lado de sabanas húmedas y bosques ribereños e inundados (Soliz y Aguilar, 2005: 153). Por otro lado alternancia entre una marcada época de lluvias que va de noviembre a marzo y la época seca de abril a octubre. Durante la época húmeda tienen lugar fuertes inundaciones convirtiendo esta llanura inundable en la de mayor superficie del mundo¹⁷

. El fenómeno ecológico de la inundación es uno de los factores ecológicos más significativos en la región ya que ha condicionado desde la antigüedad el uso del territorio y la ocupación del mismo por parte de sus pobladores.

Las inundaciones además de configurar el paisaje natural y humano de la llanura de Mojos, condiciona el trabajo de campo en la región puesto que durante 6 meses al año es enormemente complicado trasladarse para explorar el territorio debido a la intransitabilidad de los caminos al verse estos anegados e incapacitados para absorber la cantidad de agua que es descargada durante el periodo de lluvias. Las inundaciones por tanto suponen un factor limitante a la hora de realizar una investigación en la llanura del Beni, lo cual ha condicionado sobremanera nuestro propio trabajo. Las salidas al campo en la época lluviosa se redujeron notablemente a consecuencia de las limitaciones provocadas por tales inundaciones. El contacto con el medio físico sería fundamental a la hora de desplegar los planteamientos de la investigación puesto que algunos de ellos se vieron modificados en parte tras conocer las dinámicas socioespaciales que caracterizan esta área. A continuación profundizamos en el análisis de estas cuestiones.

6. El sistema hidráulico y su manejo

Estas complejas condiciones medioambientales obligarían a los pueblos prehispánicos del Gran Mojos o reino del Paitití (nombre mítico concedido por los exploradores europeos a la región) a desarrollar un sofisticado sistema de ingeniería hidráulica destinado a controlar el agua de las inundaciones que sirviese para fertilizar los campos de cultivo (Lijerón, 1998: 17).

¹⁷ Diversas investigaciones estiman dicha superficie entre 150.000 y 200.000 km².

Actualmente durante la época seca los mojeños cuentan con serios problemas de acceso a las fuentes naturales de agua. Las restricciones son frecuentes y en gran parte de las comunidades ubicadas en el área rural de Mojos no existe acceso al agua potable. Debido a ello, el sistema de abastecimiento más habitual es la retención del agua de lluvia —recogida durante la época de lluvias— en lagunas construidas de manera artificial. Cada comunidad posee una laguna, la cual proporciona a los comunarios el agua que estos requieren para preparar alimentos, para la higiene personal o para el consumo diario. Sin embargo, no son los únicos destinos del agua de las pozas ya que éstas además han sido construidas como espacios destinados a la producción piscícola. La imagen inferior da muestra de ello.

Estas lagunas constituyeron ya en el periodo precolombino uno de los elementos del complejo aparato hídrico. Si en su día desempeñaron diversas funciones como la de constituir una reserva de agua durante el período seco, para actividades de pesca o de abastecimiento de agua a las poblaciones, actualmente funcionan de igual modo.

Otro de los elementos del sistema hidráulico serían las lomas. Existe la posibilidad de que estas elevaciones artificiales fueran construidas con la tierra sobrante de las pozas. En estos espacios era donde los pueblos mojeños de la época precolonial establecían sus asentamientos humanos. Las lomas además se ubicaban —no por casualidad— próximas a zonas de agricultura, caza, pesca o zonas abundantes en recursos naturales. Arnaldo Lijerón ha recogido a partir de diferentes investigaciones algunos datos al respecto y gracias a los que «se ha podido calcular en por lo menos 20.000 promontorios diseminados en la región. Las hay con volúmenes que sobrepasan el millón de metros cúbicos, con 50 hectáreas de superficie y 20 metros de altura» (1998: 21).

Las poblaciones de Mojos levantaron terraplenes artificiales a modo de diques de contención para impedir que el agua inundase todo el territorio. Construyeron igualmente canales artificiales, los cuales cumplían dos funciones. Por un lado sirvieron para conformar una red hidrográfica que acortaba las distancias y además facilitaba el drenaje de aguas recogidas en lagunas o humedales que posteriormente se dedicaban al riego en las áreas de camellones o campos elevados de cultivo. De nuevo habría que retornar a la época actual en la que si atendemos la disposición de los asentamientos podemos comprobar que cumplen las mismas características y que de igual

manera las viviendas de las comunidades indígenas están ligeramente sobreelevadas. Los habitantes de Mojos previamente a construir sus viviendas, levantan una pequeña plataforma con la intención de evitar la humedad y la entrada de agua al interior de las mismas.

Todos estos elementos constitutivos de las eficientes obras hidráulicas de Mojos, nos inducen a reflexionar sobre el formidable manejo del territorio de estos pueblos que ha logrado trascender a la actualidad. Y habría que reiterar un aspecto relevante en este sentido y es que este característico ecosistema de inundación de la Sabana mojeña ha determinado el patrón de asentamiento de la población desde, como hemos podido comprobar, antes de la llegada de los españoles a la región. Las obras hidráulicas que hemos descrito de manera muy breve no sólo suponen descubrimientos arqueológicos sino que encierran los conocimientos sobre el manejo del agua y del territorio de los habitantes de los Llanos de Mojos. Es por ello que dicho manejo territorial es un aspecto a tener muy en cuenta en el actual ordenamiento del territorio del departamento del Beni.

Sin embargo a día de hoy es complicado identificar toda esta serie de obras que conforman el complejo hidráulico de Mojos. Sólo las imágenes aéreas o el poder acompañar a los equipos de arqueólogos que trabajan en la región nos pueden dar una idea aproximada acerca de la organización espacial de dichos elementos conformadores del paisaje mojeño.

6.1. Adaptación al medio de los pobladores de Mojos

Todo este conjunto de ecosistemas conformado por sabanas, humedales y bosques ribereños e inundados no sólo supone un mosaico paisajístico caracterizado por la riqueza de su biodiversidad sino que constituye a su vez el medio natural en el que los habitantes de Mojos desarrollan sus modos de vida.

Cabe mencionar en este sentido que es en las zonas altas, los montes, donde los indígenas mojeños practican sus actividades de caza, recolección y el cultivo de sus chacos. La razón es evidente: son los espacios más seguros cuando tienen lugar las inundaciones de la pampa. Excepto el arroz, cultivo que requiere gran cantidad de agua para su crecimiento, el resto de especies cultivadas en las comunidades —plátano, maíz, yuca— necesitan mantenerse a cierta altura para evitar la llegada del agua, lo cual provocaría su pérdida.

Estas zonas además son las que presentan más abundancia de caza, siendo los animales más valorados el jochí pintado, el anta, el tatú o el taitetú. La caza es una actividad de vital importancia para las comunidades ya que constituye el aporte proteínico de la dieta alimenticia indígena.

Los ganaderos componen el otro grupo social más significativo en Mojos. El sistema predominante de explotación es la ganadería extensiva, la cual constituye la principal actividad económica de Mojos. Las estancias ganaderas por lo general ocupan las zonas de pampa lo cual conlleva el problema de que en el período de inundación el ganado quede atrapado y finalmente muera ahogado. Debido a ello los ganaderos cada vez más se internan en los bosques y en los territorios ocupados ancestralmente por las comunidades indígenas buscando colonizar las áreas de mayor altitud que, como hemos visto, son aquellas manejadas históricamente por las comunidades indígenas.

6.2. Dinámicas resultantes en base a la ocupación de espacios

Como consecuencia se suceden en Mojos los conflictos entre ambos actores sociales puesto que cuando un ganadero ocupa un nuevo espacio, tumba la vegetación que en él se encuentra y coloca una alambrada que evita la entrada en su propiedad de cualquier persona ajena. Pero no sólo eso sino que es una realidad el hecho de que existen estancias ganaderas que están en gran parte sin ocupar y como consecuencia sin desarrollar en su interior ningún tipo de actividad económica-productiva¹⁸. En este sentido existe la posibilidad de que el INRA, tras comprobar que dichos predios no cumplen la *Función Económico-Social (FES)* pueden revertir estas áreas a las comunidades indígenas que así lo exijan (previa demanda se puede lograr la reversión de la propiedad a la comunidad indígena, aunque sucede en escasas ocasiones ¹⁹). Una de las consecuencias más visibles del proceso de ocupación territorial por parte de terceros, las comunidades indígenas se van viendo confinadas a un espacio cada vez menor que no consideran suficiente para el desarrollo de sus actividades tanto económico-productivas como culturales.

Con la intención de encontrar soluciones ante esta difícil situación de búsqueda de espacios y como respuesta a las presiones ejercidas

¹⁸ Un caso concreto al respecto es el acontecido en la comunidad mojeña de San Miguel del Mátire donde se ha logrado arrebatarse a un ganadero la mitad de una de sus estancias: «La Pascana», al no cumplir ésta la FES.

por las organizaciones indígenas de las Tierras Bajas¹⁹ —en las que el pueblo mojeño adquirió un fuerte protagonismo—, se creó como ya hemos anticipado, la figura de Tierras Comunitarias de Origen. El objetivo era delimitar los territorios habitados por población indígena y campesina con el fin de evitar las superposiciones de tierras —bien sean colectivas, individuales, comunitarias y privadas— con terceros y acabar con los conflictos derivados de ello.

Algunos datos relevantes a tener en cuenta con respecto a la tenencia de la tierra en Mojos, es que ésta está en manos de haciendas ganaderas, concesiones forestales y comunidades indígenas. El 67% del territorio del municipio corresponde a concesiones forestales y a las TCO's *TIM*, *TIMI* y *TIPNIS*. El 33% restante pertenece a no indígenas y el 47% del total corresponde a propietarios indígenas, que están en proceso de trámite ante el INRA (Soliz y Aguilar, 2005: 32).

Sin embargo los conflictos no han desaparecido. Por el contrario, constituyen una constante en la región. Para el sector ganadero, los *curichis*, donde el agua queda estancada parte del año, constituyen un recurso esencial como fuente de agua para la ganadería, ya que es en estos lugares en donde los animales se proveen de agua para su consumo durante el período seco. La práctica totalidad de haciendas ganaderas de Mojos cuenta con pequeñas lagunas artificiales construidas en su interior para la previsión de agua.

Otro elemento común del paisaje agrario de Mojos, provocado por el manejo ganadero extensivo, es la quema de pastizales quemados durante la época seca. Los ganaderos recurren al fuego en la sabana para: en primer lugar regenerar los suelos, pero además de ello consiguen ampliar las fronteras con las comunidades indígenas siendo por esta razón otro factor de conflicto entre ambos.

Otros actores sociales a tener en cuenta por su participación en los procesos territoriales y quienes operan en el territorio mojeño a

¹⁹ En el año 1990 tiene lugar *la Marcha por el Territorio y la Dignidad*, la cual congrega a los pueblos originarios de Tierras Bajas, quienes marcharon desde Trinidad, capital del departamento del Beni, hasta La Paz reclamando principalmente derechos territoriales y control, uso y manejo de los recursos naturales existentes en sus territorios. Tras esta marcha han sido 5 en total las que han tenido lugar desde 1990 siendo la última la que se ha llevado a cabo recientemente, en concreto durante el mes de julio de 2010 debido a la pretendida construcción que atravesará la TCO del *TIPNIS* y la cual el gobierno de Evo Morales apoya.

parte de la población indígena y los ganaderos, son las empresas forestales, los cuarteros y pirateros —motosierristas que trabajan de manera ilegal²⁰— que trabajan como autónomos. Cada uno de ellos ha desarrollado un manejo territorial sujeto a diversas visiones de desarrollo. En ocasiones estos modelos de desarrollo se han dirigido más a un desarrollo de tipo económico-productivo como es el caso de los terceros²¹ y en ocasiones de tipo sociocultural en el caso de las comunidades indígenas. Todos ellos actúan movidos por sus propios intereses y en base a ello han contribuido a ordenar el paisaje de la región de Mojos influyendo en su configuración.

Si bien es cierto que actualmente no se está produciendo una deforestación a gran escala, durante la década de los 80 y 90 del siglo pasado tuvo lugar en la región una substancial degradación forestal²² por la extracción selectiva de especies maderables, invadiendo territorios indígenas. Este es un hecho grave en lo que respecta a la biodiversidad puesto que provoca la pérdida de información genética lo cual conlleva irreversiblemente a la pérdida de conocimientos indígenas sobre los ecosistemas.

7. Conclusión y reflexiones finales

Todo análisis geográfico y socioecosistémico de las relaciones entre poblaciones humanas y los entornos que ocupan y con los interactúan no puede prescindir de los sujetos o actores sociales que modulan y llenan de contenido a dichas relaciones. A la hora de entender,

²⁰ En numerosas ocasiones estos se sirven de la intermediación con los propios indígenas dispuestos a incumplir los estatutos que regulan las normas y conductas con respecto al manejo de los recursos naturales dentro del territorio de la propia comunidad. Siendo los comunarios quienes muestran a aquellos los lugares en los que existe potencial forestal para extraer recursos maderables.

²¹ Los terceros son «los ganaderos, agricultores, colonos y comunidades que no son miembros del Pueblo Indígena u Originario, que se encuentra al interior del área de saneamiento de TCOs», según el *INRA*.

²² Principalmente de la especie mara o caoba, que se encontraba en gran abundancia en los bosques de la Llanura de Mojos. Actualmente esta especie ha prácticamente desaparecido y es por ello que algunas organizaciones como CIPCA (Centro de Investigación y Promoción del Campesinado) están llevando a cabo proyectos de replantío en las comunidades de Mojos. En la actualidad las especies más valoradas son el palo maría y el ochó.

experimentar y vivir estas dinámicas, el trabajo de campo nos ofrece la posibilidad de alcanzar el entendimiento de los fenómenos etnogeográficos que se suceden en el área de estudio. En nuestro caso los Llanos de Mojos de Bolivia.

Podemos afirmar que el particular medio físico de la Llanura mojeña y los ecosistemas predominantes de sabana y bosque húmedo, han condicionado el manejo y gestión territorial así como los patrones de ocupación del espacio. No sólo el conjunto de componentes biofísicos se han adaptado logrando un equilibrio ecológico perceptible en el paisaje mojeño. Las dinámicas sociales han jugado un papel determinante en la conformación del mismo. Las variables biofísicas, socioeconómicas y político-administrativas han otorgado al territorio un carácter particular que ha permitido el establecimiento de ciertos patrones de comportamiento con respecto al medio físico y humano.

Por dicha razón a la hora de efectuar el análisis de los procesos territoriales que están teniendo lugar en Mojos se requiere de una comprensión real de las dinámicas existentes en esta región así como de la relación entre los actores sociales y el desarrollo físico espacial. Las salidas de campo para entender el funcionamiento del entorno natural por un lado y a las comunidades indígenas por otro, permite desentrañar o descodificar la realidad de los procesos de pérdida de territorio que está afectando a las poblaciones originarias de la Amazonía boliviana. La toma de contacto con la realidad de la región nos permite por tanto aproximarnos a la comprensión del escenario geográfico, de las dinámicas territoriales que en él están teniendo lugar y de los actores que participan en el proceso. El hecho de acceder a este conocimiento y tener la posibilidad de poder identificar el contexto territorial en el que se produce la interacción de los subsistemas que lo conforman, genera un discernimiento sobre el fenómeno de la ocupación de espacios en el territorio de la Llanura de Mojos. En este proceso no se debe dejar al margen los criterios que llevaron a las culturas antiguas a escoger los espacios de ocupación territorial así como su uso. Es prioritario considerar las condiciones que influyeron en sus lógicas de ocupación del territorio y sus pautas de manejo y gestión del mismo puesto que el sistema biofísico se mantiene pese a que el paisaje haya sufrido modificaciones de tipo antrópico.

Vertebrar toda esta serie de elementos configuradores del paisaje de Mojos es absolutamente necesario para la comprensión de los fenómenos que los cuales hemos tratado de explicar. El hecho

de identificar, comprender y describir la relación vinculante entre el ámbito espacial y los asentamientos humanos no cabe duda que constituye una parte esencial del análisis de los procesos territoriales en Mojos. Por ello es evidente que el trabajo de campo constituye un primer paso primordial a la hora de emprender una investigación de tales características y la herramienta de trabajo necesaria que nos permita organizar las observaciones pertinentes de las experiencias y la información obtenida durante el mismo. Sólo a través de éste podrá generarse una comprensión de la realidad integral y compleja no condicionada por imágenes previas.

Bibliografía

- Andolina, R. *et al* (2005), «Gobernabilidad e identidad: indigeneidades transnacionales en Bolivia» en P. Dávalos, *Pueblos indígenas, estado y democracia*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 133-170.
- Barba, J. (2003), *Moxos: una limnocultura. Cultura y medio natural en la Amazonía boliviana*, Barcelona, CEAM. 157 p.
- Bauer, K. (2009), «On the politics and the possibilities of participatory mapping and GIS: using spatial technologies to study common property and land use change among pastoralists in Central Tibet», *Cultural Geographies* 16, pp. 229-252.
- Canedo, G. (2009), *Una utopía cercada. Las transformaciones del territorio de los grupos indígenas contemporáneos de la amazonía boliviana en Mojos-Beni*, tesis doctoral, México D. F., CIESAS, 310 p.
- Castree, N. (2004), «Differential geographies: place, indigenous rights and 'local' resources», *Political Geography* 23, pp.133-167.
- Fabricano F. *et al* (2009), *Semillas del saber moxeño*, Santa Cruz de la Sierra, HOYAM-MOJOS, 289 p.
- Godoy, I. y Sánchez, A. (2007), «El trabajo de campo en la enseñanza de la Geografía», *Sapiens* 8 (2), pp. 137-146.
- Ibisch, P. y Mérida, G. (2003), *Biodiversidad: la riqueza de Bolivia: estado de conocimiento y conservación*. Santa Cruz de la Sierra, FAN, 638 p.
- Jabardo, V. (2011), «Dinámicas sociales de las poblaciones indígenas de la Amazonía boliviana. Tenencia de la tierra y relaciones de poder en Mojos», *Prisma Social* 6, pp. 1-27.
- Lewellen, T. (2003), *Introducción a la antropología política*, Barcelona, Bellaterra, 333 p.

- Lijerón, A. (1998), *Mojos- Beni. Introducción a la historia amazónica*, Trinidad, Editorial RB, 173 p.
- Mazurek, H., 2010. Blog «Los territorios», <http://www.pieb.com.bo/blogs/mazurek/articulo1.php>, pp. 1-20.
- Montilla, A. (2005), «El trabajo de campo. Estrategia didáctica en la enseñanza de la Geografía», *Geoenseñanza 002*, pp. 187-195.
- Nah, A. M. (2006), «(Re)Mapping Indigenous 'Race'/Place in Postcolonial Peninsular Malaysia», *Geogr. Ann.*, 88 B (3), pp. 285-297.
- Offen, K. (2009), «O mapeas o te mapean: mapeo indígena y negro en América Latina», *Tábula Rasa*, n° 10, pp. 163-189.
- Pedone, C. (2000), «El trabajo de campo y los métodos cualitativos. Necesidad de nuevas reflexiones desde las geografías latinoamericanas», *Scripta Nova*, n°4, pp. 55-78. PUALANI, R. (2007), «Can you hear us Now? Voices from the margin: Using Indigenous Methodologies», *Geographic Research 45 (2)*, pp. 130-139.
- Radcliffe, S. y Westwood, S. (1999), *Rehaciendo la nación. Lugar, identidad y política en América Latina*, Quito, Abya-Yala. 297 p.
- Riechman, J. y Fernández, F. (1994), *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Barcelona, Paidós, 301 p.
- Roth, R. (2009), «The challenges of mapping complex indigenous spatiality: from abstract space to dwelling space», *Cultural Geographies 16*, pp. 207-227.
- Política en América Latina*, Quito, Abya -Yala, 297p.
- Rundstrom, R. (1995), «GIS, Indigenous Peoples and Epistemological Diversity», *Carography and Geographic Information Science vol. 22, 1*, pp. 45-57.
- Sletto, B. (2009), «Indigenous people don't have boundaries: reborderings, fire management and productions of authenticities in indigenous landscape», *Cultural Geographies 16*, pp. 253-277.
- Soliz, L. y Aguilar, S. (2005), *Producción y economía campesino-indígena. Experiencia en seis ecorregiones de Bolivia. 2001-2003*, La Paz, CIPCA, pp. 153-185.
- Surrallés, A. y García Hierro, P. (2004), *Territorio adentro. Territorio Indígena y percepción del entorno*, Copenhague, IWGIA, 307 p.
- Vargas-Hernández, J. G. (2005), «Movimientos sociales para el reconocimiento de los movimientos indígenas y la ecología política indígena», *Ra Ximhai*, vol. 1, n° 3, pp. 453-470.

- Wainwright, J. y Bryan, J. (2009), «Cartography, territory, property: postcolonial reflections on indigenous counter-mapping in Nicaragua and Belize», *Cultural Geographies* 16, pp. 153-178.
- Wickens, M. y Pualani, R. (2008), «Mapping Indigenous Depth of Place», *American Indian Culture and Research Journal* 32:3, pp. 107-126.
- Wieviorka, M. (2005), «Identidad y movimientos sociales», *Cuadernos del Mediterráneo*, 5, pp. 85-90.
- www.ine.gob.bo
- www.inra.gob.bo

Antonio Machado, el ‘camino’ como metáfora de la vida

Joan Tort i Donada
Universidad de Barcelona

A Juan Francisco Ojeda Rivera, desde la amistad

1. Introducción

Nos proponemos hacer una breve inmersión, desde una perspectiva eminentemente geográfica, en el pensamiento y en la obra de Antonio Machado. Para ello tomaremos, como eje directriz de nuestra reflexión, un tema que de modo explícito o implícito recorre prácticamente el conjunto de su legado: la idea de *camino*. Una idea que en el poeta de Sevilla tiene por regla general un claro trasfondo filosófico, pero que, atendiendo a la peripecia vital del escritor y, en buena medida, a su obra literaria, cabe interpretar también como equivalente a *viaje*, *itinerario* o *excursión*, particularmente en el sentido de «medio privilegiado de acceso al conocimiento (del mundo)».

En el contexto de las aproximaciones que en los últimos años se han llevado a cabo, desde la geografía, a la obra creativa de Antonio Machado (Terán, Martínez de Pisón, Alonso Otero), nos proponemos explorar de qué manera la construcción de su poética, fundada a menudo en la percepción y en la vivencia del paisaje más próximo y más cotidiano, tiene en la idea expuesta de *camino* un referente significativo, sea en un plano real o metafórico.

Al margen del hecho incuestionable que la figura y la obra de nuestro personaje hayan sido estudiadas con profusión, y desde una gran diversidad de perspectivas, nuestra contribución pretende reivindicar también, a través de la figura particular de Antonio Machado, la convergencia de miradas que puede llegar a darse entre *literatura* y *geografía*. En otras palabras: insistir en el interés potencial de la lectura y de la investigación, desde ópticas específicamente geográficas, de autores en cuya obra el *territorio* (entendido de una forma abierta, en toda su multiplicidad de significados y de escalas de referencia) tiene una dimensión fundamental y que, en el plano literario, han alcanzado el máximo nivel de reconocimiento y consideración.

Hemos organizado el texto en cuatro apartados, además de la introducción (que incluye un apunte sobre la dimensión filosófica de la geografía). En primer lugar abordamos las aproximaciones realizadas a la figura de Machado (y en especial a determinados temas de su obra, como el paisaje castellano) desde la geografía. A continuación, y como paso previo al análisis que nos planteamos hacer, tratamos de contextualizar a nuestro personaje en su condición de *pensador* (por utilizar un término comprensivo de sus diferentes facetas como intelectual: poeta, filósofo, escritor, profesor), que tuvo siempre, en todo caso, la *palabra* como herramienta de uso fundamental. Seguidamente entramos en lo que es nuestro tema de reflexión central: la idea de *camino* en relación con el universo global de Machado, y la proyección que este concepto llega a tener en diferentes planos de su obra. Finalmente, un breve epílogo nos permite recapitular sobre algunas cuestiones analizadas y subrayar algunas ideas a modo de conclusión.

1.1. Apunte preliminar. Sobre la dimensión filosófica de la geografía

En el marco de este epígrafe introductorio, creemos necesario decir que nuestra aproximación a la figura de Machado, más allá del enfoque geográfico pretendido, tiene un innegable trasfondo filosófico. Y lo tiene, sobre todo, por dos motivos: de un lado, por el hecho mismo que en el autor de referencia resulta prácticamente imposible deslindar su quehacer de escritor de su quehacer de filósofo; del otro, porque el tema escogido (la noción de *camino*, que en la poética de Machado oscila entre lo concreto y lo metafísico), nos sitúa ante una tesitura en la que, inevitablemente, lo filosófico deviene un componente esencial.

En este punto, y a pesar de las dificultades que entrañaba seguir la senda esbozada, hemos considerado que abordar el pensamiento de Machado desde la geografía nos ofrecía una oportunidad única: la de poner en relieve que la «reflexión global» de un escritor como el que nos ocupa, con toda su profundidad y su multiplicidad de registros, no tiene por qué ser ajena al universo propio del geógrafo. Sobre todo, si entendemos este universo en el sentido de la geografía clásica; tal como lo concebía, concretamente, Estrabón. Porque, a nuestro entender, los argumentos que aportó este autor para justificar la base filosófica de la geografía mantienen hoy día, plenamente, su razón de ser (y son el motivo, en el fondo, que estemos ahora mismo abordando este estudio). Unas palabras de Arturo A. Roig –estudioso del filósofo grecolatino– nos parecen, al respecto, especialmente clarificadoras:

«Para Estrabón son geógrafos todos aquellos escritores que han demostrado un espíritu suficientemente amplio como para conciliar de modo armonioso los conocimientos diversos que son necesarios para el desarrollo de la ciencia geográfica, y *sucede que esta amplitud de espíritu es además, precisamente, la que caracteriza al filósofo.* (...) Para Estrabón, todos estos hombres tienen un rasgo común, una inspiración análoga, que es *la tendencia a la generalización, a la síntesis de los diversos órdenes del saber humano, tendencia que constituye para él al buen filósofo y al buen geógrafo.*» (Roig, 1980: XVII-XVIII)¹

Desde una voluntad básica de sumergirnos en el riquísimo universo de Machado, y de extraer de él ideas, elementos y sugerencias que sea posible compartir y desarrollar desde el punto de vista de la geografía, emprendemos este estudio.

2. Machado desde la geografía

Nuestro análisis se fundamenta esencialmente en una premisa: la obra, y el pensamiento en general, de Antonio Machado, por su dimensión *existencial* –es decir, íntimamente implicada con lo que Joan Maragall identificaba como «la emoción general humana» (Tort, 2009 y 2010)–, tiene un interés geográfico de primer orden. Un interés que, lejos de circunscribirse a la vertiente específicamente *descriptiva* o *territorial* de su producción literaria (ámbito en el cual este interés es explícito y visible) tiende a extenderse, además, hacia las diferentes formas de expresión lírica o de elaboración literaria del propio autor insertables en una coordenadas de espacio y tiempo definidas.

Sírvanos como punto de referencia de la consideración anterior un breve apunte autobiográfico del propio Machado recogido por Heliodoro Carpintero (y transcrito en Alonso 2009: 259):

«Soy hombre extraordinariamente sensible al lugar en que vivo. La geografía, las tradiciones, las costumbres de las poblaciones por donde paso, me impresionan profundamente y dejan huella en mi espíritu. Allí, en el año 1907, fui destinado como catedrático a Soria. Soria es lugar rico en tradiciones poéticas. Allí nace el Duero, que tanto papel juega en nuestra historia. Allí, entre San Esteban de Gormaz y Medinaceli se produjo el monumento literario del poema del Cid. Por si

¹ La cursiva es nuestra.

esto fuera poco, guardo de allí el recuerdo de mi matrimonio con una mujer a la que adoré con pasión y que la muerte me arrebató. Y ‘viví y sentí’ aquel ambiente con toda intensidad. Subí a Urbión, al nacimiento del Duero. Hice excursiones a Salas, escenario de la leyenda trágica de los Infantes. Y allí nació mi poema de Alvargonzález.»

La lectura de la obra de Machado en clave geográfica, como posibilidad permanentemente abierta, permite que en la práctica podamos hablar de un interés muy grande de este autor en una perspectiva actual y de futuro. De hecho, hasta el momento las aproximaciones a su estudio realizadas por geógrafos o desde una óptica específicamente geográfica, han sido, a pesar de su carácter puntual, altamente significativas. Un buen ejemplo de ello lo constituye el artículo reciente que acabamos de citar (Alonso, 2009), el cual proporciona una muestra elocuente –a través de la selección de poemas que incluye– de la profundidad de la *dimensión paisajística* (y, propiamente, de los paisajes de Soria) en la obra de nuestro escritor. También cabe citar la prospección de Manuel de Terán en la relación de Antonio Machado con la Institución Libre de Enseñanza (Terán, 1976); un tema cuya relevancia se hace visible cuando atendemos la importancia que adquiere en Machado (él mismo, profesor a la par que escritor) todo lo que tiene que ver con la enseñanza, con la pedagogía y con la transmisión del conocimiento.²

En cualquier caso, la referencia imprescindible en la consideración de Antonio Machado desde la geografía la tenemos en el ensayo que Eduardo Martínez de Pisón escribió, hace unos años, sobre el paisaje en la Generación del 98 (Martínez de Pisón, 1998). Todo un capítulo de esta obra, con el significativo título de «La geografía emotiva de Antonio Machado»,³ está dedicado al escritor soriano. En él Martínez

² Oreste Macrí, en la «Introducción» de la edición crítica de las Poesías completas de Antonio Machado, considera que la influencia de la Institución en la educación del poeta fue decisiva en la medida en que fijó determinados rasgos de su personalidad: «(...) el seco y sencillo heroísmo de su carácter, su espíritu laico y liberal, su evangelismo puro y el franciscanismo como metáforas de absoluta pureza y honradez; su europeísmo de cultura, la sutil inquietud del hombre moderno e iconoclasta (...) y el celo de la verdad y autenticidad de sus creencias fundamentales (Macrí, 1989: 15).

³ De hecho, el título recrea la expresión que Machado utilizó en el encabezamiento de uno de sus cancioneros: «Apuntes líricos para una geografía emotiva de España» (Machado, 1989, Poesías completas, apartado «Poesías sueltas», epígrafe LVII, pp. 804-807).

de Pisón apunta lo que a nuestro entender son dos rasgos clave para la comprensión, en toda su complejidad, de la dimensión geográfica de Machado: por un lado, la inclinación *por la visión directa de la realidad*; por el otro, la particular posición de «impasividad» que adopta el poeta respecto a la naturaleza y el paisaje y que le lleva a sentirlos como algo «ajeno, indiferente a la soledad activa del contemplador» (Martínez de Pisón, 1998: 81). En relación con este último rasgo, creemos que resulta ilustrativo un párrafo del propio Machado donde, por boca de su *alter ego* Juan de Mairena (y siguiendo la fórmula del «diálogo socrático» con sus alumnos, característica de la obra de referencia), hace explícita con gran claridad su particular manera de *mirar*:

«Nuestro amor al campo es una mera afición al paisaje, a la Naturaleza como espectáculo. Nada menos campesino y, si me apuráis, menos natural que un paisajista. Después de Juan Jacobo Rousseau, el ginebrino, espíritu ahíto de ciudadanía, la emoción campesina, la esencialmente geórgica, de tierra que se labra, la virgiliana y la de nuestro gran Lope de Vega, todavía, ha desaparecido. El campo para el arte moderno es una invención de la ciudad, una creación del tedio urbano y del terror creciente a las aglomeraciones urbanas.

¿Amor a la Naturaleza? Según se mire. El hombre moderno busca en el campo la soledad, cosa muy poco natural. Alguien dirá que se busca a sí mismo. Pero lo natural en el hombre es buscarse en su vecino, en su prójimo, como dice Unamuno (...). Más bien creo yo que el hombre moderno huye de sí mismo, hacia las plantas y las piedras, por odio a su propia animalidad, que la ciudad exalta y corrompe. Los médicos dicen, más sencillamente, que busca la salud, lo cual, bien entendido, es indudable.» (Machado, 2003, I, pp. 218-219)

3. Entre la poesía y la filosofía. Machado, creador desde la palabra

Somos de la opinión que, en la historia de las letras españolas contemporáneas, en pocas ocasiones se ha dado una convergencia tan plena y tan intensa, y tan rica en reciprocidades, entre el discurrir filosófico y la creación literaria (entendida como hecho en sí mismo) como en el caso del poeta Antonio Machado. Dicho en palabras de José Echeverría, uno de sus estudiosos: «Nadie, a mi parecer, podría hoy desmentir con fundamento la afirmación de que Antonio Machado es un poeta-filósofo: poeta de la filosofía no menos que filósofo de

la poesía, sin por ello dejar de ser en momento alguno un poeta a secas.»⁴

No es necesario entrar en un nivel de análisis detallado, ni de la obra ni de las ideas de nuestro personaje, para corroborar esta afirmación. Sin alejarnos de la metáfora sobre la que construimos nuestra argumentación principal, la idea de *camino*, es fácil ofrecer ejemplos en los que enunciados breves, y de composición formal sencilla, encierran una potente carga de reflexión:

¿Para qué llamar caminos
a los surcos del azar?...
Todo el que camina anda,
como Jesús, sobre el mar.⁵

Antonio Fernández Ferrer, editor de *Juan de Mairena*, una de las obras de Machado en las que se hace más evidente el trasfondo filosófico, advierte sobre la «incomodidad» que supone, en ocasiones, abordar Machado desde el punto de vista de las clasificaciones académicas. Sin ir más lejos, y a propósito de la obra mencionada, señala que «por su talante fronterizo entre literatura y filosofía, coinciden en esquivarla los manuales de estas dos disciplinas que hoy suelen enseñarse en facultades universitarias distintas.»⁶ Tal caracterización, de acuerdo con algunas interpretaciones globales de la obra de nuestro escritor (García Bacca, 1975 y 1984), podría fácilmente predicarse del conjunto de su producción. E, incluso, a un nivel meramente formal. Porque, para Machado, «prosa y poesía fueron siempre, como para tantos otros escritores, aportaciones ‘complementarias’ y de ninguna manera consecuencia de fases alternativas o excluyentes.»⁷

Dejemos, en todo caso, que sea el propio Machado quien, desde el distanciamiento que le permite hablar a través de su heterónimo *Juan de Mairena*, nos despeje toda duda acerca de la supuesta dificultad de inserción de los saberes dentro de un compartimento u otro:

⁴ Echeverría, 1985: 106.

⁵ Machado, *Poesías completas*, libro «Campos de Castilla», epígrafe ‘Proverbios y cantares’, p. 569.

⁶ Fernández Ferrer, 2003, p. 11.

⁷ *Ibid*, p. 13.

«Algún día –habla Mairena a sus alumnos– se trocarán los papeles entre los poetas y los filósofos. Los poetas cantarán su asombro por las grandes hazañas metafísicas, por la mayor de todas, muy especialmente, que piensa el ser fuera del tiempo, la esencia separada de la existencia, como si dijéramos, el pez vivo y en seco, y el agua de los ríos como una ilusión de los peces. Y adornarán sus liras con guirnaldas para cantar esos viejos milagros del pensamiento humano (...) Los filósofos, en cambio, irán poco a poco enlutando sus violas para pensar, como los poetas, en el *fugit irreparabile tempus*. Y por este declive romántico llegarán a una metafísica existencialista, fundamentada en el tiempo; algo, en verdad, poemático más que filosófico. Porque será el filósofo quien nos hable de angustia, la angustia esencialmente poética del ser junto a la nada, y el poeta quien nos parezca ebrio de luz, borracho de los viejos superlativos eleáticos. Y estarán frente a frente poeta y filósofo –nunca hostiles– y trabajando cada uno en lo que el otro deja.» (Machado, 2003, I, p. 263)

No está de más recordar, en este punto, como subraya Fernández Ferrer, que en la construcción del «filósofo»⁸ Machado unos determinados nombres juegan un papel especialmente significativo...«Tres son las influencias hispánicas más relevantes que podemos relacionar con la prosa machadiana: Unamuno, d'Ors y Ortega.»⁹ Por otro lado, y según el propio Fernández, «el filósofo extranjero más influyente en la prosa machadiana es, en muchos sentidos, Friedrich Nietzsche. (...) Nietzsche es el indudable maestro en el filosofar discontinuo, ajeno al tratado sistemático y globalizador; insuperable en la chispa instantánea de cada párrafo. (...) Hay que citar, también, los nombres de Schopenhauer, Kant, Leibniz y, por supuesto, Bergson, como los pensadores más frecuentados por Machado. Bergson, en particular, es una temprana y trascendental aportación a su pensamiento.»¹⁰ Cabe subrayar, en cualquier caso, la relevancia que tuvo este autor –a quien

⁸ Tildar de 'filósofo' a Machado debe hacerse con todas las reservas, pues el poeta, como apunta Fernández Ferrer (2001, p. 31), «jamás tuvo ni la más remota intención de considerarse *filósofo* en un sentido académico o profesional de la palabra.»

⁹ *Ibid.*, p. 33. Como compendio y valoración de estas influencias en Machado, véanse, en esta obra, pp. 33-39.

¹⁰ *Ibid.*, p. 39-40. Un texto muy recomendable de este filósofo, cara a valorar la influencia de sus ideas en el pensamiento de Machado, es Bergson (2004).

el propio poeta calificó como «el filósofo definitivo del siglo XIX»¹¹ en la construcción de lo que Oreste Macrí denomina la «dimensión filosófica existencial» de Machado. Dimensión que, según Macrí, queda perfectamente sintetizada en una simple frase de su Discurso para la Academia –texto que escribió en 1931: «La vida es el ser el tiempo, y sólo lo que vive es».¹²

3.1. Apunte sobre el lenguaje

El complejo universo de Machado se sustenta en la *palabra* como directriz fundamental. Bien mirado no podía ser de otro modo, en un autor en el que «pensamiento» y «acto creativo» (en prosa o en verso) se entrelazan de un modo indisociable y sin solución de continuidad. Una vez más, una reflexión de Mairena resume con gran concisión el valor fundacional, en el sentido genuinamente ontológico, que nuestro autor otorga al que sería el primero de todos los conceptos, el logos o «palabra»: «Hemos de vivir en un mundo sustentado sobre unas cuantas palabras, y si las destruimos, tendremos que sustituirlas por otras. Ellas son los verdaderos atlas del mundo; si una de ellas nos falla antes de tiempo, nuestro universo se arruina.»¹³ Posición, por otro lado, que en opinión nuestra presenta unas extraordinarias simetrías (por lo general, no demasiado advertidas) con el pensamiento de Joan Maragall, y concretamente con su modo de entender la esencia de la palabra y del lenguaje —brillantemente resumido en su discurso Elogi de la paraula¹⁴—.

En cualquier caso, lo que resulta evidente en el lenguaje de Machado es la coexistencia de un verdadero binomio (que se resuelve en paradoja, según Ángel González): por un lado, simplicidad y claridad; por el otro, ambigüedad y complejidad. En palabras de este autor:

«El misterio de la poesía de Machado se nos presenta, en principio, como la oposición de dos realidades contradictorias que se resuelve en equivalencia o identidad: por una parte un uso natural

¹¹ Citado por Gibson, 2006, p. 230.

¹² Macrí, 1989, p.119.

¹³ Machado, Juan de Mairena, I, p. 322.

¹⁴ Respecto a esta cuestión remitimos al lector al epígrafe «Joan Maragall: la palabra como medida de lo real», en Tort, 2010, pp. 115-117.

—relativamente natural— del lenguaje, y un mundo aparentemente limitado; y por otra parte, la complejidad de las significaciones, la ambigüedad —que, en vez de reducirse, crece a medida en que se insiste en la lectura de los poemas que las expresan—. (González, 1982, p. 41-42)

La agudeza de la observación transcrita se nos hace evidente en cuanto tomamos conciencia de los niveles de complejidad en que se desenvuelve tanto la poesía como el conjunto de la obra de Machado. Pero ello no es óbice para que en la base, en el punto mismo de partida, reconozcamos que estamos fundamentalmente ante un escritor; esto es, ante alguien que toma la palabra como medio de expresión de su proceso creativo; y la toma, en un primer momento, como «sustancia hablada», antes que como «sustancia escrita». Una vez más, en la voz de Juan de Mairena:

«Cada día (...) la literatura es *más escrita y menos hablada*. La consecuencia es que cada día se escriba peor, en una prosa fría, sin gracia, aunque no exenta de corrección, y que la oratoria sea un refrito de la palabra escrita, donde antes se había enterrado la palabra hablada (...). Lo importante es hablar bien: con viveza, lógica y gracia.»¹⁵
«Sobre la claridad he de decir que debe ser vuestra más vehemente aspiración.»¹⁶

4. La idea de *camino* en Machado: una metáfora global

4.1. De referente literario a referente geográfico

Trataremos de desarrollar, sobre la base de lo expuesto hasta aquí, una interpretación argumentada de la significación que tiene la idea de *camino* —en sentido metafórico, más que real— en la cosmovisión de Antonio Machado. La elección de este concepto, como referente y guía de nuestro análisis, lejos de obedecer al azar, obedece a un triple motivo: a) el hecho de tratarse de una *idea central*, algo así como una tesis o trasfondo filosófico, que recorre de modo generalmente implícito el conjunto de su obra (y nos atreveríamos a decir: el conjunto de su vida); b) la ambivalencia que se desprende de la idea de *camino*

¹⁵ Machado, *Juan de Mairena*, I (2003), p. 76. La cursiva es del original.

¹⁶ *Ibid*, p. 325.

según Machado –un es, y a la vez, un *no es*– que le permite un juego literario de infinitas posibilidades (hasta el punto, según pensamos, que cabría una lectura en esa clave de una gran parte de su obra), y c) el hecho semántico mismo del concepto de *camino*, entendido como «vía», «senda» o «itinerario» que permite transitar de un punto a otro, y en el que debemos reconocer, en el origen, una razón de ser genuinamente geográfica.

Un apunte en clave literaria de Concha Zardoya, respecto de la significación del *caminar* y del *camino* en Machado, creemos que resume con claridad y viveza la idea que hemos tratado de explicar:

«El poeta es alma siempre en camino y, por tanto, siempre haciéndose y siempre por hacer: alma en camino que escapa hacia el sueño. Si Heráclito es asociado siempre a su imagen o metáfora del río, a Antonio Machado hemos de asociarlo al camino: camino que se da en el espacio, pero que se recorre en el tiempo. (...) El camino machadiano es una fuerza dinámica que impulsa al hombre: que es el hombre vivo, viviente, viviendo. (...) La imagen objetiva del tiempo vital que progresa hacia su vivir –su futuro– y hacia su muerte. (...) El camino machadiano es imagen que ilustra claramente aquella idea orteguiana de que ‘vivir es, de cierto, tratar con el mundo, dirigirse a él, actual con él, ocuparse de él’. (...) Vivir era, para él, hacerse el propio camino: caminar libremente, con los ojos puestos en la tierra y, también, sobre el cielo.»¹⁷

4.2. El camino como expresión genuina de la idea de *temporalidad*

Frente a una idea meramente física, estática y, en cierto modo, convencional de ‘camino’, en el sentido de «vía construida para transitar»,¹⁸ descubrimos a lo largo de la obra de Machado una amplia y profusa utilización de este concepto en sentido figurado y, a menudo, metafórico. Diríase, en este sentido, que el *camino* deviene en nuestro escritor un «medio» privilegiado de expresión, extraordinariamente dúctil, de lo que cabe considerar como la clave de su universo vivencial: el sentimiento del paso del tiempo.

¹⁷ Concha Zardoya, citada en «Editorial», *Anthropos*, 50 (Número especial dedicado a Antonio Machado), 1985, p. 59.

¹⁸ Voz «camino», acepción 2, DRAE, I, p. 250.

Pero decir tiempo, en este punto, no es referirnos a un ingrediente cualquiera de la poética de Machado. Es, en cierto modo, hablar de la substancia misma del hecho creativo del poeta. Unas palabras de Ángel González a este respecto nos parecen especialmente elocuentes:

«En la poesía de Antonio Machado (...) su tema central, el devenir de las cosas en el tiempo –o el efecto del devenir del tiempo sobre las cosas– está expresado por medio de una serie limitada de signos que devienen ellos mismos a lo largo de su obra en verso, modificándose en su transcurrir, combinándose en diferentes proporciones y figuras, y describiendo en su fluencia el mudable estado de la realidad, la condición fugaz de la vida. (...) Así, la poesía de Machado es extraordinariamente eficaz en la expresión de la cualidad cambiante de las cosas humanas, de su perpetua mudanza.» (González, 1982, p. 83)

Un simple verso –literalmente, cuatro palabras– lo expresa con insuperable concisión:

Hoy es siempre todavía.¹⁹

En todo caso, y como hemos apuntado, la dimensión existencial de la idea de ‘camino’ es inseparable de este «fluir temporal». Así se hace visible, de un modo particular, en diferentes momentos del transcurrir de *Soledades*. A modo de ejemplo, nos ha parecido interesante considerar un breve fragmento –apenas una estrofa– de este libro para poner en relieve que en él se condensa uno de los recurrentes motivos de reflexión, por parte del poeta: la *duda existencial*. O expresado de otro modo: una de aquellas «preguntas en apariencia simples, pero inquietantes» –al decir de Juan Cano-Ballesta– a través de las cuales «la existencia se le ofrece insegura y acosada por mil cuestiones»:²⁰

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,

¹⁹ En «Proverbios y cantares», *Poesías completas*, p. 627.

²⁰ Cano-Ballesta, 1977, p. 78.

las polvorientas encinas!...
¿Adónde el camino irá?²¹

He ahí presente, de nuevo, la paradoja: el ‘camino’ evocado en el sueño por el poeta –o mejor, los ‘caminos’– se le antoja posibilidad abierta e ilimitada; vía de acceso a un horizonte libre de obstáculos; pero el camino es también, en su proyección hacia adelante, un gran interrogante. El territorio de la incertidumbre. ¿Cabría deducir de ahí que los interrogantes *metafísicos* de este talante –expresados a través de la metáfora del ‘camino’– desembocan sin más, en Machado, en el escepticismo? Probablemente sea así; pero lo cierto es que el propio escritor, en su desdoblamiento como Juan de Mairena, nos ofrece respecto a esta cuestión una posibilidad de mayor enjundia: el escepticismo tal vez sea, al cabo, fuente de creatividad en estado puro:

«La inseguridad, la incertidumbre, la desconfianza son acaso nuestras únicas verdades. Hay que aferrarse a ellas. No sabemos si el sol ha de salir mañana como ha salido hoy, ni en caso de que salga, si saldrá por el mismo sitio, porque en verdad tampoco podemos precisar este sitio con exactitud astronómica, suponiendo que exista un sitio por donde el sol haya salido alguna vez. (...) La inseguridad es nuestra madre; nuestra musa es la desconfianza. Si damos en poetas es porque, convencidos de esto, pensamos que hay algo que va con nosotros digno de cantarse.» (Machado 2003, I, p. 322)

4.3. ‘Camino’ y ‘caminante’: una dialéctica del movimiento

Señala Ángel González que el *camino*, como imagen, suele aparecer en los poemas de Machado «como una síntesis de dos elementos: el ‘caminante’ y el ‘camino’ propiamente dicho, tan inseparablemente identificados que, en ocasiones, la desaparición de uno lleva consigo la desaparición del otro.» Más adelante añade: «Fiel a su visión dialéctica, el poeta se complace en componer síntesis semejantes, en las que entidades contrarias se armonizan y complementan hasta llegar a veces a identificarse en algún punto de su devenir.» (González, 1982: 47).

El apunte transcrito nos parece altamente sugerente, en la medida en que a través de algo tan difícil de concretar como la dialéctica –que,

²¹ En «Soledades. 1899-1907», *Poesías completas*, p. 436.

a nuestros efectos, sería el proceso de comprensión de la realidad fundado en la contraposición y la síntesis de contrarios²² nos ofrece la posibilidad de considerar el concepto machadiano de ‘camino’ como expresión genuina de la idea de movimiento. Es decir: que por esta vía podemos llegar, en la práctica, a una asunción del concepto que nos sitúa en las antípodas de la idea ‘estática’ y meramente ‘física’ a la que aludíamos al principio.

Muy aleccionadora resulta la aseveración siguiente de González (inserta en el capítulo que lleva por título «Antonio Machado y el discurso dialéctico», epígrafe «Identidad de contrarios»). Aunque algo recurrente, hemos considerado que, por encima de todo, aproxima al lector a una comprensión certera de la complejidad –en el sentido, aquí, de ‘potencialidad creativa’– del pensamiento de Machado:

«Es importante puntualizar que Machado no sólo es dialéctico en el proceso externo de su pensamiento, sino que (...) ve también a las cosas como dialécticas en sí mismas, en constante transformación y movimiento. (...) Machado recorre un camino, lo mira desde diferentes posiciones, y ve además el camino en movimiento: un camino que ‘se aleja y desaparece’, que ‘serpea’, que surge y se borra como las ‘estelas en el mar’. Algo, en resumen, *dialéctico*, que se niega a sí mismo, y que el poeta, en consecuencia, niega –‘caminante, no hay camino’– para afirmarlo después en su realidad cambiante –‘se hace camino al andar’. (...) Cuando hablamos de la dialéctica estamos, en mi opinión, señalando una de las causas primeras que hacen que su poesía sea lo que es: misterio, movilidad, pensamiento y sentimiento vivos». (González, 1982: 44)

4.4. La idea de ‘camino’ vista a través de un poema: *Otro viaje*

Nos proponemos completar el epígrafe mediante un ensayo de lectura crítica, según la clave del ‘camino’ desarrollada en el artículo, del poema titulado «Otro viaje», que forma del libro Campos de Castilla (1907-1917) y figura con el número CXXVII en las Poesías Completas.²³ Se trata de una composición que, a nuestros efectos, tiene las características idóneas para el análisis: es un poema que tiene un

²² Para una consideración más amplia de este concepto sugerimos la lectura de la entrada «DIALÉCTICA» en Ferrater Mora, 2001, I, pp. 866-877.

²³ Machado, 1989, pp. 550-552.

contenido geográfico-descriptivo relevante, la idea de ‘camino’ está muy presente en él y, por lo demás, incorpora en diferentes niveles esa dimensión existencial que podemos conceptualizar como connatural a la poética de Antonio Machado.

El poema, según documenta Ian Gibson, corresponde a la etapa de Baeza (cronológicamente, el biógrafo lo sitúa hacia 1915); publicado inicialmente sin título, recibe primero el nombre de «Viaje», y, finalmente, en las Poesías completas, el título definitivo, «Otro viaje».²⁴ De hecho, tanto el título como lo que podríamos denominar su asunto apuntan a esa idea, el viaje —el *camino*—; en concreto, un trayecto que el viajero/ sujeto protagonista realiza en tren a través de la campiña jiennense. Que se trate de un trayecto en ferrocarril no es mero azar: apunta Gibson que, por aquella época, el poeta «no olvidaba ni dejaba de añorar sus viajes en tren con Leonor.»²⁵ Cabe subrayar, en todo caso, que el contenido descriptivo del poema —unas rápidas pinceladas, como fotogramas— se ajusta perfectamente a la sucesión de imágenes que ofrece, en su marcha, el tren. Incluso el ritmo de la composición sugiere vívidamente —‘resonante, jadeante’— el peculiar ritmo que la locomotora impone.

Pero, en cualquier caso, más que los «exteriores» que la máquina y sus vagones van cruzando, es el *paisaje interior* el que va tomando, según avanza el viaje, verdadera carta de naturaleza. Un paisaje próximo que imaginamos iluminado apenas por la luz del techo, contrapunto de una escenografía exterior —‘nubarrones blancos, oro y grana’; ‘la niebla de la mañana/ huyendo por los barrancos’— de trazos irreales: el territorio del sueño. Y unos interiores sobre los que se alza, más allá de lo cotidiano —el vecino que duerme, el fraile, el cazador, el perro—, el torbellino incontenible del recuerdo: otro viaje, otro tiempo, otra vivencia. Otra realidad, que un día truncó la muerte.

Y más allá del recuerdo, y más acá del traqueteo de ese tren —que camina, silba, humea—, una única evidencia: la soledad. Sentimiento puro, transmutado en palabra en los versos finales del poema. Versos que, según Gibson, tal vez sean los más desoladores jamás escritos por Machado.²⁶

²⁴ Gibson, 2006, p. 318.

²⁵ *Ibid*, p. 318.

²⁶ *Ibid*, p. 318.

Ya en los campos de Jaén,
amanece. Corre el tren
por sus brillantes rieles,
devorando matorrales,
alcaceles, terraplenes,
pedregales,
olivares, caseríos,
praderas y cardizales,
montes y valles sombríos.
Tras la turbia ventanilla,
pasa la devanadera
del campo de primavera.
La luz en el techo brilla
de mi vagón de tercera.
Entre nubarrones blancos,
oro y grana;
la niebla de la mañana
huyendo por los barrancos.
¡Este insomne sueño mío!
¡Este frío
de un amanecer en vela!...
Resonante,
jadeante,
marcha el tren. El campo vuela.
Enfrente de mí, un señor
sobre su manta dormido;
un fraile y un cazador
–el perro a sus pies tendido–.
Yo contemplo mi equipaje,
mi viejo saco de cuero;
y recuerdo otro viaje
hacia las tierras del Duero.
Otro viaje de ayer
por la tierra castellana,
–¡pinos del amanecer
entre Almazán y Quintana!–
¡Y alegría
de un viajar en compañía!
¡Y la unión
que ha roto la muerte un día!
¡Mano fría
que aprietas mi corazón!

Tren, camina, silba, humea,
acarrea,
tu ejército de vagones,
ajetrea
maletas y corazones.
Soledad,
sequedad.
Tan pobre me estoy quedando,
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.

5. Epílogo

Noción recurrente a lo largo de toda su obra, presente en ella tanto en extensión como en intensidad, polisémica y polivalente, y en cualquier caso inagotable, el *camino* tal vez sea, también, la metáfora de la vida misma de Antonio Machado. Muchos de los aspectos de su biografía, como escritor pero también como intelectual y hombre de mundo, podrían ser abordados lúcidamente, en su caso, desde esta misma tesitura. La idea de *camino*, por los significados que puede llegar a contener, por sus posibilidades de desdoblamiento semántico, por su capacidad de sugestión y, en definitiva, por su potencialidad metonímica deviene, en el fondo, *palabra clave* en el universo creativo de nuestro personaje. Como geógrafos podemos considerarnos afortunados: un concepto como el de *camino*, que puede considerarse, con todos sus términos derivados y conexos, verdaderamente central en nuestra disciplina, tiene en la historia de la literatura a un autor, Antonio Machado, que lo convirtió en eje directriz de sus reflexiones y cuitas, y en motivo sustancial de un número muy significativo de sus trabajos.

Y no importa, a este respecto, que se intente distinguir entre un «uso descriptivo» y un pretendidamente exclusivo «uso poético» del concepto, en un intento de diferenciar artificiosamente los derroteros respectivos de la geografía y de la literatura. No importa, porque una figura como la que nos ocupa está muy por encima de tales pretensiones y de la inanidad que a menudo suponen. Precisamente el profesor y crítico Ángel González, citado en varios momentos del texto, estimó que «una de las identidades mágicas –tal vez la más

admirable— que la poesía de Machado establece, *es la identidad entre el lenguaje descriptivo y denotativo y la expresión de lo inefable.*»²⁷ Observación que suscribimos de pleno, porque a nuestro juicio sintetiza en apenas una frase el logro más esencial de nuestro escritor.

Referencias

- Alonso, F. (2009), «Los paisajes sorianos de Antonio Machado. Recreación de algunos lugares evocadores», en MARTÍNEZ DE PISÓN, E; Ortega, N., eds., *Los valores del paisaje*, Madrid, Fundación Duques de Soria-Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 259-292.
- Bergson, H. (2004), *Memoria y vida. Textos escogidos por Gilles Deleuze*, Madrid, Alianza Editorial.
- Cano-Ballesta, J. (1977), «Antonio Machado y la crisis del hombre moderno», en Ángeles, J., ed., *Estudios sobre Antonio Machado*, Barcelona, Ariel, pp. 73-96.
- Carpintero, H. et al. (1976), *Antonio Machado y Soria*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Echeverría, J. (1985), «El cantar y el decir filosófico de Antonio Machado», en *Anthropos*, 50 (Número extraordinario dedicado a Antonio Machado), pp. 106-114.
- Fernández Ferrer, A. (2003), «Introducción», en Machado, A.: *Juan de Mairena*, I. Edición de Antonio Fernández Ferrer, Madrid, Cátedra, pp. 9-52.
- Ferrater Mora, J. (2001), *Diccionario de filosofía*. Edición a cargo de Josep M. Terricabras, Barcelona, Ariel (4 tomos).
- García Bacca, J. D. (1975), «Antonio Machado, ¿poeta o filósofo?», en *Cuadernos para el diálogo*, extra XLIX, pp. 14-21.
- García Bacca, J. D. (1984), *Invitación a filosofar (según espíritu y letra de Antonio Machado)*, Barcelona, Anthropos.
- Gibson, I. (2006), *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*, Madrid, Santillana.
- González, A. (1982), *Aproximaciones a Antonio Machado*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Machado, A. (1989), *Poesías completas*. Edición crítica de Oreste Macrì con la colaboración de Gaetano Chiappini, Madrid, Espasa Calpe-Fundación Antonio Machado.

²⁷ González, 1982, p. 88. La cursiva es nuestra.

- Machado, A. (2003), *Juan de Mairena*, I. Edición de Antonio Fernández Ferrer, Madrid, Cátedra.
- Macrì, O. (1989), «Introducción» en Machado, A., *Poesías completas*. Edición crítica de Oreste Macrì con la colaboración de Gaetano Chiappini, Madrid, Espasa Calpe-Fundación Antonio Machado, pp. 11-245.
- Martínez de Pisón, E. (1998), *Imagen del paisaje. La generación del 98 y Ortega y Gasset*, Madrid, Caja Madrid.
- Orozco Díaz, E. (1974), «Antonio Machado en el camino», en *Paisaje y sentimiento de la naturaleza en la poesía española*, Madrid, Ediciones del Centro, pp. 173-242.
- Roig, A. A. (1980), «Introducción», en Estrabón, *Geografía. Prolegómenos*, Madrid, pp. IX-LVII.
- Terán, M. de (1976), «Los años de aprendizaje de Antonio Machado. (Su relación con la Institución Libre de Enseñanza)» en *Antonio Machado y Soria. Homenaje en el primer centenario de su nacimiento. Ciclo de conferencias organizadas*, Soria, Centre de Estudios Sorianos (CSIC), pp. 129-147.
- Tort, J. (2009), «El paisaje existencial. Consideraciones sobre el valor geográfico de la obra de Joan Maragall», en *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 51, pp. 153-173.
- Tort, J. (2010), «El concepto de paisaje en Joan Maragall. Una lectura desde la geografía», en Ortega, N.; García Alvarez, J.; Mollà, M., eds. *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid-Asociación de Geógrafos Españoles-Universidad Carlos III de Madrid, pp. 109-119.

Tras las huellas de España en el mundo: los viajes fotográficos de Valeriano Salas¹

Jacobo García Álvarez y Daniel Marías Martínez
Universidad Carlos III de Madrid

La presente contribución indaga en la intensa y singular experiencia viajera del bejarano Valeriano Salas Rodríguez (1898-1962). Miembro de una familia acomodada, Salas dedicó buena parte de su patrimonio personal a viajar por todo el mundo y, en 1938, fundó la *Revista Geográfica Española (RGE)*, que dirigiría hasta su muerte. Concebida fuera del mundo académico, como una revista de arte, historia y viajes orientada a un público culto, esta publicación aspiró a convertirse en una suerte de versión española del *National Geographic Magazine*, privilegiando el uso de la fotografía e impulsando la realización de expediciones, exposiciones y documentales de carácter divulgativo. Asumiendo desde su inicio determinados objetivos patrióticos y propagandísticos afines al régimen de Franco, la *RGE* participó en la promoción turística de determinadas rutas y territorios, contribuyó a la revaloración y defensa de ciertos elementos del patrimonio geográfico e histórico español, y prestó una considerable atención al conocimiento de las colonias españolas en África y, más ampliamente, de las huellas legadas por la cultura española en el mundo.

Viajero impenitente y notable fotógrafo, Salas aportó un porcentaje considerable de las miles de imágenes fotográficas publicadas en la revista, extraídas de sus propios viajes, y, en estrecha relación con ella, impulsó y dirigió el llamado Archivo Fotográfico Hispánico, creado en 1947 en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores con el propósito de recoger sistemáticamente las huellas de la historia y de la cultura españolas en el exterior. En paralelo con su labor al frente de la *RGE*, Salas consagró numerosos y largos viajes a la formación de dicho Archivo, que tuvo una vida breve y cuyos fondos permanecen, hoy por hoy, en paradero desconocido.

¹ Este texto se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación CSO2008-03877, financiado por el Ministerio de Educación y el FEDER, en el cual colaboró el primero de los autores. Una versión más amplia de los resultados expuestos en este trabajo se puede encontrar en García Álvarez y Marías Martínez (2011).

El presente trabajo se compone de tres partes. En la primera se expone una semblanza biográfica de Valeriano Salas, incidiendo particularmente en los hitos más relevantes de su experiencia viajera. En la segunda se resumen los elementos principales de la concepción viajera de Salas, marcada, entre otros rasgos, por la evolución desde el viaje de aventuras al viaje eminentemente patriótico, así como por la importancia concedida a la fotografía. En la tercera se abordan, en fin, los proyectos y trabajos de Salas dirigidos a recoger y divulgar fotográficamente los testimonios de «la huella de España en el mundo», entre los que, aparte de los reportajes dedicados a las colonias españolas en África, destacan la serie monográfica publicada con este título dentro de la *RGE* y la creación del citado Archivo Fotográfico Hispánico.

1. Valeriano Salas. Semblanza biográfica

Valeriano Salas Rodríguez es un singular personaje de la España del siglo XX que en nuestra opinión, y salvo contadas excepciones, ha permanecido injustamente olvidado pese a la meritoria y fecunda labor que llevó a cabo en campos tan diversos como los viajes, el coleccionismo, la fotografía, el periodismo, el automovilismo y la divulgación geográfica. Sorprendente y tristemente, su nombre no figura ni en historias de dichas materias ni en enciclopedias o diccionarios especializados. Las páginas que siguen, de carácter biográfico, se basan fundamentalmente en dos obituarios (Dotor, 1962; Cabezas, 1963), así como en heterogéneas y fragmentarias fuentes hemerográficas y de archivo que hemos logrado localizar tras una ardua y a menudo infructuosa búsqueda².

Valeriano Salas nació el 23 de enero de 1898 en la localidad de Béjar (Salamanca), donde su familia solía pasar temporadas de descanso. Fue el único hijo de Pedro Salas Fernández, natural de Béjar y vecino del municipio cacereño de Cañaveral, y Cándida Rodríguez Brunet, que falleció siendo niño Valeriano. En 1904 Valeriano y don Pedro

² En cuanto a las fuentes de archivo, agradecemos la amabilidad con que hemos sido atendidos tanto en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE) como en el Archivo Municipal de Béjar (AMB). En el curso de la preparación de la edición de este texto, y a posteriori de la celebración del Coloquio que dio origen al mismo, ha aparecido un artículo consagrado a los viajes de Salas y su mujer (GONZÁLEZ, 2010).

marcharon a San Sebastián, donde éste se casó en segundas nupcias con Lidia Prat Brunet, prima de su primera mujer. Si el padre de Valeriano Salas era terrateniente (poseía extensas tierras de dehesa en Cañaveral) y disfrutaba por tanto de una situación acomodada, su madre y su madrastra provenían de una familia donostiarra, la de los Brunet³, extraordinariamente rica e influyente, lo que le permitió vivir desahogadamente y cultivar sus muchas aficiones.

Salas se educó en San Sebastián y Francia (ignoramos exactamente dónde y los estudios que cursó) y pasó largas temporadas de su juventud en Italia e Inglaterra, aprendiendo varias lenguas y convirtiéndose en un entendido en pintura y en música⁴, así como en un apasionado de los viajes, la fotografía, los toros y el coleccionismo de arte y artesanía. Muchas de estas aficiones las compartió con su mujer, María Antonia Tellechea Otamendi, de familia cubana de ascendencia vasca, residente en La Habana y que veraneaba cada año en San Sebastián, donde tuvo la oportunidad de conocerla.

Sin lugar a dudas, una de las facetas a destacar de la personalidad de Salas es la de viajero infatigable. En este sentido, en orden cronológico, hemos de destacar en primer lugar el viaje que realizó entre febrero y marzo de 1930, como participante en una competición automovilística francesa que atravesó buena parte del desierto del Sáhara⁵. Este viaje, que efectuó en compañía de su mujer y de un mecánico contratado personalmente, le serviría de preparación para un viaje más largo y complicado que habría de emprender muy poco tiempo después,

³ Los Brunet fueron una importante y numerosa familia de la burguesía donostiarra, de origen barcelonés y afincada en San Sebastián desde mediados del siglo XVIII, que tuvo un activo papel tanto en política como en negocios varios (comercio marítimo, banca, transporte...), siendo principal responsable de la creación de diversas fábricas, del Banco de San Sebastián, de la Compañía del Tranvía, del Gran Casino, etc. Una muestra puede verse en el libro de Javier Sada (2002).

⁴ Como prueba de ello, tenemos constancia de que al menos compuso las partituras de dos obras teatrales, estrenadas con éxito en el Casino de San Sebastián (La Victoria. Semanario de Béjar, nº 1436, 4-II-1922).

⁵ La revista *L'Afrique du Nord Illustrée* dio cuenta, en varios números de 1930 (como, por ejemplo, el nº 456, de 25 de enero; el 459, de 15 de febrero; y el 464, de 22 de marzo) de los preparativos y el desarrollo de esta competición, denominada «Rallye Saharien».

concretamente el 25 de octubre de 1930⁶. En este segundo viaje, Salas, acompañado nuevamente por su mujer y dos mecánicos de San Sebastián (Fernando Lacoste y Juan Almandoz), se adentró, partiendo de Argelia, en el África Ecuatorial, con dos camionetas de la casa Ford, intentando emular y superar una de las expediciones más famosas de la época, el denominado «Crucero negro» (*Croisière noire*) de la Citroën, que fue acometido entre octubre de 1924 y junio de 1925⁷. Pese a las evidentes dificultades y a algunos contratiempos, las dos camionetas que habían emprendido el viaje regresaron a San Sebastián el 6 de abril de 1931 con sus cuatro ocupantes sanos y salvos, éxito del que se hicieron eco al día siguiente varios periódicos, especialmente los donostiarros, como *El Pueblo Vasco* y *El Día*, publicando incluso fotografías de los protagonistas.

También tratando de emular y superar las gestas de la Citroën —en este caso el denominado «Crucero amarillo» (*Croisière jaune*), que tuvo lugar entre abril de 1931 y febrero de 1932— y probablemente la expedición británica a La India realizada en 1924 bajo el mando del mayor Forbes-Leigh (Forbes-Leigh, 1925), Salas decidió emprender un viaje en automóvil desde San Sebastián a la India, de nuevo acompañado de su mujer y de un mecánico llamado Julio Lerma. Estuvieron en Marsella, Milán, Belgrado, Sofía, Constantinopla, Konia, Alepo, Damasco, Bagdad, Teherán, Chiraz, Queta, Kabul, Srinagar (donde Salas se enteró del estallido de la Guerra Civil española, lo que le movió a acelerar su regreso), Lahore, Delhi, Agra y Bombay, para regresar desde allí rumbo a Nápoles, pasando por el Canal de

⁶ Los planes de este viaje fueron detallados por el periodista «Meredith» en el diario donostiarra *El Pueblo Vasco*, y recogidos en otros medios (Meredith, 1930). Sobre el «crucero negro» y otras expediciones automovilísticas de la Citroën desarrolladas en los decenios 1920 y 1930, sobre las que existe una amplia bibliografía, véanse, por ejemplo, Murray (2000), Deschamps (2001) y Audouin-Dubreuil *et al.* (2009). Entre las iniciativas españolas coetáneas a la de Salas, cabe subrayar los viajes efectuados por Nicolau Maria Rubió i Tudurí, recogidos en el libro *Sahara-Níger. Nou viatge pel desert i la selva africana*, publicado en 1932 (Nogué Y Luna, 2008).

⁷ A tenor de las informaciones publicadas en *El Pueblo Vasco*, parece ser que Salas tenía la intención de publicar un resumen de su aventura en alguna revista extranjera, pero no hemos podido constatar que lo hiciera finalmente. No obstante, sí que hemos logrado localizar interesantes testimonios inéditos del viaje, como por ejemplo un diario de un centenar de páginas que escribió Lacoste contando sus impresiones, cuya existencia conocemos a través de uno de sus hijos; y medio centenar de fotografías que pertenecieron a Almandoz y cuya copia nos ha facilitado su hijo José Antonio.

Suez. En total, unos 20.000 km recorridos de España a la India en una camioneta Ford, saliendo el 8 de abril de 1936 y estando de vuelta a mediados del mes de agosto. En esta ocasión, un relato del viaje fue publicado por el propio Salas en los tres primeros números de la *Revista Geográfica Española*, fundada en San Sebastián por él mismo en plena contienda (abril de 1938), y a la que nos referiremos con mayor detalle más adelante⁸.

Durante la Guerra Civil, Salas se alineó decididamente con el llamado bando nacional, estuvo en el frente y, junto con su padre, realizó para el Ejército importantes donaciones en especie procedentes de sus posesiones extremeñas, por lo que fue condecorado con la Cruz del Mérito Militar. En 1940, trasladó su residencia desde San Sebastián a Madrid, donde continuó editando la revista con la inestimable ayuda de su Redactor Jefe, Manuel Hernández Sanjuán, con el que planificó y ejecutó nuevos viajes al continente africano, esta vez a las posesiones españolas de Ifni y Sáhara, Marruecos Español y Guinea Española, sobre cuyos resultados volveremos en el tercer apartado de este texto.

En relación con una de sus grandes aficiones, la fotografía, e íntimamente conectada con los viajes y con su intenso sentimiento patriótico, Salas plantea a comienzos de 1946 la propuesta de crear un Archivo Fotográfico en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores que recogiera «las infinitas huellas de nuestro arte y de nuestra historia que existen en el mundo entero, y muy particularmente en América» (AMAE, legajo R4410, expediente nº 11). Gracias al incondicional apoyo de Enrique Valera, principal responsable de la Dirección General de Relaciones Culturales que acababa de crearse dentro del mencionado ministerio, dicha idea toma cuerpo y se materializa año y medio más tarde, siendo nombrado Salas a comienzos de junio de 1947 Jefe del Archivo Fotográfico Hispánico. Como parte de los preparativos del Archivo, Salas emprende, también junto a su mujer, un viaje a los Estados Unidos en calidad de comisionado y con el beneplácito de la Embajada de los Estados Unidos en Madrid y de las correspondientes autoridades americanas. De Oeste a Oeste, y, a continuación, de Oeste a Este, atravesando Nueva York, Filadelfia, Washington, San Agustín, Miami, Tampa, Tallahassee, Nueva Orleans, Houston, San Antonio, El Paso, Santa Fe, Tucson, Los Ángeles,

⁸ El relato del viaje a La India también vio la luz de forma independiente como libro (Salas, s.a.). Aunque en el interior de la obra se afirma que se trata de una reimpresión de los números 1, 2 y 3 de la *Revista Geográfica Española*, de hecho no es exactamente así, puesto que hay modificaciones en el texto —bien es cierto que de poca envergadura— y nuevos planos y grabados.

San Francisco, Lago Salado, Yellowstone, Sioux City, Chicago, Cleveland, Cataratas del Niágara, Washington recorre durante cuatro meses más de 20.000 kilómetros en automóvil, siendo atendido por el Departamento de Estado, la Biblioteca del Congreso, los Parques Nacionales, el Museo de Nuevo Méjico, los Estudios de Hollywood, etc. (Salas, 1946b).

Por desgracia, Valera fallece y el ambicioso proyecto de Salas (que pretendía realizar entre 5.000 y 6.000 clichés al año, organizar exposiciones que recorrieran diferentes países, etc.) va perdiendo fuerza, especialmente con el nombramiento de Luis García de Llera como Director General de Relaciones Culturales en junio de 1952. En cualquier caso, el 18 de julio de 1950 Salas, que también colaboró en esa época con la Oficina de Información Diplomática (a la sazón dirigida por Luis María de Lojendio, con quien le unía una buena amistad), sería condecorado por el Ministerio de Asuntos Exteriores por su labor al frente de la *RGE* y del citado Archivo Fotográfico.

A Salas también se le debe otra creación, pues de él fue la idea de fundar la Asociación Española de Amigos de los Castillos, cuya primera junta directiva estuvo compuesta, además de por el propio Salas, que desempeñó el cargo de Vicepresidente desde 1952 hasta 1960, por Ángel Dotor, asiduo colaborador de la *RGE*, el Marqués de Aycinena, buen amigo de Salas, Federico Bordejé, Antonio Prast, Eugenio Serrablo y Germán Valentín Gamazo. Esto entronca con otro de sus intereses: la defensa y la divulgación del rico patrimonio castellológico existente en nuestro país, que ya se había puesto de manifiesto en varios números monográficos de la *RGE*⁹. Poco antes de fallecer le fue concedida la Medalla de Plata el Día de los Castillos (26 de abril) «como testimonio de gratitud por su excelente labor asimismo en la fundación de la A.E.A.C. y en la divulgación de nuestra arquitectura militar histórica», que tuvo que recoger su viuda.

Salas falleció en Madrid el 2 de abril de 1962, debido a una rara enfermedad, probablemente contraída en un viaje a la India, que le atacó con virulencia los intestinos y acabó con él en muy poco tiempo. Sus restos descansan en el cementerio municipal de Béjar, su ciudad natal. Precisamente allí fue donde quiso donar importantes y valiosos objetos de arte con destino a un Museo Municipal, voluntad

⁹ Sobre la serie de la *RGE* dedicada a Castillos de España, que alcanzó un total de doce números (la mitad de ellos publicados en vida de Salas), véase García Álvarez Y Marías Martínez (*op.cit.*).

que se encargó de materializar, con tesón, entusiasmo y dinero, y la colaboración de las autoridades municipales de la localidad, su viuda, hasta que falleció, también en Madrid, seis años más tarde, concretamente el 1 de abril de 1968¹⁰.

2. La concepción del viaje en Valeriano Salas: aventura, conocimiento y nacionalismo

En este apartado pretendemos, a partir de los propios testimonios de Salas, caracterizar cuál era su concepción del viaje. No obstante, antes que nada, conviene insistir nuevamente en que Salas viajó mucho a lo largo de toda su vida, y que lo hizo en unos momentos en que no era tan sencillo. Muchos de sus viajes contaron con apoyo institucional, pero otros fueron sufragados íntegramente de su propio bolsillo.

Es realmente complicado hacer una relación de todos los lugares que visitó Salas. Por supuesto, era buen conocedor de las tierras peninsulares, pero quizá lo que más destaca, por inusual, es que salió mucho del país, a menudo con estancias prolongadas durante varios meses. Sin ánimo de ser exhaustivos, y teniendo en cuenta que la mayoría de sus testimonios escritos se refieren precisamente a sus experiencias en el extranjero, nos centraremos en las mismas al objeto de destacar algunos de los aspectos más relevantes y definitorios de su manera de concebir el viaje.

Una primera faceta que sobresale en este sentido es su marcada preferencia por el viaje individual, de tipo cultural, y mediante itinerarios concebidos para ser recorridos en automóvil. El turismo planificado, antesala del turismo de masas, se evita y en algunas ocasiones se condena como una actividad superflua desde el punto de vista experiencial e intelectual. Ya desde el primer número de la *RGE*, el propio Salas manifestaba abiertamente su rechazo a las «agencias de turismo» y a las «excursiones colectivas»:

¹⁰ La colección donada por Salas a través de su viuda se compone de variados y valiosos objetos: cuadros pertenecientes a las escuelas Flamenca, Holandesa, Alemana, Francesa y Española, esmaltes de Limoges, marfiles, miniaturas y porcelanas europeas y de Extremo Oriente, etc. así como un busto en bronce de Valeriano Salas hecho por Enrique Pérez Comendador, y un retrato al óleo del bisabuelo de Salas, Fernando Brunet Prat. En total, unas 250 piezas, que fueron valoradas en 1966 en 3.100.000 pesetas (AMB, expediente del Legado de don Valeriano Salas Rodríguez, 1964, Negociado de Hacienda, Sección 1ª).

«Los viajes tienen a mi entender un doble encanto: el de su preparación primero, y el de su consecución después. Si algo reprocho a las agencias de turismo, si odio de todo corazón las excursiones colectivas, es justamente porque lo dan todo hecho y solucionado. Nada hay imprevisto, al viajero se le priva de toda iniciativa propia: el itinerario a seguir, los hoteles, las horas de visita de los museos y los principales monumentos de las ciudades, todo, absolutamente todo, ha sido fijado de antemano con exactitud y claridad insoportables. A diario, y de esta forma, centenares de rebaños humanos pasean por el mundo bajo la vigilante custodia de sus pastores, léase guías, que repiten incansables y con el mismo sonsonete de siempre, la lección aprendida cuidadosamente en el Baedeker» (Salas, 1938: 5-6).

En el mismo sentido, y aunque sus viajes están, obviamente, condicionados por su medio de transporte preferido, Salas gusta de explorar itinerarios y rutas poco o nada transitados, lo que otorga a su experiencia un importante componente aventurero y, a menudo, audaz, arriesgado y original. No obstante lo dicho, Salas pone de manifiesto con frecuencia que sus viajes no son fruto de la improvisación, sino que, muy al contrario, implican una concienzuda planificación:

«Muchos meses de preparación, muchas cartas escritas a países lejanos pidiendo datos, y luego... semanas y semanas de espera; pero qué emoción cuando al cabo del tiempo aparecía un buen día el cartero con un certificado de Persia o Afganistán. ¡Cuántas veces estas cartas con tanta ilusión esperadas, desbarataban en un momento todos mis planes, obligándome a estudiar nuevos itinerarios!» (Salas, 1938: 5).

En ocasiones Salas recurre al viaje a lugares exóticos y apartados de la civilización occidental como vía de escape de los males propios de los llamados países desarrollados. El viaje a esos lugares, que se convierte en la mejor medicina para afrontar el estrés característico de las sociedades modernas, constituye para Salas una forma de huir y de recuperar cosas perdidas que él estima valiosas, y que aparentemente son sencillas de conseguir. Así, por ejemplo, cuenta:

«Cuando rememoro mis correrías de pasados años por África, la nostalgia se apodera de mi ánimo; me siento prisionero de la civilización, de los prejuicios que ha sabido crear en torno nuestro para complicarnos estúpidamente la vida, y no puedo menos que acordarme de aquello... Aquello es la libertad, las noches estrelladas magníficas,

el desierto sin límites, las selvas infinitas, el ‘dulce far niente’ alejado del mundo, de su vivir acelerado, de sus ciudades, de sus periódicos, de su política llena de intrigas y ambiciones...Allí, al saberse desligado de esas pesadas cadenas que nos vemos precisados a arrastrar a lo largo de nuestra existencia, se siente uno alegre y satisfecho...

He comprobado mil veces, y creo haberlo repetido en otros artículos, que sólo en aquellos lugares apartados de la civilización, es donde el ser humano debe buscar esa tranquilidad y esa paz tan necesarias para su espíritu, e imprescindibles para su felicidad» (Salas, 1939: 51).

Por ello Salas aprecia sobremanera aquellos lugares y pueblos que no han sido invadidos ni transformados por el progreso, las sociedades que todavía se mantienen «vírgenes», fieles a su esencia. En este sentido, al observar la forma de vida de una tribu nómada del Sáhara no puede evitar pronunciarse al respecto, emitiendo el siguiente juicio:

«Desde hace siglos, la vida discurre inmutable para estas gentes, sin que el correr del tiempo haya introducido en ella cambio especial alguno. Libres, sin necesidades que compliquen absurdamente su existencia y sin que nadie ose jamás pedirles cuenta de sus actos, vagabundean por el Sahara a su antojo. Sus rebaños de camellos, ovejas y cabras, les suministran ampliamente el sustento necesario, mientras sus oraciones diarias y fervorosas, en ese grandioso templo que tiene por marco la llanura sin límites, proporciona a sus almas la paz espiritual indispensable. Es difícil no sentir junto a ellos la atracción de esta vida y creemos firmemente que en nuestra ‘civilizada’ Europa, no existe felicidad comparable a la que disfrutan» (Salas, 1942)¹¹.

Del mismo modo, juzga positivamente lo que encuentra al llegar a Afganistán:

«[...] quizá el único país del mundo en el que estalló una revolución sólo ‘porque no quería modernizarse’. [...] Con la clara intuición que caracteriza a esta raza, tal vez primitiva, pero de inteligencia privilegiada, supieron comprender a tiempo que los adelantos que les brindaban: ferrocarriles, fábricas, modernas explotaciones de minas,

¹¹ Adviértase que en algunas de las referencias bibliográficas y citas textuales que incluimos en este trabajo procedentes de la *RGE* no se precisa el número de página, puesto que la revista no indicó este dato de forma sistemática hasta 1950. En muchas ocasiones, incluso la fecha de publicación ha sido deducida, puesto que en la *RGE* tampoco se indicó de manera regular.

etc., si bien podían traerles riqueza, iban seguramente a hacerles perder para siempre la independencia y el placer de vivir como ellos lo entienden: sin comodidades que no necesitan pues no las conocen, pero también sin grandes preocupaciones, pues tienen la dicha de habitar en uno de los países más fértiles y ricos del mundo.

Del Afganistán de hace trescientos años al de ahora, poca diferencia existe. [...] El atraso es evidente pero en cambio ¡qué encanto y sorpresa produce en el ánimo del viajero la vida patriarcal que a diario le es dado contemplar! ¡Son tantas las enseñanzas que de ella se pueden sacar!» (Salas, 1946a).

En sus viajes a países lejanos, Salas valora sobre todo lo que considera que es original y propio de un lugar, lo que le confiere autenticidad, y se queja amargamente cuando no lo encuentra, cuando aquello es sustituido o transformado por algo que considera falso o demasiado forzado. Sus reflexiones sobre las ciudades y paisajes africanos y orientales, por ejemplo, traslucen con frecuencia una condena de aquellos cambios que, en nombre del concepto occidental de modernización, pervierten o diluyen lo que constituye, en su opinión, la «esencia» del lugar:

«Teherán [...] ha perdido casi todo su ‘cachet’ oriental, y sólo las tres magníficas puertas que de la ciudad quedan en pie nos recuerdan su pasado esplendor. No podemos menos de pensar con cierta melancolía en esas callecitas tortuosas y estrechas, pero seguramente tan típicas y llenas de poesía, que han sido derribadas para dar paso a estas anchas, pero prosaicas y absurdas avenidas rectilíneas, bordeadas de edificios de ínfima categoría, que ‘quisieran’ imitar a los de las grandes capitales y no pasan de ser en realidad más que una mala caricatura de ellos» (Salas, s.a.: 35).

«Si he de ser franco, tengo que confesar que el Desierto Sirio nos decepcionó un poco; es lo ‘menos desierto’ que darse puede. No iré hasta asegurar que se vea concurrido a todas horas como una calle céntrica de cualquier gran población, pero sí hay en él tráfico suficiente como para romper el encanto mismo de su soledad. Entre Damasco y Bagdad cruzamos innumerables caravanas de camellos y por lo menos media docena de camiones. Para mí no existe impresión más desagradable que la de ver aparecer inesperadamente entre nubes de polvo, en el horizonte de una llanura infinita, a uno de esos pesados armatostes, que viene a recordarnos de golpe y porrazo que

ni aun en pleno desierto nos podemos llegar a emancipar de la tutela que sobre nosotros ejerce la civilización» (Salas, s.a.: 27).

La narrativa viajera de Salas nos muestra también a una persona provista de una formación y una curiosidad intelectuales amplias. Aunque sus escritos de viajes centran su atención, esencialmente, en los elementos culturales de carácter histórico-artístico, también valoran los folklóricos, etnográficos y antropológicos, así como los de carácter natural y, más ampliamente, paisajístico. Algunas de sus impresiones revelan, de hecho, una notable sensibilidad por ciertos paisajes, como los desérticos y de sabana:

«Durante horas y horas —escribe, por ejemplo, al recordar su travesía por Siria— rodamos por el desierto; el recorrido era monótono y bello a la vez. Tenía esa monotonía desesperante de las grandes soledades, pero también la grandiosidad de lo inmenso. Es algo que nunca he podido explicarme: el paisaje del desierto no cansa. En mis travesías del Sáhara, por el desolado Tanezruft, la contemplación de esas llanuras infinitas no llegó a aburrirme jamás, ejerciendo sobre mí ese mismo atractivo que el mar ejerce sobre el marino» (Salas, s.a.: 12).

«No he querido —señala a propósito de uno de sus viajes africanos— despedirme del Níger sin admirarlo por última vez. En una noche de luna magnífica, lo he contemplado encaramado en la parte más alta del mausoleo de los Reyes de Gao. Los fuegos del pueblo iban desapareciendo uno a uno, mientras se apagaban también los últimos ecos de las canciones y de los tambores. Gao dormía, y en el silencio de la noche, apenas turbado de vez en cuando por el siniestro aullido de las hienas, el panorama era de una grandeza imborrable; a mis pies, cual una descomunal serpiente de plata, se extendía magnífico e impasible como siempre, el Níger, ese Níger que durante siglos, fue mudo testigo de las alegrías y de las tristezas de un pueblo que no quiere morir.» (Salas, 1939).

Un último aspecto que nos gustaría resaltar en estas consideraciones generales sobre la concepción viajera de Salas, y sobre el que volveremos más adelante, es la importancia concedida a la fotografía. Las fotografías hechas por Salas, en blanco y negro, además de numerosísimas, son de muy bella factura y de una gran calidad artística, e incluyen un variado abanico de temas, que van desde retratos y estampas de la vida cotidiana, a paisajes, monumentos y piezas de

arte. No son anecdóticas, sino una parte esencial de su actitud viajera y de su manera de dar cuenta de sus experiencias. Tanto es así, que las fotografías hechas por Salas en sus viajes sirvieron para ilustrar no sólo cuantiosos artículos publicados en la *RGE*, sino también exposiciones, conferencias o libros propios y ajenos:

«No concibo —escribió en su último artículo publicado— un viaje interesante sin obtener fotografías de aquello que valga la pena de ser recordado: tipos, paisajes, monumentos, etc... El tiempo todo lo borra poco a poco, y sólo una cinta cinematográfica o una buena fotografía pueden refrescar esa memoria que tantas veces nos falla, sobre todo cuando empezamos a sumar años» (Salas, 1962: 131).

Esa importancia atribuida por Salas a la fotografía fue una de las señas de identidad de la *RGE* desde su creación, y, unida a su hondo sentimiento patriótico, explica también sus intentos por construir un archivo fotográfico estatal que recogiera sistemáticamente y permitiera divulgar fácilmente los testimonios de «la huella de España en el mundo». Como veremos a continuación, a esta finalidad consagró buena parte de su actividad editorial y viajera, en especial entre los años 1946 y 1954, al punto de que, en determinada ocasión, llegó a referirse a sus viajes como auténticas «excursiones automovilísticas» «a la caza de fotografías y de *Huellas de España*» (Salas, 1950: 136).

3. Tras las huellas de España en el mundo: la *Revista Geográfica Española* y el Archivo Fotográfico Hispánico

3.1. Origen y propósito de la *Revista Geográfica Española*

Como hemos analizado en detalle en otro trabajo (García Álvarez y Marías Martínez, op.cit.), la creación de la *Revista Geográfica Española*, acontecida en plena Guerra Civil, conecta directamente, aparte de con las inquietudes viajeras de su director, con la política propagandística del bando franquista. El propio Servicio Nacional de Propaganda creado por el primer gobierno de Franco en Burgos patrocinó el primer número de la revista, cuyo editorial, titulado «Nuestro propósito» e impregnado de la retórica joseantoniana, explicitaba meridianamente la conexión de la nueva publicación con los principios ideológicos de los sublevados y condensaba algunos de los objetivos, temas y

criterios que orientarían la revista a lo largo de toda su trayectoria: la vinculación entre paisaje e identidad nacional, y ligado a ella, la exaltación del paisaje como vehículo de patriotismo; la voluntad de conceder una atención prioritaria a las huellas de la proyección de España en el mundo (resumida en el concepto de hispanidad); y la importancia de las imágenes y representaciones gráficas para la comunicación eficaz e inmediata de tales ideas:

«El Servicio Nacional de Propaganda patrocina la publicación del primer número de la 'REVISTA GEOGRÁFICA ESPAÑOLA' para poner de nuevo al pueblo español en comunicación, frecuente y fervorosa, con la presencia esencial de su paisaje. La montaña, la llanura, el desierto y el río, toda la belleza y austeridad de nuestro suelo, han de tener, del mismo modo, aparición en nuestras páginas y entrañado conocimiento en nuestra palabra. (...) La presencia de la llanura castellana, por sí sola, es Historia. Intentaremos ver a España en la presencia de su suelo y en la sucesión ejemplar de su creación y su hermosura (...) Detrás de cada uno de los accidentes naturales de nuestra España, en la pobreza de la estepa, y en el fervor de la meseta, está la eterna e inmovible metafísica española. Daremos también a conocer los países y las tierras lejanas, y daremos nuestra preferencia a los que, más allá del mar, nacieron en una misma unidad de destino a la Religión y la Cultura. Revista gráfica por su propia necesidad, suplirá con el documento vivo la descripción vacía» (*RGE*, 1938, nº 1).

En efecto, tales propósitos se plasmarían de manera clara e inmediata en diferentes facetas de la revista, y muy especialmente en los llamados números extraordinarios, concebidos con carácter monográfico (por contraste con los llamados «números corrientes» o misceláneos), entre los cuales fueron especialmente importantes los monográficos de carácter turístico consagrados a países y territorios concretos (doce números), la serie dedicada a los castillos españoles (doce números) y la dedicada a «la huella de España en el mundo» (veinte números), a la que nos referiremos con más detalle a lo largo de este apartado. Las funciones propagandísticas de la revista se plasmarían también, desde un principio, en el patrocinio directo recibido por diversas instituciones del Estado franquista, empezando por el ya citado Servicio Nacional de Propaganda y siguiendo, entre otras, por la Dirección General de Marruecos y Colonias, el Ministerio de Educación Nacional, la Dirección General de Regiones Devastadas, la Dirección General del Turismo o la Dirección General de Relaciones Culturales, sobre la cual volveremos más adelante.

Pero, aparte de con objetivos propagandísticos, la *RGE* nace también con el propósito de convertirse en un referente dentro de las revistas de divulgación geográfica en el mundo hispánico. En este sentido, su modelo de inspiración fue nada más y nada menos que el *National Geographic Magazine* (en adelante *NGM*), publicación fundada en 1888 y convertida desde el primer tercio del siglo XX en la principal revista en el género de la divulgación científica de carácter geográfico a nivel mundial, sin parangón alguno en términos de difusión (Bryan, 1987; Rothenberg, 2007). Con cifras de circulación y medios editoriales muchísimo más precarios y modestos, la *RGE* trató de convertirse en cierto modo en una versión española de la célebre revista estadounidense, con la que, según informaciones publicadas en la propia *RGE*, Valeriano Salas habría colaborado antes incluso de la fundación de la *RGE* (Madrid, 1946)¹².

Al lado de los objetivos ideológicos y propagandísticos ya comentados, la *RGE* se planteó en efecto como una revista de viajes (o, como durante muchos años indicó su subtítulo, como una revista de «Arte, Historia y Viajes») orientada a un público culto, aunque no prioritariamente académico. Tanto en su nómina de colaboradores como en los temas, estilo y contenido, la revista operó de hecho, casi enteramente, al margen de la geografía científica y universitaria española, desarrollada paralelamente, en el primer decenio posterior a la Guerra Civil, en torno al Instituto Juan Sebastián Elcano del CSIC, creado en 1940 (GÓMEZ, 1997). Junto a publicaciones extranjeras como el citado *NGM*, la revista británica *Geographical Magazine* (fundada en 1935, hoy día editada como *Geographical*) o la *Revista Geográfica Americana* (publicada en Argentina de 1933 a 1956) sus precedentes dentro de España deben buscarse más en algunas revistas de viajes anteriores a la Guerra Civil (como, por ejemplo, el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, publicado, salvo en el paréntesis de la Guerra Civil, entre 1893 y 1954, y la revista ilustrada *Alrededor del Mundo*, publicada entre 1899 y 1930), aunque, entre otros elementos, la *RGE* difiere sustancialmente de estas últimas en la importancia central dedicada a la fotografía, directamente conectada con una de las principales pasiones del que fuera fundador y director de la revista durante muchos años.

¹² No hemos podido corroborar este dato en los índices de la colección completa del *NGM*, aunque tenemos indicios de la existencia de fotos de Salas en el Archivo de la National Geographic Society.

Viajero incansable y notable fotógrafo, Salas aportó un porcentaje considerable de las miles de imágenes fotográficas publicadas en la revista, extraídas de sus propios viajes, e impulsó desde ella la realización de varias expediciones de carácter fotográfico fuera de la Península, así como la organización de exposiciones fotográficas y la filmación de documentales geográficos de carácter divulgativo, cuya realización se encargó a dos colaboradores habituales de la revista: Manuel Hernández Sanjuán (redactor jefe de la *RGE* durante buena parte de la etapa en que Salas fue director) y Segismundo Pérez de Pedro. Si el trabajo de estos últimos, creadores de la célebre productora Hermic Films, ha sido considerado pionero en la historia del cine documental colonial español por algunos autores (Elena, 2001; Ortín y Pereiró, 2006), la abundancia y la calidad de las fotografías publicadas en la *RGE* otorgan a esta revista, a nuestro juicio, un valor singular y no menos pionero en los inicios del fotoperiodismo de viajes en España.

3.2. El Archivo Fotográfico Hispánico y la serie «La huella de España en el mundo»

Dejando a un lado el tratamiento de las regiones, monumentos y paisajes de la España peninsular y del archipiélago canario en la *RGE*, que hemos tratado sintéticamente en el trabajo ya citado (García Álvarez y Marías Martínez, *op.cit.*), nuestra atención aquí se centrará en las iniciativas y trabajos de Salas dirigidos a recoger y divulgar fotográficamente los testimonios de «la huella de España en el mundo», que expresan de manera ejemplar las inquietudes que caracterizaron su experiencia viajera desde el estallido de la Guerra Civil en adelante. El objetivo, expresado en el editorial fundacional de la *RGE*, de dar «a conocer los países y las tierras lejanas», otorgando «nuestra preferencia a los que, más allá del mar, nacieron en una misma unidad de destino a la Religión y la Cultura» (*RGE*, 1938, n° 1), se plasmará fundamentalmente en dos iniciativas paralelas y en buena medida complementarias: la serie dedicada a la *RGE* titulada «La huella de España en el mundo» y la creación del Archivo Fotográfico Hispánico.

Ambas iniciativas empezaron a tomar cuerpo a comienzos del año 1946, una vez que el final de la II Guerra Mundial restableció las posibilidades de viajar de manera segura por la mayor parte de Europa y Norteamérica, aunque los objetivos que las animaron habían sido anticipados en buena medida por los números y expediciones consagrados por la revista a las colonias españolas en el Norte de

África¹³. En el artículo que daba cuenta del viaje efectuado en 1940 por varios miembros de la *RGE* a Ifni y al Sáhara español, Salas consideraba, por ejemplo:

«Primordial misión de la Revista Geográfica Española la de divulgar, no sólo las bellezas que encierra nuestra Patria, sino también aquellas de lejanas tierras con las que muchas veces estamos espiritualmente unidos por vínculos indisolubles, [como ocurre con] nuestras posesiones africanas de Ifni y del Sáhara español (...) cuyos moradores son hijos adoptivos nuestros» (Salas, 1941).

En otro lugar del artículo, el director de la *RGE* llegaba a afirmar incluso, asumiendo la retórica propagandística típica de algunas autoridades coloniales del régimen, que «esos pedazos de tierra española (...) pueden ser mañana los primeros jalones de un Imperio» (*ibíd.*). Idea nada inocente si tenemos en cuenta que unas páginas antes el coronel José Bermejo, a la sazón gobernador político-militar de Ifni-Sáhara, defendía abiertamente la ampliación del territorio colonial español apelando a la teoría de los «espacios vitales» nacionales (Bermejo, 1941).

Pero es sobre todo a comienzos de 1946 cuando la preocupación de Salas por estudiar y divulgar los testimonios de la proyección exterior de España se concreta en un auténtico programa de trabajo, vertebrado por los dos ejes antes apuntados: la creación de un «Archivo Fotográfico Hispánico» vinculado a la administración estatal, iniciativa

¹³ Los extraordinarios dedicados en la *RGE* a las colonias españolas en el Norte de África fueron dos: el nº 10 (sobre Ifni y el Sáhara español, publicado en 1941) y el 15 (sobre el Marruecos español, 1944). Años después se publicaría también un extraordinario dedicado a la Guinea Española (nº 24, 1949). El número sobre Ifni-Sahara español incluye el relato, ilustrado con fotografías, de la «expedición» (sic.) efectuada a estos territorios (así como a Canarias) por varios miembros de la *RGE* en los meses de marzo y abril de 1940, con una duración total de siete semanas. Dicho viaje dio pie también a la filmación de varios documentales (proyectados en salas de cine de Madrid) y a una exposición de 108 fotografías sobre «la vida, las costumbres y paisajes» de los territorios visitados, celebrada entre el 18 de julio y el 3 de agosto de 1941 en la sede central del Ministerio de Asuntos Exteriores (ver *RGE*, nº 11; y AMAE, Legajo 2101, expediente nº 30). En cuanto a los documentales de la expedición, conocemos sus títulos por la propia *RGE* (por ejemplo, *El camello en el Sahara; Ifni; Smara, ciudad santa del desierto*; y *Jaimas: la vida de los nómadas*), aunque, de momento, no hemos podido localizar ninguna de estas películas en los archivos de la Filmoteca Española.

cuya actividad durará pocos años, de 1946 a (al menos) 1953; y la publicación de una serie monográfica de la *RGE* sobre «las huellas de España en el mundo», que alcanzará veinte números y se prolongará de hecho, tras el fallecimiento de Salas, hasta los últimos números de la revista (*Cuadro 1*).

Numero	Año de publicación	Tema
20 y 21	1946 y 1947	Estados Unidos *
26	1950	Nápoles *
28	1950	Sicilia *
29	1951	Norte de Italia *
30	1951	Bélgica y Luxemburgo*
32 y 34	1952 y 1953	Tierra Santa *
35 y 36	1954	Cuba *
45	¿1968?	Argentina
46	¿1968?	Rusia
47	¿1969?	Chile
48	1970	Filipinas
50, 52, 54, 62 y 63	1970, ¿1972?, 1973 y 1977	Cartografía e Historia de los descubrimientos geográficos españoles
57	1974	Episodios españoles en América

Cuadro 1. Números monográficos de la RGE pertenecientes a la serie «La huella de España en el mundo».

Se indican con asterisco los números coordinados por Valeriano Salas.

Hasta donde sabemos, la historia del Archivo Fotográfico Hispánico (en adelante AFH), también conocido como Archivo Fotográfico de la Dirección General de Relaciones Culturales, o simplemente como Archivo Fotográfico de Relaciones Culturales, ha pasado totalmente desapercibida, aunque su existencia era conocida y frecuentemente citada tanto en la *RGE* como por los medios de comunicación de la época, que se referían a Valeriano Salas recordando su condición de director del mismo. Idéntico desconocimiento planea todavía hoy día sobre el destino y el contenido exacto de los fondos de este archivo: aunque la génesis y los avatares principales del AFH se pueden reconstruir a través de la documentación conservada en el Archivo del

Ministerio de Asuntos Exteriores¹⁴, el paradero de los (teóricamente) miles de negativos o clichés fotográficos que Salas obtuvo para el mismo sigue siendo un misterio, si bien podemos hacernos una idea de su contenido a través de las fotografías que fueron reproducidas y publicadas sobre la base de dichos negativos, fundamentalmente en la *RGE*. La propia cronología del AFH ofrece muchas dudas. Aunque Salas, con la colaboración de la Dirección General de Relaciones Culturales, comenzó a trabajar en la preparación del archivo en los primeros meses de 1946, su nombramiento como jefe del mismo no se produjo, como ya apuntamos, hasta junio de 1947. Y aunque los últimos documentos referidos al archivo que existen en el AMAE datan de 1952, Salas siguió siendo presentado como Jefe o Director del AFH hasta su muerte, diez años más tarde, sin que hayamos encontrado documento oficial de su cese o destitución del cargo. De hecho, más allá de la designación de Salas como Jefe del Archivo, no existe, que sepamos, ninguna disposición que creara o suprimiera explícitamente el AFH. Como veremos enseguida, lo personal y lo institucional se confunden sin solución de continuidad en la nebulosa historia de este archivo, que estuvo estrechamente ligado a la *RGE* y en el que Salas desempeñó un protagonismo prácticamente absoluto.

El AFH comenzó a gestarse en los primeros meses de 1946, a partir de una serie de conversaciones mantenidas entre el director de la *RGE* y el diplomático Enrique Valera y Ramírez de Saavedra, Marqués de Auñón y a la sazón Director General de Relaciones Culturales en el Ministerio de Asuntos Exteriores, cuyo titular era Alberto Martín-Artajo¹⁵.

¹⁴ Fundamentalmente, en el legajo R4410, expediente nº 11, correspondiente a la Dirección General de Relaciones Culturales. También hay documentos relativos al Archivo en el legajo R2865, expediente nº 43.

¹⁵ La Dirección General de Relaciones Culturales (en adelante DGRC) se creó por la Ley de 31-XII-1945 (BOE 2-I-1946), sobre organización de los Servicios del Ministerio de Asuntos Exteriores, para, según recogía el preámbulo de dicha Ley, «dar amplio cauce a la expansión de la cultura española en el extranjero y velar especialmente por el mantenimiento de los vínculos espirituales con los pueblos hermanos de América». Enrique Valera (que desde abril de 1939 era Jefe de la Sección de Relaciones Culturales del MAE, el organismo que precedió a la Dirección), estuvo al frente de la misma desde que se creó hasta su fallecimiento, en diciembre de 1947. Alberto Martín-Artajo fue ministro de Asuntos Exteriores desde julio de 1945 hasta febrero de 1957. Sobre la figura de Valera y los antecedentes y génesis de la Dirección General de Relaciones Culturales, véanse JEVENOIS (op.cit.) y DELGADO (1991, 287 y ss.), además de la nota necrológica escrita por el propio Salas en la *RGE* (SALAS, 1948).

Aprovechando la estrecha amistad personal que les unía, a mediados de enero Salas propuso a Valera, apenas unos días después de la creación de la DGRC, formar en el seno de la misma «un Archivo Fotográfico que recogiera las infinitas huellas que de nuestro arte y de nuestra historia existen en el mundo entero y muy particularmente en América», ofreciéndose personalmente para dirigirlo y organizarlo sin retribución alguna, así como a poner a disposición de la Dirección su «archivo personal de fotografías».

«A nuestro modesto entender —señalaba Salas en carta fechada el 15 de enero de 1946, dirigida a Valera y enviada desde la redacción de la *RGE*— la creación de dicho Archivo es indispensable para la buena marcha de la Dirección de Relaciones Culturales, toda vez que ello permitiría en cualquier momento la edición de libros y folletos, sobre los temas que a España pudieran interesar, con la seguridad de poderlos ilustrar espléndidamente. La creación de este Archivo supone además el que esa Dirección General pudiese contar con centenares de diapositivas indispensables para poder hacer mas amenas las conferencias que pudieran organizarse. Esto sin contar las Exposiciones Fotográficas que habrían de celebrarse y que pudieran tener extraordinaria importancia, como propaganda espiritual de España» (AMAE, legajo R4410, expediente n° 11).

En la misma carta y en otras posteriores dirigidas a Valera, Salas precisaba los medios que estimaba suficientes para poner en marcha el Archivo: aparte del material fotográfico, sugería disponer de varias habitaciones en el ministerio (una para despacho, otra para almacenar el Archivo y otra para laboratorio fotográfico); asignar un archivero y una mecanógrafa (ambos con conocimientos de inglés); y que la DGRC le costeara los gastos de desplazamiento y alojamiento vinculados a la elaboración del Archivo. Éste, insiste en varias ocasiones Salas, debe concebirse «no (como) un archivo de fotografías, sino (como) un archivo de clichés, que es lo verdaderamente interesante, puesto que ello permite sacar cuantas ampliaciones y pruebas precisen» (carta 24-IV-1946, *ibíd.*; veáse también carta de 30-I-1946). Además, para demostrar el interés del proyecto, Salas propuso ofrecer como «base primera de dicho Archivo (...) los cientos de clichés que el que suscribe piensa impresionar en Estados Unidos y Cuba, todos ellos referentes al paso de España por aquellos países» (carta de 15-I-1946, *ibíd.*). En marzo de 1946 Salas escribe ya, en efecto, desde La Habana, donde se alojó en la casa familiar de su esposa; y entre comienzos de abril y finales de julio viaja por los Estados Unidos, donde, según su

testimonio, recorre en automóvil cerca de 22.000 km, deteniéndose particularmente en los estados —como Tejas, Nuevo Méjico, Arizona o California— con mayor presencia del legado colonial español. El viaje norteamericano de Salas dará pie a la publicación de dos números extraordinarios de la *RGE*, el 19 y el 20 (los primeros de la serie sobre «La huella de España en el Mundo»), para cuya elaboración Salas recabó la colaboración de diversos autores estadounidenses; a una edición en inglés de dichos números; y a más de 1.000 fotografías, parte de las cuales alimentaría, además de las publicaciones citadas, la exposición monográfica sobre «La huella de España en los Estados Unidos» celebrada en la sede central del Ministerio de Asuntos Exteriores en marzo de 1947 (Tudela, 1947).

Las cartas enviadas por Salas a Valera durante su periplo estadounidense reflejan de forma vívida el entusiasmo patriótico con que éste concebía el proyecto de AFH y la serie de la *RGE* sobre la proyección española en el mundo, en la que contaría sistemáticamente con la colaboración de autores extranjeros. Para Salas, ambas iniciativas —el archivo y la revista— podían contribuir no sólo al conocimiento de la historia del país y a la propaganda patriótica o —como señalaba en otro lugar— «espiritual» del mismo, sino que también, en un plano más diplomático, a fortalecer —mediante el inventario, exploración y divulgación de las herencias y vínculos históricos y culturales comunes— las relaciones culturales entre España y los territorios pertenecientes a su antiguo Imperio. El pensamiento de Salas participaba así de la estrategia diplomática general en que se inserta la creación de la DGRC, apostando por la acción cultural como vía para contrarrestar o reducir en parte las dificultades por las que atravesaba la política exterior española tras el final de la II Guerra Mundial, marcada por el aislamiento internacional del régimen franquista:

«De las fotos para el Archivo —escribe Salas a Valera el 24 de junio de 1946, desde la localidad californiana de San Juan Capistrano—, sólo puedo decirte que nada he escatimado para conseguir algo completo y que valga la pena. Para darte una idea, te diré que no he vacilado en internarme por pistas intransitables con el fin de obtener las fotografías de las interesantísimas inscripciones que de su paso dejaron Juan de Oñate y De Vargas, entre otros. También en un lugar perdido de Arizona pude fotografiar en un barranco unos curiosos dibujos que representan a nuestros conquistadores desfilando a caballo. Además, hasta la fecha creo haber fotografiado todas las

Misiones de alguna importancia. El viaje no es sólo de grandísimo interés, sino además de verdadera emoción. He sentido como nunca el orgullo de ser español, al ver cómo esta gente de Nuevo Méjico, Arizona, etc. venera el recuerdo de España... Estoy más convencido que nunca de que se puede llegar a hacer una labor de atracción formidable, y que la Revista y el Archivo en preparación, pueden en este caso ser la base de algo verdaderamente importante» (AMAE, legajo R4410, expediente 11; los subrayados son del original).

«He conseguido convencer, por lo menos, —señala una carta anterior, al comentar las gestiones realizadas en Washington y Nueva York para preparar su viaje y los números monográficos de la *RGE* sobre EE.UU.—, de que las buenas relaciones culturales y turísticas entre los pueblos nada tienen que ver con la política y en este sentido, y a través de mis conversaciones con personas de relieve, puedo asegurarte que las cosas de España interesan cada vez más y que existe mucha más ignorancia que fobia» (carta 14-III-1946, remitida desde La Habana; AMAE, legajo R2865, expediente 43)¹⁶.

Las impresiones de viaje publicadas en la *RGE* abundarán en ese mismo deseo de que los números de la revista «sirvan para estrechar aún más si cabe las excelentes relaciones culturales que existen entre los dos pueblos cuyo pasado está tan íntimamente ligado» (SALAS, 1946). Los referentes históricos y culturales que orientan el viaje de Salas y la admiración de éste por la preservación de sus huellas en el paisaje físico y simbólico del sur de los EE.UU. quedan también recogidos en esas impresiones:

«He querido recorrer los lugares que fueron testigos de las gestas de los Ponce de León, Coronado, Oñate, Vargas, etc., visitando además las viejas y evocadoras misiones de Tejas, Nuevo Méjico,

¹⁶ Un papel parecido al de la política de acción cultural en el exterior cumplió, como es sabido, la política turística del decenio de 1940, bajo el protagonismo de Luis Bolín (Correyero y Cal, 2008; Pack, 2009; sobre la relación entre la *RGE* y el turismo: García Álvarez y Marías Martínez, op.cit.). Por otra parte, cabe recordar que durante el ministerio de Martín-Artajo se producirían, en efecto, algunos hitos claves en la ruptura del aislamiento internacional de la dictadura, como la firma del Concordato con la Santa Sede y de los acuerdos militares con los EE.UU., ambos en 1953, o el ingreso de España en la ONU, en 1955. En carta dirigida al director de la *RGE*, y reproducida al comienzo del nº 29, el propio Martín-Artajo se refirió a la serie sobre la huella de España en el mundo como «valiosa obra de acercamiento a las naciones amigas».

Arizona y California (...) Son millones los americanos que reconocen nuestros méritos y la importancia de la obra civilizadora que supimos llevar a cabo a fuerza de tantos heroísmos y sacrificios (...) Emociona ver cómo en aquellas regiones donde ejercimos una marcada influencia, ésta, espiritualmente, subsiste íntegra (...) En Tejas, Nuevo Méjico, Arizona y California, particularmente, el recuerdo de España llega a ser obsesionante. Todo nos habla de ella: los nombres de los pueblos, los de los ríos, los de las montañas, las inscripciones en las rocas y hasta los apellidos y nombres propios de las gentes (...) [Este viaje] para un español tiene caracteres de verdadera peregrinación» (*ibíd.*).

Aunque las cartas remitidas por Valera a Salas que se conservan en el AMAE son mucho más escuetas y contenidas en el tono, parece evidente que el entonces Director de Relaciones Culturales (quien en 1941 había apoyado ya, en su calidad de Jefe de la Sección de Asuntos Culturales del MAE, la citada exposición sobre Ifni y el Sáhara español) acogió favorablemente los proyectos e iniciativas de su amigo, pues a los pocos meses de auspiciar la exposición fotográfica sobre la huella de España en EE.UU. le nombró «Jefe del Archivo Fotográfico dependiente de esta Dirección», nombramiento comunicado a Salas mediante carta fechada el 1 de junio de 1947 (AMAE, legajo R4410, expediente nº 11). Según había propuesto el propio interesado, el cargo no comportaba sueldo alguno y Salas se comprometía a ocuparse de la organización del AFH «en mis horas libres, pero estando siempre en contacto con el archivero que se designe» (carta de 24-V-1947, *ibíd.*). Al frente del AFH, Salas dedicó los meses siguientes a planear «una exposición de fotografías de monumentos y paisajes españoles» (o, según precisa más adelante, de «monumentos árabes en España»), que pretendía celebrar en El Cairo, así como la publicación de un número especial de la *RGE* sobre Egipto. Ambas iniciativas trataban de secundar de hecho otro de los ejes diplomáticos, el de las relaciones hispano-árabes, que potenciaría la DGRC bajo el ministerio de Martín-Artajo, y que daría lugar, en 1954, a la creación del Instituto Hispano-Árabe de Cultura. Pero el repentino fallecimiento del Marqués de Auñón en diciembre de 1946 paralizó sine die la exposición proyectada por Salas, que, pese a los reiterados intentos de éste con posterioridad a la muerte de Valera, nunca llegaría a realizarse ¹⁷.

¹⁷ Sí que se publicó, en cambio, un número de la *RGE* sobre Egipto (nº 43), aunque éste vería la luz en 1963, al poco de fallecer Salas, y bajo la dirección de Aurelia Alonso, responsable principal de la revista hasta su desaparición en 1977. Las fotografías de dicho número fueron también obra de Salas.

El fallecimiento de Valera dejó, de hecho, al AFH y a su artífice sin su principal valedor político dentro del MAE, al punto de que Salas se debió de sentir obligado a solicitar al nuevo Director de Relaciones Culturales, Carlos Cañal y Gómez, que le ratificara en su puesto de Jefe o Director del Archivo (carta de 19-I-1948, *ibíd.*), así como a explicar al Ministro la finalidad del mismo y sus condiciones, compromisos y proyectos de trabajo (carta 16-XII-1947, *ibíd.*). En el tercero de los puntos incluidos en esta última carta, Salas aclaraba que los negativos que se obtuvieran en el desempeño de sus tareas como Director del AFH pasarían «a ser propiedad del Archivo, aun en el caso en que por cualquier motivo, el que suscribe sea relevado de su cargo o hubiera de renunciar a él por motivos particulares» (*ibíd.*). Y en los tres puntos siguientes resumía sus planes de trabajo inmediatos en España y el extranjero:

«El Archivo deberá aumentar constantemente su colección de negativos, tanto de España como principalmente de América. Las fotografías de España (en negro y en color) se harán paulatinamente por provincias o regiones, autorizándose al abajo firmante para que en su automóvil particular se desplace a aquellos lugares de la península que tenga por conveniente, y en el momento que juzgue oportuno (...) A mi juicio, todos los años el abajo firmante debe desplazarse a alguno de los países de América por su tradición española engan especial importancia para nosotros» (AMAE, legajo R4410, expediente nº 11).

Aunque los viajes que Salas proyectaba en dicha carta (a Méjico o a Perú) nunca llegarían a concretarse y las alusiones al AFH en la documentación disponible en el AMAE desaparecen prácticamente a partir de este momento, los expedientes incluidos en los legajos sobre el AFH acreditan que la colaboración entre Salas y el MAE se mantuvo algunos años más. Entre comienzos de 1948 y finales de 1953, la DGRC, al frente de la cual se sucedieron el citado Carlos Cañal, Juan Pablo de Lojendio y Luís García de Llera ¹⁸, subvencionó parcialmente la publicación de varios números de la serie de la *RGE* sobre «la huella de España en el mundo», como los dedicados a Tierra Santa ¹⁹, Sicilia,

¹⁸ Cañal dirigió la DGRC entre diciembre de 1947 y febrero de 1951; Lojendio entre febrero de 1951 y abril de 1952; y García de Llera entre junio de 1952 y abril 1955 (Juvenois, *op.cit.*, 8).

¹⁹ En el viaje que condujo a la elaboración de este número, Salas visitó Jerusalén, Damasco y Estambul. Durante dicho viaje llegó a entrevistarse con el rey Abdalá I de Jordania (carta de Salas a Martín-Artajo; 28-VI-1951; AMAE, legajo R4410, expediente nº 11).

Norte de Italia, Nápoles y Cuba (los dos últimos números de la serie que se publicaron en vida de Salas) ²⁰. Algunos de esos números, como había pasado ya con el dedicado a los EE.UU., se editaron también en otros idiomas distintos al castellano, traducándose a algunas de las lenguas principales de los países analizados, lo que da prueba de la voluntad de propagar y estrechar vínculos culturales con tales países de acuerdo con la estrategia diplomática señalada ²¹. En todos los casos, Salas aportó las fotografías publicadas en la revista y costeó enteramente de su bolsillo los gastos de viaje, intentando conseguir, en vano, que el MAE asumiera parte de los mismos. Las desavenencias y discrepancias entre Salas y el citado García de Llera a cuenta de los gastos ocasionados por los números extraordinarios sobre Cuba explican, probablemente, el final de la relación de Salas con el Ministerio, y con ella, de la historia «institucional» del AFH (carta de Salas a Martín-Artajo, 18-XII-1953, *ibíd.*).

Detenerse en las dimensiones geográfica y paisajística de la *RGE* o, de manera más concreta, de las fotos de Salas y la serie sobre la huella de España en el mundo excedería el propósito de esta contribución. Junto a las consideraciones generales ya expuestas sobre la concepción viajera de Salas, sirva recordar tan sólo que la *RGE* se concibió como una revista de arte, historia y viajes y que, salvo contadas excepciones, su entendimiento de la geografía se identificó esencialmente, como era y ha sido frecuente en otras publicaciones análogas, con el conocimiento de países, regiones y lugares mediante la práctica viajera. En parecido sentido, las fotografías de paisaje fueron frecuentes, pero tuvieron, como es común también en este tipo de revistas, una intención eminentemente estética y narrativa. Algunos de los monográficos de la *RGE* dedicados a regiones y países, incluidos los correspondientes a la citada serie, contaron, no obstante, con un capítulo geográfico que solía servir de introducción a los ámbitos estudiados, y en el que, dependiendo del autor, se trataban cuestiones dispares, que van desde consideraciones de carácter geopolítico hasta descripciones más o menos sistemáticas (aunque necesariamente breves) de la evolución y las características geográficas actuales del

²⁰ Aunque ignoramos si recibió subvención de la DGRC, cabe mencionar también el nº 30 de la *RGE*, publicado en 1951, sobre la huella de España en Bélgica y Luxemburgo, con fotografías de Salas.

²¹ El monográfico sobre Luxemburgo y Bélgica era bilingüe (en castellano y francés); y de los números sobre Sicilia y Nápoles se sacó una versión aparte en italiano.

«medio y el hombre», con especial atención a las huellas legadas en el paisaje por la presencia histórica española ²².

A modo de conclusión

Valeriano Salas Rodríguez es un singular personaje de la España del siglo XX que, como hemos tratado de mostrar en este trabajo, ha permanecido injustamente olvidado pese a la meritoria y fecunda labor que llevó a cabo en campos tan diversos como los viajes, el coleccionismo, la fotografía, el periodismo, el automovilismo y la divulgación geográfica. Su experiencia viajera fue intensa y, en ciertos aspectos, pionera y original en el contexto de la España de su época: viajó incesantemente desde su juventud, tanto por España como por Europa, África, América y Asia; planeó y llevó a cabo travesías automovilísticas audaces y arriesgadas por el interior de los continentes africano y asiático; y, desde fines de los años 30, se consagró con entusiasmo a la divulgación geográfica, en especial a través de la *RGE*, que fundó y dirigió durante casi un cuarto de siglo. Su pasión por los viajes aunó el gusto por la aventura con el afán de conocimiento y, a partir del estallido de la Guerra Civil, incorporó un componente fuertemente patriótico y nacionalista y se vinculó estrechamente a la propaganda ideológica del bando vencedor y de su particular concepción de España y de la identidad española, impregnada por el nacional-catolicismo.

Sus principales iniciativas en los decenios posteriores a la Guerra trataron de secundar, de forma más o menos directa, determinadas políticas del régimen de Franco, tales como las vinculadas promoción turística del país (a la que Salas consagró algunos números de la *RGE*); a la diplomacia y la acción cultural en el exterior (en la que se inscriben tanto la creación del AFH como la serie de la *RGE* analizada en este trabajo); o a la difusión y defensa del patrimonio castellológico español (a la que Salas contribuyó, además de con su revista, con la fundación de Asociación Española de Amigos de los Castillos). Por último, la biografía de esta figura y el estudio de su principal iniciativa editorial, la *RGE*, permiten arrojar luz sobre la historia del periodismo geográfico

²² En este sentido, son reseñables las colaboraciones de Isidoro Escagüés y Javierre, miembro de las Reales Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas y catedrático de geografía e historia de enseñanza secundaria, autor de tres interesantes artículos dedicados, respectivamente, a Nápoles (*RGE*, nº 26), Sicilia (*RGE*, nº 28) y el Milanésado (*RGE*, nº 29).

o de divulgación geográfica en España, y, más ampliamente, sobre la historia de la percepción de la geografía fuera del mundo académico y sobre las llamadas «geografías populares», tradicionalmente preteridas, y en muchos casos ignoradas, por la historiografía de la disciplina.

Fuentes archivísticas y bibliografía citadas

- Afrique du Nord illustrée*: números 456 (25-I-1930), 459 (15-II-1930) y 464 (22-III-1930).
- AMAE: Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.
- AMB: Archivo Municipal de Béjar.
- Audouin-Dubreil, A. *et al.* (2009), *Les croisières Citroën: 1922-1934*, Issy-les-Moulineaux, Glénat-Paris, La Société de géographie, 4 vols.
- Bermejo, J. (1941), «Ecos del Sáhara», *Revista Geográfica Española*, nº 10.
- Bryan, C. D. B. (1987), *The National Geographic Society: 100 years of Adventure and Discovery*, New York, Harry N. Abrams.
- Cabezas, J. A. (1963), «Valeriano Salas», *Revista Geográfica Española*, nº 40, pp. 9-11.
- Correyero, B. y CAL, R. (2008), *Turismo, la mayor propaganda del Estado. España: desde sus inicios hasta 1951*, Madrid, Visión Libros.
- Delgado, L. (1991), *Acción cultural y política exterior. La configuración de la política cultural durante el régimen franquista (1938-1945)*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Deschamps, E. (2001), *La cuisine des croisières Citroën: la première traversée du Sahara, la croisière noire, la croisière jaune*, Boulogne, Éd. de l'Envol.
- Dotor, A. (1962), [Necrológica de Valeriano Salas], *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*, nº 37, pp. 127-128.
- Elena, A. (2001), «Cámaras al sol. Notas sobre el documental colonial en España», en J. M. Catalá *et al.* (eds.), *Imagen, memoria y fascinación. Notas sobre el documental en España*, Madrid, Ocho y Medio, pp. 115-124.
- Forbes-Leith, F.A.C. (1925), «From England to India by automobile», *National Geographic Magazine*, vol. XLVIII-2, pp.191-223.
- García Álvarez, J. y Marías Martínez, D. (2011), «Geografía, viajes y periodismo en la España del franquismo: Valeriano Salas y la *Revista Geográfica Española*», *Scripta Nova. Revista*

- Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. XV, nº 378.
 Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-378.htm>
- Gómez, J. (1997), «La formación de la Escuela Española de Geografía (1940-1952). Instituciones, revistas, congresos y programas», *Ería*, nº 42, pp. 107-146.
- González, M.D. (2010) : «Los viajes de Valeriano Salas y M^a Antonia Tellechea», *Revista de Estudios Bejaranos*, nº 14, pp. 59-74.
- Jevenois, P. de (coord.) (1996), *La Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas, 1946-1996*, Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas.
- Madrid, F. de (1946), «Para emulación y ejemplo. El *National Geographic Magazine*», *Revista Geográfica Española*, nº 19.
- Meredith (1930), «Interesante aventura. Un matrimonio donostiarra atravesando el Sáhara». Artículo publicado en el diario *El Pueblo Vasco* (edición de San Sebastián) y reproducido posteriormente en el semanario *Béjar en Madrid* (8-11-1930) y en la *Revista Ford* (vol. 3, enero de 1931, 142-145).
- Murray, A. (2000), «Le tourisme Citroën au Sahara (1924-1925)», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, nº 68, pp. 95-108.
- Museo Valeriano Salas: Catalogación fotográfico-descriptiva*, Béjar, Élices Imagen, s.a.
- Nogué, J. y Luna, T. (2008): «Nicolau Maria Rubió i Tudurí: un viajero polifacético y cosmopolita», *Sociedad Geográfica Española*, nº 31, pp. 100-113.
- Ortín, P. y Pereiró, V. (2006), *Mbini: cazadores de imágenes en la Guinea colonial*, Barcelona, Altair.
- Pack, S. D. (2009), *La invasión pacífica. Los turistas y la España de Franco*, Madrid, Turner.
- Rothenberg, T. Y. (2007), *Presenting America's World: Strategies of Innocence in National Geographic Magazine, 1888-1945*, Aldershot, Ashgate.
- Sada, J. (2002), *Historia de la ciudad de San Sebastián a través de sus personajes*, Zarautz, Alberdania.
- Salas, V. (1938), «De España a la India en automóvil (I parte – De San Sebastián a Bagdad)», *Revista Geográfica Española*, nº 1, pp. 5-24.
- (1939), «A orillas del Níger», *Revista Geográfica Española*, nº 6, pp. 51-64.
 - (1941), «La expedición de la Revista Geográfica Española a Ifni y al Sáhara español», *Revista Geográfica Española*, nº 10.
 - (1946a), «Mahmud de Ghazni destructor de ídolos», *Revista Geográfica Española*, nº 19.
 - (1946b), «Impresiones de viaje», *Revista Geográfica Española*, nº 20.

- (1948), «Enrique Valera, Marqués de Auñón», *Revista Geográfica Española*, nº 22.
 - (1950), «Un viaje a través de Sicilia», *Revista Geográfica Española*, nº 28, pp. 135-156.
 - (1962), «La India, paraíso del fotógrafo», *Revista Geográfica Española*, nº 39, pp. 131-140.
 - (s.a.): *De España a la India en automóvil*, Madrid, Revista Geográfica Española.
- Tudela, J. (1947), «La huella de España en los Estados Unidos. Exposición de fotografías de Don Valeriano Salas», *Revista de Indias*, vol. VIII, nº 27, pp. 246-271.

Ganar en exactitud y credibilidad: el viaje de Juan Bautista Labaña (1555c-1624) por tierras aragonesas

Agustín Hernando

Universidad de Barcelona

(...) que Joan Baptista Labaña ha de ir al Reino de Aragón, y hacer una descripción y mapa de él tan exacta, y perfectamente cuanto supiere, yendo por todos los lugares, y montes, y partes necesarias, así para tomar la altura, como para notar, y hacer memoria de las cosas notables del dicho Reino conforme a una Instrucción particular que se le dará, para que así como las fuere viendo las escriba y asiente con sus lugares ciertos.
De la capitulación suscrita en 1610

En Octubre de 1610, el cosmógrafo real Juan Bautista Labaña emprendía su viaje por Aragón. El motivo de su desplazamiento era la recogida de datos con los que dibujar el mapa de este reino. Durante seis meses, con la ayuda de un ‘práctico’, peregrinó por todo su escenario, reconociendo y anotando meticulosamente observaciones cuantitativas y cualitativas de sus numerosas poblaciones. Unos datos que se plasmaron en la primera imagen cartográfica de Aragón y la redacción de un documentado Itinerario que, pese a no publicarse en la época, ha llegado a nuestros días. El viaje y las acciones desplegadas por su autor suscitan diversos interrogantes: en primer lugar, los motivos que empujan a unos poderes a demandar la invención de una imagen cartográfica —proclamar su soberanía, evocar el escenario sobre el que ejercen su poder y disponer de un arsenal de mensajes territoriales—; en segundo lugar, cómo un autor se enfrenta a un territorio como realidad conocible y representable, crea un saber geográfico sustentado en una cultura empírica y aplica criterios de rigor, precisión y credibilidad en todo el proceso —adhesión a una ética de la exactitud—; finalmente mostramos algunos de los efectos producidos con su difusión y reiterada visualización, llegando a forjar la existencia de una realidad e identidad de un pueblo. En definitiva, una práctica epistemológica —el viaje— que ha contribuido al conocimiento, representación y concienciación de la realidad territorial que sostenemos actualmente, que tardó en extenderse a otros escenarios peninsulares y que apenas ha sido indagada en la historia de la geografía española.

1. Presentación: motivaciones políticas e ideales protagonizadores de un viaje y acciones desplegadas

Tras tres días de viaje desde Madrid, el 29 de octubre de 1610 hacía su entrada en Aragón el cosmógrafo de origen portugués Juan Bautista Labaña. El motivo que le traía a este reino era reconocerlo ocularmente, tomar medidas astronómicas y geométricas y reseñar datos diversos con los que posteriormente proceder a dibujar el primer mapa del país. Un encargo encomendado por sus Diputados, tras contemplar el primer mapa estampado de Cataluña y reflexionar acerca de las ventajas informativas, operativas y simbólicas que la disponibilidad de un recurso similar les aportaría.

Su autor, cosmógrafo al servicio de Felipe III, profesor de la Academia de Matemáticas y persona a la que le confían tareas de asesoramiento en la Corte, dispuso de un permiso de seis meses, empleando los mismos en recorrer sin tregua todo su escenario, desde los valles pirenaicos a los parajes más meridionales del Maestrazgo, prestando especial atención a su raya o confines. Con los datos acumulados en su agotador periplo, en su domicilio de la Corte irá pacientemente componiendo y alumbrando la imagen cartográfica de Aragón. Una tarea jalonada de dificultades, especialmente al tener que compaginarla con compromisos más apremiantes derivados del puesto de confianza que ostentaba. Entre las nuevas tareas encomendadas figuran las clases de geografía y ramas del conocimiento afines a impartir al príncipe, futuro Felipe IV.

Junto a la compleja y meticulosa labor de dibujo del mapa y las acciones encaminadas a su estampación, también se ocupó de la redacción de un libro con las anotaciones reseñadas en el transcurso del viaje. Una aportación de la que no vuelve a hablarse, pese al deseo manifestado por los Diputados aragoneses en conseguirla, hasta que una copia de la misma fue descubierta por el ilustrado aragonés Ignacio de Asso (1742-1814) en la biblioteca de Leiden¹.

¹ El título que ostenta su portada es: 'IOAÕ BAPTISTA LAVAÑA. Cosmographo & Chronista mor d' Portugal. ITINERARIO DO REYNO DE Aragaõ. Adonde andou os ultimos meses do Anno de 1610 & os primeyros do Seguinte d' 1611. Copiado do original q era escrito do sua propria maõ'. Asso estuvo en Ámsterdam como Cónsul General entre 1776 y 1787.

El viaje, insertado en el proyecto que acabamos de esbozar, puede ser interpretado y valorado bajo diversas miradas y criterios. En efecto, puede ser contemplado como resultado de un empeño político encaminado a disponer de una imagen que proclame su soberanía, reforzando así el poder de una clase dirigente, gracias a la disponibilidad de nuevos y evocadores saberes geográficos. En cambio, desde una postura idealista, también puede juzgarse como una singular empresa creativa; con ella se persigue un mayor conocimiento de un escenario, siguiendo la práctica del reconocimiento ocular de su morfología y la toma de datos, culminándose con la invención de dos representaciones o archivos, uno cartográfico y otro literario. En el presente ensayo, tras conocer las principales acciones desplegadas en el transcurso del periplo, nos remontamos a las circunstancias políticas, culturales y emotivas que animan el viaje, y nos fijamos en algunos de los efectos derivados de la experiencia.

2. El viaje por Aragón y la experiencia atesorada

2.1. Desencadenantes y circunstancias propiciadoras del viaje

Como acabamos de esbozar, entre Noviembre de 1610 y Abril de 1611 el cosmógrafo real Juan Bautista Labaña recorre Aragón. El motivo de su desplazamiento era obtener datos empíricos con los que componer y dibujar un mapa exacto y circunstanciado del país. También, redactar una memoria con los atributos geográficos más relevantes de las poblaciones de su escenario. Ambos testimonios han llegado hasta nosotros: el mapa, estampado; y la memoria o descripción del viaje, manuscrita². ¿Pero quién era Labaña, qué tareas intelectuales y prácticas despliega en Aragón y por qué?

El portugués Juan Bautista Labaña³ (c1555-1624) era una persona dotada de un privilegiado talento y una esmerada preparación científica, llegando a desempeñar numerosos cargos y comisiones al servicio de los monarcas Felipe II, Felipe III y Felipe IV. Asesorado por el arquitecto

² De sendos testimonios contamos con facsímiles o ediciones. Asimismo, disponemos de una bibliografía que contempla los diversos aspectos de la experiencia.

³ Usamos la grafía empleada en el contrato y otros documentos suscritos en Aragón. Su nombre es João Baptista Lavanha. Curiosamente, el mapa de Aragón está firmado como Ioan Baptista Lavaña y la dedicatoria, grabada en Zaragoza, Iuan Baptista Labaña.

Juan de Herrera, tras la unión de Portugal a su corona, Felipe II lo llama a la corte para ejercer como profesor de matemáticas en la Academia que funda en 1582, y asesor en temas de cosmografía, geografía y topografía. Durante varios lustros ejercerá su magisterio en Madrid, junto a otros docentes ilustres, contando entre sus discípulos personalidades que, como reconocimiento a su saber y estima, lo han immortalizado en sus obras literarias. Es el caso de Lope de Vega o el propio Cervantes⁴.

Dada su competencia intelectual y versatilidad formativa, compaginará la tarea educativa con otras labores encomendadas por el monarca, como la redacción de informes en asuntos de náutica y astronomía. Probablemente, tras haber perdido el favor de Felipe II, regresa a su Lisboa natal, en donde ostenta el cargo de cosmógrafo mayor del reino. Con su ascensión al trono, Felipe III reclamará sus servicios, desplazándose de nuevo a la corte. Además de seguir entregado a tareas docentes en la Academia y ser elegido como preceptor del futuro Felipe IV (1613), llevará a cabo otras comisiones de tipo cultural, científico y diplomático, en España y fuera de ella, así como la edición de obras literarias —genealógicas e históricas— derivadas de su condición de cronista del monarca.

En 1606, Felipe III recibe como obsequio por el nacimiento de la infanta María un impresionante mapa mural de Cataluña, estampado en Flandes ese mismo año⁵. El mapa, sin duda, suscitara comentarios elogiosos en círculos cortesanos, tanto por la novedad y suntuosidad de su imagen, como por las sensaciones derivadas del arsenal de datos que contiene y la privilegiada mirada que ofrece de su escenario. Consciente de sus funciones, el cronista aragonés Lupercio Leonardo

⁴ Autores portugueses y españoles, con diferente sensibilidad e intenciones, han contribuido a formar la semblanza disponible de este admirado autor. Por la documentación reunida y rigor en su análisis, sigue siendo todavía la fuente principal, Armando Cortesão, *Cartografia e cartógrafos portugueses dos séculos XV e XVI (Contribuição para um estudo completo)*. Lisboa, Edição da 'Seara Nova', 1935 (la enumeración de documentos, trazado de su semblanza y el análisis de sus obras figura en el vol. II, 294-361) Puede consultarse también Antonio-Paulo Ubieto Artur, *Aportações à biografia de João Baptista Lavanha, Revista da Universidade de Coimbra*, vol. XXXVI, 1991, 395-408.

⁵ Agustín Hernando, *The making of a highly persuasive and influential image. The first wall map of Catalonia (Vrients, 1606)*, en P. van Gestel-van y P. van der Krogt Eds. *MAPPAE ANTIQUAE. Liber Amicorum Günter Schilder*. 't Goy-Houten (Holanda), HES and DE GRAAF Publishers. 2007, 385-397.

de Argensola (1559-1613) advirtió rápidamente la importancia de un recurso gráfico de esa naturaleza para su país. Unas ventajas que son, tanto cognitivas como instrumentales, en asuntos de gobierno o para proclamar la existencia de un territorio. Y, singularmente, como documento que facilita el desempeño del cargo de cronista del Reino. Conseguido un ejemplar y mostrado ostensiblemente a los Diputados aragoneses con la intención de persuadirles de sus méritos, éstos aprueban la realización o dibujo de uno similar de su territorio, designando al cronista las gestiones para dar con su autor.

Sabedor de las luces y competencias encarnadas por Labaña, conviene con él el diseño y los términos para llevar a cabo la empresa. Se redacta un contrato o capitulación, al que se adjuntan unas instrucciones —1610—, que tras un somero examen sorprende la meticulosidad con que se establecen las acciones que protagonizan la iniciativa. Y sobre todo, el espíritu y la cultura que impregnan la redacción de sus capítulos o asientos. Un espíritu que se materializa en cómo obtener los datos con los que sustentar la arquitectura del mapa, su naturaleza cuantitativa y geométrica, el viaje como forma de obtenerlos y el empleo de un instrumento de su invención —un goniómetro— para establecer las magnitudes de unas posiciones o distancias y su intersección en unos ángulos. En definitiva, la adhesión a unos principios intelectuales poco comunes en la historia de la ciencia y la cartografía españolas.

Por otro lado, la cultura que inspira la redacción de los sucesivos documentos que conocemos constata una total familiarización con un tema novedoso —la invención de un mapa—, el rigor que debe acreditar su construcción o diseño —una ética de la precisión— y el despliegue de unas acciones o estrategias —el desplazamiento y toma de datos empíricos— que tardarán siglos en asumirse como idóneas y extenderse a otros territorios de España.

Asimismo, la documentación que hoy día conocemos delata otros curiosos extremos. Contribuye a esclarecer temas tan relevantes como la construcción del saber geográfico en la época, cuáles son las responsabilidades asumidas por sus diversos protagonistas, las partidas económicas asignadas, la ornamentación o retórica que debe exhibir su imagen, el número de ejemplares a estampar y otros

elocuentes datos que ignoramos en casos similares. Sorprende el breve plazo que se conceden para coronar la empresa: ¡un año!⁶

2.2. Las acciones desplegadas en el transcurso del viaje

Una vez logrado el permiso de seis meses para ausentarse de la corte —recordemos que su Itinerario comienza con la frase ‘Partí de Madrid para hacer la descripción del Reino de Aragón por mandato de su Majestad... — Labaña comienza a familiarizarse con el país que iba a retratar, en Zaragoza —primeros días de Noviembre de 1610—. Aquí, además de entrevistarse con sus mecenas, comienza a reunir los datos administrativos que precisaba. Y desde el campanario de la Torre Nueva del reloj, uno de los observatorios privilegiados de la ciudad, efectúa sus primeras observaciones astronómicas y geométricas.

Diez días después de su llegada, con la asistencia de un ‘práctico’ —posiblemente un arriero o recadero que como lazarillo le iba guiando por los caminos e informaba de los lugares que divisaba—, inicia su largo periplo por Aragón. Por la ribera del Ebro llega a la ‘raya de este Reino’ con Navarra. Y tras visitar las Cinco Villas, alcanza las tierras altas del Pirineo, reconociendo los valles de Ansó a Canfranc. A estas tierras dedica los últimos días del mes de Noviembre. Tras quedar retenido en Jaca unos días por la nieve⁷, continúa su recorrido por tierras orientales, adentrándose en algunos de sus angostos y remotos valles.

Pese a su resolución, las condiciones térmicas del mes de Diciembre no eran las más propicias para efectuar el viaje, una circunstancia que le impide visitarlos todos. Recordemos que el desplazamiento lo hacía en mula, equipado con todas sus pertenencias, y contando con la ayuda de un ‘práctico’ que le iba indicando el nombre y distancia de los lugares que divisaba o se hallaban ocultos por la orografía. Pernoctaba en los más poblados, aunque no siempre fue

⁶ Gran parte de la documentación producida por el encargo, como el contrato suscrito y la correspondencia sostenida entre el autor y los Diputados, aparece publicada en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo LXXIX, Madrid, 1921. 320-361.

⁷ Desde esta ciudad remite una carta a sus patrocinadores informándoles de la buena acogida dispensada, tanto por el prelado como por sus autoridades civiles. El testimonio revela el estrecho contacto que mantiene en el transcurso del desplazamiento, remitiendo y recibiendo cartas frecuentemente, tanto de o a sus patrocinadores, como de la corte.

así, momento que aprovechaba para pasar a limpio los datos que había obtenido con un instrumento geométrico con el que calculaba los ángulos y la distancia de sus lados en su intersección con los lugares esparcidos en el horizonte. También, para entrevistarse con autoridades y personas eruditas de las que obtenía información del lugar, consignando noticias como el número de vecinos, propiedad o pertenencia del núcleo, rentas, producciones, monumentos y hechos históricos o antigüedades artísticas dignas de mención. Incluye también aspectos pintorescos, aquellos de los que sus residentes se sentían orgullosos. Unos datos que vemos recogidos sistemáticamente en su diario, amenizando su árida enumeración.

Tras regresar a Zaragoza para reponer fuerzas y despejar dudas —2ª quincena del mes de Enero de 1611—, emprende de nuevo su periplo⁸. Se encamina primero hacia los límites occidentales —Moncayo—, para desplazarse después a los más meridionales, rayas de Castilla y Valencia. Sigue una ruta más zigzagueante, visitando lugares de su interior. Y con la experiencia de unas largas e interminables jornadas por sus confines, concluye su periplo meridional en la raya con Cataluña —Mequinenza—, dirigiéndose desde allí a Zaragoza, pernoctando en ciudades como Caspe y Alcañiz⁹.

Las acciones que despliega en este segundo circuito son análogas a las efectuadas los meses precedentes. Eso sí, cuenta con mayor experiencia y un conocimiento más profundo y documentado del escenario que visitaba y de sus gentes. Pese a ello, no deja de sorprendernos el que desde sus privilegiados oteros identifique claramente las cimas del Pirineo, por ejemplo las que se divisan desde el Maestrazgo. Y tras apurar el plazo concedido por el monarca, el 30 de Abril de 1611 regresa a la corte, llegando a su destino el 7 de Mayo. Eso sí, pertrechado de una intensa y enriquecedora experiencia geográfica y un vasto arsenal de datos de su escenario.

⁸ También efectuará comprobaciones de las ‘agujas de la brújula’, tema éste —la declinación de la aguja magnética y sus desviaciones—, que le habían ocupado y retenido en la corte los meses precedentes a su partida.

⁹ Quisiéramos destacar que la distancia que recorre en estas etapas —Mazaleón— Mequinenza, Mequinenza —Caspe y Caspe-Alcañiz— es de más de 4-5 leguas largas ‘por el aire’ (1 legua grande equivale a 6,687 km), pero que en kilómetros por sus caminos actualmente son 51, 40 y 26 respectivamente; probablemente sean los intervalos más largos recorridos, lo que, además de evidenciar la dureza del viaje, constata el cansancio que debió acumular.

2.3. Las tareas de gabinete posteriores: interpretación de los datos reunidos, dibujo del mapa y redacción del *Itinerario*

Suponemos que el viaje resultó agotador, especialmente para una persona de su edad y acostumbrada a la vida de la corte. No debieron resultar muy confortables, dados sus 55 años, el intenso ritmo al que sometió su recorrido —casi cada día duerme y come en un sitio diferente—; los abruptos y solitarios caminos por los que transitó; y, especialmente, el más de un centenar de cerros a los que ascendió como puntos de observación privilegiada del contorno. Tampoco, el crudo invierno de ese año que le sorprendió en las tierras altas del Pirineo —los días de Navidad los pasó en Graus, recorriendo la Ribagorza; peores fueron los últimos días de Noviembre, retenido en Jaca por el intenso frío que ‘paralizó’ sus piernas—; o el más que precario estado de muchas de las posadas en las que pernoctó y restauró fuerzas.

Estas severas circunstancias no quebrantaron su voluntad e hicieron desistir de su misión. Con enorme coraje, entereza y vitalidad, siguió adelante con su proyecto intelectual y compromiso político. Animado de un fervor casi religioso, cumplió con la férrea disciplina del programa que se había trazado, y sin escatimar esfuerzo, continuó con escrupuloso tesón la toma de datos que precisaba. Suponemos que algún ‘práctico’ o lugareño se asombraría de su insistencia en ascender y permanecer en ciertos observatorios, bajo una espesa niebla, intensa lluvia o el frío cierzo que azotaba¹⁰. Y se entrevistó con innumerables personajes, de toda condición y saber, desde prelados y abades a justicias y eruditos locales. Sus respuestas, anotadas fielmente en su cuaderno de viaje, son las que en la soledad de su aposento irá interpretando, depurando, complementando y pasando a limpio.

Asistido exclusivamente de su talento, irá pacientemente imaginando y alumbrando la imagen de Aragón, recorriendo sistemáticamente a la toponimia, las medidas angulares tomadas y sus distancias. Comenzando con la elección de una escala con la que reducir las leguas a distancias entre puntos, insertará en su centro la capital,

¹⁰ Recordemos que el práctico o persona que acompañaba al padre Rajas falleció en el transcurso del viaje, tal como informa al describir los lugares que visitó: ... Broto (donde se me llevó Dios a mi compañero). *Boletín de la Real Academia de la Historia, op. cit.*, 329.

e irá ubicando a su alrededor las sucesivas entidades de población que había observado. A estos primeros puntos seguirán los demás, anotados en la trayectoria o recorrido que había seguido. Y una vez concluido el trazado de esta constelación de puntos y rótulos correspondientes, establecerá sus confines. Completará el dibujo con los cursos fluviales que avenan su suelo y las montañas identificadas por sus naturales, tal como le exigía la capitulación firmada.

Reclamó a sus patrocinadores el envío de algunos datos que precisaba, especialmente de los valles pirenaicos y límites con Francia que no pudo reunir. Una tarea que fue encomendada al jesuita valenciano Pablo de Rajas (1584-1667). Y con ellos, remata el dibujo del mapa, apremiado por los Diputados que ven que, además de su periodo de elección anual, se va demorando excesivamente su iniciativa y no disponen todavía de resultados tangibles.

En septiembre de 1615 Labaña remite a sus patrocinadores la imagen dibujada. Cabe suponer que fue recibida con enorme expectación y examinada con acusada meticulosidad. Entregada a una comisión de tres expertos para que censurara sus datos, sugiere introducir algunas enmiendas, invocando las cláusulas pactadas en el contrato suscrito. Entre las reacciones suscitadas encontramos que lo había dibujado ‘mui montuoso y poco poblado’. Unas consideraciones poco halagadoras, además de imprecisas, que hirieron su orgullo y profesionalidad, y a las que respondió el cosmógrafo apelando a su honor y la reiterada estima dispensada a sus trabajos por el monarca¹¹.

Finalmente —1616—, tras aceptar algunas de las enmiendas con un explícito ‘assi se hará’, como el tratamiento que debería encabezar la vanidosa dedicatoria que inmortaliza los nombres de los Diputados que habían financiado el proyecto, o los retoques ornamentales destinados a engalanar el mapa y su cartela, que encontraban ‘mui desnuda’, llega la etapa de su grabado y estampación. Unas complejas tareas técnicas que obligaban de nuevo a paralizar la marcha del proyecto,

¹¹ Antillón, con su mordaz y contundente crítica, califica la reacción de esta manera: ‘Los Diputados tan laudables por su celo, como desconfiados por su poca inteligencia en la materia, examinaron el Mapa con tanta lentitud, opusieron tan varios y tan frívolos reparos, que sobre mortificar indebidamente el amor propio de Labaña, retardaron mucho la publicación’ (Noticias históricas sobre el mapa de Aragón que levantó en el siglo 17º el Cosmógrafo Juan Bautista Lavaña, Variedades de Ciencias, Literatura y Artes, Tomo IV, 1804, párrafo 14).

ya que Madrid contaba con escasos talladores capaces de hacerse cargo de esta singular estampa. El manuscrito del mapa de Cataluña había sido remitido a Amberes para su grabado y estampación, que junto con Ámsterdam, eran los centros especializados en la producción de estampas cartográficas. Además, allí sabían iluminarlas primorosamente, realzando su belleza y funcionalidad. Como se aspiraba a que no resultara inferior en ornato y tamaño que el de Cataluña, desde el comienzo se había previsto su grabado en Amberes y así se recoge en el contrato¹².

Labaña era consciente de los riesgos que entrañaba el envío del manuscrito a ese lugar. Además de poder extraviarse en el camino, acrecentaba la posibilidad de introducir errores en su transcripción toponímica, ya que no se contaba con persona de confianza allí que cotejara todo el trabajo. Tras advertir de ello a sus patrocinadores, opta por confiar el dibujo a Diego de Astor (1585c-1650c), grabador con el que colabora en la realización de las planchas que ilustran los libros encomendados por el monarca. Compaginada la tarea con otros compromisos, en el domicilio del cosmógrafo irá abriendo las seis planchas venidas de Flandes, tutelando de esta manera todo el proceso de grabado y estampación¹³.

La demora malhumoraba cada vez más a los Diputados que sucesivamente eran elegidos para el cargo. Creían que el autor, volcado en labores de mayor reconocimiento cortesano, desdeñaba su compromiso y perdía el interés en concluir la estampación del mapa, recordándosele mediante cartas extremadamente duras. En 1618, poco antes de partir para Lisboa con la misión de preparar el viaje de su majestad a esa ciudad, Labaña muestra al monarca el ansiado fruto de su dedicación profesional, remitiendo un ejemplar a otras tres personalidades de la corte¹⁴.

¹² Recordemos que Labaña se había desplazado a Flandes en 1601, por mandato real, para reunir datos con los que redactar la historia de su monarquía. Por tanto, conocía perfectamente la oferta cartográfica disponible en esa ciudad y las posibilidades de grabado y estampación que reunía.

¹³ Las planchas se graban entre Octubre de 1616 y Julio de 1618; véase A.P. Ubieta Artur, La obra de Juan Bautista Lavaña, en M.A. Magallón Botalla, Co-ord. Caminos y comunicaciones en Aragón, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999, 249-256.

¹⁴ Además del monarca, reciben otro ejemplar el príncipe, el Cardenal Duque y el aragonés Luis de Aliaga, confesor de su majestad, hermano del obispo de Al-

Conocida la noticia por los Diputados, consideraron herido su amor propio, ya que no se encontraban entre estos privilegiados destinatarios. A partir de entonces, reclamarán con amenazas jurídicas la entrega las planchas. Pero como establecía el contrato, para estampar los ejemplares que debía entregar, Labaña debía percibir una cantidad que se le adeudaba. Además, ante las vigiliias invertidas y las loas tributadas a su trabajo en la corte, confiaba en la concesión de algún reconocimiento o merced, ya que no eran significativas las ganancias económicas logradas. Reclamadas por la justicia y entregadas por sus familiares, las planchas salen del domicilio del cosmógrafo cuando éste se hallaba todavía en Lisboa¹⁵, llegando a Zaragoza en el verano de 1619, iniciándose a partir de entonces su difusión. Probablemente, primero, de manera no venal, y luego ya venal¹⁶.

Bajo la tutela de la Diputación del reino, el mapa se estampará incesantemente, a medida que se iban agotando sus existencias¹⁷. Con

barracín; el *Itinerario*, al describir la población Iglesuela del Cid, indica que es la patria de sus padres, a los que probablemente visitó.

¹⁵ Entre las actividades confiadas por el monarca, además de la preparación del viaje, se encuentra la edición de la crónica del mismo, publicándola primero en Lisboa y luego en Madrid. *La jornada del Rey Felipe III a Portugal* (Lisboa 1622); *Viage de la Católica majestad del Rey D. Felipe III al Reino de Portugal y relación del solemne recibimiento que en él se le hizo* (Madrid 1622); recordemos que existía cierta tensión entre el monarca y la nobleza portuguesa, como demostrarán sucesos posteriores.

¹⁶ Quedaba por resolver el tema de la cartela con la mención de los Diputados y la impresión de la *Declaración Sumaria* escrita por Argensola. En cuanto a la primera, el examen del mapa revela que corresponde a otra mano; además, los Diputados inmortalizados corresponden al año 1619-1620, lo que revela que la labor se hizo en Zaragoza. En cuanto a la *Declaración Sumaria* tuvo que esperar hasta 1621; véase M. Jiménez Catalán, *Ensayo de una tipografía Zaragozana del siglo XVII* (Zaragoza, La Academia, 1927, n° 205; indica que contiene 20 págs. de 20x15 cm.); otras fuentes se refieren a la aparecida en 1622, como el ejemplar depositado en la sección de Cartes et Plans de la Biblioteca Nacional de París.

¹⁷ Diversos estudiosos se han interrogado por el tema de la fecha y el número de estampaciones; un dato difícil de precisar tanto por la documentación conservada como por el tema de la estampación de unas planchas, labor que difiere de la edición de un libro. Lo que sí sabemos es que Antillón, probablemente a la vista de los testimonios recogidos por el archivero Pedro Felipe de Lezaun u otras fuentes, nos informa de 'Once ediciones hechas de él, antes de 1778, la mayor parte en copioso número de ejemplares...' *Varietades de Ciencias...* 1804, párrafo 15. Fernández de Navarrete repite la cifra (1848).

la inserción de diversas enmiendas y adiciones —nuevas entidades de población, límites de corregimientos y el trazado de caminos—, su última edición verá la luz en 1777¹⁸. Y ante la situación bélica y los bombardeos producidos por los franceses, las planchas—que se hallaban intervenidas por ‘reparos’ puestos por los censores de la Academia de la Historia ante el monarca por el tema de la frontera con Francia— desaparecerán definitivamente entre sus ruinas.

2.4. El eco suscitado por su imagen cartográfica e *Itinerario*

En los albores de la década de 1630, un ejemplar del mapa llegará a Ámsterdam, ciudad que como sabemos estaba especializada en la producción y comercio de saber geográfico. Aquí, en sus dependencias, los grabadores reproducirán la imagen, dotada de amenos detalles y con una total fidelidad, incluida la dedicatoria de su cartela. Presentada de manera elegante y con un atractivo estilo, la difundirán insertada en los atlas o antologías cartográficas que remiten a toda Europa, contribuyendo así a propagar su existencia y dar a conocer su identidad. Como efecto inducido, gracias a la información territorial que reúne, permitirá llenar el bochornoso vacío de datos que mostraban los mapas de España estampados en los Países Bajos, tradicional proveedor de imágenes cartográficas de nuestro país.

Habituado a un trato cordial y la confianza depositada en su persona por el monarca —no olvidemos que se trataba del Cosmógrafo mayor y personalidad que había gozado de gran estima en la corte durante más de treinta años— Labaña se sintió humillado ante el trato poco amistoso experimentado y el escaso aprecio tributado a su obra. Herido en su honor, se negó a entregar el manuscrito redactado. Pese a la insistencia, invocó como ellos que no estaba obligado a hacerlo, y a la vista del contrato suscrito, la redacción no lo aclara. El caso es que, con los datos y las noticias reunidas redactó una obra que tituló *Itinerario del Reino de Aragón*. Un sabroso y documentado texto en el que, adoptando la secuencia de un diario, nos desvela multitud de detalles de los lugares que visitó, y por tanto, del país, su economía, nobleza, historia, curiosidades, etc. Y si dirigimos nuestra mirada en el otro sentido, de su autor, formación, inquietudes mostradas en su

¹⁸ Una de las rectificaciones corresponde a la línea fronteriza en la Sierra de Albarracín, para incorporar el nacimiento de todos los ríos en Aragón; sorprende este descuido en el mapa, ya que en el *Itinerario* sí consigna, por ejemplo, el nacimiento del Tajo en estas tierras.

periplo, las acciones que despliega, el momento histórico del viaje —los devastadores efectos producidos por la expulsión de los moriscos— así como la incansable dedicación y el rigor con que ejecuta y lleva a cabo su arduo trabajo.

Pese a mostrarse hermético en consideraciones personales emotivas —jamás le oímos lamentarse de una contrariedad o alegrarse ante una determinada experiencia—, constituye un testimonio sin parangón en la historia del conocimiento geográfico y en la invención cartográfica. Además, conocemos todas las circunstancias que concurrieron en su redacción y existencia. Un hecho excepcional en el panorama científico de la época, al tener noticias de infinidad de empresas malogradas o de aquellas de las que han desaparecido sus frutos, como la añorada descripción de España escrita por el maestro Esquivel —por ángulos y posición— y que Labaña llevaba consigo y consultó reiteradamente en el transcurso del viaje¹⁹.

Retomando el hilo de las vicisitudes experimentadas por el *Itinerario*, sabemos que Labaña accedió a sacar copias del mismo, y así se lo comunicó a sus mecenas, algunas de las cuales debieron constituir joyas bibliográficas atesoradas por la nobleza. A partir de entonces perdemos el rastro de las mismas. Sí sabemos que el bibliófilo Isaac Vossio (1618-1689) se hizo con un *Itinerario*, y que con los demás volúmenes de su copiosa biblioteca, fue a parar a la Universidad de su ciudad natal, Leyden. Descubierta el códice por el ilustrado Ignacio de Asso, en torno a 1782, al advertir su importancia, lo comunica a la Sociedad Económica de Amigos del País, quien accede a subvencionar la confección de una copia del mismo.

Son diversos los estudiosos aragoneses de los albores del siglo XIX que se hacen eco de su existencia, como Antillón o Fernández de Navarrete²⁰, avalando su importancia documental. Reclamada por el

¹⁹ Recordemos que en la *Descripción y Corografía de España* ordenada por Felipe II, Esquivel trabaja con el aragonés Pedro Juan de Lastanosa (1500c-1576).

²⁰ Isidoro de Antillón, Noticias históricas sobre el Mapa de Aragón que levantó en el siglo 17º el Cosmógrafo Juan Bautista Lavaña, *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*. Tomo IV, Madrid 1804, 16-32 y 81-94. Su pausada lectura revela que conocía toda la documentación existente y protestaba ante la Academia de la Historia por el secuestro de las planchas y los ejemplares distribuidos tras la última estampación, ya que constituye su discurso de ingreso como académico en dicha corporación. Este trabajo y la documentación del mapa figura como apéndice en nuestro libro *La imagen de un país*. Juan

público, en 1895 se procede a su edición, prologada por Sancho y Gil. Gracias a su lectura, tuvimos conocimiento de su importancia, en nuestro caso, como cuaderno de campo y testimonio cartográfico. Otros, en cambio, lo habían contemplado como relato viajero, entre otros, por García Mercadal que, pese a su aridez narrativa y extensión, lo traduce e incluye en su antología²¹. Tras haber sido objeto de una tesis de licenciatura y doctorado, y explotados sus datos por diversos estudiosos del pasado, es en el transcurso de las últimas décadas cuando asistimos a su verdadera eclosión, con una versión más depurada y un mayor impacto²². Como cabía esperar, resulta un texto muy apreciado por eruditos locales, quienes buscan ansiosamente las noticias recogidas de su localidad.

Bautista Labaña y su mapa de Aragón. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1996. Véase igualmente la entrada dedicada a Labaña en Eustaquio y Francisco Fernández Navarrete, *Colección de opúsculos del Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete*. Madrid, 1848, II, 93-101.

²¹ J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Madrid, Aguilar, 1952-1962; el Itinerario se encuentra en el volumen III. 10-176. Esta antología viajera ha sido reproducida recientemente por la Junta de Castilla y León (Valladolid, 1999).

²² Véanse J. B. Lavaña. *Itinerario del reino de Aragón (1610-1611)* Edición crítica e índices por A.P. Ubieta Artur. Zaragoza, Edic. Anubar, 1992; además de publicada en papel, desde 2001 también contamos con otra en formato electrónico. O el más reciente, vertido al castellano y publicado conjuntamente por la editorial Prames e Institución Fernando el Católico, Zaragoza 2006 (contiene además, el facsímil del mapa conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid; recordemos que un primer facsímil del mapa, no de este ejemplar, había sido reproducido por el Instituto Geográfico Nacional de Madrid en 1989). Las últimas aportaciones disponibles del tema son documentales; sirvan como ejemplo: Ángel San Vicente Pino, *Dos ejemplares más del Mapa de Aragón de Joan Batista Lavaña reeditado por Tomás Fermín de Lezaun en Zaragoza, 1777*. Zaragoza, Real y Excma. Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. 2003 (alberga el facsímil del mapa editado por este autor); Manuel Gracia Rivas, En torno al Mapa de Aragón de Juan Bautista Labaña conservado en la colegiata de Santa María de Borja. *Cuadernos de Estudios Borjanos*, 2006, XLIX, 205-223. Pese al incremento del interés dispensado a la historia de la cartografía, no conocemos aportaciones novedosas acerca del tema; sirvan como testimonio los textos contenidos en David Woodward Ed. *The History of Cartography. Cartography in the European Renaissance*. The University of Chicago Press. 2007. Vol. III; las aportaciones referidas a Portugal y España se encuentran en la primera parte de los dos tomos que forman este volumen.

3. Mensajes y significados que se desprenden del viaje

El conocimiento exhaustivo del viaje, enmarcado en el proyecto que acabamos de presentar, constituye una singularidad en la historia de la geografía española. Esta consideración se sustenta en la profusión de noticias disponibles y la abundante documentación dejada de todas sus vicisitudes. Y como es lógico, puede interpretarse, tanto como una iniciativa o aspiración política, o como una singular empresa científica. También resulta sugerente dirigir la reflexión hacia los fecundos efectos que desencadenó.

Claramente, la realización del viaje responde a un encargo político encomendado por unos representantes públicos; con su aprobación y patrocinio —mecenazgo— aspiran a disponer de una ingeniosa y útil imagen que, junto a su condición de archivo de datos espaciales, aúna la de ser un instrumento que les ilumine y asista en sus tareas de gobierno. Además, el mapa constituye un testimonio muy persuasivo que contribuye a forjar, afirmar y propagar la existencia del país. Las armas y la dedicatoria que exhibe la cartela, el título de su frontón, la declaración sumaria de su historia que flanquea la imagen o la configuración precisa de su soberanía, así lo evocan y acreditan.

Por otro lado, en el contexto académico en el que nos encontramos, la iniciativa suscita cuestiones relevantes relacionadas con la invención del saber geográfico, el empleo de una metodología o práctica operativa —considerada actualmente como la más idónea—, la adhesión a una cultura que inspira y guía los sucesivos pasos, y a una ética de la precisión que tardará en colonizar la imaginación de eruditos, profesionales y demás responsables de la generación de información geográfica. Recordemos que este precoz procedimiento, en el ámbito de la invención cartográfica, no volverá a aplicarse hasta la segunda mitad del siglo XVIII, para delinear el contorno Peninsular, y hasta finales del XIX para comenzar a dibujar el interior Peninsular, una compleja tarea que culminará casi un siglo después.

Finalmente, no podemos completar el estudio de esta original iniciativa sin detenernos y considerar algunos de los efectos o réditos producidos, los derivados de la existencia del mapa y el *Itinerario*.

En efecto, la visualización pausada de su imagen en círculos políticos y eruditos contribuyó a propagar la identidad de un país denominado Aragón, descubrir sus atributos espaciales y territoriales, concienciar

acerca de la naturaleza física o social de su escenario y estimular entre sus residentes el sentimiento de pertenencia a una comunidad, diferenciándose de las vecinas. Vamos a tratar de ahondar en cada una de estas dimensiones o cualidades asociadas a la iniciativa del viaje y las motivaciones que lo justifican.

3.1. El viaje como producto de una iniciativa política²³

Es fácil advertir algunas de las contradictorias sensaciones experimentadas por los Diputados aragoneses al contemplar por primera vez el mapa de su vecina Cataluña mostrado por el cronista Argensola. Por una parte, quedarían fascinados por su imponente aspecto y el caudal de datos que ofrece su imagen, incluidos algunos de Aragón (diócesis de Lérida). Además, confirmaba de manera atractiva su existencia y brindaba la posibilidad de contemplar su vasto territorio reconociendo, por ejemplo, el contorno fronterizo compartido. De ahí que, impresionados por la experiencia, rápidamente captaron la utilidad que reportaría la disponibilidad de un ejemplar similar de Aragón. Por otro lado, les alertaba de su carencia, concienciándoles de sus consecuencias, por lo que deciden emular a sus Diputados vecinos y dotarse de un instrumento similar, aunque la tarea no resultaba fácil. Con su disponibilidad, se asistiría a las habituales tareas de gobierno, así como a otras decisiones más sutiles pero ineludibles, como un mejor conocimiento de los lugares y de su ubicación espacial, algo que sin duda contribuiría a tomar iniciativas más eficaces a los colectivos allí representados, desde el eclesiástico al militar. El mapa, en definitiva, hacía asimilable y más controlable un territorio, y no solamente con la vista.

Además de tales méritos operativos, la imagen constituía la expresión simbólica de la identidad de un reino, un poder, una sociedad, unos gobernantes, una nobleza y unas autoridades eclesiásticas responsables de la misma. Son algunos de los mensajes que emanan de su imagen, tras una pausada y reflexiva contemplación.

²³ Son abundantes las referencias recientes a la consideración del mapa como instrumento político, una consideración o mirada iniciada por B. J. Harley (1932-1991); citamos a modo de ejemplo el catálogo de la exposición celebrada recientemente en la British Library, redactado por P. Barber y T. Harper, *Magnificent Maps. Power, Propaganda and Art* (London, British Library, 2010), en el que los autores aluden precisamente a estas dimensiones, eludiendo la geográfica, que es la que ha dominado en el transcurso de los dos últimos siglos.

A partir de ese momento, el poder establecido pone en marcha la maquinaria administrativa que debe conducir a su existencia. Se elige un responsable, se aprueba un presupuesto, se establecen y pactan unas condiciones, se ayuda en su ejecución y se sigue muy de cerca el desarrollo de todo el proyecto, hasta coronarse con la consecución de las planchas. La creación de la imagen de Aragón responde, por tanto, a una iniciativa política, análoga a las patrocinadas por autoridades de toda Europa, con la finalidad de conocer, gobernar y controlar mejor su soberanía territorial.

Al advertir en las autoridades este cambio de sensibilidad geográfica, es lógico que nos remontemos a los motivos. ¿Qué sucede en los umbrales del siglo XVII que contribuya a una mayor concienciación geográfica y la necesidad de dotarse de un recurso novedoso como es el mapa? Vamos a examinar algunas de sus circunstancias y estímulos desencadenantes.

La difusión de una cartografía estampada, ofrecida por creadores italianos y flamencos en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVI, supone para monarcas y hombres de estado poner a su alcance un instrumento novedoso, que ayudaba, entre otras cosas, a visualizar y conocer mejor sus territorios y hacer así más eficaces sus tareas de gobierno. Fruto del poder evocador que encierra el mapa y la estima despertada, comienza a propagarse una mayor sensibilidad espacial, dimensión intelectual que va colonizando paulatinamente la imaginación de las personas. Una concepción de la realidad territorial a la que el mapa, con la privilegiada mirada que brinda y el arsenal de datos que alberga, ayudará a conformar y ser más realista.

Además, como veremos más adelante, eruditos atraídos por el tema de la representación cartográfica se habían percatado de las lagunas y deficiencias que acusaban los mapas medievales y renacentistas disponibles, y la conveniencia de aplicar métodos geométricos más eficaces para su mejora informativa y operativa. Es en este contexto en el que surgen las primeras experiencias cartográficas empíricas patrocinadas por autoridades civiles y eclesiásticas de la Península.

El mapa, además de presentarnos de manera abarcable e inteligible un escenario territorial, delimitaba la extensión de una soberanía, en la mayor parte de los casos monárquica, proclamando y celebrando visualmente su poder, magnitud o importancia. De ahí el protagonismo que cobran las imágenes de reinos o territorios gobernados por un soberano. Ya sea como resistencia a esa ostentación de poder, o como

mero mimetismo, son otros poderosos en sus respectivos dominios los encargados de llevar a cabo la expresión visual de sus respectivas soberanías, ya sea episcopal o política. Así cabe interpretar las primeras representaciones cartográficas disponibles de regiones de España, precisamente las periféricas Valencia, Cataluña y Aragón, a las que secundará un interés erudito de afirmación de una identidad como es el caso de Guipúzcoa y Galicia²⁴.

Existen otras motivaciones más prácticas, como hacer más eficaces unas tareas o responsabilidades oficiales, y contribuir así a gestionar mejor esa soberanía. En efecto, acciones espaciales como impartir justicia, la sistemática recaudación de impuestos o la movilización y acuartelamiento de unas tropas en lugares estratégicos, se ven favorecidas por la disponibilidad de una imagen cartográfica. Su contemplación y estudio permite acceder al conocimiento y apreciación de las diversas regiones o territorios, así como una mejor planificación de cualquier desplazamiento por su escenario, ya sea episcopal o mercantil.

3.2. La cultura científica que inspira y anima toda la iniciativa

Sin duda, desde una perspectiva idealista, la mayor sorpresa que nos depara el proyecto es la innovadora cultura que preside todo su desarrollo. Apuesta por una cultura empírica, en la que el viaje es su principal protagonista, y está impregnado de un espíritu cuantitativo, con el empleo de instrumentos para la toma de datos, complementada por el racional uso de los datos en el trabajo de gabinete. Todo el proyecto está inspirado por criterios epistemológicos vanguardistas, asumidos por una minoría progresista, y que tardarán en ser asumidos por otras personas.

En efecto, desde el cronista como responsable de la redacción del contrato, hasta las estrategias metodológicas desplegadas por su autor o creador de la imagen, pasando por los críticos encargados de avalar su precisión y credibilidad, reflejan su adhesión a una cultura análoga. Algo que no deja de sorprendernos conociendo el atávico

²⁴ Son los mapas que contienen las ediciones últimas del *Theatrum Orbis Terrarum* de Ortelius (Amberes, 1608, 1609, 1612). Además de los mapas murales de la Península estampados en el transcurso del siglo XVI, el último en 1571, los primeros correspondientes a una región serán los de Portugal (1561) y Cataluña (1606).

retraso científico acumulado y la carencia de proyectos que supongan la asunción y puesta en práctica de tales ideales o aspiraciones²⁵.

Como sabemos, los creadores de información geográfica recurren al empleo de tres procedimientos metodológicos que son desplegados en desigual proporción el transcurso de estos siglos. El primero era el erudito o copilador, seguido por cronistas e historiadores dotados de sensibilidad humanista. Consiste en la consulta de las fuentes documentales legadas por los geógrafos del pasado. Así, era frecuente efectuar la consulta de las obras de Ptolomeo o Estrabón, además de otros autores posteriores, como recurso empleado para conocer y legitimar la importancia de un lugar, aportando evidencias toponímicas y alardear de las consideraciones lanzadas por tales autores. Una estrategia metodológica que, como sabemos, cuenta con una dilatada tradición en nuestro país, probablemente la más arraigada. El mapa de España se seguirá dibujando así, recurriendo especialmente a las fuentes gráficas disponibles.

Un segundo procedimiento consiste en la redacción de interrogatorios, cuestionarios o encuestas que son remitidos a determinadas personas y lugares para conocer mejor las características geográficas de unos escenarios. Aunque también cuenta con una dilatada tradición, será en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVI cuando se emplee sistemáticamente, tanto para conocer los territorios americanos, como también algunos de los peninsulares.

Finalmente, cobra cada vez más importancia y credibilidad el empleo del procedimiento empírico, recurriendo al viaje y la toma de datos apoyados en la observación directa de la realidad. Basado asimismo en enseñanzas abrazadas por clásicos como Aristóteles, Plinio o Ptolomeo, será la metodología más empleada en la creación de información geográfica, especialmente en iniciativas de carácter naturalista o proyectos cartográficos. El viaje y la experiencia contribuyen a dotar de mayor credibilidad a un relato, acrecentando de manera considerable el acopio de datos referidos a un lugar. De ahí la carencia de información y la extensión de *tierras ignotas* existentes en España al observar las imágenes producidas en esta época o consultando las obras geográficas publicadas.

²⁵ El método geométrico había sido difundido por Gemma Frisius en un capítulo de la *Cosmographia* de Apiano que, desde 1533, se edita en diversas lenguas, entre ellas el castellano (ediciones de 1548 y 1575).

Labaña, buen conocedor de tales prácticas y celoso de su prestigio como cosmógrafo, se inclina por aplicar la empírica, combinándola con la erudita, tal como constatan algunos de los datos contenidos en su *Itinerario*. Siguiendo los consejos difundidos por estudiosos recientes, recurre a la tradición matemática de la geografía, consistente en la obtención de medidas precisas con las que identificar y conocer la posición absoluta y relativa de los lugares. Partiendo de datos astronómicos de latitud y longitud, teje una tupida red geométrica de puntos, correspondientes a los observatorios y lugares visados del escenario aragonés. Es sin duda la tarea intelectual más ardua y entretenida, la que dota de rigor o valor racional a una información espacial. Además, avalada con la ayuda de un instrumento geométrico —goniómetro— construido por él mismo, como confiesa a los Diputados al defenderse de las críticas y ponderar las virtudes de su imagen. Sigue por tanto, la tradición cartográfica conocida como ptolemaica, astronómica o geométrica, la presidida y protagonizada por medidas cuantitativas para otorgar fiabilidad a las representaciones cartográficas.

La otra tradición que, en parte, Labaña emplea en su viaje por Aragón es la corográfica. Consiste en la descripción literaria de su escenario, mostrando sus rasgos o atributos más destacados. No obstante, en esencia, el *Itinerario* pertenece más bien al género topográfico, ya que las unidades identificadas en la compilación son sus poblaciones, constituyendo en gran parte un diccionario geográfico ordenado según la cronología o trayectoria seguida en el viaje.

Al consultar sus descripciones o bosquejos de los lugares, las preocupaciones que le guían son humanistas, interesándose por sus principales recursos. En ocasiones vemos noticias curiosas, salpicadas de hechos históricos y pintorescos, respondiendo a una sensibilidad que en la época se calificaba como anticuaria. Número de vecinos, propiedad o señorío al que pertenecía, sus rentas, producciones y restos arqueológicos o del pasado son los principales temas o atributos con los que nos presenta las entidades de población. Están aderezadas con referencias a historiadores que han mencionado el lugar, en la mayor parte de los casos como apostillas, así como con otras manifestaciones evocadoras de sus inquietudes personales, como restos romanos o la pasión tributada a las medallas y numismática, llegando a adquirir una de oro y suponemos que otras le fueron obsequiadas. Son habituales los croquis meticulosos, con la transcripción fidedigna de restos arquitectónicos o medallas, propia

de viajeros románticos. Una técnica de representación similar a la que observamos en los dibujos topográficos que en ocasiones amenizan y documentan las notas tomadas para la confección del mapa.

A los seis meses de intenso trabajo de observación y compilación de datos, secunda una compleja tarea intelectual y reflexiva de gabinete. Consiste en ordenar y depurar los datos cosechados, con los que irá forjándose una idea más precisa y rica del lugar, compaginándola con consultas documentales, procediendo como hemos avanzado al alumbramiento del mapa y la redacción de *Itinerario*. Una tarea metodológica laboriosa, jalonada de pausas reflexivas y demoras, debido a la carencia de datos y su ineludible dedicación a las obligaciones propias de su cargo en la corte. De ahí la tardanza en su culminación. Pero, pese a los obstáculos y paréntesis surgidos en el proceso creativo, gracias a su amor propio y orgullo profesional sentido, aunados al tesón puesto por los Diputados aragoneses, hoy día podemos contemplar y degustar los resultados. Recordemos que se trata de una imagen novedosa que, desde entonces, ha colonizado la imaginación de sucesivas generaciones y servido para interpretar la realidad que nos circunda. De ahí que, a con la disponibilidad de este sugerente e instrumental espacio político -e intelectual- creado, se genera y conforma en la sociedad un espacio e identidad distintos, alternativos a los previos a su invención.

3.3. Los efectos emocionales o afectivos derivados de la existencia y difusión de la imagen y el relato literario del viaje.

Diversas circunstancias culturales explican que, en la actualidad, la consideración esencial del mapa recaiga en la de documento o recurso geográfico, evocador de la naturaleza de un territorio. En definitiva, se ha proyectado sobre él una mirada geográfica, positivista, instrumental, tanto de su información como de la actividad intelectual requerida para su invención. La fuerza de esta convicción epistemológica —visión pragmática y asociación imagen-escenario representado— es la que nos impide contemplar otras cualidades y dimensiones de la imagen, y reconocer otros mensajes más sutiles o afectivos escondidos tras su aspecto, resultado de una nueva hermenéutica semiótica o interpretación iconográfica. Como imagen que es, resulta sugerente equiparar el mapa a otros símbolos manejados por las clases dirigentes, y reparar en su poder persuasivo, para advertir los efectos derivados de su existencia y asidua visualización, con algunos de los cambios producidos en la sociedad del momento.

Así, para los políticos que con tanta perseverancia persiguieron su disponibilidad, la existencia del mapa les equipara en orgullo, honor y gloria a sus homónimos de Cataluña, dotándoles de similar reconocimiento o prestigio. La imagen proclama la existencia de otra soberanía alternativa, un país diferenciado, una realidad visualizable, asociada a partir de entonces con el nombre de Aragón, contribuyendo a celebrar y consolidar, además de su poder, una identidad. La importancia que cobra esta aspiración política explica, no solamente la aprobación y patrocinio del proyecto, sino también la cercanía con que se sigue su desarrollo y la insistencia en su culminación, hasta la consecución de las planchas y la difusión de esa simbólica imagen.

Pero, ¿cuáles son otras consecuencias o efectos producidos por la imagen en la sociedad? Lógicamente, el frecuente empleo y visualización del mapa contribuyó a dotar de un mayor y más preciso conocimiento de su escenario, primero entre las clases elevadas, que son las que aparecen reseñadas explícita e implícitamente — mediante coronas o báculos—; ellas fueron las que primero tuvieron acceso y se apropiaron de este saber. Y más adelante, entre los demás colectivos, especialmente cuando se apelaba al mapa para dirimir asuntos públicos, mediante su ostentosa presencia y exhibición pública, o la consulta por tales grupos sociales en las tomas de decisiones políticas, militares, legales o económicas.

El mapa, además de proclamar una soberanía —civil y religiosa—, aspira igualmente a reproducir su morfología, así como algunas de las cualidades naturales y sociales de su escenario. De ahí que, para dotarse de mayor fuerza comunicativa y poder persuasivo, figure la alusión simbólica a una orografía, con la rotulación de algunas de sus montañas, la red hidrográfica o algunas formaciones boscosas.

Pero para una sociedad poco sensibilizada todavía con los aspectos naturales de la realidad, los mensajes más elocuentes que percibe son los sociales y políticos, responsables de reproducir una cultura y forjar una identidad. Sin duda el mensaje más convincente es el de formar parte de una comunidad denominada Aragón, separada y diferenciada de otras vecinas, como Cataluña, Francia o Castilla, con las que limita. Además, su entidad o núcleo de población en el o en la que reside, forma parte de una diócesis episcopal y se halla más o menos próxima a la capital.

En definitiva, mediante su paulatina experimentación, la sociedad fue conformando y asumiendo una 'realidad' territorial y social materializada por Labaña, apelando a la cultura cartográfica del momento, representada y transmitida mediante los mensajes condensados en el mapa. Fue imaginando, construyendo y conformando, primero en su mente, luego en un dibujo, un espacio, un escenario, un lugar, una realidad territorial, un orden y unos atributos. En definitiva, una realidad con la que juzgar los acontecimientos, informaciones, noticias o experiencias que se sucedían, así como aquellos otros protagonizados en el pasado, es decir, la propia historia, algo difícil de concebir con antelación a la existencia del mapa. Por tanto, la disponibilidad y contemplación del mapa dota a la sociedad de una dimensión espacial y territorial distinta, objetivando y naturalizando su dimensión intelectual.

También podemos reconocer algunas resistencias. Sin duda la más elocuente es la contestación a una identidad heredada, que se venía promoviendo y propagando por la monarquía, la de pertenencia a una soberanía real. Con la difusión de la imagen de la Península se homogeneizaba y diluía la importancia de otras identidades y soberanías que aspiraban a mantener su poder, especialmente en su periferia. Aragón había sufrido unos lustros antes una prueba de este poder.

Desde mediados del siglo XV, momento en el que comienza a trazarse una cartografía corográfica, la única imagen que figura en las compilaciones gráficas es la de *Hispania*. Responde a una concepción clásica del mundo conocido por los antiguos, primero, como unidad física del ecumene griego, y luego, como provincia del imperio romano. Una imagen que servirá a los intereses de monarcas absolutistas como Carlos V y Felipe II. El protagonismo que cobran estas imágenes, al representar y proclamar los intereses de una soberanía, contribuye a debilitar y diluir los sentimientos de identidad de otras regiones. Su resistencia a tal mensaje motiva la génesis de otras creaciones cartográficas alternativas, como las primeras disponibles de Cataluña y Aragón, dentro de una soberanía, y sin duda la de Portugal con antelación a todas ellas.

La influencia ejercida por el *Itinerario* fue de menor alcance, debido al hecho de haber permanecido inédito. Es con su edición reciente cuando comenzamos a detectar su efecto, especialmente en ámbitos locales, entre eruditos interesados en los lugares descritos en su cuaderno de campo y mediante las anotaciones consignadas.

4. Conclusiones: mensajes legados por un viaje y sus frutos

Como acabamos de ver, y a modo de resumen, el viaje y todas las acciones ejercitadas en el transcurso del mismo, pueden contemplarse en el marco de diversos contextos. Evidentemente, podemos contentarnos con la más elemental y tangible, el conocimiento de la propia experiencia y las anotaciones registradas. No obstante, si nos detenemos y reflexionamos sobre dicha experiencia, descubriremos otras dimensiones que quedan eclipsadas por las primeras consideraciones, algunas inspiradas en nuestras propias concepciones o epistemologías asumidas.

Una primera aproximación, sin duda la más documentada y elocuente, consiste en contemplar el viaje como un encargo político, la voluntad de unos gobernantes que aspiran a disponer de una imagen de su soberanía. Responde al anhelo despertado en las autoridades de contar con mayor información territorial del escenario que gobiernan y así hacer más eficaz una gestión. Esta contemplación del viaje nos conduce a preguntarnos quiénes son los protagonistas implicados en la iniciativa, el ámbito político y administrativo en el que se toman las decisiones y la perseverancia con que se persigue la disponibilidad de un instrumento tanpreciado como es la imagen de su territorio. Además de equipararse a otras soberanías y constituir un eficaz instrumento de control y toma de decisiones, el mapa fruto del viaje proclama su existencia, difunde su identidad y narra las cualidades espaciales, territoriales y sociales que lo caracterizan.

Para las personas que profesamos una cultura académica o científica, sorprende tropezarse con la meticulosidad y el rigor puesto en las prácticas desplegadas en el transcurso del viaje, así como con las convicciones a que éstas responden. Una innovadora cultura orientada a producir un saber geográfico más preciso y pormenorizado. En efecto, el viaje constituye la adopción de una epistemología empírica, frente a la erudita o compiladora, basada en la observación directa y la obtención de datos cuantitativos y cualitativos diversos. Los primeros, mediante el empleo de las matemáticas y la geometría, y el manejo de un instrumento tecnológico para calcular observaciones angulares y posición relativa de los lugares. Los segundos, mediante la entrevista, la consulta de testimonios y fuentes diversas, y su anotación o registro numérico, literario o gráfico.

A su vez, la armonización de un trabajo de campo con otro de gabinete, con la consiguiente depuración de datos y el alumbramiento de nuevo saber plasmados en el mapa y la redacción del Itinerario, constituyen prácticas metodológicas asumidas y ejercitadas hoy día. Y todo ello, guiado por la asunción de principios éticos encaminados a alcanzar una mayor exactitud o precisión informativa, dotando de credibilidad unos resultados que se van a difundir. En definitiva el viaje está presidido y protagonizado por la adopción de una ideología, una cultura y unas acciones que tardarán en asumirse por parte de la sociedad y aplicarse a otros escenarios territoriales.

Pese a que sus frutos tangibles —mapa e *Itinerario*— responden a una voluntad política, unas aspiraciones de mayor poder y eficacia, sin embargo, con su existencia y difusión comienzan a producirse unos efectos imprevisibles, escasamente estudiados hasta la fecha. En efecto, la imagen contenida en el mapa, como símbolo evocador de diversos mensajes, comienza a cobrar vida propia, y con su exhibición se convierte en la representación exacta de un país gobernado y controlado por sus políticos, en símbolo creíble de una ‘realidad’ soberana, forjada y materializada por una cultura cartográfica. Con la información que contiene, contribuye a conformar la imaginación geográfica de las personas, creando una identidad, una sensibilidad territorial, una concepción con la que ir asumiendo, organizando y ejercitando un saber. Una representación iconográfica dotada de un pronunciado poder persuasivo, que, gracias a su fuerza evocadora, llega hasta nuestros días y es manejada con prodigalidad por la sociedad, convirtiéndose así en un recurso más del repertorio de símbolos, instrumentos o archivo de mensajes cognitivos y afectivos disponibles.

El excursionismo como base del conocimiento geográfico del Montseny (Cordillera Prelitoral Catalana)

Josep M. Panareda Clopés y Maravillas Boccio Serrano
Universidad de Barcelona

El macizo del Montseny (Cordillera Prelitoral Catalana) ha constituido desde mediados del siglo XIX una montaña de referencia para los estudiosos de la naturaleza y de las actividades humanas, así como de los excursionistas de su entorno, en especial de la ciudad de Barcelona. Muchos excursionistas estaban interesados en el estudio y la publicación de las realidades naturales y humanas observadas, y a menudo se preparaban los itinerarios con el objetivo de poder admirar y examinar un relieve, una surgencia, un bosque, un castillo, un monasterio o un pueblo singular. A su vez, los científicos eran grandes excursionistas y han dejado dibujos, fotografías y relatos de sus recorridos; algunos ocuparon cargos directivos de relevancia en las asociaciones excursionistas.

Las dos primeras asociaciones excursionistas más significativas de Barcelona fueron *Associació Catalanista d'Excursions Científiques* y *Associació d'Excursions Catalana*; estas dos entidades se fusionaron en 1891 bajo el nombre de *Centre Excursionista de Catalunya*.

Un repaso a los estatutos de estas y otras asociaciones excursionistas y a los artículos y crónicas publicadas en sus boletines y revistas ponen de manifiesto su especial interés por el conocimiento geográfico de los territorios que recorrían. La información gráfica y escrita elaborada por los excursionistas constituye actualmente una de las fuentes documentales básicas para el estudio del paisaje y de los modos de vida de la sociedad del momento, así como para el estudio de la evolución del paisaje el cual ha sufrido grandes transformaciones en la segunda mitad del siglo XX. Un resumen de los principales temas de interés de los excursionistas de finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX es el tema central del presente escrito.

También se analizan las diversas guías excursionistas, las cuales constituyen así mismo una fuente documental de primer orden. Junto al conjunto destacado de guías escritas por Artur Osona, existen numerosas publicaciones escritas por destacados excursionistas, como Pere Alsius, Rafael Amat, Ramon Arabia, Llorenç Estivill, Miguel

Ferreras, Antoni Gallardo, Cels Gomis, Antoni Massó, Juli Soler Santaló, Cèsar August Torras y Eduard Vidal, entre otros.

Se efectúa también una referencia a las actividades de científicos que encontraron en los centros excursionistas un lugar para desarrollar actividades investigadoras y para exponer y divulgar sus resultados. Son muy significativas las aportaciones de Antoni Ariet, Jaume Almera, Joan Cadevall, Francesc Carreras Candi, Joan Coromines (Coromines, 1976), Eduard Fontserè, Pius Font Quer, Norbert Font Sagué, Noel Llopis Lladó, Salvador Llobet, Josep M. Riu Vulart, Ignasi de Sagarra, Fortià Solà, Lluís Solé Sabarís, Pere Vergés, Estanislao Vayreda, Lluís Marià Vidal y Pau Vila, entre los más relevantes. Una de las grandes aportaciones a la ciencia por parte de los excursionistas fue la elaboración cartográfica excursionista, en un momento en que escaseaban los mapas. Diversas guías incluían mapas que constituían una aportación de primer orden. El *Mapa del Montseny* editado por el *Centre Excursionista de Catalunya* en 1924 a escala 1:50.000 constituye un hito en la cartografía topográfica, y es uno de los mapas más relevantes de la cartografía española en su momento.

La metodología de trabajo se ha basado en la consulta, el análisis y la interpretación de los escritos originales de los autores comentados y de los trabajos posteriores acerca de los mismos. En primer lugar se ha elaborado una historia del excursionismo relacionado con el macizo del Montseny. En segundo lugar se han analizado las actividades efectuadas por los excursionistas (excursiones, reuniones, exposiciones) y las fuentes documentales (boletines, crónicas, guías, monografías locales).

Los cambios socioeconómicos y técnicos han sido notables entre la primera guía excursionista (1879) y la década de 1950, por lo que se ha hecho hincapié en el papel del movimiento excursionista en cada momento. Para la presente comunicación se han retenido de manera especial los resultados relacionados, en primer lugar, con la información aportada por el conjunto de los documentos consultados y, en segundo lugar, con la aportación del movimiento excursionista a la ciencia, en especial a la ciencia geográfica.

1. Las instituciones excursionistas

En relación con el territorio de referencia para el presente escrito, se considera que la primera asociación excursionista se constituyó en el año 1876, cuando cuatro jóvenes decidieron organizarse «para mejor llegar a cabo sus objetivos, que no eran otros que conocer mejor su país y darlo a conocer». La idea surgió durante una excursión a un cerro junto a la población de Montgat, al norte de Barcelona, el día 26 de noviembre de 1876. Al cabo de una semana se reunieron para discutir la idea y fundar una sociedad. En el mismo día aprueban los estatutos, cuyo primer artículo dice «con el fin de investigar todo cuanto merezca la atención preferente bajo los conceptos científico, literario y artístico, en nuestra querida tierra, se crea una sociedad que se titulará «*Associació Catalanista d'Excursions Científiques*»(ACEC). En su segundo artículo se indica, entre otras afirmaciones, que se «efectuarán salidas instructivas» (Jolis, ed. 1996).

La actividad excursionista creció bajo el techo de la nueva asociación. Pero la conjunción de tantas ilusiones no fue fácil y las discrepancias entre personas activas e idealistas surgieron con demasiada frecuencia, hasta la escisión y la creación de una nueva asociación en septiembre de 1878, la *Associació d'Excursions Catalana* (AEC). Las diferencias en sus objetivos no eran muy grandes, aunque sí las personales. Quizás lo más positivo de la escisión fue que la rivalidad generó una gran actividad social y una producción escrita destacada en ambas. Al cabo de pocos años (1891) las dos asociaciones se fusionaron bajo el nombre de *Centre Excursionista de Catalunya* (CEC), entidad todavía existente en la actualidad.

Las publicaciones regulares de cada asociación fueron notables. La ACEC edita *L'Excursionista*, un boletín mensual entre 1878 y 1891, que posteriormente se encuadernó en tres volúmenes, y unas *Memòries*, correspondientes a los años 1876, 1877, 1879, 1882 y 1884. La AEC publicó un boletín mensual (*Butlletí*) entre los años 1878 y 1891, y dos anuarios (*Anuari*) correspondientes a los años 1881 y 1882. Con la unificación se publica el *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, a partir del año 1891. Aparte de las publicaciones regulares indicadas se efectuaron numerosas ediciones de libros (guías excursionistas, álbumes pintorescos-monumentales) y de las llamadas hojas de instrucción. Entre los libros destaca la colección *Biblioteca Popular folklòrica*, con títulos tan sugerentes como el del quinto volumen *Meteorología i agricultura popular*.

La importancia de los centros excursionistas y muy especialmente el CEC en el desarrollo científico de finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX puede valorarse desde muchos puntos de vista. Quizás el más importante es el conjunto de publicaciones, que incluyen una parte muy destacada de los libros y artículos científicos editados durante ese período. La temática científica abarca campos muy diversos, desde la geografía, la geología, la biología y la medicina, hasta la historia, la lingüística, la arqueología y la arquitectura. Muchos especialistas encontraron en el CEC el lugar idóneo para encontrarse con sus colegas, presentar sus trabajos y discutir los avances de la ciencia. Muchas excursiones eran realmente salidas científicas, con objetivos muy concretos en cuanto a la temática: excavaciones arqueológicas, encuestas sobre usos, oficios y costumbres, obtención de datos geológicos, recogida de plantas para herbarios, observación y captura de fauna o registro de datos meteorológicos. Las sesiones preparatorias y de discusión de los datos obtenidos eran frecuentes en la sede del CEC. Los boletines dan fe de las reuniones y conferencias con un elevado nivel científico. El nombre de eminentes científicos es frecuente en las conferencias, seminarios y artículos. Incluso algunos ocuparon cargos relevantes en la entidad, como Pau Vila, que fue presidente entre 1931-1935; con Pau Vila estaba como vicepresidente Eduard Fontserè, un eminente físico y meteorólogo. Existía una coexistencia entre el estudio del territorio en su sentido más amplio y las actividades estrictamente excursionistas de ascensión a los cerros y montañas.

El CEC se organiza en secciones, que han ido cambiando de nombre y de contenido a lo largo de los años. A parte de la sección de *Muntanya* que constituye la base del CEC, existen otras entidades internas de carácter muy variado, lo que expresa el gran abanico de intereses por parte de los socios: secciones de *Fotografia*, *Cine i Vídeo*, *Història i Art* y *Càmping*. Aparte hay que considerar las secciones del *Centre Acadèmic d'Escalada (CADE)* y del *Equip de Recerques Espeleològiques (ERE)*, éste último con unos objetivos científicos muy claros como grupo de investigación. Del *ERE* han surgido excelentes especialistas en geomorfología cárstica. Finalmente hay que considerar la sección de *Geografia i Ciències Naturals*, que ha tenido presidentes tan significativos en los estudios geográficos como Marià Fauna Sans, Eduard Fontserè, Pau Vila y Josep Ramon Bataller (Jolis, ed. 1996).

A parte del *Centre Excursionista de Catalunya*, que ha sido una sociedad excursionista de referencia en Cataluña, se erigieron otros

centros o clubes excursionistas en diversos barrios de Barcelona y otras ciudades y pueblos. Entre otros cabe citar el *Centre de Lectura* de Reus y la *Unió Excursionista de Catalunya* con diversas sedes. En función de las dimensiones de cada entidad, las actividades se agrupan en diversas secciones. Las secciones centradas en temas geográficos y naturalísticos suelen ser comunes en la mayoría de los centros excursionistas.

2. Las guías excursionistas del Montseny

Son diversas las guías excursionistas que describen itinerarios para recorrer el macizo del Montseny, ya que era un lugar preferido para los excursionistas del entorno de Barcelona. Se considera que la primera guía excursionista del Montseny fue la que lleva como título *Excursió á la montanya de Monseny per un propietari de la vila de Breda, ab traducció castellana y francesa*, publicada en 1879 (Osona, 1879). Detrás del anónimo propietario estaba Artur Osona, un prolífero escritor y un activo excursionista. Se trata de un opúsculo de 40 páginas, que su autor publicó seguramente con ciertas reservas, las cuales fueron rápidamente superadas, ya que al año siguiente (1880) publicó sin anonimato la *Guia general de les montanyes del Montseny*, libro que ya contenía 26 itinerarios, también en versión trilingüe (Osona, 1880). Artur Osona siguió ampliando su guía del Montseny en sucesivas ediciones: en 1886 con 132 itinerarios, en 1893 con 144 itinerarios y en 1899 con 190 itinerarios (Osona, 1886, 1893 y 1899). En estas últimas versiones incluyó itinerarios de las montañas de las Guillerías, situadas al este del Montseny. Osona escribió también guías excursionistas de otras comarcas y montañas, en especial del entorno de la ciudad de Barcelona (Osona, 1888 y 1892a). También escribió una guía excursionista de Andorra y de las montañas de las cuencas de los ríos Ter y Llobregat (Osona, 1898).

Artur Osona (Barcelona 1840-1901), comerciante de profesión, es uno de los grandes redactores de guías excursionistas. No era un científico, sólo un amante de la naturaleza que disfrutaba caminando por todos los rincones de su tierra. Fue un personaje muy peculiar que no puede ser definido con una sola palabra ni frase. Era un hombre alto, grande y fuerte. Resistía largas travesías, aunque no soportaba las vertientes muy inclinadas, los riscos y precipicios, que le causaban vértigo. Sabía orientarse perfectamente y tenía un olfato especial para acertar el itinerario más adecuado en medio de montañas. Su amabilidad y trato

con los habitantes del lugar facilitaba mucho la logística y conectaba muy bien con los guías e informadores locales. Admiraba y confiaba en su mujer, excelente amazonas, ágil cazadora y tan resistente como él en las excursiones, que compartían muy a menudo. Era muy exigente y ordenado en su trabajo; anotaba durante el recorrido todo lo que creía interesante para orientarse, y no se acostaba hasta que tenía ordenado y escrito el texto de la guía correspondiente. Llevaba siempre encima, además de lo necesario para escribir, su inseparable termómetro y una brújula. Ello explica la frescura y la certeza de sus explicaciones en sus numerosas guías (Iglésies, 1983; Pagès, 1901).

Es difícil concretar cuántas guías de itinerarios excursionistas escribió Osona, así como el número de libros individualizados y originales. Por una parte en cada nueva edición modifica el título, y por otra algunos itinerarios se reproducen con distintos títulos. En ese aspecto Osona sólo tenía la idea de ir publicando libros para que sirvieran de ayuda a los excursionistas. Publicaba los itinerarios tal como los redactaba inicialmente o los corregía de una edición anterior. Una guía con 30 itinerarios por la sierra de Vallvidrera, por ejemplo, corresponden a 30 itinerarios ya publicados en una guía del entorno de Barcelona. De ahí la necesidad de citar en la bibliografía todas las ediciones como libro independiente si se quiere disponer de la totalidad de su obra escrita. En la bibliografía citada en el presente artículo sólo se ha incluido las diversas guías con itinerarios en el Montseny. Además, a pesar de que en las portadas de sus guías indica el nombre de un centro excursionista, era él mismo quien las editaba y costeaba. Los beneficios de las ventas los destinó para sufragar un observatorio meteorológico en la cima del Montseny. En su testamento señala que todos los beneficios de sus guías sean destinadas al mismo fin. A pesar de los esfuerzos personales de Osona y de otros excursionistas y científicos, dicho observatorio nunca fue una realidad.

Sus libros son esencialmente una guía itineraria, como muy acertadamente consta en sus títulos. Expone el itinerario a seguir y son escasas las explicaciones geográficas directas. Éstas se encuentran especialmente en artículos cortos o en textos escritos en memoria y homenaje a compañeros, como se indica más adelante. Con todo es posible obtener información valiosa a partir de breves comentarios o anotaciones concretas en la descripción de sus itinerarios. A continuación se presentan fragmentos de algunos comentarios incluidos en su primera guía (Osona, 1879):

«entre bosques de alcornoques»
«entre prados y bosques de castaños»
«camino delicioso, pintoresco y muy llano»
«pasando por frondosos bosques de hayas»
«el valle de Santa Fe es sumamente pintoresco, con magníficos prados y bosques de hayas y abetos, numerosas fuentes de rica agua»
«Desde las estaciones de Palau Tordera y de San Celoni se puede subir á Santa Fe por camino carretero por el que se transporta la fagina á dichas estaciones que distan 20 kilómetros de Santa Fe»

En esta primera guía inserta también una breve explicación de las características de Breda, población en donde inicia el itinerario. Osona veraneaba en dicho pueblo. Estas informaciones no eran frecuentes en sus guías.

«Breda, 1600 habitantes (elevación en la iglesia 150 metros sobre el nivel del mar). Es población muy renombrada por su especialidad en alfarería comun cuya exportación es el mayor recurso de los habitantes de la villa, de suerte que casi hay tantas fábricas de alfarería como casas».

Como se ha indicado la mejor aportación geográfica se encuentra en otros escritos, dedicados a impresiones personales o en recuerdo de compañeros. Otros textos se encuentran en diversos boletines y anuarios de los centros excursionistas (Osona, 1882a, 1882b, 1882c y 1883). En todos los escritos es palpable cierta ingenuidad por parte de una persona urbana ante la fuerza, la majestuosidad y la violencia de los fenómenos naturales y la espontaneidad de ciertas manifestaciones sociológicas de los habitantes del campo y de la montaña.

Destaca el texto en el cual recuerda sus excursiones de juventud por los Alpes (Osona, 1891). Como muy bien recuerda su amigo Ramon Arabia se trata de «unas páginas verdaderamente elocuentes con descripciones magistrales que dan la impresión de la realidad. Osona sentía la naturaleza y no aspiraba otra cosa que fuera transmitir la impresión recibida, que le resultaba un cuadro acabado, viviente y emocionante» (Arabia, 1901). En ese texto de Osona destaca una excelente descripción de un temporal de nieve, en la cual muestra sus vivencias en una situación límite motivada por un fenómeno natural.

Otro texto de gran valor geográfico y antropológico es la historia del guía *Jaume de Ca'n Valent*, en donde retrata la vida de un personaje

sencillo y humilde, pero vital y rico en vivencias (Osona, 1892b). Osona tuvo la suerte de compartir muchas excursiones con él durante cuatro veranos. En 1880 buscaba un guía local en la comarca de la Garrotxa y se encontró con un hombre ya mayor, pero todavía fuerte y lúcido, que en sus carnes y en su mente tenía los recuerdos de una vida rica. Había participado en numerosas guerras internas y externas. Osona lo considera su «maestro en el excursionismo» y afirma que «a pesar de ser muy humilde por carecer de instrucción y por su modestia, era hombre de ciertos merecimientos y muy práctico en el excursionismo ya que conocía palmo a palmo Cataluña por haberla recorrido a pie con paquetes de portador, con el fusil de mercenario o voluntario o bien la cesta de marchante». Ya a su edad, tenía unos 68 años cuando se conocieron, *Jaume* se había retirado a su masía de origen, en donde convivía con su hermana de 80 años, ambos solteros. Él ayudaba a su hermana en la elaboración de cucharas de boj, con lo cual subsistían. *Jaume* aceptó unirse unos meses con Osona con gran sorpresa y alegría, ya que le permitió llevar la vida que le gustaba, vivir, como él mismo afirmaba, como un pájaro de bosque. Osona le convenció que viviera con él, en su casa de Barcelona, pero *Jaume* se escapaba a finales de invierno a su Garrotxa porque no quería vivir como un pájaro enjaulado.

Jaume guió a Osona por las montañas en las que escribió los itinerarios excursionistas. Sin él Osona no habría escrito tanto ni con tanta precisión y riqueza de detalles. *Jaume* era parco en palabras pero acompañaba para que Osona las descubriera y las escribiera. No hay duda que muchos detalles expuestos acerca del paisaje y de los usos y costumbres procedían de la boca de *Jaume*. El resultado son unas guías excursionistas con numerosos detalles del paisaje que Osona contempló y de los usos y costumbres que vivió, o escuchó de *Jaume*. El texto escrito después de su muerte tiene un gran interés para los geógrafos y antropólogos, entre otros especialistas. Destacan los detalles de la vida de *Jaume*, las disertaciones en relación de la solana y la umbría, y la historia del encuentro con un lobo en relación con el comportamiento de los tres componentes de la excursión, Osona, su mujer y *Jaume*.

Del Montseny se escribieron otras guías excursionistas como las de Eduard Vidal (Vidal, 1912), Miquel Farreras (Farreras, 1929) y Llorenç Estivill (Estivill, 1944). La más interesante es la de Eduard Vidal. Eduard Vidal Riba fue un excursionista muy activo en el seno del CEC, en donde ocupó diversos cargos de responsabilidad hasta la presidencia

en 1935. Fue uno de los impulsores de la creación de la sección *Esports de Muntanya* y es autor de diversas guías de montaña. Entre sus publicaciones destaca un libro de excursiones cortas de la franja litoral y prelitoral de la provincia de Barcelona (Vidal, 1911). Pero su publicación más conocida es una guía del Montseny (Vidal, 1912), Es una guía más elaborada si se compara con la de Osona y está totalmente centrada en el macizo del Montseny.

Por otra parte hay que considerar otros documentos excursionistas elaborados hasta 1950, en especial los artículos publicados en los boletines y revistas excursionistas. Destacan los artículos de Rafael Amat, Ramon Arabia (Arabia, 1882a y 1882b; Ricart, 1900; Rocafort, 1903), Antoni Gallardo, Cels Gomis, Francesc Maspons (Maspons, 1888), Antoni Massó (Massó, 1879 y 1881), Juli Soler Santaló y Cèsar August Torras (1878), entre otros. Muchos de ellos fueron grandes excursionistas y cronistas de excursiones en otras áreas geográficas, en especial los Pirineos, pero también habían ascendido en varias ocasiones al macizo del Montseny y habían escrito sus impresiones y observaciones, en especial en el *Butlletí del CEC*. En la bibliografía solamente se citan algunos artículos considerados significativos; queda fuera del objetivo de la presente comunicación incluir la totalidad de las referencias bibliográficas (Barberà, 1996).

Especial influencia ha tenido un extenso artículo de Antoni Gallardo para el excursionismo del sector occidental del macizo (Gallardo, 1938); el mismo autor había escrito anteriormente un interesante trabajo acerca de la industria del hielo en el Montseny (Gallardo, 1933).

3. La cartografía excursionista

El desarrollo de la cartografía en el seno de los centros excursionistas tiene una cierta lógica. Por una parte los mapas constituían un documento esencial para orientarse en el terreno, decidir el recorrido en medio de montañas y calcular las distancias. Por otra parte los mapas eran un documento de base para anotar las observaciones efectuadas en el terreno y a la vez expresarlas ordenadamente después de su recopilación y análisis. Los excursionistas de finales del siglo XIX y principios del XX utilizaron una cartografía muy sencilla y a pequeña escala. Sólo de disponía de una cartografía militar con escasa información topográfica y toponímica; la mayoría de los mapas habían sido elaborados por técnicos e instituciones extranjeras.

Era frecuente la elaboración de bases cartográficas propias, tal como se puede comprobar en los fondos de la Cartoteca del CEC. Muchos excursionistas iban confeccionando sus mapas a partir de las observaciones personales y de sus compañeros. El resultado era bastante ingenioso y útil, pero carecía del rigor necesario para su generalización. Un sistema cartográfico bastante utilizado en medios excursionistas era la representación de las crestas, lo que permitía con los escasos medios y conocimientos disponibles un mapa muy útil, en especial en sectores muy montañosos, en donde la localización de los collados es fundamental para determinar correctamente los itinerarios. En la actualidad se siguen utilizando, no ya como mapa inicial o primario, sino como documento derivado, elaborado a partir de mapas topográficos existentes.

La presencia de técnicos en los centros excursionistas facilitó una gran mejora en la representación cartográfica y propició que se llevaran a cabo proyectos muy ambiciosos, entre los cuales destacan una excelente Exposición Cartográfica Catalana y la elaboración de un mapa del Montseny a escala 1:50.000.

La Exposición Cartográfica tuvo lugar entre el 24 de enero y el 15 de febrero de 1919 en el local social del CEC. Estuvo organizada por la sección de *Geología i Geografia* del CEC, entonces dirigida por el geólogo Marià Faura Sans. Durante esas tres semanas el entorno excursionista se movió totalmente en el campo de los mapas. Se efectuaron diversas conferencias, algunas de las cuales se publicaron en un número extraordinario del boletín del CEC de marzo-julio de 1919. Carreras Candi bajo el nombre de *Cartografia catalana* presentó una extensa y bien documentada historia de la cartografía; en realidad hubiera sido más acertado haber titulado el artículo tal como se presenta al inicio del boletín «Orígens de la cartografia i influència de la Confederació Catalana Aragonesa en son progrés» (Carreras Candi, 1919).

Mayor interés cartográfico tiene el texto presentado por Josep de Rivera acerca de los trabajos efectuados en el marco de un proyecto de formación de un mapa de Cataluña (Rivera, 1919). El texto publicado, según consta en una nota a pie de página, es sólo un resumen de la conferencia impartida. Josep de Rivera era un ingeniero militar en excedencia con residencia en Barcelona y fue nombrado director topógrafo para la confección del mapa general de Cataluña, dentro del *Servei Geogràfic de Catalunya*, anteriormente denominado *Servei del*

Mapa Geogràfic de Catalunya. El proyecto consistía en la confección de un mapa a escala 1:100.000 y con equidistancia entre curvas de nivel de 50 metros; el mapa estaría compuesto de 43 hojas. Debido a las dificultades económicas y políticas sólo se editaron siete hojas, entre los años 1922 y 1925.

Otros trabajos publicados en este número especial son los de Marià Faura Sans acerca de *Condicions estructurals del terreny en la caracterització de les comarques catalanes* (Faura, 1919), y de Cèsar August Torras sobre *Assaig sobre les comarques naturals de Catalunya ajustades al moment present* (Torras, 1919); este último autor indica que el estudio monográfico de cada una de las comarcas se publicará en próximos números de la revista. Finalmente los responsables de la organización de la exposición cartográfica firman un largo artículo, que incluye una explicación previa y justificativa de la exposición y el catálogo completo de los mapas expuestos, con un detalle minucioso de las características de cada mapa (Faura *et al.*, 1919). Es interesante indicar el sistema de clasificación de los 217 mapas expuestos. Entre paréntesis se indican los títulos de los subgrupos separados con una coma:

- I.- Mapas generales (con topografía antigua, de autores extranjeros, con topografía moderna, proyectos de mapas en vías de publicación).
- II.- Mapas parciales (de las fronteras, de las provincias, de los obispados, de las comarcas, mapas de los entornos de las poblaciones).
- III.- Mapas de turismo (carreteras y ferrocarriles, itinerarios).
- IV.- Mapas científicos (geológicos, hidrológicos, varios).
- V.- Panoramas y círculos panorámicos.
- VI.- Planos en relieve (maquetas).

Entre los mapas expuestos están los utilizados por Artur Osona en sus guías excursionistas del Montseny realizados por el Coronel Ingeniero Prudent a escala 1:280.000 (Osona, 1893), y el mapa de la guía monográfica del Montseny de Eduard Vidal confeccionado por J. Brossa a escala 1:150.000 (Vidal, 1912). Así mismo están los numerosos mapas realizados por Eduard Brossa. Destacan los mapas geológicos de Jaume Almera a escala 1:40.000, entre los cuales están los mapas de la región cuarta o del río Tordera (Almera, 1913a) y de la región quinta o del Montseny, Vallès y el Litoral (Almera, 1913b). Los mapas elaborados por Eduard Brossa han sido utilizados hasta hace pocos años tanto por la información geológica como por los detalles

topográficos. Actualmente constituyen un documento de primer orden por la información toponímica y de los usos del suelo (áreas urbanas, masías, caminos, explotaciones mineras, cursos fluviales, marismas y línea de costa).

Eduard Brossa (1848-1924) era un litógrafo que se convirtió en cartógrafo autodidacta que dominaba a la perfección las técnicas litográficas y el dibujo. A parte de numerosos trabajos cartográficos, dedicó parte de su labor a la elaboración de diversos mapas geológicos de Jaume Almera, entre los cuales destaca el proyecto del mapa geológico de la provincia de Barcelona a escala 1:40.000, a partir de una hoja original 1:20.000. Dibujó curvas de nivel cada 5 metros a partir de puntos de referencia obtenidos en el trabajo de campo. El resultado es un mapa muy rico en matices y de lectura relativamente fácil por parte de los excursionistas. Con todo ha sido muy criticado por su topografía casi artística y poco precisa. Sin embargo no hay que negarle su gran aportación y el excelente resultado de sus mapas, ya que el conjunto de las curvas ofrecen una buena visión del relieve.

Mención especial se merece el mapa del Montseny publicada por el CEC a escala 1:50.000, ya que constituyó un hito destacado en la cartografía española y fue la base para otros estudios de detalle del Montseny, como el mapa de los mantos de vegetación de Salvador Llobet (Llobet, 1947a). El origen de la confección del mapa del Montseny debe remontarse a las relaciones entre algunos técnicos socios del CEC y los ingenieros extranjeros que trabajaban en los levantamientos topográficos en los Pirineos, en donde se estaban realizando las primeras grandes obras hidroeléctricas.

El ingeniero Salvador Filella y socio del CEC publicó en 1923 un artículo sobre la vertiente meridional de la sierra pirenaica del Cadí con un mapa adjunto a escala 1:50.000, con curvas cada 20 metros y a tres tintas, realizado por Léo Aegerter (Filella, 1923). Léo Aegerter (París, 1875 – Zirl, Innsbruck, 1953) era un ingeniero topógrafo suizo, ayudante del cartógrafo Simon Simon que había efectuado el levantamiento de varios mapas de los Alpes para la *Deutschen und Österreichischen Alpenvereins*. Después de la I Guerra Mundial se quedó sin trabajo y se trasladó a España para realizar mapas para las hidroeléctricas. Los responsables del CEC quedaron sorprendidos ante la calidad del mapa del Cadí, y le encargaron la confección de un mapa del macizo del Montseny, también a tres tintas y a escala 1:50.000, aunque con curvas de nivel cada 25 metros (CEC, 1924).

El mapa del Montseny de Léo Aegerter, que apareció en 1924, constituyó un éxito local y general y contribuyó al conocimiento del macizo. Actualmente todavía constituye un documento de referencia por la exactitud y calidad tipográfica y toponímica, y no ha sido superado hasta hace un par de décadas con las modernas ediciones del mapa del Montseny a escala 1:25.000 y con curvas cada 10 metros.

La importancia de dicho mapa ha superado el ámbito excursionista, ya que diversos especialistas (botánicos, zoólogos, geógrafos, climatólogos, hidrólogos y geólogos) lo han utilizado sea para su trabajo de campo o como base cartográfica para la publicación de los mapas temáticos correspondientes. La aplicación más importante se efectuó en la confección del mapa de los mantos de vegetación de Salvador Llobet. Pudo confeccionar el mapa y editarlo gracias a la existencia y a la precisión del mapa del CEC (Llobet, 1947a; Panareda, 1992a, 1992b, 2007 y 2002; Roma, 2000).

4. Excursionismo y ciencia

Hasta mediados siglo XX los centros excursionistas constituyeron sedes en donde se desarrollaron las ciencias, situación que cambió a lo largo de la segunda mitad del siglo XX con la expansión de las universidades y la creación de centros específicos de investigación. No es fácil deslindar la actividad excursionista de la científica en muchos centros excursionistas. Las ramas de las ciencias de la naturaleza y de las humanidades tuvieron un desarrollo notable en su entorno; diversas escuelas científicas surgieron en grupos y reuniones excursionistas. Incluso algunas ramas artísticas germinaron en el seno de estas instituciones (Martí, 1986).

Los estudios naturalísticos y humanísticos del macizo del Montseny se desarrollaron en muy buena parte y durante varias décadas en ambientes excursionistas y los resultados fueron publicados en gran medida bajo el sello de entidades excursionistas. Muchos estaban en una asociación excursionista estrictamente para recorrer territorio, admirar sus paisajes y disfrutar de un ambiente más natural en grupo. Para otros en cambio los centros excursionistas era el lugar de encuentro para compartir y discutir ideas científicas y los resultados de los análisis e la interpretación de datos, y a su vez encontrar compañía y colaboración para las sesiones de campo.

Por esta razón muchos científicos se acercaron a los centros excursionistas para encontrar un ambiente y apoyo para desarrollar su investigación y divulgación. A su vez, algunos excursionistas se vieron atraídos hacia la observación sistemática de los fenómenos y realidades naturales y finalmente se convirtieron en excelentes especialistas, aunque no siempre con consecuencias profesionales. El resultado ha quedado perfectamente reflejado en las publicaciones de las asociaciones excursionistas.

En ese contexto son numerosos los científicos que desarrollaron su actividad científica acerca del Montseny, por lo menos en buena parte, en el marco excursionista. Y diversos excursionistas llegaron a un conocimiento científico del paisaje de Montseny a consecuencia de sus excursiones, inicialmente sólo para conocer mejor el territorio y poderlo disfrutar. Entre muchos otros destacan las aportaciones de Antoni Ariet, Jaume Almera, Joan Cadevall, Francesc Carreras Candi, Marià Faura Sans, Eduard Fontserè, Pius Font Quer, Norbert Font Sagué, Noel Llopis Lladó, Salvador Llobet, Josep M. Riu Vulart, Ignasi de Sagarra, Fortià Solà, Lluís Solé Sabarís y Pere Vergés, entre los más relevantes hasta 1950.

Quizás fue en el ámbito de la geología donde mejor se observa esta simbiosis entre excursionismo y ciencia. El primer gran geólogo que estudió de manera global el macizo del Montseny fue el canónigo Jaume Almera Mengis (Vilassar de Mar, 1845 - Barcelona, 1919). Estudió intensamente la geología de la provincia de Barcelona, elaborando diversas aproximaciones cartográficas globales, hasta la confección del mapa geológico a escala 1:40.000 (5 hojas entre 1891 y 1913), en donde la representación de la red hidrográfica y del relieve adquiere una gran importancia gracias a la colaboración de Eduard Brossa (Almera, 1913a y 1913b). Pero Almera publicó otros trabajos sobre aspectos geológicos del Montseny. Ya en 1884 escribió unas notas breves y sintéticas de la fisiografía del Montseny (Almera, 1884). Mayor interés tiene su estudio acerca de los sedimentos lacustres de un lago oligocénico situado en el sector sudeste del macizo, en los alrededores de la población de Campins. Su relevancia reside en su datación y en el hecho de que las margas formadas en el fondo lacustre eran intensamente explotadas para la fabricación de cemento (Almera, 1907). Más tarde publicó un texto breve acerca de la geología de la cuenca del río Tordera (Almera, 1915).

Norbert Font Sagué (Barcelona, 1874-1910), geólogo y sacerdote como su maestro y colaborador Jaume Almera, desarrolló una frenética actividad científica y excursionista, a pesar de su muerte temprana (Iglésies, 1963). Es conocido de manera especial por el gran empuje que ejerció en los estudios espeleológicos (Font Sagué, 1897b), pero también por las notables aportaciones en otros campos tan dispares, como en la historia y en la propuesta de comarcalización de Cataluña (Font Sagué, 1897a, 1899 y 1904). Participó en diversas campañas científicas. Visitó el Montseny en varias ocasiones, en especial su extremo occidental, en el valle del Congost, donde dominan los materiales calizos; efectuó diversas prospecciones espeleológicas en este valle (Font Sagué, 1898). Parte de su colección geológica fue donada por su familia al centro excursionista *Club Muntanyenc* al cual había pertenecido.

Marià Faura Sans (Barcelona, 1883-1941), también sacerdote y discípulo de Almera y Font Sagué, se destacó por sus estudios de paleontología y espeleología y dedicó muchos esfuerzos a la confección de mapas geológicos (Faura Sans, 1919). Dirigió la exposición cartográfica organizada por el CEC (Faura Sans *et al.*, 1919).

Noel Llopis Lladó (Barcelona, 1911 - Sant Vicenç dels Horts, 1968), gran excursionista, escalador, espeleólogo, alpinista y geólogo, ha publicado numerosos artículos sobre estratigrafía, tectónica y geomorfología. Ha sido un trabajador tenaz y sólido tanto en el campo como en el aula. Es notable su dedicación a la cartografía geológica y ha escrito diversos trabajos de divulgación. Participó en la fundación de la editorial Alpina juntamente con Salvador Llobet para la edición de mapas excursionistas. Trabajó mucho en el Montseny, tanto en su morfoestructura, como en la espeleología del Congost (Llopis, 1942a, 1942b y 1947).

Lluís Solé Sabarís (Gavà, 1908 - Capellades, 1985), geólogo y geógrafo físico, tiene su obra más representativa en la *Geografia de Catalunya* (1958-1964, 3 vols.), libro que dirigió reuniendo los mejores especialistas del momento. Entre sus primeras publicaciones tiene un texto breve sobre la estructura del relieve del Montseny y la Guillerias (Solé Sabarís, 1936).

Josep M. Puchades Benito (Granollers, 1913 - Barcelona, 1982), ingeniero industrial, geógrafo, cartógrafo y editor de temas geográficos, fue cofundador de la editorial Alpina, de la cual se separó pronto y

fundó la editorial Montblanc con finalidades parecidas. Entre sus obras escritas destaca el trabajo monográfico sobre el río Besós, cuya cuenca drena el extremo occidental del macizo del Montseny (Puchades, 1948).

Eduard Fontserè Riba (Barcelona, 1870-1970), eminente físico, meteorólogo y sismólogo, tuvo el encargo de organizar la red pluviométrica en Cataluña en 1896 y efectuó numerosas publicaciones a partir de las observaciones pluviométricas. Ejerció una intensa actividad en el CEC y organizó campañas de observaciones meteorológicas a partir de las excursiones; incluso escribió un manual de meteorología para el excursionista (Fontserè, 1962), en buena parte una ampliación y actualización de otro escrito anterior presentado como un resumen de meteorología (Fontserè, 1919). Más tarde fundó el *Servei Meteorològic de Catalunya*. En 1929, bajo los auspicios de la Diputación de Barcelona, estableció una estación meteorológica en la cima del Turó de l'Home, punto de mayor altitud del macizo del Montseny (1970 m) (Fontserè, 1933a, 1933b, 1950). Entre sus trabajos con estrecha relación con el Montseny está el escrito acerca de la anomalía térmica de la plana de Vic (Fontserè, 1937).

Joan Cadevall Diars (Castellgalí, 1846 - Terrassa, 1921), botánico, herborizó muy pronto por el Vallés, y a menudo ascendía por las vertientes del Montseny (Cadevall, 1892-1900). Posteriormente escribió una amplia y muy documentada flora de Cataluña en 6 volúmenes, en donde hay numerosas referencias a la flora del Montseny (Cadevall, 1913-37). Tuvo una relación muy estrecha con el CEC, en donde impartió un curso de botánica popular durante los años 1906-1907, cuyos contenidos se publicaron en forma de libro bajo el mismo nombre (Cadevall, 1907).

Estanislao Vayreda Vila (Olot, 1848-1901), miembro de una saga familiar de científicos, literatos y artistas, es hermano del pintor Joaquim Vayreda y del pintor y escritor Marià Vayreda. Fue uno de los primeros que herborizaron en el macizo del Montseny (Vayreda, 1880).

Pius Font Quer (Lleida, 1888 - Barcelona, 1964), uno de los más eminentes botánicos españoles, tuvo una gran relación con el excursionismo, y colaboró en diversos cursos y conferencias de carácter divulgativo. Consideró el macizo del Montseny como un lugar idóneo para las prácticas de botánica con sus alumnos. No tiene ninguna obra significativa acerca de su flora, solamente referencias en

diversos artículos, o textos escritos por sus alumnos (Font Quer, 1918 y 1920; Font Quer & Sagarra, 1916). Por otra parte Font Quer fue uno de los promotores de la propuesta para la conservación del Montseny.

Ignasi de Sagarra (Barcelona, 1890-1940), zoólogo y naturalista, colaboró a menudo con Font Quer y juntos efectuaron varias excursiones botánicas y zoológicas por el Montseny. En su momento tuvo cierta influencia un artículo muy ilustrado y escrito por él (Sagarra, 1927).

Francesc Carreras Candi (Barcelona, 1862-1937), abogado, geógrafo, historiador y político, dirigió la extensa *Geografia General de Catalunya* (1913-1918, 6 vols.). Pero su gran capacidad de trabajo, su dedicación y sus relaciones le permitieron trabajar y publicar en temáticas muy diversas relacionadas con la geografía, entre la que destaca *Notes històriques de Sant Hilari-Ça-calm* (Carreras Candi, 1911), una pequeña monografía en la que expone la organización territorial y las actividades de sus habitantes de esta población cercana al Montseny. Destaca la explicación del aprovechamiento de los castaños, una actividad forestal de gran importancia en el Montseny. Por otra parte en su *Geografia General de Catalunya* aporta una gran información local de todos los municipios catalanes (Carreras Candi, 1924). Su estudio sobre Ordenaciones urbanas tiene una gran importancia histórica, ya que su publicación respecto al municipio de Sant Celoni se ha convertido en un documento de referencia más allá del interés local a causa de que en la actualidad se desconoce el original (Carreras Candi, 1925). Es preciso destacar también su dedicación directa a las actividades excursionistas, en especial su aportación en la exposición cartográfica organizada por el CEC en 1919 (Carreras Candi, 1919).

Pau Vila Dinarés (Sabadell, 1881 - Barcelona, 1980), maestro y geógrafo, ha sido uno de los geógrafos con mayor proyección interior y exterior. En Cataluña es considerado como el geógrafo por excelencia y de referencia para muchos trabajos y orientaciones geográficas. Entre sus obras escritas destacan *Resum de geografia de Catalunya* (1928-1936, 9 vols.) y *La Cerdanya* (1926). Pero Pau Vila es conocido de manera especial por el trabajo realizado en la ponencia para la División Comarcal de Cataluña antes de la guerra civil española. Por otra parte dio un importante impulso a las escuelas geográficas de Venezuela y Colombia. Conoció muy bien el Montseny, en especial a partir de los trabajos para la División Comarcal. Tiene una monografía acerca de la comarca del Vallés a la cual pertenece la mitad meridional y occidental del macizo del Montseny (Vila, 1904).

Salvador Llobet Reverter (Granollers, 1908-1991), geógrafo, destacó por sus trabajos de carácter regional, cuyo principal exponente es *El medio y la vida en el Montseny*, uno de los primeros trabajos geográficos españoles de carácter regional (Llobet, 1947a). Es todavía ahora la mejor y la más extensa monografía geográfica acerca del Montseny. De este trabajo destaca el mapa de mantos de vegetación, elaborado a partir de la base topográfica del mapa del CEC de 1924 (Panareda, 2007; Roma, 2000). Ya anteriormente había publicado aspectos parciales acerca de la misma montaña (Llobet, 1943 y 1945). Fue un gran especialista en geografía agraria, pero en los últimos años prestó especial atención a temas geomorfológicos, destacando su trabajo acerca del periglacial en el Montseny (Llobet, 1975). Llobet tiene algunos artículos publicados en el *Butlletí del CEC*, y son numerosos los publicados en el *Butlletí de l'Agrupació Excursionista de Granollers*, entidad de su ciudad natal, cercana al macizo del Montseny. Otra aportación destacada de Llobet es su labor divulgativa, en especial con la creación y gestión de la editorial Alpina, destinada a los excursionistas, juntamente con el geólogo Noel Llopis Lladó, el ingeniero Josep M. Puchades, el dibujante de artes gráficas Xavier Coll y el librero Joan Quera. Editorial Alpina publica fundamentalmente mapas topográfico-excursionistas, a escalas 1:25.000 y 1:40.000, en función de la extensión del espacio representado, ya que el tamaño físico de la hoja cartográfica no podía exceder ciertas dimensiones. El mapa del Montseny, uno de los primeros en editarse, ha sido el más vendido. En 1947 apareció la primera edición y en 1977 ya estaba la 10ª edición en el mercado. Durante el mismo período Llobet efectuó una extensa monografía regional acerca del Principado de Andorra y elaboró así mismo un mapa de los mantos de vegetación también a escala 1:50.000 (Llobet, 1947b).

A parte de la excelente monografía de Salvador Llobet no existe ningún escrito extenso del conjunto del Montseny. Se editaron algunas monografías locales, como la de Fortià Solà sobre Aiguafreda (Solà, 1932), la de Pere Vergés sobre Gualba (Vergés, 1911) y la topografía médica de Viladrau de Antoni Ariet (Ariet, 1915), las tres con datos importantes para el estudio histórico y geográfico de los tres municipios.

Por otra parte hay que señalar la existencia de diversos escritos acerca del aprovechamiento forestal, una actividad de gran importancia económica en todo el macizo. Destaca el pequeño manual de Josep M. Riu sobre de los encinares del Montseny y los aprovechamientos para ruedas de carro, que dio lugar a una interesante industria local (Riu, 1945).

5. Conclusiones

Desde finales del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX los centros excursionistas han ejercido un papel destacado en el desarrollo de las ciencias, en especial en las ciencias naturales y sociales. Sus sedes sociales eran lugar de reunión, de conferencias y de discusión de temas científicos. En las páginas de sus boletines, anuarios y monografías predominaban los artículos que bien pueden catalogarse como científicos. En la actualidad las referencias de numerosos trabajos científicos de ese período corresponden a textos publicados en ediciones excursionistas.

Los temas más destacados hacen referencia a aspectos históricos, artísticos y arqueológicos. Son frecuentes los croquis o esquemas de ermitas, iglesias, palacios y castillos insertados en los artículos, así como detalles de ventanales o columnas. Las primeras campañas organizadas con excursiones sistemáticas a lo largo de meses y a veces de años desde los centros excursionistas fueron destinadas al estudio de lugares históricos, como Ripoll y el castillo de la Roca.

Los escritos sobre las actividades en áreas rurales constituyen una de las más importantes aportaciones a la geografía histórica y a la antropología. Dicha información se encuentra sobretudo en las guías de excursiones y de manera muy especial en los artículos de las revistas de las asociaciones excursionistas. Destaca el conjunto de información acerca del pastoreo y de la ganadería en general.

El interés por los estudios de geología y del relieve en general es notable en el conjunto de los excursionistas, tanto por el valor geológico en sí mismo, como por constituir el marco de la excursión. Importa saber la historia de la formación de las montañas y de los valles y las características de las rocas. Por ello no extraña el interés por la cartografía geológica. Y son geólogos los primeros en especializarse, después de los militares, en la cartografía topográfica, que constituye el documento básico para orientarse en el terreno. Y es el CEC quien organiza en Cataluña una primera gran exposición cartográfica, en la cual el número de mapas geológicos es elevado.

Es en el marco del excursionismo donde la espeleología alcanza un gran desarrollo. La razón reside en que la exploración espeleológica entra de lleno en el excursionismo. Es estudio y exploración sobre el terreno, pero sobretudo es aventura y esfuerzo en un mundo

profundo, de difícil acceso, oscuro y enigmático. La mayoría de los espeleólogos han surgido de asociaciones excursionistas. Algunos lo consideran simplemente una actividad lúdica y deportiva, pero todos suelen participar en las campañas de exploración y cartografía de simas y cuevas y en la búsqueda de restos de todo tipo que puedan dar pistas para conocer la historia y evolución de la cueva, así como de su entorno exterior. En relación con la espeleología se efectuaron algunos estudios hidrológicos, en especial respecto a los sumideros, a las surgencias y en general a la circulación subterránea en terrenos cársticos.

La actividad del excursionista depende del tiempo meteorológico, por lo que conocer su dinámica es fundamental para el éxito de una salida. Por ello los excursionistas se convirtieron en excelentes observadores meteorológicos y constituyeron una de las bases para el estudio del clima. Muchos excursionistas llevaban consigo, junto con la brújula y la lupa, un termómetro, y anotaban datos meteorológicos, en especial de temperatura, precipitación y viento. Se impartieron cursos de observación meteorológica e incluso se llevaron a cabo proyectos de estudio meteorológico y climático. En lugares que se consideran de referencia se instalaron estaciones meteorológicas, cuyos datos se publicaban en los boletines excursionistas, y constituyen actualmente, a pesar de las múltiples limitaciones técnicas del momento, datos de referencia para estudios históricos.

La observación y el estudio de la flora y fauna también estuvieron relacionados con la actividad excursionista. Muchas colecciones se forjaron a partir de los materiales aportados por los excursionistas. A veces se organizaban salidas con fines específicos para recolectar muestras, pero lo común era recolectar a partir de hallazgos más o menos fortuitos durante las excursiones. Aunque los hallazgos no eran siempre casuales, ya que desde los centros excursionistas se organizaron cursos de flora y fauna para que sus socios tuvieran un conocimiento mínimo de los organismos y dominaran las técnicas de herborización y observación y captura de animales.

Junto al interés naturalístico, los excursionistas solían tener una gran pasión por descubrir el paisaje y el territorio en su conjunto, ocupado, aprovechado y transformado desde milenios por las personas que lo han habitado. El interés iba desde los restos arqueológicos hasta las actividades forestales, ganaderas y agrícolas actuales y todo tipo de aprovechamiento de los recursos naturales, como el agua y las rocas.

Los excursionistas tenían como objetivo conocer su territorio, su país en el sentido más amplio del término. De ahí también su preocupación en la ordenación del territorio, que en aquel entonces se centró, entre otros temas, en la división comarcal. Entre los excursionistas había una gran conciencia de la identidad comarcal. Cada comarca tenía una historia, una geografía y unos límites.

Todas esas ideas clave se aplican al Montseny. La mayoría de los primeros estudios científicos acerca del Montseny se iniciaron en ambientes excursionistas. Osona era un comerciante excursionista que abrió caminos, unas vías que encontraron abiertas otros con una preparación e intereses más centrados en conocer los distintos elementos del paisaje. Todos ellos coincidían en los centros excursionistas y publicaban en las mismas revistas.

No hay ninguna duda que si se escribiera la historia de los estudios de las ciencias naturales y sociales del Montseny desde la propia ciencia, los nombres relacionados con el excursionismo saldrían en cada párrafo. Ciencia y excursionismo han ido de la mano hasta mediados del siglo XX. Si se preguntara a los actores de esa historia si su actividad era ciencia o excursionismo, muy probablemente no entenderían el por qué de la pregunta. En las excursiones gozaban del paisaje, descubrían y estudiaban el paisaje con todos sus elementos y se sentían ciudadanos de un país diverso y variado. Para sus estudios necesitaban organizar excursiones y la colaboración de compañeros, que encontraban en los centros excursionistas.

Bibliografía

- Almera, J. (1884), Excursió al Montseny: descripció física de la Muntanya, *La Veu de Montserrat* II, pp. 151-152, 167-168, 175-176.
- (1907), Estudio de un lago oligocénico en Campins, *Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona* VI (2), pp. 11-20.
- (1913a), *Mapa geológico y Topográfico de la Provincia de Barcelona. Escala 1:40.000. Región cuarta o del río Tordera*. Barcelona.
- (1913b), *Mapa geológico y Topográfico de la Provincia de Barcelona. Escala 1:40.000. Región quinta o del Montseny, Vallés y del Litoral*. Barcelona.

- (1915), Descripción físico-geológica del bajo Vizcondado (Tordera) y sus valles de hundimiento, *Memorias Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona* XI, pp. 365-371. Barcelona.
- Arabia, R. (1882a), Montseny: passat, present i futur, *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana* IV (48), pp. 154-160.
- (1882b), Al Montseny, *Anuari de l'Associació d'Excursions Catalana* I, pp. 232-258.
- (1901), A la memòria d'Artur Osona, *Butlletí del CEC* 76, pp. 137-147.
- Ariet, A. (1915), *Topografia Mèdica de Viladrau (Montseny)*, Barcelona, Fidel Giró impressor, Reial Acadèmia de Medicina i Cirurgia de Barcelona. 220 p.
- Barberà, J. (1996), *Excursionistes recordats*. Barcelona, Publicacions Abadia de Montserrat, col. Cavall Bernat 28. 137 p.
- Cadevall, J. (1892-1900), Flora del Vallès, *Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona*, (3^a época) 2, pp. 1-131.
- (1907), *Elements de Botànica popular*, Terrassa, M. Utset y Juncosa. 296 p.
- (1913-1937), Flora de Catalunya. Enumeració y descripció de les plantes vasculares espontànies de l'antic Principal fins avuy conegudes y de les més importants que s'hi cultiven, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans I: 432 p., II: 470 p., III: 522 p., IV: 481 p., V: 454 p., VI: 441 p.
- Carreras Candi, F. (ed.) (1906), *Geografia General de Catalunya*, A. Martín, Barcelona. 6 vols.
- (1919), Cartografia catalana, *Butlletí del CEC* 290-294, pp. 51-74.
- (1911), *Notes històriques de Sant Hilari-Ça-calm*, Barcelona. 178 p.
- (1925), Ordinacions urbanes a Catalunya. Ordinacions de Sant Celoni. 1370, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras*, pp. 121-149.
- CEC (1924), *Mapa del Montseny. E. 1:50.000*, Barcelona, Centre Excursionista de Catalunya.
- Coromines, J. (1976), *Entre dos llenguatges*. Barcelona, Curial, Biblioteca de Cultura Catalana.
- Estivill, L. (1944), *Montseny: con planos e itinerarios*, Barcelona, Velloso. 98 p.
- (1951, 2^a edició), *Montseny*, Barcelona, Miquel Arimany. 195 p. + mapa 1:100.000.
- Farreras, M. (1929), *El Montseny: monografía de esta montaña*, Barcelona, Garrofé. 137 p.

- Faura Sans, M. (1919), Condicions estructurals del terreny en la caracterització de les comarques catalanes, *Butlletí del CEC* 290-294, pp. 103-123.
- Faura Sans, M.; Marcet, J. & Franch, J. (1919), Catàleg de l'Exposició de mapes de Catalunya, *Butlletí del CEC* 290-294, pp. 131-176.
- Filella, S. (1923), Sota l'esguard del Cadí, *Butlletí del CEC* 344, pp. 254-265; 345, pp. 277-289.
- Font Quer, P. (1918), D'una excursió al Montseny, *Butlletí Institució Catalana d'Història Natural* 18: 156. Barcelona.
- (1920), Noves troballes de plantes al Montseny, *Butlletí Institució Catalana d'Història Natural* 20, pp. 16-21. Barcelona.
- Font Quer, P. & Sagarra, I. de (1916), La vall de l'Avencó, *Butlletí de la Institució Catalana d'Història Natural* 4, pp. 130-134. Barcelona.
- Font Sagué, N. (1897a), Determinació de les comarques naturals y històriques de Catalunya, *Butlletí del CEC* 28, pp. 274-276.
- (1897b), *Catàlech espeleològich de Catalunya*, Barcelona, L'Avenç. 78 p.
- (1898), Excursió espeleològica a la Bancó, les Barbotos y Singles de Bertí, *Butlletí CEC* 8 (41), pp. 165-168; (42), pp. 184-196; (43), pp. 197-205). Barcelona.
- (1899), *Història de Catalunya*, Barcelona, Estampa La Catalana. 168 p.
- (1904), *Lo Vallès*, Barcelona, L'Avenç. 16 p.
- Fontserè, E. (1919), Resum de meteorologia, Barcelona, Minerva. 30 p.
- (1933a), El nou observatori del Turó de l'Home, *Butlletí del CEC* 43, pp. 60-62.
- (1933b), Les estacions meteorològiques de muntanya fundades per la Generalitat amb motiu de l'any polar 193233, *Societat Catalana de Ciències Físiques, Químiques i Matemàtiques: Memòries* I (5), pp. 277-307. Barcelona.
- (1937), L'anomalia tèrmica de la Plana de Vic, *Mem. Serv. Meteor. de Catalunya* I, 1. 40 p. Barcelona.
- (1950), *Una visió meteorològica del Turó de l'Home. Edició d'Homenatge*, Barcelona, Gustavo Gili. 70 p.
- (1962), *Meteorologia de l'excursionista*, Barcelona, Centre Excursionista de Catalunya. 127 p.
- Gallardo, A. (1933), El glaç natural. Indústria rural que desapareix, *Butlletí del CEC* 455, pp. 137-142. Barcelona.
- (1938), Del Mogent al Pla de la Calma, Barcelona, *Butlletí del CEC* 514, pp. 58-64; 515, pp. 77-89; 516, pp. 101-114; 519, pp. 149-201.

- Gomis, C. (1903), En Ramon Arabia y Solanas, *Butlletí del CEC* 107, pp. 290-293
- Iglésies, J. (1963), *Mossén Norbert Font i Sagué. L'introducció de l'espeleologia a Catalunya*, Barcelona, Rafael Dalmau / Arxius Bibliogràfic de la Unió Excursionista de Catalunya. 63 p.
- (1983), *Artur Osona: L'autor de les primeres guies excursionistes de Catalunya*, Barcelona, Rafael Dalmau / Arxius Bibliogràfic de la Unió Excursionista de Catalunya. 131 p.
- Jolis, A. (ed.) (1996), *Centre Excursionista de Catalunya 120 anys d'història 1876-1996*, Barcelona, Centre Excursionista de Catalunya. 44 p.
- Llobet, S. (1943), Distribució altitudinal del olivo y la vid en la regió del Montseny, *Estudios Geogràfics* 4 (3), pp. 829-845. Madrid.
- (1945), Avance a un estudio geogràfic del Montseny, *Estudios Geogràfics*, 5-66. Madrid.
- (1947a), *El medio y la vida en el Montseny*, Barcelona, C.S.I.C. 518 p. + mapa. Traducció catalana (1990), *El medi i la vida al Montseny. Estudi Geogràfic* (1990), Granollers, Museu de Granollers - Agrupació Excursionista de Granollers. 486 p. + periglacial al Montseny.
- (1947b), *El medio y la vida en Andorra*, Barcelona, C.S.I.C. 310 p.
- (1975), Materiales y depósitos periglaciares en el macizo del Montseny: antecedentes y resultados, *Revista de Geografía*, 36-58.
- Llopis, N. (1942a), Estudio geológico del valle del Congost (Barcelona), *Publ. Inst. Geol. Top. Dip. Barcelona* V, 102 p. Barcelona.
- (1942b), Sobre la estructura del Montseny (Barcelona), *Boletín Real Sociedad Española de Historia Natural* XL, pp. 513-542. Madrid.
- (1947), *Contribució al conocimiento de la morfoestructura de los Catalánides*, Barcelona, C.S.I.C. 372 p.
- Martí Heneberg, J. (1986), La pasió per la muntanya. Literatura, pedagogia y ciencia en el excursionismo del siglo XIX, *Geocrítica* 66, 48 p.
- Maspons, (1888), Excursió col·lectiva a Gualba i al Gorg Negre [2 de desembre de 1882], *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana* 112-117, pp. 2-18.
- Massó, A. (1879), Excursió al Montseny, *Memòries de l'Associació Catalanista d'Excursions Científiques* III, pp. 300-329.
- (1881), Les obres de l'Observatori-refugi del Montseny, *Memòries de l'Associació Catalanista d'Excursions Científiques* IV (33), pp. 660-662.

- OSONA, A. [propietari de la vila de Breda] (1879), *Excursió á la montanya de Monseny á partir de la vila de Breda ab traducció castellana y francesa*, Barcelona, Imprenta Barcelonesa / Associació Catalanista d'Excursions. 40 p. Facsímil (1979), Barcelona, Centre Excursionista de Catalunya.
- (1880), *Guia general de las montañas del Montseny ab la versió castellana y francesa acompanyada del plan de la encontrada*, Barcelona, Imprenta La Renaixensa / Associació Catalanista d'Excursions Científicas. 133 p. + mapa. 2^a edició «augmentada».
 - (1882a), Ascensió d'hivern a Santa Fe [12 de febrer de 1882], *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana* IV (40-41), pp. 29-31.
 - (1882b), L'aplec de Sant Segimon [1 de maig de 1882]. *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana* IV (46-47), pp. 246-248.
 - (1882c), Excursió col·lectiva al Gorg de Perxa Astor i al Castell de Montsoriu [3-4 de juny de 1882], *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana* IV (48), pp. 160-164.
 - (1883), Excursió particular al Salt o Cascada de Gualba i al Gorg Negre de Gualba, *Butlletí de l'Associació d'Excursions Catalana* V (52), pp. 9-11.
 - (1886), *Guia general de las montañas de la Regió del Montseny ab todas las derivacions, inclús las Guillerias, ó sía, del Ter fins al Congost, Mogent y Tordera, dividida en 132 itineraris*, Barcelona, Associació d'Excursions Catalana, 174 p. 3^a edició «corregida y aumentada». Facsímil (1994) Valencia, Librerías París-Valencia.
 - (1888), *Guia itineraria de las Serras de la Costa de Llevant, ó sía del Besós al Tordera dividida en 125 itineraris*, Barcelona, Estampa de Mariol y Lopez / Associació d'Excursions Catalana. 174 p.
 - (1891), *Mas excursions pels Alpes*, Barcelona, Estampa de La Renaixensa. 95 p.
 - (1892a), *Guia itineraria de las Serras de la Costa de Llevant, ó sía del Besós al Tordera dividida en 142 itineraris*, Barcelona, Centre Excursionista de Catalunya. 180 p. + mapa 1:280.000.
 - (1892b), En Jaume de Ca'n Valent (Historia de un guia), *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya* 7, pp. 36-53.
 - (1893), *Guia itineraria de las montañas de la regió del Montseny ab todas las derivacions inclús las Guillerias, o sía, del Ter fins al Congost, Mogent y Tordera, dividida en 144 itineraris*, Barcelona, Estampa de F. Altés y Alabart / Centre Excursionista de Catalunya. 248 p.+ mapa. 4^a edició «corregida y aumentada».

- (1898), *Excursió a Berga, Bescaran y Andorra: de Berga anant a voltar per les Serres de la Nou, tornant a atravessar lo Llobregat per les mines de Figols, rebassant lo Pedraforca, y atravesant lo Massís de les Serres de Cadí pera pujar al punt culminant de les de Bescaran (Pirineus) y baixar a Andorra*, Barcelona, L'Avenç. 28 p.
- (1899), *Guia itineraria de la regió del Montseny y Guillerías dividida en 190 itineraris*, Barcelona, Estampa de F. Altés y Alabart / Centre Excursionista de Catalunya. 278 p. + 2 mapas 1:200.000 y 1:500.000. 5ª edición.
- Pages, P. (1901), Artur Osona, *Butlletí del CEC* 77, pp. 153-159.
- Panareda, J.M. (1992a), Salvador Llobet i el Montseny, *Lauro* 3, pp. 3537. Granollers.
- (1992b), Salvador Llobet, un excursionista que visqué de la geografia, *Muntanya* 781, pp. 127. Barcelona.
- (2002c), Canvis en el paisatge del Montseny en el darrer mig segle, *Anuari del Centre d'Estudis de Granollers 2001*, pp. 11-45. Granollers.
- (2007), «La percepció del paisaje del Montseny» (Cordillera Prelitoral Catalana) por Salvador Llobet a partir del Mapa de los Mantos de Vegetación de 1947, en Paül & Tort, (eds.), *Territorios, paisajes y lugares*, Cabrera de Mar (Barcelona), Galerada, pp. 193-204.
- Puchades, J.M. (1948), El río Besós. Estudio monográfico de hidrología fluvial, *Miscel·lània Almera* II, pp. 195-355. Barcelona.
- Ricart, J. (1900), El Montnegre, *Butlletí del CEC* 62, pp. 73-83.
- Riu Vulart, J.M. (1945), *Los encinares del Montseny o los rayos y pinas de encina catalana*, Barcelona, Cámara Oficial Agrícola de Barcelona. 63 p.
- Rivera, J. DE (1919), Treballs actuals de la formació d'un mapa de Catalunya, *Butlletí del CEC* 290-294:, pp. 75-103.
- Rocafort, C. (1903), Treballs efectuats en les societats excursionistes de Catalunya per D. Ramon Arabia y Solanas, *Butlletí del CEC* 107, pp. 293-295.
- F. (2000), *Salvador Llobet i Reverter. La Geografia, entre la ciència i la passió*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, Societat Catalana de Geografia. 189 p.
- Sagarra, I. DE (1927), El Montseny (Glossa de les valors naturals de la contrada), *Ciència*, 20, pp. 595624. Barcelona.
- Solà, F. (1932), *Aiguafreda. La parròquia antiga i el poble modern*, Barcelona, Imprenta La Bona Parla. 160 p. Edición facsímil (1983 2ª ed.; 1987 3ª ed.), Barcelona, Editorial Humanitas.

- Solé Sabarís, L. (1936), Notes geo-morfològiques sobre les Guillerries, *Guia d'Excursions*, 9-15. Barcelona, Institució Catalana d'Història Natural.
- (1958-1964), *Geografia de Catalunya*, Barcelona, Aedos. 3 vls.
- Torras, C.A. (1878), Excursió a Breda, Montsoriu, Arbúcies i Hostalric [2 i 3 de febrer del 1878], *Memòries de l'Associació Catalanista d'Excursions Científiques* II, pp. 47-66.
- (1919), Assaig sobre les comarques naturals de Catalunya ajustades al moment present, *Butlletí del CEC* 290-294, pp. 124-131.
- Vayreda, E. (1880), Excursió botànica al Montseny y Guillerias, *Crònica Científica* III, pp. 388-394.
- Vergés, P. (1911), *Gualba*, Barcelona, Imprenta Pedro Ortega. 116 p.
- Vidal, E. (1911), *Excursions curtes. Del Foix al Tordera i de la mar a les serres occidentals del Penadès, Montserrat, Sant Llorenç del Munt, Montseny i Montnegre*, Barcelona, L'Avenç. 108 p. + 1 mapa [2^a edició corregida, 1919]. [Publicado bajo el pseudónimo de V. de Laserra].
- (1912), *El Montseny: guia monogràfica de la regió: itineraris-excursions*, Barcelona, L'Avenç. 156 p. + mapa 1.150.000.
- Vila, P. (1904), *El Vallès: assaig geogràfic*, Barcelona, L'Avenç. 106 p.

Agradecimientos: Esta investigación ha sido realizada en el marco de los Proyectos de investigación: Las unidades básicas de paisaje agrario de España: identificación, delimitación, caracterización y valoración. La España mediterránea cálida, insular y valle del Ebro, CSO2009-12225-C05-03 del Ministerio de Ciencia e Innovación; Evolución de los paisajes mediterráneos de ribera, PT2008-S0504-PANAREDA del Institut d'Estudis Catalans.

La utilización de la literatura de viajes en la indagación geográfica: aportaciones españolas sobre el Marruecos colonial

Rosa Cerarols Ramírez

Universidad Autónoma de Barcelona

1. Significaciones geográficas e históricas de la literatura de viajes

1.1. Viaje y geografía

El viaje o el viajar es una práctica genuinamente geográfica porque su se trata de un desplazamiento espacial. A menudo se ha diferenciado del acto de moverse ya que el viaje implica desplazarse más allá del espacio cotidiano. Asimismo, la práctica del viaje ha sido una actividad constitutiva de la cultura (Turri, 1984): siempre se ha viajado y se viajará. Cabe considerar el viaje, pues, como una práctica que genera de forma inherente conocimiento geográfico y configura identidades culturales¹. De ese modo, «el viaje es una forma de la cultura con una lógica interna que ha permitido que a lo largo de los siglos se haya utilizado como modelo de representación y se le hayan atribuido diferentes razones, objetivos y destinos para su realización» (Almarcegui, 2007: 201).

Si hacemos una abstracción contextual de dicha práctica vemos como cada viaje queda íntimamente ligado con la cultura y con la sociedad de quien lo realiza. En este sentido, «el hombre occidental y mediterráneo en particular, organiza su vida social, el pensar, el discurrir vital y sus actos a través del *libro*, *libro de los libros*, ya sea, la *Torá*, la *Biblia* y el *Corán*» (García-Romeral, 2004: 9). García-Romeral asocia la cultura con la religión, a la vez que diferencia claramente entre el viaje bíblico (que confiere al viajero una transmutación interior), del no bíblico, que «tiene que ver con el conocimiento intelectual y la exploración del medio geográfico, y por ende de la transformación

¹ Las revisiones actuales que hacen referencia a las concepciones tradicionales del desplazamiento y del viaje enuncian un *mobility turn* que se cuestiona los preceptos sedentarios de las sociedades y de las culturas (Hannam et al, 2006). Sin embargo, en el contexto histórico de esta investigación, el viaje realmente es una alteración de la cotidianidad (Turri, 1984).

interior del individuo mediante la búsqueda de realidades diferentes a la ya conocidas» (García-Romeral, 2004: 9).

El viaje que se realiza como «alteración» de la cotidianidad, como reto al mundo, siempre se convierte en un acto singular y como tal es narrado. En palabras de Turri, «si viaggia per narrare, per tenere alimentata la cultura» (Turri, 1984: 60). Así, el viaje que desafía lo que es desconocido se transforma en la fuente principal de narración humana (Adam, 1983; González Alcantud, 1993, Pimentel, 2003) y en la estrategia utilizada para contar tanto la mitología (viajes imaginarios) como la historia (viajes materiales y físicos). Así, «el viajero, el explorador, el descubridor... son buscadores de espacios abiertos para transliterarlos a espacios cerrados que una vez interpretados por el lector recuperan su forma original matizados por la subjetividad» (García-Romeral, 2004: 9).

En cualquier caso, viajar implica una transformación de la subjetividad y de la visión de los lugares recorridos así como del lugar de origen. Esta transformación siempre se llevará a cabo a partir de la «interacción» con la alteridad y construyéndose siempre desde la diferencia. La idea fundamental, pues, es que viajando se hace geografía. Narrándolo, se dan a conocer diferentes conocimientos geográficos y se consolidan diferentes imaginarios en relación a los otros territorios y respeto a la cultura propia de cada individuo/sociedad.

1.2. Literatura de viajes: la narrativa de divulgación geográfica

La literatura de viajes es un género híbrido entre la documentación y la creación literaria que con el paso del tiempo se ha ido cruzando con diferentes tipologías de narrativa (Nucera, 2002) pero que ha mantenido ciertas convenciones y características propias como el arraigo a una experiencia real (no ficticia) narrada en una progresión que incluye la salida, el desplazamiento, el tránsito y el retorno (Fortunati et al., 2001). De ese modo, las narrativas que dejan constancia de los desplazamientos muestran de forma clara las ideas y los imaginarios de la época a la que pertenecen (Almarcegui, 2007).

Al mismo tiempo, uno de los elementos más característicos de los relatos de viaje es su alto grado de ideologización (Paradela, 2005) que se produce justamente porque existe un interlocutor constante que no es sólo lo otro, sino también lo que es propio, personal o nacional. Así pues, hay que concebir este tipo de narración como una «literatura

de diálogo» (Paradela, 2005), en el sentido que involucra un «aquí» y un «allá», un «adentro» y un «afuera» que pone de relación ámbitos diferentes y dos sujetos diferentes: el yo/nosotros en contraposición (la mayoría de veces) con el Otro.

Además, la dirección del mensaje que se transmite es unidireccional: el destinatario principal es la comunidad de la cual forma parte quien escribe/viaja (que siempre queda reflejada e identificada). Nieves Paradela lo concreta a través del efecto boomerang: «se sale para descubrir o conocer gentes y situaciones nuevas, pero lo que se pretende, casi siempre, es autodescubrirse y reconocerse en lo que es diferente» (Paradela, 2005: XII). Así, la literatura de viajes no sólo es una simple descripción de un recorrido, sino toda una visión de alteridad que nunca puede ser neutra o inocente.

Así pues, la narrativa viajera emana lo que Litvak (2004) llama la «topografía de la alteridad», que son las estrategias narrativas, temáticas y retóricas que no sólo responden a una entidad geográfica recorrida, sino también a todo aquello que hace referencia a la diferencia. Podemos encontrar diferentes discursos respecto a la alteridad: el autobiográfico, el colonial, el geográfico, el arqueológico, el exótico, el antropológico, el orientalista y un largo etc. La narrativa de viajes, por lo tanto, organiza y alterna las aventuras y las peripecias personales con las narraciones más descriptivas. Así: «si la geografía está formada por la descripción, la aventura está determinada por las acciones. Y el relato se convierte en un viaje con un recorrido «heroico» a través de un trayecto geográfico» (Litvak, 2004: 101).

1.3. El *Orientalismo* de Said: los imaginarios geográficos coloniales

Al realizar una revisión histórica o postcolonial de las geografías imperiales/coloniales hay que mencionar necesariamente la canónica aportación de Said respecto al proceso de «orientalización europea» de los territorios coloniales. De algún modo se podría afirmar que la cultura occidental presupone la idea de imperio como hecho fundador de Occidente desde el Renacimiento hasta la actualidad, y que sus productos literarios o estéticos participan de dicho hecho fundador y lo incorporan, aunque no siempre se trate abiertamente. La historia intelectual de Europa es impensable sin la expansión territorial, sin el impacto intelectual de los descubrimientos y sin la política de colonización.

La obra *Orientalism* (1978), de Said, es una monografía que funda el «discurso colonial» e inaugura el estudio de las relaciones existentes entre cultura e imperio, la implicación del conocimiento y de las prácticas textuales y artísticas, en las relaciones de poder. La *textualidad*² del imperio nos permite comprender el concepto de discurso colonial como el conjunto de convenciones y de prácticas miméticas y simbólicas (discursivas, textuales, estéticas) que Europa desplegó en toda su extensión territorial. En este sentido, Said presta especial atención en la interrelación del orientalismo académico con el imaginativo y el institucional. De esta manera, el análisis crítico de Said se puede presentar como un estudio arqueológico y epistemológico que indaga en la complicidad del poder imperial con las ciencias humanas y la literatura, y que culmina, con la investigación de la productividad estética del poder (Vega, 2003).

Según los postulados de Said (1978), desde mediados del siglo XVIII, un elemento axial habría dominado estas relaciones: se trata del conocimiento creciente y sistemático que Europa compila y ordena sobre Oriente, que se refuerza y multiplica con el encuentro colonial y con el interés europeo fuera de sus delimitaciones territoriales. A este conjunto de relaciones, textos y disciplinas, se le añadiría todo el corpus de textos literarios. Es decir, Said describe el orientalismo como un campo de conocimientos, pero estudia también el Oriente como una evocación, como una construcción literaria y como una representación estética.

Desde esta perspectiva, la visión del Otro surge como una proyección de Occidente, que al referirse al otro, da cuenta, realmente, de sí mismo y confirma la identidad occidental mediante la descripción de las características de lo oriental, como si se tratara de un juego de espejos. Con la presentación de este mundo diferido, en *Orientalism*, el Oriente no es un espacio geográfico que queda al final de una cadena de remisiones, sino que resulta ser una representación, el lugar

² En relación a la intertextualidad del discurso, Said propone analizar obras literarias, políticas, periodísticas, religiosas, y también libros de viajes y estudios filológicos desde una perspectiva que él mismo cualifica de híbrida, de histórica y antropológica. En este sentido, cree necesario atender de forma prioritaria los vínculos existentes entre textualidad, sociedad e historia. También entre literatura y «escritura imaginativa» por un lado, y escritura académica y filológica por otro. Como que a diferencia de Foucault sí que otorga importancia a la contribución de los individuos, concede un espacio de complejidad a la dialéctica entre el escritor singular y la formación discursiva y colectiva que su obra aporta.

de encuentro de una red de textos: es una gran biblioteca y un enorme archivo estético (Vega, 2003).

Said define el orientalismo como «una determinada relación de Occidente hacia Oriente» (Said, 2003: 19), donde Oriente «no es sólo el vecino inmediato de Europa, sino que también es la región en la que Europa ha creado sus colonias más grandes, ricas y antiguas, es la fuente de sus civilizaciones y lenguas, su contrincante cultural y una de sus imágenes más profundas y repetidas del Otro» (Said, 2003: 19). Además, en esta relación, «Oriente ha servido para que Europa (u Occidente) se defina en contraposición a su imagen, ideario, personalidad y experiencia» (Said, 2003: 20). Oriente «no es puramente imaginario: es una parte integrante de la civilización y de la cultura material europea. El orientalismo expresa y representa, desde un punto de vista cultural e incluso ideológico, una demarcación geográfica como un tipo de discurso que se sustenta de unas instituciones, un vocabulario, unas enseñanzas, unas imágenes, unas doctrinas e incluso, unas burocracias y estilos coloniales» (Said, 2003: 20). En este sentido, Pannikar (1959) afirma que «creer que Oriente se «orientalizó» y creer que estas cosas pasaron simplemente como una necesidad de la imaginación, es faltar a la verdad. La relación entre Occidente y Oriente es una relación de poder y dominación» (Panikkar, 1959: 25).

1.4. Geografías imperiales y la invención del Oriente español

Derek Gregory en su libro *Geographical Imaginations* (1994) hace referencia a las «geografías imaginarias» de Said. Al adaptar el concepto, remarca que las geografías imaginarias³ son formaciones discursivas, tensas constelaciones de poder, conocimiento y geografía (Gregory, 1994). Enfatizando la dimensión geográfica, también señala que las geografías imaginarias están centradas en un «aquí» y proyectadas hacia «allá» y que en el trayecto de translación adquieren significación. La idea más relevante que Gregory toma de Said es la manera en

³ Existen otras contribuciones. Véase, por ejemplo: Lowenthal, David (1961). *Geography Experience and Imagination: Towards a Geographical Epistemology*, *Annals of the Association of American Geographers*, 51, 1961, 241-60; Harvey, David (1990). *Between Space and Time: reflections on the Geographical Imagination*, *Annals of the Association of American Geographers*, 80, 3 (1990) 418-34; Driver, Felix (1999). «Imaginative geographies» A: Cloke, Paul; Crang, Philip; Goodwin, Mark (eds). *Introducing Human Geographies*. London: Arnold; Schwartz i Ryan (2003). *Picturing place. Photography and the Geographical Imagination*. London, New York: I.B. Tauris.

la cual la poética del espacio (Bachelard, 1969) también es política espacial. En consecuencia, el orientalismo de Said —como geografía imaginaria— deviene una formación discursiva (europea) que funciona mediante la representación del espacio donde Oriente se construye como un escenario teatral en el cual Occidente proyecta sus fantasías y deseos. Cabe destacar también, que en estas representaciones espaciales hay implicadas desiguales relaciones de poder. Así pues, a través de los viajes aparecen geografías imaginarias, que como formaciones discursivas nos explican de forma relacional la experiencia colonial. Además, este proceso de producción de nuevas geografías que vinculan el aquí con el allá, los otros territorios se convierten en texto para ser leído o objetos para ser contemplados (Gregory, 1994).

Podemos considerar como geografías imaginarias el resultado del proceso o mecanismo humano a través del cual las personas conciben el mundo situándose en el espacio y el tiempo. Consiste, pues, en una cadena de prácticas subjetivas en las cuales el conocimiento geográfico se recoge, los hechos geográficos quedan ordenados y las geografías imaginativas construidas (Gregory, 1994, 1995). Tal y como plantea Said, Europa inventó sus propios «orientes». Aunque de forma general «Oriente, la tierra que está al Oriente de Occidente, es un mundo de cuentos. Su realidad se ha visto siempre encapsulada en formas narrativas que nos remiten a los hechos, a las ficciones y a las fábulas. Oriente invita a la imaginación» (Sardar, 2004: 17), para el caso español, se observa que Oriente no se localizó ni al este ni fue extremadamente fabuloso. Sí pero que fue profundamente imaginado y se ubicó en Marruecos.

Morales Lezcano afirma que Marruecos se incorporó totalmente «a los orígenes y desarrollo del conocimiento y representación orientalista del mundo árabe islámico que estudia, manipula e interroga Europa con curiosidad creciente» (Morales Lezcano, 2006: 150). En realidad, España se interesó por el territorio marroquí fruto del contexto de repartimiento imperial de África. De ese modo, las primeras formulaciones orientalistas españolas referentes a Marruecos, ya incorporan el discurso hegemónico y dominador de «*España en Marruecos*». Para Martín Corrales, se encuadra de la siguiente manera:

«El siglo XIX puede considerarse como el punto de partida de la renovada expansión española por el norte de África (la anterior había fracasado en la primera mitad del siglo XVI). Necesidades de política interior y la aparición del imperialismo europeo explican el

renacido interés por Marruecos, que a partir de 1860 será el marco geográfico en el que se ubican las ensoñaciones del orientalismo español decimonónico» (Martín Corrales, 2002a: 26).

Como resultado, las concepciones medievales se transmutaron en un orientalismo fantasioso basado en ideas nostálgicas del Al-Andalus y reelaborado en función de las necesidades colonialistas. En este sentido Villanova considera que «España se propuso actuar en Marruecos sin conocer su sociedad ni su territorio, sin medios y sin un plan coherente, ni en lo político ni en lo militar» (Villanova, 2004: 64).

1.5. Geografías postcoloniales: la complicidad entre la geografía, el viaje y el imperialismo

En la actualidad las geografías postcoloniales copan un gran interés académico en la disciplina geográfica⁴ (especialmente en el ámbito anglosajón). Sin embargo, referirse a las geografías postcoloniales se convierte en una tarea ambiciosa ya que nos adentramos en el amplio, diverso y también confuso contexto que rodea la polisémica palabra *postcolonialismo* (Young, 2001). Con todo, la idea más destacable y fundamental es que las geografías postcoloniales han sacado a la luz la complicidad existente entre la geografía y el imperialismo en tiempos pretéritos pero también en tiempos actuales. En este sentido, Gregory (2004), considera la crítica postcolonial como una de las vías más adecuada para entender y comprender el *presente* colonial.

De ese modo, a través de diferentes aproximaciones teóricas y metodológicas, a principios de los años noventa aparecieron publicaciones que hacían referencia explícita y crítica a la historia de la disciplina en relación con su complicidad colonial, o sea, la estrecha relación que existió entre la geografía y el imperialismo⁵. Estas primeras aportaciones comprometidas con el postcolonialismo se vieron influenciadas por el trabajo de otras disciplinas académicas,

⁴ Se podría afirmar que se están situando en el *mainstreaming* de la disciplina debido, al menos, a dos motivos diferentes. El primer responde al interés intelectual que genera vivir en un mundo *globalizado* y *postcolonial*. El otro se relaciona a la conjunción de intereses que comparte con otras subdisciplinas del saber geográfico, como pueden ser la geografía histórica, la feminista o la cultural.

⁵ Destacan las publicaciones de David Livingstone (1992), Jim Blaut (1993), Anne Godlewska y Neil Smith (1994) o Alison Blunt y Gillian Rose (1994).

pero enfatizaban que tanto el colonialismo como el postcolonialismo tienen unas características propiamente geográficas.

Dichos estudios ya perfilan lo que han sido los temas más tratados en el marco de las geografías postcoloniales. Por un lado disponemos de aquellas investigaciones que hay que concebirlas como una *crítica a la historia colonial* (King, 2003). Así, «geographers have become interested in the imperial genealogy on their discipline, the spatiality of colonialism and empire, and how we might revisit imperial and colonial geographies from postcolonial perspectives» (Clayton, 2003: 354). En esta línea se ha profundizado en analizar los discursos coloniales de los diferentes agentes imperiales en variadas realidades coloniales. Se han (re)visitado críticamente muchas de las aportaciones viajeras del período para indagar en la cooperación constructiva de un discurso colonial imperialista y eurocéntrico (Blunt, 1994; Gregory, 1994 i 1995; Kearns, 1997; Phillips, 1997; Driver, 2001; McEwan, 2000; Lester, 2001).

Una segunda línea de investigación postcolonial emerge de las indagaciones referentes a las situaciones coloniales contemporáneas en estados supuestamente postcoloniales⁶. Desde esta perspectiva, también existen contribuciones con un rechazo contundente hacia el colonialismo y que conciben que el postcolonialismo tendría que fomentar el anticolonialismo⁷ (Blunt & Wills, 2000; Gilbert, Berg, 2007, McEwan, 2003). Asimismo, se disponen de aportaciones que vinculan algunos idearios postcoloniales con teorías de desarrollo (Pavarti et al., 2006; Power, et al., 2006; Sharp & Briggs, 2006) o otras que analizan la materialidad postcolonial desde una perspectiva cultural (Cook & Harrison, 2003).

En realidad, la base del postcolonialismo es la mera crítica al colonialismo europeo/occidental. Algunas de las contribuciones de la geografía postcolonial también lo han explorado enfatizando de forma crítica los idearios y las aspiraciones eurocéntricas vinculadas con el traspaso de la modernidad, el progreso y el desarrollo en territorios no europeos (Blaut, 1993, 2000). De ese modo, se ha intentado elucidar

⁶ Desde este punto de vista, destacan los trabajos de Jane Jacobs (1996), Daniel Clayton (2000), Harris (2002) o Derek Gregory (2004).

⁷ La teoría académica postcolonial utilizada en el campo geográfico se ha acercado más a la tríada de teóricos postcoloniales (Said, Bhabha y Spivak) y no tanto a los agitadores/teóricos de las luchas anticoloniales (Gilmartin & Berg, 2007).

como el eurocentrismo imperial desarrolló una particular e interesada clasificación y categorización territorial del mundo (Pratt, 1992, Smith, 1994, Lester, 2003). Desde este punto de vista, el historiador bengalí Dipesh Chakrabarty (1992, 2000) se refiere al concepto «provincializing Europe» como la estrategia de (re)ubicación de los discursos occidentales sobre la modernidad en la interconectada red colonial vinculada al presente postcolonial.

Frente a la heterogeneidad de aproximaciones que se realizan desde la geografía, cabe destacar la importancia que ha tomado la evaluación crítica de los discursos emanados del contexto colonial. Sin embargo, este predominio también ha sido duramente criticado (McEwan, 2003). Pero también es cierto que a través de los análisis discursivos se han (re)visitado las relaciones creadas entre diferentes agentes que construyeron y difundieron el conocimiento geográfico imperial. Así, por ejemplo, trabajos como los de Felix Driver (1992, 1995, 2001) han enfatizado el papel de las culturas de exploración o de las culturas imperiales practicadas por los viajeros, científicos, exploradores, sociedades geográficas, fotógrafos y otros. Este vasto conjunto heterogéneo creó y difundió unas geografías no europeas eurocéntricas (Spur, 1993) que, remitiéndonos a Conrad (1926), hablan de unas *geografías fabulosas*, de unas *geografías triunfantes* y también de las *geografías militantes*, todas ellas narradas por gente viajera, la cual a través de sus escritos nos han dado a conocer unas geografías imaginarias de lo que no era Europa, hablándonos siempre, pero, de Europa.

En esta misma línea, se han realizado estudios que han analizado las particularidades de las geografías coloniales e imperiales. En ellos se ha observado como el imperialismo quedó diseñado a través de formaciones espaciales de conocimiento y poder. Igualmente, que los imperios estuvieron revestidos de significación geográfica a través de diferentes medios culturales. Por otro lado, otras contribuciones han examinado como el imperialismo estuvo estrechamente relacionado con la fabricación de imaginarios referentes a los territorios coloniales. Así, se ha tratado la construcción de las geografías imaginarias de Oriente, África negra, los trópicos o el desierto (Livingstone, 1992; Driver, 1995; Duncan & Gregory, 1999; Zusman, 2007) o de qué forma se produjo y representó el espacio colonial a través de parámetros tales como el género, la raza, la clase o la religión.

Las contribuciones más recientes referentes a las geografías postcoloniales que trabajan con la literatura viajera, realizan revisiones de trabajos previos y reflexionan sobre la necesidad de una mayor contextualización histórica y geográfica a la hora desarrollar análisis discursivos de la literatura de viajes. Así, Leonard Guelke y Jeanne Kay Guelke (2004) revisitan la canónica obra *Imperial Eyes* de Mary Louise Pratt (1992) y consideran que si bien es cierta la complicidad existente entre el viaje, la geografía y el imperialismo, también es verdad que hace falta profundizar en los contextos de producción con la finalidad de extraer de forma más acurada unas aportaciones que fueron fruto de su tiempo y construidas en otra realidad espacial.

2. «España en Marruecos»: la plasmación de lo colonial en la literatura viajera

Entre 1859 y 1936, la mayoría de españoles/as que viajan por África lo hacen principalmente en Marruecos, sea por proximidad geográfica, por aprovechamiento de las infraestructuras coloniales y de los intereses creados, o bien por la combinación de ambas opciones (Albet et al. 2008). Asimismo, muchos de los relatos incluyen, de forma explícita o implícita, aportaciones significativas relativas a la situación colonial africana y más concretamente a la marroquina. Además, también describen de modo personalizado la geografía recorrida durante el viaje dejando constancia de opiniones geopolíticas del momento y de las diferentes políticas coloniales desarrolladas por las metrópolis imbricadas con «la cuestión marroquí». De hecho, tal y como apunta Marín (1996), muchas de las narrativas viajeras eran concebidas con el objetivo de dar a conocer y divulgar las intervenciones colonialistas españolas realizadas en Marruecos.

Se dispone tanto de relatos que esquivan tratar abiertamente el tema del colonialismo como narrativas donde el eje principal del relato se centra en discernir sobre la cuestión de «*España en Marruecos*». Las páginas que siguen analizan las contribuciones del conjunto de narrativa española existente que trata sobre la cuestión colonial. Se puede avanzar que se disponen de muchos y variados posicionamientos en relación a la presencia española en Marruecos, o más en general, sobre la presencia de Europa en África. Hay que recordar, en este punto, que la literatura de viajes es un vehículo útil para poner en relación lo visto con lo preconcebido o aquello deseado (Derek, 1994; Zusman et. al, 2007). Siendo así, con la reflexión generada con el

desplazamiento, aparecen idearios detallados sobre lo que tendría que ser el expansionismo, la identidad territorial o el nacionalismo. Así, los próximos apartados relacionan las aportaciones de los relatos viajeros con las particularidades coloniales de Marruecos durante el período de análisis, una etapa repleta de interés en lo referente a la configuración imperialista europea, su plasmación colonial y su transcripción geográfica.

2.1. El desplazamiento como fuente de conocimiento geográfico y geopolítico

Algunas de las aportaciones disponibles son especialmente reveladoras de la construcción colonial de Marruecos. Pareja, por ejemplo, en el año 1868 viaja durante tres meses con el objetivo de conocer las misiones católicas allí establecidas. En 1908 publica sus impresiones viajeras con el pseudónimo Abu-Djebel (cuando ya era un reconocido periodista e historiador), y a parte de sus experiencias incluye a modo de epílogo, un elaborado estado de la cuestión sobre la política colonial en Marruecos después de la Conferencia de Algeciras (1906). ¿No se trata, pues, de una apuesta clara de divulgación de un ideario político concreto utilizando la (banal) excusa de publicar un relato de viajes? ¿Qué significación tiene la espera de 40 años para que las memorias viajeras salieran publicadas? ¿Y el caso del científico Cabrera? Éste, entre los años 1913 y 1924 realiza cuatro viajes a Marruecos –tres de ellos pagados por la Real Sociedad de Historia Natural-. Su relato se dedica a recorrer las maniobras fronterizas del ejército español con el objetivo de conocer la fauna marroquí y catalogarla. ¿Su aportación no debe ser analizada bajo el prisma de la trilogía ciencia-política-colonialismo? ¿No nos da cuenta del seguimiento del proceso de expansión territorial de España en Marruecos? Así pues, nos damos cuenta de que las narrativas viajeras divulgan un conocimiento geográfico y geopolítico determinado, pero al mismo tiempo complejo.

Para empezar a hacernos una idea de la significación que toma a nivel social y político (también cultural y económico) la «cuestión marroquí» en España, utilicemos, por ejemplo, las aportaciones del clérigo Jaume Collell. En el año 1891, acompañando al Marqués de Comillas —reconocido africanista y empresario— hizo un cruceo por el Mediterráneo recalando en diferentes ciudades magrebina. Si bien el viaje se realizó en 1891, no fue hasta 1921 que el catalanista se decidió a publicar sus impresiones. ¿Por qué, nos podemos preguntar? Él mismo nos lo hace saber al principio de su relato:

«Y ara se m'ha acudit dirne quelcom d'una excursió a la costa del Marroch, feta en ple hivern del any 1891. N'han passat trenta anys, pero ho tinch tot tan present, com si avuy tornés de Melilla. Y com aqueix nom es avuy la **obsessió de Espanya**, m'ha semblat que sería oportú donar [...] unes notes viscudes de aquelles terres amarades de sanch espanyola, notes en les que s'hi trobarán **observacions de avuy tenen una forta actualitat**. Perqué aquell viatge no fou solament de turista curios y desvagas. Lo ferem en companyia del Marqués de Comillas en vapors de la Trasatlántica, y'l marqués que es l'espanyol més intensament patriota de jo conech, per tot allà hont va, **hi cerca sempre lo que pot redundar en be d'Espanya**, lo que pot intensificar lo seu progrés y enaltir lo seu honor. Y'm quedo curt en la ponderació, per por de ofendre la modestia del gran patriici» (Collell, 1921: 5-6)⁸.

Los treinta años que separan la realización del viaje de la publicación del libro no son casuales. La espera temporal es explicativa de cómo la opinión, las expectativas y el interés por Marruecos diferían, y en creces, entre el año 1891 y el 1921. El fatídico 21, el año del «desastre de Anual», España vivió el revés militar más escandaloso y de unas consecuencias nefastas en el sí de la sociedad española del momento (comparables a las del año 1898). Y es que tal y como comenta el autor, el Marruecos de 1921 se convirtió en una pesadilla y en la «obsesión de España». Por tanto, fueron la «crítica actualidad» de la política «nacional» española, la voracidad de los hechos ocurridos cerca de Melilla, el temor de la caída de los intereses españoles en Marruecos y las posibles represalias geopolíticas de las otras potencias europeas las que empujaron a Collell a reseñar su viaje a Marruecos cuando éste era todavía un imperio soberano y lleno de expectativas para España. Su relato, pues, se convierte en un legado importante ya que documenta explícitamente los cambios geopolíticos ocurridos en un período de treinta años además de incluir algunas de las reacciones y consecuencias en la sociedad de origen.

Resulta interesante rescatar aquí el interés de Collell para preservar, aún el momento crítico reseñado, los «intereses» de España en Marruecos. Lo hace enalteciendo la figura del Marqués de Comillas, presentándolo como un gran patriota que busca por todas partes «el bien de España». Dicha consideración tampoco es casual y nos revela

⁸ A partir de esta cita y para todo el capítulo, se mantiene el idioma (castellano y catalán) y la ortografía original de los relatos. Los destacados que se incluyen son de la autora.

las relaciones de este magnate con Marruecos durante y después de los enfrentamientos hispanomarroquíes del año 1859. De hecho, desde su regreso de Cuba, el Marqués de Comillas redirigió sus intereses económicos hacia África, y especialmente hacia Marruecos. Aunque el viaje del año 1891 puede entenderse como un acto de propaganda de la Transatlántica, también muestra a la perfección el giro político de los sectores colonialistas españoles y concretamente los del lobby Comillas en relación a Marruecos desde la Guerra de África, punto de partida de las aspiraciones colonialistas españolas en África (frente la eminente pérdida de las otras posesiones ultramarinas). Así, el espacio geográfico marroquí, a través de las anotaciones de Collell, tienen la misma importancia geopolítica en los 90 del XIX como a los 20 del siglo XX, en parte también porqué el autor considera —por el hecho de haber estado a Marruecos y haber pisado su territorio— que tiene una voz acreditada para emitir juicios de valor sobre dicha temática.

Si bien esta primera cita pide una introducción contextual en relación a las particularidades coloniales en Marruecos, tomemos una de más explícita y que de nuevo nos muestra como el desplazamiento deviene fuente de conocimiento geográfico y geopolítico. Collell, encontrándose a los alrededores de Ceuta escribe:

«Y allí precisament havian començat les escaramuces de aquella guerra que s'acabá ab lo tractat de pau firmat a Vad-Ras per Muley Abbas, general de les forces marroquines y D. Leopold O'Donnell, general en quefe del exércit espanyol, que, en lloch de aturar-se a Vad-Ras, **devía haver entrat a Tánger**. Jo aleshores, als meus quinze anys, vaig sentir dir que **l'inglés ne tenia la culpa**, y ara que'n tinch setanta cinch, encara ho crec ab mes certenitat. **Si Espanya a més de Ceuta tingués Tánger, tindria del Estret clau i ferrollat**» (Collell, 1921: 30).

Esta cita es destacable por dos motivos. En primer lugar porqué introduce el espacio geográfico de la batalla que en España se ha acabado conociendo como la Guerra de África. En segundo lugar, porqué dicho espacio aúna con la geopolítica mundial del momento y con la opinión personal del autor. Así, Collell, desde allí, rememora los enfrentamientos de Uadrás tomando consciencia de la importancia geoestratégica del enclavamiento —el Estrecho, entre el Mediterráneo y el Atlántico—. Al mismo tiempo, reniega de los avatares históricos y de la hegemonía del imperio británico, que con mucho interés defendía territorialmente sus «necesidades» imperiales en la zona de

Tánger-Gibraltar. Para el autor, a la favorable situación geográfica de la Península, sólo hubiera faltado tener un poco más de presencia en el otro lado del Estrecho para poder dominar y controlar el paso, a la vez que hubiera conseguido desestabilizar la potencia británica en la zona. Así pues, nos explica sus idearios dejando constancia de la situación de la política internacional del período, vivida en aquel momento pero reflexionada treinta años más tarde.

Como ya se ha comentado, es justo después de las escaramuzas bélicas del 1859 que empezó toda una desfilada de viajeros españoles que se adentraron a conocer y observar el vecino país, el todavía «desconocido» Marruecos. Murga, también llamado «moro vizcaíno», por ejemplo, viajó larga y tendidamente por el imperio de Magrib-al-Aksa a partir de 1863. En sus anotaciones incluye:

«El número de Europeos, y en particular el de los Españoles, **ha aumentado** en las costas de Marruecos desde su última guerra con España» (Murga, 1994 [1895]: 76).

Frente a esta constatación, también añade:

«Nuestro último Tratado ha disminuido, si no supeditado por completo, la influencia exclusiva que tenía la Inglaterra en el país; y hoy, podemos decirlo sin rebozo, **somos la Nación que mas pesa en los negocios de aquel Gobierno y mas preponderancia alcanza por allá**» (Murga, 1994 [1895]: 77).

Boada, por su lado, poco después de la internacionalización marroquí (1880) y en referencia a esta misma temática, incorpora:

«Antiguamente las naciones de Europa se contentaban con tener en Tánger un encargado de negocios, que acostumbraba ser el mismo cónsul; **pero desde que los asuntos mogrebitas han adquirido preeminente interés, todos los gobiernos se apresuraron a aumentar su personal diplomático**» (Boada, 1999 [1895]: 99).

Pero unos pocos años más tarde, concretamente en 1891, Muro aclara:

«Ya he dicho que **el número de españoles es aquí mayor** que el de los franceses, ingleses, italianos y de otros países: pues a pesar de eso, **los españoles somos los que menos cosas conseguimos**

del Sultán ó de nosotros mismos; quizás algún día hablaré con detención y muy en serio de esto, porque en ello va un porvenir para España, envuelto en su propio decoro» (Muro, 1891: 55).

De ese modo, entre mediados de los años 60 y los 90 del siglo XIX, aunque los viajeros constataron un incremento de la presencia española en el soberano Marruecos, también vemos que de tener una influencia incluso superior a la inglesa justo después de la Guerra de África, se pasa a ser la nación que menos favores recibe del Sultán. Esta narración de cambio puede contarse también mediante las particularidades de la trayectoria de la historia colonial. Durante el último tercio del siglo XIX, y muy especialmente después de la Conferencia de Madrid (1885), el proceso de repartición de África se acelera al mismo tiempo que se arrinconan las potencias que empiezan a ser consideradas de segunda categoría, como es el caso de España. Así, dichos viajeros conocieron en este período una determinada geografía colonial y divulgaron una particular situación geopolítica.

Desde un punto de vista estrictamente geográfico, también vemos como los relatos nos dan cuenta de otras particularidades coloniales de la época. Así, en lo referente a la accesibilidad de la geografía marroquí contemporánea al viaje de San Martín, se nos cuenta cuales son las ciudades que el viajero creía que podían ser visitadas o no:

«Terminaremos brevemente [...] aconsejando á aquellos de nuestros lectores que tienen afición á viajar, **que visiten á la ciudad de Tánger**, una de las más próximas a España. Hoy en el día no existe en ella ningún peligro alguno para los cristianos, como sucedía aún á principios del siglo actual. **Tánger, como el resto de las poblaciones de Marruecos, en nada se parece á ninguna de nuestras ciudades.** [...] Además de la ciudad de Tánger puede visitar el viajero curioso y observador, **las de Tetuán, Larache, Alcázar, Arcila, Mazagan, Saffir, Mogador, Sale y Rabat**, sin correr un grave riesgo. **En cambio las ciudades de Tafilet, Sus, Fez, y con especialidad la de Marruecos, son verdaderamente inaccesibles**» (San Martín, 1870: 266-267).

Igualmente disponemos del ejemplo que incluye Pareja en relación a su viaje de reconocimiento por la costa. Con la finalidad de encontrar el mejor emplazamiento para fundar una nueva casa-misión, cuenta:

«El P. Lerchundi **trataba de instalar algunas casas-misiones en la costa occidental** de Marruecos, abandonada desde

el fallecimiento del P. Sabater. Por esta causa se obtuvo el permiso del maghzen ó gobierno marroquí, **para emprender un viaje hasta Mogador, y estudiar las condiciones de la localidad á fin de proceder con acierto á la elección de poblado en que establecer la casa-misión**» (Pareja, 1908: 65-66).

Incluso existen observaciones geográficas pasadas por el tamiz de la mirada «orientalizada», la cual prioriza superlativamente aquellos elementos del paisaje susceptibles a ser modernizados (Pratt, 1992). Así, en referencia al hinterland septentrional, Muro añade:

«Pues bien; y preste atención el lector. En esa inmensidad de **terreno que se puede triangular fijando vértices en Tánger, en Ceuta y en Tetuán**, en esos mil kilómetros superficiales en proyección horizontal, no hay más población, fuera de las que forman los ángulos del triángulo. Ni aldea, ni caserío, o choza, ni albergue para ser viviente. Tierra y más tierra, y nada más que tierra, con su esplendorosa vegetación espontánea; la mejor bahía de nuestros mares; nuestra envidiable y envidiada posición de Ceuta; muchas dársenas, agua abundante de manantiales y de ríos y... mil kilómetros cuadrados ahí, con todo eso... **convertidos en desierto**. *De te fabula narratur*, señora diplomacia de mis pecados y señores diplomáticos, mis paisanos con suerte y pretensiones. Lo que hasta ahora habéis hecho ó pensado sobre este particular, me recuerda lo del andaluz del cuento, cuando decía á un viandante preguntón, ni ese es el camino de Jerez ni yo soy su compadre. (Muro, 1891: 62-63).

Ya iniciado el siglo XX y poco después del establecimiento formal del Protectorado francoespañol en Marruecos (1912) y del inicio de la primera gran guerra europea, Zulueta (1916), al volver de Marruecos emite una clarificadora «resituación geográfica» del territorio marroquí de influencia española. Escribe:

«Hablamos de nuestra misión en África, del testamento de Isabel la Católica y de las miras del Cardenal Cisneros; establecemos un parangón entre nuestro porvenir en América y nuestro porvenir en África **sin percatarnos de que a la zona de influencia que se nos ha reservado en Marruecos no llega a la extensión de dos provincias españolas**. El teatro de la guerra, que, por los millones que cuesta, y los hombres cuya pérdida lloramos, **imaginamos grande, ha sido tan reducido, que no alcanza a la mitad del llano de Barcelona**» (Zulueta, 1916: 59).

Dichas reconsideraciones territoriales de la área de influencia y del campo de batalla son bien ilustrativas de cómo a menudo las construcciones imaginarias de los territorios coloniales distorcionan, si no olvidan, la «geografía», especialmente las de un país que siglos atrás había colonizado todo un continente. Así, la aclaración de Zulueta, georeferenciada en la geografía local (del lector), tiene el objetivo de resituar o frenar la pomposidad creada en relación a la casi mítica geografía de «España en Marruecos» de los primeros años del Protectorado.

Otros viajeros más tardíos que también se desplazan por el Protectorado francés, dan cuenta de los rápidos cambios sucedidos en las localidades costeras a la vez que trazan comparativas entre las diferentes prácticas coloniales desarrolladas por las dos metrópolis imbricadas en Marruecos. Así, por ejemplo, Ferrando comenta:

«De las que llevamos vistas, **es Rabat la urbe que da más sensación de dominio europeo**, y de adaptación fácil a las corrientes de progreso moderno. **Sin embargo ¡qué distinta fué hasta hace pocos años, relativamente!** Nadie diría al verla hoy tan flamante, que, con su vecina Salé, con la cual se mira con recelo, fué un peligroso y sanguinario nido de piratas, que se dedicaban a abordar los barcos españoles, portugueses, holandeses e ingleses, que iban y venían al Sur, camino de las Indias» (Martínez Ferrando, 1929: 158-159).

Desde esta constatación de modernidad observada en la geografía bajo dominio francés, Ivan Tirant añade:

«El general Lyautey, a qui deu França tota la seva obra del Marroc, deia en certa ocasió: «El meu valor per a conquistar el Marroc és el que em donen els quilòmetres de ferrocarril, els cavalls de vapor o els kilowats d'electricitat que vaig estendre...». Doncs bé, **nosaltres a la nostra zona no hi hem portat un sol d'aquests elements**» (Tirant, 1934: 26).

Tirant, que tiene la posibilidad de conocer las dos áreas de influencia, reconoce las mejoras realizadas por los franceses y paralelamente reniega de la ineficacia modernizadora palpable en los paisajes de influencia española. La colonización, para el autor, implica la creación de espacios de modernidad al estilo francés. Así, en una comparativa constante de elogio a la opción francesa, defiende la presencia y la creación de infraestructuras como la única opción viable para la

colonización. Por lo tanto, no critica el colonialismo, sino la ineficiencia del gobierno español.

3. Ritmos: la narración de las particularidades colonialistas

Los relatos de viaje analizados elucidan nociones geográficas y geopolíticas en estrecha relación con el colonialismo español y europeo en Marruecos. Además, dichas narrativas incluyen interesantes informaciones de los ritmos coloniales⁹ observables durante el período de análisis. De ese modo, la literatura de viajes no sólo opina sobre la práctica colonial sino que deja constancia de su evolución. Veamos algunos ejemplos que se acompañan de su vinculación con el que fue el conjunto del proceso colonial.

3.1. Desconocido y totalmente inexplorado

A mediados del siglo XIX, África era poco más que un imaginario geográfico desconocido. Los primeros viajeros dejan constancia de eso y también empiezan a perfilar un sentimiento común de superioridad (europea) junto con un ideario intervencionista que de momento, sólo aparecerá mediante su formulación en condicional futuro.

Así, Gatell —que conoce el Magreb de los años 60 del XIX— nos describe una geografía marroquí lejos de ser conocida. Escribe:

«La ciencia geográfica ha progresado rápidamente, pero mucho hay que hacer todavía. **Muy cerca de nosotros, casi rozando a Europa, se encuentra un vastísimo continente, cubierto en su mayor parte por el velo del misterio: el África.** [...] Allí exceptuando escasos puntos del litoral, no hay más que ignorancia y fanatismo; la barbarie reina por todas partes. A esos pueblos, a esas hordas salvajes **se debe hacer saborear algún día el néctar de la civilización**»(Gatell, 1949 [1879]: 119).

⁹ En este punto puede ser útil retomar la reflexión que hizo Conrad en el año 1926 respecto a las vinculaciones existentes entre la geografía y el imperialismo. Felix Driver (2001) que ha reflexionado sobre las culturas de las exploraciones imperiales (especialmente la británica), reincorpora en su análisis las fases citadas por el autor del Corazón de las tinieblas, o sea, la «geografía fantástica», «la geografía triunfante» y la «geografía militante».

El autor lo concibe y lo manifiesta sirviéndose de la doble dicotomía orientalista Europa/África-civilización/barbarie (Sardar, 2004). Para él, lo que se encuentra en el interior de la costa africana es geográficamente un misterio. Paralelamente, cree necesario que las naciones europeas desplieguen la «civilización ilustrada» en el vasto continente inexplorado. Reclama, pues, una presencia europea civilizadora, pero no incluye ninguna concreción explícita. Pareja, por su lado, con un viaje contemporáneo al de Gatell, también apunta la idea de desconocimiento del territorio marroquí. Nos comunica el fuerte contraste que supone para un europeo adentrarse más allá de la portuaria Tánger. Para el autor son territorios donde reina exclusivamente la barbarie. Explica:

«Los europeos íbamos contentos **por conocer un país no muy estudiado aún**. [...] **Apenas salimos de Tánger**, ya comenzábamos a notar la **falta de civilización del país**. Los caminos eran malas sendas trazadas por el pie de los caballos que, como no llevan herraduras, sus huellas se borran con el viento que remueve las arenas» (Pareja, 1908: 68).

En realidad era muy arriesgado, para todo europeo, traspasar lo conocido y adentrarse a las geografías africanas desconocidas. En el caso de Pareja, que salieron en comitiva de la ciudad y disfrazados para intentar pasar desapercibidos, era un repto casi de desafío vital. Este sentimiento también lo experimenta y comparte el explorador Benítez. Él enfatiza la proeza masculina casi heroica de poder ser uno de los primeros en recorrer y pisar el «gran desierto» del Sahara:

«¡Recorrer el desierto del Sáhara! Esta idea me atraía como el imán atrae al acero, y hubiera renunciado cuantas ventajas me ofreció dicho doctor, por el sólo placer de ir en su compañía y **ser el primer español que iba a cruzar comarcas desconocidas de los europeos**» (Benítez, 1899: 2).

Con este talante pionero y geográficamente alejado de los límites fronterizos septentrionales del imperio, Benítez utiliza el análisis geográfico in situ para aportar y difundir una nueva delimitación geográfica del sur del imperio. Precisa:

«He observado en todas las cartas geográficas que he consultado, que **el río Daráa sirve de límite al desierto de Sáhara por aquella parte del continente africano; no siendo exacta**

esa designación de límites: porque después de pasar el Daráa se encuentran otros varios cauces de ríos, como son el Mercala, que recorre la región conocida por el Eptana, y el Guad-Alux, sin que pueda aquél considerarse como límite del desierto por el terreno en el que existe más o menos vegetación, por el cauce de los ríos que la recorren y por sus habitantes; **todo lo que cambia al llegar á la región llamada Hamada, que es donde realmente empieza el Sáhara»** (Benítez, 1899: 78).

A su vez, Amor, recorriendo el territorio umbral entre Tánger y Tetuán justo antes de los enfrentamientos hispanomarroquíes del año 1859, proyecta el territorio visitado relacionándolo directamente con el «*porvenir*» de España. Comenta:

«Hace tres días que abandoné la ciudad de Tetuan, y en ellos nada de particular ha ocurrido de que deba hacer mencion en estos recuerdos [...]. Pero si nada presenta aquella parte del pais para trazar un cuadro de costumbres, en cambio **inspira ideas y desarrolla grandes esperanzas de un halagüeño aunque quizás lejano porvenir, para la España.** ¡Oh como la imaginación compara sin querer la inmensa fertilidad en los terrenos, con el abandono bárbaro y completo de las gentes y el increíble número, y bienestar de los pueblos que pudiera nutrir este país, con el numero y miserable estado de las tribus feroces que lo ocupan! ¿Quién no es capaz de apreciar la pingüe riqueza de las tierras ni la fertilidad salvaje de sus bosques? ¿ni quien de calcular los gémenes de industria que aquí y allí se nos presentan, ni las riquezas minerales que sus agrestes cumbres esconden en sus endurecidas entrañas?» (Amor, 1859: 123-125).

De ese modo, Amor, que ya incluye la posibilidad de una acción colonial española en la zona más septentrional del litoral marroquí, también recoge un ideario discursivo que jerarquiza el territorio africano considerándolo atrasado y proyectándolo superlativamente sólo mediante un futuro vinculado a la presencia occidental. Aparece así, una imagen interesadamente congelada del imperio.

Con la victoria española en la Guerra de África empiezan a aparecer de forma más clara y evidente los intereses coloniales españoles depositados en Marruecos. Así, la firma del Tratado de Paz (1860) hay que entenderlo como el primer punto de inflexión que favorece la presencia española en territorio marroquí. Para ilustrarlo, es interesante recuperar la aportación de San Martín, el cual se desplaza a Larache para encargarse de cobrar las indemnizaciones de guerra que Marruecos tenía que pagar a España. Cuenta:

«Aquel imperio, con el cual acababa de sostener España una **lucha victoriosa, rápida, llena de gloria para nuestra madre patria, yacia vencido, aun cuando no humillado enteramente**, y debía pagarnos una crecida indemnización de gastos de guerra, cobrable de la mitad de los productos de las aduanas. **Yo iba encargado de percibir aquellos productos en la ciudad de Larache**, debiendo servir más tarde á las inmediatas órdenes del excelentísimo señor don Francisco Merry y Colom, ministro plenipotenciario de su majestad católica en Tánger» (San Martín, 1870: 7-8).

Finalmente Murga —justo después de la firma de los acuerdos de paz— también considera que la victoria española tenía que facilitar que Marruecos terminara sometido a la influencia española. Comenta:

«**El creciente poderío de nuestro país**; el ascendiente que, conocidamente, vá tomando en la cuestiones internacionales; y por último el equilibrio europeo podrian hacer muy bien que en el **reparto** que, de comun acuerdo, ha de hacerse de los paises berberiscos, **fuese Marruecos ó una parte suya, el lote correspondiente á nuestra España**. Y, si no lo es entonces, es menester pensar el que ha de suceder tarde ó temprano. Marruecos que, al principio de nuestra Era y bajo el cetro del Emperador Oton, formaba una provincia española con el nombre de España transfretana, por la lógica de los hechos y las leyes del flujo y reflujo, de los pueblos, **tiene que estar necesariamente bajo el dominio español en una época mas ó menos apartada de nosotros, pero que ha de llegar sin duda alguna**» (Murga, 1994 [1868]: 79).

Por otro lado, es igualmente destacable la incorporación de nuevos contenidos geográficos que crean una nueva vinculación entre España y Marruecos. El viajero recupera las demarcaciones romanas de *Hispania Ulterior* y *Mauritania Tingitana* así como las propuestas imperiales unificadoras de ambas del año 69dC con el objetivo de justificar la apropiación territorial. Como veremos más adelante, otros ideólogos del africanismo español retomaran este razonamiento y otros, para la justificación de la presencia española en Marruecos.

3.2. Marruecos es una necesidad

Tal y como ya se venía insinuando, Marruecos termina configurándose como aquello necesario para el «devenir de España» en el contexto de expansionismo europeo en África. En este sentido, se crean y

se reconfiguran unos espacios mentales cambiantes que se irán adaptando a las particularidades estructurales y conyunturales que rodean la colonización de Marruecos. A continuación, vamos a descifrar cuales fueron los principales motivos utilizados para concebir Marruecos como una verdadera necesidad.

En realidad son muchas y variadas las razones utilizadas para justificarlo. Sin embargo, la más destacada y repetida es la que hace referencia al «demagógico» problema de la emigración española. Así, por ejemplo, Boada describe:

«Desgraciadamente para España, son el crecido número los que todos los años, de las provincias levantinas o de Asturias y Galicia, emigran a lejanos países. (...) **España debe poner empeño en encaminar esta crecida emigración, no a las Américas ni a las provincias argelinas, sino a Marruecos, donde está el verdadero porvenir de la industria española**» (Boada, 1999 [1895]: 75).

Para el autor es necesario colonizar Marruecos porqué de ese modo se puede solucionar el problema de la sangría emigratoria española. Considera que es Marruecos donde tiene que ubicarse ya que es donde se prevee el máximo crecimiento económico estatal. Dicho objetivo se alcanzará si la emigración se redirige hacia Marruecos. En esta misma línea se posicionan las aportaciones de Murga. Él enfatiza la necesidad de cambiar la dinámica de emigración existente en el litoral magrebí de influencia francesa a través de ofertar facilidades a los colonos españoles para que se asenten en el área marroquí, y así, arrancando nuevas dinámicas territoriales puede cambiar la balanza económica de estos territorios a la vez que se promocionaría una propuesta «nacional» de enaltecimiento de la pátria española. Leemos:

«Todos los años salen de las Baleares y las Provincias del litoral mediterráneo un contingente que emigra y **va á establecerse en las posesiones francesas de la Argelia**; sobre todo en la provincia de Oran. [...] Facilítase en el litoral marroquí la adquisicion de terrenos en propiedad ó bajo largo arriendo; hállase medio de que, por estupidez ó suspicacia, no opongan los Moros dificultades á las industrias que se quieren venir á establecer; **y la emigración española completamente perdida para España, y que hoy enriquece una Colonia francesa, se dirigirá toda ella á Berberia y, á la par que aumente la riqueza de aquel país, aumentará la preponderancia de su patria**» (Murga, 1994 [1895]: 78-79).

Aunque el tema de la emigración es el elemento clave en la formulación y justificación del discurso intervencionista, aparecen también otras consideraciones destacables para argumentar la necesidad de la presencia española en las costas magrebina. Jara, por ejemplo, se explica del siguiente modo:

«Para los españoles, sucesores de los portugueses en la posesión de Ceuta, **es empeño de honra y vida sentir tal celo y proseguir tal conquista**, ya que, como dice Reclús, al incorporar Diocleciano la Mauritania Tingitana á la península Ibérica, llevando al Atlas los límites de ésta, **no hizo sino poner de acuerdo la Geografía natural y la política**» (Jara, 1903: 123).

«país tan parecido al nuestro por su estructura, por su flora, por su fauna y hasta por su población, que no habremos dado cima y remate feliz á la grande obra de **nuestra unidad nacional, en tanto que si anexión no consigamos**. ¿Cómo lograrla? Difundiendo y derramando nuestra cultura, dilatando y extendiendo nuestro comercio, que los maestros y viajeros son los generales y los misioneros del siglo XX» (Jara, 1903: 282-283).

Entran en juego otros elementos en el entramado ideológico colonialista. Jara retoma el heredado ideario de cruzada de Isabel la Católica y del Cardenal Cisneros a la vez que lo vincula con interpretaciones geográficas tendenciosas con el objetivo de justificar al puro estilo «canovista», una nueva concepción de unidad nacional. Además, resalta también la proximidad geográfica y el parecido territorial para formular un intervencionismo español que necesita la anexión de los territorios marroquíes para recuperar o conseguir la supuesta unidad nacional y territorial.

Unos años más tarde y bajo la figura colonial de Protectorado, el estudiante Montero al relatar sus experiencias viajeras también deja constancia de sus objetivos e idearios en relación al colonialismo marroquí como una necesidad nacional. Escribe:

«Y sobre todo, encender en su espíritu deseo vehemente de visitar el Imperio Marroquí e **interés por la acción de España en el Mogreb**. En una palabra, cooperar en la escasa medida de mis fuerzas, a la grandiosa obra, que hoy realiza nuestra Patria, **conquistando aquel territorio salvaje, para plantar en él el árbol puro de una civilización cristiana, poniendo, al mismo tiempo, un dique**

infranqueable a la emigración horrible que nos está desangrando» (Montero, 1913: 9).

Reclama, pues, más interés social en la «cuestión marroquí» así como en la acción patriótica que España realiza en Marruecos. En su presentación añade también que la práctica colonial española se caracteriza por ser la conquista de un «territorio salvaje» donde hace falta plantar las semillas de una civilización cristiana y donde hay que trasvasar el flujo migratorio. Asimismo y más avanzados en la narración, incluye las razones que el considera básicas para que España Marruecos. Discierne así:

«Pero por cima de los derechos más o menos reales o ficticios de todas las naciones, **se alzan los seculares y sacratísimos de España**. Marruecos está sumido en un atraso lamentable: la autoridad del Sultán, es, muchas veces, nominal; los indígenas se pelean unos con otros; ahora bien, si esto sucede en el Moghreb; si, por otra parte, todo pueblo tiene derecho al progreso y a la civilización, si Marruecos no cuenta con los medios suficientes para gobernar a sus habitantes y dirigirles por la senda del verdadero progreso, habrá que admitir como justa y como lícita la intervención de otro pueblo que plante en el Moghreb la verdadera civilización. **Y ¿qué nación de las antes dichas, cuenta con más títulos que España? ¿Qué pueblo es el más llamado que el hispano? ¿No somos los españoles los que gozamos de complexión física y de carácter moral más parecidos a la complexión y carácter de los marroquíes? ¿No fue nuestra Patria la que convivió con los musulmanes ocho siglos, estudiando y conociendo su espíritu y sus tendencias, y sacando gran partido de aquella gloriosa epopeya de la Reconquista, en la que cambiamos con los moros la ciencia, las artes y las letras? ¿No es España la nación que, por su posición y proximidad al Imperio del Moghreb, está clamando nuestro deber y derecho para con el marroquí? ¿No fué la nuestra Patria la civilizadora de todo un Nuevo Mundo? Y sobre todo, ¿no es ella la que no ha cesado en su empeño y deseo de penetrar en Marruecos desde hace muchos años?** (Montero, 1913: 142-143).

Montero manifiesta que España tiene «el derecho y el deber» de colonizar Marruecos para poder liberarlo del retraso en el que está sometido. Recrea un discurso altamente intervencionista que se sirve de una relectura sesgada y ambiciosa del pasado. Así, utiliza la proximidad geográfica, el legado compartido y el pasado colonizador

de España para «hermanar» las dos riberas del Mediterráneo y argumentar su «necesaria» intervención. En consecuencia, termina con la formulación de un discurso que concibe la intervención como un ejercicio patriótico que supuestamente tiene que aportar riqueza al país. En esta misma línea se encuentran las aportaciones de Prats. Leemos:

«Quién no advierte en esto una **fuerza de riqueza para España**, un medio de penetración pacífica, un centro de atracción para el obrero? [...] **Al gobierno toca, pues, encauzar hacia esta parte la emigración, e impedir que nuestros compatriotas marchen a tierras extrañas** [...]. A ello convida la **proximidad entre España y Marruecos**, cuyos puertos más próximos no distan siquiera tres horas de navegación. [...] **Nada digamos de la adaptación al medio ambiente**; porque si bien es cierto que en el centro y Norte de nuestra península es la temperatura bastante más baja que en el Norte de Marruecos, no lo es menos que los sevillanos, malagueños, almerienses, gaditanos, alicantinos y valencianos han de vivir en Marruecos como en terreno propio, supuesto que aquel clima y aquellas tierras son tan parecidos a los suyos. **¿Quiere el gobierno que su acción sea eficaz? Fomente la colonización**; favorezca la industria; envíe a Marruecos personas decididas e inteligentes, que den vida y acrecienten las explotaciones agrícolas, comerciales y mineras; **porqué el progreso de dichas explotaciones y el desarrollo de las industrias acrecentará la emigración de obreros españoles; y al cabo del tiempo, insensiblemente, la población en la zona de nuestra influencia se habrá convertido en española**» (Prats, 1915: 189-90).

Con la presentación de algunas de las citas de todo el vasto conjunto de narrativas que hacen referencia a la necesidad «nacional» de colonizar Marruecos, vemos que en el entramado justificativo aparecen los elementos básicos que conforman y caracterizan el africanismo marroquí a la vez que se utilizan discursos perniciosos con contribuciones y miradas geográficas demagógicas.

3.3. Marruecos colonial o el problema marroquí

Si bien el establecimiento formal de las áreas de influencia europeas en Marruecos data de 1912, la presencia colonial real se remonta al período de la internacionalización de la «cuestión marroquí» (1880). Aunque en este período el Sultanado se mantiene en un teórico statu quo, existe paralelamente una competencia intraeuropea para mantener

o ampliar sus respectivos intereses coloniales. De ese modo, empiezan a formularse opiniones y discursos comparativos que se sobrepone en el eje temporal y que compaginan la práctica colonial española en Marruecos con el designio del llamado «problema marroquí».

En este sentido, Muro, por ejemplo, a raíz de un comentario que le hace la asistente del hotel en Tánger, añade:

«Me ha dicho la camarera que arregla mi cuarto que *aquí haber mucha gente en embajada España y ser viejo embajador*. Esto último, aunque no expresado así, ya lo sabía yo, porque creo que conozco de antiguo y de reputación al dignísimo ministro español, sobretodo por su buena carrera de oficinista consumado. [...] **El que nos represente aquí, necesita además de un buen bagaje diplomático, un conocimiento perfecto del francés y del inglés [...] es menester que entienda el árabe y que lo chapurree** [...] y por encima de todo esto, el ministro español, por su edad, que no ha de ser madura, y por su naturaleza robusta, tiene precisión de andar, de correr, de viajar á pie y á caballo, embarcarse, de acampar, de alternar con tirios y troyanos y de desplegar una actividad incesante y provechosa para España. *Sine qua non*. **Porqué entonces la representación de España en Tánger se convierte en una de esas muchas oficinas que tenemos en los grandes centros administrativos, para que descansen y cobren nuestros amigos haciendo tiempo, que es el capital de los españoles**. El que crea que me iba ya metiendo en honduras, se equivoca, lo que he dicho no ha sido más que arañar la superficie de la cosa» (Muro, 1891: 55-56).

Vemos como aparece ya una primera crítica respecto a la falta de competitividad de los representantes españoles en Marruecos al compararlos con los de las otras potencias europeas instaladas en Tánger. Ángel Muro acusa al representante español de ser un «oficinista consumado» y añade cual tendría que ser el perfil de un representante bueno. Para él, tendría que ser alguien que no fuera un simple burocrático que se dedica a perder el tiempo y el dinero de todos los contribuyentes.

Al prestar atención a las formulaciones que se proponen para acercar la civilización en el país vecino se nos aparecen de nuevo diferentes aproximaciones. Por un lado, tenemos los idearios de colonización que defienden modalidades de penetración pacífica que eluden los postulados católicos. Jara, por ejemplo, apuesta por:

«Este es el único medio digno de la decantada civilización de nuestra época de dilatar la influencia de España en Marruecos. **Enfundemos las espadas y abramos los brazos. Dejemos también la cruz en casa.** La presencia de los misioneros en Marruecos es perjudicial al logro de nuestras legítimas aspiraciones, siendo la religión el único sentimiento vivo de aquel pueblo» (Jara, 1903: 116-117).

Pero también tenemos fervientes representantes de la utilización de la cruz y la espada, como lo ilustran las aportaciones de Montero:

«He de decir, en honor a nuestro Ejército, que a éste es debida la carretera de Ceuta a Tetuán, así como los puentes construidos sobre varios ríos y arroyuelos. Ya cerca del lugar donde me dirigía, encontré el campamento español, y vi como trabajaban con ahinco, chorreando sudor por sus tostadas frentes, varios soldados, que arreglaban los desperfectos del camino. **Este es, a mi juicio, el medio único de penetrar en Marruecos: la vía pacífica y la introducción de ventajas y adelantos, que redunden en beneficio a los moros**» (Montero, 1913: 19).

«Y ellos sobretodo, realizan por calles y plazas una propaganda meritoria en pro de la Religión y de la Patria (...) Y no sólo han conseguido los Padres Franciscanos, respeto al sacerdote; **ellos han sido los que han ido poco a poco arrancando el fanatismo del corazón de los moros, y abriendo de esta manera el paso a los europeos**; bien lo reconoce Francia, nación divorciada oficialmente de la Iglesia y que desea a toda costa que las misiones en la zona de su acción estén desempeñadas por misioneros franceses; (...) es por ver en el franciscano un gran elemento político; un civilizador de Marruecos; un excelente patriota» (Montero, 1913: 36-38).

Zulueta, en relación a la eficacia de la colonización, defiende una dominación pacífica, menos militar, más cívica, de tipo económica y agrícola —mediante las «mías»¹⁰—. Así, para colonizar de modo eficaz, hace falta seguir un proceso ordenado que debe incluir una reestructuración espacial y la creación de infraestructuras. Además,

¹⁰ Para Zulueta, «la mía es una compañía de cien hombres reclutados entre los indígenas. El capitán (militar) ha de ser un hombre de un valor personal a toda prueba porque manda a los hombres que ayer dispararon contra él, comercia con las cabilas que le aborrecían y es respetado, obedecido y aun amado» (Zulueta, 1916: 29). En este sentido, Zulueta también afirma: «en sus manos deposita España, el porvenir de Marruecos».

considera de gran importancia la reformulación de la política estatal respecto Marruecos, la cual él critica muy duramente. Asevera:

«En Marruecos como en la Península, **el Estado ha servido de estorbo** [...] los ejércitos avanzaron incendiando las mieses y destruyendo aduares. ¿A esto se llama acción civilizadora de Europa en África? **La acción civil, de verdad, ha de consistir, por lo contrario, en estimular e intensificar los cultivos y establecer vías de comunicación** [...] la obra civilizadora no estriba en que la bandera española ondee en los picos ocupados por nuestras tropas, sometiendo a los moros por fuerza, sino en asociar a los moros en los trabajos de explotación de los elementos de riqueza que allí existen» (Zulueta, 1916: 55).

«**Confiar en los militares hoy es impopular** [...] ¿Queréis matar al militarismo? **Convertid los militares en labradores.** [...] **Los militares convertidos en colonos, serían un poderoso elemento de civilización, en el sentido completo de la palabra**» (Zulueta, 1916: 93).

El viajero, así, incluye unos comentarios y formula unas propuestas que a parte de ser revolucionarias en el contexto de producción se convierten en una crítica desafortunada a los gobernantes y a los militares.

En una línea parecida se ubican las aportaciones de Juarros. Su relato es una reflexión en voz alta de cómo ve la ejecución colonial española en Marruecos. El discurso de este médico versa alrededor de cuatro elementos clave que caracterizan la intervención española: una práctica colonial condicionada por tratados internacionales y no por un poder fáctico real, una misión civilizadora deficiente, un gran desconocimiento geográfico de la zona de influencia y una excesiva presencia militar. Lo relaciona de la manera siguiente:

«El **germen civilizador**, la acción infiltrante de los elementos peninsulares, **ha sido poco menos que nula**. La españolización de Tetuán es un generoso intento quistado, sin raíces. [...] Construimos casas de varios pisos con prestancia europea, tendemos railes, creamos calles, edificamos mercados limpios y modernos, instalamos cines, cervecerías, comercios; **pero el alma de Tetuán no tuvo aún para los españoles la menor sonrisa, la más pequeña concesión**» (Juarros, 1922: 60-61).

«No hemos pacificado nuestra Zona y hemos roto la paz del campo [...] pues, sencillamente, **porque en España no se conoce bien la psicología moruna; se procede como si se estuviese frente a españoles rebeldes.** Así, prescindiendo del alma del país, no hay solución posible, no en el sentido de la colonización ni de la pacificación» (Juarros, 1922: 151- 153).

«Con lo cual resulta que **para cumplir bien sus deberes internacionales,** se verá obligada España a realizar una acción simultánea e intensísima dentro de sus fronteras, **un esfuerzo civilizador centrípeto y centrífugo a la par**» (Juarros, 1922: 142).

En la construcción discursiva del Marruecos colonial aparece un discurso doble. Por un lado las narrativas incluyen las formulaciones personales sobre cómo y de qué manera tendría que realizarse la penetración colonial. Por el otro, con más conocimiento de causa, las narrativas también dejan constancia de la construcción discursos más críticos que empiezan a concebir la acción colonial española en Marruecos como un «problema».

3.4. De la euforia a la tragedia

La colonización de Marruecos no fue cosa fácil y menos en el área de influencia española. La resistencia local, el poco entendimiento y cooperación entre las potencias protectoras y los errores políticos y de gestión del gobierno español, encauzaron Marruecos hacia un eterno enfrentamiento bélico que difuminaba todas esperanzas de una penetración pacífica creadas tiempo atrás. De ese modo aparecen críticas –más drásticas a partir de 1921- con la colonización y especialmente contrarias a la gestión y ejecución desarrollada por los representantes políticos y militares españoles. Así, por ejemplo, Martínez Ferrando comenta:

«En distintas ocasiones, caminamos junto a una línea férrea estrecha, o la cruzamos; es el ferrocarril estratégico que **lleva soldados** a las zonas mal dominadas; **los rieles se pierden a lo lejos, o desaparecen tras una ondulación, camino de las comarcas trágicas**» (Martínez Ferrando, 1929: 53).

«**El progreso material y la fiebre del dinero,** con sus crímenes encubiertos, y sus guerras, **no ofrecen gran superioridad sobre lo que había en el país.** Malo era esto de decapitar a un hombre y colgar

su cabeza de un torreón, pero no es mejor, ni más humano, el hacer explotar una mina, que envía por el aire cien hombres como tristes peleles. **Sólo el cultivo de los espíritus y la bondad de las almas, pueden enorgullecer una civilización»** (Martínez Ferrando, 1929: 173).

El autor habla en primer lugar de un paisaje beligerante, de unos trenes llenos de militares y de la existencia de unas comarcas que el directamente tilda de trágicas. Se refiere claramente a la zona rifeña. Además, su narrativa destapa la cara oculta de la realidad colonial poniendo en tela de juicio si lo que realmente existe o se ha creado es algo «superior» o «mejor» de lo que existía antes de la colonización europea de Marruecos.

Inmediatamente después del trágico 1921, Juarros reflexiona sobre la inutilidad de la sobredimensión militar realizada en la zona del Rif y apunta:

«Piénsase por la gran mayoría de los españoles, que en cuanto la nuestra zona de Marruecos se halle pacificada, habrá terminado el problema. Sin embargo, entonces será cuando comience la fase difícil, compleja y peligrosa. El aspecto militar es el más sencillo... pero ¿y después? Luego ya no se podrá buscar apoyo en el heroísmo, ni en la decisión de los aviadores, ni en la eficacia de la artillería, y pasado el enardecimiento bélico, Europa empezará el examen frío, detallado, de nuestra aptitud para reeducar pueblos, para civilizar; **el crédito y el prestigio de la nación española correrán grave riesgo»** (Juarros, 1922: 131-132).

«Me veo en el deber de afirmar que, dado el estado actual de nuestra patria, constituye grave error todo intento de civilizar el Norte de Marruecos y esto es así, porque nosotros somos todavía un pueblo por civilizar» (Juarros, 1922: 297).

Si bien Martínez Ferrando con un tono pesimista recalca la inutilidad de la expansión de la «civilización europea» en los territorios africanos valorándolo de forma negativa, Juarros lo concreta desde el prisma español como una desventura, considerando la colonización española en Marruecos como una quimera errónea, ya que el mismo país que debe «civilizar» es, según el autor, un pueblo «todavía» por civilizar.

Tirant, que se desplaza a Marruecos después del período de pacificación y cuando teóricamente la acción colonial española es más eficaz y productiva consecuencia de los cambios aplicados por Primo de Rivera, anota en su diario:

«En els cultius, en les construccions, en l'organització de les indústries, en els aprofitaments de es riqueses naturals de tots els ordres, **l'Estat no hi és, ni d'una manera activa ni d'una manera simplement tutelar: tot el poc que s'ha fet és degut a la iniciativa privada, poc eficaç, i sobretot, anàrquica**» (Tirant: 1934: 25).

El viajero, desplazándose por el territorio de influencia española, observa una falta de intervención estatal en todos los sectores relacionadas con la producción de riqueza económica. Asimismo, también cree nula la colonización del territorio por parte de la iniciativa privada. Dichos comentario hay que concebirlos como una crítica a la «invisibilidad» gubernamental así como una manifestación de decepción en relación a las esperanzas puestas y el dinero invertido en el proceso de colonización de Marruecos. Todavía en Tánger, apunta:

«La ciutat amb la seva zona, **hauria d'ésser espanyola i podria ja ésser-ho**, si en el moment de la gran guerra haguéssim tingut governants amb una mica de visió de l'esdevenidor» (Tirant, 1934: 61).

Tánger y sus alrededores tuvieron un trato especial. En el diseño de las áreas de influencia se perfiló como «zona internacional» a voluntad de los intereses británicos. De ese modo, el autor vuelve a manifestar su desacuerdo ya que piensa que toda la zona tendría que haber quedado bajo influencia española. En relación a esta situación geopolítica presentada, la viajera Jiménez añade:

«Dejamos Tánger la cosmopolita, que por imperativo del equilibrio internacional, nos asignaron las potencias para que otras más poderosas no se beneficiaran con esta zona, en la que, aunque nominalmente, **dominamos por igual proporción a los franceses; sin embargo, nada más lejos de la verdad, pues allí la que rige y manda, efectivamente, es Francia**, que, como un pólipo, va extendiendo sus tentáculos y absorbiendo todos los servicios importantes y tomándose atribuciones indebidas: un día son las Aduanas; otro, la Policía; mañana ¡quién sabe!. Y mientras todos los altos cargos y nombramientos están en manos de franceses; **los españoles [...] se ven vejados continuamente, pospuestos en todo**

y heridos en su orgullo de hombres y de españoles» (Jiménez de Noguera, 1933: 18-19).

Jiménez no señala tanto el hecho de que el territorio tendría que ser español sino que destaca que sea Francia la que más presencia tiene, entendiéndolo como una ofensa al orgullo patrio. Sutilmente también manifiesta su desacuerdo con la «superioridad» francesa respecto a la colonización fáctica de Marruecos.

4. Conclusiones

La práctica del viaje en el contexto imperial vincula las geografías recorridas con los imaginarios coloniales incrustados en ellas. Así, si el viaje hay que concebirlo como una práctica geográfica real, los relatos que los cuentan hay que considerarlos como una fuente documental de primer orden que entrelaza geografía y geopolítica. En el caso que aquí se ha analizado es importante tener en consideración el viaje y su narrativa como un proceso de construcción y creación geográfica de pátina colonial(ista).

Cabe puntualizar que las aportaciones varían en función de la tipología de persona que se desplaza, del viaje realizado, de las características de la narración y del período concreto en que viaja. Asimismo, las concepciones relacionadas con el imperialismo europeo y el colonialismo en África cambian, y mucho, entre el principio y el final del período de estudio. Así, contrariamente a otras observaciones y opiniones que se mantienen estables a lo largo de los años, creando unas geografías imaginarias estables, las opiniones y posicionamientos que hacen referencia a la realidad colonial irán cambiando de forma proporcional a la intensidad de cambio del proceso colonial.

Al mismo tiempo, el discurso orientalista español «es una notable excepción» (Said, 2003) en el contexto del modelo general europeo. Éste será de pátina marroquí y matizado por las mutuas influencias entre los dos lados del Estrecho y su pasado compartido. Así, «en este cúmulo de paradojas suscitadas por el carácter rizomático del orientalismo deberán tenerse presentes los juegos de espejos en los que la posición autóctona es crucial» (González Alcantud, 2006: 12).

Hemos visto, pues, como las narrativas viajeras plasman fielmente la evolución del proceso colonial en Marruecos y como esta evolución

pasa por diferentes estadios. Así, se elucida con detalle cronológico, geográfico y geopolítico el proceso colonial que se inicia con el incipiente desplazamiento de exploración de lo desconocido y termina convirtiéndose en una «obsesión» y un «problema» para España. Con este conjunto de aportaciones se ilustra que el viaje y su posterior narración son fuente de conocimiento geográfico y geopolítico. Además, las aportaciones literarias referentes a Marruecos dejan constancia del proceso colonial tanto desde una perspectiva del lugar visitado como la del lugar de origen. De ese modo, se puede afirmar que la recuperación y análisis de la literatura de viajes ofrece a la disciplina geográfica, una nueva y diferente vía de conocimiento.

Referencias bibliográficas

- Adams, P. G. (1983), *Travel Literature and the Evolution of the Novel*, Kentucky, The University Press of Kentucky.
- Albet, A.; Cerarols, R. (2008), «De viatge pel Marroc: entre el debat colonial i la mirada estereotipada», en: García Ramon, M.D; Nogué, J.; Zusman, P. (eds) (2008), *una mirada catalana a l'Àfrica. Viatgers i viatgeres dels segles XIX i XX (1859-1936)*, Lleida, Pagès Editors y IEC.
- Almarcegui, P. (2007), *Alí Bey y los viajeros europeos a Oriente*, Barcelona, Bellaterra Edicions.
- Amor, F. (1859), *Recuerdos de un viaje a Marruecos*, Sevilla, Imp. La Andalucía.
- Bachelard, G. (1965), *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Benítez, C. (1899), *Mi viaje por el interior del África*, Tánger, Imprenta Hispano-arábiga de la Misión Católico-española.
- Bertrana, A (1936), *El Marroc sensual i fanàtic*. Barcelona, Edicions Mediterrània.
- Bhabba, M. (1994), *The Location of Culture*, London y New York, Routledge.
- Blake, S. (1992), «A woman's trek. What difference does gender make?», en: Chauduri, N.; Strobel, M. (eds). *Western Women and Imperialism: complicity and resistance*, Bloomington, Indiana University Press.
- Blunt, A.; Rose, G (eds) (1994), *Writing women and space: colonial and potcolonial geographies*, New York, Guildford Press.

- Blunt, A; Wills, J. (2000), «Decolonising Geography: Postcolonial Perspectives». En: Blunt, A; Wills, J. (2000), *Dissident Geographies. An Introduction to Radical Ideas and Practice*, London, Longman.
- Boada, J. (1999), *Allende el Estrecho: viajes por Marruecos (1889-1894)*, Melilla, Consejería de Cultura, Educación, Juventud, Deporte y Turismo y Ceuta: Consejería de Cultura. [Edición facsímil con introducción de Vicente Moga Romero].
- Cabrera, A. (1924), *Magreb-el-Aksa. Recuerdo de cuatro viajes por Yebala y por el Rif*, Madrid, Editorial Voluntad.
- Cerarols, R. (2008), *L'imaginari colonial espanyol del Marroc. Geografia, gènere i literatura de viatges (1859-1936)*, tesis doctoral inédita dirigida por la Dra. Maria Dolors García Ramon, Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Chakrabarty, D. (1992), Postcoloniality and the artifice of history, *Representations*, 37. pp. 1-24.
- Clayton, D. (2003), «Critical Imperial and Colonial Geographies», en: Anderson, K.; Domosh, M.; Pile, S.; Thrift, N. (eds) (2003), *Handbook of Cultural Geography*, London, Sage Publications. pp.354-368.
- Collèll, J. (1921), *Dels meus recorts Africans*, Vic, Tipografia Balmesiana.
- Conrad, J. (1976), *El corazón de las tinieblas*, Madrid, Alianza.
- Cook, I.; Harrison, M. (2003), Cross over food: re-materializing postcolonial geographies, *Transactions of the Institute of British Geographers*, 28, pp. 296-317.
- Driver, F. (1992), Geography's Empire: Histories of geographical knowledge. *Environment and Planning D: Society and Space*, 10: 23-40.
- (2001), *Geography Militant. Cultures of Exploration and Empire*, Oxford, Blackwell Publishers.
- Driver, F.; Matless, D.; Rose, G.; Barnett, C.; Livingstone, D.N. (1995), Geographical traditions: rethinking the history of geography. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 20, pp. 403-422.
- Duncan, J.; Gregory, D. (eds) (1999), *Writes of passages: reading travel writing*, London y New York, Routledge.
- Eguilaz, J. A. (1913), *Un viaje por Marruecos*. Jaén, Tipografía del Pueblo Católico.
- Fortunati, V.; Monticello, R.; Ascari, M. (eds) (2001), *Travel writing and the female imaginary*, Bologna, Patrón Editore.
- García Ramon, M.D. (2002), Viajeras europeas en el mundo árabe: un análisis desde la geografía feminista y postcolonial, *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 40, 2002, pp.105-130.

- (2003), Gender and the colonial encounter in the Arab world; examining women's experiences and narratives. *Environment and Planning D: Society and Space*, 2003, vol 21, pp.653-672.
- García Ramon, M.D; Nogué, J.; Riudor, Ll. (1998), Voices from Margins: gendered images of «Otherness» in colonial Morocco. *Gender, Place and Culture*, vol.5, num.3, pp. 229-240.
- García Ramon, M.D; Nogué, J.; Zusman, P. (eds) (2008), *Una mirada catalana a l'Àfrica. Viatgers i viatgeres dels segles XIX i XX (1859-1936)*, Lleida, Pagès Editors y IEC.
- García Romeral, C. (2004), *Diccionario de viajeros españoles. Desde la Edad Media a 1970*, Madrid, Ollero Ramos.
- Gavira, J (1949), *El viajero español por Marruecos, Don Joaquín Gatell (el «Kaid Ismail»)*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos y Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Gilmartin, M.; Berg, L. D (2007), Locating postcolonialism, *Area* (2007), 39.1, 120-124.
- Godlewska, A.; Smith, N. (eds) (1994), *Geography and Empire*, Oxford, Blackwell Publishers.
- González Alcantud, J.A. (2006), *El orientalismo desde el Sur*, Rubí, Anthropos Editorial y Junta de Andalucía.
- Gregory, D. (1994), *Geographical imaginations*, Oxford, Blackwell.
- (1995), «Between the book and the lamp: imaginative geographies of Egypt, 1849-50», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 20: 29-57.
- (1995), Imaginative geographies, *Progress in Human Geography*, 19,4. pp. 447-485.
- *The colonial Present*, Oxford, Routledge.
- Guelke, L. & Guelke, J.K. (2004), Imperial eyes on South Africa: reassessing travel narratives, *Journal of Historical Geography*, 30, pp. 11-31.
- Hannam, K.; Sheller, M.; Urry, J. (2006), Editorial: Mobilities, immobilities and moorings, *Mobilities*, 1 (2006), 1-2.
- Jacobs, J.M. (2003), «Introduction: After Empire?» En: Anderson, K.; Domosh, M.; Pile, S.; Thrift, N. (eds) (2003), *Handbook of Cultural Geography*, London, Sage Publications. pp.345-353.
- Jara, A. (1903), *De Madrid a Tetuán*, Madrid, Ricardo Fe.
- Jiménez De Noguera, M.C (1933), *Por tierras de Africa*, Valencia, Tip, La Gutenberg.
- Juarros Ortega, C. (1922), *La ciudad de los bellos ojos*, Tetuán y Madrid, Mundo Latino.
- Kearns, G. (1997), The imperial subject: geography and travel in the work of Mary Kingsley and Halford Mackinder, *Transactions of the Institute of British Geographers*, 22. pp. 450-472.

- King, A. D (2003), «Cultures and Spaces of Postcolonial Knowledges» En: Anderon, Kay; Domosh, Mona; Pile, Steve; Thrift, Nigel (eds) (2003), *Handbook of Cultural Geography*, London, Thousand Oaks, New Delhi: Sage.
- Litvak, L. (1984), *Geografías mágicas. Viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*, Barcelona, Laertes.
- Livingstone, D. (1993), *The Geographical Tradition: episodes in the history of a contested Enterprise*, Oxford, Blackwell.
- Marín, M. (1996), «Un encuentro colonial: viajeros españoles en Marruecos (1860-1912)», *Hispania*, LVI/I, núm 192 (1996), pp. 93-114.
- (2002), «Mujeres, burros y cargas de leña: imágenes de la opresión en la literatura española de viajes sobre Marruecos», A: Rodríguez Mediano, F. & De Felipe, H (2002), *El protectorado español en Marruecos. Gestión colonial e identidades*, Madrid, CSIC.
- Martín Corrales, E. (ed) (2002), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912), De la guerra de África a la «penetración pacífica»*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- Martínez Ferrando, D. (1929), *Ciudades marroquíes a través del Mogreb*, Barcelona, Cervantes.
- Mcclintock, A. (1995), *Imperial Leather: race, gender and sexuality in the colonial contest*, New York, Routledge.
- Mcewan, C. (2000), *Gender, Geography and Empire: Victorian women travellers in West Africa*, Aldershot, Ashgate.
- (2003), Material Geographies and Postcolonialism. *Singapore Journal of Tropical Geography*, 24 (3), 340-355.
- Melman, B. (1992), *Women's Orients. English Women and the Middle East, 1718-1918*, London, Macmillan.
- Mills, S. (1996), Gender and Colonial Space. *Gender, Place and Culture*, vol.3, num, 2. pp.125-147.
- Montero, E. (1913), *Marruecos. El pueblo moro y judío. Tipos. Paisajes. Usos. Costumbres. Instituciones religiosas y jurídicas. La acción de España en el Magreb*, Salamanca, Tipografía popular de P. de San Isidro de Salamanca en 1913.
- Morales Lezcano, V. (1988), *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- (2004), «Pedro Antonio de Alarcón en el torbellino de la Guerra de África», en: González Alcantud, J.A (ed) (2004), *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África*, Rubí, Anthropos Editorial.
- (2006), *Historia de Marruecos. De los orígenes tribales y las poblaciones nómadas a la independencia y la monarquía actual*, Madrid, La Esfera de los Libros.

- Muga, J. M. (1868), *Recuerdos marroquíes del moro Vizcaíno*, Bilbao, Imp. Miguel Larumbe.
- Muro Goiri, A. (1891), *Ocho días en Tánger: impresiones de un viaje agradable y corto de cuatro buenos amigos, sin equipaje*, Madrid, Tip de los Huérfanos.
- Nogué, J.; Villanova, J.L (eds) (1999), *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Ed. Milenio. pp.145-158.
- Nucera, D. (2002), «Los viajes y la literatura», en: Gnisci, A. (ed) (2002). *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, Crítica.
- Pannikar, K.M. (1959), *Asia and Western Dominance*, London, George Allen & Unwin.
- Paradela, N. (2005), *El otro laberinto. Viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*, Madrid, Siglo XXI.
- Pareja Serrada, A. (1908), *Tres meses en Marruecos. Memorias de un viaje a las misiones de África*, Madrid, Imp. de Espinosa y Lamas. [utiliza el pseudónimo Abou.Djebel].
- Phillips, R. (1997), *Mapping Men and Empire. A Geography of Adventure*, London y New York, Routledge.
- Pimentel, J. (2003), *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid, Marcial Pons.
- Pimentel, J.; Lucena Giraldo, M. (2006), *Diez estudios sobre literatura de Viajes*, Madrid, CSIC.
- Prats Escudero, S. (1915), *Por Andalucía y Marruecos: panoramas, monumentos, tipos, costumbres, tradiciones y rarezas de estos dos pueblos*, Salamanca, Calatrava.
- Pratt, M.L (1992), *Imperial Eyes. Travel Writing nad Transculturation*, London y New York, Routledge.
- Sáenz-Alonso, M. (1947), *Del molino al minarete: viajes por Holanda y Marruecos*, Madrid, Afrodisio Aguado.
- Said, E. (1978), *Orientalism*, New York, Vintage.
- (1993), *Culture and Imperialism*, New York y London, Vintage.
- (2003), *Orientalismo*, Barcelona, De Bolsillo.
- San Martín, A.(1870), *La ciudad del sueño: viajes al interior de Marruecos*, Madrid, Urbano Manini.
- Sardar, Z. (2004), *Extraño Oriente: Historia de un prejuicio*, Barcelona, Gedisa.
- Spurr, D. (1993), *The Rhetoric of empire: colonial discourse in journalism, travel writing and imperial administration*, Durham, Duke University Press.
- Tirant, I. (1934), *Del Tibidabo a l'Atlas i tornada. Impressions d'un viatge al Marroc*, Barcelona, Editorial Eugenio Subirana.

- Turri, E. (1984), «Del viaggiare: tra spazi rituali e spazi turistici», *Erodoto*, 7/9. pp. 50-75
- Vega, M.J (2003), *Imperios de papel. Introducción a la crítica postcolonial*. Barcelona, Crítica.
- Villanova, J.L (2004), *El protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorial*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- Young, R. (2001), *Postcolonialism: An Introduction*, London, Blackwell.
- Zulueta Y Gomis, J. (1916), *Impresiones del Rif*, Barcelona, Talleres Gráficos de José Sabadell y C°.
- Zusman, P.; Lois, C.; Castro, H. (eds) (2007), *Viajes y geografías. Exploraciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares*, Buenos Aires, Prometeo.

Los turistas españoles en el Kairouan colonial: una élite intelectual

José Luis Villanova
Universitat de Girona

1. Introducción

El desarrollo del turismo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y especialmente los viajes a las regiones consideradas «exóticas», fue una actividad característica de la burguesía europea. Sin embargo, en España, el más escaso y tardío desarrollo de dicha clase social motivó que este tipo de viajes fuera más limitado que en otros países de Europa occidental, y no se generalizara, relativamente, hasta la década de 1920.

En las primeras décadas del siglo XX, diversos factores se añadieron a la afición que existía por «Oriente» en Europa desde finales del siglo XIX y provocaron el estallido de una verdadera pasión por aquellas regiones en España, que se traduciría en un incremento considerable de los viajes: el afianzamiento de las estructuras coloniales, contribuyó a incrementar la sensación de seguridad, impulsar las infraestructuras turísticas y promocionar el turismo; la proliferación de las agencias de viaje¹; la organización de cruceros que recorrían el Mediterráneo; el desarrollo de los medios de transporte, así como una cierta reducción de los precios de los billetes, que permitieron a una franja mayor de la burguesía poder imitar las prácticas viajeras reservadas antes a una minoría privilegiada²; la proliferación de noticias de viajes en las publicaciones periódicas; la creciente influencia del cine –recordemos, por ejemplo, las imágenes de Babilonia en el film *Intolerance* (1916) de

¹ La primera agencia de viajes española, Viajes Marsans, se fundó en 1910 en Barcelona.

² En 1926, el periodista Vicens Coma Soley explicaba que viajar desde Barcelona a Alejandría o Port-Said era casi tan fácil como hacerlo a la isla de Mallorca. A mediados de la década de 1930, Antonio Pérez de Olaguer comentaba que la vuelta al mundo estaba al alcance de las más diversas clases sociales: comerciantes, científicos, pintores, poetas, ciudadanos, etc. Y, en 1935, Guillem Díaz-Plaja consideraba que las agencias de viajes habían hecho «deliciosamente sencillo, el queridísimo riesgo del viaje». Véanse Coma Soley, 1926; Pérez De Olaguer, 1934; y Díaz-Plaja, 1935, p. 7, respectivamente.

D. W. Griffith, *The Ten Commandments* (1923) de Cecil B. De Mille o los reportajes cinematográficos y los informativos semanales de las grandes productoras, como las francesas Pathé Frères y L. Gaumont et compagnie o la alemana UFA, con imágenes de todos los rincones del mundo—; las numerosas traducciones de libros viajes y de obras de contenido orientalista; o, incluso, la edición de folletos de viaje españoles³ y el desarrollo de una literatura de viajes propiamente hispana⁴.

Este tipo de viajes adquirió una relativa importancia entre 1920⁵ y 1936; año en que se inició la Guerra Civil española (1936-1939). Este conflicto bélico, la II Guerra Mundial (1939-1945) y el aislamiento internacional (1946-1950) a que estuvo sometido el régimen del general Franco limitaron extraordinariamente los viajes turísticos de ciudadanos españoles a regiones «exóticas» durante la época colonial, con la excepción de los realizados en las exiguas posesiones de España en África.

Entre los viajes a destinos «exóticos», cabe destacar la proliferación de desplazamientos a Oriente Próximo y el Magreb. Los primeros se explican, en gran parte, por la organización de peregrinaciones cristianas a Palestina. Los peregrinos, muchos de los cuales tenían también un interés lúdico y cultural por el mundo arabo-musulmán, solían realizar un cruceo por el Mediterráneo visitando también Grecia, Turquía y Egipto⁶. A su vez, la atracción por el Magreb se debía al interés por descubrir los genets de vie y los monumentos de las sociedades arabo-musulmanas, las bellezas naturales de las montañas y el desierto y los restos arqueológicos de las civilizaciones pre-islámicas, de unos territorios próximos a la Península Ibérica.

³ José Blass y Cía. editó *Programa para visitar Egipto y el Nilo* en Madrid en 1909. véase Martín Corrales, 2006.

⁴ Escudero, 2002; Riudor, 2008.

⁵ Para el caso de Túnez, y con anterioridad a 1920, sólo se ha localizado información de un viaje de carácter turístico a Túnez: el efectuado por el historiador Joaquim Miret i Sans en 1909. Si bien puede considerarse como turístico, el motivo principal del desplazamiento fue localizar la tumba del fraile renegado mallorquín Anselmo Turmeda. Véase Miret i Sans, 1910.

⁶ Por ejemplo, en 1907, dos cientos turistas españoles viajaron a Palestina y, en 1914, un barco zarpó del puerto de Barcelona con otros dos cientos peregrinos con destino a aquella tierra. En ambos casos, los barcos hicieron escala en Egipto. Véase Martín Corrales, *op. cit.*

Pero no todo el Magreb fue visitado con la misma intensidad. Los turistas españoles se dirigieron en un número muy superior a Marruecos y Argelia que a Túnez⁷. Seguramente, esta circunstancia pudo deberse a la mayor proximidad de los dos primeros destinos, a la existencia de más comunicaciones marítimas desde España y Francia con ambos territorios, y a la consolidación de un protectorado y una administración colonial españoles en el norte de Marruecos desde 1927.

Pero si escasos fueron los españoles que viajaron a Túnez—en la mayor parte de las ocasiones como prolongación de sus desplazamientos a Argelia o como una escala de los cruceros que recorrían el Mediterráneo⁸—, aún en menor número se acercaron a Kairouan.

La elección de los viajes turísticos a esta ciudad como objeto de estudio obedece a dos razones fundamentales, sobre las que se volverá más adelante. Por una parte, Kairouan puede considerarse una de las «puertas» del desierto del Sahara en Túnez. Por otro, Kairouan, fundada por Uqba ben Nafi en 670, como base militar para la conquista islámica del Magreb, fue la prestigiosa capital de las primeras dinastías musulmanas, residencia de príncipes y ciudad santa. En 711 ya era la capital jurídico-administrativa de la provincia del Magreb del Imperio árabe y, a partir del siglo IX, en el contexto de las pugnas internas de la religión musulmana, la ciudad «unificó ideológicamente a toda la sociedad magrebí, especialmente a la urbana» en torno a la escuela *malikí* de jurisprudencia islámica; una de las cuatro escuelas propias del sunnismo y la predominante en el Magreb. Siendo «la ciudad islámica por excelencia en los inicios del Magreb islámico», y antes de entrar en crisis a mediados del siglo XI, se conformará como «un modelo de centro comercial, de capital intelectual, de arquitectura urbana». Posteriormente volverá a ejercer un importante papel como centro de irradiación islámico gracias a la importancia de sus cofradías y *zawiyas*⁹.

⁷ Véanse García-Romeral Pérez, 1995 y 1997.

⁸ Por ejemplo, véanse los casos del escritor Vicens Coma Soley, que efectuó una escala en la ciudad de Túnez durante un crucero por el Mediterráneo en 1926, o del impresor y escritor Miquel Josep i Mayol y el ingeniero Josep Bartomeu i Granell, quienes prolongaron sus viajes por Argelia para visitar algunas zonas del país, a finales de la década de 1920 y en 1935, respectivamente. Véase Villanova, 2006.

⁹ Laroui, 1995, pp. 115, 116 y 242-243.

2. Turistas españoles en el Túnez colonial

Como ya se ha señalado, el número de turistas españoles que visitaron Kairouan fue muy reducido, y aún sería más escaso de no haberse producido un acontecimiento que podemos calificar de extraordinario: el crucero universitario por el Mediterráneo de 1933.

En 1931, al proclamarse la II República en España, la situación de la enseñanza universitaria era muy mala y Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, dedicó enormes esfuerzos a impulsar una reforma de la Universidad; aunque su proyecto de ley no fue aprobado por el obstruccionismo de la oposición parlamentaria. Sin embargo, sí que se materializaron algunas de las medidas que presentó para dinamizar la Universidad española. El 20 de marzo de 1933, de los Ríos propuso al Gobierno organizar un crucero de estudios por el Mediterráneo en el que los participantes visitarían los lugares clásicos de la cultura antigua. Con esta iniciativa, «se trataba de ofrecer a los estudiantes una lección viva de arte y de historia [...] Se quería, además, ensanchar su horizonte, librarlos del resto inevitable de provincialismo y convertirlos en auténticos universitarios»¹⁰. La idea fue aprobada y la organización recayó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. En el crucero viajaron cerca de 200 profesores y alumnos de las facultades de Filosofía y Letras de las universidades de Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza y Valladolid y de las escuelas de Arquitectura de Madrid y Barcelona, que fueron seleccionados por sus méritos académicos, en el caso de los profesores, y por el rendimiento en los cursos, en el de los estudiantes. A quienes no podían sufragar los gastos del viaje se les concedieron becas. Al frente de la expedición se encontraba Manuel García Morente, decano la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. El buque seleccionado, la motonave Ciudad de Cádiz, zarpó del puerto de Barcelona el 15 de junio de 1933, realizó las dos primeras escalas en Túnez, el día 17 de junio, y Susa, el día siguiente —desde donde los viajeros se desplazaron a Kairouan aquel mismo día—, y continuó su travesía por el Mediterráneo, deteniéndose en Malta, Egipto, Palestina, Creta, Rodas, Turquía, Grecia continental e Italia, antes de regresar a Barcelona¹¹.

¹⁰ Del Real, Marías, Granel, 1934, p. 4.

¹¹ Gómez Moreno, 1995 y Gracia Alonso, Fullola i Pericot, 2006.

Junto a este desplazamiento, también hay que reseñar otro viaje colectivo de turistas españoles al Túnez colonial, aunque su carácter era muy diferente. Una nutrida expedición se dirigió a Túnez, a bordo de la motonave Príncipe Alfonso, para asistir al XXX Congreso Eucarístico Internacional de Cartago en 1930¹²; pero muy pocos peregrinos recogieron sus experiencias del viaje por escrito y, además, no visitaron Kairouan¹³.

Al margen de estos dos masivos viajes, apenas hubo otros turistas españoles que llegaran a Túnez en la época colonial y que se acercaran a la ciudad de Kairouan. Sólo tenemos constancia de dos que viajaron por su cuenta: Lluís Nicolau d'Olwer (1924) y Joan Roig i Font (1927). El primero había recibido el encargo de preparar una edición crítica de la *Crònica* de Ramón Muntaner; uno de los textos historiográficos medievales más importantes de la cultura catalana que exalta los reinados de los soberanos de la Corona de Aragón entre 1208 y 1328 y la expansión catalana por el Mediterráneo. Para que la edición fuera impecable, y con objeto de documentarse y comprobar las informaciones geográficas, viajó a Sicilia, Malta y Túnez. El viaje de Joan Roig, por Argelia y Túnez, fue de carácter estrictamente turístico y la motivación principal fue poder contemplar los numerosos monumentos de las épocas púnica, romana, bizantina y arabo-musulmana.

3. Los turistas españoles que visitaron Kairouan

Se han localizado relatos de la visita a Kairouan de siete participantes en el crucero universitario y de los dos personajes recién mencionados. Hay muy pocos datos del barcelonés Joan Roig, de quien apenas se sabe que fue miembro del *Centre Excursionista de Catalunya*, realizó numerosas excursiones por Aragón y Cataluña, pronunció conferencias de sus experiencias viajeras y escribió algunos artículos divulgativos en el *Butlletí* del Centre Excursionista de Catalunya¹⁴; pero sí se sabe bien quiénes fueron el resto de los turistas, pues eran o serían destacadas figuras de la política, la ciencia, las artes o la literatura españolas.

¹² Martín Corrales, *op. cit.*

¹³ Véase, por ejemplo, Pijoan, 1930.

¹⁴ Entre otras muchas actividades, las asociaciones excursionistas catalanas promovieron activamente los viajes a regiones «exóticas», entre ellas el Magreb, en las primeras décadas del siglo XX. Véanse Villanova, 2006 y 2008.

Seis de ellos se doctoraron en Letras (Lluís Nicolau d'Olwer y Guillermo Díaz-Plaja), Historia (Francesc Esteve Gálvez y Jaume Vicens Vives) o Filosofía (Julián Marías y Carlos Alonso del Real y Ramos). Y, entre ellos, tres fueron catedráticos de las universidades de Madrid y Barcelona (Carlos A. del Real, Nicolau d'Olwer y Vicens Vives). Los otros dos, no llegaron a obtener el doctorado pero recibieron el Premio Extraordinario en sus respectivas licenciaturas (Esmeralda Gijón Zapata y María Elena Gómez Moreno).

Su posterior trayectoria académica, intelectual y política, en algunos casos, fue brillante, como lo demuestran los siguientes ejemplos. Lluís Nicolau d'Olwer presidió la *l'Union Académique Internationale*, y fue miembro del consejo del *Comité International des Sciences Historiques*, ministro de Economía y director del Banco de España; Guillermo Díaz-Plaja fue miembro de la Real Academia Española y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y dirigió el Instituto Nacional del Libro Español; María Elena Gómez Moreno fue miembro de la *Hispanic Society* de Nueva York y directora de la Casa y Museo del Greco de Toledo; y Julián Marías fue miembro de la Real Academia Española, senador por designación real en 1977 y el único español integrante del Consejo Internacional Pontificio para la Cultura, cuando éste fue creado por el papa Juan Pablo II en 1982. Por su parte, Francesc Esteve Gálvez recibió numerosas distinciones españolas por sus excavaciones arqueológicas y por sus trabajos para recuperar el patrimonio artístico; Esmeralda Gijón Zapata fue discípula del prestigioso arabista Miguel Asín y Palacios y obtuvo una beca del Gobierno persa para profundizar en la documentación sobre los manuscritos persas conservados en el Palacio Real de Madrid y traducir *Shahnameh* -la gran obra del poeta Abul Qasem Ferdousi- al español; Carlos Alonso del Real fue sub-comisario general de Excavaciones Arqueológicas; y Jaume Vicens Vives fue introductor en España de nuevas corrientes historiográficas europeas, en particular la **École des Annales**, organizó el Centro de Estudios de Historia Internacional, y fundó las revistas *Estudios de Historia Moderna* y el Índice Histórico Español.

Los participantes en el crucero eran alumnos aventajados, pero durante el mismo también recibieron información específica de los lugares que iban a visitar en conferencias que impartían los profesores que les acompañaban en el barco. Éstos pronunciaron cinco conferencias

sobre Túnez y Manuel Gómez Moreno, catedrático de Arqueología Árabe de la Universidad de Madrid, dedicó una a Kairouan¹⁵. Gómez Moreno destacó que diversas civilizaciones europeas habían pasado por Túnez (Romana, Vándala, Bizantina, etc.), pero que solamente había arraigado y resistido la civilización islámica. También se refirió a la situación geográfica del África mediterránea; circunstancia que la convertía en «el camino por el que Oriente llega a España y va lo Occidental a Asia». A continuación pasó a exponer brevemente la historia de Kairouan —fundada por los árabes expulsados de Medina, a la cabeza de los cuales iba Uqba ben Nafi, quien construyó la primera mezquita de Occidente— y a comentar que de ella partió Musa ben-Nosair a la conquista del reino goda de la Península Ibérica. Gómez Moreno también explicó que, en el siglo IX, la dinastía de los aglabitas fijó su capital en la ciudad y reconstruyeron la mezquita de Sidi Uqba, que presenta numerosas influencias de la mezquita de Córdoba; construida 50 años antes por Abderrahman I. Sin embargo el conferenciante aclaró que «la originalidad de Córdoba, los arcos de herradura en función de tirantes, no se mantiene, sustituidos por vigas de madera que rompen feamente la perspectiva vertical del espacio, -al restaurarla las vigas de madera fueron sustituidas por tirantes de hierro-. Las cúpulas y arcos, [son] anteriores a los de Córdoba, pero más pobres». Asimismo, para demostrar que Kairouan se encuentra en el «punto medio entre Oriente y Occidente» mencionó que en la mezquita también se apreciaban influencias de Bagdad en los azulejos dorados o en la carpintería. Por último, se refirió brevemente a las otras dos mezquitas de la «ciudad santa de Occidente» que tenían previsto visitar: las de las Tres Puertas, «de escaso valor», y la del Barbero, «con espléndidos azulejos»¹⁶. Estos comentarios y, probablemente, los efectuados por otros profesores se reflejarán claramente en los textos de los participantes en el crucero.

Teniendo en cuenta su formación académica y su posterior trayectoria, se puede afirmar que estos viajeros no eran los típicos turistas burgueses, más o menos cultivados, sino personas con una elevada formación cultural, o

¹⁵ Es muy posible que Elías Tormo, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Madrid, también se refiriera a Kairouan en la conferencia en la que presentó monumentos y planos de ciudades de Túnez. Véase Gómez Moreno, *op. cit.*

¹⁶ Gómez Moreno, *op. cit.*, pp. 413 y 414.

en proceso de alcanzarla. Por esta razón, sus observaciones, comentarios y reflexiones sobre Kairouan pueden proporcionar numerosas pistas sobre la percepción que tenían los intelectuales y académicos españoles de la época sobre la «ciudad santa» del Magreb.

No se ha podido comprobar que el noveno protagonista, Joan Roig i Font, perteneciera a esta élite ilustrada pero se había documentado ampliamente antes de iniciar el viaje y había consultado obras de Georges Marçais —*Manual d'Art Musulman*—, Adolf Schulten —*L'Afrique Romaine*—, René Cagnat y Paul Guackler —*Les Monuments Historiques de la Tunisie*— o Luc Carton —*Ruines de Thugga*—, entre otros¹⁷. Por lo que su relato también contiene numerosos comentarios cultos y referencias de carácter académico.

4. Túnez en los relatos y diarios de viaje de los turistas españoles

Como han señalado diversos especialistas, los viajeros y turistas españoles que se desplazaban a regiones arabo-musulmanas solían reflejar en sus relatos muchos de los tópicos orientalistas predominantes en la época: la búsqueda obsesiva del exotismo, de espacios soñados, de geografías imaginarias en las que debían cumplirse expectativas alimentadas por lecturas previas; la profunda admiración y respeto por el desierto a causa de su inmensidad, el peligro y la imposibilidad de controlarlo; la variedad y belleza de los paisajes y los contrastes entre ellos; la tendencia a buscar el pasado pre-islámico y comparar lo que descubrían con monumentos y lugares de su país de origen—comparaciones que, en algunos casos, reflejaban un cierto menosprecio con lo observado durante el viaje—; las descripciones estereotipadas de la sociedad, que incluyen comentarios peyorativos y degradantes, reflejo de la concepción occidental de la religión musulmana y la cultura islámica y de la sensación de superioridad moral de la civilización occidental; o las descripciones en las que dibujan el atraso de estas poblaciones, estado que les sirve para reclamar una modernización que incluya la adopción de la técnica y la cultura occidentales y de las que se desprenden un apoyo a la acción colonial —aunque algunos desearían que esta

¹⁷ Roig i Font, 1930.

modernización no afectase a las formas de vida que les resultan atractivas—¹⁸.

Nuestros protagonistas no escapan a esta corriente y recogen muchos de estos tópicos en sus relatos. Así, el deseo de encontrar un ambiente exótico es evidente entre los cruceristas cuando, tras desembarcar en La Goulette se sintieron desengaños: «las mentes que añoraban una cierta idea de África se vieron decepcionadas, donde esperaban ver camellos, desiertos y bellas huríes, encontraron una ciudad totalmente europea en la que tan solo la heterogeneidad de sus habitantes recordaba al viajero el lugar en el que se encontraba»¹⁹. Carlos A. del Real, al llegar a aquel puerto, exclama desilusionado: «Pero ¿África es esto? [...] Un grupo de casas iguales que las de cualquier pueblo de España. Unas palmeras como se encuentran en los paseos de la más vulgar ciudad de Europa [...] África ha de ser calor y sed. Camellos bajo un cielo encendido, sobre la tierra cansada y seca. Alcazabas y morabos. Viento cálido del desierto»²⁰. Francesc Esteve tiene la misma percepción en la moderna ciudad de Túnez que, «nacida con la administración francesa [...] llama poco la atención». Y añade que sus compañeros de viaje se sienten decepcionados porque «llevan de África la imagen literaria abocada al tipismo que dejaron los escritores románticos y los viajeros del tiempo que precedió a la ocupación europea; una imagen todavía mantenida por la propaganda turística»²¹.

Las referencias a la civilización cristiana pre-islámica también están presentes en sus textos. Joan Roig y Francesc Esteve, por ejemplo, destacan la antigua presencia cristiana: Cartago contó con «veintidós basílicas cristianas, y su patriarca merecía tanta consideración, que únicamente el Papa le sobrepasaba en categoría»; y en Hadrumantum encontró «el Cristianismo un ambiente propicio, extendiéndose tanto la nueva religión que por los numerosos mártires que rindió en el tiempo de las persecuciones la denominaron «Tierra de Santos»²². Tal vez, estas reflexiones de carácter religioso pudieran enmarcarse en los

¹⁸ Litvak, 1990 ; Marín, 1992, 1996 y 2002 ; Garcia Ramon, Nogué, 1999 ; y Garcia Ramon, Luna, Riudor, Zusman, 2005.

¹⁹ Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*, p. 123.

²⁰ Del Real y Ramos, 1934, pp. 16 y 20.

²¹ Esteve Gálvez, F., 198, p. 12.

²² Roig i Font, *op. cit.*, p. 304 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 16.

intentos eurocéntricos de justificar la expansión colonial europea en unas tierras que formaron parte del ámbito cultural y político del Imperio romano –considerado una de las cunas de la civilización occidental–, y que había caído bajo el dominio islámico en la Edad Media. En este sentido, algunos colonialistas franceses loaban la labor de Francia al «reintegrar» el Magreb al mundo cristiano-occidental. Tal es el caso, por ejemplo, de Louis Bertrand, miembro de la Académie Française y «trobador oficial» del Gouvernement Général de l'Algérie, quien tuvo como tema principal en sus obras «el de una Berbería cristiana simbolizada por el personaje de San Agustín, largo tiempo sometida a los invasores orientales y que había vuelto al seno de Occidente y de la cristiandad, gracias a Francia»²³.

Ambos viajeros también destacan algunas positivas aportaciones del colonialismo francés, como el buen estado de conservación de «todas las [carreteras] de Túnez», o los «nuevos recursos técnicos que desplazan ventajosamente los procedimientos tradicionales en los oficios»²⁴, por ejemplo.

Pero la formación académica y el interés intelectual de la mayor parte de nuestros protagonistas motivarán que en muchos de sus comentarios contradigan opiniones muy generalizadas en aquella época, e incluso en la actual, y vayan más allá de los tópicos. Por ejemplo, mientras que el capellán que viajaba en el crucero se burla «groseramente» de la leyenda que narra cómo los ángeles acudieron en ayuda de los constructores de la mezquita de Sidi Uqba en Kairouan trayendo desde La Meca una columna que faltaba para finalizar el recinto; la mayor parte de los cruceristas critican su actitud²⁵ y manifiestan una actitud respetuosa con los musulmanes. Al respecto, Guillermo Diaz-Plaja comenta que el guía les había recomendado respeto para las costumbres y creencias antes de entrar en la mezquita: «Os pedimos un poco de respeto. La mezquita no es un sagrario; no contiene la estatua de ningún dios. Es simplemente un lugar puro, limpio, para orar [...] visitadlo todo. Ningún precepto del Corán impide a los cristianos la entrada a las mezquitas. Al contrario. Nosotros sentimos que todos: musulmanes, israelitas y cristianos somos la misma cosa y estamos sometidos al mismo Dios». Y ante este discurso se pregunta: «¿Dónde

²³ Lacoste, 1980, p. 102.

²⁴ Roig i Font, *op. cit.*, p. 326 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 12.

²⁵ Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*, p. 131.

está el fanatismo?»²⁶. No obstante, en este aspecto las opiniones no son unánimes. Esmeralda Gijón comenta que el guía «hace una digresión a propósito de las religiones y dice que todas son buenas, que todas mandan las mismas cosas [...] Desde el pozo donde está subido declara solemnemente que el Corán no prohíbe a los cristianos la entrada en las mezquitas; que ellos quieren que entremos para que las conozcamos»; y se pregunta: «No sé si atribuir estas palabras a un verdadero espíritu de tolerancia o a un afán de agradar a los turistas»²⁷.

Por otra parte, Lluís Nicolau d'Olwer y los cruceristas no sólo se refieren a los monumentos, el arte, los paisajes o las costumbres tunecinas sino que también incluyen en sus escritos comentarios sobre la situación social del país; «una clara realidad social que merecía ser observada y analizada»²⁸. Nicolau d'Olwer, sin realizar una expresa defensa del régimen de protectorado, analiza algunos problemas que lo pueden desestabilizar: los problemas «italiano», «obrero» e «islámico». Y añade que este último es más agudo en Kairouan, «la ciudad espiritual» de Túnez²⁹. Por su parte, Díaz-Plaja aborda el problema de la heterogeneidad de la población que vive en Túnez, las distancias que existen entre los «tres estamentos» —el «indígena», «el bajo pueblo italiano» y «los funcionarios y gente acomodada» de origen francés—, que provocan una gran «francofobia de los italianos», y una peligrosa actitud del Ministerio de Colonias del «Estado Fascista» italiano ante esta situación. Asimismo, se refiere a la agitación del movimiento «de reivindicación pan-islámica que va desde Arabia hasta el Magreb» y a las reacciones de la Administración colonial francesa que, en su opinión, resuelve los problemas «con una admirable discreción»³⁰.

Otra buena muestra del interés de los cruceristas por la situación político-social de Túnez es la conversación que mantuvieron con estudiantes tunecinos de una residencia bajo patronato francés en Susa, quienes les informaron de la falta de libertad intelectual que imponían las autoridades

²⁶ Díaz-Plaja, *op. cit.*, p. 38.

²⁷ Gijón Zapata, 2006, pp. 487-488.

²⁸ Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*, p. 385.

²⁹ Nicolau d'Olwer, 1978.

³⁰ Díaz-Plaja, *op. cit.*, pp. 29 y 30.

francesas. La conversación tuvo consecuencias, pues, ante las claras connotaciones políticas de la charla, las autoridades coloniales sugirieron

a Manuel García Morente, responsable de la expedición, una rápida partida de Susa al regresar de Kairouan³¹.

Por último, también deben remarcar las numerosas comparaciones de los monumentos y lugares que visitaban con otros de España; aunque este hecho no trasluce menosprecio por lo visto, ni obsesión por su país; sino más bien un cierto agrado y recuerdos de la presencia musulmana en España. La costa tunecina les recuerda «los acantilados rocosos de algunas zonas de la costa española, abierta en ocasiones a pequeñas calas y playas»; las tiendas, los cafetines y las freidurías de la medina de Túnez les traen a la cabeza «cuadros similares vistos en Andalucía» —que atribuían «al común pasado islámico»—; Túnez, «cerca del puerto, recuerda vagamente a Valencia» por «aquella misma coloración multiplicada, cerca del mar»; Cartago rememora Numancia, «la heroica y mártir ciudad, también injustamente sacrificada por los romanos»; y, la llamada a la oración desde un minarete suena «con notas que recordaban el cante jondo andaluz»³².

5. El camino de Kairouan y la visión de la ciudad

Los viajeros entran en contacto directo con el desierto durante su aproximación a Kairouan. Los participantes en el crucero salen de Susa el 18 de julio, al mediodía, en autobuses. Este hecho provoca que el desplazamiento y la posterior visita a la ciudad se realicen en unas horas extremadamente calurosas: «el sol era abrumador», «el calor es también africano cien por cien», «calles ardorosas [...] polvo y sequedad. Se ha perdido toda la fresca y tibia suavidad mediterránea»³³.

³¹ Gómez Moreno, *op. cit.* y Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*

³² Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*, pp. 123 y 124; Diaz-Plaja, *op. cit.*, p. 29 y Gómez Moreno, *op. cit.*, p. 417.

³³ Vicens Vives, 2006, p. 411 ; Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 21; y Marías Aguilera, 1934, p. 197.

Los turistas describen el paisaje entre Susa y Kairouan destacando la progresiva entrada en el desierto, su monotonía y aridez. Aunque algunos, como Julián Marías, por ejemplo, no se limitan a exponer una simple descripción, sino que ofrecen muestras de una capacidad literaria y reflexiva notable: «Sobre el campo, en el aire limpio, hay una luz exaltada, que esfuma, en fuerza intensa, el paisaje. La luz es algo que alumbra las cosas, pero al ser excesiva se convierte ella misma en objeto de visión por sí y tiende una sombra luminosa sobre el contorno. El campo está soñoliento y borroso. Las líneas son vagas e indefinidas; los ruidos se mezclan en un rumor confuso. Parece que las cosas, vencidas de pereza, no son capaces del esfuerzo de ser netas y claras. También las ideas, en aquel ambiente, son un balbuceo callado, sin articularse en una precisa expresión lógica»³⁴.

Asimismo, su formación académico-científica de nuestros protagonistas también se refleja en los textos. Jaume Vicens Vives es quien ofrece una visión más geográfica y detallada del recorrido: en la extensa llanura que conduce a la ciudad «el terreno seco, árido, estepario en una palabra, ofrece escasas ondulaciones. Todo lo que abarca la extensión de la mirada es un llano uniforme, con jarales en que pacen los camellos [...] pasado el poblado de M'Saken [...] la estepa se nos presentó desoladísima [...] Ninguna casa, ¡nada! Una pequeña tienda de beduinos cerca de algún miserable pozo de agua: poca cosa para tanta soledad [...] el lago salado de Sebkhá Sidi-el-Haní, el mayor de esta región costera. Poco a poco irá desecándose, transformándose en extensa llanura de sal, como los innumerables chotts que bordean el desierto [...] A lo lejos el horizonte se interrumpe por las últimas estribaciones del Atlas, que corren hacia Constantina [...] Numerosos y anchos surcos cruzan aquí [en las proximidades de la ciudad] el suelo. Un poco de lluvia abre estos tajos profundos, cuyo fondo está lamentablemente seco. Pero, un poco después, los mismos tajos empiezan a contener agua»³⁵. Estos comentarios ponen de manifiesto el temprano interés por la geografía del que llegaría a ser un prestigioso historiador.

³⁴ Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 196.

³⁵ Vicens Vives, *op. cit.*, pp. 411-412.



Fotografía 1: «Kairouan»
Fuente: Del Real, Mariás, Granell, 1934, entre pp. 264-265.

Al aproximarse a Kairouan, la visión de la ciudad les produce una agradable sorpresa porque «parece recibir acogedora al forastero» y proporciona «una visión de ensueño»³⁶. Desde lejos, Esmeralda Gijón aprecia su «silueta plana, de perfiles horizontales rotos por pequeñas bóvedas semiesféricas y los minaretes de las mezquitas, sobre un cielo de azul rabioso por la intensidad del sol [...] Es la verdadera ciudad del desierto, aplastada, huyendo de la atmósfera, blanca para rechazar el calor, de perfiles perfectamente delineados en una atmósfera transparente»³⁷ [Fotografía-1].

³⁶ Vicens Vives, *op. cit.*, p. 412 y Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 487.

³⁷ Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 487.

6. Una ciudad africana, árabe, musulmana y santa

El 18 de julio los cruceristas visitan Susa, Hadrumentum y Kairouan, y encuentran «tres de las múltiples Áfricas posibles». Carlos A. del Real descubre «el África costera, colonial, militar y mercante» en Susa, «el África romana y cristiana» en Hadrumentum, y «el África sin Europa [...] el África del todo [...] el África musulmana cien por cien» en Kairouan. Unos años antes, Lluís Nicolau d'Olwer ya había afirmado sobre Kairouan: «ninguna otra ciudad os alejará tanto como ésta del mundo occidental»³⁸.



Fotografía 2: «Un encantador de serpientes».
Fuente: Del Real, Marías, Granell, 1934, entre pp. 24-25.

Allí, los participantes en el crucero encuentran «las primeras referencias visuales del África soñada, no sólo el desierto que ya habían contemplado, sino los camellos e incluso los encantadores de serpientes; esto les permitió rechazar, al menos por unos momentos,

³⁸ Del Real y Ramos, *op. cit.*, pp. 20 y 21 y Nicolau d'Olwer, *op. cit.*, p. 29.

la imagen de territorio excesivamente occidentalizado por la acción colonial que habían visto hasta el momento en Túnez»³⁹. Para Esmeralda Gijón «la primera ciudad oriental» del viaje; y para Guillermo Díaz-Plaja «el plato fuerte» de la visita a Túnez⁴⁰.

Pero Kairouan también había sido un cruce de comunicaciones entre el Sahel y el Mediterráneo, y entre «Occidente» y «Oriente», como había comentado Manuel Gómez Moreno⁴¹. Y Carlos A. del Real advierte influencias africanas: «Pero África no se rinde. Lo que vino de Oriente y se mezcló con lo indígena, no bien romanizado, sigue en pie. Y ahí está, para probarlo, el encantador de serpientes» [Fotografía-2]; mientras que Esmeralda Gijón subraya su estratégica situación entre el mundo occidental y el oriental, que provoca la llegada de influencias del mundo occidental y del oriental: «es el punto medio donde chocan las influencias occidentales y orientales», como lo demuestran, por ejemplo, las similitudes entre las mezquitas de Córdoba y de Sidi Uqba, o los mosaicos llegados de Bagdad o fabricados en la ciudad por obreros venidos de allí⁴².

También efectúan comentarios sobre la ubicación concreta de la ciudad. Joan Roig asegura que Uqba la levantó en un lugar «perdido en la estepa tunecina» por su «buen sentido práctico», pues «en la costa habría estado siempre a merced de la flota bizantina. Tampoco le convenía hacerla demasiado cerca de las montañas, sólidamente ocupadas por los bereberes, quienes no miraban con buenos ojos a los invasores árabes. Se ha supuesto que dicha elección podía obedecer también en gran parte a cruzarse allí diferentes rutas» de caravanas. Por su parte, Jaume Vicens Vives añade otras consideraciones geoestratégicas al señalar que se sitúa ocupando una importante «posición estratégica en la línea que conduce del Atlas a Susa». Y Francesc Esteve recuerda que fue «una base de operaciones que le valió al Islam el África Menor atrayéndose a los indígenas y expulsando a los bizantinos»⁴³. Aunque no todos coinciden con estas interpretaciones.

³⁹ Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*, p. 131.

⁴⁰ Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 487 y DIAZ-PLAJA, *op. cit.*, p. 37.

⁴¹ Véase también Laroui, *op. cit.*

⁴² Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 23 y Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 489.

⁴³ Roig i Font, *op. cit.*, p. 328; Vicens Vives, *op. cit.*, p. 411 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 17.

Esmeralda Gijón se deja llevar por el sentimentalismo e imagina otras razones menos prosaicas: «Situada en una llanura de agua salada, y por la proximidad de una ciudad grande y poderosa como Susa, no tenía razón de existir. Más que a una causa de expansión natural, debe su existencia al capricho de un caudillo que no quiere establecerse en la ciudad conquistada y funda una alrededor de su campamento. Sidi Oqba ben-Nasi [Uqba ben Nafi], como buen hijo del desierto, beduino, encontraba estrechos los muros de una ciudad, y funda un campamento permanente para vigilar lo conquistado; una ciudad en medio del desierto, donde pudiera evocar su patria y contemplar sin obstáculos las estrellas»⁴⁴.

Para destacar la importancia de la religión musulmana, Nicolau d'Olwer comenta que existen 165 mezquitas y zawiya. Sobre éstas últimas explica que son centros que proporcionan a los habitantes «un grado de cultura muy superior» al de los pocos europeos que viven en la ciudad. El elevado número de centros religiosos, la religiosidad de sus habitantes y los escasos europeos instalados en un pequeño barrio extramuros favorecen que apenas haya sido «contaminada» y que se haya mantenido «impermeable» a la influencia occidental⁴⁵. Las numerosas mezquitas y el carácter religioso sirven al joven Julián Marías para dar muestras de su futura capacidad filosófica y literaria al opinar que Kairouan no alberga muchas mezquitas, sino que la propia ciudad «es una mezquita grande y fuerte»⁴⁶.

La cualidad de «santa» también es recogida específicamente por los viajeros. Joan Roig asegura que es reconocida «por la fama de sagrada que conserva desde su fundación. Ha sido siempre considerada como la ciudad santa del Magreb». Para subrayar esta cualidad, comenta que siete peregrinaciones a Kairouan equivalen a un peregrinaje a La Meca para los musulmanes tunecinos y que muchos creyentes quieren ser enterrados en las cercanías de sus muros, por lo que existen numerosos cementerios en sus proximidades. Esmeralda Gijón, por su parte, añade que es un centro de estudios religiosos y «una de las cuatro puertas del mundo que conducen al paraíso»⁴⁷.

⁴⁴ Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 488.

⁴⁵ Nicolau d'Olwer, *op. cit.*, pp. 29 y 35.

⁴⁶ Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 197.

⁴⁷ Roig i Font, *op. cit.*, p. 327 y Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 488.

Los participantes en el cruceo apenas pasan una tarde en la ciudad, por lo que sus descripciones de la ciudad son bastante escuetas. No es el caso de Lluís Nicolau d'Olwer y Joan Roig, quienes habían permanecido mayor tiempo en Kairouan, y la visitan y describen con mayor detenimiento. Ambos recorren las puertas de la ciudad, y visitan el pozo de Bir Barrouta, la cisterna construida por el emir Abu Ibrahim Ahmed, alguna *zawiya*, y los zocos del cuero y las alfombras. En este último, Joan Roig describe los diferentes tipos de alfombras que se elaboran y subraya que las tejedoras «llevan una vida muy miserable, pues trabajan horas y más horas durante el día, en una especie de obrador pequeño, oscuro y lleno de telarañas». Y Nicolau d'Olwer se lamenta de que el dibujo y la coloración de las alfombras «se europeiza (es decir, se degradan) lamentablemente», aunque «la técnica del oficio se conserva pura»⁴⁸.

7. La visita a las mezquitas de los Sables, del Barbero y de Sidi Uqba

Todos los viajeros visitaron tres de las mezquitas más famosas de la ciudad: la de los Sables, la del Barbero y la Gran Mezquita, o mezquita de Sidi Uqba. En el caso de los cruceos, el acceso y la visita había sido organizada por la *Résidence Générale du Protectorat Français* —tras las gestiones realizadas por el Consulado General de España en Túnez—, quien había dado «orden al Sindicato de Iniciativa Local de Kairouan para que facilitara la visita, esencialmente mediante la designación de guías para el acceso a las tres mezquitas». Además, el cónsul Juan Bautista Antequera consiguió la gratuidad en la visita apelando al *Controleur civil de Kairouan*⁴⁹.

Al margen de las descripciones que sobre cada una de ellas hacen los viajeros, Julián Marías establece diferencias conceptuales entre ellas —«cada una responde a un modo de religiosidad musulmana»— y Francesc Esteve las contextualiza históricamente en el ambiente estepario en el que se encuentra la ciudad: «obras grandes y macizas, que doradas o enrojecidas por el Sol se hacen todavía más pesadas sobre la tierra desnuda. Un esfuerzo constructivo que se desliga del entorno y que si no conociéramos su historia no podríamos entenderla de ninguna manera»⁵⁰.

⁴⁸ Roig i Font, *op. cit.*, p. 331 y Nicolau d'Olwer, *op. cit.*, p. 39.

⁴⁹ Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*

⁵⁰ Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 197 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 17.

La mezquita de los Sables –la primera que visitan los cruceristas- ofrece un escaso valor artístico, por lo que apenas les llama la atención. Para Carlos A. del Real su interior sólo tiene «interés pintoresco»; apreciación bastante similar a la que habían manifestado Lluís Nicolau d’Olwer y Joan Roig y anteriormente. El primero se había limitado a reseñar que se trataba de la «más popular de todas las mezquitas» de Kairouan, mientras que el segundo solamente había destacado «las airosas cúpulas» que la cubren en el exterior⁵¹.

A continuación, los participantes en el crucero se dirigen a la mezquita del Barbero. Este edificio les despierta mayor interés y Julián Marías la considera «de un arte sutil y cerebral. Arcos perfectos, apoyados en capitales de armonía serena. Una belleza grata [...] Allí se han roto las amarras y se ha huido absolutamente del desierto. Es una mezquita que hago coincidir sentimentalmente con el oasis: es el descanso verde y fresco después del camino»⁵².

Algunos años antes, Joan Roig había destacado su patio principal: «el más suntuoso de todos [...] rodeado de elegantes pórticos». Sin embargo, opina que la puerta y las dos ventanas de la qubba son un «trabajo italiano de un barroquismo de muy mal gusto» que desentonan en el conjunto. El origen italiano de estos elementos le sirve a Carlos del A. del Real para reflexionar sobre la progresiva expansión de la influencia occidental en el Magreb: «Las puertas [...] hablan de una expansión vital de Occidente que no tiene nada que ver con penetraciones más o menos pacíficas, pero que empezó a asegurar el dominio de Europa sobre África mucho antes de que hubiese Ministerios de las Colonias»⁵³.

Pero la visita culminante es a la Gran Mezquita: «razón fundamental de haber venido nosotros a Kairouan», «el único objeto de nuestro viaje a Kairouan», ya que se trata de una «obra de las más importantes en la arquitectura musulmana en Occidente»⁵⁴.

⁵¹ Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 22; Nicolau d’Olwer, *op. cit.*, p. 39 y Roig i Font, *op. cit.*, p. 334.

⁵² Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 197.

⁵³ Roig i Font, *op. cit.*, nº 426, p. 336 y Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 23.

⁵⁴ Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 17 y Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 488.

Los visitantes se sienten impresionados por su aspecto exterior —«es de una impresión aplastante por su grandeza; atrae su inmensidad con una fascinación de vértigo»— y por el enorme patio a través del que acceden a su interior. Sobre el patio, Francesc Esteve comenta que con su «suelo desnudo sin sombra acogedora ni el frescor del agua» no da «la sensación de estar en una mezquita, sino en un recinto fortificado». Similares reflexiones realiza Julián Marías —«es algo vacío, en fuerza de ser sencillo y grande [...] el anchísimo patio; lo que allí importa es el espacio mismo [...] nada es gracioso; sino rudo y ancho»— pero, una vez más, sus opiniones contienen ideas que trascienden la mera descripción: «la gran mezquita, tan grande y tan vacía, con vaciedad que acentúa su grandeza, y al contrario es también una poderosa llamada en silencio»⁵⁵ [Fotografía 3].

A mediados de los años veinte, Lluís Nicolau d'Olwer ya había destacado el elevado valor arquitectónico y artístico del interior de la mezquita —«maravillas del arte de la madera hay también en los techos, en el púlpito y en las puertas: maravillas de metal en las lámparas, que rezan silenciosas»— y, especialmente, del mihrab —«hecho de cerámica y de plafones de madera, es considerado como la obra más admirable de la decoración arábica»⁵⁶— pero, como el propio Nicolau d'Olwer, Francesc Esteve no puede dejar de comentar que se aprecian numerosos elementos romanos y bizantinos: «las trece docenas de columnas y capiteles que hay dentro del santuario, las que hay en el patio [...] han venido de los monumentos romanos y bizantinos de Susa (la antigua Hadrumetun) y de Cartago», y al observar «cómo se ensamblan en la obra lápidas y fragmentos arquitectónicos uno percibe rápidamente que toda aquella piedra salió de las ruinas de ciudades romanas de África. Dicen que Leptis Magna, ya en la Tripolitania, fue la más saqueada y parece que de allí vinieron las columnas más bellas del «haram» o sala de oraciones». Este último también subraya las influencias orientales —buena muestra de ello son «los grandes azulejos dorados del mihrab, que según cuentan una mitad vino de Damasco» o «las maderas delicadas trabajadas del mimbar, el único mueble oriental abasí del siglo IX que se conoce»⁵⁷—, y muchos de los viajeros las provenientes de la mezquita de Córdoba.

⁵⁵ Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 489; Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 17 y Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 198.

⁵⁶ Nicolau d'Olwer, *op. cit.*, p. 32.

⁵⁷ Nicolau d'Olwer, *op. cit.*, pp. 30 y 32 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, pp. 17 y 18.



Fotografía 3: «Patio de la Gran Mezquita»
Fuente: Del Real, Marías, Granell, 1934, entre pp. 16-17

La mayoría destacan el ascendente y el superior nivel arquitectónico del edificio andalusí: la disposición interior está «influida por la de Córdoba»; «aparecen muchas semejanzas con la mezquita de Córdoba que, indudablemente, se deben a la influencia andaluza»; los arcos de la nave central están «sostenidos por un sistema de atirantado [que] restan belleza al edificio. Esta misma disposición está salvada en Córdoba por dobles arcos que le dan un aspecto peculiar, único en el mundo»; «lo indudable es que nuestra mezquita es mucho más bella que ésta»; el sistema «para asegurar la cubierta del haram» consiste en enlazar los arcos «con listones, que forman como un emparrillado por encima de los capiteles, cosa que afea las naves y les da la visión aparente de un techo más bajo de lo que es, nada comparable a la solución cordobesa de estirar los cimacios y enlazarlos con los arcos, alzando las naces y haciéndolas diáfanas»⁵⁸.

Sin embargo, algunos matizan estas apreciaciones y destacan la importancia de Kairouan en la época. Guillermo Díaz-Plaja insiste en que el interior de la mezquita «recuerda insistentemente a la de Córdoba», pero añade que ambas ciudades tuvieron «una importancia paralela en la Edad Media, pues polarizan todas las actividades de la religión y de la cultura del Islam», y concluye: «las influencias mutuas

⁵⁸ Vicens Vives, *op. cit.*, p. 412; Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 488; Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 22 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 18.

son numerosísimas». Mientras que Francesc Esteve Gálvez agrega a sus comentarios: «Kairouan se adelanta al Al-Andalus en un elemento constructivo: la cúpula; y en otro decorativo: el azulejo»⁵⁹.



Fotografía 4: «Minarete de la Gran Mezquita»
Fuente: Del Real, Marías, Granell, 1934, entre pp. 200-20

Los viajeros también describen el minarete —«con sus tres elevados cuerpos [...] reclama nuestra atención. Es una torre cuadrada, de tres cuerpos en progresión decreciente. En el central lleva arcos de herradura muy cerrados, seguramente para descargar el peso del piso superior. El conjunto es elegante y bien proporcionado»— [Fotografía 4] y ascienden hasta lo alto, desde donde observan la ciudad: «se contempla el panorama de la ciudad aplastado bajo el sol de la tarde. Ciudad blanca, horizontal. De las terrazas emergen tímidamente los cascarones de las cúpulas y, alguna vez, en arranque de audacia, los minaretes de las mezquitas. Desde aquí se puede contemplar la ciudad en perspectiva; desde el suelo no la tiene»⁶⁰. Pero es de nuevo Julián Marías quien vuelve a realizar unas reflexiones más profundas

⁵⁹ Díaz-Plaja, *op. cit.*, p. 38 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 18.

⁶⁰ Vicens Vives, *op. cit.*, p. 412 y Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 489.

sobre la importancia de la religión en la ciudad cuando escribe que a Kairouan «se lo advierte en una estrecha subordinación a la mezquita, que lo hace vivir —¿todavía?— con su espíritu. No está la mezquita en Kairouan, sino que Kairouan se recuesta en torno a la mezquita»⁶¹.

8. La salida de Kairouan

La ciudad deja a los viajeros profundamente impresionados pues han entrado en contacto con la ciudad «oriental» que tanto anhelaban y se refieren con melancolía y emoción a la salida: «Dejamos a Kairouan encerrado en sus murallas. Las cúpulas y los minaretes se asoman para despedirnos; la ciudad oriental blanca y silenciosa queda escondida en su harem»; «Kairouan se queda atrás. Sus murallas y sus mezquitas; su Kasbah [...] y su madraza [...]; sus callejas y sus azoteas. Todo se aleja, entre el terreno desértico. El África mahometana y fortificada, el África de sueño turbado por amenazas de invasiones y por profetas guerreros, se pierde para nosotros. Quizá para siempre. No importa. Ya la hemos hallado y ya ha sido nuestra»⁶².

Y las inquietudes intelectuales de algunos cruceristas van más allá de las reflexiones que podrían expresar unos simples turistas. Y ciertos comentarios de los guías o la situación sociopolítica de la ciudad, y del país, les llevan a interrogarse sobre su futuro: «¿Llegarán un día estos hombres silenciosos y severos a realizar un sueño racial, de reconquista de su dignidad?»; «Por el camino conjeturábamos el destino que el porvenir reservará a Kairouan ¿Volverán nuevos días de esplendor? ¿Será la capital de una nación bereber? Nadie lo puede decir»⁶³.

9. Conclusiones

En las décadas de 1920 y 1930, en pleno periodo colonial, un pequeño, pero escogido, grupo de turistas españoles visitaron Kairouan; la ciudad santa del Magreb para los musulmanes.

⁶¹ Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 198.

⁶² Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 489 y Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 24.

⁶³ Díaz-Plaja, *op. cit.*, p. 38 y Vicens Vives, *op. cit.*, p. 412.

Estos viajeros reflejaron gran parte de los tópicos orientalistas existentes en la época en sus relatos pero, a diferencia de otros turistas, también recogieron numerosas opiniones y apreciaciones que ponen de manifiesto que no se trataba de burgueses, más o menos cultivados, que se desplazaban a regiones «exóticas». En realidad eran un grupo de personas que contaban con una buena formación académica y que eran, o serían, destacados miembros de la intelectualidad española.

Por esta razón, más allá de los típicos comentarios sobre la religión y las sociedades musulmanas, o sobre las « bondades » de la acción colonial, se interesan y reflexionan por la situación social y política del Túnez colonial, incluyen numerosas referencias geográficas e históricas, realizan cultas descripciones del paisaje y de los monumentos que visitan, o manifiestan una actitud sobre la religión musulmana más respetuosa que las opiniones generalizadas en aquellos años.

Sus comentarios proporcionan una valiosa información sobre la visión del mundo arabo-musulmán que tenían una parte de las élites intelectuales españolas a principios del siglo XX; una visión que, como no podía ser de otra manera, era mucho más compleja y profunda que la recogida en numerosas publicaciones de la época.

Bibliografía

- Coma Soley, M. (1926), *De Barcelona al Caire, passant pels Dardanel·ls. (Divagacions d'un turista)*, Barcelona, Llibreria Verdager.
- Del Real y Ramos, C. A. (1934), «Diario de un estudiante viajero», en C. A. del Real, J. Marías, M. Granell (1934), *Juventud en el mundo antiguo. (Crucero universitario por el Mediterráneo)*, Madrid, Talleres Espasa-Calpe, pp. 9-189.
- Del Real, C. A., Marías, J., Granell, M. (1934), *Juventud en el mundo antiguo. Crucero universitario por el Mediterráneo*, Madrid, Talleres Espasa-Calpe.
- Díaz-Plaja, G. (1935), *Cartes de navegar*, Barcelona, Llibreria Catalònia.
- Ecudero, L. (2002), «El nacimiento del turismo. La moda de Egipto», *Boletín de la Sociedad Geográfica Española*, 13, pp. 124-139.
- Esteve Gálvez, F. (1985), *A l'entorn de les aigües lluminoses: el creuer universitari, 1933*, Castelló de la Plana, Diputació de Castelló.
- García Ramon, M. D., Luna, A., Riudor, L., Zusman, P. (2005), «"Roda el món i torna al Born": geografies imaginàries dels viatgers catalans al Caire (1889-1934)», *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 60, pp. 71-85.

- García Ramon, M. D., Nogué, J. (1999), «Enseñanza de la geografía en Marruecos, monografías regionales y libros de viajes», en J. Nogué, J. L. Villanova (eds.). *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, pp. 341-374.
- García-Romeral, Pérez, C. (1995), *Bio-bibliografía de viajeros españoles. Siglo XIX*, Madrid, Ollero y Ramos.
- (1997), *Bio-bibliografía de viajeros españoles, 1900-1936*, Madrid, Ollero & Ramos.
- Gijón Zapata, E. (2006), «Diario personal de Esmeralda Gijón Zapata», en F. Gracia Alonso, J. M. Fullola i Pericot (2006), *El sueño de una generación. El crucero universitario por el Mediterráneo de 1933*, Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 473-534
- Gómez Moreno, M. E. (1995), *Manuel Gómez-Moreno Martínez*, Madrid, Ed. Fundación Ramón Areces.
- Gracia Alonso, F., Fullola i Pericot, J. M. (2006), *El sueño de una generación. El crucero universitario por el Mediterráneo de 1933*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- Lacoste, Y. (1980), *Ibn Khaldoun, naissance de l'Histoire passé du Tiers Monde*, Paris, François Maspero.
- Laroui, A. (1995), *L'Histoire du Maghreb: un essai de synthèse*, Casablanca, Centre Culturel Arabe.
- Litvak, L. (1990), «Exotismo del Oriente musulmán fin de siglo, *Awraq. Revista de Análisis y Pensamiento sobre el Mundo Árabe e Islámico Contemporáneo*, XI, pp. 73-103.
- Marías Aguilera, J. (1934), «Notas de un viaje a Oriente», en C. A. del Real, J. Marías, M. Granell (1934), *Juventud en el mundo antiguo. (Crucero universitario por el Mediterráneo)*, Madrid, Talleres Espasa-Calpe, pp. 191-254.
- Marín, M. (1992), «The Image of Morocco in Three 19th Century Spanish Travellers», *Quaderni di Studi Arabi*, 10, pp. 143-158.
- (1996), «Un encuentro colonial: viajeros españoles en Marruecos (1860-1921)», *Hispania. Revista Española de Historia*, 192, pp. 93-114.
- (2002), «Mujeres, burros y cargas de leña: imágenes de la opresión en la literatura española de viajes sobre Marruecos», en F. RODRÍGUEZ MADIANO, H. DE FELIPE (eds.), *El Protectorado español en Marruecos. Gestión colonial e identidades*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 85-110.
- Martín Corrales, E. (2006), «Un siglo de viajes y viajeros catalanes por tierras del norte de África y Próximo Oriente (1833-1939): peregrinos, nostálgicos y colonialistas», *Illes i Imperis*, 8, pp. 83-111.

- Miret y Sans, J. (1910). «Fra Anselm Turmeda en la ciutat de Tunij. Una visita a la tomba del escriptor català», *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 180 y 181, pp. 1-16 y 33-41.
- Nicolau d'Olwer, L. (1978), *El pont de la Mar Blava. Notes de viatge per Tunísia, Sicília i Malta*, Barcelona, Proa.
- Pérez de Olaguer, A. (1934), *Mi vuelta al mundo*, Barcelona, Juventud.
- Pijoan, J. M. (1930), *El Congrés Eucarístic Internacional de Cartago. Impressions*, Barcelona, Foment de Pietat.
- Riudor, L. (2008), «Entre la curiositat i el plaer: del viatger al turista o la mutació d'una espècie», en M. D. Garcia Ramon, J. Nogué, P. Zusman (eds.), *Una mirada catalana a l'Àfrica. Viatgers i viatgeres dels segles XIX i XX (1859-1936)*, Lleida, Pagès editors, pp. 137-171.
- Roig i Font, J. (1930), «Notes d'una excursió per l'Àfrica romana», *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 417, 418, 425, 426 y 427, pp. 37-51, 69-82, 293-306, 325-345 y 357-375.
- Vicens Vives, J. (2006), «Diario personal de Jaume Vicens Vives», en F. Gracia Alonso, J. M. Fullola i Pericot (2006), *El sueño de una generación. El crucero universitario por el Mediterráneo de 1933*, Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 397-458.
- Villanova, J. L. (2006), «El excursionismo catalán exótico: el Norte de África (1876-1936)», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 210. <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-210.htm>
- (2008), «L'excursionisme català i els viatges a l'Àfrica», en M. D. Garcia Ramon, J. Nogué, P. Zusman (eds.), *Una mirada catalana a l'Àfrica. Viatgers i viatgeres dels segles XIX i XX (1859-1936)*, Lleida, Pagès editors, pp. 83-112.

Las Expediciones de la Academia Imperial de Ciencias: emergencia del viaje científico en Rusia

Marina Frolova

Universidad de Granada

La historia de los viajes europeos de los siglos XVIII y XIX se caracteriza por una explosión de grandes expediciones marítimas y viajes terrestres a países poco o nada conocidos. Durante este período los viajes de «descubrimiento» (Cook, La Pérouse...) se remplazan progresivamente por otro tipo de viajes que ya no se centran en descubrir las tierras desconocidas, sino en explorar las tierras ya descubiertas (Humboldt). Por otro lado, la expansión colonial, el desarrollo de intercambios y viajes modifica la escala de los viajes naturalistas, hasta entonces unas aventuras individuales o empresas financiadas por los príncipes. La nueva práctica de exploración de las regiones poco conocidas, no siempre tan lejanas como las Américas, sino a veces tan próximas a Europa como los Urales, el Cáucaso o Siberia, se define tanto por una nueva forma de mirar el espacio geográfico, como por el planteamiento por parte de los viajeros de una problemática distinta durante sus periplos. Así por ejemplo, la geología del siglo XVIII contribuye a la «invención» de la montaña y la convierte en el «laboratorio» de las ciencias naturales europeas (Broc, 1969; Briffaud, 1994, 2000; Acot, 2000; Martínez de Pisón y Álvaro, 2002).

En este contexto, el Imperio Ruso, en ausencia de datos geográficos precisos sobre una gran parte de su inmenso territorio, desarrolla un tipo de viajes particular. Se organizan varias expediciones según un programa de exploración común que prevé una presentación uniforme de sus resultados. Es en aquella época cuando se observa una mutación significativa de las descripciones de viajes. Los tradicionales relatos de viajes se ven transformados poco a poco en unas obras, en las que la lógica del itinerario se ve reemplazada por el razonamiento científico.

Nuestro objetivo es analizar, sobre el ejemplo de las expediciones organizadas por la Academia Imperial de Ciencias de San-Petersburgo, el profundo cambio que experimenta la práctica del viaje de exploración y su descripción, emergiendo un nuevo género de la literatura de viaje. En primer lugar, se estudian los cambios en las prácticas de viaje y de observación científica en Europa durante el siglo XVIII. A continuación,

se analizará la emergencia de los viajes científicos y del nuevo tipo de descripciones en Rusia durante las expediciones de la Academia de Ciencias (1768-1774), centrándose con mayor detalle en la obra de Peter Simon Pallas. A modo de conclusión, se destacarán las aportaciones de estas expediciones al desarrollo de la geografía en Rusia.

1. Cambios en las prácticas de viaje y de observación científica en Europa

A lo largo de los siglos XVIII y XIX, las prácticas de viaje y de observación en Europa se ven sometidas a una serie de cambios. En primer lugar, los viajes pierden progresivamente su carácter de descubrimiento. Poco a poco se fueron cubriendo las zonas que quedaban aún en blanco en el *mapamundi* quedando cada vez menos tierras desconocidas, sin embargo aún se sabía poco sobre estas regiones recién descubiertas por los viajeros occidentales. Lo que interesa ahora es explorar sus recursos naturales y humanos, muchas veces con fines pragmáticos: para colonizarlas y/o para desarrollar intercambios con sus pueblos.

En segundo lugar, desde finales del siglo XVII, las representaciones científicas se van diferenciando progresivamente de otros tipos de descripciones. El enfoque «utilitario» y «cuantitativo» que entró en la práctica científica europea ya en el siglo XVII (Galilée) va a imponerse a partir de finales del siglo XVIII. Según G. Gohau (1990), incluso a principios del siglo XVIII, los naturalistas que pretendían explicar la historia de la tierra difícilmente distinguían la experiencia común de observación de la experiencia científica. Como Michel Foucault apuntó en *Les Mots et les Choses* (1966), antes del siglo XVIII, la partición entre lo que vemos, lo que los otros han observado y transmitido, y por fin, lo que los otros imaginan o creen ingenuamente, la tripartición –la Observación, el Documento y la Fabula– no existía. Esta indiferenciación derivaba del hecho de que los signos hacían parte de las cosas (*Idem.*). Por su parte G. Bachelard (1975) denominó como la «pereza de distinción» el rasgo que caracterizaba la observación y pensamiento pre-científico y distinguió, entre sus particularidades: la tendencia al sistema y universalismo, la búsqueda precoz de lo general, de aplicación del principio de identidad, ya que parece poco importante entrar en detalles considerados insignificativos. Entre los típicos ejemplos de los naturalistas marcados por este espíritu se podría citar los sabios de gabinete Buffon y de Buache.

En el XVIII el finalismo de Aristóteles aún está presente (la economía de la naturaleza ilustrada por Lineo, las teorías de Buffon), pero la revolución científica, va eliminando progresivamente el finalismo y la escolástica medieval, relegándolo al dominio de la teología (Descola, 2005). Sin embargo, la representación mecánica de la Naturaleza, con una estructura comparable a la de una máquina donde el comportamiento de cada elemento es explicable por unas leyes, dentro de una totalidad enfrentada como una suma de partes y de interacciones de elementos, se contradice con los hechos observados. Por lo que, al lado de Bacon, Descartes y Spinoza que rechazan la ilusión de la naturaleza intencionada, una corriente de pensamiento más discreto se queda ligada a las convicciones finalistas. Kepler, Boyle y Leibniz son los defensores de esta concepción de la naturaleza como totalidad y unidad equilibrada, que posteriormente compartirán Alexander von Humboldt y Darwin.

En tercer lugar, como consecuencia de la expansión de la práctica de viajes durante el siglo XVIII, los datos y especímenes afluyen en gran cantidad desde las tierras lejanas y han de inventariarse. El inventario ya no es el único medio eficaz para describir el espacio geográfico. El enciclopedismo compilador heredado de viajeros del Renacimiento ya no puede servir como representación científica del espacio. Como demuestran P. Heurtel y F. Serre (1996), el objetivo de la descripción del medio, que fue realizar un catálogo exhaustivo de hechos históricos y naturales, evoluciona a lo largo del siglo XVIII. Aunque se observa la progresiva especialización de los viajes, que van perdiendo su espíritu enciclopedista tradicional, los viajeros irán buscando unos medios para describir el conjunto del mundo observado y comprender sus leyes.

El gran flujo de nuevos datos estimula la búsqueda de métodos adecuados y de nomenclaturas y clasificaciones, y al mismo tiempo hace surgir unas cuestiones nuevas (Drouin, 1991). Por una parte, se constata que las rocas, plantas y animales no se distribuyen en el globo terrestre de forma casual, y por otra, los sabios que comparan la disposición de las rocas, la flora y la fauna de diferentes países se están dando cuenta de los contrastes entre la llanura y la montaña, entre los países del Norte y del Sur, entre los continentes, estando presentes estos temas ya en las obras de Linné y Buffon (Broc, 1969; Drouin, 1991).

Por último, cabe destacar que hasta el siglo XVIII el viaje representaba una práctica única que permitía el desarrollo de una aproximación científica a la naturaleza orientada hacia una comprensión de interrelaciones entre unos fenómenos que pertenecían a unos campos de conocimiento múltiples y heterogéneos, ligados por la misma experiencia de viaje (Briffaud, 2000 y 2006). Sin embargo, este modelo federador entra en crisis, a la par que se toma conciencia de la complejidad del mundo. Desde finales del siglo XVIII la nueva forma de observar el medio en relación con la búsqueda del orden en su organización permitirá rechazar los antiguos estereotipos de la interpretación de la historia natural, basados en el providencialismo y el catastrofismo, y situados bajo la tutela de una visión religiosa del mundo. No es casualidad el importante rol que jugaron en este proceso verdaderos exploradores «de campo» como Saussure, Pallas, La Condamine, Palassou, Ramond de Carbonnières, Forster, Humboldt...

La asociación *a priori* entre el itinerario y la lógica de razonamiento, fundada sobre la interfaz de las informaciones recogidas y fenómenos observados, ya no parece operante desde la segunda mitad del siglo XVIII. La emergencia de la especialización disciplinaria cada vez más clara¹, las dudas sobre lo *visible* y su capacidad de cubrir los factores de explicación del funcionamiento de la naturaleza, hacen al viaje perder su carácter del único instrumento del conocimiento del mundo. De modo que se observa la bifurcación en el género tradicional de libros de viaje: la descripción científica del viaje va adquiriendo unos rasgos específicos y se va separando de otro tipo de relatos de viaje.

Asimismo, la práctica del viaje entra en conflicto con las ideas recibidas de las teorías del siglo XVIII, por lo que los viajeros «científicos» intentan resolver los problemas teóricos por medio de sus observaciones. Una verdadera práctica de observación científica emerge progresivamente y los naturalistas van pasando de la descripción del medio geográfico como una simple suma de elementos a su comprensión más global. Al mismo tiempo, se empiezan a buscar medios teóricos para subsanar las lagunas de datos sobre ciertos espacios a través del descubrimiento de grandes principios de organización del mundo: aparecen unos primeros ensayos de dividir el espacio geográfico en

¹ Es durante este período, cuando nacen ciencias como la Geodesia, la Astrometría, o la Mecánica Celeste Analítica, se desarrolla la Meteorología y, entre las «ciencias naturales», van produciéndose desgajes entre la Geografía y la Historia Natural (Geología, Botánica, Zoología, Paleontología, Antropología, y Etnografía) (Arroyo López, 1994).

regiones, un primer modelo ecológico del medio ambiente, presentado por Humboldt en su cuadro general de pisos de vegetación en montaña, que pone en relación la diversidad de paisajes, su relación con la altitud y con los datos geográficos múltiples, y por fin, emerge la idea del paisaje científico en los trabajos de ese mismo naturalista.

2. Expediciones de la Academia de Ciencias de San-Petersburgo (1768-1774)

Es en este contexto que se desarrollan los viajes científicos que organiza la Academia de Ciencias de San-Petersburgo a finales del siglo XVIII. Entre los años 1768 y 1774, la Academia envía a varios puntos del Imperio ruso unas expediciones denominadas «académicas» que se consideran hoy en día uno de los eventos más destacables en la exploración de Rusia de los siglos XVIII y XIX (Fradkin, 1950).

El origen de estas expediciones remonta a principios del siglo XVIII, cuando el Imperio Ruso formado y reformado durante la época de Pedro el Grande, se va expandiendo rápidamente y necesita conocer y colonizar unos territorios enormes. El conocimiento de la naturaleza, economía y población de Rusia se considera necesario para su racional administración. En principio, estas expediciones se conciben con los objetivos de avanzar en observaciones astronómicas. De hecho, el Estado atribuye una especial importancia a las expediciones llamadas «astronómicas», organizadas, en aquel momento, para observar una confluencia de Venus y el Sol, que se creía ser más visible desde el territorio de Rusia (Gnucheva, 1940). Otro objetivo de estas expediciones consistía en realizar mediciones exactas con fines cartográficos. En el contexto de la expansión territorial de Rusia, de la construcción de carreteras, de la ambición imperial de conquistar unos nuevos puertos marítimos, de la creación de una armada y marina fuerte, el establecimiento de mapas exactos se planteaba como una tarea importante para el imperio (Frolova, 2006a y 2006b). La coordinación de operaciones de medición era necesaria para el Estado Ruso, teniendo en cuenta su extensión y la heterogeneidad de datos geográficos que estaban en disposición de la Academia de Ciencias de San-Petersburgo en el siglo XVIII.

Es a estas expediciones «astronómicas» que la Academia adjunta las llamadas expediciones «físicas». Catalina la Grande, cuidando su imagen de imperadora ilustrada, participa activamente en la preparación de

estas expediciones y pide al director de la Academia, el conde Vladimir Orlov, informarla sobre todo lo que se necesitara para organizarlas.

Finalmente la observación de fenómenos astronómicos se vuelve secundaria durante estas expediciones, siendo las observaciones «físicas» su contribución más importante en el progreso de descubrimientos geográficos, no solamente a escala de Rusia, sino también a escala europea.

Ninguna exploración organizada por la Academia de Ciencias se preparó con tanto cuidado y en condiciones tan favorables como las expediciones de los años 1768-1774. Toda la actividad de la Academia durante este periodo se estructura entorno a su organización y el gobierno ruso la apoya con una financiación generosa. Mientras la Academia prepara las instrucciones para los exploradores del territorio ruso, Catalina la Grande supervisa en primera persona la preparación y realización de las expediciones «para el estudio de la historia natural», aspirando a la profundización del conocimiento estratégico y económico de las regiones de Rusia poco conocidas. La emperadora negocia para invitar a Rusia a los naturalistas europeos para dirigir las expediciones² y envía a todos los gobiernos rusos concernidos un *ukaz* (edicto) donde se ordena a ayudar de forma eficiente a los participantes de las expediciones en su trabajo y sus investigaciones científicas, además de hacer todo lo posible para que los objetos recogidos y sus diarios de viajes sean enviados a San-Petersburgo sin retrasos.

Así pues las expediciones académicas se convirtieron en una gran operación del Estado para la que se trazó de antemano una red de itinerarios, que cubría un territorio inmenso, desde el mar Blanco hasta el Caspio y desde San-Petersburgo hasta el lago Baikal. Las dos expediciones «físicas», la *Orientaliskaya* y la *Astrajanskaya*, fueron formadas por tres y dos «brigadas» respectivamente, que además de las tierras entre los ríos Volga y Oka, la región del Povolzhie y los Pre-Urales, previstas inicialmente,

² Los dirigentes de las expediciones académicas –Peter Simon Pallas (1741-1811), Johann Anton Gldenstaedt (1745-1781), Samuel Gottlieb Gmelin (1744-1774), Johann Peter Falk (o Johan Peter Falck) (1727-1774), Johann Gottlieb Georgi (1729-1802), Ivan Lepiokhin (1740-1802)-, en su mayoría jóvenes naturalistas, gracias a los descubrimientos hechos durante sus viajes, se convertirán en pocos años en los cientificos de gran prestigio.

exploraron los Urales, la Siberia Occidental, el Cáucaso del Norte, los estribaciones del Altai, el país del Trans-Baikal, las estepas del río Don y el Norte europeo de Rusia. Cada equipo consistía como mínimo en unos tres-cuatro naturalistas (científicos experimentados y estudiantes), un farmacéutico y/o botanista, un dibujante, un taxidermista y un cazador.

A diferencia de las expediciones anteriores organizadas por la Academia, las de los años 1768-1774 se conciben como exploraciones del territorio ruso a gran escala con un programa común y un objetivo preciso. La finalidad de estudiar unos territorios, diferentes en sus aspectos físicos y humanos según modelos similares, se manifiesta ya en la «Instrucción para las expediciones físicas, enviadas a Rusia por la Academia imperial de ciencias»³. La Academia pide a los viajeros organizar las exploraciones de tal modo que «*no falte nada importante de cosas naturales y notables* [en las descripciones]». La «Instrucción» presenta un programa detallado de estudio de las riquezas naturales y humanas de Rusia y de las posibilidades de explotarla para el desarrollo de la economía del país. Entre los objetivos se enumeran los siguientes: observaciones naturalistas, históricas y antropológicas, relevos topográficos, mediciones, estudios «exactos» sobre la economía de diferentes provincias rusas (el estado de la agricultura e industria y proposiciones para su mejora), sobre los yacimientos y la medicina local.

«Además la Academia espera que los viajeros anoten minuciosamente todo lo que servirá para la explicación de la geografía general y la corrección de la geografía particular, asimismo que del tiempo, del calor o del frío, en especial en los sitios donde pasarán algún tiempo; describirán las costumbres, los ritos mundanos y religiosos, los cuentos antiguos de pueblos locales [...]; y que describirán las antigüedades que encuentran, observarán las ruinas y vestigios de lugares antiguos»⁴.

Sin embargo este documento deja a los viajeros cierta libertad de diseñar su itinerario y las prioridades de observación en función

³ Instrukciâ dlâ otpravlennyh ot Imperatorskoy Akademii nauk v Rossiû fizieskih èkspedicij.

⁴ Una copia de este documento se encuentra en los Archivos de la Academia de las ciencias de Rusia (F.3, Op. 23, nº83, 1.1.2-7 y F.3, Op. 23, nº 2, 3, 4). La *Instrucción* se publicó integralmente por la primera vez en la revista *Voprosy geografii*, 1950, nº 17, pp. 215-218.

del carácter del lugar y de circunstancias, por lo que casi todos los itinerarios iniciales fueron modificados.

La «Instrucción» prevé igualmente una forma común de presentación y envío de los resultados a la Academia para su publicación inmediata y completa (incluyendo los procedimientos para el envío de los materiales recogidos e informes, y la recepción de la financiación). Se consideraba que los informes de las expediciones que se deben enviar a la Academia de forma periódica podrían proporcionar la posibilidad de análisis comparativo de los resultados de diferentes exploraciones.

Muchos de los materiales e informaciones recogidas fueron estudiadas minuciosamente ya durante las expediciones. Las largas etapas de viaje (algunas de expediciones duraron hasta siete años), los períodos de «hibernación» obligada durante el viaje, que en condiciones de Rusia podían interrumpir los trabajos de campo hasta durante varios meses, ofrecían a los viajeros la posibilidad de analizar los materiales de sus expediciones y preparar la publicación de sus relatos de viaje antes de finalizar sus periplos.

3. La emergencia del relato de viaje científico y la obra de P.S. Pallas

Los libros de viaje de los participantes de estas expediciones, planteados inicialmente como unos resultados previos que tenían que servir para elaborar una descripción general de Rusia, se convirtieron en los principales resultados de estas exploraciones y son considerados como los trabajos más completos sobre la geografía de Rusia del siglo XVIII. Aunque los documentos redactados a partir de las exploraciones realizadas entre los años 1768 y 1774⁵, en su mayoría, son unas notas

⁵ Falk, J.P. (1785-1786): *Beyträge zur Topographischen Kenntniss des Russischen Reichs* (Contribución al conocimiento topográfico del Imperio ruso), (editado por Johann Gottlieb Georgi) San-Petersburgo, en 3 vol.; Georgl, J.G. (1775): *Russland: Bemerkungen einer Reise im Russischen Reich im Jahre 1772* (Rusia: Notas sobre el viaje al Imperio Ruso en enero de 1772), San-Petersburgo, en 2 vol.; Gmelin, S.G. (1770- 1774): *Reise durch Russland zur Untersuchung der drey Natur Reiche* (Viajes por Rusia para el estudio de las tres provincias naturales), San-Petersburgo, en 3 vol., publicándose el volumen 4 por Peter S. Pallas en 1784; Güldenstaedt, J.A. (1787-1791): *Reisen durch Russland und im Caucasischen Gebürge* (Viajes por Rusia y las montañas del Cáucaso), San-Petersburgo, 1787-1791, en 2 vol.; Liepiojin, I. (1795-1814): *Dnevnye zapiski*

de viaje o diarios (escritos en alemán⁶), estos relatos sentaron las bases de un nuevo género de la literatura científica.

La abundancia de los datos recogidos, las inmensas superficies recorridas en un tiempo relativamente corto y las exigencias de la *Instrucción* redactada por la Academia imponen una forma peculiar de presentación de las observaciones científicas. Las obras escritas en forma de libros de viaje son menos difíciles de redactar que un trabajo concebido como un informe científico. Son igualmente más interesantes y asequibles para el público en general, ya que un lector adopta el punto de vista del autor siguiendo su itinerario. Como destaca D. Ripoll (1998), las barreras y jerarquías que separarán, a partir del siglo XIX, los relatos de viaje de las obras científicas son todavía difusas en el siglo XVIII.

No obstante, en las descripciones de las expediciones «académicas», el estilo asequible de los libros de viaje tradicionales, que invita al lector a seguir el itinerario del viajero y acompañarlo en sus descubrimientos, se enriquece con numerosas consideraciones teóricas. A los detalles sobre el itinerario, las fechas y digresiones sobre las peripecias del viaje, los exploradores añaden, numerosas reflexiones sobre la naturaleza y las causas de los fenómenos observados durante el trayecto. Se constituye gradualmente una verdadera práctica de observación que ya no supone una simple contemplación, sino que constituye un nuevo poder de analizar, hacer una síntesis de lo que se ve, abriendo los naturalistas-viajeros un camino a la aprehensión global del espacio (Ripoll, 1998). Esta nueva aproximación a la descripción geográfica, que se desarrollará con máxima fuerza por Alexander von Humboldt, hará del diario de viaje un género verdaderamente científico propio del descubrimiento y de los trabajos de campo (Bourguet, 1996). El nuevo género literario cambia la lógica de descripción, de la asociada *al itinerario* a la de una *representación científica*, ordenada por un método con el cuál el investigador aborda la realidad geográfica.

putešestviâ doktora i Akademii nauk ad"ûtanta Ivana Lepëhina po raznym provinciam Rossijskogo gosudarstva (Diario del viaje del doctor y adjunto de la Academia de ciencias Ivan Lepiojin en diferentes provincias del Estado ruso), San-Petersburgo, en 4 vol.; Pallas, P.S. (1771-1776) *Reise durch verschiedene Provinzen des Russischen Reichs* (Viaje en diferentes provincias del Imperio ruso), San-Petersburgo, en 4 vol.

⁶ Solo I. Lepiojin lo escribió en ruso.

El ejemplo más remarcable de este nuevo espíritu científico, plasmado en las obras de los participantes de las expediciones «académicas», son los tres volúmenes de «Reise durch verschiedene Provinzen des Russischen Reichs» (1771-1776) de Pallas. Escrito en alemán, este libro fue inmediatamente traducido al ruso, y después al francés, italiano e inglés.

En el primer volumen de esta extensa obra, escrita en forma de relato de viaje, Pallas expone lo que considera como principios para la descripción científica:

«Creo que la primera cualidad para un histórico-viajero es la verdad. Esto era mi principal objetivo, tanto en mis propias observaciones, como en las que he encargado a otras personas. [...] He escrito como un observador celoso y he reflejado las cosas tales como las he visto. Solo se debe esperar de un naturalista la exactitud en sus investigaciones. Existen incluso algunos descubrimientos que al principio parecen poco ventajosos, pero que se vuelven después en los de mayor importancia. Ninguna ciencia lo demuestra mejor que la historia natural» (Pallas, 1788, t. I, pp. XVIIJ-XX, traducción propia).

Sus estudios han salido de los límites de la historia natural tradicional, abordando unos campos científicos diversos. Pallas demuestra no solamente su talento extraordinario como observador, sino también sus conocimientos profundos de la geología, mineralogía, climatología, botánica, zoología y lingüística contemporánea (Efremov, 1959; Vucinich, 1963), a cada una de las cuales hace unas contribuciones importantes.

Pallas, por su voluntad enciclopédica de catalogar todos los hechos variados que enfrenta durante sus viajes, todavía nos recuerda a los viajeros tradicionales, sin embargo, por la exactitud de sus observaciones y su voluntad de explicar científicamente los fenómenos observados, se aproxima ya a los naturalistas de la época moderna.

Especialmente novedosas parecen sus reflexiones sobre la historia de formación de las montañas que se entrelazan con las observaciones de exactitud sorprendente hechas durante su viaje por los Urales. De la misma manera que Horace Bénédicte de Saussure, que observa las primeras reglas de formación de los Alpes, el «Saussure ruso»⁷ –Pallas– consigue determinar las leyes generales de constitución zonal

⁷ La expresión de la época.

de los Urales, escribiendo sus reflexiones teóricas en la introducción a la tercera parte de su obra:

«La chaîne des monts Ouralsk est de même nature que celle des montagnes de Suède et des autres contrées de l'Europe [...]. La base de la chaîne, ou, pour mieux dire sa masse minéralogique, est composée de granit et d'autres montagnes vitrifiées ; elles ne percent cependant pas dans les places où la chaîne est très rétrécie, tel que dans l'Oural des Bachkirs ; on rencontre ici des montagnes qui sont entièrement de quartz. On observe, de chaque côté de cette vieille roche, des chaînes de montagnes de schiste par couches renversées. On voit, à l'est, un schiste corné, et des roches micacées, suivi de jaspe. A l'ouest, on trouve, le plus souvent, une pierre sablonneuse micacée, quelquefois très compacte, qui forme alternativement de hautes montagnes ; elle est accompagnée d'alun et d'un schiste argileux. Viennent ensuite des montagnes de roche calcaire et compacte, qui s'entendent par couches unies. On y remarque à peine des traces de corps marins pétrifiés. La roche de ces montagnes, du côté de la Sibérie, est de la nature du marbre en beaucoup d'endroits. Elles forment le pied de la chaîne, et s'entendent jusque dans le plat pays. [...] A l'ouest, dans la Baschkirie, et près de Verkoutorié [Verhoturie, en la provincia actual de Yekaterinburgo], s'élèvent en hautes montagnes, des rocs qui ont l'air d'être une montagne primitive. On y découvre du granit et du schiste, qui forment des pics d'une hauteur prodigieuse. Les couches de cette montagne primitive s'entendent de plus en plus, et se terminent par des couches calcaires horizontales, qui continuent sous la vaste plaine de la Russie. C'est sur cette montagne primitive qu'est assise cette chaîne de schiste sablonneuse, si riche en mine de cuivre. [...] on rencontre très-rarement des corps marins dans ces couches de pierre sablonneuse. On y a trouvé, jusqu'à présente d'autres pétrifications que des plantes indigènes, des morceaux de bois, et des os d'animaux; c'est une preuve que ces pétrifications y ont été charriées par un déluge récent, qui a inondé ce vaste district [...]. Cette chaîne de schiste sablonneux n'existe point dans la partie orientale des monts Ouralsks, du moins dans tout le district que j'ai parcouru» (Pallas, 1788, t. 1, pp. xxij-xxvij)⁸.

⁸ En la traducción de este libro en francés C. Gauthier de la Payronie reúne los prefacios escritos por Pallas a cada una de sus tres partes en una sola introducción. Por lo que este prefacio a la tercera parte del viaje se encuentra, en la traducción francesa, en el primer volumen de la obra.

En su siguiente trabajo «Bemerkungen auf einer Reise in die südlichen Statthalterschaften des Rußischen Reichs in den Jahren 1793 und 1794» (Leipzig, 1799-1801), que describía sus expediciones posteriores al sur de Rusia, centradas especialmente sobre la Crimea, Pallas continúa su análisis comparativo de la estructura de las montañas, para, después, generar todas sus reflexiones teóricas en el libro «Observations sur la formation des montagnes et des changements arrivés à notre globe pour servir à l'«Histoire Naturelle» de M. le compte de Buffon» (1779), marcando su teoría una etapa importante en el desarrollo de la geología. Según Pallas, la zona central de las montañas está formada por granitos y esquistos «primarios» antiguos que los envuelven, privados de fósiles. La siguiente zona «lateral» se forma por rocas «secundarias» -calizas y arcillas-, y por último, la periferia de países montañosos está constituida por las rocas sedimentarias de formación «terciaria». Las montañas más altas, en su opinión están formadas por granitos que antecedieron a la aparición de la vida orgánica y constituyeron la base de los continentes (*Idem.*).

Paralelamente, en sus viajes por las estepas del sur de Rusia, Pallas propone una hipótesis en la que el mar Caspio ocupaba «antiguamente» un nivel de aguas más alto y formaba una cuenca única con el mar Negro y el Aral:

Cette multitude de coquillages dispersés sur toutes les steppes de l'Iaïk [río Ural], du pays des Kalmouks et du Volga [...] et qui sont absolument les mêmes que ceux qu'on trouve dans la mer Caspienne, sans avoir cependant la moindre ressemblance entre deux fleuves, cette uniformité de terrain dans les steppes [...], la nature saline du sol que provient en plus grande partie d'un sel marin, et qui est générale; ces innombrables fonds salins, la coupe et la forme de ces immenses déserts ; tous ces objets enfin sont témoignages incontestables que cette étendue de pays a été autrefois couverte par la mer Caspienne [...] (Pallas, 1793, t. VII, pp. 212-214).

Según su hipótesis, apoyada en la suposición del naturalista francés Josef Pitton de Tournefort y basada en observaciones directas, las montañas de Obschii Syrt «formaban antiguamente las costas de este amplio mar Hyrcanio». Esta cuenca se desintegró cuando se destruyó el «dique» constituido por las montañas «del Bósfor de Thrace», que separaba «un inmenso lago» de mar Negro, formado con las aguas que aportaban unos «ríos caudalosos como el Danubio, el Dniester, el Dniepr, el Don y el Kuban», y «mucho más elevado que el Mediterráneo y el Océano», así que las aguas del mar Negro irrumpieron en el mar Mediterráneo, desminuyendo el nivel del mar Caspio (*Idem.*, pp. 215-

216). Como razón de esta destrucción del dique Pallas plantea dos posibles fenómenos, la erosión continua o un terremoto.

Por sus brillantes reflexiones sobre la historia de la formación de las montañas, por sus observaciones precisas y deseo de establecer relaciones entre diferentes fenómenos observados, las obras de Pallas inspiraron a una pléyade de naturalistas que posteriormente se dedicarían a estudiar la historia natural de Europa. Así, Georges Cuvier (1841) le llamó fundador de «una geología completamente nueva», al igual que Charles Darwin se refirió a sus observaciones en cuatro de sus principales trabajos⁹. Además, fue el fundador de los estudios geológicos regionales en Rusia y todavía casi un siglo después de su muerte sus obras servían de referencia para los geólogos rusos¹⁰.

3. A modo de conclusión: las contribuciones de las expediciones «académicas» al desarrollo de la geografía en Rusia

A pesar de no cumplir completamente el programa científico previsto, las expediciones académicas se convirtieron en una experiencia única de la época.

Por un lado, estas exploraciones presentaron un paso importante en la inventarización de los datos geográficos sobre Rusia. Durante las expediciones «académicas» se recoge un material empírico sobre la geografía de las llanuras de Rusia Central, los Urales, el Cáucaso, las cuencas de los ríos Volga, Kama, Don... y algunos lagos como el Ladoga y el Onega...

Por otro lado, el deseo de comprender la naturaleza y sus leyes hace a los viajeros académicos relacionar diferentes fenómenos naturales y descubrir algunas reglas de organización del espacio geográfico. Así Gueldenstaedt explica en su relato de viaje la ausencia de bosques en la zona de estepa y el origen del suelo «chernoziom», Pallas establece

⁹ En sus trabajos tempranos Pallas admitía que las especies no son estables de forma definitiva, sino que podían evolucionar de forma notable a causa de factores climáticos.

¹⁰ Como señala Yu.K. Efremov (1959, p. 134), incluso a mediados del siglo pasado, los geólogos rusos bromeaban que cada informe geológico regional sobre Rusia, en su apartado sobre la historia de exploración geológica, debe empezarse por una frase: «Como ya lo descubrió Pallas...».

las fronteras biogeográficas entre la zona europea de Rusia y la asiática, Lepiojin analiza las razones de un crecimiento lento y de la baja productividad de los bosques del Norte de Rusia...

Gracias a estas expediciones, por primera vez en la historia de los estudios geográficos de Rusia, empieza a debatirse la división regional del país (Abramov, 1972), convirtiéndose esta problemática a partir del siglo XIX, en el centro de las preocupaciones de la geografía rusa. Para hacer un balance de las exploraciones académicas en 1777 se propone un programa de descripción «topográfica» general (es decir geográfica, histórica, política y económica) de Rusia, por el nuevo director de la Academia S.G. Dolmachnev. Con esta finalidad, se forma el Comité Topográfico, donde entre otros participan Pallas, Liepiojin, Gùldenstaedt, Georgi (Gnucueva, 1940). Sin embargo el Comité tuvo que afrontar unos problemas inesperados: la falta de informaciones sobre algunas regiones, las muertes prematuras de Gùldenstaedt, Falk y Gmelin, la partida de Georgi para Prusia... Además, la comparación de los resultados de todas las expediciones académicas, el análisis de los descubrimientos hechos por sus participantes y la creación de una descripción coherente de todo el conjunto de territorios rusos requería de grandes esfuerzos y métodos nuevos que todavía no habían sido inventados.

Finalmente, el Comité Topográfico no cumplió con su objetivo y se desintegró en pocos años después de su creación. El único intento de síntesis de los abundantes materiales de las expediciones académicas lo realizó J. Georgi en su libro «Beschreibung aller Nationen des Russischen Reichs, ihrer Lebensart, Religion, Gebräuche, Wohnungen, Kleidung und übrigen Merckwürdigkeiten», publicado en Leipzig en 1783. Esta obra, nunca traducida al ruso, sirvió como fuente de información etnográfica de gran valor sobre el Imperio Ruso.

Las expediciones académicas proporcionaron a los naturalistas rusos una base científica para el desarrollo de nuevos enfoques: del inventario de elementos a la aprehensión de la globalidad, de la imaginación a la observación. El nuevo modo de observar el espacio geográfico se va imponiendo entre los participantes de estas expediciones que buscan entender el orden de la naturaleza, intentando, por encima de su intuición e imaginación, tan característica del pensamiento pre-científico, reflejar las cosas «tales como las han visto». Esta nueva mirada de los viajeros de esta generación, que se basa, por un lado, en la observación, experimentación y medición, y por otro, en la teorización y búsqueda de las leyes generales, proporcionaría en algunas décadas los fundamentos del positivismo.

De modo que en las descripciones de las experiencias de viaje de los naturalistas de aquella época, la exposición de los hechos observados va cambiando su lógica: la lógica de itinerario se va reemplazando por un razonamiento científico. Al mismo tiempo, emerge una visión más integrada y más dinámica de la naturaleza que ya estará presente en las teorías de James Hutton y Charles Lyell, basadas en la idea de la transformación gradual de la corteza terrestre y de las condiciones de vida, que se expresará con su mayor fuerza, algunas décadas después, a través de la teoría de la evolución de Darwin.

Referencias bibliográficas.

- Abramov, L. (1972), *Opisaniâ prirody našeï strany*, Moscú, 277 p.
- Acot, P. (1999), *L'histoire des sciences*, Paris, Presses Universitaires de France.
- Acot, P. (2000), Les montagnes dans la constitution de l'écologie scientifique au XIXe siècle, en PONT, J.-C. y LACKI, J. *Une cordée originale : Histoire des relations entre science et montagne*, Genève, Georg Éditeur, pp. 19-26.
- Arroyo López, E. (1994), «Aproximación epistemológica al Análisis Geográfico Regional, 1», *Revista de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Jaén*, Vol. III, t. 2, pp. 81-106.
- Bachelard, G. (1975), *La formation de l'esprit scientifique : contribution à une psychanalyse de la connaissance objective*, Paris, J. Vrin, 9ª edición, 256 p.
- Bourguet, M.-N. (1996), «L'explorateur», en VOVELLE, M. (dir.) *L'Homme des Lumières*, Paris, Éditions du SEUIL, pp. 285-330.
- Bourguet, M.-N. Y Licoppe, Ch. (1997), «Voyages, mesures et instruments. Une nouvelle expérience du monde au Siècle des Lumières», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, nº 2-4, pp. 7-11.
- Briffaud, S. (1994), *Naissance d'un paysage. La montagne pyrénéenne à la croisée des regards, XVI^e-XIX^e siècle. Toulouse-Tarbes, Université de Toulouse II*, 622 p.
- Briffaud, S. (2000), «Ecrire la science. Ramond de Carbonnières et les Pyrénées», en PONT, J.-C. y LACKI, J.: *Une cordée originale : Histoire des relations entre science et montagne*, Genève, Georg Éditeur, pp. 344-354.
- Briffaud, S. (2006), «Le temps du paysage. Alexandre de Humboldt et la géohistoire du sentiment de la nature», en Blais, H. y Laboulais, I. (Dir.), *Géographies plurielles. Les sciences géographiques*

- au moment de l'émergence des sciences humaines (1750-1850), Paris, L'Harmattan, 2006, pp. 275-301.
- Broc, N. (1969), Les Montagnes vues par les géographes et les naturalistes de langue française au XVIIIe siècle. Contribution à l'histoire de la géographie, Paris, Bibliothèque Nationale, 298 p.
- Cuvier, G. (1841), Histoire des sciences naturelles, depuis leur origine jusqu'à nos jours, chez tous les peuples connus, Paris.
- Descola, Ph. (2005), Par delà nature et culture, Paris, Gallimard, Coll. Bibliothèque des Sciences humaines, 623 p.
- Drouin, J.-M. (1991), Réinventer la nature. L'écologie et son histoire, Paris, Desclée de Brouwer, 208 p.
- Efremov, Yu.K. (1959), "Pëtr Simon Pallas", en AA.VV. : Otežestvennye fiziko-geografy i putešestvenniki, Moscú, Ministerstvo Prosvešenia RSFSR, pp. 132-145.
- Foucault, M. (1966), Les Mots et les Choses. Une archéologie des sciences humaines, Paris, Gallimard.
- Fradkin, N.G. (1950), Instrukciâ dlâ akademižeskikh èkspedicyi, Voprosy geografii, n° 17, pp. 213-218.
- Frolova, M. (2006a), Les paysages du Caucase. Invention d'une montagne, Paris, Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, Coll. CTHS Géographie, 206 p.
- Frolova, M. (2006b), "Los paisajes del Cáucaso en la Geografía rusa: entre el modelo científico y la representación socio-cultural", Cuadernos geográficos de la Universidad de Granada, vol. 38-1, pp. 7-29.
- Gnucheva, V.F. (1940), Materialy dlâ istorii èkspedicij Akademii nauk v XVIII i XIX vekah: hronologižeskie obzory i opisanie arhivnyh materialov, Moscú-Leningrad, Izdanie Akademii Nauk SSSR, vyp. 4, 310 p.
- Gohau, G. (1990), Les sciences de la Terre aux XVIIe et XVIIIe siècle. Naissance de la géologie, Paris, Albin Michel, 420 p.
- Heurtel, P. Y Serre, F. (1996), Les grands livres de la Nature , en SCHAER, R. (dir.): Tous les savoirs du monde. Encyclopédies et bibliothèques, de Sumer au XXIe siècle, Paris, BNF, Flammarion, pp. 214-269.
- Martínez De Pisón, E. y Álvaro, S. (2002), El sentimiento de la montaña. Doscientos años de soledad, Madrid, Ediciones Desnivel, 384 p.
- Pallas, P.S. (1779), Observations sur la formation des montagnes et des changements arrivés à notre globe pour servir à l' « Histoire Naturelle » de M. le compte de Buffon, San-Petersburgo, Segaud.

- Pallas, P.S. (1788-1793), *Voyage du Professeur Pallas, dans plusieurs provinces de l'Empire de Russie et dans l'Asie Septentrionale*, Paris, Maradan, t. I-VII (traducción en francés del original alemán par Gauthier de la Peyronie).
- Ripoll, D. (1998), *Faire voir, faire croire, faire savoir: images de montagne et sciences de la nature au XVIIIe siècle*, en Carozzi, A.V., Crettaz, B. y Ripoll, D. (eds.): *Les plis du temps: mythe, science et H.-B. de Saussure*, Genève-Annecy, Musée d'ethnographie-Conservatoire d'Art et d'Histoire de Haute-Savoie, pp. 87-121.
- Vucinich, A. (1963): *Science in Russian Culture*, Stanford CA, Stanford University Press.



I. Potencialidades del viaje o excursión geográfica

2. Instrumento pedagógico

El valor de la excursión como instrumento pedagógico

Buenaventura Delgado Bujalance

Universidad Pablo de Olavide

Con la aprobación, en el año 2000, de la Convención Europea del Paisaje se ha producido un cambio sustantivo en el interés social, institucional y mediático por los paisajes europeos. Desde esta conciencia e importancia, la Convención muestra un espíritu participativo, destacando el papel de las poblaciones no sólo en la transformación de sus paisajes, sino también, y sobre todo, en su protección, su gestión y su ordenación, que implican derechos y responsabilidades para cada persona y cada comunidad. Por otro lado, pretendiendo ser operativa, dicha Convención detecta en su diagnóstico algunas carencias en la formación y educación, relacionadas específicamente con las enseñanzas escolares y universitarias, que no suelen abordar en las disciplinas interesadas, los valores inherentes al paisaje y las cuestiones relativas a su protección, gestión y ordenación.

En consecuencia, preconiza un esfuerzo para incrementar la conciencia paisajística de las poblaciones jóvenes, ya que tal conciencia irá conduciendo a la valoración que puede ser el motor de una serie de reacciones en cadena que culminen, después de varias etapas, en un derecho social al paisaje.

Pero nuestros programados objetivos académicos nos imponen marcos excesivamente rígidos que tienden a reducir la complejidad del universo y de los paisajes al círculo cerrado e intelectualmente jerarquizado del aula. Con ello, se olvidan actividades tan estrechamente relacionadas con el reconocimiento y la comprensión paisajística como la excursión o viaje de estudios. Y no podemos dudar de que la realidad, la vida, los paisajes y muchos de los contenidos que enseñamos en las aulas estén ahí fuera, como un reto con el que confrontar nuestras percepciones previas y aprendidas. La respuesta a tal reto debe concretarse en un conflicto cognitivo suficientemente potente como para acercar a una comprensión más profunda de la realidad a través de una de las múltiples variedades del viaje: el viaje pedagógico.

Los grandes maestros viajeros (Humboldt, Ruskin...) dejaron ideas luminosas, de las que pueden entresacarse algunas reflexiones sobre el significado del viaje como proceso de aprendizaje:

- El viaje es una *realidad dialéctica*. Se abandona consciente y voluntariamente la comodidad cotidiana para elegir la aventura y la incertidumbre que puedan provocar momentos de disfrute profundo.
- El viaje es una *realidad inestable*. Es dinámico y móvil, pero, a su vez, requiere de unos tiempos. No debe cambiarse el paisaje por el pasaje.
- El viaje es una *realidad sorpresiva*. Su lógica y necesaria ordenación debe ser lo suficientemente flexible como para no opacar posibles sorpresas, que tienden a constituirse en inicios de profundos aprendizajes.

En tal marco de referencia ha sido planteada esta segunda ponencia de nuestro V Coloquio de Historia del Pensamiento Geográfico, en cuyas comunicaciones se aludirán tanto a instituciones pedagógicas e investigadoras cuya misión ha sido y es enseñar a mirar realidades complejas, como a profesores eminentes de la Geografía Moderna comprometidos con la excursión el viaje, la guía o el cuaderno de campo —instrumentos significativos de aprendizaje— y, asimismo, se narran las dificultades y logros de nuestras propias experiencias de viajes geográficos en actuales y repetidos itinerarios pedagógicos internacionales, nacionales o regionales.

La excursión geográfica universitaria con fines formativos e investigadores: su consolidación en la escuela española¹

Josefina Gómez Mendoza y Concepción Sanz Herráiz
Universidad Autónoma de Madrid

1. La excursión como seña de identidad geográfica. Razones y límites de la comunicación

La geografía universitaria española se ha diferenciado como campo disciplinar, en parte, por la singularidad de sus prácticas. Una de las principales es la excursión, la excursión geográfica, que fue adquiriendo especificidad y protocolos de oficio, a medida que se consolidaba la enseñanza universitaria de la geografía. Fue el resultado de un largo proceso y de muchas influencias y experiencias; después se ha ido, y aún sigue, modificando y renovando, con los cambios de planes de estudio, con los de paradigma, pero muchas veces sin acuerdo, sin sincronía. Sobre estos desfases habrá en algún momento que profundizar, pero nuestra intención, en esta ocasión, es abordar el largo proceso que condujo a fijar modelos, más o menos compartidos, de excursión geográfica universitaria. En todo caso, a finales de los años sesenta del siglo pasado, con la aparición de las secciones de geografía, la excursión se había convertido en un elemento indispensable, y más o menos reglado, de la formación y de la investigación.

Lucien Febvre, el historiador que teorizó sobre la geografía —todavía se discute si para bien o para mal— se refirió al «géographe de plein vent»², para diferenciarlo de otros estudiosos. Manuel de Terán hablaba

¹ Investigación en curso.

² Febvre, L. (1970), *La Terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire*, Paris, Albin Michel. La primera edición es de 1922, aunque en las palabras introductorias de esta edición dice que ya lo tenía preparado diez años antes. Es muy interesante el hecho de que el geógrafo Albert Demangeon fuera el primero en recibir el ofrecimiento de Henri Berr para escribir sobre La Tierra y la evolución histórica, y lo declinara. Cuando Demangeon celebra la aparición del libro de Febvre, no se engaña sobre sus intenciones al advertir que establece la hegemonía de la historia sobre la geografía: «Si hubiera que aceptar todas las negaciones de la geografía que hace M. Febvre, sería toda la geografía humana, a la que pretende defender, la que sucumbiría bajo su abrazo amistoso» Citado

a menudo como de una exigencia de oficio del «geógrafo de tacón usado» y de la «ciencia de andar y ver».³ El actual presidente de la Unión Geográfica Internacional, Ronald Abler escribió, junto con otros colegas, con motivo del Congreso de Washington de 1992, que el trabajo de campo era el ejercicio más típicamente geográfico, en el que los geógrafos se reconocían: cualquiera que sea el paisaje que estén atravesando, mientras historiadores, sociólogos, científicos políticos e incluso naturalistas (si no tiene que ver con lo suyo), permanecen ajenos o dormitando en sus asientos del autobús, los geógrafos, de cualquier especialidad, miran agitados, fotografían yendo de un lado a otro del autobús, discuten interpretaciones de lo que están viendo⁴.

Los «gestos de oficio del geógrafo» para Didier Mendibil son sobre todo el campo y las herramientas cartográficas e iconográficas. Marie Claire Robic en su brillante retrato final del geógrafo del gran siglo XX de la Escuela Francesa, lo presenta en estos términos: « [El proyecto de ciencia geográfica] fue llevado a cabo por un hombre [Nota: el geógrafo es un personaje exclusivamente masculino hasta los años treinta] que hacía trabajo de campo, interesado por la observación directa de las cosas, que manejaba mapas geológicos y topográficos y una cámara de fotos, que gustaba de observar los hechos desde lo alto, que viajaba mucho, pero casi siempre en grupo, para llevar a cabo excursiones colectivas en las que se podían confrontar miradas, interpretaciones y reputaciones».⁵ El retrato es válido para la geografía española, en concreto para los profesores universitarios de geografía,

por Daniel Wolff: *Albert Demangeon (1972-1940). De l'école communale à la chaire en Sorbonne.*, 3 tomos.- Tesis doctoral, inédita, tomo III, pág. 153 y 173.

- ³ López Gómez, A. (1987), «Don Manuel de Terán», en *La geografía española y mundial en los años ochenta*. Homenaje a D. Manuel de Terán, Editorial de la Universidad Complutense, pp. 25-34. Cf. pág. 28.
- ⁴ Abler, R.F., Marcus, M. G. And Olson, J. M. (eds.) (1992), «Contemporary American Geography» en *Inners Worlds. Pervasive Themes in Contemporary American Geography*, New Brunswick, New Jersey, Rutgers University Press. Cf. pág. 2.
- ⁵ Esta y las anteriores referencias se encuentran en el libro de Robic, M. C. (Co-ordinatrice), Gosme, C., Mendibil, D., Orain, O., Tissier, J. L. (2006), *Couvrir le monde. Un grand siècle de géographie française*, París, Ministère des Affaires Etrangères, adpf (Association pour la diffusion de la pensée française), 230 págs. Ver : Mendibil, D.: «Les gestes du métier. Terrain, espaces et territoires», pp. 54-90. Cf. pág. 58, y Robic, M.: «Conclusion générale », pp. 164-168. Cf. pág. 165. La conclusión está traducida: «La geografía francesa durante el siglo XX», *Ería. Revista cuatrimestral de Geografía*. nº 81, 2010, pág. 60.

aunque con notable retraso en el tiempo (y probablemente, por lo mismo, menos exclusividad masculina).

La razón de estas señas de identidad tan fuertes hay que buscarlas en una doble dirección: por un lado, la necesidad de diferenciarse en el contexto disciplinar tanto de las ciencias humanas como de las naturales, y, más en concreto, de la historia y de la geología. Por otro, la propia construcción epistemológica de la geografía moderna. A lo largo de toda la primera mitad del siglo XX, la geografía universitaria española tuvo que moverse entre la doble tenaza —también con la doble ventaja— de la historia, con la que compartía la Facultad de Letras y la salida a las oposiciones para catedráticos de enseñanza media; y de la geología, o más bien, como veremos, del campo específico de los que ocupaban las cátedras de Geografía Física de las Facultades de Ciencias, de quienes los geógrafos obtenían la experiencia de trabajo de campo, además de encontrar en la estructuras y procesos geológicos la interpretación científica de las formas geográficas. Es ejemplar, a este respecto, cómo la modernidad geográfica evolucionó, en la formulación de Juan Dantín, hacia la «región natural», cuestión que ha sido estudiada con detenimiento por Nicolás Ortega⁶. Esa doble competencia con —o dependencia de, según se mire— la historia y la geología, ha contribuido sin duda a la riqueza de la geografía moderna, a su capacidad de moverse con cierta soltura por cuestiones muy diversas, pero también, durante mucho tiempo, le ha restado visibilidad y lugar y ha retrasado, como tendremos ocasión de decir, su presencia curricular en la Universidad española.

Por otra parte, la geografía de la primera mitad del siglo XX postula un verdadero realismo geográfico: la actualidad de las relaciones hombre-naturaleza se puede y se debe percibir en las propias realidades geográficas que contendrían su explicación en su misma integridad, por lo que se trata de restituirlas en su totalidad lo mejor posible. Robic encuentra también las palabras acertadas:

«Porque estaba atento a la génesis de las formas terrestres, de las relaciones hombre-naturaleza y de las fisionomías regionales que examinaba, el geógrafo pretendía estar, en general, lo más cerca posible de lo concreto, ser un mero transcriptor o 'grafista' que registra

⁶ Ortega Cantero, N. (1997), «Juan Dantín Cereceda y la geografía española», *Éria. Revista cuatrimestral de Geografía*, nº 42, pp. 7-34.

a través de la escritura y de la iconografía su objeto de estudio, la actualidad de una relación entre sociedades y su marco de existencia, la Tierra»⁷. Como ha señalado Orain, es la pretensión de exhaustividad la que confiere al geógrafo toda su singularidad, y le fuerza también, como no deja de advertir el autor, a practicar «criterios de selección despiadados para eliminar todo lo que no parece geográfico»⁸.

Con esta perspectiva, queremos en esta comunicación presentar el papel fundamental desempeñado por las excursiones, convertidas más tarde en «trabajos de campo», para la formación e investigación universitarias de los geógrafos en la España del siglo pasado. Nos centramos en la Universidad porque la forma en que las excursiones con alumnos se incorporaron a la enseñanza de las Escuelas Normales y de la enseñanza secundaria, es un hecho ya estudiado por distintos autores, que han mostrado hasta qué punto tuvo que ver con la reforma educativa emprendida por Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, así como por todos los organismos creados o tutelados por ella, la Junta para Ampliación de Estudios, los Institutos-Escuela de Madrid y de Barcelona⁹. Es un hecho significativo que los dos grandes protagonistas de la escuela geográfica española, Manuel de Terán Álvarez y Lluís Solé Sabarís fueran ambos profesores del innovador Instituto-Escuela, Terán en Madrid, y Solé en el Institut Escola de Parc de Barcelona, creado por la Generalitat en 1931¹⁰.

⁷ Robic, *op. cit.* nota 1.

⁸ Orain, O., «La géographie comme science. Quand 'faire école' cède le pas au pluralisme», en ROBIC et al: *op.cit.*, pp. 92-122. Cf. pág. 101

⁹ Véase en particular, Melcón Beltrán, J. (1989), *La enseñanza de la Geografía y el profesorado de las Escuelas Normales (1882-1914)*, Barcelona, Publicaciones de la Universidad de Barcelona, C.S.I.C. Ortega Cantero, N. (2001), *Paisaje y excursiones: Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Raíces-Caja Madrid. Mollá Ruiz Gómez, M. (2009), «'El grupo de los alemanes' y el paisaje de la Sierra de Guadarrama», *Boletín de la AGE*, nº 51, pp. 51-64. Rodríguez Esteban, J. A. (1997) «La Geografía en la Escuela Superior de Magisterio (1909-1932)», *Ería*, nº 42, pp. 89-106.

¹⁰ Las primeras palabras de Solé en el homenaje a Terán con motivo de su jubilación fueron precisamente para recordar con emoción esta primera experiencia común: «No sé por qué razones de destino, nuestras vidas desde jóvenes corrieron bastante paralelas, aun antes de conocernos y relacionarnos: ambos, primero Catedráticos de Instituto, luego nuestra vinculación al Instituto Escuela, el de Madrid el profesor Terán, yo el de Barcelona. Vinculación que nos aproxima, primero por razón de la especialidad geográfica y sobre todo por

Terán destaca del proyecto educativo del Instituto-Escuela, el valor que se concedía a la educación física, moral e intelectual y el papel que en esta formación desempeñaban las excursiones: «la excursión no era algo eventual y extraordinario, sino organizado con rítmica y semanal periodicidad, convertida en una clase que se daba en los Museos [...], o en las ciudades más próximas a Madrid. Todo ello es idea institucionista, pues para confirmarlo basta leer el programa dictado por D. Manuel Bartolomé Cossío en 1886»¹¹.

Nos vamos a ocupar, sobre todo, del proceso que va desde el final de la guerra civil hasta la reestructuración universitaria de 1968 y la aprobación de las Secciones de Geografía y de las licenciaturas de Geografía e Historia que culmina en 1973. Ahora bien, a tenor de lo dicho sobre la dependencia inicial de la geografía con relación a la geología, debemos primero revisar las experiencias de las excursiones de los profesores de ciencias naturales, y muy especialmente, de los geólogos. Dedicaremos la primera parte a ello. Después también es indispensable exponer cómo era el modelo francés de excursión geográfica, en la medida en que, como es sabido, la escuela española de geografía siguió, en los años estudiados, a la francesa. Solo entonces, estaremos en condiciones de analizar el proceso en la docencia universitaria española y de aventurar hipótesis.

2. La excursión en Geografía Física, entendida como la geografía científica

Los viajes de los naturalistas de los siglos XVIII y XIX constituyen la raíz o el germen de lo que serán las excursiones científicas del siglo XX. Aunque queden muy lejos del propósito de nuestra comunicación, hay algunos aspectos de ellos que merecen ser retenidos para comprender el desarrollo posterior. Los viajes pusieron en contacto a los naturalistas con territorios ignotos, completamente desconocidos hasta entonces:

razones afectivas, pues esta vinculación nos ha abrasado toda la vida. Luego, al forzarnos a abandonar el Instituto Escuela, ambos buscamos refugio en la Universidad [...]» Archivo Solé Sabarís. Museu Geològic del Seminari. Arxiu històric y biogràfic. Sin clasificar.

¹¹ Terán, M. (1977), «El Instituto –Escuela y sus relaciones con la Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza». *El centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Tecnos, pp. 189-197. Cf. pág. 196.

era necesario reconocerlos, recoger sus «producciones», sus seres vivos y sus minerales y rocas, describirlos y cartografiarlos o sintetizar su fisonomía y caracteres en imágenes y gráficos diversos¹², para difundir su conocimiento. Pero aquellos viajes supusieron algo más: de ellos, como si de una fuente de energía creativa se tratara, nacieron ideas y teorías que revolucionaron las ciencias naturales y geográficas y las hicieron complementarias para representar e interpretar las distribuciones y extensiones espaciales de los fenómenos.

En el último tercio del siglo XIX, se produce en España un progreso notable de las ciencias naturales¹³ propiciado por la creación de instituciones como la Real Sociedad Española de Historia Natural (1871) y la Institución Libre de Enseñanza (1876), en las que se encontraban científicos y profesores vinculados al estudio de las ciencias naturales, junto al funcionamiento y renovación de otras de creación previa y campo científico más especializado, como el Museo Nacional de Ciencias Naturales (1815), anterior Gabinete de Historia Natural (1772), el Real Jardín Botánico (1755), la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (1847) y la Comisión para formar la Carta Geológica de Madrid y general del Reino (1849), todas ellas en Madrid, con instituciones paralelas o secciones en otras regiones españolas. En las dos primeras instituciones, al igual que en la Comisión de la Carta Geológica, coincidieron investigadores y profesores que cultivaban las diversas ciencias naturales con geógrafos, compartiendo proyectos científicos y, en algunos casos, educativos¹⁴. La colaboración, la

¹² Gómez Mendoza J. y Sanz Herráiz, C. (2010), «De la Biogeografía al Paisaje en Humboldt: Pisos de vegetación y paisajes andinos equinocciales», *Población y Sociedad*, Instituto de Estudios Geográficos, Tucumán, Argentina, nº 17, pp. 29-57.

¹³ Gómez Mendoza, J. y Ortega Cantero, N. (dirs.), (1992), *Naturalismo y Geografía en España*, Fundación Banco Exterior, Colección Investigaciones, Madrid, 413 págs.

¹⁴ En una investigación anterior [Sanz Herráiz, C. «Naturalismo español y Biogeografía», en Gómez Mendoza, J. y Ortega Cantero, N. (dirs.), op. cit. pp. 135-197] analizamos cómo desde la botánica y la zoología se habían producido las aproximaciones a la geografía: «En el campo de las diversas Ciencias Naturales se habían proclamado las excelencias del conocimiento sintético, el único capaz de dar razón de la realidad sensible que se manifiesta en la faz de la Tierra en el área de contacto entre 'gea, flora y fauna'. Los naturalistas se refirieron con frecuencia a la 'Geografía moderna' y de sus escritos se deduce que la esencia de esa modernidad se encontraba en el hecho de que al localizar el conjunto de elementos vivos e inermes sobre la superficie terrestre, el análisis

discusión y la comunicación científicas en seminarios y a través de los órganos de difusión científica de las diversas instituciones: revistas, memorias, conferencias, reseñas, etc., favorecieron el intercambio de ideas y métodos, entre estos las prácticas excursionistas en las que participaban conjuntamente botánicos, zoólogos, geólogos y geógrafos.

En 1897, Lucas Mallada al exponer los progresos de la geología en España durante el siglo XIX, en su discurso de ingreso a la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, habla de los trabajos de la Comisión del Mapa Geológico de España, bajo la dirección de Fernández de Castro, en términos que muestran la importancia del trabajo de campo para aportar datos con los que realizar dicho mapa.

«Por los mismos días en que se distribuían los volúmenes ultimados, y la imprenta componía los originales del tomo siguiente, unos compañeros redactaban sus memorias y sus notas y preparaban sus planos y sus dibujos, en tanto que otros recorrían miles de kilómetros por toda España. Tal vez se ganó más en extensión que en profundidad; pero todas nuestras montañas, todos nuestros ríos y arroyos, todas nuestras llanuras se cruzaban sin sosiego ni descanso [...] Recuerdo, entre otros años, aquellos en que, decidido [Fernández de Castro] a publicar su gran Mapa, faltando antecedentes para diversas provincias, nos encomendó á mis compañeros, señores Cortázar y Gonzalo, y á mí, el visitar con la mayor celeridad posible las comarcas más atrasadas. No se borrará de mi memoria el feliz período en que los tres subalternos anduvimos media España, aquel incesante caminar en todas direcciones, aquel afán de acopiar materiales, aquel desasosiego, aquel vigor, ante los cuales una provincia era poca cosa para nuestros cuidados [...]»¹⁵.

de las distribuciones permitía inducir las relaciones que entre ellos existen, dar razón de las dominantes que ejercen mayor control en la localización, e incluso interpretar el pasado y hacer predicciones observando la dinámica de las especies y comunidades y estudiando las huellas que de ellas y sus procesos vitales se han conservado en la tierra». Cf. pág. 186.

¹⁵ Mallada y Pueyo, L., «Los progresos de la Geología en España durante el siglo XIX», en *Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en la recepción pública del Sr. D. Lucas Mallada y Pueyo el día 29 de junio de 1897*. Imprenta L. Aguado, Madrid, 89 págs. Cf. pág. 22.

Según el mismo autor, la aportación de los geógrafos a la carta geológica sería fundamentalmente la orografía y la hidrología, pero debían estar basadas en la estructura y composición de las rocas que «arrugan nuestro territorio y encauzan nuestros ríos», es decir tenían que sustentarse sobre bases geológicas.

Unos años antes, el primer catedrático de Geología de la Universidad Central, Juan Vilanova, al reseñar el Congreso Geográfico de Venecia (1882) en los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, afirmaba que para dar a la geografía física el sello científico que no tenía, había de considerarse no aisladamente, sino en sus relaciones con la geología. Fue la «diversificación en los conocimientos geológicos»¹⁶ la que hizo posible que la geografía física llegara a ser una ciencia independiente de la geología, aunque formando parte del ámbito de conocimiento de la misma, como la paleontología o la mineralogía-petrología, a diferencia de lo que sucedió con la botánica o la zoología que consideraron la geografía como un apéndice de estas ciencias [Geografía Botánica, Geografía Zoológica]. De este modo, las cátedras de las Facultades de Ciencias lo fueron de Geología, Paleontología, Mineralogía, Petrología y Tectónica, de Cristalografía... Fue Eduardo Hernández-Pacheco, primero catedrático de Geología, Geognóstica y Estratigrafía de la Universidad de Madrid en 1910, el que en 1922 ocuparía también la Cátedra de Geografía Física de la Facultad de Ciencias. A ellas acumuló la jefatura de la Sección de Geología y Paleontología Estratigráfica del Museo Nacional de Ciencias Naturales, la dirección de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas¹⁷, vinculada al citado Museo, que cambió su nombre en 1934 por el de Comisión de Investigaciones Geográficas, Geológicas y Prehistóricas. Fue por tanto en el campo de la geología donde la geografía física adquirió su rango académico de ciencia separada de las otras ciencias naturales¹⁸, y en este proceso Eduardo Hernández-Pacheco jugó un importante papel.

¹⁶ Hernández Pacheco, Eduardo.: «La Geología y la Paleontología a través de la historia». *Conferencias y Reseñas científicas*. Real Sociedad de Historia Natural, tomo II, 1927, pp. 165-182.

¹⁷ Casado De Otaola, S. (2000), Eduardo Hernández-Pacheco. *La Comisaría de Parques Nacionales y la protección de la naturaleza en España* [Madrid, 1933]. Madrid, Organismo Autónomo Parques Nacionales, pp. 5-30.

¹⁸ Téngase en cuenta que en las Facultades de Letras, las cátedras de Geografía lo eran desde 1900 de Geografía Política y Descriptiva que se añadía a las enseñanzas que hubiere de Geografía Histórica.

En 1926, un ilustre naturalista, Joaquín María de Castellarnau, en una conferencia en la Residencia de Estudiantes, consideraba el método de observación directa en la naturaleza el más genuino de las ciencias naturales y realizaba una curiosa clasificación de las mismas estimando de mayor rango, por un lado, a la Geografía Física, como física de la Tierra, y, por otro, a la Biología, como ciencia de la vida.

«Los materiales de estudio de estas tres ciencias [Mecánica, Física y Química] los proporciona la Naturaleza; mas es tan sólo el Naturalista el que se coloca abiertamente frente a ella y la escudriña de un extremo a otro, para arrancarle los secretos que guarda en su seno y formar con ellos el cuerpo de doctrina que debe al conde de Buffon el nombre popular de ‘Historia Natural’.

Entre los diversos y variados aspectos bajo los cuales se presenta la Naturaleza, salta a primera vista una diferencia clara y terminante cual es la de que en unos no vemos más que fenómenos del mismo orden de los que estudia la Física y la Química, mientras que en otros, formando un grupo perfectamente definido, se presenta, además, una manifestación completamente nueva, a la que damos el nombre de «Vida». El estudio ordenado de estos dos grupos de fenómenos constituye dos ciencias aparte: la «geografía Física» o «Física del Globo» con sus ramas auxiliares, Geología, Fisografía, Meteorología, etcétera, etc., y la «Biología», o ciencia general de los seres vivientes»¹⁹.

Si la elaboración del Mapa geológico y la publicación de los resultados de las investigaciones constituyeron una gran ocasión para la exploración geológica de España, tal vez una segunda ocasión se produjo con la organización en España en 1926 del XIV Congreso Geológico Internacional que Lucas Fernández Navarro reseñó para la Real Sociedad Española de Historia Natural²⁰. No se partía de cero, muchas investigaciones estaban parcialmente hechas o terminadas, por geólogos españoles y extranjeros que habían trabajado en España, pero se tuvieron que actualizar los conocimientos, completar y elaborar

¹⁹ Castellarnau, J. (1926) «De la explicación de los fenómenos en las Ciencias Naturales». *Conferencias y Reseñas científicas*. Real Sociedad de Historia Natural, tomo I, pp. 7-23.

²⁰ Fernández Navarro, Lucas (1927), «El XIV Congreso Geológico internacional. Labor de los naturalistas españoles». *Conferencias y Reseñas Científicas*. Real Sociedad Española de Historia Natural, tomo II, pp. 135-138.

con ellos publicaciones monográficas sintéticas en formato de guías de excursiones. Se organizaron 16 excursiones que comenzaron el 10 de mayo y terminaron el 12 de junio, siendo publicadas por el IGE en diversos idiomas. En ellas, como en la organización del congreso, colaboraron los ingenieros-geólogos y los naturalistas-geólogos fundamentalmente. La reseña de Lucas Fernández Navarro permite apreciar que la mayoría de autores eran catedráticos de universidad junto a sus discípulos, auxiliares de cátedra, catedráticos y profesores de instituto, con los que también compartían investigación y trabajos de campo²¹.

De interés es también observar los lugares donde se hicieron las excursiones, probablemente los mejor estudiados o más conocidos, siempre en el contexto de los itinerarios posibles. La información es para nosotros tanto más relevante cuánto que veremos hasta qué punto criterios parecidos prevalecieron cincuenta años más tarde cuando se organicen las excursiones de las licenciaturas de Geografía. Las guías fueron las siguientes:

«El profesor Hernández-Pacheco ha hecho por sí solo el libro sobre La Sierra Morena y la llanura Bética; en colaboración con el ingeniero de Caminos Sr. Puig de la Bellacasa, el estudio acerca de *Despeñaperros*, y en unión de su hijo D. Francisco, profesor auxiliar de Geografía Física en la Universidad Central, *Aranjuez y el territorio al S. de Madrid* [...]»

El profesor de la Universidad de Madrid Hugo Obermaier, en colaboración con D. Juan Carandell, Catedrático de Instituto de Cabra, ha redactado la guía *Sierra de Guadarrama*. El Sr. Carandell ha colaborado también en la guía dedicada a la excursión *De Sierra Morena y Sierra Nevada*, con el Sr.

²¹ En clara referencia a su discípulo Joaquín Gómez de Llarena, autor de la *Guía Geológica de Toledo* dice Eduardo Hernández-Pacheco: «De mozos emprendimos la marcha en compañía de caminantes experimentados que nos guiaron y aconsejaron; más pronto o más tarde quedaron todos en el borde del camino y con su vida rindieron la jornada. Cuando comenzábamos a envejecer, jóvenes viajeros, ansiosos de ver y de descubrir, se nos unieron; ellos continuarán y avanzarán más lejos que nosotros en el camino emprendido, por ser justa ley de vida». Señala también cómo aquella excursión la habían realizado con él muchos de sus discípulos, entre ellos el autor de la guía, que había seguido estudiando, «ampliando los datos y las observaciones en años sucesivos, hasta darnos hoy este estudio acabado y perfecto de la geología toledana» Hernández-Pacheco, Eduardo: «Prólogo». En Gómez De Llarena, J. (1923), «Guía geológica de los alrededores de Toledo». *Trabajos Museo Nacional Ciencias Naturales* «Geol.», nº 31, pp. 59. Cf. pág. 12.

Gómez Llueca [...] [Catedrático del Instituto-Escuela] y los ingenieros Sres. Novo y Carbonell [...].

A D. José Royo Gómez, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, se debe la guía para el *Terciario continental de Burgos*, excursión que, como la proyectada en la Serranía de Ronda [guía de los ingenieros D. Orueta y E. Rubio], no se realizó por escasez de concurrentes.

La guía para *Las cuevas de Mallorca* ha sido redactada por el P. M. Faura, profesor de la Universidad de Barcelona [...] [que] ha colaborado con el ingeniero Sr. Martín en la guía que estudia la *Cuenca potásica de Cataluña y Pirineo Central*.

A D. Bartolomé Darder, Catedrático del Instituto de Tarragona, y a M. P. Fallot, profesor de la Universidad de Nancy, correspondió el estudio *Isla de Mallorca*.

En la guía de Cataluña han colaborado, con los ingenieros Sres. Martín y Barragán, los Naturalistas San Miguel de la Cámara, Bataller y Marcel Riva, Catedrático el primero, y profesores auxiliares los otros dos en la Universidad de Barcelona.

Los señores Royo, Gómez de Larena [Catedrático del Instituto de Gijón] y Marcet, organizaron y dirigieron una excursión geológica a Toledo, que no estaba prevista en el plan del congreso». ²²

En el prólogo a la Guía geológica de Toledo²³ Eduardo Hernández-Pacheco expresa con claridad la necesidad de «los estudios de campo», junto con las explicaciones y ejercicios de clase y las prácticas de laboratorio, para completar una verdadera formación geológica y geográfica. «La observación directa en plena naturaleza, que es utilísima siempre y, en gran número de casos, utilísima para la investigación en las diversas ramas de la Historia Natural, es absolutamente imprescindible en el estudio de la Geografía Física y la Geología». Señalaba también que las imágenes fotográficas no la sustituyen porque estas no pueden abarcar, en la mayor parte de los casos, «el conjunto del fenómeno o los diversos aspectos del caso que se estudia». Por otra parte, en la Naturaleza no es fácil observar

²² Fernández Navarro, Lucas: (1927). *op. cit.* pp. 136-137.

²³ Hernández-Pacheco, Eduardo: (1923). *op. cit.* pp. 5-12.

los fenómenos geológicos, hay que enseñar a observar e interpretar, comenzando por « [enseñar a] distinguir las diversas clases de rocas, estratos y terrenos geológicos, a reconocer los accidentes tectónicos, a reconstruir idealmente las partes desaparecidas por las acciones erosivas y a darse cuenta del modelado terrestre, del paisaje geológico y de los problemas que en él se presentan»²⁴.

La tradición de las excursiones científicas en grupos formados por estudiosos de diversas especialidades se practicaba en la Real Sociedad Española de Historia Natural y entre los profesores y científicos de la Institución Libre de Enseñanza. Pronto los grupos se organizaron en el campo de las diversas ciencias con objetivos científicos menos exploratorios y más orientados. Según Eduardo Hernández-Pacheco, uno de los geólogos que mostró más interés por la enseñanza en el campo fue Francisco Quiroga que era a la vez catedrático de la Facultad de Ciencias y profesor de Geología de la Institución Libre de Enseñanza. Él señaló en las proximidades de Madrid los lugares más idóneos para el estudio de la geología, en su caso la mineralogía: el puerto de Malagón en El Escorial, Torrelozanes, Robledo de Chavela y el cerro de Vicálvaro, junto a Vallecas, excursiones de las que publicó guías en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza²⁵. En opinión de Eduardo Hernández-Pacheco tres excursiones son recomendables para los estudios de iniciación en la formación geológica: el trayecto desde Cercedilla hasta el puerto de Navacerrada, siguiendo la ladera de Siete Picos; los alrededores de Alcalá de Henares, especialmente el trayecto del puente de Zulema al páramo del cerro del Viso; y los alrededores de Toledo. Para completar el programa de excursiones es preciso alejarse algo más de Madrid, realizar una excursión larga en la que puedan observarse «terrenos de la serie paleozoica y mesozoica», «formaciones volcánicas», buenos ejemplos de geotectónica y formaciones sedimentarias ricas en fósiles.

En la revista *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, encontramos numerosas reseñas de excursiones que posteriormente se harían clásicas por su interés en el ámbito de la geología y la geografía física; entre ellas «Excursión geológica por el partido de Sigüenza (Guadalajara)», «Excursión desde el valle del Tajuña al

²⁴ *Ibid.*, pág 6.

²⁵ Mollá Ruiz-Gómez, M. (1992), «El conocimiento naturalista de la Sierra de Guadarrama. Ciencia, educación y cultura», en Gómez Mendoza J. y Ortega Cantero, N. (dirs.): *op. cit.* 1992, pp. 315-324.

Tajo», «Datos de una excursión geológica por la provincia de Toledo» reseñadas por Lucas Fernández Navarro²⁶; «Itinerario geológico de Toledo a Urda» de Eduardo Hernández-Pacheco²⁷, «Excursión por el Mioceno de la cuenca del Tajo» de Joaquín Gómez de Larena²⁸. De las numerosas excursiones por la sierra de Guadarrama de todos los geólogos de Madrid ya hemos tratado en un trabajo anterior²⁹. En las revistas científicas de la época se recogen reseñas de excursiones y viajes científicos realizados por geólogos de distintas universidades españolas en sus territorios y fuera de ellos, indicativas de las áreas de mayor interés geológico de la época³⁰.

Junto a esta actividad científica geológico-geográfica se desarrollaba entonces una actividad pedagógica y divulgativa que ha sido ya analizada ampliamente por Eduardo Martínez de Pisón, Nicolás Ortega, José Antonio Rodríguez Esteban y Manuel Mollá Ruiz-Gómez entre otros³¹. Como ejemplo del interés de los científicos por la enseñanza

²⁶ Fernández Navarro, L. (1892), «Excursión geológica por el partido de Sigüenza», *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, nº 21, pp. 93-97; Fernández Navarro, L. (1907), «Excursión desde el valle del Tajuña al del Tajo». *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, nº 11, pp. 136-139; Fernández Navarro, L. (1913), «Datos de una excursión geológica por la provincia de Toledo», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, nº 13, pp. 147-150.

²⁷ Hernández-Pacheco, E. (1911), «Excursión geológica de Toledo a Urda». *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, nº 11, pp.76-380.

²⁸ Gómez De Larena y Pou, J. (1913), «Excursión por el Mioceno de la cuenca del Tajo». *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, nº 13, pp. 229-237

²⁹ Sanz Herráiz, C. (1998), «La ciudad de Madrid y el conocimiento científico de la Sierra de Guadarrama», *Madrid y la Sierra de Guadarrama*, Museo Municipal de Madrid, Madrid, pp. 144-167

³⁰ Entre otras las realizadas por Juan Dantín Cereceda, Juan Carandell y Pericay, Hugo Obermaier, José Royo y Gómez, Emilio Huguet del Villar, Francisco Hernández-Pacheco, Carlos Vidal Box, Maximino San Miguel de la Cámara, etc.

³¹ Martínez De Pisón, E. (1984), «El viaje a la naturaleza y la educación en España». *Estudios turísticos*, nº 83, pp. 55-68;- «Prólogo», en Sanz Herráiz, C. *El relieve del Guadarrama oriental*. Madrid, Comunidad de Madrid, 1988, 547 págs. «Imagen de la naturaleza en las montañas», en Martínez De Pisón, E. y Sanz Herráiz, C. (eds.) (2000), *Estudios sobre el paisaje*, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, Madrid, pp. 15-33, entre otros.
Ortega Cantero, N. (2001), *Paisaje y excursiones. Francisco Giner, La Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*. Madrid, Raíces- Caja Madrid, 333 págs.
Rodríguez Esteban, J. A. (1988), «Rafael Torres Campos (1853-1904). Geografía

en el campo a través de las excursiones tomamos las referencias que de la práctica de esta actividad hizo Salvador Calderón en la nota necrológica de Francisco Quiroga, reconocido, como ya hemos dicho, como uno de los profesores más aficionados a hacer excursiones.

«No obstante la prodigalidad y perseverancia en los trabajos de gabinete, sentía Quiroga una gran predilección por las excursiones. El campo era su natural elemento; y hasta su vigorosa complexión hallábase en perfecta armonía con esta tendencia natural de su espíritu observador. Tal como lo hemos visto, animoso y jovial, recorriendo las interminables arenas del desierto, veíamosle caminar á pie, hollando la nieve en el rigor del invierno, cargado de piedras a través de la Sierra de Guadarrama, una de sus correrías predilectas. Ha publicado la relación de un sin número de excursiones realizadas por él, así en esta sierra como en la provincia de Guadalajara, en Marbella, en Galicia y en Santander.

El móvil de estas excursiones era principalmente la enseñanza, porque, lo repetimos, Quiroga fue sobre todo y antes que nada pedagogo. Enseñar era más que su oficio, era su pasión. Primero, en la Institución libre de Enseñanza y en la Escuela de Institutrices, luego en el Museo de Historia Natural [...] Con frecuencia organizaba ex profeso las excursiones conforme á la edad y grado de cultura de sus alumnos; y, aunque rendidos físicamente á veces, cuando no tenían la resistencia del maestro, volvían contentos los muchachos de estas correrías, llenos de entusiasmo y con el vehemente deseo de repetir las [...] Daba Quiroga suma importancia al estudio y observación directa de la realidad y para adiestrar en ellos á sus alumnos del Museo, se imponía el penoso deber de dedicar á excursiones didácticas las fiestas que debieran constituir su legítimo descanso»³².

educadora y educación geográfica», *Ería*, nº16, pp. 131-148.
Mollá Ruiz-Gómez, M. (1992), *op. cit.*, pp. 275-345.

³² Calderón, S. (1894), «El profesor D. Francisco Quiroga y Rodríguez». *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural «Actas»*, tomo 23, pp.150-160, Cf. págs. 158-159.

3. El modelo francés de excursionismo geográfico y su conocimiento por los geógrafos españoles

Junto al modelo que los geógrafos encontraron en los geólogos nacionales, hallaron también otro, más o menos próximo, en la geografía francesa. A medida que la geografía vidaliana de la primera generación de discípulos fue siendo conocida y admirada, también lo fueron sus prácticas. Como hemos estudiado en otra ocasión, los geógrafos españoles de posguerra, los del grupo del Instituto Elcano, tuvieron la intención, abandonando toda tentación geopolítica, de desarrollar un programa de investigación de verdadera geografía regional de España sobre el patrón francés de las tesis regionales: es decir, basado en el conocimiento vivo y del momento de las realidades concretas. Para ellos, como en Francia, las excursiones, los viajes en común, el estudio de la realidad sobre el terreno se convirtieron en uno de los instrumentos indispensables. Veámoslo ahora, y confrontémoslo con lo que acabamos de exponer sobre los geólogos.

En el primer tercio del siglo XX, al irse ocupando las principales cátedras universitarias de geografía por los discípulos de Vidal de la Blache (De Martonne, Demangeon, Blanchard, Sion, Vacher, etc.) las excursiones de distintos rangos, niveles y momentos se fueron perfilando y fijando. En primer lugar, cada universidad (París, Lyon, Lille, Grenoble o Rennes) tenía su propio programa de excursiones. No en vano, el maestro Vidal había dicho terminantemente [en este caso a Albert Demangeon]: «El porvenir de nuestra enseñanza, esté usted seguro, radica en la práctica de excursiones, frecuentes y formativas»³³. No cayó en saco roto porque el discípulo escribiría años después, siendo ya profesor universitario: «Nada es más provechoso para nuestros estudiantes que esos ejercicios que les hacen aficionarse a la observación directa sobre el terreno». Por lo que se sabe de la experiencia de Demangeon en la Universidad de Lille, realizaba excursiones a lugares relativamente próximos, pero de día completo, saliendo en general a las seis de la mañana y volviendo sobre las ocho de la tarde. En 1911, hizo hasta cinco excursiones durante la primavera. Es sintomático que se quejara

³³ Se atribuye a Vidal de la Blache una frase aún más terminante: «Con libros solo se hace una geografía mediocre; con mapas, mejor. Pero donde verdaderamente se hace buena geografía es sobre el terreno».

La cita está tomada de la tesis doctoral de Denis Wolff: *Albert Demangeon (1972-1940). De l'école communale à la chaire en Sorbonne*, 3 tomos. La cita pertenece al tomo II, pág. 207. La siguiente cita, de Demangeon está en la misma fuente, tomo II, pág. 274.

de lo difícil que resultaba enseñar geografía en una región tan llana³⁴. Algo más lejanas debían de ser las excursiones de De Martonne en la Sorbona, porque consta que Dantín Cereceda, entonces pensionado allí, concurrió a la de los Alpes de Saboya y el Mont Blanc. Como no podía ser menos, el estudio estuvo especialmente consagrado a las formas de relieve.

El segundo género de excursiones practicadas en Francia durante el primer tercio del siglo pasado, que tuvo su equivalente como veremos en España, fue el de las excursiones interuniversitarias. Tenían un carácter anual, cada año eran a una región diferente y la organización científica y material corría a cargo de la cátedra de geografía de una universidad. La iniciativa fue de De Martonne y la primera se llevó a cabo en 1905 a Bretaña, cuando él estaba en la universidad de Rennes, la segunda el año siguiente al Languedoc, la de 1908, que corrió a cargo de Demangeon, al Boloñesado y la Manche, la posterior tuvo lugar en Auverña, y se hizo junto con los geólogos, lo que dio lugar a opiniones en contra de las dos partes, y la de 1914 a las Landas y los Pirineos que fue a la que también asistió Dantín Cereceda. A cada excursión acudían dos o tres estudiantes por universidad junto con sus profesores, lo que muestra la fuerte intención formativa que tenían.

Los geógrafos catalanes y muy en particular Pau Vila establecieron una relación continuada y fructífera con Raoul Blanchard y demás geógrafos del Instituto de Geografía de Grenoble. El excursionismo practicado por la Societat Catalana de Geografia tiene mucho que ver con ello, como también el interés de los geógrafos y geomorfólogos franceses por Cataluña, el Pirineo y, en última instancia, por España. Todos los que se han ocupado de estas cuestiones lo han documentado, pero quizá quien lo haya afirmado de forma más rotunda, informada y comprometida sea el propio Lluís Solé Sabarís en carta escrita a José Manuel Casas Torres con motivo de un trabajo sobre la geografía española actual que este acababa de publicar y al que Solé reprocha el olvido de Vila.

³⁴ «Hay que tener verdadera convicción y mucha buena voluntad para encontrar información geográfica en parajes de relieve liliputiense. El subsuelo apenas aflora; campos de labor, bosques, prados, todo está cubierto por un manto continuo. Felizmente, a veces lo he podido agarrar por las puntas. Y además, al compensar esta falta de accidentes con un recorrido más largo, se acaba por observar matices y detalles interesantes». Demangeon, en Wolff, op. cit. II, pág. 286.

«También celebro el lugar que en justicia creo asignas a la geografía catalana. Únicamente lamento y perdona que me atreva a exponértelo con la franqueza propia del amigo, el olvido del nombre de Pau Vila, del que seguramente por falta de conocimiento directo, ignoras su real y positivo valor. En realidad, ha representado para nosotros el papel de pionero como Dantín o Beltrán y Rózpide en Madrid, pero mucho más centrado en el verdadero campo geográfico, quizá por haber pasado por la escuela de Blanchard, que en su tiempo representaba sin duda lo mejor y más sazonado de la Geografía francesa. Todos los que en Barcelona hacemos geografía somos hijos de su visión certera y de su entusiasmo. [...] Él es quien trajo a Blanchard, a Faucher y a tantos otros a España, quien creó la Sociedad Catalana de Geografía, quien organizó la ponencia de la división comarcal, quién elaboró el mapa de Mercados, y el autor del primer tratado científico de Geografía de Cataluña»³⁵.

De modo que por unos motivos o por otros, los escasos geógrafos españoles de los años treinta estaban perfectamente al tanto de lo que se hacía en Francia, lo respetaban, querían colaborar con geógrafos y geólogos franceses, y recurrieron a ellos, como veremos, cuando las circunstancias se lo permitieron. Por cierto, que justo en los días de la sublevación militar de julio de 1936 estaba previsto un trabajo de campo en el Pirineo en el que tenían que participar Solé, Birot y De Martonne. Fue aplazado.

Tanto las excursiones de cada universidad francesa como la mayoría de las interuniversitarias, tenían un fuerte predominio de geomorfología. Pero no siempre ocurría lo mismo. Jean Dresch recuerda a propósito de De Martonne que «era ante todo un hombre de terreno, un observador admirable [...] El campo es su método fundamental; hay que hacerlo a pie, con el cuaderno en la mano, el lápiz también en la mano, ya que el croquis es una constante del trabajo sobre el terreno»³⁶. Cuando en el año 1908, le toca el turno a Demangeon y decide renunciar a la excursión prevista a las Ardenas, y dirigirse con algo más de detalle a

³⁵ Carta de Lluís Solé Sabarís a José Manuel Casas Torres, de 6 de abril de 1963. Solé añade al final del párrafo: «Permíteme todavía una última observación, me parece que se puede interpretar como poco destacado el papel de Terán en el esbozo histórico que has hecho.»

³⁶ Citado en Wolff: *op.cit.*, Tomo II, pág. 131.

la llanura de Picardía y el NW, equilibrando de algún modo la geografía física con la humana, De Martonne le señala su más total desacuerdo³⁷.

Uno de los responsables de que en las excursiones se fuera prestando cada vez más atención a la geografía humana, fue Demangeon. Después de su tesis sobre la Picardía y regiones vecinas³⁸, eligió un nuevo terreno de investigación, el Limosín, en relación con la difusión de las ideas de W. M. Davis sobre los ciclos de erosión. De 1906 a 1911 fue allí todos los veranos, acompañado a veces de algunos estudiantes aventajados para que se iniciaran en la investigación de campo. Al principio, se ocupaba casi exclusivamente de las formas de relieve y, en concreto, las superficies de erosión, pero acabó poniendo a punto un cuestionario sobre los modos de vida y las formas de explotación para difundirlo entre maestros, agricultores, y otras fuerzas vivas locales. Ese cuestionario de geografía humana de montaña se publicó en *Annales de Géographie* y se convirtió en una de las herramientas básicas de la geografía rural de campo³⁹. Marca el momento de inflexión entre el trabajo sobre el terreno casi exclusivamente morfológico y el de los géneros de vida. Lo utilizó,

³⁷ El programa de geografía de la excursión de 1908 que dirigió Demangeon está recogido en detalle, en la tesis de Wolff, tomo II, pp. 78-84.

³⁸ Respondía al deseo expresado por el propio Demangeon de distribuirse Francia por regiones para estudiarlas con el método geográfico y cumplir así el sugestivo plan de Vidal. La tesis tenía tres capítulos de geografía física, nueve de humana y tres de regional, entendida como estudio de comarcas o lugares. Calificada por el tribunal y los reseñadores como obra magistral, también recibió la crítica de ser un trabajo más pragmático que teórico. Es interesante que la tesis complementaria de Demangeon fuera sobre *Las fuentes de geografía de Francia en los Archivos nacionales*. Y más interesante aún, porque trasciende la mera anécdota personal para convertirse en categoría geográfica, que De Martonne le comentara: « ¡Qué pieza tan sólida, que edificio tan bien construido y armado, y edificado con verdadero arte! Pero, pobre amigo, ¡qué trabajo de archivero has tenido que hacer! Verdaderamente, los historiadores no dan ni golpe. En lugar de pasarse la vida epilogando vidas de revolucionarios poco conocidos deberían desentrañar un poco estas cuestiones de Geografía económica». Cf. Wolff: *op.cit.* tomo I, pág. 218.

³⁹ Demangeon, A. (1909), «Enquêtes regionales. Types de questionnaire», *Annales de géographie*, tomo XVIII, nº 97, pp. 78-81. Los dos artículos de Demangeon sobre el Limousin, ejemplares en su momento, fueron: «Le relief du Limousin», *Annales de Géographie*, tomo XIX, nº 104, 1920, pp. 120-149. «La montagne dans le Limousin. Etude de Géographie Humaine», *Annales de Géographie*, tomo XX, nº 112, 1911, pp. 316-337.

por ejemplo, Max Sorre en su estudio sobre Languedoc. Téngase en cuenta, además, que será Demangeon quien presida la Comisión del Hábitat rural de la Unión Geográfica Internacional, que empezó a funcionar en el Congreso de El Cairo; que fue con Demangeon con quien estuvieron en la Sorbona y en el Instituto de Geografía un buen número de pensionados españoles, y entre todos ellos, Manuel de Terán, y, finalmente, que este, como tendremos ocasión de ver, propuso como uno de los grandes programas de investigación para el Instituto Elcano el de poblamiento rural en las distintas regiones españolas.

Antes de seguir adelante, interesa decir que fue precisamente a Demangeon, a quien Davis pidió que le enseñara sus resultados sobre el terreno. Davis y unos acompañantes viajaron efectivamente a Francia, al Macizo Central, como etapa de lo que consideraban su «Pilgrimage»; y el geomorfólogo americano comentó elogiosamente los resultados y la actitud de su huésped. Pero también es importante, en relación con las estilos de ser morfólogo, que Davis mostrara su extrañeza por la manera de estar en el campo del geógrafo francés y la forma de presentar el relieve, reprochándole a Demangeon que invirtiera tanto tiempo y escritura en la descripción exhaustiva de la formas en vez de intentar desde el principio la interpretación. Parece que Davis se comportaba más en teórico, incluso en el campo, y que la minuciosidad transcriptor de la geografía latina le llamaba la atención⁴⁰.

⁴⁰ La diferencia de métodos ya había sido constatada en un intercambio de correspondencia de 1901 entre De Martonne y Davis. Mientras el primero sostiene que hay que tener un conocimiento exhaustivo antes de intentar teorizar, Davis le contesta que eso equivale a andar sobre un solo pie: «En cuanto veo formas nuevas, trato de imaginar el origen [...] Abstenerse de teorizar desde que se empieza a observar es saltar sobre un solo pie, en lugar de andar normalmente, de un pie a otro (la inducción y la deducción) a cada vez.» En la excursión francesa, Davis encontró que Demangeon se excedía en la observación y prefería la discusión de la interpretación. Citado por Wolff, *op.cit.* , tomo II, pp.386-387.

4. De las excursiones en las Reuniones de Estudios Geográficos y de la Estación de Estudios Pirenaicos al Coloquio de Salamanca de 1966

Cuando hace unos años, estudiamos la formación de la Escuela Española de Geografía en la inmediata postguerra civil⁴¹, nos llamó mucho la atención cómo en las muy precarias condiciones del momento se pudieron celebrar entre 1941 y 1944 hasta cuatro Reuniones de Estudios Geográficos, una vez fundado el pequeño Instituto de geografía, Juan Sebastián Elcano, en el seno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es verdad que los asistentes no fueron muchos pero no es menos cierto que suponían una comunicación, unos medios y unos esfuerzos de los que parecía difícil disponer en aquellos momentos.

No es ahora ocasión de volver sobre ello, aunque dispongamos de más información. Baste decir que muchas claves de lo que se hizo en aquellos años deben encontrarse, tanto en lo que a intenciones se refiere, como a medios materiales, en la relación entablada entre el todopoderoso Secretario del C.S.I.C. José María Albareda (del que hay que tener en cuenta que era catedrático de Edafología) y el geólogo, catedrático desde 1940 de Geografía Física⁴², Lluís Solé Sabarís. Ambos coincidieron en la Universidad de Granada en los primeros años cuarenta y su relación parece haber sido estrecha, pese a todo lo que les separaba, favoreciendo Albareda la provisión de una cátedra en Barcelona para que la ocupara Solé, que pudo así volver a su ciudad. En este y otros acontecimientos similares, creímos ver en su momento, además del hecho cierto de que Albareda se interesaba por las ciencias de la Tierra [en aquella época quería que Solé escribiera un tratado de Geomorfología de España], su intención de recuperar en lo posible el núcleo científico catalán que había permanecido en España, cuando tantos habían salido para el exilio.

Muy pronto la tercera persona que adquirió protagonismo en la historia de estos años, sobre todo por su afinidad personal con Albareda,

⁴¹ Gómez Mendoza, J. (1997), «La formación de la Escuela Española de Geografía (1940-1962). Instituciones, revistas, congresos y programas», *Ería. Revista cuatrimestral de Geografía*, nº 42, pp. 107-146.

⁴² El nombre exacto de la primera cátedra de Solé era Geografía física, Mineralogía y Geología. El de la Universidad de Barcelona a la que llegó en 1943 era Geografía física y Geografía aplicada.

fue José Manuel Casas Torres, primero becario del Instituto Elcano en Madrid, pero muy pronto, en 1944, a los 28 años, catedrático de Geografía de la Universidad de Zaragoza, donde creó la primera Sección de Geografía⁴³. Los lazos entre Solé y Casas fueron también estrechos, sobre todo por la circunstancia de ser el primero director del Instituto de Estudios Pirenaicos hasta su dimisión en 1965 y el segundo, inicialmente secretario y luego vicedirector del mismo: no cabe la menor duda de que ambos desarrollaron una enorme actividad, consiguiendo que se celebraran tres congresos internacionales de estudios del Pirineo con fuerte movilización de diversos especialistas de las universidades francesas y españolas concernidas, además de muchas otras reuniones y cursillos.

Todo ello viene a cuento de que las excursiones desempeñaron en las actividades del primer Elcano y del Instituto de Jaca un papel fundamental, contribuyendo, como hemos dicho, a ir diferenciando el trabajo de los geógrafos del de los geólogos, lo que no deja de ser muy interesante teniendo en cuenta que el principal promotor fue Solé Sabarís, que era geólogo⁴⁴. Como tal marcó su impronta en las reuniones y excursiones por su formación y experiencia de geólogo, por su entrega generosa e incondicional a la causa de la geografía y a la formación en geografía física de licenciados en Filosofía y Letras, por su incansable actividad y por la capacidad de convocatoria que tuvo a la vez de geólogos, geógrafos y geomorfólogos y otros naturalistas extranjeros, estudiosos de distintas partes de España, entre los que baste citar ahora a Pierre Birot, Daniel Faucher, Henri Baulig, Pierre Deffontaines, Jean Sermet, Hermann Lautensach y Orlando Ribeiro. Ahora bien, sin duda, el carácter de las excursiones y el progresivo

⁴³ Y desde donde no se movió hasta trasladarse en 1965 a Madrid, renunciando en una ocasión a concurrir a unas oposiciones para Barcelona.

⁴⁴ En diferentes ocasiones, y casi con idénticas palabras, les recuerda Solé a sus amigos geógrafos que él es geólogo y todo lo más un aficionado, o apasionado de la geografía. En 1951 le escribía a Casas: «Me presentas como geógrafo, cuando en realidad esto es para mí casi un entretenimiento, eso sí, apasionado, para apartarme del exclusivismo geológico. Si supiera pintar, quizá no haría geografía» (13-VI-1951). En otra ocasión: «Aunque, como he dicho muchas veces, soy un apasionado de la geografía, en verdad no me considero, y así deseo que me toméis, más que como un aficionado. Mi oficio de geólogo me ha llevado simplemente a interesarme, con el contacto cotidiano de las realidades geográficas, con esta clase de problemas, a los que considero como ocio de mis trabajos geológicos». Carta de Solé Sabarís a José Manuel Casas Torres, Barcelona, 6-IV-1963.

equilibrio en las mismas de la geografía humana con la geografía física se debe a la genialidad geográfica del profesor Terán, o, al menos, a la feliz complementariedad en esta época entre Terán y Solé.

De las cuatro Reuniones celebradas (Jaca 1941; Granada 1942; Santiago 1943 y Pamplona 1944), la más cargada de consecuencias fue la de Granada, de la que Solé Sabarís fue anfitrión y organizador (y para la que contó, no lo olvidemos, con el apoyo logístico de Albareda). La planteó como una actividad «normal» de formación geográfica y de reconocimiento regional:

«El Instituto Juan Sebastián Elcano se propone con estas reuniones periódicas congregar el mayor número posible de investigadores para centrar, sucesivamente, su atención sobre las diversas regiones españolas y sus problemas geográficos más interesantes, fomentando fecundos intercambios. Aprovechando la asistencia de profesores y especialistas, se organizan conferencias y excursiones de estudio encaminadas a orientar a futuros profesores de Geografía»⁴⁵.

No había pues estudiantes propiamente dichos, pero sí jóvenes geógrafos en formación. Asistieron Juan Dantín, Amando Melón (que era Secretario del Instituto Elcano), Casas Torres, García Sáinz, Jean Sermet, el profesor de geografía de la Universidad de Toulouse que se había de convertir en especialista de Andalucía. Las excursiones consistieron en un recorrido por la Vega de Granada a cargo de Solé y Dantín y un profesor de Botánica de la Universidad de Granada; el valle de Lecrín y la Alpujarra, el alto valle del Genil y la ascensión al Veleta⁴⁶. En la reunión de Santiago al año siguiente estuvo presente Albareda,

⁴⁵ Solé Sabarís, L. «Segunda reunión de estudios geográficos en Granada», en *Segunda reunión de estudios geográficos en Granada*, C.S.I.C., 1943, pp. 7-47. Citado en Gómez Mendoza, J. *op. cit.*, p. 126.

⁴⁶ La correspondencia de la época muestra las dificultades con que se encontraban para celebrar excursiones. Solé le escribe a García Sáinz poco antes de la reunión de Granada que por fin ha podido resolver el asunto de la gasolina gracias al sector y a las facilidades dadas por el gobernador, que podrán pues dirigirse a las localidades más cercanas, pero tendrán que renunciar a las lejanas del Torcal de Antequera y de Motril. Lo que por cierto disgustó a Dantín que estaba complacido con enseñar también, además de la vega de Granada, la hoya de Motril que dice conocer y haber estudiado. Otra cuestión complicada, y que tienen que resolver cada vez, es la de la disponibilidad de hojas del Mapa Topográfico Nacional.

también Daniel Faucher, discípulo de Blanchard, que estaba destinado en Toulouse, además de un geógrafo portugués. Durante la reunión cayó enfermo Dantín que murió poco después. En cuanto a la reunión de Pamplona, acudió De Martonne⁴⁷, así como los portugueses Orlando Ribeiro y Medeiros Gouvêa. Por primera vez asistía Terán, que era ya Secretario del Instituto Elcano. También estaba allí, Salvador Llobet, el estudioso de Andorra y del Montseny, autor de la primera tesis española de estudio regional que se acababa de leer, y llamado a convertirse en la mano derecha de Solé en la Sección del Elcano de Barcelona. A Llobet le correspondió el mérito de mantener en la Universidad de Barcelona, cuando ya la geografía estaba instalada en las Facultades de Letras, el entusiasmo por el valor didáctico de la excursión en geografía y la dedicación a ellas⁴⁸.

A partir de entonces, Solé se comunica con Terán para la organización de una quinta reunión de Geografía, que no se llegó nunca a celebrar.

⁴⁷ Solé Sabarís, junto con Salvador Llobet, se ocupó en Barcelona de organizar una excursión a Montserrat para mostrárselo a De Martonne, en resarcimiento por la excursión frustrada del verano de 1936. Es un ejemplo de otra actividad excursionista de la que no nos podemos ocupar aquí pero que ha sido y sigue siendo una constante de la actitud geográfica, muy importante para establecer lazos de amistad y de intercambio científico: acompañar a los geógrafos visitantes en excursiones cercanas a lugares geográficamente relevantes. A través de Deffontaines, director del Instituto Francés de Barcelona, y otro de los artífices del renacer de la geografía catalana en los años cuarenta, De Martonne le agradeció a Solé su deferencia y amabilidad prodigándole grandes elogios: «Se va muy contento de sus colegas y amigos de Barcelona. [Me repite] hasta qué punto le ha gustado la excursión que habéis tenido la amabilidad de organizar para él. Considera que Montserrat vale mucho la pena» [Carta de Deffontaines a Solé de 31-V-1944]

⁴⁸ Solé Sabarís tenía a Salvador Llobet en la más alta estima. En carta a Sermet del año 1950, le considera «uno de los primeros geógrafos españoles, quizá el más destacado». De su interés por él, baste este párrafo de una muy larga carta escrita a Terán con motivo de la segunda oposición a la que se iba a presentar Llobet y en la que no obtuvo plaza: «Tú conoces tan bien como yo mismo las virtudes y defectos de Llobet [...] De su vocación como geógrafo nada tengo que decirte, pues ya conoces su historia personal que bien merece calificarse de heroica y excepcionalísima. Pero quizá conoces menos sus dotes pedagógicas, que a veces pueden quedar enmascaradas por una falta de brillantez oratoria, no de solidez, que es el común defecto y el handicap que sobre todos nosotros pesa desgraciadamente en una oposición [...] Llobet ha ido a esas oposiciones única y exclusivamente por la presión que sobre él hemos ejercido sus amigos, y particularmente yo [...]». [Carta de Solé Sabarís a Manuel de Terán de 20-I-1955].

Parece, en efecto, que hubo una propuesta de Albareda de ir a la Sierra de Guadalupe, pero en carta a Solé, García Sáinz se hace eco de que: « [Hay] una partida de bandidos, que nos podrían dar un disgusto, o por lo menos, impedirnos el trabajo. Me llegan noticias de que en condiciones semejantes está el Pirineo» [11 de noviembre 1944]. En febrero del año siguiente, Lluís Solé se dirigía a Terán, ya en su calidad de secretario del Elcano, y le urgía que tomaran una decisión sobre la que iba a ser quinta reunión de Estudios Geográficos. Se ofrecía a hacer los trabajos preparatorios junto con Llopis realizando una campaña desde la parte septentrional de la Sierra de Gata a las Villuercas.

«Los problemas que se plantean son sumamente interesantes: relaciones entre el glaciario de Sierra la Estrella y de Sierra de Gredos con la de Gata, todavía no investigada en este aspecto. Estudios de las superficies de erosión orogénicas [sic] que han originado el relieve inicial extremeño y ciclos de erosión reciente; relieve apalachense de las Villuercas, etc. Convinimos con los portugueses que se podrían estudiar los mismos temas en Portugal con lo que se adelantaría mucho en el conocimiento del borde occidental de la Meseta; [...] particularmente Ribeiro, de Lisboa, estuvo muy interesado en el estudio de este problema» (carta de Solé Sabaris a Terán, 21-II-1945).

En su contestación, Manuel de Terán marca la pauta de lo que para él deben ser las reuniones: bianuales para no agotar esfuerzos científicos y económicos y suficientemente bien preparadas como para avanzar en el conocimiento geográfico regional de España:

«Por lo que respecta a la Reunión, soy como Vd. de opinión que esta debe ser preparada seriamente y con suficiente antelación y caso de que esto no sea posible es mejor que no se celebre. Mi opinión personal, y creo que la de algunos otros colaboradores es que no existiendo en España el número de geógrafos necesario para poder celebrar un pequeño Congreso anual, la Reunión debía [sic] tener el carácter de estudios en sus varios aspectos de una determinada región, dedicando un año a trabajos de campo, y empleando durante aquel verano en estos la consignación que a veces sin gran eficacia, esa agotada en la semana de la reunión. Esta podría celebrarse cada dos años, señalando previamente la zona de estudios para hacer converger hacia ella la atención de los pocos geógrafos españoles y que la reunión de estos tuviera una verdadera eficacia. Expuse este pensamiento a la dirección y sin rechazarlo tampoco se decidió por él, acordando celebrar en el próximo mes una reunión de este Instituto

para tomar acuerdos sobre fecha y lugar de la próxima reunión. (Carta de Terán a Solé, manuscrita, sin fecha, probablemente de marzo 1945).

«La dirección», es decir don Amando Melón, debió retrasarse en su decisión –como ocurrió en muchas otras ocasiones para impaciencia del diligente Solé– de modo que la reunión no se celebró en 1945. Es más, nuestra impresión es que por dudas de unos, o actuaciones decididas de otros, la siguiente reunión del mismo carácter y formato, pero sin la organización formal del Elcano, se celebró en la Estación de Estudios Pirenaicos de Jaca, tras larga preparación por parte de Solé y Casas Torres, que dio lugar a una abundantísima correspondencia.

Merece la pena retener de ella lo escrito por el primero al segundo en carta de noviembre de 1945 que reproduce casi literalmente la anterior opinión de Terán.

«Y paso al asunto más importante, de los cursos de Geografía en Jaca de que ya me habló también Albareda. Encuentro muy acertada la idea pero sigo creyendo en la posibilidad de hacerla compatible con las reuniones de Geografía. Ahora bien, tengo la sensación de que no se han preparado quizá en la forma debida, por lo cual pueden parecer poco útiles. Entiendo que seguramente sería mucho mejor realizarlas cada dos años, con un programa de investigación muy concreto sobre temas determinados de antemano, con suficiente antelación, para que los diversos investigadores pudiesen centrar su atención sobre ellos, al estilo de lo que se hace en los Congresos internacionales. El plan de excursiones debería asimismo ser preparado metódicamente con guías impresas e itinerarios bien estudiados por especialistas de la región. [...]. Podrían alternar con los cursos monográficos de Jaca, que tendrían una orientación diferente, más bien para encauzar vocaciones incipientes [...]. Lo que no creo conveniente, por lo menos por ahora, es la coincidencia de estas dos actividades tan similares en un mismo verano». (Carta de Solé Sabarís a Casas Torres de 27-XI-1945).

Finalmente, en el verano de 1946, se celebró el llamado Curso de Geografía general y del Pirineo de Jaca, es decir que se mantuvo la coincidencia de los dos, pero variando el estilo. La asistencia fue numerosa, sobre todo desde Zaragoza, y desde Barcelona, con la presencia de Llobet, que tenía un papel protagonista en el curso, y, también, por primera vez, Joan Vila Valentí. Lo más importante, para lo que nos ocupa, es la relativamente larga convivencia de Terán con

Solé y Orlando Ribeiro: como hemos escrito en otra ocasión de allí salió la idea de Solé de involucrar a ambos en la Geografía de España y Portugal de la Editorial Muntaner y Simón para completar (o sustituir) la que se estaba traduciendo de la Geografía Universal de Vidal referida a la Península Ibérica. En el caso de Terán, Solé le cedió el rango de director. De las vicisitudes de ese largo proceso se ha ocupado Daniel Marías⁴⁹, y él y nosotras deberemos retornar sobre ello con nuevos materiales.

Lo que importa ahora es señalar los hechos innovadores que se produjeron en la reunión de Jaca⁵⁰. Para empezar tres de los cuatro cursos de Geografía general no fueron de geografía física: el de Ribeiro sobre técnica de investigación regional; el de Deffontaines sobre la geografía humana de la montaña; y el de Terán sobre el poblamiento y el hábitat rural, sus métodos de investigación y representación cartográfica. El curso de geografía física se dedicó al glaciario y lo impartió Francisco Hernández-Pacheco. En el curso del Pirineo, pasó algo parecido: además de explicar Solé la morfología pirenaica, él mismo, junto con Casas Torres, hablaron de la comarca jacetana, Casas se ocupó también de la geografía humana del Pirineo Central español y Llobet comparó una montaña pirenaica [Andorra] con una montaña mediterránea [Montseny]. Las excursiones fueron a Ordesa y el Monte Perdido, a Sallent de Gállego, Piedrafita y Panticosa, San Juan de la Peña y Canfranc.

Tres cosas nos parecen relevantes: primero que Ribeiro pusiera a punto una encuesta calificada de geografía regional, pero que en realidad era un cuestionario casi enteramente agrario que él había aplicado al sur de Portugal. En segundo lugar, el esfuerzo de Terán por poner en marcha un programa de hábitat rural y distribución de la población, en relación, sin duda, con lo que hacía Demangeon en la UGI, pero mostrando su personalidad intelectual: «el paisaje, dijo, es expresión geográfica de una cultura, y la población es función de ella». «El medio o paisaje –añadió– es el resultado de un conjunto de recíprocas influencias cuya situación y estado de equilibrio [subrayado

⁴⁹ Marías, D., «La contribución de Manuel de Terán a los estudios geográficos de España y sus regiones», en *Manuel de Terán (1904-1984)* geógrafo, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2007, pp. 183-209.

⁵⁰ En el mencionado artículo de Josefina Gómez Mendoza se puede encontrar una exposición detallada del desarrollo del curso de Jaca. Op. cit. pp. 128-130.

del autor] refleja en cada lugar y situación histórica»⁵¹. Por último, Llobet propuso la tarea de estudiar la trashumancia lanar en varias regiones, quedando encargado de ello junto con Vilá.

De modo que en la reunión de Jaca se pusieron los cimientos de una investigación coordinada que dio sus primeros frutos en las presentaciones hechas por los españoles al Congreso de la Unión Geográfica Internacional de 1949 celebrado en Lisboa [uno de los pocos lugares accesibles para los españoles en aquella época] en el que Orlando Ribeiro tuvo una intervención múltiple, dirigiendo una excursión al centro de Portugal que estuvo muy concurrida, asistiendo entre otros Casas Torres, García Sáinz, Solé y Terán.

No se celebraron más reuniones de Estudios Geográficos y sí cursos de Jaca, además de los Congresos Internacionales de Estudios Pirenaicos, que organizaron la Estación [luego Instituto de Estudios Pirenaicos] y las Universidades de Barcelona y Zaragoza, junto con las pirenaicas francesas, gracias a la labor incansable de Solé y sus colaboradores. Estos congresos siempre incluyeron alguna sección de geografía pero no de forma exclusiva o primordial. La relación de Solé con Terán se fue estrechando y hay más de un testimonio de trabajo de campo conjunto: como, por ejemplo, cuando Solé se presta en 1952 a hacer una excursión por Somosierra «que interesa a los discípulos de Terán y que no hemos podido realizar hasta ahora».

A medida que se iban consolidando los estudios de Geografía en las Facultades de Letras, se iba también confirmando la necesidad curricular de las excursiones como trabajos de formación e iniciación a la investigación. El proceso deparó algunos acontecimientos importantes. En 1954, nos consta que hubo un proyecto de plan de estudios para una posible licenciatura de geografía, redactado por Solé [que conocía bien la propuesta de la Generalitat de Catalunya hecha durante la República], al mismo tiempo que una propuesta de desdoblamiento de la cátedra de Geografía Física y Geografía Aplicada en las Facultades de Ciencias⁵². No conocemos el proyecto

⁵¹ *Ibid.*, pág. 129.

⁵² En carta del 18-XI-1953, Solé envió a Casa el proyecto de licenciatura de Geografía «redactado aprisa. Fue providencial la reunión, pues en el Taf coincidí en el asiento de enfrente con el Director General, el que enseguida me enfocó el tema, diciendo que estaba decidido a implantar la licenciatura en octubre próximo. Ahora, si no se hace, será por culpa nuestra». En cuanto

del plan, pero sí que fue sometido al Instituto Elcano en Madrid a través de Terán, y que contaba con la buena disposición del Ministerio de Educación. En Madrid se retrasó la respuesta por parte de Melón, y cuando éste elaboró una contrapropuesta, Solé la estimó de criterio diametralmente opuesto al suyo. Terán había expresado antes su parecer en estos términos:

«El plan de estudios lo tiene Melón, y me ha prometido que en la semana próxima ultimaré su examen. Me encarga que le disculpe ante ti pues el Consejo y el vicedecanato le absorben mucho tiempo. Yo creo necesario los dos años de Comunes, el latín y la H^a [sic] Universal y no estoy conforme en todas las asignaturas de libre elección [...] Creo que será conveniente en cuanto Melón termine su estudio que celebremos una reunión pues como tú sabes, unas palabras resuelven fácilmente lo que una larga correspondencia no hace, con frecuencia, más que complicar» (Carta de Terán a Solé, manuscrita. 14-IV-1954).

De modo que la geografía se encontraba de nuevo tironeada entre la historia y las ciencias naturales y se mostraban las discrepancias sobre su destino universitario entre los científicos naturales y los «geógrafos de Letras» con importante formación en historia. Cerca de diez años después la situación se repite, esta vez enteramente ubicadas las enseñanzas en Letras. En esa ocasión la iniciativa parece haber sido de Casas y Solé le expone su apoyo y su convicción de que, como en otros países, la geografía podría existir sin la historia.

«He leído también con todo interés tu propósito de creación de una sección de Geografía, que me parece tan razonable que no puedo hacer más que sumarme a ella con todo entusiasmo. Ya te dije en mi último viaje a Zaragoza, en octubre, que me parecía que había llegado el momento de madurez para librar esta batalla y continuo creyendo cada vez más que la coyuntura es excepcional. Me dice

al desdoblamiento de la asignatura de Geológicas, Francisco Hernández-Pacheco le comentaba a Solé su desazón por el fracaso de la iniciativa. «Estoy francamente desazonado, pues otra vez la cuestión de la Geografía fracasa. Los informes de Pardo, dados delante de mí a Don Maximino, no han podido ser peores y hechos en la ocasión menos propicia, han dado al traste con la división de la asignatura. En realidad, nos perjudica mucho la falta de alumnos, que según Pardo en Barcelona es francamente mínima y aquí en Madrid, poco numerosa, casi frailes y monjas y el desperdicio, pero al fin ambas ramas cuentan con 6 u 8 alumnos oficiales, alguno libre [...]. (Carta de F. Hernández-Pacheco de 7-XI-1954)

Pericot que está en el ambiente [...] Soy de los que creo que la Sección de Geografía debe radicar en vuestra Facultad, pero no para impedir o dificultar unos estudios geográficos, sino, por el contrario, para que se desarrollen en ella. No hay que olvidar que las Universidades alemanas, en Bélgica, etc. vinculan la Geografía a la Facultad de Ciencias. [Esos ejemplos] hacer comprender a los más recalcitrantes que se puede montar una licenciatura de Geografía dignamente sin una sola asignatura de Historia; aun cuando en mi opinión particular no creo que sea ese el mejor camino. Mejor sería montar una Licenciatura a caballo entre Ciencias y Letras pero con predominio de estas últimas. [Añadido a lápiz: en todo caso hay que huir de la fuerte tendencia hispánica de una formación demasiado enciclopédica, inoperante por ambiciosa]» (Carta de Solé a Casas Torres, 6-IV-1963).

En el ínterin se habían ido cubriendo las cátedras de Geografía de las Facultades de Letras con una nueva generación de geógrafos, licenciados casi todos en Historia, los discípulos de Terán y de Casas Torres. En la memoria sobre concepto y método, fuentes y programas de la disciplina, presentada a la oposición a cátedra de Geografía en 1957 por Jesús García Fernández, discípulo de Terán, se dedicaba un último capítulo a las excursiones, consideradas como uno de los aspectos más importantes de la enseñanza de la geografía. «Si la geografía es una ciencia del paisaje, el alumno tendrá que verlo y explicarlo en la realidad. En el contacto con la realidad, es cómo únicamente puede dar vida a los esquemas y explicaciones que se le han dado en clase [...La] costumbre de poner en relación unos hechos con otros no llega a ser comprendido enteramente si no es por una contemplación suficiente de la realidad». Pero es que además, según García Fernández, las excursiones permiten despertar vocaciones por la geografía, al demostrar que, por detrás de la impresión estética, el paisaje puede ser desentrañado y explicado. No había verdaderamente nada nuevo en la propuesta de García Fernández, si no es la ambición: unas cuarenta excursiones al final de la licenciatura, a razón de una de un día o dos por mes cortas, y una larga de cinco a siete días por curso. Las excursiones no debían ser exclusivamente morfológicas y desproporcionar la geografía, sino atender también a la interpretación del paisaje vegetal y los hechos de geografía humana: tipos de vivienda, organización del terrazgo, etc. Es interesante que la escala propuesta sea el 1:200.000 y que se proponga reservar el 1:50.000 para detalles. A los alumnos se les pediría una memoria por excursión.

Las reuniones de geógrafos con el carácter, al menos formal, de Coloquios temáticos se reanudaron en Zaragoza en 1961 (Problemas y enseñanza de la Geografía), Madrid 1963 sobre Geografía Regional y Atlas y un Tercer Coloquio de esta nueva serie que fue el organizado en octubre de 1965 en Salamanca por el catedrático de esa Universidad y discípulo de Terán, Ángel Cabo, sobre Geografía Agraria⁵³. Este fue realmente el importante, tanto por el número de asistentes como porque se constató la situación de madurez alcanzada por la geografía española. Todos los que comunicaron eran geógrafos de la nueva generación y no había geólogos, ni siquiera Solé Sabarís, aunque sí ingenieros cartógrafos como Francisco Vázquez Maure. Otro hecho significativo fue que el tema de la convocatoria fuera la geografía agraria, prueba evidente de a qué habían dedicado los geógrafos preferentemente la investigación en los veinte años transcurridos desde la reunión de Jaca.

La excursión geográfica efectuada durante el segundo día consistía: primero en una explotación característica del Campo Charro; después la visita a una de las zonas puestas en regadío por el Instituto Nacional de Colonización, en la margen izquierda del río Águeda, aguas arriba de Ciudad Rodrigo; y finalmente, al embalse de Aldeadávila de las arribes del Duero, contemplados ambos desde la alta orilla española: «[...] Ese típico paisaje, decía Cabo, escalonado en plataformas de cultivo que sostienen vid, olivos y frutales, incluso naranjos y limoneros, a favor del microclima a que dan lugar los tajos del río y de sus afluentes, se hace allí excepción por la verticalidad de estos paredones, con el tajo más cerrado»⁵⁴.

Como se puede advertir, en los veinticinco años transcurridos, cuando llegaba el momento de las licenciaturas de Geografía, las excursiones habían variado, tanto por sus protagonistas, como en parte por sus objetivos, sin perder, en todo caso, el principio del realismo geográfico ni la voluntad de formación y de compartir conocimientos.

⁵³ La nueva serie estaba justificada porque el organizador era ahora la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias

⁵⁴ Cabo Alonso, Á., «Crónica del Coloquio», en Coloquio sobre Geografía Agraria organizado en Salamanca (25-27 octubre 1965) por la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Universidad de Salamanca, 1966, pp. 7-19.

5. La institucionalización de las excursiones en los nuevos currículos de geografía. El caso de Madrid

La licenciatura con especialidad en Geografía se instaló, pues, definitivamente en las Facultades de Letras, y como en Francia, los profesores de geografía, catedráticos, adjuntos e interinos, procedían, en su enorme mayoría, de las licenciaturas de Historia. Los catedráticos de geografía, todavía no distribuidos por áreas de conocimiento, pero sí con la responsabilidad de una cátedra de Geografía Física, Geografía Humana o Geografía de España, y cada vez más especializados por su investigación, asumieron los trabajos de campo como parte indispensable de la formación del geógrafo. En los primeros años 70, pese a haberse conseguido la ansiada especialidad en Geografía, las asignaturas de geografía que se cursaban tenían un carácter muy general (Geografía Física, Geografía Humana, Geografía Urbana, Geografía General y Regional de España, Geografía Descriptiva, etc.), eran simultáneas a las de Historia, no estaban muy especializadas y además cada una se impartía en un curso.

Eduardo Martínez de Pisón, discípulo de Manuel de Terán, el primero que impartió en la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid la asignatura de Geografía Física por encargo del maestro, había iniciado su investigación geográfica en el campo de la geografía urbana, con una memoria de licenciatura sobre el barrio de Cuatro Caminos de Madrid, y una tesis doctoral sobre la ciudad de Segovia. Como profesor adjunto, organizó en los años 70 del siglo pasado un seminario con alumnos de «la especialidad», dedicado fundamentalmente a la discusión científica y a las prácticas de geografía física. Aquellas prácticas incluían muy diversas actividades y entre ellas los trabajos de campo. Las excursiones con los alumnos de la especialidad tuvieron ante todo un carácter docente, eran excursiones de geomorfología realizadas en sesiones de un día completo, o de varios días, en las que se analizaban elementos o conjuntos geomorfológicos y geográficos. Todos los que hemos participado en esta experiencia, y más en el momento fundador del que se trataba, podemos certificar el carácter de iniciación, personal y de grupo, de aquellas salidas de campo, no carentes de esos rituales de oficio que comentábamos al principio.

Las excursiones de un día completo se realizaban fundamentalmente en la Sierra de Guadarrama, en lugares que habían sido ya practicados por los naturalistas y profesores, geólogos y geógrafos, en excursiones o en sus propios estudios: La Pedriza de Manzanares y el Valle del Lozoya (Lucas Fernández Navarro), Peñalara (Obermaier y Carandell,

Eduardo Hernández-Pacheco), La Fuenfría, el Montón de Trigo y el valle del río Moros, los pinares de Valsaín, Cercedilla y Siete Picos (Eduardo Hernández-Pacheco), etc. Ya había señalado Eduardo Hernández-Pacheco que no era tarea fácil encontrar lugares, cerca de Madrid, que permitieran completar los conocimientos geológicos, debido a la homogeneidad de los terrenos que rodean la capital. Faltaban los relieves sobre grandes estructuras plegadas. En el caso de las excursiones de un día se suplieron con el análisis de estos relieves en los contactos del piedemonte madrileño con la cuenca sedimentaria: Patones, Torrelaguna, El Molar, y, algo más lejos, ya en la cuenca del Duero, La Serrezuela de Pradales y Sepúlveda.

Martínez de Pisón organizó pronto excursiones más largas a lugares en los que trabajaba como Gredos (en este caso con Julio Muñoz), los Pirineos, la cordillera Cantábrica, especialmente los Picos de Europa, y el Sistema Ibérico, cuyos mapas geológicos eran objeto de frecuentes ejercicios prácticos en el seminario de geografía física. En este último sistema montañoso, la Serranía de Cuenca era un sector frecuentado, pero también otros lugares (el alto Tajo, la Sierra de Albarracín, la Sierra de Urbión en Soria, las Mambblas burgalesas, etc). Las excursiones eran geomorfológicas, pero no exclusivamente: en Sepúlveda se analizaba con detenimiento el pliegue «en rodilla» y el relieve a él asociado en función de la estructura y la naturaleza rocosa⁵⁵, pero también se recorría el valle del río Duratón, o el del río Riaza, se observaba la vegetación y su relación con otros elementos del medio, los núcleos y el paisaje rural, y además se disfrutaba de la naturaleza y se compartían conocimientos y experiencias. Se hacían también, aunque mucho más raramente, excursiones de carácter eminentemente biogeográfico por ejemplo al hayedo de Montejo. No obstante, ni en el Guadarrama, ni en el Pirineo o en la Cantábrica se dejaban de visitar los grandes bosques y hacer largos recorridos por ellos. Martínez de Pisón procuraba que esta actividad fuera atractiva y variada, preparando constantemente nuevos trabajos de campo.

⁵⁵ En otra ocasión, hemos mencionado el «suspense geológico » que creaba Martínez de Pisón para explicar el origen del pliegue en rodilla de Sepúlveda: se iban reconociendo las calizas mesozoicas plegadas y no se encontraba la clave hasta que Pisón desvelaba el comportamiento intrusivo de las formaciones subyacentes que estarían en el origen del pliegue. Gómez Mendoza, J. (2001), «Fieldwork in Madrid Geographical Circle. Roots and Development», *The Geographical Review*, 91, nº 1&2 especiales sobre Doing Fieldwork, pp, 353-362. Cf. pág. 360.

De aquellas excursiones a la Sierra de Guadarrama, Gredos, Montes de Toledo, donde trabajaba Julio Muñoz, la cordillera Cantábrica, los Pirineos, el Sistema Ibérico, etc., y de las prácticas nacieron vocaciones investigadoras en el campo de la geografía física. Con aquella actividad docente universitaria se coordinaba una actividad investigadora centrada en reuniones y seminarios, conferencias y presentación y discusión de trabajos realizados, en el instituto Elcano del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Ya licenciados los primeros especialistas en geografía que se orientaban a la geografía física, comenzaron sus trabajos en lugares que habían visitado en las excursiones docentes y habían atraído poderosamente su atención. En cualquiera de estas investigaciones el método de observación directa, a través del trabajo de campo, fue siempre fundamental y, en algunos casos, incluso se podría calificar de excesivo por la gran atracción que ofrecía la naturaleza y la montaña para aquellos que se habían formado en ella, y se habían acostumbrado a desvelar en el campo los principales problemas que presentaba la investigación. Numerosos trabajos de campo se realizaron también en grupos más reducidos de investigadores con objetivos diversos; en ellos se hicieron muchos recorridos de exploración por las diversas montañas españolas buscando las huellas del glaciario y el periglaciario, las grandes morfoestructuras y su articulación en las cadenas montañosas, el modelado de las rocas por el agua, los vientos, los hielos; las huellas de la actividad volcánica, etc. Eran los temas geomorfológicos que interesaban a los profesores y los que comenzaban a investigar consideraban una gran suerte poder compartir con ellos sus trabajos de investigación sobre el terreno. La enseñanza en campo se organizaba siempre analizando en detalle, en el lugar más favorable, los aspectos significativos, de los que se llevaban gráficos, croquis, mapas o textos, seleccionados por el profesor en el cuaderno de campo, se discutía lo observado o se realizaban ejercicios si la comprensión lo exigía, y al final se interpretaba el conjunto geomorfológico. Cualquier excursión se preparada previamente con mapas y fotografía aérea en una sesión del seminario de geografía física.

Tanto Terán como Martínez de Pisón desarrollaban e inculcaban en sus discípulos un gran interés por el paisaje. Los trabajos de Georges Bertrand se estaban publicando en aquellos años en las revistas francesas y constituían una llamada de atención y un modelo a seguir. Desde la inicial formación geomorfológica, Martínez de Pisón orientaba a sus alumnos a realizar investigaciones en el campo del paisaje, lo que exigía una preparación biogeográfica que apenas

tenían, aunque trataban de formarse en ese terreno. Si durante la carrera o el doctorado estos alumnos habían acudido a las asignaturas de Geología de la Facultad de Ciencias para completar su formación, o se habían incorporado a algún grupo de investigación geológica, en el periodo doctoral entablaron contacto con los botánicos de las Facultades de Biológicas y Farmacia, especialmente con Salvador Rivas Martínez y algunos de sus discípulos. No obstante, la formación geomorfológica no podía compararse, en aquellos momentos, con la conseguida en el campo del estudio de la vegetación, donde se buscaba entonces la forma de hacer una investigación verdaderamente geográfica y competente que, en principio, no se podía confundir con la investigación fitosociológica. Las primeras tesis, dirigidas en la Universidad Complutense de Madrid por Martínez de Pisón, fueron fundamentalmente geomorfológicas, con tal desproporción entre la investigación realizada en el campo de la geomorfología y la llevada a cabo en el de la vegetación, que fue necesario cerrarlas y presentarlas como estudios geomorfológicos, aunque en su origen se habían programado como estudios de paisaje⁵⁶.

El año 1972 publicó Jean Tricart un pequeño volumen titulado *La Terre Planète vivante* en la sección de Geografía de las Presses Universitaires de France (PUF), dirigida por Pierre George. En el capítulo III titulado «L'étude intégrée du milieu écologique», señalaba este autor la necesidad de realizar estudios integrados del medio ecológico en los trabajos de aplicación solicitados por los organismos de planificación y desarrollo, y consideraba que los investigadores académicos se habían alejado de este campo al que había que volver con estrategias metodológicas⁵⁷. A partir de su experiencia en la realización de diversos trabajos de aplicación, introducía una síntesis de métodos, entre ellos

⁵⁶ Bullón Mata, T. (1988), *El Guadarrama occidental: Trama geomorfológico de un paisaje geográfico*, Madrid, Comunidad de Madrid, Consejería de Política Territorial, 283 págs. Sanz Herráiz, C. (1988), *El Relieve del Guadarrama Oriental*, Madrid, Comunidad de Madrid, Consejería de Política Territorial, 547 págs.

⁵⁷ «La noción de estudios integrados no es nueva. Procede del pensamiento de los fundadores de la geografía moderna, los Humboldt, Ritter, Vidal de la Blache, y de los grandes naturalistas viajeros del siglo pasado, los Darwin, Richthoffen, Dokoutchaev, Passarge. Pero se había perdido de vista. Ha hecho falta que hubiera necesidades prácticas del desarrollo para recordarlo. Esta vuelta a la actualidad tiene lugar después de que se hayan dado grandes progresos de nuestros conocimientos. Ellos hacen necesario un nuevo esfuerzo metodológico» (Tricart, Jean, *La Terre, Planète vivante*, Paris, Puf, 1972, pág. 83).

los del CSIRO (*Commonwealth Scientific and Industrial Research Organization*), que sirvió de modelo para la realización de un primer libro dedicado al paisaje dirigido por Martínez de Pisón, en el que se analizaron cuatro provincias españolas: Segovia, Ávila, Toledo y Cáceres. Dichas provincias eran ya conocidas en algunas de sus áreas por los autores a los que se encomendó el trabajo⁵⁸. No se hizo este trabajo sólo con lo que ya se sabía o recopilando estudios anteriores, sino que, en cada caso, se recorrieron las provincias objeto de estudio, obteniendo fotografías y datos y se discutieron en seminarios las dificultades de cada trabajo y del método. Siguiendo la metodología de Georges Bertrand, expuesta en su artículo: «Paysage et géographie physique globale. Esquisse méthodologique», inicialmente rechazado por André Cholley para los *Annales de Géographie*, por demasiado heterodoxo en relación con la geomorfología y publicado por ello en 1968 en la *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*⁵⁹, se comenzaron pronto a hacer aplicaciones también en estudios de paisaje.

El interés de Manuel de Terán y Eduardo Martínez de Pisón por el paisaje se expresa claramente en sus respectivas obras. La primera generación de discípulos de Terán se había beneficiado de esta capacidad en sus salidas de campo que ha narrado Ángel Cabo con recuerdos vivos y particular acierto⁶⁰. Pero al iniciarse la especialidad de Geografía, Terán ya no hacía salidas de campo con estudiantes. La formación de Martínez de Pisón en los campos de la geografía humana y física hacían que las excursiones con sus discípulos tuvieran siempre elementos de ambas, sobre todo análisis y observaciones del paisaje natural y rural que eran los dominantes en las áreas montañas visitadas con mayor

⁵⁸ Martínez De Pisón, E. (1977), *Los paisajes naturales de Segovia, Avila, Toledo, Cáceres. Estudio geográfico*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 246 págs.

⁵⁹ El artículo ha sido reproducido en el volumen de Georges y Claude Bertrand, *Une géographie traversière. L'environnement à travers territoires et temporalités, 2002, traducido al español y publicado por la Universidad de Granada como Geografía del medio ambiente. El sistema GTP: Geosistema, Territorio, Paisaje, 2007. Sobre los avatares de este artículo y el itinerario científico de Bertrand en torno al paisaje*, Cf. Bertrand, G: «Itinerario en torno al paisaje. Una epistemología de terreno para tiempos de crisis», *Ería*, 81, 2010, pp. 5-38.

⁶⁰ Cabo Alonso, Á (1988), «Naturaleza y paisaje en la concepción geográfica de Manuel de Terán» en Gómez Mendoza, J. y Ortega Cantero, N. (eds.): *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza Universidad, págs. 135-150.

frecuencia. Las imágenes del paisaje de los pensadores, los poetas y artistas en general, los geógrafos y otros científicos, especialmente de los vinculados a la Institución Libre de Enseñanza, cuando se recorría la sierra de Guadarrama, acompañaban siempre las observaciones, explicaciones y conversaciones, las paradas y hasta los silencios. Para Martínez de Pisón se trataba de buscar un método de aproximación al paisaje y de fomentar el respeto a la naturaleza y el interés por el desarrollo de la investigación en aquellos campos más biológicos y sintéticos entre sus discípulos. En las islas Canarias, y posteriormente en la Universidad Autónoma de Madrid, dirigiría Eduardo Martínez de Pisón una investigación doctoral y postdoctoral de carácter más claramente paisajístico, con métodos más consolidados.

Las verdaderas excursiones de geografía rural y urbana fueron también protagonizadas en estos primeros momentos de la especialidad por otros discípulos de Terán. En el caso de las excursiones rurales, un pionero fue José Antonio Zulueta Artaloytia, a menudo integrando los paisajes rurales en salidas de campo regionales de varios días de duración, como la célebre que durante muchos años hizo a Extremadura, y en particular a la Tierra de Cáceres, objeto de su tesis, tanto como profesor de la Universidad de Madrid, como, posteriormente, desde la Universidad Autónoma, a la que se incorporó poco después de su creación. Las excursiones más genuinas de geografía urbana corrieron a cargo inicialmente de uno de los primeros licenciados en Geografía, el muy joven, entonces, Rafael Mas Hernández, también pronto profesor de la Autónoma. Los modelos de excursión estaban en estos casos menos «normados» que en geografía física, y correspondían más al talante y especialización de cada profesor. En un primer momento, en el caso de las grandes ciudades, se intentó seguir un modelo de corte urbano, por similitud con el corte topográfico, según la pauta investigadora de Terán en su artículo sobre las calles Alcalá y Toledo de Madrid, pero pronto se abandonó, o al menos no prevaleció.

Para estas primeras promociones de geógrafos, la formación «de campo» se completaba en aquellos años con los «Cursos de trabajos de campo en Geomorfología Estructural» en las montañas del norte de Burgos y Palencia, impartidos por el profesor García Fernández, catedrático de la Universidad de Valladolid. Los alumnos de Madrid de los últimos años de la licenciatura y del doctorado fueron enviados por sus profesores Terán, Martínez de Pisón y Zulueta, a aprender geomorfología estructural en esos cursos. El profesor García Fernández preparaba cada curso académico un área nueva en los

relieves plegados del borde meridional de la Cordillera Cantábrica, elaboraba un proyecto docente con esquemas y programas, invitaba a sus mejores alumnos a participar y, con extraordinaria generosidad, los abría también a estudiantes de otras universidades. El método de trabajo de Jesús García Fernández era progresivo y participativo: reconocimiento y análisis en campo de rocas, estratos y elementos estructurales para reconstruir las morfoestructuras: las formas del relieve y la estructura interna que las explicaba. El análisis minucioso se completaba con el trazado de croquis y esquemas realizados sobre el terreno por todos los asistentes. Al final se interpretaba el conjunto.

Como todos los catedráticos que ponían en marcha o dirigían un departamento, García Fernández quería desarrollar en su universidad todas las ramas posibles de la geografía, a través de sus investigaciones personales y/o de las de sus discípulos. Lo vimos al mencionar las excursiones previstas en el proyecto docente de su cátedra. El propio Jesús García Fernández cultivó varias ramas geográficas, particularmente la rural, con brillantes estudios sobre las formas comunales de organización de los terrazgos en Castilla⁶¹, y la geografía urbana con su estudio sobre Valladolid. En las excursiones de la vertiente sur de la Cantábrica, conocidas durante algunos años como «curso de las Loras», él se atenía con tesón a la geomorfología estructural. Pero sus discípulos, empezando por José Ortega Valcárcel, aprovechaban la ocasión para hacer circular un cuestionario sobre la explotación agraria, muy completo, de orientación geoeconómica, que mostraba cuánto se había evolucionado desde los cursos de Jaca.

Lo excepcional en García Fernández era que, a través de la participación de alumnos de diversas universidades en sus trabajos de campo anuales, con estos cursos de formación abiertos a muchos, pretendía probablemente desarrollar sus métodos en el conjunto de la geografía española. Posteriormente y, a nuestro modo de ver, con la misma intención, el profesor vallisoletano integró, en colaboración con José Manuel Rubio Recio, en las Jornadas de Geografía Física de Sedano (Burgos), los trabajos de campo en biogeografía, de los que posteriormente surgirían las Jornadas de Biogeografía que se celebraban cada año en una universidad diferente. En la introducción a las II Jornadas de Geografía Física de Sedano se planteaba el método docente en el campo de la biogeografía: se organizarían varios

⁶¹ Gómez Mendoza, J. (2007), «La obra agrarista de Jesús García Fernández», Historia Agraria. Revista de Agricultura e Historia Rural n° 41, pp. 111-132.

equipos, dirigidos cada uno de ellos por dos profesores «que durante varias jornadas –dos o tres días- trabajarían en un espacio concreto, seleccionado al efecto. Los profesores de cada uno de los equipos tratarían de materializar y llevar a cabo, con la colaboración de los más o menos diez alumnos que correspondían a cada equipo, la iniciación a la investigación biogeográfica, y al trabajo de campo de los lugares asignados, lo que también suponía no desatender los factores explicativos de lo registrado, tanto de carácter físico como humano»⁶².

Nombrado Eduardo Martínez de Pisón presidente del Grupo de Geografía Física de la Asociación de Geógrafos Españoles se decidió que en este grupo, en lugar de congresos, se realizaran reuniones de trabajos de campo, organizadas cada año por una universidad, con objeto de que los grupos de investigación presentaran en el campo, al conjunto de los geógrafos físicos, los resultados de sus investigaciones. Todavía se mantienen estos encuentros en el grupo, el año 2010 se han celebrado las XXV Jornadas de Geografía Física de la AGE en la Universidad de Extremadura. Aunque este Grupo es pionero en este tipo de encuentros, la mayor parte de los Grupos de la AGE realizan encuentros similares y, en casi todos los congresos de la Asociación de Geógrafos Españoles y de sus Grupos se realizan excursiones siguiendo la tradición geográfica, cuyo proceso hemos tratado de desentrañar.

Desde la cátedra de Geografía Física de la Universidad de La Laguna, Martínez de Pisón organizó, con su departamento, entre 1980 y 1987 los cursos de Geomorfología volcánica, abiertos también a geógrafos de todas las universidades de España. Estos cursos, que se desarrollaban cada año en una isla diferente del archipiélago, se realizaban fundamentalmente a través de trabajos de campo en los que se presentaban y discutían las investigaciones que los profesores de la Universidad de La Laguna estaban desarrollando en aquellos momentos. Constituyeron un gran esfuerzo de investigación y organización, gracias al cual los geógrafos físicos de la península, poco expertos en relieves volcánicos y en biogeografía y paisaje de las islas, pudieron adquirir interesantes conocimientos en aquellas cuestiones.

Vemos, pues, en conclusión, que, cuando se consolida la formación universitaria del geógrafo, los trabajos de campo más reconocidos y

⁶² García Fernández, J. y Rubio Recio, J. M. (dirs.): *II Jornadas de Geografía Física de Sedano*, Sedano del 14 al 19 de septiembre de 1992, Universidad de Valladolid, Departamento de Geografía. Texto policopiado, pp. 143. Introducción, pág. 3.

formalizados fueron los de geomorfología. Las «auténticas» excursiones eran para ver, descubrir, explicar y cartografiar las formas del relieve. Pero se dio la paradoja de que los primeros encargados de hacerlo fueran licenciados en Letras, habitualmente en Historia, y que los profesores de Geología y Geografía Física que habían estado junto a ellos a lo largo de todo el proceso, ya no estaban allí. El tiempo introduciría cambios y prestigiaría las restantes excursiones realizadas a lo largo de la carrera, pero debe quedar manifiesto el hecho extraordinario del protagonismo indiscutible e indiscutido de la geomorfología en la geografía de los años centrales del siglo, que como criticó Bertrand no dejó de provocar algunos bloqueos epistemológicos y disciplinares. Actualmente, se da quizá la situación inversa: el trabajo geográfico integra mal la investigación geomorfológica y ello pese a los cambios notables experimentados por esta. Pero esa es otra cuestión en la que habrá que entrar algún día. Al igual que habrá que hacerlo con los programas de excursiones de las universidades no madrileñas de las que no hemos podido hablar aquí, para ver sus parecidos y diferencias.

En todo caso, como hemos tratado de mostrar, el trabajo de campo está profundamente enraizado en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación geográficas. Parece difícil que pueda ser desplazado por otras técnicas de observación, como las que ofrecen los análisis de las imágenes remotas o virtuales, con las que es –y será– lógicamente compatible, porque la excursión, el contacto directo con la naturaleza y el paisaje era y es hoy algo más que una herramienta del método empírico, algo más que un instrumento idóneo para la enseñanza y el aprendizaje, incluso más que una labor científica. Como hemos visto, el trabajo de campo induce otras experiencias personales positivas que pueden variar en cada caso, pero que, en general, favorecen la investigación, el aprendizaje de conocimientos y la reflexión, la formación personal, la integración y el trabajo en grupo. Así planteado puede decirse que sigue todavía siendo un verdadero «lujo geográfico».

En pocas cosas habrá habido tanto acuerdo y consenso entre los geógrafos de todas las épocas y de todos los estilos, como en lo que se refiere al trabajo sobre el terreno y las excursiones. Hace cerca de diez años, los editores de la revista *Geographical Review* quisieron conmemorar los 150 años de la creación de la American Geographical Society que la edita. Les pareció que el tema monográfico más oportuno era el de *Doing Fieldwork*, «hacer trabajo de campo», y para ello convocaron a un buen número de geógrafos de muchos países. Recogían en la presentación del número las palabras pronunciadas

cerca de cincuenta años antes, en 1955, por F. J. Monkhouse, en su calidad de presidente anual de la Sociedad. Monkhouse decía que el trabajo de campo con la observación y reflexión que conlleva «trae la realidad al trabajo geográfico». Los artículos incluidos en el número doble de la revista, revisan, como hemos hecho nosotros, la situación de partida del geógrafo excursionista «—lacónico, estoico, en general un urbanita, y también en general varón—» y se ocupan de mostrar hasta qué punto la situación ha cambiado, sobre todo porque los geógrafos actuales suelen encontrar sobre el terreno más preguntas que respuestas, y además para un campo disciplinar más amplio⁶³.

⁶³ Delyser, Dydia and Starrs, Paul: «Doing fielwork: Editor's introduction», *Geographical Review*, 91 (2001), nº 1&2: págs. IV-VIII

Manuel de Terán y la excursión como forma de aprendizaje de la Geografía¹

Manuel Mollá Ruiz-Gómez y Rodrigo Torija Santos
Universidad Autónoma de Madrid

El estudio geográfico sin excursión no se puede considerar como tal, ya sea en el aprendizaje como en el desarrollo profesional. El contacto con el territorio, la visión y el análisis de los paisajes forman parte del quehacer diario, como refleja perfectamente el título de la ponencia en el que esta comunicación se inscribe. Como estudiantes en los departamentos de Geografía aprendimos a trabajar en el campo, y ese aprendizaje mejor o peor, tratamos de utilizarlo en nuestras experiencias como investigadores y como docentes, a la vez que aprendemos de nuestros errores y aciertos y vamos introduciendo nuevas actividades y, en algunas ocasiones, hasta nuevas formas de trabajo. Hemos aprendido de nuestros maestros; ellos tuvieron los suyos y, para la mayoría de quienes trabajamos en la Universidad Autónoma de Madrid, D. Manuel de Terán es la referencia última en ese aprendizaje.

Al decir que Manuel de Terán es la referencia última del aprendizaje geográfico en el campo, no se niegan sus antecedentes. Muy al contrario, el profesor Terán es el eslabón fundamental que une el entendimiento transmitido a sus discípulos con las enseñanzas que el mismo recibió. Se ha escrito mucho sobre su biografía y es bien conocido el hecho de su paso como profesor por el Instituto-Escuela y su vinculación a los sistemas pedagógicos de la *Institución Libre de Enseñanza*. En consecuencia, Terán recibió, y fue trasmisor, de una forma particular y básica de entender la excursión como método pedagógico y científico.

No parece necesario insistir en los escritos de Francisco Giner de los Ríos y su concepto del excursionismo, directamente vinculado al pensamiento de Alexander von Humboldt. Pero no está de más recordar cómo se planteaba la excursión en los círculos científicos de finales del siglo XIX y que, como se puede apreciar, siguen la tradición geográfica moderna que se irá transmitiendo, por muchos, hasta

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto de investigación CSO2008-03877.

el presente. Desde luego, por Manuel de Terán y sus discípulos más destacados.

Escriben Ignacio Bolívar y Salvador Calderón a propósito de las excursiones, lo siguiente²:

«La investigación geológica comprende, de una parte, la observación de los fenómenos y la recolección de ejemplares en el campo, y de otra, la preparación de los segundos y el estudio de unos y otros en el laboratorio.

Excursiones.- Las expediciones geológicas tienen que ser generalmente largas, merced a la gran extensión que abarcan la mayoría de los fenómenos del suelo. Es, pues, primera condición indispensable al expedicionario acostumbrarse a andar mucho». (Bolívar y Calderón 1929, p. 223).

Para los autores queda claro, la excursión es un trabajo complejo para el que hay que estar, en primer lugar, físicamente preparados, porque no se trata de la excursión entendida como paseo, sino de la primera parte, tan fundamental como el estudio posterior, de cualquier investigación. Se puede sustituir investigación geológica por geográfica y el resultado sería exactamente el mismo. Es importante estar en forma y caminar mucho «merced a la gran extensión que abarcan la mayoría de los fenómenos del suelo», lo mismo que ocurre en la perspectiva geográfica de análisis de paisajes y territorios. Bolívar y Calderón siguen describiendo los instrumentos y utensilios que el geólogo necesita para ir «provisto en sus correrías». Desde la necesidad de dos martillos de diferente peso y las razones de los mismos, hasta el mapa, «de la mayor escala posible», sin olvidar la brújula, un termómetro y un barómetro. Las siguientes páginas del libro explican minuciosamente cómo se debe trabajar en el campo y cómo, posteriormente, en el laboratorio. No es necesario reproducir todo lo dicho por estos autores, pero si nos parece interesante recoger unas líneas que, los discípulos directos o indirectos de Terán, hemos escuchado muchas veces:

«(...) no dejando de subir a los cerros y picos más altos o destacados de los macizos montañosos y examinar desde ellos el panorama, si es posible con anteojo de campo, porque es como se

² Hay una primera edición de 1890, titulada *Elementos de Historia Natural*.

adquiere el conocimiento del relieve del país». (Bolívar y Calderón 1929, p. 224).

En una conversación con el profesor Cabo Alonso, quien nos recibió para explicarnos sus experiencias en las excursiones, y por ser él de su primera generación de discípulos, este nos recordaba cómo Terán insistía en que lo primero que había que hacer al salir al campo era buscar una altura desde la que tener una primera imagen del lugar que se iba a visitar, desde un cerro hasta la torre de la iglesia del pueblo. Tampoco lo que aquí se recoge de Bolívar y Calderón será extraño a quienes salieron de trabajo al campo con otro de sus discípulos, Jesús García Fernández (nos referimos en concreto a sus excursiones de verano a las Loras). Quizá para muchos estos planteamientos resulten un tanto obvios, pero la experiencia excursionista nos dice que no es así, especialmente en lo que se refiere a la excursión en el proceso de aprendizaje de los estudiantes de Geografía, cuando en tantas ocasiones la excursión se convierte en una clase dada en el campo, y como muy a menudo se ha criticado.

Dicho todo esto con otras palabras, la excursión geográfica, tal y como la enseñaba Terán, tiene que cumplir ese objetivo fundamental de la Geografía que es la capacidad de sintetizar, porque no otra cosa se pretende con esas visiones de conjunto que, como decían Bolívar y Calderón, nos enseñan a conocer un territorio. Como nos indicaba D. Ángel Cabo, aquellas excursiones con el profesor Terán no eran sencillas, ya que en las primeras observaciones hechas desde alguna atalaya y en las que los estudiantes tenían que hacer el máximo esfuerzo para organizar sus conocimientos, se ponía de manifiesto la gran cultura de Terán y cómo la síntesis de un paisaje requería del saber que aportan ciencias o disciplinas (si se puede encuadrar la literatura también como una de ellas) reconocidas como auxiliares de la Geografía. En la explicación del maestro no faltaban, como nos contaba D. Ángel, una cita literaria de alguna descripción de algún paisaje hecha por autores como Azorín (citado por el propio Cabo), un hecho histórico significativo o cualquier otra aportación que ayudara a entender el orden de lo que se veía.

También aquí demostraba Terán su formación institucionista y cómo mantenía aquellos elementos de la tradición geográfica, que habían hecho de esta una ciencia de la observación.

Uno de los geólogos más prometedores de finales del XIX en España, Francisco Quiroga, fallecido prematuramente, era considerado por

uno de sus compañeros, Salvador Calderón³, un geólogo «con espíritu esencialmente artístico y de gran cultura». (Calderón 1894, p. 153). Tenía Quiroga una gran capacidad para comprender los paisajes con una visión integradora de sus elementos, desde los físicos hasta los humanos, lo que hacía que sus memorias de excursión se convirtieran en pequeñas –por su extensión- clases de Geografía regional. Pero ahora resulta más interesante destacar estas palabras referidas a los alrededores de Madrid, en Valdemorillo:

«(...) donde en pocos kilómetros se pueden estudiar un gran número de fenómenos de formaciones geológicas, rocas y fósiles; pero dista también de carecer en absoluto de condiciones para la enseñanza sería de aquella ciencia o más bien del modo de observar en geología – que es lo importante ante todo enseñar- gracias a las comunicaciones modernas, que en pocas horas ponen al expedicionario en el sitio de observación». (Quiroga 1890, p. 248).

El excursionismo científico, en palabras de Quiroga, no debe ser ajeno a los idearios de la pedagogía moderna y que la *Institución Libre de Enseñanza* aplicaba con sus estudiantes. Una vez más el eco de las palabras de Cabo Alonso y las enseñanzas de Terán. Para este, nos comentaba el profesor Cabo, un objetivo ineludible en toda excursión geográfica con estudiantes es, precisamente, lo que Quiroga destacaba en cursiva, enseñar a mirar el paisaje de la forma en la que el geógrafo debe observarlo, porque es única y diferente de la de otros científicos, a la vez que complementaria. La capacidad de síntesis es una característica de la Geografía y en la excursión, desde la atalaya, el buen geógrafo debe ser capaz de hacerse una primera idea del significado de lo que ve. Precisamente, recordaba el profesor Cabo que una de las mayores cualidades que él admiraba en Manuel de Terán era su capacidad de «mirar y relacionar». Después, vendrá el acercamiento al objeto de estudio, la recogida de información, de muestras, si es necesario, la elaboración de esquemas o mapas rudimentarios sobre el terreno, la toma de fotografías y, por último, el estudio en el gabinete. Todo esto sería imposible desarrollarlo correctamente sin dos instrumentos imprescindibles para la excursión, el cuaderno de campo y la memoria posterior. Esas memorias que, para desesperación nuestra, los profesores nos obligaban a entregar y que, con el paso de los años, se acaban por entender como un

³ Francisco Quiroga (1853-1894). Salvador Calderón (1851-1911). Ambos, discípulos de José MacPherson.

elemento fundamental en el proceso de aprendizaje, o de trabajo en la investigación.

Algunas cosas, sin embargo, a pesar de lo que aquí se destaca en la obra del profesor Manuel de Terán como maestro de geógrafos, y el peso de la excursión en la enseñanza de nuestra disciplina, languidecen, por no decir que prácticamente han desaparecido del mundo de las revistas geográficas. Nos referimos a las memorias que los profesores elaboraban en sus excursiones previas de preparación. El profesor Cabo así lo afirmaba. El cuaderno de campo no debía quedar como uso exclusivo de su titular, sino que debía plasmarse en pequeñas memorias que, de una forma u otra, pudieran llegar al estudiante o a cualquier interesado en el lugar. Los boletines de la *Institución Libre de Enseñanza* o de la *Real Sociedad Española de Historia Natural*, o la revista *Peñalara* dan buen testimonio de ello. No era difícil encontrar esas reseñas, más o menos breves, de un día, o varios, de trabajo en el campo; bien para preparar una salida posterior con los alumnos, bien como memoria complementaria de trabajos de investigación de mayor envergadura. Francisco Quiroga o Lucas Fernández Navarro fueron dos de esos científicos que dieron todo su valor a la memoria de la excursión y contribuyeron con sus textos a enriquecer las páginas de las revistas antes señaladas. Eran, a la vez, difusión del conocimiento y guía para profesores, como nos recuerdan las palabras escritas por Quiroga en su memoria de la excursión realizada a Robledo de Chavela:

«Es una de las excursiones más fáciles y cómodas desde Madrid, y de mucho interés porque en ella se pueden ver los materiales más importantes de la inmediata Sierra de Guadarrama: granito (gris y rojo), gneis (glandular y micáceo), calizas cristalinas, pórfidos cuarcíferos, microgranitos, y pegmatitas. Por tanto, ven los alumnos sobre el terreno de qué modo se presentan las rocas en masa, ya profundas (granitos), ya constituyendo venas o filones (...)
(...) sin contar la enseñanza geográfica ni la contemplación del paisaje, que es ciertamente bello, ni la recolección de plantas, insectos, etc., que puede hacerse, si la época en que se verifica la excursión es oportuna» (Quiroga 1893, 39).

En la actualidad, este «género geográfico» está en franco retroceso. Es difícil encontrar en los índices de las revistas especializadas memorias de excursión como las que en la bibliografía se recogen. Las razones son bien conocidas. Hay una reciente, de Eduardo Martínez de Pisón

(2007), sobre una excursión por la sierra de Guadarrama. El texto mantiene ese espíritu que la *Institución Libre de Enseñanza* transmitió a Manuel de Terán y que él, a su vez, se empeñó durante sus años de docencia, en inculcar en sus alumnos, como nos explicaba Ángel Cabo.

La Geografía, sin excursión, no es posible. Aprenderla es aprender a mirar y a relacionar, como explicaba Terán, o un modo de observar, en palabras de Quiroga. Para Terán y para sus maestros la excursión debía aunar, como proceso de enseñanza, lo general y lo particular, porque sin lo primero, lo segundo carece de sentido. En la tradición institucionista, las excursiones enseñaban a los estudiantes a entender el paisaje en su generalidad, buscando en la Geografía y en las demás ciencias lo que le daba sentido y explicación. A la vez, la excursión era método de aprendizaje científico, es decir, ordenado y sistemático, como reflejan las palabras antes recogidas de Bolívar y Calderón. Pero, como decía Quiroga, también un medio para contemplar el paisaje. De su conocimiento científico, de su contemplación, viene, sin tener que enseñarlo, el deseo de protección.

Así lo aprendieron los discípulos directos de Terán, como nos explicaba Ángel Cabo. Así también lo han seguido transmitiendo las siguientes generaciones, por más que en las nuevas carreras de Geografía la tendencia a lo particular, a una especialización demasiado temprana, ponen en riesgo la excursión geográfica en su sentido moderno, lo que contribuye, y no poco, a poner en riesgo también esa tradición geográfica.

Bibliografía

- Bolívar, I. Y Calderón, S. (1923), *Nuevos elementos de Historia Natural. Geología con nociones de cristalografía*, 2^o edición, Madrid, Imprenta y Encuadernación de Julio Cosano, 249 pp.
- Calderón, S. (1894), «El profesor D. Francisco Quiroga y Rodríguez», *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, t. 23, pp. 150-164.
- Fernández Navarro, L. (1893), «Excursión a Cercedilla», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XXII, pp. 117-122 (Actas).
- Fernández Navarro, L. (1899), «Excursiones por los alrededores de Lozoya (Madrid)», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XXVIII, pp. 59-68 (Actas).

- Fernández Navarro, L. (1903), «Excursión de la Cabrera a Villalba, por Miraflores», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXVII, 515, pp. 56-60.
- Fernández Navarro, L. (1914), «Excursiones por la Somosierra», *Peñalara*, 3, pp. 17-18.
- Fernández Navarro, L. (19016), «Cuatro días de Sierra: de la Cabrera a Canencia», *Peñalara*, 32, pp. 8-43
- Canosa Zamora, E. Y Mollá Ruiz-Gómez, M. (2009), «Otras valoraciones del paisaje: el excursionismo militar», en E. Martínez de Pisón y N. Ortega Cantero (eds.), *Los valores del paisaje*, Madrid, Madrid, UAM / Fundación Duques de Soria, pp. 167-198.
- Gómez Mendoza, J. (1988), «Las expediciones geográficas radicales a los paisajes ocultos de la América urbana», en J. Gómez Mendoza y N. Ortega Cantero (eds.), *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, pp. 151-164.
- Martínez De Pisón, E. (2007), «Excursión por la Sierra de Guadarrama», *Ería*, 73-74, pp. 178-191.
- Martínez De Pisón, E. Y Ortega Cantero, N. (eds.) (2007), *Manuel de Terán, geógrafo (1904-1984)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes / Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 437 pp.
- Mollá Ruiz-Gómez, M. (2006), «Excursionismo y visión del paisaje», en N. Ortega Cantero (ed.), *Imágenes del paisaje*, Madrid, UAM / Fundación Duques de Soria, pp. 229-249.
- Mollá Ruiz-Gómez, M. (2006), «El excursionismo militar en España y la visión del paisaje», *Scripta Nova*, vol. X, nº 218 (61).
- Ortega Cantero, N., García Álvarez, J. Y Mollá Ruiz-Gómez, M. (eds.) (2010), *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*, Madrid, UAM / Universidad Carlos III / Asociación de Geógrafos Españoles, 516 pp.
- Quiroga, F. (1886), «Sociedad para el estudio del Guadarrama. Una excursión a Torreldones», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, X, 237, p. 378.
- Quiroga, F. (1887), «Sociedad para el estudio del Guadarrama. Excursión al cerro de Almodóvar y a San Fernando», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XI, 241, pp. 59-60.
- Quiroga, F. (1890), «Una expedición a Valdemorillo», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XIV, 325, pp. 247-249.
- Quiroga, F. (1893), «Excursión geológica a Robledo de Chavela», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVII, 384, pp. 39-43.

La interpretación de los paisajes en Geografía. De la excursión tradicional al establecimiento de itinerarios y diseño de fichas para la aplicación del Convenio Europeo del Paisaje

José Gómez Zotano

Universidad de Granada

Pascual Riesco Chueca

Universidad de Sevilla

1. Introducción

Como herramienta educativa y como vía para acceder a datos primarios sobre el medio, el trabajo de campo y la excursión pedagógica son piezas centrales en la tradición académica de la Geografía. Campo y gabinete, observación y teorización, espacio nativo y espacio explorado son componentes encadenados que se potencian mutuamente: el pensamiento se agranda al mirar; la mirada se ahonda tras haber pensado. Para Lévi-Strauss, la ciencia occidental reproduce fragmentariamente, y recompone después, mendrugos de lecciones que «reconstituyen la meditación del sabio al pie del árbol»¹. Sobre este fundamento, el del saber obtenido mediante una intensa mirada, directa e inteligente, hacia la totalidad, descansa el conocimiento.

La Geografía es una disciplina de insustituible virtualidad para despertar el sentido de observación del paisaje, y el interés en éste conduce irreductiblemente a su experiencia directa al aire libre. De acuerdo con Olcina Cantos (1996: 101), «el paisaje es una unidad de trabajo geográfico con mayor capacidad didáctica que la región por los aspectos visuales que se contienen en su identificación». En otras palabras, la unidad de carácter de un paisaje, sumada a su abarcabilidad espacial, invitan a ensayar sobre él la diversidad de conocimientos y herramientas geográficas, poniendo en acción un potencial cognitivo que, a falta de objeto, corre el riesgo de quedar disperso y desactivado.

Ya desde sus orígenes está implícita la alianza entre conocimiento geográfico y exploración. Los grandes viajeros musulmanes,

¹ «Des bribes de leçons qui, mises bout à bout, reconstituent la méditation du sage au pied de l'arbre» (Lévi-Strauss, 1955).

escandinavos, chinos y cristianos medievales, entre otros, adquieren criterio para una interpretación del espacio mediante itinerarios de exploración en los que se combina lo personalmente observado con lo recogido de los nativos. La Geografía se encuentra entonces en sus albores, y es sintomática de ello la incierta frontera entre discurso popular y discurso erudito en las crónicas de viaje y los repertorios geográficos iniciales. ¿Dónde acaban las leyendas y consejas propias de la tradición oral, incluida la Mitología, y dónde empieza la firme erudición? En Occidente, el Renacimiento es inseparable de la apertura de rutas militares y comerciales y los descubrimientos de todo tipo asociados a ellas. Las intuiciones grecorromanas sobre el planeta son ahora refrescadas a la luz de nuevas evidencias, y la erudición clásica se expande y problematiza ante el nuevo aluvión de datos geográficos ofrecidos por los navegantes.

El Convenio Europeo del Paisaje y el procedimiento británico para la estimación del carácter de los paisajes (Landscape Character Assessment) son dos destacadas aportaciones contemporáneas, que persiguen un lenguaje común y un acercamiento sistemático al hecho paisajístico. Dando continuidad a estudios previos², este breve texto aspira a reflexionar sobre los fundamentos históricos del reconocimiento geográfico del terreno, y proponer a la luz de esta antigua tradición unas nociones orientadoras para la preparación y el procesado de la excursión paisajística. Una sucinta ficha puede servir para estructurar y guiar la atención durante el breve pero siempre intenso tiempo de exposición y diálogo con el paisaje.

2. La interpretación de los paisajes en Geografía. Desde el siglo XIX hasta la actualidad

La Ilustración refuerza el valor de la captura de datos, abriendo las puertas a una sistematización completa del conocimiento geográfico. Los viajes de Alejandro de Humboldt por la América tropical (1799-

² El origen de esta comunicación se encuentra en un Convenio Específico de Colaboración suscrito en 2006 entre el Ministerio de Medio Ambiente, la Universidad de Sevilla y el Centro de Estudios Paisaje y Territorio (CEPT) para realizar el «Estudio sobre la situación del paisaje en España y el establecimiento de líneas de intervención para el desarrollo de la Convención Europea del Paisaje», así como en un Proyecto de Innovación Docente «Innovación docente en las prácticas de campo de Geografía Física» subvencionado en 2010 por la Universidad de Granada.

1804) son ejemplares por su ambiciosa flexibilidad de escala, que propone extensas orquestaciones de información bio-geográfica, elevándose a visiones de conjunto donde se modulan hipótesis, desde lo local a lo continental, sugeridas por el trabajo de campo (Mathewson, 2001). El conocimiento adquirido es inseparable, en numerosos casos, de distintos basamentos doctrinales, destacadamente la ideología colonial. La Royal Geographical Society, por ejemplo, impulsa a lo largo del s. XIX detenidas exploraciones de ultramar, en las que alienta una aspiración básica: la ampliación de dominios para el imperio británico. Por otro lado, el Grand Tour, etapa formativa itinerante previa al matrimonio en las clases altas británicas, de orientación inicialmente centrada en la contemplación de monumentos y piezas artísticas, se convierte en una pieza central para el conocimiento y la interpretación geográfica.

El Romanticismo introduce una particular reverencia a la naturaleza entendida como ventana hacia lo sublime y lo indecible. De ahí una sobrevaloración de los paisajes de montaña, que condiciona la vocación de las primeras sociedades de excursionistas. No es ajena a ello una tendencia a encuadrar como paisaje lo excepcional y lo espectacular, con la consiguiente merma de atención hacia los paisajes cotidianos, que perdura aún en el imaginario colectivo. Coincide esta evolución con el florecimiento de la pasión nacionalista, que es asentada sobre la raíz, real o imaginada, de una cultura insondablemente unida al pueblo y su genio propio, una base étnica sobre la que se aspira a edificar la identidad nacional. De nuevo, converge sobre las montañas, reservorios de autoctonía y ancestralidad, esta mirada dirigida a la recuperación de esencias: en Suiza, la montaña es el broche que anuda la diversidad de los valles y las lenguas. El Club Alpino Suizo, fundado en 1863, es un exponente de tal fusión entre el viaje de descubrimiento naturalista y el esfuerzo de consolidación nacional (Martí-Henneberg, 1996); un precedente destacado es el Alpine Club de Londres, fundado en 1857, de acentos más cosmopolitas. Otras asociaciones similares, de marcada inspiración nacionalista, emergen en Italia, Alemania y Austria en la misma época. En España, las primeras sociedades excursionistas surgen en Cataluña entre 1876 y 1878; en fecha posterior se fusionan para crear el Centre Excursionista de Catalunya.

La excursión, como componente educativo, adquiere un grado mayor de formalización a partir de la pedagogía del suizo Pestalozzi (1746-1827), que propone la intuición y la inducción como vías principales

para inculcar conocimientos (Martí-Henneberg, 1992). Esta reforma en los planteamientos educativos activa el interés por las salidas al terreno, ensalzadas no sólo por sus virtudes para el ejercicio de la atención sino también por su contribución a fortalecer anímicamente y corporalmente al alumno. La excursión formativa adquiere ya de forma temprana una doble condición, que queda impresa en el formato del excursionismo universitario posterior: herramienta pedagógica, por una parte, y rito de paso en la constitución del ciudadano adulto, por otra (Puyo, 2006); los beneficios morales, sociales y éticos de la excursión son valorados tanto o más que su contribución al corpus de conocimientos del alumno (Ploszajska, 1998). En general, la observación directa del territorio se convierte así en el paso previo a la adquisición de conocimientos geográficos (Martí-Henneberg, 1994; 1996). Es en Alemania donde esta semilla, de remota procedencia rousseauiana, adquiere su máximo desarrollo (Mathewson, 2001). El modelo de aprendizaje es expansivo, de lo cercano a lo lejano: los estudios de infancia y adolescencia se ciñen al marco local, donde es natural y fácil organizar excursiones (*Heimatskunde* o estudio del entorno nativo); en etapas posteriores, la tesis en Geografía debe, preferentemente, abordar cuestiones de ubicación más remota o de escala más extensa (*Auslandskunde* o estudios sobre el extranjero). Como corresponde a esta organización en cascada, los esfuerzos destinados a ambas etapas son crecientes: las magnas tesis y las voluminosas sumas de los estudiosos alemanes sobre parajes remotísimos dan testimonio de ello.

En la España de principios de siglo se registra una honda preocupación por situar teóricamente la observación directa y su valor pedagógico, si bien surge fundamentalmente de cultivadores de otras disciplinas cercanas a la Geografía (Modesto Bargalló, Rafael Cabanás, Carlos Vidal Box, Francisco Hernández Pacheco). Varios geógrafos de Escuelas Normales como Pedro Chico o Isidoro Reverte suponen meritorias excepciones. Pedro Plans destaca lo siguiente:

En conjunto, las salidas al campo constituyen una actividad de gran valor formativo intelectual, porque es en ellas donde los alumnos pueden vivir un proceso mental de creación de lo particular a lo general, del caso concreto al principio más amplio... Pero el valor formativo intelectual del trabajo de campo reside no ya sólo en el ejercicio de observación y análisis que supone, sino también en que únicamente sobre el terreno podrá ver el alumno que lo que lee en los libros y aun en las mismas explicaciones del profesor, no pasan de meros esquemas, simplificaciones de una realidad siempre compleja (en García Manrique, 1976: 4).

Es bien conocido el excursionismo madrileño, centrado en la vecina sierra de Guadarrama, que tiene como punto de partida un ideario de fuerte contenido pedagógico; así, el Boletín de la Institución Libre de la Enseñanza, desde 1877, se convierte en el conducto principal de difusión de andanzas y divagaciones por la sierra (Celada Perandones y Luengo Ugidos, 1988).

La excursión y el trabajo de campo son, además de un recurso pedagógico, una vía para la adquisición de datos primarios. El conocimiento geográfico se ha venido nutriendo de datos directos obtenidos mediante el reconocimiento del terreno. En el marco de la geografía regional, a comienzos del s. XX, son Vidal de la Blache, Fleure o Sauer algunos de los principales proponentes y sistematizadores de esta función recopiladora; en ella se anticipa el concepto de espacio vivido o marco vital, que ha de conocer una decisiva reactivación en la comprensión posterior del paisaje. La colaboración de los estudiantes en la observación y cartografía de grandes extensiones, obtenida cuadrícula a cuadrícula mediante trabajos en grupo, es un modelo profusamente desarrollado en el caso británico: así en el Land Utilisation Survey (Reconocimiento de los Usos del Suelo) impulsado por L.D. Stamp entre 1930 y 1934 (Montilla Pacheco, 2005).

La captura de datos directa se ve sin embargo problematizada actualmente por una doble complicación. De un lado, la inabordable abundancia de datos primarios disponibles en distintas fuentes bibliográficas y cartográficas, que sólo esperan una laboriosa fase de interpretación: ello vuelve menos apremiante la adquisición de nuevos datos. Por otra parte, las tecnologías de observación remota, en particular las imágenes desde satélite, ofrecen al estudioso oportunidades para enfrentarse con el medio físico sin pasar por el terreno. Todo ello conduce a cierto debilitamiento del trabajo de campo como núcleo de la disciplina geográfica (Rundstrom y Kenzer, 1989), un fenómeno que tiene raíces complejas, no sólo tecnológicas, sino también institucionales y académicas.

Se añade a lo anterior el peso de cambios profundísimos en la vida social y espacial de los estudiantes, dictados por factores múltiples: la nueva y generalizada movilidad individual, que puede robar intensidad a la experiencia de campo, antes prestigiada por la escasez del hecho viajero; el aplanamiento de las distancias jerárquicas; las relaciones crecientemente informales entre estudiantes y profesores; la saturación cognitiva a expensas de otros discursos espaciales, como el turístico

y el mediático. Todo ello obliga a extremar la búsqueda de recursos y ritmos que devuelvan resonancia a la salida al terreno, que solemnicen y enriquezcan la comunicación intelectual, y que compensen la erosión sufrida tanto a causa de la banalización de la práctica del viaje, como por desgaste del dipolo docente-discente.

En todo caso, es imposible obviar la necesidad de comprobar sobre el terreno las hipótesis sugeridas por la rica masa de datos y las herramientas de análisis automatizado: «el trabajo de campo es la estrategia más acorde para superar el acento descriptivo que ha prevalecido en la enseñanza de la geografía», esto es, el sobrepeso de los simples datos, y su acumulación memorística, con menoscabo de la interpretación y la crítica (Santiago Garnica, 2008). Sin el trabajo de campo, la Geografía vendría a ser como una ciencia sin laboratorio (Bland et al., 1996). De hecho, el reconocimiento sobre el terreno se puede ahora potenciar mediante abundantes recursos para el estudio *in situ*, en particular equipos tales como las estaciones meteorológicas portátiles, cámaras fotográficas digitales, receptores de GPS y altímetros (Montilla Pacheco, 2005; Kent, Gilbertson y Hunt, 1997).

A las líneas de problematización antes señaladas se añade el hecho de que en la segunda mitad del s. XX se desarrolla una crítica post-colonial al modelo mismo de captura de información. El observador distanciado que adquiere información directa sobre el terreno lleva implícita en su mirada, en la opinión de tales críticos, una modulación eurocéntrica que reduce la visión desde dentro, la de los nativos, a la categoría de mera anécdota. En reacción a ello, la Geografía y la Sociología tienden, en formulaciones posteriores, a problematizar la interacción entre el espacio observado y el espacio del observador, urgiendo a convertir el trabajo de campo en una conversación entre el estudioso y el nativo (Geertz, 1979): entiéndase con ello no necesariamente el indígena tal como lo caracteriza el imaginario colonial, sino el residente o usuario del espacio. De un modo laxo, se invita a una apertura a la participación y el diálogo, y un aprovechamiento de la visión interior que es detentada por aquéllos que han mantenido una larga relación, a veces heredada, con el espacio geográfico. «La participación implica comunicación en los dos sentidos, desde los expertos y científicos hacia la población e inversamente, desde la población hacia los expertos y científicos. La población posee un conocimiento empírico (local y naturalista) que puede ser útil para completar y relativizar el conocimiento científico» (Consejo de Europa, 2008).

Son muchas las componentes que pueden inspirar el trabajo de campo o la excursión pedagógica; esta actividad se ramifica en diferentes tipos, desde la excursión breve a la estancia prolongada, desde el curso en residencia al proyecto sobre el terreno (Fuller et al., 2006). Su potencial pedagógico se deriva de proponer un reencuentro con lo familiar, una mirada directa del alumno hacia el medio: «El paisaje constituye un recurso pedagógico porque, cuando lo interpretan, los alumnos se enfrentan cara a cara con los signos visibles de su marco de vida, que relacionan con las cuestiones de ordenación del territorio» (Consejo de Europa, 2008). Desde este punto de vista, la excursión supone una toma de conciencia colectiva y guiada, a través de la cual se estimulan preguntas y se aventuran respuestas a la significación de la Geografía como configuradora de escenarios de vida. Una lectura comentada y directa del paisaje es, en definitiva, un requisito para la ciudadanía madura y crítica: «Los planes de estudio de los diferentes niveles de formación deberían prever una educación en los temas de paisaje, mediante el aprendizaje de la lectura del paisaje, a través de la iniciación a las relaciones entre marco de vida y paisaje, a las relaciones entre ecología y paisaje e incluso a las cuestiones sociales y económicas» (Consejo de Europa, 2008).

Conviene ser conscientes en el trabajo de campo de las distintas dimensiones atribuidas por Zanato (2007) a la educación paisajística: una dimensión sensorial, especialmente visual; una dimensión cognitiva, por su carácter explorativo clave para entender las relaciones entre los fundamentos naturales y antrópicos; una dimensión ética que alude a la responsabilidad sobre las acciones antrópicas; y una dimensión social que gravita entre las percepciones y vivencias individuales y colectivas. A través del trabajo de campo, los estudiantes pueden recibir el impulso para hacer una lectura crítica de su entorno espacial. El paisaje no es simplemente un escenario heredado, disponible para el consumo pasivo; es un moldeador de la interacción social, que a su vez refleja las decisiones y las dejaciones de la vida ciudadana.

En todo caso, el trabajo de campo aglutina inevitablemente saberes de distinta procedencia. Implícito a su propio programa es la interdisciplinariedad, puesto que cualquier encuentro con la realidad geográfica revela su riqueza en capas cognitivas, que abren puertas a múltiples disciplinas (Castillo, 2000). Sauer (1956) defiende, no sin voluntad polémica, una posición abierta ante el trabajo de campo. Una exploración previamente encauzada con categorías pre-definidas inhibía, según el autor, la genuina apertura y explotación completa de los contenidos mostrados por el terreno.

La salida a terreno y la clase de campo no deben preocuparse de contar con una organización predeterminada de la observación, como la contenida en la leyenda sinóptica de un mapa. Aparecerán pistas en abundancia físicas, orgánicas o culturales en el curso de la actividad de caminar, ver, e intercambiar información. Una experiencia de campo exitosa bien puede resultar en un tópico diferente para cada uno de los participantes. Para algunos, este mira-lo-que-puedas-hallar resulta irritante y desordenado dado que uno no puede saber de antemano todo lo que encontrará. Cuanta más energía se invierta en registrar categorías predeterminadas, menos oportunidad habrá para la exploración. Me gusta imaginar a todo grupo de jóvenes en el campo como una empresa de descubrimiento, no como una patrulla de vigilancia (Sauer, 1956; trad. Guillermo Castro Herrera).

La espontaneidad no exime a los profesores de la necesaria preparación de la excursión; el viaje previo de reconocimiento es conveniente para diseñar con esmero el recorrido previsto, su duración y horarios, las actividades y el instrumental de campo, entre otras cosas. En la interacción consciente con el medio que se propone a través de la excursión pedagógica, el enriquecimiento para el participante deriva de la observación no sólo individual, sino cruzada. Unos aprenden del modo de mirar de los otros. Las preguntas formuladas por una sensibilidad pueden quedar depositadas en otra; y las respuestas germinan más adelante, tal vez en el ámbito ya más libresco de la Universidad. Por ello, el acercamiento al terreno supone también un intenso ejercicio de inter-subjetividad, y es para muchos una primera oportunidad para el trabajo en equipo. La excursión ofrece oportunidades al alumno para entablar una conversación directa con los profesores.

Tales excursiones y cursos de campo son la mejor experiencia de aprendizaje. Los estudiantes y el guía se encuentran en un constante intercambio de preguntas y sugerencias que surgen de la escena siempre cambiante, involucrados en una forma peripatética de diálogo socrático sobre las cualidades de y en el paisaje. El modo de locomoción debe ser lento, cuanto más lento mejor, y debe interrumpirse con paradas de descanso en puntos ventajosos, y detenerse ante elementos de interrogación. Desplazarse a pie, dormir al aire libre, sentarse en torno al fuego en las noches, ver la tierra en todas sus estaciones, son maneras adecuadas para intensificar la experiencia, para transformar la impresión en una apreciación y un juicio de mayor alcance. No conozco ninguna receta de método: eviten

todo aquello que incremente la rutina y la fatiga, y que disminuya el estado de alerta (Sauer, 1956; trad. Guillermo Castro Herrera).

Ese deseable «aprender descubriendo» que impulsa cualquier trabajo de campo no debe ir exento de un soporte teórico-metodológico que favorezca el pensamiento deductivo. Una observación científica rigurosa ayuda a comparar los rasgos fundamentales del paisaje analizado y permite acceder a generalizaciones, propicias a la clasificación y a la explicación.

Desde el punto de vista pedagógico, el trabajo de campo debe contemplar conceptos elaborados conjuntamente entre profesores y alumnos, partiendo de una cuidada preparación previa en la que el profesor jerarquice convenientemente los contenidos. Rescatamos unas acertadas palabras escritas en 1976 en la introducción de la Guía de excursiones didácticas de geografía en el Distrito Universitario (Provincia de Murcia).

El trabajo de campo, así orientado, dejaría de ser automáticamente simple transmisión de una información elaborada por el profesor, al describir (o explicar, en el mejor de los casos), un objeto o espacio geográfico trasladando sencillamente sus explicaciones de cátedra al aire libre. No cabe la menor duda en que se perdería mucho de la brillantez del taumaturgo, que hace surgir los hechos geográficos al conjuro de su palabra, ante los ojos de unos alumnos abrumados por el «ruido» de la avalancha informativa que proporciona la información directa (García Manrique, 1976: 6).

Puede ser contraproducente el influjo de un profesor que carezca de afición al campo, y que no logre transmitir a sus alumnos este gusto e interés por la interpretación del espacio geográfico, susceptible en algunos casos de despertar vocaciones. El naturalista Vidal Vox (1976) invita a rescatar la experiencia acumulada durante años de prácticas por profesores entusiastas.

Así como es penoso que con la desaparición de un profesor se pierda todo su caudal de práctica docente y recursos profesionales laboriosamente adquiridos, asimismo es lamentable que esto acontezca con todo el valioso bagaje de conocimientos útiles en las clases fuera del aula y en relación con los recursos propios de la localidad... En todas estas circunstancias se pierde irremisiblemente un tesoro intelectual trabajosamente elaborado con el entusiasmo, la vocación y la voluntad de los mejores profesionales. Tenemos

en consecuencia la obligación moral de poner a disposición de los demás lo que sepamos, mucho o poco, de manera que no se malogre aquella cosecha de la experiencia particular, cuya última finalidad es el mejoramiento de los demás profesores y el bien de nuestros alumnos (Vidal Vox, 1976: 23).

En cualquier caso, el trabajo de campo, más allá de la actual panoplia de aplicaciones didácticas, de diverso grado de acierto, se abre a la comunicabilidad de las observaciones y convierte una imagen mental e imprecisa en algo reconocible en la realidad.

3. Nuevas propuestas para un viejo requerimiento: establecimiento de itinerarios y diseño de fichas para la aplicación del Convenio Europeo del Paisaje

Desde que el Convenio Europeo del Paisaje (CEP) diera un impulso a las iniciativas para la clasificación de los paisajes, en todos los países firmantes del tratado se han ido sumando nuevas propuestas que facilitan su aplicación a distintas realidades geográficas con un lenguaje compartido. Esta reactivación metodológica implica necesariamente cambios en el reconocimiento in situ de los paisajes como fase imprescindible para proceder a su identificación y caracterización.

La propuesta de itinerarios y fichas de campo que esbozamos en esta comunicación está cimentada en las Orientaciones del CEP y en la metodología inglesa de la estimación del carácter paisajístico (Landscape Character Assessment, LCA): un procedimiento general, integrado y participativo, ampliamente desarrollado en trabajos recientes (Gómez Zotano, 2006; Gómez Zotano y Riesco Chueca, 2010a, 2010b), que se adecua a la necesidad de sistematizar jerárquicamente un fenómeno continuo como es el paisaje. Se entiende el paisaje como un sistema forjado por la interacción de fundamentos naturales (relieve, clima, aguas, bioclima, vegetación, fauna y suelos), fundamentos socioeconómicos y culturales (usos y coberturas del suelo, evolución histórica, permanencias y dinámicas) y estructuras visuales, escénicas y perceptivas. El análisis sectorial de cada uno de estos componentes, así como la posterior síntesis, constituyen el grueso de la primera fase del método, la de identificación y caracterización de distintas unidades de paisaje (áreas y tipos de paisaje). La segunda fase, la de valoración y propuestas, consiste en la cualificación y definición de objetivos de calidad paisajística.

Dicha secuencia metodológica, innovadora y sólida, requiere una base de proximidad y familiaridad con el medio; el trabajo de campo es el mejor recurso para desarrollarla porque permite identificar elementos y características no apreciables o deducibles de las fuentes cartográficas y documentales, analizar los aspectos estéticos y perceptivos del paisaje y concretar las imágenes y representaciones colectivas de la sociedad.

Entre los propósitos de la fase de trabajo de campo, encuadrada dentro del procedimiento general de sistematización en el estudio del paisaje, se encuentran los siguientes:

- Cotejar la fotointerpretación y asignar claves definitivas.
- Completar la determinación de tipos y áreas paisajísticos.
- Proceder a su caracterización.
- Identificar cualidades estéticas y perceptivas.
- Ampliar la base de datos previamente establecida.
- Contribuir al posterior proceso de valoración.

En el trabajo de campo han de intervenir al menos cuatro de los componentes del equipo previsto para el estudio general; un experto en paisaje (geógrafo, biólogo, ecólogo...), un arqueólogo o historiador, un mediador social (sociólogo) y un dibujante.

El trabajo de campo se concreta en una serie de itinerarios previamente establecidos y debidamente escalonados en el tiempo que permita visitar todos los tipos y áreas identificados en el borrador, estudiándose cada uno de ellos desde al menos un punto de observación que resulte representativo para la toma de datos y fotografías.

Los itinerarios deben establecerse en función de los objetivos establecidos previamente. Además, la complejidad y variedad de los tipos y áreas de paisaje que se pretendan aprehender define en buena medida que el itinerario sea más o menos complicado y, por tanto, requiera de un equipo profesional y material más completo (expertos interdisciplinarios, alternancia de diferentes medios de locomoción, equipamiento). De los objetivos y los requerimientos se derivan consecuentemente múltiples opciones que marcan la naturaleza del itinerario:

- a. Según el encuadre espacial pueden ser monoescalares o multiescalares: un mismo itinerario podrá facilitar una aproximación a un solo nivel o a diferentes niveles escalares del paisaje (áreas y tipos a escala regional, comarcal y local).
- b. En función de la duración requerida puede distinguirse entre itinerarios cortos (media jornada), medios (una jornada) o largos (varias jornadas). La asignación de tiempos ha de ser flexible pues hay que considerar las eventuales paradas y los imprevistos que suelen caracterizar los trabajos de campo. En caso de recorridos lineales se considera únicamente el tiempo de ida, además del tiempo para el regreso, mientras que para los itinerarios circulares hay que contar con la ida y la vuelta.
- c. Según la distancia, los itinerarios pueden clasificarse en trayectos de corta, media y larga distancia.
- d. Por su parte, el grado de dificultad depende de la dureza del recorrido propuesto. El itinerario puede variar entre un extremo de gran dureza (desnivel superior a 1.000 m, orografía escarpada o meteorología adversa) y su opuesto, de baja dificultad, lo que equivaldría a un paseo con escasos desniveles, siempre que no concurren otras circunstancias como la presencia de nieve, la mayor o menor facilidad de orientación y problemas de acceso.

En cualquier caso, y a fin de incorporar a la tarea de observación un análisis de la estacionalidad del paisaje, es preciso prever en el calendario de visitas una sucesión adecuada, que registre los cambios más importantes del ciclo anual.

Una vez diseñados y elaborados los itinerarios se establecen las posiciones de observación para los paisajes objeto de estudio en función de la escala. Los puntos de observación determinan los umbrales de percepción; con independencia de las condiciones de visibilidad coyunturales derivadas del tiempo atmosférico o la iluminación, a medida que aumenta la distancia disminuye la calidad de la percepción visual. La distancia por lo tanto, como variable significativa en la apreciación de detalles formales y colores, presenta una gradación perceptiva que incluye un plano cercano o próximo (< 200 m), uno medio (200-800 m) y otro lejano (800-3000 m). Como analiza Ortega Alba (1997), en el primero se puede apreciar el color,

la textura y el detalle de las formas menores, pero no se abarcan las formas mayores o las grandes líneas, ni se percibe la composición. En el plano medio se pierden detalles y se hacen legibles los grandes rasgos antes mencionados. En el plano lejano o fondo escénico se diluyen y uniformizan los colores, se pierden las texturas y resaltan las grandes líneas, las formas mayores y el carácter espacial general del escenario (fig. 1). El escenario que define el campo del análisis, y el nivel o grado de precisión de las variables a considerar, son elecciones en cierto modo discrecionales que derivan del tipo de problema al que nos enfrentemos.

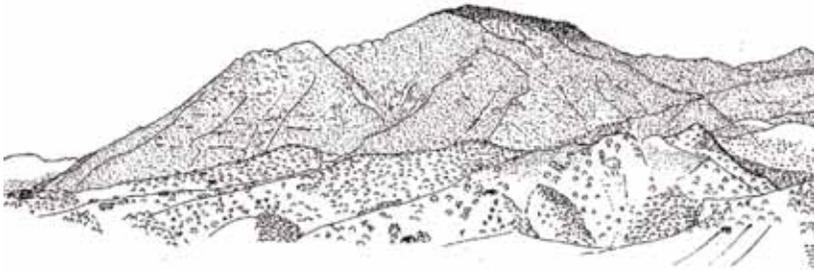
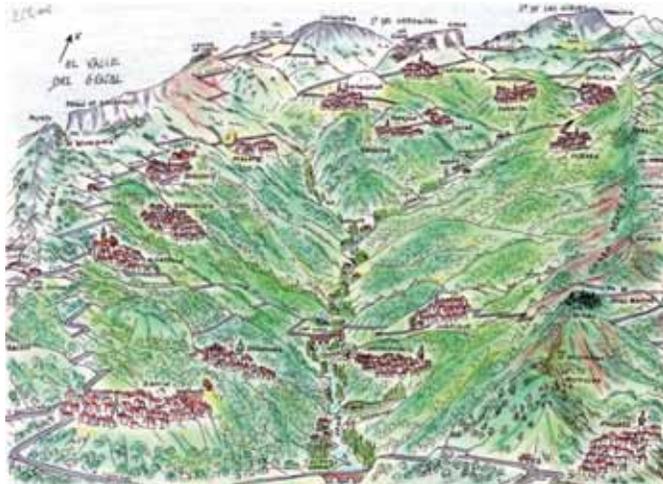


Figura 1: Ejemplo de dibujos realizados desde planos diferentes. Sierra Bermeja (provincia de Málaga).
A. Fachada meridional (plano lejano). Autor: Ildefonso Díaz



B. Fachada septentrional y Valle del Genal (sucesión de planos).
Autor: José Castillo (2008)

Así pues, un mismo paisaje se percibe de forma diferente, con un distinto grado de detalle, dependiendo de la escala dimensional considerada. M. Ronai (1977: 79-80), por ejemplo, destaca la necesidad de cejar, de tomar distancia óptica para capturar una vista óptima del paisaje que permita su análisis. Afirma que se puede determinar el umbral a partir del cual el paisaje se despliega como hecho inteligible, lo que denomina con el neologismo *paysagéité*, literalmente «paisajeidad». Estas condiciones definen un particular espectro de visualización del paisaje, discretizado en cuatro niveles comprendidos entre la ultra y la infra-vista en función de la distancia, la profundidad y la amplitud lateral del campo de visión que varía la relación tierra-aire, la verticalidad-horizontalidad. La ultra-vista se corresponde con la visión desde un avión o un satélite (en los estudios de paisaje generalmente no se contemplan distancias tan grandes). La vista de lo grandioso, de lo extenso, permite abarcar un macizo montañoso, un extenso jardín francés, el mar visto desde un acantilado o al desierto. La vista de lo íntimo, de lo pintoresco, posibilita la visión de la fuente, del arroyo, de rincones de un jardín inglés, de la playa, de la duna o del pequeño puerto. Finalmente, la infra-vista se corresponde con el árbol, la roca o las briznas de hierba. Una articulación menos detallada de esta misma gradación es la que distingue, simplemente, entre un paisaje de proximidad y un paisaje de fondo.

Además de la distancia, las propias dimensiones y conformaciones del territorio constituyen condiciones físicas de la percepción del paisaje. Habrá que considerar, pues, conceptos como cuenca visual, intervisibilidad, ángulo de incidencia visual, potencial de vistas, hitos y cuerdas o líneas de horizonte (*skylines*) a la hora de establecer los puntos de observación.

Como condición fundamental de la percepción, también es preciso considerar aquellos lugares que faciliten la afluencia de observadores. De esta manera se convierte en acto perceptivo lo que la mera accesibilidad ofrece sólo en potencia. La afluencia de observadores está relacionada con la distribución del poblamiento y la red de infraestructuras, aunque no siempre concurren estos factores para que un lugar sea más o menos visitado.

En cualquier caso, en la elección del punto de observación debe prevalecer un reparto territorial homogéneo, de tal manera que cada tipo o área de paisaje contenga al menos un punto de observación y que éste cubra la mayor parte del paisaje.

Como queda reflejado en la tabla 1, para cada uno de los puntos de observación se elabora una ficha en la que se incluyen los siguientes aspectos:

- Descripción escrita de las vistas.
- Dibujo (diseño a escala) y croquis (esbozo o diseño ligero hecho a ojo, sin precisión ni detalle) de las mismas³.
- Lista de elementos significativos derivados tanto de los fundamentos naturales como de los procesos históricos y fundamentos socioeconómicos del paisaje.
- Lista de elementos y factores estéticos y perceptivos apreciados (véase en Ortega Alba, 1997 y CEOTMA, 2001).
- Observaciones sobre la sensibilidad/fragilidad del paisaje y sugerencias de gestión de los recursos paisajísticos.
- Fotografías georreferenciadas con GPS.
- Mapas de campo en los que se localicen o delimiten los aspectos más destacados (hitos, vistas, impactos, bordes nítidos...).

³ Las cámaras digitales suelen incorporar un filtro de reproducción de croquis que facilita esta tarea.

BORRADOR DE TIPO/ÁREA (indicar denominación y nivel taxonómico)		FOTOGRAFÍAS (indicar qué se ve y coordenadas)		DESCRIPCIÓN DE LAS VISTAS	CARTOGRAFÍA
PUNTO DE OBSERVACIÓN - Lugar: - Coordenadas: - Distancia (planos cercano, medio o lejano): - Fecha:		FOTO 1	FOTO 2		
ELEMENTOS SIGNIFICATIVOS	FUNDAMENTOS NATURALES	RELIEVE:		DIBUJO Y CROQUIS DE LAS VISTAS	
		CLIMA:			
		HIDROLOGÍA:			
		BIOCLIMA:			
		VEGETACIÓN:			
		FAUNA:			
	SUELOS:				
	PROCESOS HISTÓRICOS Y FUNDAMENTOS SOCIO-ECONÓMICOS	USOS Y COBERTURAS DEL SUELO:			
		ASENTAMIENTOS:			
		EVOLUCIÓN HISTÓRICA:			
		PERMANENCIAS:			
		SISTEMAS DE EXPLOTACIÓN VIGENTES:			
	PROPIEDADES ESTÉTICAS Y PERCEPTIVAS	PRESIONES Y DINÁMICAS:			
FORMA:					
LÍNEA:					
COLOR:					
TEXTURA:					
ESTRUCTURA VISUAL Y ESCÉNICA	CIERRES VISUALES:		SENSIBILIDAD/ FRAGILIDAD: RECOMENDACIONES DE GESTIÓN:		
	CUENCAS VISUALES:				
	CORREDORES VISUALES:				
	VENTANAS VISUALES:				
	AMPLITUD Y PROFUNDIDAD DE VISTAS:				
	RELACIONES VISUALES:				
	HITOS:				

Tabla 1. Ficha para la determinación de tipos y áreas paisajísticos en los trabajos de campo. Fuente: elaboración propia

Finalmente, el trabajo de campo también ha de servir para la realización de encuestas sobre la percepción de los ciudadanos, respaldadas por planos y otros elementos de representación (ver Coeterier, 1996, 2000). Para realizar esta tarea es aconsejable la intervención de un sociólogo o trabajador social familiarizado con el área.

La elaboración por parte del alumno de los contenidos de la ficha permite superar la posible actitud pasiva, de mero consumidor de vistas. Numerosos estudios han mostrado que el aprendizaje adquiere su pleno desarrollo cuando combina alicientes para la inmersión y compromiso en el tema tratado (*engagement*), así como criterios sólidos y estimulantes para la evaluación de los avances conseguidos (*assessment*).

El esquema de ficha aquí presentado es necesariamente sucinto. En la práctica, debería ir acompañado de indicaciones precisas, ya sea orales o escritas, acerca de lo que se pretende en cada uno de los apartados que han de rellenarse. Otras fichas de referencia y elementos para profundizar en su elaboración se pueden obtener de la bibliografía; en particular, son recomendables los contenidos, muy detallados, de la LCA (Countryside Agency and Scottish Natural Heritage, 2002), así como las Orientaciones para la Aplicación del Convenio Europeo del Paisaje (Consejo de Europa, 2008).

4. Conclusiones

El trabajo de campo y la excursión pedagógica componen un complejo engranaje, en el que se combina el propósito formativo con la adquisición de nuevos conocimientos. A pesar de la abrumadora masa de datos sobre el espacio geográfico disponibles en la bibliografía y la cartografía actuales, y la riqueza de información potencialmente ofrecida por la tecnología de observación, siempre es preciso regresar al terreno. A través de la frecuentación personal de los escenarios de la Geografía, el conocimiento adquiere el marchamo de lo directo y experimentado, se vuelve corpóreo y se predispone para el intercambio biográfico, intersubjetivo, cultural.

Sin el acercamiento al terreno, difícilmente puede la Geografía adquirir esta componente personalizada y vivida – embodied, en la terminología inglesa –, que la sitúa como intérprete privilegiado del hecho espacial dentro de las ciencias sociales. El reconocimiento de campo es al

mismo tiempo un acto mediador, que vincula la descripción con la experiencia de residentes y viajeros. La participación social, elemento nominalmente obligado en los presentes estudios espaciales, quedaría coja sin un firme asiento en la experiencia de campo.

El paisaje mantiene una presencia vigorosa en la disciplina geográfica, como pieza que anuda en una visión unitaria las capas cognitivas implicadas en la descripción del medio. En los comienzos de la Geografía, la excursión tenía necesariamente un carácter espontáneo y pluri-disciplinar; posteriormente, el creciente rigor y la especialización encauzaron y constriñeron la salida al campo, poniéndola al servicio de aprendizajes sectoriales o de la adquisición de datos primarios. Contemporáneamente, el Convenio Europeo del Paisaje refuerza el concepto – inevitablemente holístico del paisaje – y su implementación obliga a regresar a aquella espontaneidad primera, atenta a un cúmulo de manifestaciones heterogéneas, de diversísimo origen. Pero este retorno a lo plural no puede hacerse sin sólidos armazones conceptuales y metodológicos, que eviten la infertilidad de una libre flotación sensorial o intelectual sin objetivos compartidos.

Bibliografía

- Bland, K., Chambers, W., Donert, K. y Thomas, T. (1996), «Fieldwork», en P. Bailey and P. Fox (eds.) *Geography Teachers Handbook*, Sheffield GA.
- Bonnett, A. (2003), «Geography as the world discipline: connecting popular and academic geographical imaginations», *Area*, 35, pp. 55-63.
- Castillo, J.J. (2000), «Un camino y cien senderos. El trabajo de campo como crisol de disciplinas», *Revista de Antropología Social*, 9, pp. 51-74.
- Castillo Rodríguez, J.A. (2008), *Tres viajes románticos por la Serranía de Ronda*, Ronda, Editorial La Serranía.
- Ceotma (2001), *Guía para la elaboración de estudios del medio físico: contenido y metodología*, Madrid, MOPU.
- Celada Perandones, P. y Luengo Ugidos, Ma (1988), *La formación geográfica en la docencia de la Institución Libre de Enseñanza*, pp. 149-160.
- Coeterier, J.F. (1996), «Dominant attributes in the perception and evaluation of the Dutch landscape», *Landscape and Urban Planning* 34, pp. 27-44.

- (2000), *Landschapsbeleving: toepassing van de meetmethode landschapsbeleving in vier gebieden* in Nederland, Wageningen, Alterra.
- Consejo De Europa (2008), *Orientaciones para la aplicación del Convenio Europeo del Paisaje*, [ed. cast. Ministerio de Medio Ambiente].
- Countryside Agency And Scottish Natural Heritage (2002), *Landscape Character Assessment: guidance for England and Scotland*, Wetherby, Countryside Agency and Scottish Natural Heritage.
- Fuller, I., Edmonson, S., France, D., Higgitt, D. y Ratinen, I. (2006), «International perspectives on the effectiveness of geography fieldwork for learning», *Journal of Geography in Higher Education* 30(1), pp. 89-101.
- García Manrique, E. (dir.) (1976), *Guía de excursiones didácticas de geografía en el Distrito Universitario* (Provincia de Murcia). Instituto de Ciencias de la Educación. Universidad de Murcia. 1549 p.
- Gómez Mendoza, J. y ORTEGA CANTERO, N. (1988), *Viajeros y paisajes*. Madrid, Alianza Universidad.
- Gómez Zotano, J. (2006), *Naturaleza y paisaje en la Costa del Sol Occidental*, Málaga, Servicio de Publicaciones. Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga (CEDMA). 284 p.
- Gómez Zotano, J. y Riesco Chueca, P. (2010a), «Landscape learning and teaching: Innovations in the context of the European Landscape Convention». Proceedings of INTED 2010 Conference. International Technology, Education and Development Conference. Valencia (Spain). 8th-10th March, 2010, Valencia, International Association for Technology, Education and Development (IATED), pp. 4703-4714.
- Gómez Zotano, J. y Riesco Chueca, P. (2010b), *Marco conceptual y metodológico para los paisajes españoles. Aplicación a tres escalas espaciales, Sevilla, Centro de Estudios Paisaje y Territorio*. Consejería de Obras Públicas y Vivienda, Junta de Andalucía. Ministerio de Medio Ambiente, 468 p.
- Katz, C. (1994), «Playing the Field: Questions of Fieldwork in Geography», *The Professional Geographer*, 46(1), pp. 67-72.
- Kent, M. Gilbertson, D.D. Hunt, C.O. (1997), «Fieldwork in Geography Teaching: a critical review of the literature and approaches», *Journal of Geography in Higher Education* 21 (3), pp. 313-332.
- Lévi-Strauss, C. (1955), *Tristes tropiques*, Plon, Collection Terre Humaine, n° 30009.

- Martí-Henneberg, J. (1992), «Pestalozzi y la enseñanza de la Geografía en el cantón de Vaud (Suiza) durante el siglo XIX», *Revista de geografía* 26, 1-2.
- (1994), *L'excursionisme científic*, Barcelona, Alta-Fulla.
- (1996), «El excursionismo: entre la ciencia y la estética», *Mundo Científico* 173, pp. 962-969.
- Mathewson, K. (2001), «Between «In Camp» and «Out of Bounds», Notes on the History of Fieldwork in American Geography», *Geographical Review*, 91(1/2), pp. 215-224.
- Montilla Pacheco, A. (2005), «El trabajo de campo: estrategia didáctica en la enseñanza de la geografía», *Geoenseñanza* 10 (2), pp. 187-195.
- Olcina Cantos, J. (1996), «La geografía hoy: reflexiones sobre el pensamiento geográfico, la región y la docencia de la geografía», *Investigaciones Geográficas* 16, 93-114.
- Ortega Alba, F. (1997), «Conceptos de paisaje y opciones de intervención», *Cuadernos Geográficos* 26, 153-173.
- Ortega Cantero, N. (2005), *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*, Madrid, Universidad autónoma de Madrid.
- Pedone, C. (2000), «El trabajo de campo y los métodos cualitativos. Necesidad de nuevas reflexiones desde las geografías latinoamericanas», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* 57.
- Ploszajska, T. (1998), «Down to earth: geography fieldwork in English schools, 1870–1944», *Environment and Planning D: Society and Space* 16, pp. 57-74
- Puyo, J.-Y. (2006), «L'excursion, des forestiers aux géographes: entre intérêt pédagogique et rite intitiatique», *Sociétés & Représentations*, 21, pp. 175-189.
- Riesco Chueca, P., Gómez Zotano, J. Y Álvarez Sala, D. (2008), «Región, comarca y lugar: escalas de referencia en la metodología del paisaje», *Cuadernos Geográficos*, 43, pp. 227-255.
- Ronai, M. (1977), «Paysages II», *Herodote* 7, pp. 71-91.
- Rundstrom, R. y Kenzer, M. (1989), «The Decline of Fieldwork en Human Geography», *The Professional Geographer* 41(3), pp. 294-303.
- Santiago Garnica, J.A. (2008), «La geografía regional y el trabajo de campo, una experiencia docente en la UPEL-IPRGR», *Geoenseñanza* 13(2), pp. 153-164.
- Sauer, C.O. (1956), «The Education of a Geographer», *Annals of the Association of American Geographers* 46, pp. 287-299.

- Vidal Box, C. (1976), Guía de recursos pedagógicos en Madrid y sus alrededores. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Zanato Orlandini, O. (2007), «Lo sguardo sul paesaggio da una prospettiva pedagogico-ambientale». En Castiglioni, B., Celi, M. Y Gamberoni, E. (eds.) *Il paesaggio vicino a noi. Educazione, consapevolezza, responsabilità*, Montebelluna, Museo Civico di Storia Naturale e Archeologia.

Carlos Vidal Box y la «Guía de los Recursos Pedagógicos en Madrid y alrededores»

Fernando Arroyo Ilera
Universidad Autónoma de Madrid

En 1976, el Instituto de Geografía Aplicado del CSIC, en colaboración con los patronatos Alonso de Herrera, de investigaciones agronómicas, y José M^a Cuadrado, de estudios locales, publicaba la *Guía de los Recursos Pedagógicos en Madrid y sus alrededores*, obra póstuma de Carlos Vidal Box (1906-1970) prestigioso naturalista, catedrático de Instituto e inspector de Enseñanza Media, que había fallecido seis años antes. Se reunían para ello tres instituciones que ponían de manifiesto los valores de la obra: naturalismo, localismo y geografía. El tiempo transcurrido desde entonces y los profundos cambios que han transformado tanto los lugares e itinerarios contenidos en la guía, como los métodos pedagógicos que ésta pretendía poner en práctica no han disminuido en absoluto el valor científico de la misma, por el contrario permite una valoración más ponderada de la obra y de su autor.

En efecto, la guía de Vidal, colofón y resumen de gran parte de su obra científica y didáctica, es mucho más que una simple relación de itinerarios y salidas al campo para profesores y alumnos. Si hoy día la analizamos desde la perspectiva de los treinta y cuatro años pasados desde su publicación, descubrimos una auténtica didáctica geográfica aplicada sobre el terreno pues, a lo largo de sus 588 páginas, su autor no se limitó a describir una serie de itinerarios que incluso pudieran parecer tópicos (Toledo, Segovia, Guadarrama, Aranjuez, etc.) sino que elaboró para cada uno de ellos una auténtica guía didáctica de lo que el alumno debía aprender y de cómo debía hacerlo, adelantándose con ello a muchas teorías pedagógicas de nuestros días.

La obra es a la vez una relación de itinerarios de excursiones docentes, una didáctica activa del medio natural sobre el propio terreno y un repertorio de las ideas y experiencias pedagógicas del autor. Tal como dice Casas Torres, que fue el editor de la guía, se nota que el libro fue publicado sobre las notas y materiales que Vidal no pudo corregir, pero ello, aunque le resta algo de homogeneidad, permite una mejor valoración de la misma y de las condicionasen que fue redactada (Figura 1).

La guía contiene treinta itinerarios, agrupados en tres capítulos, pero de muy distinta importancia y valor. La primera parte agrupa trece excursiones tradicionales de los alrededores de Madrid bajo el nombre genérico de itinerarios escolares de un *día de duración*. Se trata de un repertorio clásico, pero en el que Carlos Vidal muestra toda su originalidad pedagógica y toda su calidad científica, como naturalista y profesor. Es sin duda la parte mejor de la guía y la que aparece redactada con más cuidado y originalidad. La segunda parte contiene siete visitas a Madrid, básicamente a jardines y parques de la capital y la última está la integran diez visitas a centros científicos e industria biológicas (museos, observatorios, depuradores, etc.), sólo una muestra del variado repertorio de lugares e instituciones en las que se puede planificar una enseñanza activa.

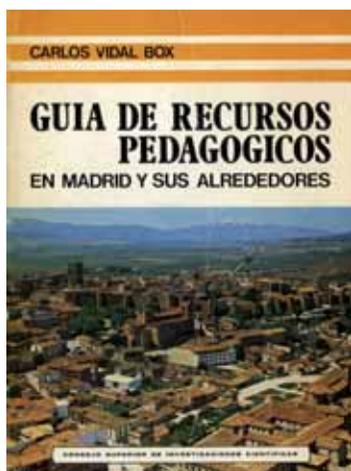


Figura 1: Portada de la Guía de Recursos Pedagógicos de Carlos Vidal y fotografía de su autor en la época en que debió redactarla

1. Carlos Vidal Box: el profesor y el científico

Carlos Vidal Box, el autor de esta guía, fue un prestigioso investigador y profesor cuya vida y obra se encuadra en un momento esencial de la reciente historia de nuestra educación en general y de la educación geográfica en particular. Alumno primero y colaborador después de don Eduardo Hernández Pacheco (1872-1965), formó parte por ello de una de las más brillantes escuelas de naturalistas que ha habido en este país y de una de las generaciones científicas e intelectuales

más importante de nuestros siglo XX y entre cuyos miembros, directos e indirectos, podemos citar, entre otros, al mismo hijo del maestro: Francisco Hernández Pacheco (1899-1976), a Vicente Sos Baynat (1895-1992), que le precedió en el museo de Ciencias Naturales, a Manuel Alía Medina, a los botánicos Emilio Guinea López (1907-1985) y Salvador Rivas Goday (1905-1981) al importantísimo grupo de naturalistas catalanes, Luís Solé Sabarís (1908-1985), Noel Llopis Lladó (1911-1968) y Valentí Masachs i Alavedra (1915-1980) y, por último y de forma bien significativa, a los geógrafos del Instituto Elcano, sobre todo, Manuel de Terán (1904-1984) que facilitó la convergencia con la geografía de todas estas tradiciones científicas.

Terminada su carrera, en la Universidad de Madrid obtuvo en octubre de 1931, el premio extraordinario de Licenciatura, junto a Emilio Guinea, iniciando su andadura científica y profesional en varios frentes que va a fomentar a lo largo de su vida. Desde el comienzo de su carrera, y al igual que su maestro y muchos de los científicos antes citados, estuvo en contacto con la Institución Libre de Enseñanza, fundamentalmente a través de la Junta de Ampliación de Estudios y del Instituto Escuela, incorporándose a la plantilla de éste como *profesor aspirante al magisterio secundario*, figura original para la época que permitió formar en la docencia a un buen número de jóvenes licenciados que, bajo la dirección de los profesores de la Institución como Catalán, Gili Gaya, Barnés, entre otros, llegarían a alcanzar las máximas cotas científicas y pedagógicas, como fue el caso de Terán, Solé y del mismo Vidal Box.

A la vez, y al tiempo que realiza su tesis doctoral, tras una corta estancia en París donde asistió a las clases de E. de Martonne (Gómez de Llerena, 1944: 650), se incorpora al grupo de investigadores del Museo Nacional de Ciencias Naturales, del que llegará a ser conservador y en cuyas actividades participará a lo largo de toda su vida. Como tal, pertenece al grupo de los llamados guadarramistas que, junto al interés por la sierra madrileña, fruto de sus contactos con la ILE, se interesará muy pronto por su conservación y la defensa del medio ambiente. Así, en 1931 forma parte desde su creación de la *Junta Nacional de Caza de Gredos* junto a Cándido Bolívar y Fernando Escalera. De esta época datan también sus primeras publicaciones sobre el Sistema Central, como *la Morfología del valle alto del río Manzanares*, publicada en el Boletín de la Real Sociedad. Española de Historia Natural, institución con la que Vidal colaborará a lo largo de toda su vida y de la que llegará a presidente poco antes de su muerte.

Terminada la guerra participa en una serie de viajes científicos al entonces Sahara español, realizados entre 1941 y 1946, de la que formaron parte los Hernández Pacheco, Guinea López, Alia Medina y otros naturalistas de la misma escuela. Los resultados de estas varias expediciones dieron lugar a una importante obra colectiva: *El Sahara español: estudio geológico, geográfico y botánico*, que supuso un hito en la investigación científica española (Hernández Pacheco y otros, 1949). En esos años realiza también una de sus aportaciones más originales: treinta y nueve maquetas geomorfológicas en escayola policromada representando diversas formaciones geomorfológicas y modelos geológicos que estuvieron expuestas en el del Museo de Ciencias Naturales durante largo tiempo.

Esta importante actividad científica de Vidal Box es compatible, en estos mismos años, con la pedagógica y didáctica como catedrático de Instituto, función en la que destacó no sólo como profesor sino sobre todo por la importante atención que dedicó a la educación natural y a la didáctica de las Ciencias Naturales, con algunas publicaciones esenciales al respecto, como *Una lección de Geología en el campo* y *Los micromodelos biológicos*, ambas en la Revista de Enseñanza Media, o los *Estudios del medio biológico natural*, en la que, recogiendo ideas de F. Junge, recomendaba la investigación en el campo, por parte de los alumnos (Fonfría y otros, 2005). Todas estas ideas fueron recogidas unos años después en la *Didáctica y Metodología de las Ciencias Naturales* (1961), obra esencial sobre esta materia, una de las primeras en introducir la ecología en la educación española, adelantándose a las más modernas tendencias sobre los estudios del medio natural (Jiménez Artacho y otros, 2005: 450).

Esta compatibilidad del rigor científico con la atención pedagógica característica de la obra de Vidal es consecuencia de su misma evolución vital que al final se reflejará en la guía que comentamos. En efecto, junto a la brillante trayectoria científica resumida más arriba, no lo fue menos su experiencia profesional, primero como catedrático y más tarde como inspector de Enseñanza Media.

En la época en que Vidal terminaba su carrera e iniciaba su quehacer profesional, el profesorado de Enseñanza Media era el escalón intermedio para los jóvenes licenciados que querían dedicarse a la docencia y a la investigación universitaria. Así, y limitándonos a los citados naturalistas coetáneos de Vidal, podemos nombrar a Sos Baynat que en 1933 ganó la cátedra de Historia Natural del Instituto

Quevedo, a Solé Sabarí, cuya carrera docente se inició con la obtención de las cátedra de Ciencias Naturales del instituto de Figueres y también a Emilio Guinea, Masachs Alavedra, Alía Medina, etc. sin olvidar la figura de Eduardo Hernández Pacheco que les precedió a todos ellos en ese mismo camino. Igual ocurría en otras materias, como Geografía e Historia, con los ejemplos bien significativos de Terán o Vicens Vives, o el caso de Dantín, también catedrático Instituto de la extinta asignatura de Agricultura.

Se ha insistido mucho en los llamados «profesores» de las generaciones literarias del 98 y 27, alguno de los cuales lo eran de Instituto (Machado, Gerardo Diego), sin duda porque el impacto cultural y calidad literaria de sus protagonistas fue mucho mayor que en otras especialidades docentes, pero conviene encuadrar el fenómeno en su conjunto para poder apreciar que no fue un hecho aislado atribuible a unos determinada estética literaria, sino más bien un fenómeno bastante generalizable debido a un proceso de renovación educativa y cultural de nuestro país¹ y que habría que situar en buena medida bajo el influjo del institucionismo. Sin duda ese fue el caso de Vidal, formado como profesor en el Instituto Escuela de Retiro, al igual que Terán lo fue en el del Hipódromo o, mejor aun, Solé Sabaris que fue profesor de Geografía, como catedrático en comisión de servicios, en el *Institut Escola del Parc*, en Barcelona y también el de Sos Baynat, profesor de Ciencias en el Instituto Escuela.

2. Carlos Vidal Box: inspector de Enseñanza Media

En realidad todo ello es una historia bastante conocida, pero en la que es necesario encuadrar a nuestro autor, como también lo es que fueron también catedráticos de instituto lo paladines de la reacción en contra tras la Guerra Civil (Albareda, Ortiz Muñoz, Ibáñez Martín, etc.). Fueron sin duda, estos últimos, años de silencio y rehabilitación para muchos de los citados, por lo menos hasta principios de los cincuenta, cuando Ruiz-Jiménez asumió el Ministerio de Educación Nacional y dio un nuevo enfoque al Bachillerato con la promulgación de una nueva ley para la enseñanza media y la creación del cuerpo de inspectores de dicho nivel educativo, en el que muy pronto se integraría Vidal Box. Esta va a ser la tercera y definitiva característica

¹ Los ejemplos podían llegar a ser exhaustivos: Julián Besteiro, María Zambrano, Rey Pastor, Miguel Catalán, Samuel Gili Gaya, Francisco Barnés, etc.

de su actividad pedagógica que inevitablemente veremos reflejada en su guía.

El cuerpo de Inspectores de Enseñanza, con antecedentes desde bastante tiempo atrás, fue creado por la Ley de Ordenación de la Enseñanza Media de 1953, que pretendió una cierta modernización del sistema educativo español y una apertura desde los rígidos moldes ideológicos de la Ley de 1938 de Pedro Sainz Rodríguez. El Bachillerato se dividía en dos ciclos: Elemental y Superior, con la idea de facilitar la extensión del primer tramo a una población cada vez más numerosa, que no pretendía acceder a la Universidad, por lo que también se potenciaba la Formación Profesional. Al tiempo, y aunque no se explicitara por razones obvias, se quería recuperar la enseñanza pública frente a una enseñanza privada y religiosa omnipresente desde fines de la guerra, cuando se suprimieron todos los institutos creados por la República. Si en 1936 había llegado a haber 113 institutos, en 1953, tras la lenta recuperación al respecto, sólo había 119 frente casi 900 colegios².

Para ello se requería una reforma técnico pedagógica que facilitara los dos objetivos mencionados: extensión del bachillerato y de la enseñanza pública. Había que lograr que el Bachillerato, sin dejar de ser una formación propedéutica de cara a la universidad, perdiera su carácter elitista y exclusivo que esa finalidad conllevaba y pudiera extenderse así a la mayor parte de la población escolar. Es una vieja polémica desde entonces que otras leyes de reforma educativa más recientes han terminado por resolver haciendo desaparecer en la práctica ese carácter preuniversitario de la enseñanza media. Pero entonces aun se pensaba que las dos funciones eran compatibles, aunque en diferentes ciclos, para lo cual la recién creada Inspección de Enseñanza Media debía modernizar pedagógicamente los centros público, que en la práctica seguían considerándose continuadores de las «*Facultades Menores*» de sus orígenes y, a la vez, controlar a los centros privado, tal como dice la disposición fundacional: «los inspectores impulsarán la renovación y perfeccionamiento de los métodos educativos».

² Significativamente y desde el principio, la ley contó con las reticencias de los sectores educativos de la Iglesia y el apoyo de la Universidad, representada por algunos de los rectores más significativos del momento, como Lain, Tovar o el mismo Fernández Miranda, nombrado Director General de Enseñanza Media por Ruiz Jiménez.

La primera plantilla estaba constituida por 45 plazas de inspector (40 ordinarios y 5 extraordinarios), de la que en 1955, en la primera promoción, se cubrieron tan sólo 21. De ellos había 12 inspectores jefes de distrito y en algunos distritos un ayudante secretario. Además, había que contar con la Inspección Central, auténtico estado mayor de asesoramiento al Inspector General y al Director General de Enseñanza Media, que quedaba organizada en 5 departamentos. El nuevo cuerpo de funcionarios docentes fue, en aquellos primeros años de su existencia, un auténtico semillero de ideas de renovación pedagógica y mejora científica del Bachillerato, aunque muchas de ellas nunca llegaron a cuajar, de la que la Guía de Vidal puede ser un excelente ejemplo. En 1956 Arsenio Pacios, prestigioso catedrático de Filosofía tanto de Instituto como posteriormente de Escuela Normal, fue nombrado Inspector General. Hombre de formación tomista, profundamente conservador (Lorente, 2006), a él se debió la organización del nuevo cuerpo. Pero los elegidos procedían de ámbitos muy diferentes y ostentaban pasados dispares. Y entre ellos, la no confesada ni confesable formación institucionista, como era el caso de Vidal, era un arma de dos filos. No obstante el pragmatismo se impuso en la mayoría de los casos, haciendo compatible el perfil y el pasado de cada inspector con las dos funciones de renovación y control que se pretendía tuviera el cuerpo. Años después, será precisamente Pacios quien prologará la Guía de recursos pedagógicos en Madrid, que ahora comentamos, y es muy posible que fuera él quien, conocedor del manuscrito de su compañero, impulsara su publicación.

Carlos Vidal ingresó en ese cuerpo de Inspectores en 1956, primero como Inspector Extraordinario y al año siguiente como ordinario de plantilla. Según cuenta Pacios en el citado prólogo, participó activamente en la organización de viajes de estudios por toda España para catedráticos de Ciencias Naturales, Geografía e Historia y Física y Química, promovidos por la misma Dirección General, entonces a las órdenes de Lorenzo Vilas. Por su mismo carácter, cuenta Pacios, la estricta función inspectora no le satisfacía especialmente, sí por el contrario su destino en el *Centro de Orientación Didáctica de la Inspección*, dirigido entonces por Aurelio de la Fuente que posteriormente daría lugar a la Escuela de Formación del Profesorado de Grado Medio. Y es en este centro donde debió redactar la mayor parte de su guía.

3. Pedagogía y didáctica en el viaje de estudios y en el trabajo de campo

Cuando Vidal redacta su guía se daban dos tendencias complementarias, y a la vez diferenciadas, en los estudios educativos españoles. Por un lado un criterio técnico y positivista que pretendía potenciar los criterios didácticos en la enseñanza de las diferentes ciencias y asignaturas que constituyen el currículo escolar, para la cual las salidas al campo constituían elemento esencial de la didáctica geográfica y de las Ciencias Naturales; por otro lado, una tendencia más global y pedagógica, de influencia humanista, católica y trascendente, que veía en el viaje de estudios la forma más completa de educación de la personalidad de los alumnos. Es decir, didáctica de la ciencia o pedagogía de la educación. Las dos pretendían influir en el diseño y definición de un bachillerato no exclusivamente propedéutico que pudiera ser cursado por la mayor parte de la población escolar, a la que no sólo había que *enseñar* y preparar para estudios superiores, sino también educar como personas y ciudadanos. Y las dos convergían, aunque de forma diferente, en la obra de Vidal, que como hemos visto había compatibilizado a lo largo de su vida la formación científica y la vocación docente.

Ambas posiciones buscaban la renovación pedagógica frente a la *enseñanza verbalista y memorística* entonces muy generalizada, mediante la *enseñanza activa*, la *educación natural*, el desarrollo de la *observación* y de la *autonomía* de los alumnos, etc. tendencias todas ellas en las que el trabajo de campo y el viaje escolar adquieren una especial relevancia.

El tema no es nuevo, ni se reduce al momento que estudiamos. Tiene antecedentes desde el Renacimiento, con Rabelais y Montaigne y la Ilustración, en el Emilio de Rousseau, para alcanzar su plenitud en el nacimiento de la pedagogía moderna, con Pestalozzi y Froebel. Para el primero: «la observación es la base de todo conocimiento y, por tanto, el primer objeto de la educación deber ser enseñar al niño a observar concienzudamente» (Santamaría, 1965: 86), por ello Pestalozzi, en su escuela de Iverson, tenía establecido paseos o cortos viajes instructivos para los alumnos dos días a la semana (Santamaría, 1965: 153). Froebel es más categórico y refiriéndose a Francfort escribe: «La ciudad fue el primer paso y mi centro. Partiendo de ella extendí mis observaciones a derecha e izquierda. Tomé como línea básica el curso del río Main. También empleé ya una línea de

colinas, ya las montañas distantes [...] Cuando mi representación o mapa estuvo perfectamente comprendido y quedó bien impreso en el espíritu de mis alumnos, al retornar a la escuela lo reproducimos sobre un encerado» (Cit. Santamaría, 1965: 86.). *Años después, el mismo autor, en la obra clásica en la que expone su filosofía de la educación, La educación del Hombre, escribe: «La vida en medio de la naturaleza es un encadenamiento de escenas instructivas para el niño. Los paseos y los cortos viajes merecen ser considerados como medio particularmente positivo de educación y enseñanza en la vida de la escuela». Toda esta filosofía influyó en el movimiento de las ferienkolonien, colonias escolares de vacaciones, en zonas de montaña y contacto con la naturaleza, rápidamente extendido por Alemania y Suiza en el último tercio del siglo XIX (Santamaría, 1965: 154).*

Téngase presente que los dos autores últimamente citados se están refiriendo a la educación en general de los alumnos, y no a su formación geográfica en particular, que lógicamente tiene un doble valor en lo referente a este tipo de enseñanza local, activa y en contacto con la naturaleza, como lo evidencia la opinión de algunos geógrafos de la época. Así, para Reclus, «el alumno, para aprender geografía no tiene necesidad de salir del medio que le rodea», mientras que Levasseur aconsejaba: «trazad el plano interior de la clase y del edificio, trazad la calle en la que se ubica la escuela, después las calles vecinas, la plaza del mercado, la iglesia [...] y preguntad la niño: ¿por dónde vas a tu casa? Esto ¿qué representa?» (Santamaría, 1965: 90). El mismo de Martonne, en una comunicación presentada al IX Congreso Internacional de Geografía, afirmaba: «La mejor enseñanza geográfica, sin duda, es la que practica sobre el terreno» (Santamaría, 1965: 147).

En España, estas ideas forman también parte del ideario de pedagogos y maestros desde finales del siglo XIX, bajo el influjo de la Institución Libre de Enseñanza. A modo de ejemplo, y entre otros muchos casos, podemos citar dos figuras clave dentro de ambos ámbitos: el pedagogo Pedro Alcántara García y el geógrafo institucionista Rafael Torres Campos. El primero, amigo y colaborador de Giner, aunque no integrado en la Institución, proclamaba en 1886: «Afirmamos que de cuantos ejercicios se hacen para practicar a los niños, ninguno es tan fecundo en buenos resultados como el de los paseos instructivos» (Santamaría, 1965: 146). Torres Campos pronunció, en 1882, una conferencia en La Real Sociedad Geográfica sobre los Viajes Escolares en la que, entre otras cosas, afirmaba: «Yo no creo que después de la aplicación del método topográfico a la geografía, se

haya realizado un progreso mayor que el de la organización de viajes o excursiones escolares» (Santamaría, 1965: 146). Y el mismo año, en *La Ilustración Cantábrica*, publicaba un artículo sobre las excursiones de la Institución, en la que desarrollaba las mismas ideas: «Responden las excursiones a la tendencia de la pedagogía moderna de enseñar sobre los objetos mismos, mediante la observación directa, más que por explicaciones teóricas» (Torres Campos, 1882).

En esta misma línea, el texto más representativo del sentir de la Institución es la circular que se envió a los padres de alumnos en 1873 explicándoles las excelencias de este método educativo: «En las excursiones escolares los alumnos hacen largas caminatas, toman baños de mar y de río, practican ascensiones, trazan croquis [...] Permiten estudiar sistemas de cultivos de extracción de minerales y elaboración de primeras materias. Los alumnos se ejercitan en el difícil arte de observar y en el trato de gentes de diversas clases sociales» (Santamaría, 1965:156 n.18). Es decir, educación y enseñanza en un mismo método.

Estas ideas de la Institución continuaron presentes después de la Guerra Civil en los más diversos autores, aunque rara vez se explicitara su origen. Antiguos alumnos de la ILE, como Terán y Hernández Pacheco, para quien «los temas geográficos y geológicos en general, y por sencillo que sean, tienen que buscarse cara al campo, en pleno medio natural», inspectores compañeros de Vidal en otros casos, como Justianiano García Prado y Justo Corchón García, incluso en autores de diferente orientación, como Vicent Cortina o Monge Muñoz, entre otros.

Pero al margen de consideraciones teóricas, lo más importante, es que cuando Vidal recogía información para su guía, la cuestión de las excursiones escolares y el estudio de lo local era tema de constante actualidad y en rápida expansión en toda Europa¹, como lo demuestra las reflexiones que, por las mismas fechas, hacía Álvaro Santamaría, conocido catedrático de instituto en Palma de Mallorca: «No es ya un secreto para nadie. El libro más calificado para el aprendizaje de la Geografía es el libro de la naturaleza» (Santamaría, 1965: 145).

³ Este interés no era sólo de carácter pedagógico. Recuérdese, por ejemplo, la eclosión de guías turísticas y literarias que, por aquellas mismas fechas, se produjo en nuestro país y en otros de nuestro entorno, como hemos tratado en otro lugar.

Santamaría hace un breve extracto de lo que, a su juicio debieran ser las excursiones escolares, en línea con lo que era común en aquellos días entre profesores e inspectores, y también unas consideraciones sobre lo que no debieran ser. En efecto, un viaje de estudios no es una actividad turística con el objetivo sólo del descanso lúdico, sino una fase esencial del proceso educativo en el que es preciso «enseñar a ver» al alumno, para que no se limita tan sólo con «mirar». Por eso, es preciso una preparación previa a la que hay que dedicar, al menos, tanto tiempo como a la realización de la actividad; obra de equipo, tanto de diferentes profesores como de éstos con los alumnos.

4. Los «recursos pedagógicos» en la guía de Vidal Box

Al tratarse de una obra póstuma no sabemos hasta que punto fue el autor quien la puso título o esa fue labor del editor, pero lo cierto es que esta guía no es un mero conjunto de itinerarios de salidas al campo o de visitas escolares, sino un auténtico repertorio de recursos pedagógicos del medio natural y geográfico. Es este un concepto nuevo, frecuente en la bibliografía de aquellos años, que pretendía considerar al medio como un «recurso de aprendizaje» adelantándose así a la educación ambiental de nuestros días. Por eso, Vidal trata ante todo de clasificar y analizar esos recursos, para que puedan ser utilizados adecuadamente: «Existe una formidable acumulación de recursos didácticos externos al centro, a sus puertas a veces, que está a disposición de los educadores» (24), alguno de los cuales enumera en el prólogo de su guía: Museo Nacional de Ciencias Naturales, el Real Jardín Botánico, el Parque Zoológico o, algo más lejos, el soto de Villaviciosa de Odón, la dehesa de Arganda o los circos glaciares de Peñalara, etc.⁴

En el caso concreto que nos ocupa, Vidal organizó estos recursos según dos criterios superpuestos: uno explícito, el tiempo dedicado a su realización; otro, más funcional, el tipo de actividad que conlleva. Por lo que se refiere al primer aspecto, distingue entre actividades de un día de duración, de media jornada y de unas algunas horas de clase, que se corresponden

⁴ En 1883, las primeras excusiones organizadas por la ILE fueron «al laboratorio de Sanidad Militar, el Museo de Escultura, el Museo de Pintura, el Jardín Botánico, el Jardín Zoológico, el Parque de Madrid, el Museo del Pacífico, la Capilla de San Antonio de la Florida, el mercado del hierro de la Plaza de Mostenses, el Monte de Piedad y la Caja de Ahorros, la Fábrica de cerillas de San Rafael, los talleres de la Estación de Mediodía, etc.» (Santamaría, 1965).

con los tres apartados de su libro: alrededores de Madrid, jardines de la ciudad y visitas a museos y centros de interés. Las excursiones a los alrededores de Madrid, de un día de duración, son trece salidas a los principales paisajes próximos a la ciudad, muy bien conocidos por el autor desde el comienzo de su carrera: la sierra, desde Gredos a Somosierra, la cuenca suroeste y la zona de contacto, las ciudades aledañas (Segovia y Ávila), las zonas sedimentarias del sur y del este, con algunos centros de interés, como Aranjuez, Chinchón y Arganda, Alcalá y sus alrededores para terminar con la clásica excursión escolar a Toledo. En este primer conjunto encontramos al naturalista en plena labor docente en el campo, con excelentes descripciones geológicas y botánicas, cortes del terreno debidos a su pluma, fotos de gran interés, etc.

El segundo conjunto, actividades de media jornada, comprende siete salidas y paseos por los principales jardines madrileños, que el autor había estudiado con maestría de botánico en una obra anterior. Se trata de El Retiro, el Botánico, La Fuente del Berro, el Parque del Oeste, la Dehesa de la Villa, la Casa de Campo y el Pardo. Todos ellos espacios adecuados para el estudio, el aprendizaje y la diversión. Los espacios verdes, lugares de esparcimientos esenciales en todo equipamiento urbano, se convierten así, gracias al repertorio de Vidal, en equipamientos educativos básicos.

La tercera parte está dedicada a diez visitas a *centros científicos e industrias biológicas* que, según el esquema descrito, pueden realizarse intercaladas en el horario escolar, al menos teóricamente. Son seis museos (Ciencias Naturales, Instituto Español de Entomología, Instituto Geológico y Minero de España, el Nacional de Etnología, el Arqueológico Nacional y el Santiago Ramón y Cajal del CSIC.). Además, se programan otras cuatro visitas al Observatorio Astronómico, al Instituto Nacional de Meteorología, al Laboratorio Municipal de Higiene y a dos estaciones depuradores de aguas residuales de Madrid.⁵

Lo más importante es que toda la guía muestra una clara sintonía con los nuevos planteamientos de la didáctica activa que se abría paso gracias a la reforma del Bachillerato planificada por la ley de Ruiz Jiménez: «Hoy existe afortunadamente el convencimiento general de que la enseñanza [...] de las ciencias de la Naturaleza [...] debe estar basada en la observación directa» (Vidal, 1977: 22), sobre todo por lo que se refiere a los nuevos bachilleratos promulgados por la Ley

⁵ Los nombres de estas instituciones son los que tenían en la época de la edición de la guía.

de 1953: «En esta etapa escolar [...] no hay más que ciencias [...] presentadas conforme con la técnica pedagógica de clases intuitivas y basadas en la observación directa» (Vidal, 1977, 21). Es la razón esencial que le llevó a la redacción de esta obra: «Este libro está consagrado a la exposición de la teoría pedagógica que debe dirigir y regular las clases de campo, las visitas a centros científicos, museos, laboratorios, etc.» (Vidal, 1977, 22). Y lo que es más importante: a la cuidadosa preparación de la actividad y de a excursión, que pasa a convertirse con ello en una fase esencial del proceso de enseñanza-aprendizaje.

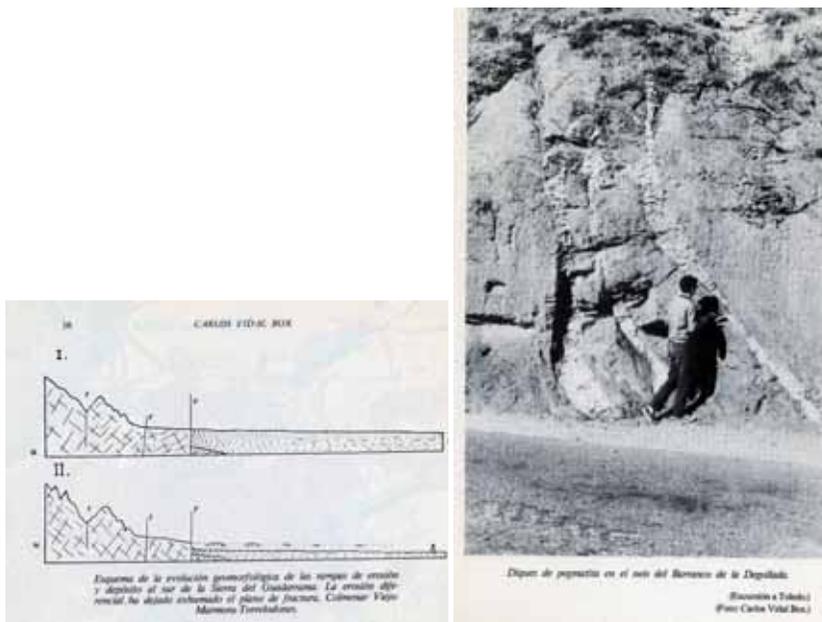


Figura 2: Ilustraciones de la Guía de Recursos Pedagógicos: izquierda, foto del autor en la excursión de Toledo: Diques de pegmatita en el seno del barranco de la Degollada; derecha: perfiles del mismo de la rampa de erosión del Guadarrama

Algunos pasajes de la guía nos proporcionan pistas sobre ese ambiente en el fue elaborado. El capítulo dedicado a Ávila y el Valle del Amblés fue realizado en colaboración entre Vidal Box y su compañero de la Inspección de Enseñanza Media, Antonio Martín Alonso. Esa colaboración había dado lugar, años atrás, a una breve nota en la Revista de Enseñanza Media, formando parte de una serie

de notas similares, publicadas en dicha revista entre 1957 y 1960 ⁶, clara demostración de los propósitos y proyectos que animaban a la Inspección por aquellos años y a los que ya nos hemos referido.

Junto a ello, la influencia sutil de la institución esta implícita en muchas de las recomendaciones del autor, que expresan explícitamente su modo de pensar. Es el caso, ponderado por el autor, de la concurrencia en estas excursiones de valores docentes, educativos y lúdicos, que no son objetivos antagónicos sin complementarios. Así, en un momento del prólogo afirma: «Pero lo verdaderamente lamentable es desconocer que se pueden compaginar perfectamente la posibilidad de pasarlo bien, de divertirse con el aprovechamiento racional de las enseñanzas que brinda el campo y el viaje» (Vidal, 1977, 26). Es algo muy parecido a lo que, casi cien años antes, había expresado Campos, en la entrevista citada más arriba: «Entre las clases de la mañana y la tarde salen los alumnos de la Institución, ya a un sitio de campo en los alrededores de la capital, donde haya vegetación y espacio libre para el juego y el ejercicio físico, ya a excursiones en el interior de Madrid», enumerando a continuación esos lugares, algunos de los cuales figuraran también en la guía de Vidal: «Los museos de Historia Natural, Antropológico, Naval, de Artillería, Ingenieros, Arqueológico, de Pintura y de reproducciones, la Armería Real, el Jardín Botánico, la Escuela de Agricultura, el Vivero municipal, las fábricas y talleres, el palacio de Justicia, los Cuerpos colegisladores, la diputación provincial, el ayuntamiento [...] Para el estudio de fenómenos geológicos y geográficos, explotaciones agrícolas, minas, fábricas y monumentos, se llevan a cabo viajes cortos de uno o dos días a los sitios y poblaciones próximos a Madrid. Los montes del Pardo, Robledo, el Escorial, Torrelozanes y el puente de la Marmota ofrecen tipos de accidentes geográficos, rocas y terrenos; una explotación de pinos y fábrica de resinas, Navas del Marqués; Ciempozuelos, minas de glauberita; fabricación de loza, Valdemorillo; Griñón, sitio a propósito para recolecciones botánicas; los palacios del Pardo, Aranjuez, Vista-Alegre y el Escorial, objetos de arte; Avila, su catedral, templos románicos y un excelente tipo de arquitectura militar de la Edad Media; Alcalá, la Complutense, el palacio de los arzobispos y la Magistral; Guadalajara, el palacio del Infantado; Toledo» (Torres Campos, 1882).

⁶ Además de la citada de Vidal Box y Martín Alonso sobre Ávila y el valle del Ambles, se publicaron otras representativas de ese mismo empeño como las de Corchón y Rosillo sobre Cáceres, de Cruz, Gormaz y Ramírez sobre Calatayud, etc. y otras de diferentes inspectores y catedráticos de instituto, sobre Palencia, Toledo, el valle del Ebro, el Sur y el Sureste, el Centro y el Noreste, etc. (Santamaría, 192)

Otro aspecto de interés es la concepción pluridisciplinar y paisajista que Vidal muestra en algunos pasajes de su guía ante los «motivos de orden artístico, monumentales, históricos o geográficos» que pueden presentarse en la excursión: «Un paseo o excursión con alumnos podrá tener un énfasis singularmente naturalista, pero en modo alguno se huirá, cuando la ocasión lo depare, de la contemplación ilustrada de una obra de arte, un monumento o la oportuna digresión histórica de un momento dado» (Vidal, 1977, 25). Por eso, su guía ha sido igualmente valorada por naturalistas, geógrafos e historiadores, a diferencia de otras de criterios más selectivos y excluyentes que, en aras de la especialización, han sacrificado esa riqueza cultural y educativa.

Más claro es la dimensión paisajística que aparece en algunos rincones de su obra, huella evidente de su postura intelectual y su vocación pedagógica. A estos efectos, hay un pasaje en la excursión a Segovia que refleja admirablemente este sentir de Vidal. Desde la Vera Cruz, se contempla toda la ciudad, «al atardecer, cuando el sol poniente ilumina de lado toda la ciudad, el Alcázar, la Catedral y las torres de las numerosas parroquias segovianas, se enciende como otras tantas llamas amarillas y rojizas destacando vivamente sobre el fondo verdeazulado del altiplano y más aun sobre los malvas delicados de las crestas montañosas de la Mujer Muerta, Montón del Trigo y Peñalara, que con sus blancos neveros forman el telón de fondo del paisaje segoviano de más recia y acusada personalidad» (Vidal, 1977, 51).

Por último, la Guía de recursos pedagógicos, obra póstuma, es también por ello una recopilación de algunos aspectos esenciales de la vida profesional y científica de su autor que, como hemos visto fue precursor de muchas pedagogías modernas (Figura 2). Desde este punto de vista es digno de mencionar como fue capaz de convertir en materia de enseñanza y recurso pedagógico sus importantes investigaciones sobre la sierra madrileña y el Sistema Central⁷. Asimismo, ya hemos puesto de manifiesto la valoración que su obra científica y pedagógica recibe en la actualidad como adelantada de la didáctica natural y de la educación ambiental. Pero hay un caso especialmente significativo que refleja mejor que todo ello, la personalidad científica y la calidad humana de don Carlos Vidal Box,

⁷ Entre dichas publicaciones podemos citar: «Contribución al conocimiento morfológico del sector Occidental de la Sierra de Gredos». En BSHN, 1936. «Ensayos sobre la interpretación morfológica y tectónica de la Cordillera Central!». En BSHN, 1938. «Nuevas aportaciones al conocimiento geomorfológico de la cordillera central». En EG. 1948

y es la breve pero sustanciosa descripción que hace, en su guía, del Museo de Ciencias Naturales, en el que Vidal trabajó desde antes de la guerra y de la sala de Geomorfología que allí existía en aquellos años y que describe con su precisión y discreción características (Figura 3ª). «El objetivo principal de esta sala es puramente didáctico [...] Es la única exposición de esta clase existente en España y son pocos los museos en el extranjero que poseen elementos de esta especie [...] Se presentan los principales fenómenos geológicos de forma plásticas y a base de relieves y maquetas construidas a diferentes escalas [...] Una serie de cuadros en color y muy diferentes fotografías colaboran en el enriquecimiento pedagógico de estas colecciones» (Vidal, 1977, 511-514).



Figura 3: Fotografía del propio Vidal Box de la Sala de Geomorfología organizada por él mismo, en el MNCN, con la nota del editor de la Guía al respecto

Pero lo que Vidal no dice es que esa sala y las maquetas que contenía fue una obra personal suya, cuya importancia y valor podemos conocer, entre otras opiniones, por la expresada por Gómez de Llerena, en la revista Estudios Geográficos, por los mismos años de su inauguración: «Vidal Box, bien conocido por sus publicaciones [...] es inventor de

un procedimiento para hacer mapas en relieve que le ha permitido en poco tiempo construir varios de estos». Después de explicar este método y ponderar sus resultados, Llerena relata la opinión que estas maquetas merecieron al mismísimo Emmanuel de Martonne, entonces de visita en Madrid: «Seco de expresión y parco en palabras, a la vista de aquellos, manifestó su satisfacción y reconoció la fidelidad y exactitud de su ejecución». Maquetas comparables, por ello, a las entonces existentes en los mejores museos europeos, como el de la Universidad de Zurich, el Museo Alpino de Munich o el de Leipzig (Gómez de Llerena, 1944: 648-650).

En definitiva, la *Guía de los recursos pedagógicos en Madrid y sus alrededores* es un ejemplo de cómo ciencia y pedagogía pueden ser elementos complementarios, de la misma forma a como la vida y personalidad de su autor demuestran que es posible aunar la actividad científica con la vocación docente. Cuando en nuestros días tanto se escribe sobre los excesos del academicismo y su esterilidad pedagógica, cuando son constantes las llamadas a introducir nuevos y peregrinos sistemas de enseñanza, en constante devaluación del fondo y de los contenidos y sobrevaloración de la forma y de los métodos, la vida y obra de Vidal sigue siendo un ejemplo de lo equivocado de lo uno y de lo otro.

Bibliografía

- Bernal, J. Mariano y López, J. Damián (2007), la Junta de Ampliación de Estudios (JAE) y la enseñanza de la ciencia para todos en España, en Revista de Educación, Número extraordinario: Reformas e innovaciones educativas (España 1907-1939), en el centenario de la JAE, págs. 215-239.
- Fonfría Díaz, J. Jiménez Artacho, C. García Barrutia, M^a. S. y Fernández Pérez, J. (2005), Carlos Vidal Box y la Enseñanza Ambiental de las Ciencias Naturales, en Enseñanza de las Ciencias, número extraordinario VII Congreso, págs. 1-5.
- Gómez de Llerena, J. (1944), Crónica geográfica: La Geografía en el Museo nacional de Ciencias Naturales, en Estudios Geográficos, nº16. Pags. 638-650.
- Hernández-Pacheco, E. Hernández-Pacheco, F. Alia Medina, M. Vidal Box, C. y Guinea López, E. (1949), El Sahara español: estudio geológico, geográfico y botánico, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 808 págs.

- Jiménez Artacho, C. Fernández Pérez, J. y Fonfría Díaz, J. (2005), La introducción a la ecología en los libros de textos españoles, en *Llull*. Vol. 28. págs 435-459.
- Lorente Lorente, A. (2006), Arsenio Pacios López y los primeros Inspectores de Enseñanza Media del Estado, en *Bordón*, nº 58. págs. 201-217.
- Rodríguez Pérez, J. F. (2007), Un maestro de maestros: Pedro de Alcántara García Navarro (1842-1906) y la Sociedad Protectora de los niños de Madrid, en *Foro de Educación*, nº 9 págs. 133-152.
- Santamaría Arández, A. (1965) La enseñanza al vivo: excursiones y viajes de estudio, en *Didáctica de Historia y Geografía*, Madrid, publicaciones de la Dirección General de Enseñanza Media, Págs. 145-203.
- Sanz Herraiz, C. (1976), *Bibliografía: C. Vidal Box. Guía de recursos pedagógicos en Madrid y sus alrededores*, Madrid, CSIC, en *Estudios Geográficos*. nº 145. Págs. 521-522.
- Torres Campos, R. (1882), La institución Libre de Enseñanza. Las excursiones, en *La Ilustración Cantábrica* tomo IV, nº. 16, pág. 188.
- Vidal Box, C. (1946), Una sugerencia y anteproyecto a favor de la creación de un Museo nacional de Geografía, en *Estudios Geográficos* nº 24, Págs. 411-418.
- Vidal Box, C. (1977), *Guía de recursos pedagógicos en Madrid y sus alrededores*, Madrid, CSIC, 588 págs.

El papel de la excursión en los planes del Instituto de Geografía Alpina de Grenoble y sus repercusiones en Cataluña

Josep Oliveras Samitier
Universitat Rovira i Virgili

Objetivo de la comunicación

Esta comunicación tiene como finalidad mostrar la importancia que tenían las excursiones en las actividades docentes del Instituto de Geografía Alpina de Grenoble dirigido por Raoul Blanchard. Un instituto que seguía la visión de la Geografía y los métodos formulados desde París por Paul Vidal de la Blache. Igualmente se explicará la incidencia de la escuela de Grenoble en la formación de la moderna geografía catalana y por ende española a través de la figura de Pau Vila que fue alumno del Instituto de Grenoble, autor de una de las primeras monografías regionales modernas y artífice de la traducción al castellano de la gran Geografía Universal de Vidal de la Blache y Gallois.

1. Raoul Blanchard y la metodología vidaliana

En 1906, el mismo año del viaje de Vidal de la Blache a España (R. Courtot, 2010), Raoul Blanchard llegaba a Grenoble para empezar su trabajo como profesor de Geografía (maître de conférences) en la capital del Delfinado y por tanto en plena zona de contacto entre distintas formaciones de los Alpes franceses. Una zona en donde estaban trabajando distintos grupos de geólogos pero que no contaba aún con ninguna interpretación geográfica que explicara las distintas relaciones que se habían establecido entre el medio natural y las actividades humanas (figura 1).

Raoul Blanchard había estudiado en l'Ecole Normale Supérieure de París donde había tenido como profesores a Paul Vidal de la Blache y Lucien Gallois y allí había sido de los primeros en poder profundizar en la nueva metodología de la Geografía regional que según Paul Claval debía partir siempre de la realidad, evitando teorías no comprobadas. Vidal «había aprendido a ajustarse a lo concreto, es decir, al mapa, al paisaje. Enseñó a los geógrafos que formó, a los geógrafos del

mundo entero, esta norma de trabajo: primero describir, luego definir y explicar» (P. Claval, 1974: 65). Y para entender la realidad impuso en el aprendizaje de los alumnos lo que el mismo había practicado: el análisis de las regiones a través de la excursión y el viaje, el estudio de los mapas geológicos y topográficos, la realización de croquis para simplificar los paisajes que observaba y remarcar los hechos sobresalientes, los interrogatorios a la gente de los lugares y finalmente la documentación pertinente para poder explicar el origen y la evolución de los fenómenos que estudiaba. Como escribe Claval, «recorrí el país con el mapa geológico en la mano, y su formación de historiador le enseñó a captar las íntimas relaciones que existen entre el «terruño», los hombres y su historia. Así fue como se convirtió en geógrafo». (P. Claval, 1974:64)

La puesta en práctica de la metodología vidaliana la realizó Raoul Blanchard en la elaboración de su magna tesis sobre Flandes, *La Flandre. Étude géographique de la plaine flamande en France, Belgique, Hollande*, presentada en 1906, dirigida solo nominalmente por el profesor que impartía Geografía en la Universidad de Lille y orientada desde lejos por Lucien Gallois. Blanchard profesor entonces del Lycée de Douai y después profesor interino en la Universidad de Lille, recorrió buena parte de la región flamenca en bicicleta, a pié y en ferrocarril, pues «no era la menor de mis obligaciones la de circular a través de mi dominio, descubrir con mis ojos los paisajes e intentar explicarlos, y llevar a término el mayor número posible de encuestas. Yo me había fabricado un cuestionario que por otra parte era muy detallado, al probarlo, yo lo simplifiqué y adapté a las necesidades de las particularidades flamencas», y sobre las excursiones cuenta Blanchard que al abandonar la bicicleta, a causa del barro existente en los caminos, «hice todas mis marchas a pié, solidamente calzado y con la mochilla en la espalda, durmiendo en modestos albergues. Estos fueron los mejores momentos de estos años de inquietudes: estar en contacto directo con los hombres y las cosas, sin cesar de investigar y a la vez de comprender; es de esta manera, en mis recorridos y en mis encuestas que yo he dominado mi objeto de estudio, mucho más que en los libros. No tengo más que elogios para los flamencos que se sometieron a mis interrogatorios; estos alcaldes, secretarios municipales, profesores, clérigos, médicos, notarios, que yo tuve más de una hora bajo un fuego rodado de preguntas, me respondían con paciencia y acababan por acalorarse tanto como yo con mis problemas». (R. Blanchard, 1963:47)

Juzgada su tesis con los máximos honores y pronto publicada, Blanchard llegó a Grenoble para hacerse cargo de las materias de Geografía que se impartían en la Facultad de Letras, siendo de los primeros nombramientos de doctores en Geografía para ocuparse de tales temas. Los cuales hasta entonces eran explicados de forma marginal por los historiadores, tanto en las universidades francesas como en otros países.

Desde un principio se propuso que la nueva Geografía en la cual tanto creía no sería una materia secundaria. Ante las pocas asignaturas que se le ofrecían para ejercer la docencia, organizó unos cursos especiales para militares para que pudieran superar el ingreso a la Escuela Superior de la Guerra. Grenoble era una plaza con una fuerte guarnición militar debido a su proximidad con Italia y Suiza y su posición en un valle que se abre hacia el Ródano a través del Isère. Los cursos tuvieron éxito y además permitió a Blanchard que era un buen andador y montañero hacer excursiones con los militares y disponer de nuevos mapas y croquis elaborados por el Estado Mayor. Como andador Raoul Blanchard se enorgullecía que de joven y con su amigo Charles Péguy hacía siete kilómetros en una hora. Igualmente estas relaciones con los militares le permitieron obtener interesantes fotografías y disponer de las primeras fotos aéreas de los Alpes, sobre las cuales y conjuntamente con un ex-discípulo, que fue uno de los primeros pilotos militares, elaboró un libro de notable éxito (R. Blanchard; F. Seive, 1920).



Figura 1: Raoul Blanchard en una fotografía realizada en Quebec en 1959. Fuente: In memoriam Raoul Blanchard (1877-1965).

Pero donde Blanchard invirtió más energías fue en la fundación de un Laboratorio de Geografía que se convirtió rápidamente en el Institut de Géographie Alpine (IGA) que logró instalar en el primer piso del palacio episcopal como consecuencia de la conversión de un edificio de la iglesia católica en un bien nacional por las leyes laicistas francesas. Allí Blanchard, buscando dinero público y privado organizó una notable biblioteca donde se recibían las revistas de Geografía y Geología más importantes del momento, así como una importante cartoteca. Además de crear un diploma de Geografía que especializaba en esta disciplina, se dedicó a dirigir tesis doctorales de recién licenciados y de profesores de bachilleratos interesados en la Geografía humana de las montañas y en especial de las alpinas. Blanchard creía que debían analizarse con profundidad los Alpes y las demás formaciones montañosas del mundo para poder sacar así conclusiones generales y elaborar teoría sobre los modos de vida montañoses.

Los cursos versaban sobre Geografía física, Cartografía, Geografía humana de la montaña, y sobre geografías regionales del mundo. En principio Blanchard estaba solo, hasta que logró poder encargar algunos cursos a Jules Blache quien más tarde se convirtió en maestro de conferencias, cuando él ya era catedrático. A su vez, en el momento que Jules Blache ganó la categoría de catedrático, para irse a impartir Geografía a Nancy, su plaza fue ocupada brevemente por Max Derruau; y ya se había dotada otra plaza que ocupaba Maurice Pardé el fundador de la moderna hidrogeografía, además de contar con otros colaboradores.

Entre estos colaboradores y discípulos hay que citar a Philippe Arbos, profesor que fue de Geografía en Clermont-Ferran; Daniel Faucher, en Toulouse; André Allix en Lyon; Charles Robequain en Poitiers, Niza, Hanoi y París; Ernest Bénevent, en Aix-en-Provence; Renné Musset en Rennes; Paul Veyret, en Grenoble, etc. Con ellos analizó los grandes conjuntos regionales formados por macizos o grandes valles que anteriormente aparecían fragmentados y sin interrelación, conjuntos de los que se estudiaba la evolución de las actividades humanas en un medio particular y con características distintas al de las unidades vecinas. A algunos de estos conjuntos por ellos delimitados llegaron incluso a ponerles los nombres que han hecho fortuna, figuran en los mapas y se han convertido en oficiales, como en el caso del macizo del Vercors.

La escuela geográfica de Grenoble puede considerarse por su importancia, la segunda de Francia, ya que después de la de Paris, donde estaban Emmanuel de Martonne y Albert Demangeon como sucesores de Vidal y de Gallois, es la que tuvo más repercusión internacional y nacional. A Blanchard le ofrecieron poder ir de profesor a la Sorbona, pero, seguramente por sus malas relaciones con el grupo de De Martonne y por su arraigamiento en la capital del Delfinado prefirió quedarse allí, aunque durante muchos años combinó la docencia en esta ciudad con la ejercida en la Universidad de Harvard y posteriormente en la de Québec.

En el plan de estudios del IGA, las clases de interpretación cartográfica ocupaban un puesto destacado, Blanchard cuenta que se dedicaba a ello dos horas a la semana y que le apasionaba hacerlo, «el principio que me guiaba era el de considerar el mapa topográfico como un paisaje desconocido, que era preciso de intentar comprender sin la ayuda de libros, ni del recurso al mapa geológico, pero con la obligación de arrancar toda la explicación de la hoja topográfica» (R. Blanchard, 1963:136). Cuando le interesaba plantear un vivo debate con los alumnos, Blanchard no preparaba el mapa que se debía interpretar en la clase, sino que escogía uno al azar en el último momento, y de esta forma el mismo junto con los alumnos debía hacer el esfuerzo de ir reflexionando e interpretando las distintas isolíneas y demás símbolos que en el mapa aparecían. Las clases de cartografía tenían tanto éxito que había alumnos con la asignatura ya aprobada que seguían acudiendo a las sesiones de «carto». Para él, el comentario a los mapas era el test más seguro para apreciar la inteligencia de sus alumnos, y estaba convencido que si había hecho geógrafos, lo debía menos a los cursos que a los ejercicios cartográficos y a las excursiones.

2. Las excursiones geográficas

Respecto a las excursiones organizadas por el Instituto de Geografía Alpina, éstas eran numerosas y variadas, había las del domingo, de media jornada o del día entero, que se hacían cada quince días, independientemente de si llovía o lucía el sol, ya que el lema era «on part toujours». A veces se hacía alguna excursión de dos días y para Pascua se hacía un viaje-excursión extraordinario para visitar una región de Francia o del extranjero, excursión extraordinaria que en algunos años podía doblarse al realizar un segundo viaje hacia finales de junio. Las semanas que no había excursión con los alumnos las

aprovechaba Blanchard para hacer otras excursiones con amigos y discípulos que estaban haciendo el doctorado. Son las famosas excursiones en las que Blanchard iba cargado con grandes gemelos prismáticos, un trípode y una gran máquina de fotografiar de las de placas, aquellas que él manejaba a oscuras, bajo las sábanas de los albergues y refugios. Posteriormente iba siempre acompañado de una cámara Leika.

Las «Chronique» de l'IGA dan cuenta de estas excursiones y viajes. En principio las excursiones se hacían a pié y se consagraban preferentemente a los alrededores de Grenoble: la garganta de Voreppe en el Isère; el valle del Furon en Sassenage; el reborde oriental del macizo de la Chartreuse; el margen izquierdo del Gresivaudan, etc. En 1915, hacia el fin del primer cuatrimestre habían efectuado siete excursiones por los alrededores de Grenoble y pensaban hacer cuatro más antes de vacaciones: atravesar el macizo de la Chartreuse, hacer la cadena de la Belledonne, subir al macizo de la Chamrousse y visitar la zona de la Mateyssine. Este año debido a la guerra europea suprimieron las excursiones-viaje de estudios de varios días a otra región y aumentaron las excursiones de un solo día por la región de Grenoble.

En 1920 Blanchard logra financiación de un particular para que los alumnos puedan hacer excursiones en autobús, y así pueden recorrer el Viverais, el Velay, llegar a Valence, le Coiron, el lago de Issarlès, Saint-Agrève, etc. Unas cuarenta personas participaron en la experiencia; y en junio, otras dieciocho, recorren con el mismo método el valle de la Romanche hasta Lautaret. En el año siguiente y entre el 15 de noviembre y el 15 de marzo habían efectuado ya ocho excursiones colectivas sin contar otras excursiones de estudio con grupos reducidos, como a la zona de Chambéry o al puerto de montaña de Poliéna. A estas excursiones de un día se juntaron otras de más largas como la travesía de la cadena de la Belladonne, del Vercors, del macizo de la Chartreuse, el viaje de estudios a la Provenza, llegando hasta el estanque de Berry próximo a Marsella y a la rada de Hyères en el Mediterráneo, etc.

A partir de los años veinte las excursiones combinaban el autobús y las caminatas a pié, y en los viajes de estudios colectivos, como el anterior de la Provenza, o los de la Normandía, Córcega, Bélgica, Holanda, Cataluña, etc. Se utilizaron también otros medios como el tren, o naturalmente el barco en el caso de la isla mediterránea.

En las excursiones con los alumnos era muy importante la observación y la comprensión visual de lo que se explicaba en las clases y aparecía en los manuales. Los alumnos estaban obligados a participar en las paradas en donde se hacían las explicaciones, preguntando y exponiendo sus puntos de vista. Tomar apuntes y hacer esquemas era indispensable. La excursión era una clase en movimiento y solamente en algún momento de la marcha el grupo se expansionaba con sus cantos, especialmente al regreso y hacía el final de la misma en alguna taberna de pueblo, tomando vinos, contando chistes y cantando. Muchas veces los excursionistas iban acompañados de profesores de otras universidades que acudían a Grenoble para entrar en contacto con el grupo de Blanchard, y cuando se hacían viajes de estudios fuera del Delfinado participaban en los mismos profesores de las universidades de las regiones visitadas.

La excursión era un método para descubrir una región, unos paisajes, y poner en valor una serie de temas desconocidos por los mismos excursionistas, especialmente si éstos eran alumnos. El objetivo de las excursiones era científico, ya que se trataba de demostrar como se habían producido o evolucionado determinados hechos de la Geografía física o humana. Explicar unas formas de relieve, la aparición de un determinado tipo de vegetación, la causa de que un asentamiento humano se encontrase en una determinada posición y no en otra, etc. Pero también en las excursiones que se hacían con los alumnos el objetivo era didáctico, se trataba de enseñar unos accidentes geográficos para interpretarlos y para que a su vez los alumnos pudieran enseñarlos a otros alumnos, fuese en los liceos o en las universidades. Las excursiones debían suponer esfuerzo físico y también trabajo intelectual, al mismo tiempo que los geógrafos y sus aprendices encontraban placer estético al observar paisajes diferentes a los habituales y poderlos comprender. El dibujo de croquis y esquemas y después la fotografía fueron instrumentos de suma importancia para poder explicar la fisonomía y las características de una región con sus paisajes naturales y humanos.

Daniel Faucher, discípulo de Blanchard y entonces profesor de la Escuela Normal de Valence, antes de ser el primer catedrático de Geografía de Toulouse, hizo una amplia reseña de la excursión que miembros de diversas universidades hicieron a la región lionesa y en ella explica el valor de la excursión que le permitía entender los principales problemas que las regiones recorridas presentaban. Lo importante era discutir las hipótesis que se sostuvieron en la excursión

y las que se pudieran presentar tras la reflexión. La excursión, a partir de su narración debía servir entonces para percibir, conocer, reflexionar, interpretar y formular nuevos interrogantes o hipótesis que se podrían demostrar. En su escrito aparecen observaciones y preguntas, así como la necesidad de nuevas observaciones, estudios o constataciones: «Il faudrait étudier les parties les plus élevées des formations topographiques provenant des glaciers et d'assurer que des limons fins de même nature que ceux qu'on trouve dans les dépressions y existent», etc. Necesidad de prolongar la investigación que se da tanto en aspectos de la Geografía física como de la humana. (D. Faucher, 1913).

Las excursiones de estudio en grupo reducido o las excursiones realizadas para la confección de un trabajo de investigación, fuese o no una tesis doctoral, tenían un carácter distinto de las excursiones más generales. En éstos casos, los alumnos y discípulos debían visitar los archivos municipales, pasear el barómetro por todas las vertientes, anotando alturas y cambios de vegetación, utilizar el termómetro en relación con la altitud, tomar fotografías y entre otras cuestiones interrogar a los alcaldes y notables de los pueblos.

El modelo básico de interrogatorio era el confeccionado por Blanchard y publicado en 1913, a partir del utilizado en su tesis doctoral. Blanchard empezaba con el estudio del clima e interrogaba sobre las temperaturas, heladas, nevadas, nieblas, vientos, horas de insolación, etc. Igualmente era importante saber el tiempo exacto de las labores del campo, fuesen la siembra o la recolección. Para él, el interés principal de los diferentes aspectos se centraba en confirmar las diferencias entre las distintas partes de un municipio y en relación con los municipios vecinos.

Respecto al suelo, los temas de su cuestionario versaban sobre la naturaleza del mismo, la influencia del relieve, la exposición al sol, las características de los suelos agrícolas, etc. Otro apartado se refería a las aguas: subterráneas, fuentes, pozos, cursos regulares, molinos, fábricas hidráulicas, pantanos, lagos, sindicatos de riego, piscicultura.

La vegetación era otro apartado en donde se debía preguntar sobre el bosque, su extensión y evolución, la distribución de las especies, el comercio de la madera, los límites de altitud de distintas plantas aprovechadas para la alimentación humana, etc. Lo que le permitía pasar a los apartados dedicados a la agricultura y a la ganadería, en

donde se preguntaba por los distintos cultivos, la evolución de los mismos, la aparición de nuevos cultivos, los barbechos, las técnicas e instrumentos empleados, los animales utilizados para el trabajo agrícola, la economía rural, las praderas y pastos, las migraciones de los animales, los animales domésticos, los productos que se obtienen de los mismos, la caza, etc.

Un nuevo apartado se refería al estado económico del municipio: recursos naturales, transformaciones, recursos industriales (hilaturas, tejedurías, industrias domiciliarias, trabajos temporales, etc.). La utilización de los minerales del suelo, las industrias hidráulicas, los recursos comerciales (ferias, mercados...), el transporte, las relaciones económicas con otros lugares, el turismo, la marcha de los negocios, etc.

La vida rural, el estado de la propiedad, las características morfológicas de los pueblos y de las casas y las de los habitantes del municipio eran otros apartados de su interrogatorio, en donde se interesaba también por las migraciones temporales y permanentes, la salud, la alimentación, la vestimenta, etc.

Para finalizar preguntaba sobre si había un nombre de país, conocido por los habitantes del pueblo y que se opusiera a otros nombres de parajes vecinos, así como la extensión que tenía este país, con lo que se adentraba al tema de la percepción existente de las pequeñas regiones geográficas (*les petits pays*), y conocer si el nombre tenía origen histórico o geográfico.

Este cuestionario fue utilizado, ampliado y modificado por sus discípulos en el momento de realizar sus tesis, y alguno de ellos como el de Philippe Arbos en su tesis sobre «*La vie pastorale dans les Alpes françaises*», es un verdadero modelo para entender el papel de los interrogatorios en la comprensión de los modos de vida y en este caso del modelo de vida pastoril (Ph. Arbos, 1922).

Este tipo de excursión, en donde el andar y observar se complementaba con la utilización de instrumentos y de la utilización de interrogatorios es el que se puede comprobar que se efectuaba para la realización de artículos y tesis. La Geografía se hacía con los pies, sí, pero utilizando también la cabeza y el cerebro que mandaba sobre las extremidades inferiores y permitía interconectar las distintas cosas que se observaban.

Ejemplos de estas excursiones geográficas científicas se encuentran en multitud de artículos de estos años de descubrimiento e interpretación de los Alpes. Jules Offner en su explicación de «Les étapes de végétation du massif du Vercors» expone que la ascensión de la montaña de la Moucherolle, cuya altitud es un poco inferior a la del Grand-Veymont, permite hacerse una idea muy completa del estadio alpino del Vercors, y compararlo con el de otras montañas próximas. En su trabajo se ayuda de observaciones sobre el terreno realizadas conjuntamente con un inspector forestal y expone la importancia que tiene el conocimiento directo de árboles y plantas. (J. Offner, 1920).

Jules Blache, discípulo predilecto de Blanchard y autor de la primera síntesis de Geografía de la montaña (1933), en un artículo sobre las montañas noruegas expone sus excursiones a las mismas acompañado por Maurice Zimmermann y como sus conocimientos sobre los Alpes le permitía hacer comparaciones y ver de cerca formas glaciares no alpinas. El escrito se basa en las descripciones resultado de las excursiones y en las reflexiones sobre las mismas que permiten la comparación y la interpretación: «En las rocas silúricas se abren cuencas, de aptitudes agrícolas marcadas, sitios privilegiados donde nacieron Oslo y Bergen, pero tan curvadas, tan mal delimitadas que se las encuentra solamente en su borde por accidente, un hecho estructural acusado por el relieve. Así los hechos geológicos se expresan con dificultad tanto en el mapa como sobre el terreno; como el conjunto es de roca dura e impermeable, la primera impresión de uniformidad y casi de igualdad que da el paisaje escandinavo»...«parece enraizado en el subsuelo»...«escondido en una cortina de nieblas».(J. Blache, 1933:697). Una situación naturalmente bien diferente de la de los relieves alpinos en donde la dinámica y los cambios morfológicos-estructurales se dan a poca distancia unos de otros.

El mismo Blache, a la muerte de Blanchard, recuerda la importancia de aquellas excursiones, preparadas minuciosamente, perfectamente programadas (sin fantasías horarias escribe), en cuyas paradas debía tomarse nota de las explicaciones en un cuaderno suministrado por el propio Instituto. «El terreno era sagrado, la información directa obligatoria» (J. Blache, 1966:29). Los resultados de las excursiones eran la base de las publicaciones de los discípulos, después de un correcto lavado y de la operación de cirugía estética que el director Blanchard practicaba.

Daniel Rops el literato y miembro de la Academia Francesa que también estudió Geografía con Blanchard, recordaba estas excursiones, agradables pero de cierta dureza: doce horas de marcha a veces, independientemente del tiempo, veinte minutos de comentarios en las paradas, a veces en plenas ventiscas invernales. El patrón Blanchard era indiferente a las intemperies, cubierto con una chaqueta canadiense forrada de piel de cordero, se iba con los estudiantes y con diez grados bajo cero a observar el pliegue-falla de Voreppe, y en la memoria de los estudiantes-excursionistas quedaban bien retenidos unos conocimientos adquiridos al precio de unos cuantos sabañones. Pero Rops destaca fundamentalmente las excursiones acompañadas del trabajo de encuesta para conocer como las personas actúan frente a la naturaleza, modificando sus aspectos, transformando sus caracteres. En las encuestas no solamente eran importantes los notables, sino también la gente corriente como el peón caminero o el tabernero del pueblo. El mismo Blanchard acompañó a Rops a enseñarle la técnica del interrogatorio en Briançon, una técnica que el maestro desarrollaba con una gran facilidad y que el literato pensaba sería útil a los jóvenes novelistas hacer un poco de Geografía según este método que permitía un contacto directo con la realidad. (D. Rops, 1966:115)

La metodología de la excursión geográfica practicada en el IGA, y en buena parte de las universidades en donde se seguía el método de la Geografía regional vidaliana, tenía una dinámica bien diferente de otro tipo de excursiones científicas en donde solamente se pretendía que los alumnos vieran «in situ» un determinado tipo de objetos, tal el caso de las excursiones geológicas muy en boga en la misma época para recoger fósiles o para contemplar un determinado fenómeno de la naturaleza. En las excursiones geográficas se estudiaba el paisaje, sus cambios, la evolución, se interrelacionaba gran cantidad de fenómenos, se buscaban las relaciones causa-efecto, que permitieran comprender una región, porqué habitaban de tal forma y en tales lugares y no en otros, porqué aprovechaban el bosque así o de otra manera, porqué se desarrolló tal industria, la importancia del agua en su desarrollo, etc. Lo importante era la comprensión global, no solamente los detalles.

3. La repercusión de las enseñanzas de Blanchard en Cataluña

En este contexto cabe situar el aprendizaje que de esta metodología hizo Pau Vila en sus estancias en Grenoble para estudiar la metodología aplicada por Blanchard. Desde 1921 Pau Vila, que había vuelto de una experiencia pedagógica en Colombia, se hará cargo de impartir dos materias de Geografía en la escuela de Estudis Normals de la Mancomunitat de Catalunya, que era una ampliación de los estudios de magisterio y que también posibilitaba el ejercicio de maestro en escuelas que no fuesen del estado. La Geografía que conocía Pau Vila era la tradicional, pero aplicando la metodología de renovación pedagógica practicada desde hacía años y basada principalmente en los postulados de Decroly y en lo que había aprendido en 1912, en el instituto Jean Jacques Rousseau de Ginebra. Metodologías que hacían participar muy directamente a los alumnos en la elaboración de los materiales didácticos y que también practicaban la excursión para conocer en los mismos lugares, los distintos temas que en clase se trataban. En 1922, la escuela con la ayuda del Instituto Francés de Barcelona invitó a Raoul Blanchard a dar un ciclo de conferencias sobre la Geografía humana de la montaña y en el verano de este mismo año, aprovechando un congreso en Ginebra, Pau Vila se trasladó a Grenoble para participar en una excursión colectiva con alumnos y otros profesores. Fruto de esta relación al año siguiente, durante tres meses y algunos días (del 1 de Marzo al 10 de Junio), Pau Vila estuvo en Francia y básicamente en el Instituto de Geografía Alpina estudiando la metodología del trabajo de campo, consistente fundamentalmente en el manejo de los mapas topográficos, las excursiones y la utilización de cuestionarios. Hizo distintas excursiones con Raoul Blanchard y Jules Blache y el primero le propuso hacer trabajo de campo en el Vercors, concretamente en Villard de Lans, donde vivió unos días en dos breves períodos de tiempo.

De su experiencia existen alguna correspondencia, y en una carta a un colega de la aventura colombiana le cuenta que «antes recorríamos los Andes, pero con la diferencia que ahora voy comprendiendo los fenómenos que veo y que antes solamente admiraba». En un libro de entrevistas que el periodista Bru Rovira hizo a Pau Vila, este le explica que «Blanchard había elaborado un largo cuestionario de todos los aspectos físicos y humanos de un territorio, que era la base para hacer una interpretación geográfica. Esto quería decir recorrer el país y hacer encuestas, y era un trabajo bastante cansado. Yo empecé,

pues, a trabajar con este cuestionario en la mano y bajo la dirección de Blanchard. El trabajo consistía en ir a encontrar a la gente, la gente que tenía condiciones, a veces el alcalde, pero también los payeses. Les hacías las preguntas y lo ibas anotando.» (B. Rovira, 1989:104)

Vila reclama a su familia le envíen la máquina de fotografiar y cuenta a su mujer lo feliz que es «en un paisaje esplendido de sol, de prados y de nieve, tres días de recorrerlo observando, preguntando y estudiando...». Sin duda utilizó el cuestionario de Blanchard y conoció otros como el mismo de Arbos, que modificaría poco después a su llegada a Barcelona para presentar un cuestionario propio para estudiar las comarcas catalanas y que utilizaría en la confección de su Geografía de Catalunya de la editorial Barcino, en la realización de sus estudios sobre el Vallès, y en especial en la monografía de la Cerdanya. Una monografía de una comarca alpina de nuestros Pirineos que difícilmente hubiera podido efectuar sin poner en práctica todo lo que aprendió en su estancia en Grenoble.

Respecto a la Cerdanya, el mismo Pau Vila, a sus 96 años, decía a Bru Rovira en 1977, «La Cerdanya está escrita recorriendo sencillamente el país. Visitando los pueblos, hablando con los payeses... Muchas veces, para no alararlos, les hacia las preguntas de memoria, sin seguir estrictamente el cuestionario. Me acercaba, como aquel que no quiere nada, y engarzaba conversación, mientras ellos seguían labrando. Después me sentaba en el primer rincón que encontraba para anotar en la libreta. En Francia no; allí podías ir tranquilamente con el cuestionario en la mano, que te lo contestaban. Los franceses estaban más acostumbrados a estas cosas» (B. Rovira, 1989:106)

A partir de estas relaciones y de la publicación de La Cerdanya, en 1926, Pau Vila se convierte en el principal propagador en Cataluña de las doctrinas y prácticas vidalianas, poniendo en práctica los conocimientos y experiencias transmitidos por Raoul Blanchard y su escuela, muy especialmente de Arbos, Blache y Faucher. Pau Vila entró rápidamente en contacto con otros profesores franceses como Albert Demangeon, Max Sorre y Pierre Deffontaines. Con el segundo viajó por España para preparar la ampliación de la Geografía Universal de Vidal-Gallois en lo referente a la Península Ibérica, y más adelante Pau Vila participó en los primeros congresos internacionales de Geografía, presentando comunicaciones y abriendo nuevos contactos internacionales.

Respecto al método de la excursión geográfica, Vila lo propagó tanto en sus experiencias docentes como en su labor de presidente del Centro Excursionista de Cataluña en los años treinta. Sus ideas y experiencias las recogió un joven colaborador suyo que terminaba la carrera de Ciencias Naturales y que fue profesor de Geografía y Ciencias Naturales en el Instituto Escuela de la Generalitat de Catalunya, se trataba de Lluís Solé Sabarís, el amigo de Manuel de Terán y que exiliado Pau Vila, terminaría la edición de la Geografía Universal y emprendería la de la Península Ibérica. Lluís Solé sería profesor en el Instituto Escuela de Lluís Casassas y el orientador de las tesis de Joan Vilà y de Salvador Llobet.

Para finalizar se hace una breve referencia a la excursión extraordinaria o viaje de estudios del año 1933 del Instituto de Geografía Alpina de Grenoble, que tuvo lugar en Cataluña y los treinta visitantes fueron atendidos por Pau Vila acompañado del geólogo Jaume Marcet, de Lluís Solé Sabarís, de Francesc Martin (tío de Enric y Ernest Lluch) y del joven Pierre Vilar, discípulo de Demangeon y que estaba trabajando en una tesis sobre la región industrial de Barcelona. Los geógrafos franceses a lo largo de una semana visitaron el Empordà y la Costa Brava, la zona de Banyoles - Olot, y por el centro de Catalunya pasaron al Pre-Pirineo leridano en donde se realizaban las grandes infraestructuras hidráulicas. Desde Lleida pasaron hacia Tarragona y Barcelona para volver a Grenoble. Jules Blache que escribió la crónica del viaje remarca el interés geográfico que ofrecen tanto los variados paisajes de Cataluña como los problemas que hacen prestar la atención del geógrafo. En el curso del viaje enriquecieron sus conocimientos geográficos de Cataluña y ninguno de los participantes olvidaría los recuerdos de la semana de estancia y viaje en el curso del cual «nous avons eu l'impression d'aller retrouver dans un pays radieux une jeune filiale, pleine de force et d'espoir, de notre groupe géographique grenoblois» (Chronique de l'IGA, 1934). Al año siguiente fueron los alumnos de la Universidad de Toulouse con Daniel Faucher los que visitaron Cataluña y dejaron constancia de ella en una histórica fotografía realizada en la cima del San Jerónimo de la Sierra de Montserrat (figura 2).

La influencia de la Geografía practicada en Grenoble por Raoul Blanchard y sus seguidores tiene así un punto de influencia en Cataluña, que a su vez tendrá trascendencia por medio de los contactos personales y de la difusión de los escritos hacía el resto de España. Cabe señalar que después de la guerra civil y por indicación de Lluís Solé Sabarís y seguramente a través de la influencia de Pierre Deffontaines, Valentí

Masachs Alavedra fue becado para estudiar con Maurice Pardé la metodología para la elaboración de su tesis doctoral sobre el régimen hidrológico de los ríos peninsulares y que Daniel Faucher desde su cátedra de Toulouse continuó manteniendo contactos con el grupo de geógrafos de Barcelona.



Figura 2: Grupo de profesores y estudiantes de la Universidad de Toulouse, en su excursión a Cataluña en abril de 1934. En el centro con boina y gafas Pau Vila, detrás de pie y con sombrero Daniel Faucher, el discípulo de Raoul Blanchard y catedrático en Toulouse.

Fuente: Fons Pau Vila de l'Institut Cartogràfic de Catalunya.

Bibliografía

- Allix, A. y otros (1966), *In memoriam. Raoul Blanchard (1877-1965)*, Grenoble, Association des amis de la Université de Grenoble.
- Arbos, Ph. (1922), *La vie pastorale dans les Alpes françaises. Étude de géographie humaine*, Paris, A. Colin.
- Blache, J. (1930), «Dans les montagnes norvégiennes. Paysages et problèmes», en *Revue de Géographie Alpine*, vol. 18, nº 4, pp. 695-730.
- Blache, J. (1933), *L'homme et la montagne*, Paris, Gallimard.
- Blache, J. (1966), «Raoul Blanchard a l'œuvre», en *In Memoriam Raoul Blanchard (1877-1965)*, Grenoble, Association des amis de la Université de Grenoble, pp. 27-32.
- Blanchard, R. (1913), «Questionnaire d'enquêtes géographiques en montagne», en *Revue de Géographie Alpine*, vol. 1, nº1, pp. 85-90.
- Blanchard, R.; Seive, F. (1920), *Les Alpes françaises a vol d'oiseau*, Grenoble, Arthaud (2ª edición en 1942).
- Blanchard, R. (1961), *Ma jeunesse sous l'aile de Péguy*, Paris, Fayard.
- Blanchard, R. (1963), *Je découvre l'université*, Paris, Fayard.
- Claval, P. (1974), *Evolución de la Geografía Humana*, Barcelona, Oikos-Tau.
- Courtot, R. (2010), «Los dibujos de trabajo de campo en la escuela francesa de Geografía (Paul Vidal de la Blache y Pierre Deffontaines)», en *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, nº 70, pp. 85-100.
- Faucher, D. (1913), «Observations morphologiques dans la région Lyonnaise. Excursion inter-universitaire de 1913», en *Recueil des travaux de l'Institut de Géographie Alpine*, vol. 1, nº 4, pp. 455-476.
- Institut De Géographie Alpine, «Chronique de l'Institut de Géographie Alpine», en *Revue de Géographie Alpine*, diversos años y números.
- Offner, J. (1920), «Les étages de végétation du massif du Vercors», en *Revue de Géographie Alpine*, T. 8, nº 1, pp. 125-140.
- Oliveras, J. (2009), «Pau Vila entre la Pedagogia i la Geografia», conferencia pronunciada en el Museo de Historia de Sabadell el 12 de marzo del 2009, dentro del ciclo «Pau Vila, el país en la mirada» (próxima publicación).

- Oliveras, J. (2010), «La introducció dels qüestionaris a la Geografia moderna catalana», en J. Mayol, Ll. Muntaner, O. Rullan. *Homenatge a Bartomeu Barceló i Pons, geògraf*, Palma, Leonard Muntaner, editor, pp. 241-259.
- Oliveras, J. (2010), «De quan mestre Vila conegué al patró Blanchard i de les coses que succeïren». Conferència pronunciada con motivo del 75 aniversari de la fundació de la Societat Catalana de Geografia, de pròxima publicació en la revista *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*. Hay una reseña de la misma realizada por Enric Bertran en <http://scg.iec.cat/Scg9/Scg90/S97721.htm>
- Rops, D. (1966), «Raoul Blanchard, mon patron», en *In Memoriam Raoul Blanchard (1877-1965)*, Grenoble, Association des amis de la Université de Grenoble, pp. 113-115.
- Rovira, B. (1989), *Pau Vila «He viscut»*. *Biografia oral*, Barcelona, Edicions La Campana.
- Sgard, A. (2007), «La montagne: objet scientifique? Objet politique?», en *Revue de Géographie Alpine*, n° fuera de serie, Junio 2007, pp. 11-48.
- Veitl, Ph. (1994), «Raoul Blanchard: dire et faire les Alpes», en *Revue de Géographie Alpine*, n° 3, pp. 81-94.
- Vila, P. (1926), *La Cerdanya*, Barcelona, Editorial Barcino (reedició en 1984 por Editorial Empúries).
- (1928-1936), *Resum de Geografia de Catalunya*, Barcelona, Col·lecció Popular Barcino, IX volúmenes.
- (1930), *Un assaig de Geografia comarcal: El Vallès*, Granollers, Biblioteca d'Estudis Comarcals.

Excursiones en la frontera luso-española. Paralelismos, contrastes y paradojas como recursos para el entendimiento del paisaje¹

Elia Canosa Zamora, Ángela García Carballo, Nieves López Estébanez y Emilia Martínez Garrido
Universidad Autónoma de Madrid

Desde mediados de los noventa del siglo pasado, un grupo de profesores del Área de conocimiento de Geografía Regional, encabezados entonces por Rafael Mas y Javier Espiago, decidimos llevar a cabo anualmente una excursión (un trabajo de campo, utilizando el eufemismo académico moderno) de varios días a la frontera luso-española con los estudiantes de las asignaturas de Geografía de España y Geografía de Europa de tercero de la licenciatura de Geografía e Historia. Desde aquellos años en que comenzó a realizarse con grupos que aún no habían elegido especialidad hasta ahora, cuando se plantea en segundo del nuevo grado de Geografía y Ordenación del Territorio, han cambiado algunos profesores² o se han incorporado nuevas perspectivas (a través de las asignaturas de Ordenación Regional y Comarcal o Problemas Regionales del Mundo Actual, de la licenciatura de Geografía en periodo de extinción) pero se han mantenido, de manera continuada, el espíritu y los objetivos que alentaron los primeros viajes.

En este sentido, hay que destacar que los valores de la excursión planteada para los estudiantes se han combinado además, para los profesores, con otros obtenidos durante las indispensables preparaciones previas. La planificación de las rutas, la realización del recorrido, la selección de las paradas y los contenidos elaborados junto a compañeros del mismo Departamento³ o de

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto de investigación CSO2008-03877 (Ministerio de Educación y Ciencia y FEDER).

² Desde el comienzo del nuevo siglo Javier Espiago se encargó de otras asignaturas, asumiendo entonces otros trabajos de campo, igual que ya había hecho Rafael Mas algunos años antes. En paralelo se incorporaron, de manera casi permanente, los profesores Ester Sáez y Fernando Allende. Así pues, muchas de las reflexiones recogidas aquí proceden de sus aportaciones y de los debates surgidos en un grupo más amplio que el de los firmantes.

³ Como Manuel Mollá, asiduo colega en estas salidas, Concepción Sanz, con la que reconocimos la zona de costera central hace más de una década, Isabel

otras universidades, a los que se les ha pedido su apoyo y sus sugerencias⁴ han constituido aportaciones inestimables en nuestra manera de ver y comprender el territorio y el paisaje a través de la experiencia, en la más pura tradición geográfica.

No es necesario insistir en las estrechas relaciones, dentro de nuestra disciplina, entre excursionismo, educación y paisaje. En el Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid, desde su creación, las excursiones se han incorporado de manera habitual al sistema de enseñanza de la mano de discípulos directos de Manuel de Terán. La inserción entonces del paisaje en las salidas realizadas en el curso de un gran número de asignaturas ha sido también permanente. La perspectiva institucionista de la excursión, transmitida por Terán y magníficamente estudiada por Nicolás Ortega (2001), Eduardo Martínez de Pisón y Manuel Mollá⁵ la contempla no sólo como una vía de aprendizaje mediante la observación directa de formas y procesos, sino también como una vía de transmisión del modo de ver del geógrafo y del valor de la subjetividad de la impresión (Mollá, 2006: 236), esencial para abordar los paisajes. La incorporación de las dimensiones estética, cultural, ética e incluso física, a través del esfuerzo desarrollado en las rutas a pie, conforman el carácter distintivo de esta escuela.

Rodríguez, que asumió incluso algún año explicaciones sobre ámbitos urbanos y José Antonio Zulueta, especialista indiscutible en tierras extremeñas.

⁴ Es obligado mencionar aquí, al menos, la colaboración siempre generosa de Juan Francisco Ojeda, de la Universidad Pablo Olavide, en la zona de Doñana y de Juan Ignacio Plaza y José Manuel Llorente Pinto, de la Universidad de Salamanca, en las dehesas salmantinas y los Arribes del Duero.

⁵ Además del estudio pormenorizado de Nicolás Ortega, ya señalado, excelentes reflexiones sobre este tema pueden encontrarse en las publicaciones realizadas por estos autores desde 1998 a través del Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria, dirigido por Eduardo Martínez de Pisón, fruto de los seminarios organizados anualmente en Soria a los que se ha añadido algunas otras reuniones científicas. Una visión sintética, con referencias a los trabajos más relevantes ha sido realizada por Manuel Mollá (2006). También es obligado señalar las obras más tempranas de Ortega (1988), ya clarificadora de los objetivos de la actividad excursionista de la Institución y de Cabo (1988) para enlazar éstos con el trabajo de Manuel de Terán. Para concluir esta brevisima reseña, cabe destacar finalmente la última contribución de Martínez de Pisón (2010) sobre el excursionismo, la Sierra del Guadarrama y el valor educativo del paisaje.

La elección de la zona, condicionada por la decisión de integrar las asignaturas de Geografía de España y de Europa, ha proporcionado además la oportunidad de trabajar sobre un ámbito especialmente sugerente y abordar además, las derivaciones teóricas surgidas en torno al concepto de frontera en nuestra propia disciplina. El interés excepcional de las regiones de frontera en la fase actual de integración europea, ha quedado de manifiesto en la consagración de la nueva categoría de paisajes transfronterizos en La Convención Europea del Paisaje (Zoido, 2009: 306), que viene a sumarse a la más clásica de paisaje de frontera, referencia fundamental para acometer el estudio de procesos y morfologías claramente singularizados por una posición marginal o una dinámica diferenciada entre planos distintos aunque no necesariamente vinculados a la soberanía estatal (urbano y rural, humanizado y virgen, terrestre y marino etc.). Frente a este concepto, el adjetivo transfronterizo aplicado al paisaje, no hace referencia tanto a los territorios separados por una frontera, sino al objetivo de reducir los efectos negativos derivados de su existencia (Sobrido, 2004:2). En cualquier caso, en confines entre estados, las interrelaciones sociales y económicas, con su lógico reflejo territorial, así como la obvia continuidad del medio natural a pesar de los límites legales impuestos y, en definitiva, la existencia de una unidad, una banda encabalgada a ambos lados, basada en el antagonismo o la afinidad, han quedado, en general marginadas en las excursiones, en general excesivamente restrictivas, centradas en uno de los bordes⁶.

Las posibilidades que ofrece el viaje a estas zonas son mayores además por las importantes variaciones históricas en el sentido de la propia frontera entre ambos países: frente militar, periferia económica o ámbito de cooperación. En paralelo, permite desarrollar recursos didácticos básicos, como el contraste, la paradoja o el paralelismo, de categoría similar a la metáfora, pero liberados sin embargo del riesgo de convertirse en estrechos filtros selectivos que impidan el diálogo con la realidad que rodea al estudiante y el entendimiento de los nuevos paisajes. La excursión además, de cinco días, tiene lugar como experiencia en un recorrido relativamente prolongado que permite el diálogo sosegado con el entorno y combinar de manera adecuada el saber y el sentir, siguiendo el objetivo institucionista, tal como se ha señalado, que marcó Manuel de Terán.

⁶ Se publicó en 2000, coordinado por Guichard, López Trigal y Marrou, un libro con los itinerarios comentados correspondientes a las salidas efectuadas a las fronteras ibéricas por un equipo formado por estos autores y por una veintena más de investigadores de España, Francia y Portugal involucrados en un gran proyecto sobre integración de las fronteras luso-hispánica e hispano-francesa.

En la comunicación se plantean tres de las rutas organizadas, dos brevemente, para evitar recargar excesivamente el contenido y sólo una de forma más extensa, la meridional, que ejemplifica de manera adecuada los planteamientos y los objetivos generales. El contraste como hilo conductor dirige la excursión septentrional a través de las provincias de Salamanca, Zamora y Ourense y las subregiones portuguesas de Alto Tras-os-Montes, Douro y Grade Porto. Como itinerario central, donde existen fuertes paralelismos, se ha seleccionado el ámbito Extremadura-Alentejo, hasta Lisboa. Por último, las paradojas conducen el trayecto Sur, entre Andalucía y el Algarbe y zona meridional, de nuevo, de Extremadura-Alentejo.

1. Algunas precisiones sobre la frontera luso-española

La frontera actúa históricamente como factor de discontinuidad en el paisaje al inducir disparidades económicas, de aprovechamientos, culturales y sociales entre las zonas que divide, además de permitir una organización territorial diferenciada a ambos lados en función de los distintos intereses estatales. Pero también el hecho fronterizo provoca una mayor interconexión entre los paisajes de los respectivos países: se forman en permanente relación mutua, al margen de la rigidez de la línea divisoria. No pueden ser contemplados como piezas discretas del territorio sino que, además de enlazar con las dinámicas más generales, deben ser analizados a la luz de los acontecimientos del ámbito vecino. Esta evidencia que ha sido asumida en los trabajos sobre áreas fronterizas más conflictivas, como la existente entre México y Estados Unidos (Mitchell, 2002: 383), es la que nos permite tratar los ámbitos transfronterizos visitados como regiones y utilizar la metodología tradicional de análisis regional.

La constitución reciente de eurorregiones y el desarrollo, desde hace casi os décadas, de los primeros proyectos de cooperación transfronteriza⁷

⁷ Al amparo de las sucesivas iniciativas comunitarias INTERREG se han podido desarrollar cerca de mil proyectos de colaboración (Mora, Pimienta y García, 2005). En el balance del último programa se contabilizaron cerca de seiscientos que abarcaban desde la cooperación interuniversitaria a la empresarial, proyectos de desarrollo local conjunto, restauración de patrimonio histórico o nuevas infraestructuras en diferentes zonas fronterizas (QUASAR, 2007). Esta cooperación se ha organizado, en el Programa Operativo de Cooperación Transfronteriza 2007-2013, en 5 subregiones fronterizas cuya gestión administrativa ha sido asumida por siete Comisiones de Trabajo: Galicia-Norte, Castilla y León-Norte, Castilla y León-Centro, Extremadura-Centro, Extremadura-Alentejo, Andalucía-Algarve y Andalucía-Alentejo.

apoyan este planteamiento. En la actualidad, entre España y Portugal se han creado tres eurorregiones que consolidan las estructuras de cooperación interregional establecidas al amparo de las sucesivas iniciativas comunitarias INTERREG. La más dinámica es la Comunidad de Trabajo Galicia-Región Norte de Portugal, la única con reconocimiento legal en la Unión Europea desde 2008 como Agrupación Europea de Cooperación Territorial. La autonomía jurídica alcanzada le permitirá superar el centralismo del estado portugués que, en contraste con el español, ha dificultado el desarrollo de propuestas estrictamente regionales. Hay que destacar que, en paralelo, se ha constituido la Asociación Eixo Atlántico do Noroeste Peninsular, también como una estructura de cooperación entre ciudades, en este caso de carácter transnacional que se esfuerza por recuperar una supuesta identidad propia. En 2009 se han formalizado la Eurorregión Alentejo-Centro-Extremadura (EUROACE) y la Agrupación Europea de Cooperación Territorial Duero-Douro⁸. En el periodo vigente de programación comunitaria (2007-2013), dentro del objetivo de Cooperación Territorial, se han firmado también los oportunos acuerdos entre ambos estados para prolongar e intensificar los proyectos transfronterizos (D. G. de Fondos, 2007:15). A pesar de que, como señala Trillo (2010:255) estas iniciativas permanecen alejadas de la vida diaria de las personas y no han logrado formar espacios identitarios, con referencias y discursos comunes, sus resultados son visibles en el paisaje, sobre todo a través de las infraestructuras y en los ámbitos naturales, en la raya húmeda, donde se avanza en la gestión conjunta de las cuencas hidrográficas y de los espacios protegidos contiguos. En todo caso, todavía son proyectos fragmentarios, desde luego inconexos, demasiado recientes y en ámbitos relativamente deprimidos, todavía sin articular, como para trascender y colaborar en lo que se ha llamado Iberismo (Cabero, 2004), materialización última de una Península sin fronteras.

⁸ Sobrido (2004) aporta una visión de conjunto sobre las diferentes instancias de cooperación surgidas en raíz de Convenio Marco del Consejo de Europa sobre cooperación transfronteriza entre comunidades o autoridades locales, firmado por España en 1986. Para mayor detalle, el Ministerio de Política Territorial (2010) ha publicado una relación de todas las entidades constituidas entre España y Portugal. La bibliografía al respecto es muy abundante, puede consultarse a Caballero (2009), las obras coordinadas por Herrero de la Fuente (2002) y Cancela (2008) y, centrado en las consecuencias territoriales de esta cooperación a Rocha (2009). La información básica sobre las eurorregiones mencionadas puede encontrarse en sus páginas web: <http://www.galicia-nortept.org/home.asp>, <http://www.duero-douro.com>.

Otras vertientes igualmente importantes a las que se atiende durante las excursiones están más vinculadas con el propio proceso de creación de la frontera. En este sentido, una frontera tan antigua, excepcional en Europa, trazada en disputa contra los musulmanes primero, entre la nobleza cristiana durante la reconquista después y finalmente entre los dos reinos peninsulares, incorpora en su lenta consolidación, extendida hasta las postrimerías del siglo XIX, un proceso paralelo de repoblación y reorganización de territorio sujeto a constantes replanteamientos.⁹ Su reflejo en el urbanismo y la arquitectura militar, dominando el paisaje fronterizo, es uno de los valores patrimoniales que, en la actualidad se quiere defender. Campesino (2006) es uno de los pioneros y más firmes defensores de este proyecto, centrado en la declaración como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO de las ciudades abaluartadas a ambos lados de la Raya, desde Valença y Tui al Norte, a Olivenza y Moura al Sur. Numerosos trabajos sobre estos enclaves, en particular sobre la red extremeño-alentejana (Cruz Villalón, 2007), pretenden avalar su candidatura.¹⁰

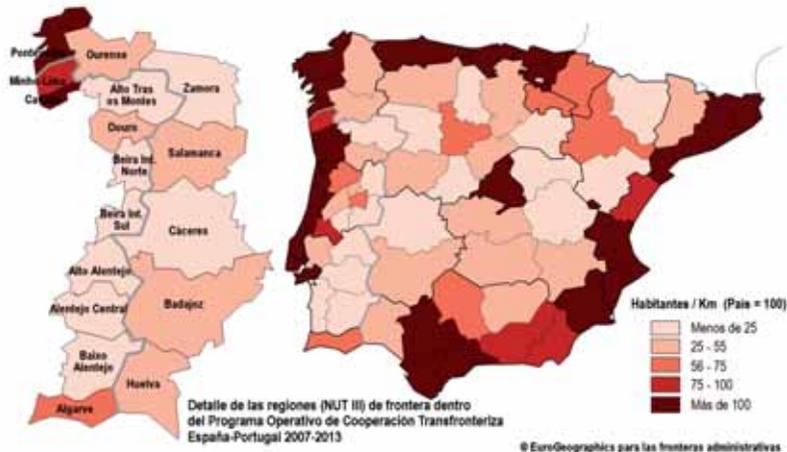
Por otro lado, el carácter conflictivo de la frontera, su permeabilidad en época histórica y su cualidad de franja, no de línea, tienen también otras manifestaciones sobre el territorio (Medina, 2006), algunas fruto de confrontaciones bélicas, como las modificaciones tardías de la línea en la comarca de Olivenza pero, la mayoría, son resultados de dinámicas menos violentas, como las lingüísticas y toponímicas, las económicas (antaño el contrabando y ahora la penetración de empresas), los flujos de población y, de gran interés también, el mantenimiento secular de las zonas de contiendas y reyertas, allí donde los deslindes, en la Raya seca, eran más difíciles.

⁹ Francisco Alonso (2010) acaba de publicar un breve ensayo sobre la formación de la frontera. Para mayor detalle puede consultarse la obra ya clásica de Cordero Torres (1960).

¹⁰ En 2009 se presentó la propuesta transfronteriza formalizada por ocho municipios de la frontera en la Cumbre Ibérica celebrada en Elvas: Tui y Valença al Norte, Ciudad Rodrigo y Almeida en el Centro y Badajoz junto a Marvão, Estremoz y Elvas al Sur (26/05/2009 <http://www.lavozdegalicia.es>).

DENSIDAD DE POBLACION EN LA PENINSULA IBERICA 2009

Fuente: INE España e INE Portugal



RENTA PER CÁPITA EN LA PENINSULA IBERICA 2007

Fuente: Eurostat (<http://epp.eurostat.ec.europa.eu>)

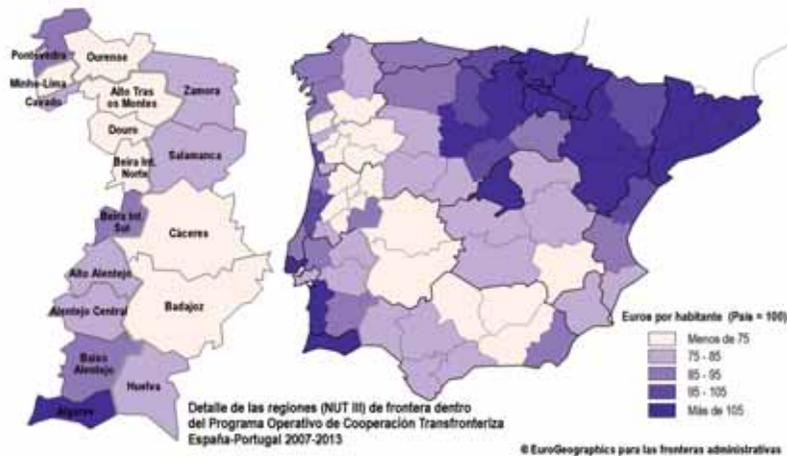


Figura 1: La región fronteriza hispano-lusa.

Dos últimos aspectos significativos, la pobreza y la despoblación, que se han presentado tradicionalmente como definidores del ámbito fronterizo, deben ser matizados. El atraso histórico de un territorio abandonado por sus gobiernos, que desplazaron en época moderna su atención a las costas y a ultramar, se ha resumido en la conocida metáfora que describe la relación entre ambos países como de siameses unidos por la espalda, muy ilustrativa del difícil

dinamismo del área de contacto. El largo periodo de aislamiento y escasez sufrido por ambos países durante las dictaduras de Salazar y Franco ahondó más en la penuria y en la emigración, convirtiendo la franja fronteriza en poco más que un desierto humano¹¹. Dos indicadores clásicos, la densidad de población y la renta per cápita (figura 1) permiten apreciar una continuidad parcial de esta falta de dinamismo, aplicable sobre todo a la zona central, mientras el Norte y el Sur han mejorado sustancialmente sus expectativas, sobre todo el ámbito meridional, a través del desarrollo turístico. Los costes, fundamentalmente ambientales y paisajísticos, de esta particular transición, también deben ser conocidos y valorados.

2. Algunas precisiones sobre los objetivos de las excursiones

Las excursiones se realizan con unos objetivos concretos bien determinados, centrados en el análisis y la comprensión de las áreas que serán visitadas. En la exposición de cada uno de los recorridos seleccionados se hará mención a ellos. Es necesario insistir, no obstante, en que, como ya se ha señalado, en todos ellos subyace el paisaje como metodología de trabajo y como definición misma de estos objetivos. En última instancia, la diferenciación de grandes unidades de paisaje permite a los estudiantes familiarizarse con los componentes geográficos, sus jerarquías, sus repercusiones variables, la relevancia de la historia concreta y los problemas esenciales que subyacen en cada caso. También es la ocasión de ahondar, más allá de los conocimientos estrictamente geográficos, en sensaciones y percepciones, en las formas de expresión y las conexiones entre lugares y gentes, facultades y recursos que, deben desarrollarse también formando parte de la educación del geógrafo.

En resumen, cualquiera de los itinerarios planteados está animado por cinco grandes finalidades.

¹¹ Cabero, especialista indiscutible en esta zona, publicó recientemente en la prensa que, si no llega a ser por las ayudas de la Unión Europea, la franja fronteriza sería un desierto (El País, 20/01/2008). Un monográfico, convertido ya en un clásico, del Boletín de la Asociación de Geógrafos españoles (nº 25), coordinado por él en 1997, presentaba entonces un panorama esperanzador que se resiste, no obstante, a materializarse plenamente.

- Diferenciación de los componentes geográficos del paisaje. Introducción al estudio de las unidades de paisaje: Percepción, análisis y valoración de ámbitos concretos.
- Diferenciación de escalas en los paisajes naturales, agrarios y urbanos. Escalas de detalle en el análisis de los procesos geográficos.
- Percepción de los procesos geográficos generales y de ámbito de actuación extenso en su concreción en las unidades del paisaje del recorrido.
- Introducción al trabajo sobre el terreno en geografía regional: utilización de materiales gráficos y cartográficos (incorporados a un dossier que se distribuye a todos los estudiantes al iniciar el recorrido), guías de vegetación, útiles de campo, etc.
- Expresión gráfica y discursiva de los procesos generales del paisaje y de las unidades de análisis. Además de hacer parte del trabajo durante la excursión, los estudiantes completan el objetivo con la elaboración final de la memoria de viaje.

La actividad de los estudiantes durante las excursiones está guiada por cuestionarios que deben resolver sobre el terreno, garantizando así su participación constante y directa. Un ejemplo de estas fichas de trabajo se incorpora en el itinerario Meridional.

La memoria final que deben entregar es la suma de estos materiales, junto a sus fotografías y croquis, complementado sólo en algunos casos con consultas concretas de bibliografía o cartografía. La opción de dirigir la atención y el trabajo de los estudiantes, mediante el planteamiento de ejercicios que deben ser resueltos y entregados por escrito, además de expuestos sobre el terreno en la mayor parte de los casos, ha sido resultado de años de lectura, en sus memorias, de malas transcripciones de los, habitualmente, monólogos de los profesores. La experiencia ha demostrado que estas fichas, algunas de las cuales se incorporan como ejemplos, no limitan la curiosidad, la emotividad o los conocimientos de los estudiantes más avezados y desde luego alientan a los más remisos a centrarse en los aspectos más relevantes de los paisajes contemplados.

Otro aspecto reseñable es la ampliación lógica del contenido de las excursiones con paradas durante el trayecto en zonas no fronterizas.

No cabe entrar aquí en el detalle de estos otros ámbitos, de indiscutible interés para los estudiantes. No obstante, hay que recalcar que, en todos los itinerarios, se ha planteado la incorporación de una ciudad relevante, en la medida en que es en ellas donde se concentra la mayor actividad económica, además de la población. Las tres ciudades seleccionadas en estas rutas corresponden a Sevilla, Oporto y Lisboa. En los dos primeros casos, los recorridos se han centrado en sus cascos históricos, en Lisboa además se realizan rutas por su periferia e incluso en las ciudades de su área metropolitana, como Estoril y Sintra, catalogada como Patrimonio de la Humanidad.

3. Itinerario Septentrional. Los contrastes

En la ruta septentrional (Figura 2 y Cuadro 1) se plantean tres ámbitos de frontera. Al Sur, la zona de Riba Côa, desde Ciudad Rodrigo, cuyo trazado fronterizo fue uno de los más problemáticos y donde las incursiones bélicas fueron permanentes hasta el siglo XIX. Los enclaves inmediatos a la Raya: Ciudad Rodrigo, Almeida, Fuerte de la Concepción (San Felices de los Gallegos), Castelo Bom, Castelo Mendo, etc., forman parte del proyecto para designar como Patrimonio de la Humanidad las ciudades abaluartadas de la frontera, al que haremos referencia más detallada en el comentario del Itinerario meridional. Se han seleccionado para visitar, por su especial significado territorial, junto a Ciudad Rodrigo, el Fuerte de la Concepción, desde cuyas ruinas se divisa el cercano Portugal y, ya de regreso a Madrid, la plaza fuerte de Almeida que, a diferencia de estos casos, mantiene intactas sus formidables defensas.

En Salamanca, antes de llegar a la frontera, tendremos la oportunidad de contemplar el paisaje típico de Dehesa, en contraste con los campos de cereal que veremos más adelante, en el Noroeste de Zamora. Hay que destacar que uno de los pilares más firmes para el desarrollo endógeno de toda esta región lo constituye la riqueza de su patrimonio cultural, representado por la arquitectura militar pero también por los aprovechamientos agrarios tradicionales o los cercanos, aunque no están contemplados dentro del itinerario, grabados rupestres de Foz Côa.



Figura 2: Itinerario Septentrional.

En el centro, el segundo ámbito fronterizo corresponde al área del Duero internacional, de excepcional interés como paisaje natural, como espacio pionero en la regulación del aprovechamiento hidroeléctrico entre Portugal y España y de colaboración, más reciente, para el abastecimiento de electricidad. La belleza y la diversidad de los espacios naturales protegidos en el entorno de la Raya septentrional constituyen uno de los aspectos más distintivos y de mayor potencial económico para esta zona.

Al Norte, el contacto se realiza a través de una de las nuevas y flamantes autovías que cruza la frontera desde Verín hacia la Região do Vinho do Porto, declarada Patrimonio de la Humanidad en 2001. La sucesión de los paisajes lagunares de Sanabria, de origen glaciar, la depresión tectónica de Antela, uno de los humedales de mayor entidad de España, desecado a mediados del siglo pasado y de las abruptas laderas por donde ascienden las viñas desde Vila Real produce el gran contraste que se convierte en uno de los mayores alicientes de la excursión. El viaje concluye en Porto, con el recorrido por su centro histórico, también reconocido como Patrimonio de la Humanidad desde 1996.

DIAS	Trayectos / duración	Hora de llegada	Lugar de parada	Hora de salida
1	MADRID a Salamanca (240 Km; 2.30 horas)	11,30	Dehesa en Salamanca	14
	Salamanca a Ciudad Rodrigo (92 Km; 1 hora)	15	Ciudad Rodrigo (comida)	18
	Ciudad Rodrigo a Fuerte de la Concepción (41 Km; 0.35 horas)	18.40	Fuerte de la Concepción	19,40
	Fuerte de la Concepción a Ciudad Rodrigo (41 Km; 0.35 horas)	20,30	Ciudad Rodrigo (dormir)	59
2	Ciudad Rodrigo a La Peña (90 Km; 1,30 horas)	10,30	La Peña	12
	La Peña a Aldeadávila (31 Km; 1 hora)	13	Creo que era la ruta a pie (comida)	16
	Aldeadávila a Puebla de Sanabria (306 Km, 4,14 horas)	20.30	Puebla de Sanabria (dormir)	8.30
3	Puebla de Sanabria a Laguna de Sanabria (14 Km; 20 min)	9	Laguna de Sanabria	10.30
	Laguna de Sanabria a Laguna de Antela (116 Km; 1, 15 horas)	12	Laguna de Antela (Xinzo de Limia)	13
	Xinzo de Limia a Pinhão (168 Km; 2,15 horas)	15,15	Pinhão (comida) Quinta das Carvalhas (Real Compañía Velha)	17
	Pinhão a Peso da Regua (27 Km; 0.30 horas)	17.30	Peso da Regua (Puerto fluvial)	18
	Peso da Regua a Porto (126 Km; 1,45 horas)	20	Porto (dormir)	9
4	-		Visita Porto (dormir)	9
5	Porto – Almeida (248 Km; 2.50 horas)	11	Almeida (comer)	14
	Almeida - Madrid (344 Km; 3.40 horas)	19	MADRID	

Cuadro 1: Cronograma del Itinerario Septentrional.

4. Itinerario central. Los paralelismos

La ruta central se inicia y termina en dos áreas no fronterizas, interior y costera, que enriquecen el trayecto (figura 3). La primera corresponde al ámbito cacereño, con paradas en el Parque Nacional de Monfragüe, considerado la mancha de bosque y matorral mediterráneo mejor conservada de Europa, y en la propia ciudad de Cáceres, cuyo centro histórico monumental está designado Patrimonio de la Humanidad desde 1986. Antes de llegar a la Raya también se decidió incluir el reconocimiento del sector de la vega del Guadiana afectado por el Plan Badajoz, visitando incluso uno de los pueblos de colonización fundado a mediados de la década de los cincuenta del siglo pasado. La intervención sobre las Vegas Bajas del Guadiana, en las comarcas de Tierras de Badajoz y Tierras de Mérida, es una excepción, aunque cargada de connotaciones negativas en cuanto a entidad, procesos y formas finales, al modelo histórico de apropiación y explotación del territorio extremeño¹² que caracteriza, sin embargo, el conjunto del ámbito extremeño y alentejano (en la misma línea que la construcción de Alqueva, reseñada en el itinerario meridional).

La segunda zona alejada de la línea divisoria se sitúa en el extremo occidental de Portugal, en el entorno de su capital. Conocer Lisboa constituye una experiencia indispensable para los estudiantes. La fisonomía cosmopolita de su casco histórico conserva la grandeza de la época moderna, cuando se convirtió en uno de los principales núcleos del comercio europeo con Asia y África y las riquezas de Brasil fluían con facilidad a la ciudad. El recorrido por su centro histórico se complementa con la visita a Sintra, reconocida por la UNESCO desde 1995 como paisaje cultural por el conjunto único de parques y jardines que atesora, con una breve parada en Estoril.

El ámbito rayano se circunscribe a las comarcas de Tierras de Badajoz y Sierra de San Pedro, en España, y las subregiones de Alto Alentejo y

¹² Para muchos estudiosos, el Plan constituyó una oportunidad perdida en el continuo proceso de expoliación de este territorio, tal como denunció en su día el libro *La Extremadura saqueada*, dirigido por Naredo (en el que colaboró Nicolás Ortega), publicado por la mítica editorial Ruedo Ibérico en 1978. La obra se realizó impulsada por la necesidad imperiosa de demostrar a quienes planifican que lo han hecho muy mal en nuestra tierra, permitiendo su despoblación y la entrega de sus recursos naturales –materia prima- a toda clase de rapiñadores. (El porqué y el cómo de este libro, <http://www.ruedoiberico.org/libros/textos.php?id=205>).

Elvas, que visitaremos a continuación, el gran polo hispano-portugués de desarrollo transfronterizo, como también se propone para los casos de Ayamonte-Vila Real de San Antonio y Tuy-Valença do Miño.

Varios aspectos, de los ya enunciados, serán tratados aquí. En primer lugar la arquitectura y el urbanismo de los núcleos fronterizos, situados en el importante eje de penetración Madrid-Lisboa, de valor estratégico máximo. Tanto los recintos como muchos de los edificios públicos civiles y religiosos, se han dotado de la clásica arquitectura defensiva que, en el primer caso, sería reforzada, a raíz de las sucesivas guerras que enfrentaron a portugueses y españoles (de Restauración, de Sucesión e invasiones napoleónicas), en época moderna y contemporánea, con nuevas técnicas cuyo máximo exponente son los frentes abaluartados levantados a partir del siglo XVII. Su valor patrimonial, como paisaje cultural asociado al hecho fronterizo (a la espera de reconocimiento internacional con el proyecto Ciudades abaluartadas de la Raya), debe ser destacado, así como las servidumbres urbanas que ello supone y el compromiso, no siempre resuelto, de su adecuación a las nuevas exigencias de residentes y visitantes.

En Badajoz, la responsabilidad histórica no ha sido demasiada. Su casco antiguo está muy abandonado y sufre un gran deterioro, a pesar del respaldo de su espectacular recinto abaluartado. Éste también se ha visto muy afectado por el abandono e incluso la destrucción de uno de sus baluartes para facilitar el acceso del tráfico rodado.

La visita obligada a la Alcazaba, núcleo original en el cerro de la Muela, introduce la trayectoria común que mantuvo esta zona, como tendremos ocasión de confirmar con otras facetas más adelante, en ciertos periodos históricos. En el siglo IX, el reino musulmán que se independiza en el área bajo el dominio del caudillo Ibn Marwan, deparó la fundación de Badajoz y, en paralelo, de Marvão, ahora al otro lado de la frontera. Ambas ciudades conmemoran conjuntamente desde hace unos años este hecho con las fiestas de Al Mossassa Batalyaws y Marwan, que sirven además como reivindicación de una identidad local común a partir de las tres culturas, musulmana, judía y cristiana, que convivieron en estas tierras.

Un corto viaje, que permite distinguir fugazmente la fantasmal aduana de Caia, nos trasladará a Elvas, donde podremos contrastar, con el cambio de escala, las repercusiones del dinamismo económico sobre el patrimonio edificado. Mucho mejor conservada por la menor presión

y el estancamiento reciente tras la desaparición de la frontera, que afecta fundamentalmente al comercio asociado a ella y a las actividades y servicios proporcionados ahora en mejores condiciones por Badajoz, se percibe un cierto abandono que trasciende a las fortificaciones que complementaban el recinto abaluartado de la ciudad. Desde el Castelo, situado en el punto más elevado de la ciudad, las vistas son excelentes. También es posible acceder al Forte de Santa Luzia, convertido en museo militar, y al Forte Graça, en situación de semi-abandono tras perder el uso militar hace poco más de dos décadas.

Tras volver a Badajoz para pernoctar, la mañana siguiente estará dedicada a recorrer el contorno fronterizo a ambos lados de los ríos Gévora y Server. Aunque sólo pueden realizarse dos paradas largas, previstas en Valencia de Alcántara y Marvão, el desplazamiento permite abordar, aunque sea desde el autocar, distintas particularidades que confluyen en esta zona. La carretera hacia Valencia de Alcántara discurre entre grandes propiedades cercadas cuyo origen se remonta prácticamente a la Reconquista.

En la cercana Badajoz ha permitido la creación del campo de entrenamiento militar de Bótoa, con una superficie cercana a las 2000 hectáreas. Al margen de la propiedad nobiliaria, la más importante hasta fechas recientes y heredera, en gran medida, de las órdenes militares que ocuparon los territorios fronterizos para su reconquista y repoblación, en las proximidades de Alburquerque perduran los denominados Baldíos de Alburquerque, tierras adhesionadas con más de 7000 hectáreas de propiedad comunal, administradas aún por el Ayuntamiento. Su reorganización es relativamente reciente, impulsada por la necesidad de clarificar los aprovechamientos en un área donde la actividad agraria sigue siendo muy relevante.

DIAS	Trayectos / duración	Hora de llegada	Lugar de parada	Hora de salida
1	MADRID a Monfragüe (Villarreal de San Carlos) (257 Km; 2,37 horas)	12	Villarreal de San Carlos (ruta a pie: Umbría del Castillo y comida)	16
	Monfragüe a Cáceres (100 Km; 1.15 horas)	17.30	Cáceres (dormir)	9
2	Cáceres a Pueblonuevo del Guadiana (117 Km; 1,25 horas)	9.30	Pueblonuevo del Guadiana	13
	Pueblonuevo del Guadiana a Badajoz (24 Km; 0.30 horas)	13.30	Badajoz (comida)	17
3	Badajoz a Elvas (19 Km; 0.30 horas)	17.30	Elvas (Forte Graça)	19.30
	Elvas a Badajoz (19 Km; 0.30 horas)	20	Badajoz (dormir)	9
	Badajoz a Valencia de Alcántara (81 Km; 1.31 horas)	10.45	Valencia de Alcántara	13
	Valencia de Alcántara a Marvão (25 Km; 0.25 horas)	13.30	Marvão (Comida)	16.30
	Marvão a Évora (124 Km; 1.45 horas)	18.15	Évora (dormir)	9
4	Évora a Lisboa (133 Km; 1,35 horas)	9.35	Lisboa	17
	Lisboa a Sintra por Estoril (40 Km; 1 hora)	18	Sintra	19.30
	Sintra a Lisboa (31 Km; 0.40 horas)	20.15	Lisboa (dormir)	9
5	Lisboa a Madrid (631 Km; 6,30 horas)	18	MADRID	

Cuadro 2: Cronograma del Itinerario Central.

También la zona es tierra de contiendas y reyertas, con disputas seculares sin solución, hasta el Tratado de Lisboa de 1864, entre Valencia de Alcántara y Marvão, Arronches y Oguela con Alburquerque y Campo Maior y Badajoz, de bilingüismo (en La Codosera) ya en

franco retroceso y de usos mancomunados de pastos. La vecindad, en esta región de condiciones muy duras, ha sido históricamente difícil. También ha supuesto algunos beneficios, sobre todo a través del comercio realizado en las numerosas aduanas establecidas a partir del siglo XIX, y del contrabando. El mayor dinamismo económico, cuando el control fronterizo era más rígido, ha dado origen incluso a pequeñas aldeas, formadas algunas en pleno siglo XX, en el límite de la Raya como El Marco (y su vecina O Marco en Portugal), La Tojera, Bacoco o Casas de la Raya, hoy en franco abandono.

Tanto en Valencia de Alcántara como en Marvão, ya en Portugal, además de analizar las ciudades y su proyección en el complejo proyecto de nominación a Patrimonio de la Humanidad, hay que insistir en esta mixtura cultural, cuyos antecedentes pueden rastrearse en los importantes conjuntos megalíticos que existen a ambos lados de la frontera (magníficos en Valencia de Alcántara y Castelo de Vide, aunque con intervenciones muy duras para habilitar el acceso de los turistas) y, anteriores en el tiempo, en los espléndidos ejemplos de arte rupestre visibles en Alburquerque, en el Risco de San Blas y, ya en Évora, en la Gruta do Escoural.

Asimismo, las soberbias panorámicas que se descubren desde las altas fortalezas de las dos ciudades (a Marvão se la conoce como El nido del Águila) proporcionan una excelente oportunidad para comprender los paisajes naturales en los que se inscriben.

Desde Marvão a Évora, de nuevo en el autocar, se puede apreciar la realidad de las equivalencias y similitudes destacadas como guía durante el trayecto paralelo por el borde español. Si se cumplen los horarios previstos, incluso puede realizarse una marcha rápida por alguna de las rutas señaladas en el Parque Natural de la Sierra de São Mamede que permitirá insistir en la vertiente más naturalista de la excursión.

La ciudad de Évora, en la línea de retaguardia de Elvas, completa el complejo de ciudades abaluartadas de La Raya. El valor de su centro histórico, que atesora importantes vestigios desde época romana, mereció un temprano reconocimiento (en 1986) como Patrimonio Mundial de la Humanidad. Durante su Edad de Oro, entre los siglos XV y XVI, llegó a convertirse en residencia de los reyes portugueses y allí dejaron su impronta los arquitectos y artistas más afamados del momento. Su declive comienza con la anexión española y la posterior

restauración de la independencia portuguesa y, sobre todo, con el viraje definitivo del poder económico y político a la costa. Permanece desde entonces como cabecera de una comarca fundamentalmente agrícola y minera que no termina de despegar. A pesar de su ligero progreso a partir de la década de los ochenta del siglo pasado a raíz de la reapertura de la Universidad, clausurada en el siglo XVIII, y la puesta en marcha de planes de desarrollo apoyados en la construcción de la autovía Lisboa-Madrid, en la actualidad ha retornado a cierto estancamiento apreciable en pérdidas sucesivas de habitantes.

El retraso económico secular de esta región y su fuerte emigración alentaron en su día las mayores protestas contra el desenlace frustrado de la reforma agraria tras la Revolución de los Claveles, especialmente virulentas en la cercana aldea de Montemor-o-Novo, donde perdieron la vida varios campesinos en los choques contra las fuerzas que restituyeron las tierras a los grandes propietarios absentistas.

5. Itinerario meridional. Las paradojas

Se trata de un itinerario complejo con dos ámbitos de frontera bien definidos (figura 4 y cuadro 3): costero, en torno a los espacios protegidos del Parque Nacional de Doñana y el Parque Natural de la Ría do Formosa e interior, centrado en la zona inmediata al embalse de Alqueva. El hilo conductor está en las grandes presiones ejercidas por aprovechamientos contrapuestos sobre un medio natural en plena transformación. El terceto formado por la intensificación de la agricultura mediante regadío, el turismo como oportunidad y el conservacionismo como alternativa novedosa, crea paradojas, contrasentidos e incluso extravagancias a lo largo de todo el trayecto.

La entrada a Andalucía se realiza a través de Despeñaperros, parada obligada para comprender su contenido paisajístico: tanto geomorfológico como la importante imagen cultural que atesora. El primero, destaca por la espectacular verticalidad de las cuarcitas armorianas, sobre las que se desarrolla un magnífico ejemplo de bosque mediterráneo compuesto por encinas, quejigos, madroños, coscojas, brezos y jaras, entre otras especies. Las valoraciones culturales de este cruce, auténtica «puerta de Andalucía» o entrada al «paraíso» nacen de los relatos de los viajeros decimonónicos y sus intensas descripciones después de sus viajes por España y, especialmente, por el sur.

DIAS	Trayectos / duración	Hora de llegada	Lugar de parada	Hora de salida
1	MADRID a Bailén (300 Km; 3,30 horas)	12.30	Desfiladero de Despeñaperros (comida)	14
	Bailén a Sevilla (253 Km; 2.40 horas)	17	Sevilla (dormir)	8
2	Sevilla a Villafranco del Guadalquivir (40 Km; 1 hora)	9	Villafranco del Guadalquivir	10
	Villafranco del Guadalquivir a El Rocío por Almonte (110 Km; 2 horas)	12	El Rocío	13
	El Rocío a Matalascañas (21 Km; 0.30 horas)	13.30	Matalascañas	14.30
	Matalascañas a Médano del Asperillo (15 Km; 0.30 horas)	15	Médano del Asperillo	16
	Médano del Asperillo a El Rocío (15 Km; 0.30 horas)	16.30	El Rocío y ruta por el Parque Nacional de Doñana (comida)	19,30
	El Rocío a Faro (173 Km; 2 horas)	21.30	Faro (dormir)	9
3	-	9	Faro / Parque Natural da Ria Formosa	11,30
	Faro a Moura (205 Km, 2.33 horas)	14	Moura (comida)	17
	Moura a Rosal de la Frontera (47 Km; 0.45)	17.45	Rosal de la Frontera	19.45
	Rosal de la Frontera a Moura	20.30	Moura (dormir)	9
4	Moura a Presa de Alqueva (12 Km; 0.15 horas)	9.15	Presa de Alqueva	10
	Presa de Alqueva a Monsaraz (62 Km; 1,15 hora)	11.15	Monsaraz (comida)	15
	Monsaraz a Mourão (15 Km; 0.20 horas)	15.20	Mourão	16.45
	Mourão a Juromenha (75 Km; 1.15 horas)	18	Juromenha	19
	Juromenha a Olivenza (42 Km; 0.45 horas)	20	Olivenza (dormir)	

5	-	9	Olivenza	11,30
	Olivenza a Puente de Ajuda (13 Km; 0.15 min)	12	Puente de Ajuda	12.45
	Puente de Ajuda a Olivenza y Madrid (437 Km; 4,45 horas)	13	MADRID	20,30

Cuadro 3: Cronograma y paradas del Itinerario Meridional.

Tras la noche en San Juan de Aznalfarache, más económico para pernoctar, además de permitir apreciar, por las dificultades para trasladarse en una periferia bordeada de autovías, el proceso de expansión de la ciudad sobre sus municipios inmediatos, comenzamos la ruta hacia el mundo de Doñana, siguiendo por el sur el curso del río Guadalquivir para entrar a la altura de Puebla del Río en la marisma transformada en arrozales de Isla Mayor. En este lugar, de nombre adoptado en el año 2000 en sustitución de Villafranco del Guadalquivir (antiguo El Puntal), gracias a la colaboración del personal del Ayuntamiento, un guía nos conduce por los intrincados caminos que nos permitirán comprobar la expansión de los arrozales. La gran propiedad, heredera de los tiempos del Marqués de Casa Riera y la Sociedad británico-suiza iniciadora de la transformación, domina el cultivo marismefío. La zona pantanosa, luego de servir para la ganadería extensiva, la caza y la pesca, combinadas con la extracción de sal, de ver fracasar los intentos de desecación, se ha convertido en el principal centro productor de arroz de España, con graves interferencias, entre otras cosas por el uso de algunos fitosanitarios, en el funcionamiento de Doñana y del conjunto de las marismas del Guadalquivir

Desde Isla Mayor nos dirigimos hacia El Rocío a través de Villamanrique de la Condesa observando en este trayecto las intervenciones forestales con *Pinus pinea* realizadas sobre el manto eólico en diferentes etapas históricas y que se completarán con la observación de las masas forestales del interior del Parque Nacional por la tarde. La llegada a El Rocío, siempre sorprendente, para los estudiantes, nos permite introducir los diferentes temas que analizaremos a lo largo del día: en primer lugar, la singularidad del núcleo de El Rocío tanto desde un enfoque urbano como cultural e identitario. Tras ello, el discurrir histórico de la protección de este espacio desde su génesis como Coto a la máxima figura de protección en España: Parque Nacional. En último lugar: La oportunidad de un documento de ordenación territorial procedente de la administración andaluza que presenta numerosas

propuestas de gestión y, la contemplación del arroyo de la Rocina, desbordado por la lluvias primaverales que ofrece un magnífico espectáculo cromático y faunístico.

Este recorrido se completa con la visita a Matalascañas, a pie de playa, en donde se presentan las claves esenciales para comprender la dinámica litoral del Golfo de Cádiz como primer episodio de la obra que completaremos al día siguiente en la Reserva Natural de la Ría de Formosa, ya en Portugal. Antes de la comida recorreremos a pie el Médano de El Asperillo, en la carretera que une Matalascañas con Mazagón encontrando al pie de esta magnífica duna la muestra de esas pequeñas descargas del acuífero que conforman lagunas de tamaño reducido pero de vital importancia para este sistema. Las arenas amarillas están, en parte, ocultas por el denso tapiz de *Pinus pinea* que lo recubre, fruto de las repoblaciones desamortizadoras y que nos acompaña hasta llegar al acantilado sobre una duna fósil sobre el Atlántico en el cual observamos las huellas del retroceso que sufre este sector de la costa de Doñana.

Por la tarde entramos en el Parque Nacional de Doñana recorriendo su trayecto sur con la visita concertada. Estos paisajes, también de frontera, nos sobrecogen a todos. El monte mediterráneo, exuberante en plena floración, oculta una de las faunas más ricas y originales del continente, pero es al llegar a la inmensa marisma cuando el paisaje se transforma totalmente. La sencillez de las líneas horizontales, apenas rotas por algunos ejemplares de vacas mostrencas, se extiende a lo largo de unos 2.000 km² hacia el Norte. Pero es quizás en los corrales, ese ámbito de equilibrio entre el avance de los trenes de dunas y la pervivencia de los rodales de *Pinus pinea*, herederos de las antiguas repoblaciones, en donde el paisaje de Doñana llega a la máxima particularidad. Nos despedimos de esta visión con un inmenso atardecer sobre el mar Atlántico.

El trayecto en autobús por la costa del Algarve, prolongado al día siguiente hasta la desviación hacia el Norte en Padierne, posibilita apreciar el desarrollo del turismo de la región, de calidad medio-baja en la zona más cercana a la frontera y más alta en el área oriental, donde se multiplican los campos de golf y las urbanizaciones cerradas. Este turismo litoral, que ya supera la mitad de toda la cuota turística de Portugal, basado en el sol y la playa, se ha mostrado muy agresivo en la ocupación del territorio.

1. CARACT. HISTÓRICO DE BÉVILA

OBJETIVO: Caracterización del estado actual del casco histórico. Tras el análisis de la morfología del casco histórico del casco, se debe realizar un plan de la ciudad a escala, analizando su estructura, la disposición del patrimonio y la zona arqueológica, así como el grado de equilibrio con los nuevos edificios que se pretenden construir.

METODOLOGÍA DE TRABAJO: Fotografiar las acciones más relevantes referidas al paisaje, urbanización y al grupo, mediante croquis de referencia y grabar el plano correspondiente. Se debe plantear acciones de conservación que permitan mejorar la calidad de la estructura del área de casco histórico y garantizar la conservación del área de casco histórico de la zona arqueológica. Se debe hacer un croquis de las actuaciones más relevantes y las actuaciones a realizar más adelante.

ACTUACIONES:

VALORACIÓN:

4. GESTIÓN Y PLANIFICACIÓN EN LOS ESPACIOS NATURALES PROTEGIDOS (SINY) Y SU ENTORNO

OBJETIVOS: Comparar la situación de dos espacios naturales protegidos en España (Ordesa y Pineta) y Portugal (Pico Formoso). Resaltar la falta concordancia de valores y las problemáticas dentro de los dos (CIE) y su entorno.

PICO FORMOSO (ENTORNO DE BÉVILA)			
ESPACIO NATURAL PROTEGIDO		ENTORNO	
VALORES	PROBLEMAS	VALORES	PROBLEMAS

ESPACIO NATURAL PROTEGIDO			
ESPACIO NATURAL PROTEGIDO		ENTORNO	
VALORES	PROBLEMAS	VALORES	PROBLEMAS

2. PARADAJES DE BÉVILA Y SU ENTORNO

OBJETIVO: Identificar y valorar los diferentes paisajes de Bévila. Utilizar el mapa de unidades de paisaje de Bévila a escala 1:1000.

PAISAJE:

PAISAJE:

5. LOS MONUMENTOS Y LAS DEFENSAS

OBJETIVOS: Reconocer este sistema arquitectónico y sus características fundamentales. Reconocer las diferencias morfológicas entre las defensas españolas y las portuguesas. Para ello se compararán ambos tipos.

	MONUMENTOS	DEFENSAS
Características morfológicas		
Organización del espacio urbano		
Uso y aprovechamiento		
Integración general de los edificios de conservación		
Políticas de conservación del patrimonio		

3. CIUDAD

OBJETIVO: Relación del casco histórico de la ciudad. Se trata de hacer una matriz básica, mostrando fortaleza y debilidades, que permita un diagnóstico general del casco. Cada una de ellas será identificada, fotografiada y comentada brevemente.

FINES DE LA DEFINICIÓN DE OBJETIVOS: Realizar el recorrido. Preservar el patrimonio construido. Morfológicamente orgánico, urbano. Entender la morfología y contribuir a su preservación que valore singularmente. Resaltar la importancia de una y otra y su morfología. Realizar el croquis con los elementos más relevantes sobre la ciudad. Resaltar la importancia de la urbanización y edificación. Garantizar una elevada calidad ambiental (paisaje, edificios, equipamiento, etc.). Caracterizar el estado con el resto de la ciudad anterior al asentamiento y los edificios urbanos.

OBJETIVOS	COMENTARIO

6. EVALUACIÓN DE ACCIONES

OBJETIVO: Establecer una carta de director de un plan de conservación de este patrimonio histórico. Tener en cuenta, para ello, la gestión del uso del agua y su gestión y las consecuencias negativas (como falta de artefactos). Establecer medidas de DUEM.

OBJETIVOS:

OBJETIVO: Saber de la rehabilitación efectuada en la ciudad.

METODOLOGÍA DE TRABAJO: Identificar al menos 4 actuaciones, fotografiarlas y realizar una valoración. En el comentario deben exponerse dos cuestiones que caractericen el funcionamiento de la ciudad de la rehabilitación, el valor patrimonial concreto del elemento y su relación actual en una ciudad dinámica.

ACTUACIÓN 1	VALORACIÓN

Figura 5: Fichas de trabajo de los estudiantes. Itinerario Meridional.

La visita al reducido recinto amurallado de Faro¹³ por la mañana, tras dormir en la ciudad, permite ahondar más en las paradojas advertidas durante el paseo nocturno que todos han debido hacer para cenar y disfrutar de un tiempo de asueto. La desorganización de lo que fue la ciudad histórica, que han debido advertir, es completa. Edificios de todas las alturas, dimensiones y materiales conviven en un callejero desposeído de toda referencia a su pasado, incluyendo las últimas defensas abaluartadas que han desaparecido. Las escasas calles peatonalizadas, con su adoquinado típicamente portugués y con las fachadas remodeladas, resultan un escenario precario, que no puede ocultar la pobreza y la destrucción de la ciudad. La entrada principal al Algarve, como se conoce a su capital desde la apertura a mediados de los sesenta del aeropuerto internacional, centro de servicios para toda la región, no ha alcanzado aún el equilibrio entre desarrollo, patrimonio y calidad de vida. La Ciudad Vieja (Vila Adentro), de apenas 6 hectáreas

¹³ Portugal dispone de un sistema de Información del patrimonio arquitectónico y urbano abierto a su consulta libre en la Red (<http://www.monumentos.pt>). Mantiene, para cada uno de los elementos inventariados (conjuntos, monumentos, paisajes y sitios), mapas, croquis y fotografías, además de un informe sobre sus características.

de superficie, no ha llegado en mejores condiciones. Se ha perdido su lectura histórica (en gran parte por la destrucción del castillo, convertido en fábrica de cerveza ahora abandonada), el paisaje es pobre y decadente. Ambos extremos se pretenden superar ahora a partir de intervenciones en la muralla, la remodelación de edificios monumentales para ser ocupados por organismos o instituciones públicas y, sobre todo, con un tardío proyecto, todavía sin ejecutar, de recuperación del frente ribereño, deteriorado por el ferrocarril que lo contornea.

Después de ver la ciudad de Faro nos dirigimos en el autobús hacia la Praia de Faro atravesando los limos grises y los oscuros suelos de este singular espacio lacustre, el más extenso de Portugal, que se constituye como un laberinto de canales, marismas, bancos de arena, etc. a lo largo de más de 18.000 hectáreas. Este espacio fue protegido en 1978 otorgándosele la categoría de Reserva Natural. Pese al nombre impuesto en tiempos recientes, este territorio no es, ni mucho menos una ría, sino un original sistema lacustre formado por cinco islas barrera y dos penínsulas. La mencionada playa de Faro está localizada en la península más occidental y se accede a ella a través de un vial que cruza un puente, el cual atravesamos a pie observando la avifauna que se alimenta de los sedimentos en las mareas bajas y los mariscadores que aprovechan también este momento de bajamar. Ante la vista inmensa del Atlántico que lame y organiza los sedimentos marinos, Praia de Faro aparece como un asentamiento caótico y especialmente disarmónico con el resto del paisaje. Este núcleo, localizado sobre el cordón dunar que forma la península de Ansão, se construyó en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, modificando la dinámica litoral a través de retrocesos en la línea de costa y provocando riesgos importantes para la población residente.

Tras salir de Praia de Faro, la ruta hacia el Norte nos permite recorrer las duras tierras del Alentejo, hablar de la gran propiedad, los montados, la pobreza y la emigración. Entender el fracaso de la reforma agraria facilita comprender las esperanzas infundidas por la construcción del embalse de Alqueva, próximo destino al que accederemos por su extremo meridional. Su presencia constituye la mayor paradoja de todo el viaje, el emplazamiento del mayor lago artificial de Europa en una región individualizada por Saramago (1999:224) como la grande y ardiente tierra de Alentejo. La rotundidad del nuevo paisaje del agua, su extensión, sus implicaciones económicas, que han convertido la venta y reparación de embarcaciones en una de las primeras industrias locales, exigen un tratamiento detenido y desde ángulos diversos.

En Moura, la primera ciudad visitada, en esta excursión meridional, que forma parte del proyecto de ciudades abaluartadas Patrimonio de la Humanidad, se manifiesta ya la relevancia de la construcción de la gran presa de Alqueva pero, sobre todo, se percibe la fuerza de la frontera sobre el paisaje. La vista desde el castillo, todavía sin reformar íntegramente, que alcanza a la lámina de agua de Alqueva en el horizonte, es espectacular. El caserío, protegido por la altura del cerro cuarcítico donde se instala, se funde, tras un minúsculo ruedo, con los olivares y las dehesas de alcornoques y encinas que prácticamente enlazan con el embalse. Las explicaciones sobre las denominadas contiendas introducen los conflictos entre poblaciones ganaderas en terrenos inhóspitos y poco fértiles que continuaremos en Rosal de la Frontera.

Todo el paisaje de esta zona, entre los ríos Chanza y Ardila, a ambos lados de la frontera, está marcado por los conflictos permanentes en torno a su trazado (Martín, 2002). Desde los tiempos de la conquista, los límites entre las villas de ambos reinos, en la orilla izquierda del Guadiana, son disputados, al tiempo que se mantiene, aunque con choques continuos entre los pobladores, el uso común tradicional de montes y baldíos. La pugna afectó incluso a los propios núcleos que bascularían entre la jurisdicción portuguesa y española tras las sucesivas guerras entre ambos. Para garantizar y legitimar la ocupación, primero las órdenes militares y luego los reyes otorgarían beneficios fiscales y aduanas, construyendo al tiempo fortificaciones, baluartes y torres que perduran en la toponimia aunque su estado de conservación sea muy variable. En Portugal se permitió incluso la repoblación con convictos (*coutos de homiziados*). En el otro lado, vecinos de Encinasola repoblarían Barrancos, abandonada tras la derrota musulmana, que sería adjudicada sin embargo a Portugal en el siglo XVI, cuando se regulan las tierras de La Contienda. Éstas suponen casi 124 Km donde sólo se permitirá, desde entonces, el aprovechamiento ganadero a los vecinos de Moura en Portugal y Aroche y Encinasola en España. En 1926, cuando se firma el Convenio definitivo de Límites, fijando la frontera actual, los montes poseerán una riqueza y diversidad difícilmente igualable en otros parajes. Es también la historia de aldeas abandonadas tras enfrentamientos continuos, como Noudar y tardías fundaciones, como Rosal de la Frontera. La visita rápida a este núcleo permite plantear todas estas cuestiones, además de conocer esta población, de trazado regular clásico, fundada en 1834, ante la gravedad de la despoblación del término de Aroche.

Los contenciosos históricos, que han dejado su huella sobre el paisaje, tienen su contraposición, en la actualidad, en el desarrollo todavía incierto, de la Eurorregión Alentejo-Centro-Extremadura (EUROACE), ya mencionada, creadora de proyectos transfronterizos aún sólo de trasfondo cultural y político¹⁴.

Tras regresar a Moura para dormir, la jornada siguiente está dedicada a las nuevas «Tierras del Gran Lago de Alqueva», espacio transfronterizo que engloba siete municipios portugueses (Alandroal, Moura, Mourao, Portel, Reguengos de Monsaraz, Serpa y Vidigueira) y cinco extremeños (Alconchel, Cheles, Olivenza, Táliga y Villanueva del Fresno) donde se impulsan, bajo este sello de calidad, nuevas opciones turísticas y, en menor medida, el abastecimiento de agua potable y el regadío¹⁵.

Comienza con una primera parada ante la presa, para apreciar sus dimensiones, es decir, la envergadura del despropósito, hecho desoyendo las recomendaciones de especialistas que sugerían como alternativa la ejecución de pequeños embalses. Después nos trasladamos al núcleo amurallado de Monsaraz, convertido prácticamente en museo tras la fundación, en el llano de Reguengos

¹⁴ En el territorio de EUROACE (<http://www.euro-ace.eu/>) se han creado además nuevos organismos de cooperación transfronteriza entre municipios a ambos lados de la frontera, entre los que se encuentran Extremalentejo (http://www.portugalcentro.pt/noticias/ver_noticia.php?id=12142), la Asociación Transfronteriza de los Municipios de las Tierras del Gran Lago Alqueva (ATMTGLA) (http://atmtgla.eu/index_es.html) y la Agrupación 7x7 (<http://7x7.cm-evora.pt/>).

¹⁵ Las visiones sobre la presa y sus repercusiones territoriales son múltiples y variadas. En una rápida selección podrían mencionarse, para el contexto legal, a Barreira (2008); como balance más ajustado del Proyecto de Fines Múltiples de Alqueva, que dirige los aprovechamientos en la región a Zamora y Beltrán de Heredia (2006), el Estudio y Plan Territorial del Área de Influencia del Embalse de Alqueva en España ha sido realizado por el equipo de Ezquiaga (2009) y una perspectiva más crítica, desde la construcción de nuevas identidades puede leerse en Wateau, (2005). GESTALQUEVA, la empresa pública que gestiona la presa tiene abundante documentación en su Web, incluyendo los planes existentes en la parte portuguesa (<http://www.gestalqueva.pt>). La página web oficial de turismo, sólo para Portugal, (<http://www.turismoalqueva.pt/>) ofrece también información valiosa, con visitas virtuales a todas las ciudades en las que se da protagonismo absoluto al agua. Para España, debe consultarse la Web de turismo de la Junta de Extremadura (<http://www.turismoextremadura.es>). El folleto publicado por la Junta da cuenta de las aspiraciones turísticas despertadas (<http://www.culturaextremadura.com/descargas/DMZNas/Turismo/MAPA%20DESPLEGABLE%20ALQUEVA%20ESPA%C3%91OL.pdf>).

de Monsaraz, cabecera actual del término. El panorama del embalse desde este núcleo, situado en cerro, es el más amplio y también el más sobrecogedor porque pugnan en su apreciación el atractivo que otorga el agua con la agresión injustificable que supone una gran presa en esta zona. Las dimensiones del embalse, de más de 250 Km¹⁵, de los cuales 35 se sitúan en territorio español, son excepcionales (por tamaño y anacronismo de la intervención). Son muchos los aspectos a presentar y debatir (figura 5): la destrucción de los hábitats catalogados en el Guadiana Internacional, la desaparición bajo las aguas de importantes vestigios culturales (incluyendo la Aldeia da Luz, cuyos 370 habitantes fueron trasladados en beneficio de la región a una Nueva Aldeia da Luz), más de un millón trescientos mil árboles fueron arrancados, en la mayor tala contemporánea europea, para evitar que el agua se pudriera... Y también las alternativas para el desarrollo, fundamentales en una región de escaso dinamismo: el abastecimiento de agua, la energía, el regadío y las nuevas opciones turísticas. En fechas recientes, se han elaborados los planes territoriales correspondientes a los sectores portugués y español¹⁶ con documentación muy completa sobre estos aspectos.

Tras las vistas contempladas desde lo alto y el paseo por la ribera del lago artificial, es hora de acceder al conjunto fortificado de Monsaraz, cuya morfología merece especial atención. Su conservación es magnífica, en un emplazamiento inexpugnable junto al río que hace más espléndidas sus defensas, reforzadas en el siglo XVII según el estilo Vauban. Se pueden reconocer y valorar todos los elementos de la arquitectura militar dada la calidad de sus obras defensivas interiores y exteriores. El paseo por su interior es también muy sugerente, con su callejero absolutamente regular y el caserío blanco, dispuesto en torno a las curvas de nivel, que tiene como cimientos la dura roca cuartíctica.

De nuevo en el autocar, cruzamos el Guadiana, en realidad el pantano, por un largo puente que nos concede un nuevo testimonio de su amplitud, hasta Mourão. La ciudad, extendida por las tierras más llanas a las faldas del castillo medieval, reforzado con baluartes y revellines en época moderna, ha adquirido una vitalidad reciente basada en

¹⁶ Se trata del Plan Regional de Ordenación del Territorio de la Zona envolvente del Embalse de Alqueva (PROZEA) (<http://www.gestalqueva.pt/ingles/imagens/PROZEA.pdf>) y del Plan Territorial del Entorno del Embalse de Alqueva (Memoria de Análisis y Diagnóstico <http://sitex.juntaex.es/sias/Territorial/Inicio.asp>).

el turismo que ya es apreciable. De nuevo las vistas desde el castillo, del agua, de los olivares y las dehesas, son soberbias, alcanzando hacia el este el territorio español sin obstáculos.

Merece la pena completar el día con la visita a la antigua fortaleza de Juromenha. El viejo núcleo, aislado en una elevación junto al margen del Guadiana, domina perfectamente los territorios portugueses y españoles. Se mantienen suficientes restos, castillo, murallas y baluartes, así como la entrada principal, gracias a sucesivas campañas de recuperación, para apreciar la importancia del enclave. Su convulsa historia, pasando de manos portuguesas a españolas, su papel en las sucesivas guerras y su deterioro progresivo, en el que también interviene el terremoto de Lisboa y una peste tardía, desembocan, a inicios del siglo XX, en un proceso de declive que concluye con el abandono y traslado al llano de los pocos habitantes que restaban. Incluso desaparece como cabecera municipal, para ser absorbido por Alandroal. Desde allí, el desplazamiento a Olivenza, a la que pudimos distinguir desde las ruinas del castillo de Juromenha, se realiza mediante un complicado rodeo que prueba, una vez más, el desamparo de la frontera. Las tensiones en esta última zona, cuya demarcación no ha sido todavía ratificada, han impedido, hasta fechas muy recientes, la mejora de las comunicaciones entre ambos países.

El reconocimiento de la ciudad se realiza a la mañana siguiente, mediante un agradable paseo por un entorno muy cuidado y bien conservado. A lo largo del recorrido podremos advertir las numerosas huellas de su largo periodo de pertenencia a la corona de Portugal, incluyendo la esfera armillar y las columnas de estilo manuelino de su Ayuntamiento. La reutilización de edificios militares se acomoda a las necesidades de los vecinos, con mayor respeto por la arquitectura en el caso del cuartel convertido en centro asistencial o menor, como en el baluarte transformado en auditorio. En cualquier caso Olivenza aparece como una ciudad viva que ha sabido vencer las presiones especulativas y mantener un saludable equilibrio entre renovación y conservación.

Esta trayectoria no ha alejado a Olivenza del proyecto de las Tierras del Gran Lago de Alqueva y espera, al tiempo que apoya la propuesta del itinerario de ciudades abaluartadas, convertirse en un importante centro de deportes náuticos, controlado desde el embarcadero abierto en la aldea de Villarreal, situada en su término. La confusión de identidades en esta zona de frontera engendra paradojas como la coincidencia en

la reciente inauguración del Centro de Interpretación de los Recintos Fortificados, con maquetas y paneles explicativos de los 3 núcleos de la zona española, en el vecino Alconchel, con la entrega de los primeros diplomas para los Guías de Turistas y Visitantes de las Tierras del Gran Lago de Alqueva que, en las 690 horas de formación, habían tenido que aprender nociones de inglés y portugués y, sobre todo, habían adquirido el título homologado de monitor de piragüismo¹⁷.

Como remate de la excursión, nos desplazaremos al cercano puente de Ajuda, donde perdura más claramente el último contencioso fronterizo. Allí, viendo las ruinas del viejo puente y la silueta del nuevo, inaugurado hace casi una década, podremos comprender la tozudez de los viejos enfrentamientos (Cajal, 2003). Portugal ya había dejado claro en 1995 que persistía en su posición de no reconocimiento de la soberanía española sobre la comarca de Olivenza, arrebatada en la guerra de las naranjas de principios del siglo XIX y nunca reconocida la cesión, entregando la documentación sobre las repercusiones de la presa de Alqueva en el suelo español bajo el título de Territorio de España y de Olivenza. Años más tarde, un tribunal impidió a las autoridades portuguesas permitir la rehabilitación, por parte española, del viejo puente del siglo XVI, destruido doscientos años después durante la guerra de Sucesión, que comunicaba Olivenza con Elvas. El nuevo, levantado unos cientos de metros aguas abajo, fue sufragado por Portugal en reciprocidad por la todavía imposible rehabilitación del viejo a cuenta española. Parece que esta frontera seguirá siendo una línea divisoria en la mente de algunos representantes del más rancio nacionalismo.

Bibliografía

- Alonso, F. (2010), «Viaje por los castillos y fortalezas de la frontera hispano-portuguesa», *Amigos do Arqueolóxico A Coruña*, Boletín nº 19, p. 23-32.
- Barreira, A. (2008), «La gestión de las cuencas hispano-portuguesas: El Convenio de Albufeira», Fundación Nueva Cultura del Agua, Jornada de Presentación de Resultados en Sevilla, (<http://www.unizar.es/fnca/varios/panel/54.pdf>).
- Caballero, A. (2009), «Fronteras compartidas. La Raya Centro-Ibérica», *Revista de Estudios Extremeños*, Tomo LXV, Número I, p. 417-448.

¹⁷ Extremadura al día@ (04/06/2010, <http://www.extremaduraaldia.com>).

- Cabero, V. (2004), *Iberismo y Cooperação: Passado e Futuro da Península Ibérica*, Guarda, Centro de Estudos Ibéricos, Câmara Municipal de Guarda, 130 p.
- Cabo Alonso, A. (1988), «Naturaleza y paisaje en la concepción geográfica de Manuel de Terán», en Gómez Mendoza, J. y Ortega Cantero, N.: *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza Universidad, 135-150.
- Cajal, M. (2003), *Ceuta, Melilla, Olivenza y Gibraltar. ¿Dónde acaba España?*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 303 p.
- Campesino Fernández, A.J. (2006), «Ciudades abaluartadas de la Raya Ibérica: de frontera a paisaje cultural», *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, nº 60, p. 74-83.
- Cancela Outeda, C. (coord.) (2008), *Cooperación transfronteriza: comparando las experiencias ibéricas*, Santiago de Compostela, Tórculo Edicións, 2008.
- Cordero Torres, J.M. (1960), *Fronteras Hispánicas: Geografía e Historia, Diplomacia y Administración*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 470 p.
- Cruz Villalón, M. (coord.) (2007), *Ciudades y núcleos fortificados de la frontera hispano-lusa. El territorio de Extremadura y Alentejo. Historia y Patrimonio*, Cáceres, Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, 301 p.
- D.G. De Fondos Comunitarios (España) / D.G. De Desarrollo Regional (Portugal) (2007), *Programa Operativo de Cooperación Transfronteriza España-Portugal (2007-2013)*, 154 p. (Disponible en la Web oficial <http://www.poctep.eu>).
- Ezquiaga, J.M. (dir.) (2009), *Plan Territorial del Área de Influencia del Embalse de Alqueva*, Dirección General de Urbanismo, Arquitectura y Ordenación del Territorio, Junta de Extremadura. (<http://sitex.juntaex.es/sias/Territorial/Inicio.asp>).
- Guichard, F. / López Trigal, L. / Marrou, L. (coord.) (2000), *Itinerarios transfronterizos en la península Ibérica*, Zamora, Fundación Rei Alfonso Henriques, 298 p.
- Herrero De La Fuente, A.A. (coord.) (2002), *La Cooperación Transfronteriza Hispano-Portuguesa en 2001*, Madrid, Tecnos, 251 p.
- Martín Martín, J.L. (2002), «La tierra de las contiendas: Notas sobre la evolución de la raya meridional en la Edad Media», *Norba. Revista de historia*, nº 16, 1, (1996-2003), p. 277-293.
- Martínez De Pisón, E. (2010), «Consideraciones sobre una excursión: el sentimiento del Guadarrama», en Ortega, N. / García, J. y Mollá, M. (ed.): *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*,

- Madrid, UAM ediciones – Universidad Carlos III - AGE, p. 23-32.
- Medina García, E. (2006), «Orígenes históricos y ambigüedad de la frontera hispano-lusa (La Raya)», *Revista de Estudios Extremeños*, Vol. 62, nº 2, p. 713-723.
- Ministerio De Política Territorial (2010), *La Cooperación Transfronteriza realizada por las entidades territoriales españolas*, Madrid, Secretaría de Estado de Cooperación Territorial, 31 p. (versión digital disponible en <http://www.mpt.es>).
- Mitchell, D. (2002), «Cultural landscapes: the dialectical landscape – recent landscape research in human geography», *Progress in Human Geography*, 26/3, p. 381–389.
- Mollá Ruiz-Gómez, M. (2006), «Excursionismo y visión del paisaje», en Ortega Cantero, N. (ed.): *Imágenes del Paisaje*, Madrid, Fundación Duques de Soria - UAM ediciones, p. 229-250.
- Mora, J. / Pimienta, M. / García, S. (2005), «La iniciativa comunitaria INTERREG III en España», *Boletín de la A.G.E.*, nº 39, p. 267-284.
- Ojeda Rivera, J. F. (2006), «A Doñana desde Sevilla. Itinerario guiado de aproximación a Doñana desde la cultura», en López Ontiveros, A./ Nogué, J./ Ortega Cantero, N. (coord.): *Representaciones culturales del paisaje. Y una excursión por Doñana*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Asociación de Geógrafos Españoles (Grupo de trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico), p. 215-260.
- Ortega Cantero, N. (1988), «La experiencia viajera en la Institución Libre de Enseñanza», en Gómez Mendoza, J. y Ortega Cantero, N.: *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza Universidad, p.67-88.
- Ortega Cantero, N. (2001), *Paisaje y excursiones*. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama, Madrid, Editorial Raíces, 333 p.
- Quasar Consultores (2007), *Análisis de los proyectos Incluidos en el Programa INTERREG III-A de Cooperación Transfronteriza España-Portugal 2000-2006. Informe de Buenas Prácticas*, Ministerio de Economía y Hacienda, 116 p. (versión digital disponible en <http://www.poctep.eu>).
- Rocha Medeiros, E. J. (2009), *A Cooperação Transfronteiriça na Raia Ibérica. Uma síntese geográfica dos impactes territoriais do INTERREG-A*, Lisboa, Centro de Estudos Geográficos da Universidade de Lisboa, 91 p. (http://www.ccmr.ualg.pt/gostodofrio/ct/pub_ceg_em.pdf).
- Saramago, J. (1999): *Viaje a Portugal*, Colección Millenium, Biblioteca El Mundo nº 98, 413 p.

- Sobrido Nieto, M. (2004), «El Tratado Hispano-Portugués sobre la Cooperación Transfronteriza Territorial», Revista Electrónica de Estudios Internacionales, (http://www.reei.org/reei8/SobridoPrieto_reei8_.pdf).
- Trillo Santamaría, J.M. (2010), «Territorios, paisajes y lugares de memoria transfronterizos. Jano y Némesis, dos dioses para la frontera», en Ortega, N. / García, J. y Mollá, M. (ed.): Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio, Madrid, UAM ediciones – Universidad Carlos III - AGE, p. 27-258.
- Wateau, F. (2005), «Construcción de presas, reconstrucción de identidades. Juegos de poder en la península Ibérica», en REINA, L. et al. (eds.): Identidades en juego, identidades en guerra, México, Publicaciones de la Casa Chata, p. 315-337. (http://halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/50/99/50/PDF/_24b_Ateliers_VE_2005.pdf).
- Zamora, B. / Beltrán De Heredia, J. (2006), «Calidad y aprovechamientos de las aguas del Guadiana transfronterizo extremeño alentejano», Revista de Estudios Extremeños, vol. 62, nº 3, p. 1189-1244.
- Zoido Naranjo, F. (2009), «El Convenio Europeo del Paisaje», en Busquets, J. / Cortina, A. (coord.): Gestión del paisaje, Barcelona, Ariel, p. 299-315.

El viaje como aprendizaje significativo y pertinente. Crónica de una experiencia andaluza

Buenaventura Delgado Bujalance, Francisco José Torres Gutiérrez, Antonio García García y Juan Francisco Ojeda Rivera

Universidad Pablo de Olavide

1. Introducción

Creemos que el viaje es una experiencia que enriquece los procesos de enseñanza y aprendizaje de las materias de ciencias sociales en todos los niveles del sistema educativo. Este potencial pedagógico se relaciona con el carácter significativo y pertinente de esta actividad docente. Carácter significativo, pues el viaje tiene un marco de referencia vital, vinculado a la historia de la humanidad como fuente de conocimiento. En consecuencia, es una experiencia social asumida y compartida, de ahí su tradición y riqueza que se manifiesta en diferentes modalidades de viaje (placer, trabajo, iniciático, pedagógico, etc.). Pertinente, pues conecta, por un lado, con las inquietudes y necesidades de un mundo cada vez más global; por otro, porque responde a los objetivos y métodos de la Geografía, una disciplina que, por su carácter fronterizo, está especialmente capacitada para el descubrimiento y la sorpresa.

El área de Análisis Geográfico Regional de la Universidad Pablo de Olavide no sólo ha asumido estas premisas, sino que durante los últimos diez años y a partir de la Geografía de Andalucía de cuarto de humanidades, ha ido desarrollando una experiencia de viaje por los paisajes de Andalucía que se ha ido extendiendo a cada vez más profesores y alumnos.

Desde tan buena acogida, los profesores del área hemos decidido componer este texto como un medio para reflexionar sobre una práctica que consideramos valiosa por las siguientes razones pedagógicas:

- Rompe el marco excesivamente rígido de los diseños académicos de las disciplinas universitarias. Rigidez que se ha ido acentuando con las últimas exigencias de elaboración de guías docentes, cuyo formato se parece más a un contrato mercantil rígido que a un instrumento de orientación flexible del trabajo universitario.

- Obliga a enfrentarse a procesos que, aunque se recogen en las diferentes propuestas académicas, evolucionan como parte de la realidad que se desarrolla fuera del aula. De este modo, el viaje se plantea como un reto de aprendizaje en el que los contenidos curriculares y nuestras percepciones se enfrentan al mundo y sus problemas.
- La capacidad del viaje para generar conflictos cognitivos hace de esta actividad un instrumento que va más allá de los habituales análisis, ya que, al mostrar cómo nos afectan los elementos y procesos de la realidad, facilita la comprensión de la misma.
- El viaje, por su propia dinámica, enfrenta a los alumnos directamente con los paisajes, facilitando la comprensión de un concepto que combina la aparente sencillez de lo sensorialmente más evidente con la complejidad de una síntesis poliédrica de lo ambiental, económico, social y cultural.

Con este texto no sólo se pretende mostrar nuestra propia reflexión sobre una experiencia pedagógica que consideramos bastante eficaz, sino que, además, se intenta producir un intercambio de conocimientos como forma de enriquecer nuestra práctica educativa y reconceptualizar nuestras inquietudes docentes.

2. Bases pedagógicas y conceptuales del Viaje por Andalucía

A lo largo de los diez años de experiencia, nuestro viaje por paisajes de Andalucía ha ido adquiriendo cada año más protagonismo en nuestra enseñanza de la Geografía, hasta el punto de haberse convertido en el instrumento más eficaz para mostrar el genuino método geográfico pues, en su desarrollo, permite compaginar los diversos procedimientos y perspectivas del mismo.

Tiene un carácter empírico y procesual que, partiendo de una experiencia que incorpora informaciones muy diversas, genera procesos inductivos de acumulación colectiva de un capital de conocimiento.

Tiene, además, un carácter teórico, pues la experiencia se articula a través de una propuesta deductiva que funcionará como una plataforma

de conceptos organizados. Una plataforma inicialmente didáctica, respondiendo a una visión particular del modelo de enseñanza de la Geografía que pretendemos construir:

- Activa: intentando compaginar, de acuerdo con E. Morín, las tres fases del proceso cognitivo (información, conocimiento y sabiduría) necesarias para enfrentarse a un mundo complejo.
- Crítica: valorando las distintas realidades y provocando el descubrimiento de sus problemas y potencialidades.
- Cognitiva: adecuada, en nuestro caso, a la profundidad propia de los estudios universitarios. En este sentido, la propuesta pedagógica se sitúa en el horizonte de interdisciplinariedad conceptual, operativa y metodológica planteada por R. Marín (1979). Desde ella se compaginan los saberes de los distintos componentes del grupo con las realidades que van surgiendo a lo largo del viaje. La interdisciplinariedad aquí es imprescindible para mantener el equilibrio entre los intereses y conocimientos de los distintos agentes que se intercambian a través de la información que el medio va proporcionando.
- Contextual: vinculada al modelo de estudios propios de cada contexto académico y a la inmersión comprometida en los territorios y paisajes de nuestra Comunidad Autónoma.

Desde la inmersión paisajística, el proyecto está obligado a manejar los conceptos y métodos que aporta la Geografía como ciencia del paisaje. Es más, el paisaje se está convirtiendo en un tópico referencial, asumido por la sociedad. El sistema educativo parece asumir este interés social, aunque ello aun no ha generado una presencia sustantiva en los contenidos curriculares de las enseñanzas en sus distintos niveles, en los que el paisaje parece una realidad más latente que real. Desde esta perspectiva el viaje pedagógico facilita la comprensión y lectura de una realidad que conecta con diversos registros referenciales:

- Conceptuales: implica entender que el paisaje es una realidad compleja. Es fisonomía y percepción de cualquier sector de la superficie terrestre en la que coinciden e interrelacionan un conjunto de elementos, enmarcados en unos límites definidos por las diferencias que muestran otros paisajes con distinto carácter.

Las interrelaciones entre naturaleza, sociedad y culturas son dinámicas, evolucionan en el tiempo (Troll, 1983; Zoido, 2002; Bolós, 1992; Pisón, 2000; Burel y Baudry, 2002.). Precisamente es en esta interrelación dinámica donde emerge la singularidad del paisaje como algo que trasciende al ambiente, al sistema y al territorio (Delgado y Ojeda, 2007). Pero en el viaje nos interesa transmitir cómo el paisaje empieza cuando comienza la emoción, o sea, es una experiencia fundamentalmente estética. Cada sociedad que se relaciona con su medio construye inicialmente sus paisajes con una función utilitaria (Luginbühl, 1992). Sin embargo es la experiencia estética la que transforma esta realidad útil en paisaje (Roger, 1997). De este modo la categoría paisaje orienta metodológicamente la pedagogía del viaje por Andalucía a la convergencia del análisis de los procesos materiales generadores de diferentes realidades territoriales con la contemplación, percepción y valoración polisensorial de dichas realidades.

- Sociales: El paisaje es una realidad que pone de manifiesto la relación de la calidad ambiental con la calidad visual. En este sentido, el viaje debe fomentar una creciente conciencia paisajística que, como recoge N. Ortega (1987, pp. 68-73), responde a una larga tradición geográfica: «Conocer la naturaleza y el paisaje es un empeño que concierne a todas las facultades del sujeto: es un empeño humano que se ve favorecido –no interferido– por el simultáneo ejercicio de sus aptitudes intelectuales y de sus recursos éticos y estéticos... Todo esto es lo que, en mi opinión, ofrece el punto de vista geográfico... en el que arraigan fructíferamente intenciones y actitudes epistemológicas auspiciadas por el moderno espíritu romántico..., (por su parte) la perspectiva regional o corológica del conocimiento geográfico, según se ofrece en sus mejores intérpretes, constituye una forma valiosa y coherente de concretar y concentrar el ejercicio de aquel punto de vista abierto e integrador que puede reconocerse, desde las aportaciones de Humboldt y Ritter, en la tradición geográfica decimonónica...».
- Vivenciales: hemos visto que el viaje es un recurso pedagógico que permite la conexión directa de cada alumno con el espacio geográfico visitado. Es un medio didáctico de gran potencia dialéctica en el que la realidad concebida de acuerdo a diversos intereses, objetivos y expectativas se enfrenta a la realidad vivida. Por ello, metodológicamente nuestro viaje propone frente a la razón científica clásica una perspectiva fenomenológica crítica. Así entendemos que los conocimientos académicos nos aportan la

posibilidad de elaborar y fundamentar sugerentes hipótesis; pero la pertinencia de estas hipótesis como fuente de conocimiento se materializa en el contacto con la realidad. Esta perspectiva ha mostrado su utilidad para generar una dinámica de compromiso individual y grupal con el viaje.

3. El Proceso de gestación del viaje por Andalucía: historia y protagonistas

Nuestros viajes o excursiones pedagógicas por Andalucía tienen ya una historia y unos protagonistas. Como se ha dicho, la historia recoge el proceso de acumulación de un capital colectivo, pero, además, el viaje es una obra grupal, es la obra de unos actores que interactúan en una verdadera comunidad de aprendizaje que se enriquece en la medida que se implican.

3.1. Una historia

La universidad no parece una institución especialmente preocupada por las cuestiones de tipo didáctico. En este sentido, su poca permeabilidad hacia cuestiones habitualmente vinculadas a los otros niveles de la enseñanza, explica que, con algunas excepciones, y al menos en ciencias sociales, la preocupación por los problemas pedagógicos de las distintas materias haya sido escasa. Sin embargo, creemos que esta situación está cambiando y desde diferentes áreas de conocimiento se reflexiona sobre qué enseñar y cómo enseñar.

En relación con la Geografía, el profesor Estébanez y la propia AGE (al menos los grupos de trabajo de Didáctica de la Geografía y de Pensamiento Geográfico), pueden considerarse exponentes de estas preocupaciones. En el área de Análisis Geográfico Regional también estas cuestiones han estado presentes al menos como respuestas metacognitivas, es decir, como toma de conciencia de los propios procesos de enseñar y aprender. En este contexto se han ido buscando nuevos caminos destinados a promover la implicación activa de los alumnos en los procesos de comprensión de la realidad.

Frente a la clase magistral como centro y motor único del aprendizaje, se fueron diseñando alternativas basadas en la generación y provocación de experiencias que buscaban despertar en el alumno

la necesidad de aprender a aprender. De este modo, se entiende que un alumno universitario debe ir adquiriendo la capacidad de aprender por sí solo en diferentes situaciones y circunstancias. Así, para enfrentar a nuestros alumnos a experiencias nuevas generadoras de informaciones, conocimientos directos y contrastes sobre diferentes realidades andaluzas que deben ser interpretadas, se diseñó este viaje de cuatro días lectivos por Andalucía.

Inicialmente la propuesta pretendía abarcar el apartado de actividades de la planificación docente de la asignatura. De hecho, en sus comienzos, fue un viaje que se preparó en pocos días y de alcance limitado. Pero desde la valoración de la primera experiencia como positiva se decidió ampliarla y llenarla de sentido pedagógico en años sucesivos. La implantación experimental del nuevo modelo universitario constituyó en este caso una oportunidad para integrar el viaje como un componente sustantivo de la Geografía de Andalucía de cuarto de Humanidades. De este modo, las guías del viaje se fueron convirtiendo en el instrumento que articulaba estrategias provocadoras de aprendizaje:

- Estrategias para la selección de la información y la transmisión de esta información.
- Estrategias para la asimilación y retención de información: cómo escuchar y ver, cómo ver y pensar; cómo crear documentos diversos que sinteticen la propia experiencia (cuadernos de campo, cuadernos de viaje, síntesis icónicas, síntesis literarias, etc.).
- Estrategias organizativas: cómo organizar los recorridos y actividades a realizar durante ellos. Cómo provocar la implicación de los diferentes participantes; cómo plantear los recorridos y sus logísticas; cómo seleccionar los argumentos a desarrollar.
- Estrategias de lecturas de territorios, paisajes, lugares, conducentes a una educación de la mirada como instrumento hermenéutico.
- Estrategias para potenciar la invención y la interpretación personal y creativa, que implican razonar inductivamente, generar ideas, hipótesis, predicciones, descripciones y analogías comprensivas (Beltran y otros 1987).
- Estrategias analíticas y explicativas, que implican el razonamiento deductivo y la propuesta y evaluación de hipótesis, así como el desarrollo de actitudes críticas.

- Estrategias para llegar a la comprensión. A partir de la experiencia directa de la realidad se ponen en juego todas las potencias intelectuales, sin separar la razón del sentimiento, la mente del corazón. Se busca entender las peculiaridades únicas de los paisajes observados y sus significados. Desde esta perspectiva no se renuncia a la explicación ya que así se alcanza un primer nivel de comprensión. Pero desde el carácter más idiográfico de la Geografía la comprensión implica empatía y recreación espiritual por parte del observador del ambiente, de los sentimientos, de los valores y de la vida de los territorios y paisajes, objetos directos de mirada y de reconocimiento.
- Estrategias sociales: aprender a convivir, a evitar conflictos y a solucionarlos; potenciar la cooperación y la participación y proporcionar vivencias de momentos intensos, que permanezcan indelebles en las memorias de los viajeros.

Sobre tales estrategias se ha ido desarrollando el viaje por Andalucía como una actividad que ha terminado vertebrando la propuesta curricular de la asignatura, conforme iba enriqueciéndose a lo largo de tres fases:

- a) La primera fase, desde el curso 2000-01 al curso 2003-04, sirvió para consolidar el diseño de un formato (días, recorridos, propuestas de trabajo, evaluación). Realizada por los dos profesores que impartían la Geografía de Andalucía en Humanidades, los primeros análisis de esta actividad fueron difundidos en una presentación del Centro de Estudios del Territorio y del Paisaje en la Universidad de Granada (Delgado y Ojeda, 2006).
- b) La Segunda fase, desde el curso 2004-05 al curso 2008-09, parte de la convicción del gran potencial pedagógico de la actividad e implica ya a todos los profesores del área y a alumnos de diferentes asignaturas y estudios. Se abre a profesores de otras materias y universidades y se establece el diseño definitivo de itinerarios. El análisis de la actividad quedó plasmado en un artículo publicado en el nº 44 de *Investigaciones Geográficas* de la Universidad de Alicante (Delgado Bujalance y Ojeda Rivera, 2007).
- c) La tercera fase, iniciada en el último curso de 2009-10, pretende convertir primero este viaje en el núcleo de la asignatura Geografía de Andalucía y, asimismo, en un módulo fundamental de los nuevos grados y másteres que impartimos. En cualquier caso en este

punto se constata que nuestro viaje por Andalucía cumple con los requisitos de validez, significación y funcionalidad (Zabalza, 1987) que justifican la propuesta de una actividad en el currículo de una asignatura:

- Validez: el viaje cumple con creces sus objetivos.
- Significación: es parte fundamental de la Geografía de Andalucía.
- Funcionalidad: no sólo es realizable por una parte considerable de los alumnos, sino que ofrece alternativas a los alumnos que no pueden realizarlo.

3.2. Protagonistas

El viaje, desde su modelo de planificación, pone en juego a protagonistas con roles diferenciados. Pero estos papeles sólo tienen sentido si generan interrelaciones y sinergias positivas. Por sus propias características –actividad dialéctica, inestabilidad y sorpresa (Delgado y Ojeda, 2007)- el viaje impone a profesores y alumnos un método de trabajo dialógico que combina el aprendizaje individual con la co-realización de tareas con los otros. De este modo la construcción de conocimiento y el cambio cognitivo que tal construcción genera es un proceso que compagina lo social y lo individual (Newman, Griffin y Cole, 1991).

Los profesores del área e invitados actúan como equipo organizador y dinamizador que en algunos casos ha estado compuesto por hasta seis personas. Los profesores del área diseñan el viaje, por ahora organizado en cuatro jornadas, divididas en itinerarios, paradas y momentos. El diseño se recoge en una guía docente, que se entrega a los alumnos. En ella se establecen los siguientes apartados:

- Introducción, que recoge una justificación del viaje, sus objetivos y su metodología.
- Propuesta de elaboración de cuaderno de campo o de viaje, como síntesis de diferentes miradas: institucionales, académicas, creativas y, sobre todo, personales y como instrumento evaluador.
- Orientación a los alumnos a través de ejemplos de interpretaciones de paisajes desde diferentes miradas. Esta orientación debe ser muy motivadora de los estudiantes, para que aprendan y se atrevan a plasmar su mirada.

- Plan específico del viaje con el desarrollo de las cuatro jornadas, sus itinerarios y paradas y sus argumentos conductores, que intentan encauzar las percepciones y lecturas que los alumnos hacen de lo que están viendo. Se pretende sugerir y dar claves, porque lo importante es que los alumnos protagonicen su propio viaje.

Durante bastante tiempo el viaje obliga a estar en el autobús, lo que otorga al equipo de profesores el mayor protagonismo, al menos en una primera fase, orientando las miradas a través de unas informaciones pertinentes sobre lo que se va viendo desde el autobús—belvedere. Se pretende dotar a los alumnos de unas claves de posibles interpretaciones – unidades (ambientales y paisajísticas), escenarios, elementos, hitos, miradas (otros viajeros y otras formas de viajar), huellas, reflexión sobre el contexto (lugar y tiempo). Es importante que en determinados momentos puntuales, para evitar la dispersión y distracción, se propongan actividades muy concretas (plantear preguntas, proponer retos, incitar a atreverse a sentir y a expresar y difundir lo que se siente).

Pero los alumnos son los principales destinatarios del viaje. Por lo general forman grupos heterogéneos (diferentes cursos, diferentes carreras, diferentes países, diferentes intereses). El objetivo es que se impliquen, entendiendo que no puede cambiarse el paisaje por el pasaje, sino que hay que buscar el contacto activo del estudiante con el propio territorio. Para ello, se programan paradas en lugares con un contenido específico (geográfico, histórico, antropológico, ecológico, estético), donde se procura la inmersión del estudiante-viajero no sólo para distinguir elementos, huellas y miradas, sino también para establecer relaciones sensibles o vivenciales e interpretaciones lógicas. Entre sus tareas destacamos dos:

- La recepción de informaciones: para unos, tal recepción se basará en mirar, atender a lo que se les dice, mezclarlo todo e imaginar; para otros, será necesario pararse, pisar el territorio y hacerle preguntas y responderlas o escuchar las respuestas. Exigirá, en definitiva, aprender a mirar de diferentes maneras.
- La plasmación sistemática de las propias apreciaciones del viaje, recordando lo que se va aprendiendo: éste es el paso más importante del viaje y el que le da sentido. Para ciertas personas será suficiente unas cuantas fotografías y un comentario de las mismas; para

otras, algunos objetos recolectados o comprados como recuerdos; habrá, incluso, quien materialice estos recuerdos en un libro, en un artículo, en un capítulo, en una crónica gráfica. Lo nuclear será la conversión del viaje en un resultado concreto, fruto de un contacto con el territorio (conocimiento) y de las vivencias que éste ha ido despertando (sabiduría). En una primera fase la elaboración de un cuaderno de campo se nos antoja esencial, por lo que se ha de dedicar un tiempo de clase a su preparación y un tiempo del propio viaje a su elaboración. Dicho cuaderno, debe tener un carácter muy personal, aunque como orientación pedagógica se propone el acercamiento a los paisajes desde las miradas, entendidas como formas de ver y filtrar la realidad: Las miradas externas recogen lo que han dicho, han escrito o han visto otros desde distintos puntos de vista. Las miradas personales nacen de lo que cada estudiante-viajero va captando y reconociendo sobre el territorio y los paisajes en su proceso de aprendizaje. Tener una mirada personal, significa privilegiar la mirada más que la cosa vista (Joly, 2003), lo que implica saber mirar y, para saber, no sólo hay que intentar aprender sino también atreverse a mostrar la propia mirada.

4. Resultados

El viaje es una herramienta eficaz de aprendizaje que enriquece conceptual, pedagógica y participativamente a los que lo realizan. Ahora bien, ésta reflexión tiene como fin mejorar nuestro proyecto docente por lo que se impone una revisión crítica de resultados. Para ello recogemos, por un lado, lo que a nuestro juicio puede ser una oferta de viaje, posible y válida para diferentes niveles de enseñanza; por otro, la plasmación del aprovechamiento del viaje por parte de los alumnos en opiniones y documentos (cuadernos de viaje o cuadernos de campo).

Nuestra oferta de viaje se concreta en el itinerario de cuatro jornadas que se recoge en el mapa (Figura 1). Como puede verse, en algunos cursos se proponen viajes alternativos, pues el planteamiento debe ser flexible para adaptarse a circunstancias cambiantes e imprevistas. La idea es abarcar las grandes unidades ambientales de Andalucía como matriz territorial fundamental sobre la que se irán relatando –desde el reconocimiento de sus distintos paisajes– algunos componentes naturales, algunas estrategias económicas, modos de vida y expresiones culturales.

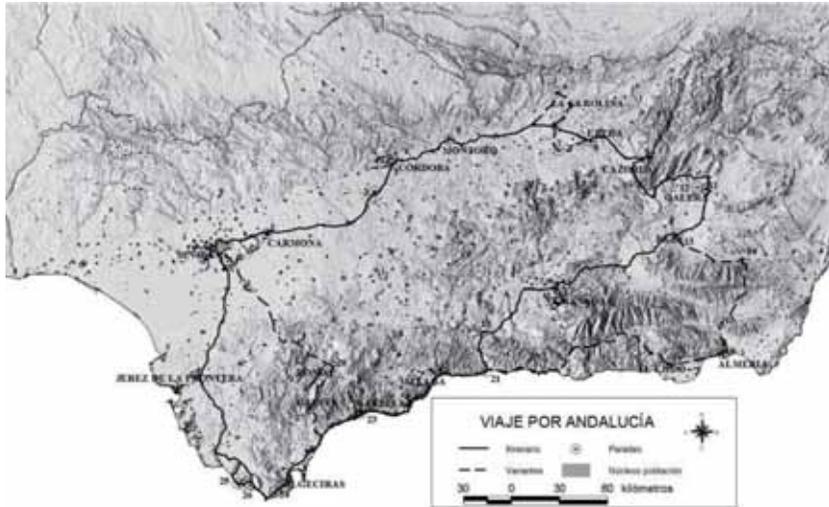


Figura 1: Propuesta de itinerario y posibles variantes.

De este modo se señalarán diversos argumentos que tipifican los itinerarios dándoles sentido específico:

- Itinerarios por espacios naturales, que los muestran como ejemplos de biodiversidad, de usos compatibles, de dificultades de gestión o de valor patrimonial...
- Itinerarios por paisajes culturales, relacionados con la agricultura (vegas, campiñas, olivares), con explotaciones plurifuncionales (dehesas, regadíos serranos) o con recursos básicos (aguas dulces, mar, sol...).
- Itinerarios por paisajes significativos de diferentes momentos históricos (algáricos, tartésicos, púnicos, romanos, andalusíes, renacentistas, ilustrados, románticos, desarrollistas, etc.).
- Itinerarios por paisajes caracterizados por los cambios y las transformaciones (mineros, litorales, urbanos).

Notamos que suele cambiar la actitud de nuestros alumnos ante el viaje, a medida que van experimentando otro modo de viajar y de conocer Andalucía. Se rompe con modos de viajar propios del turista que, en realidad, «no viaja, no busca, no vive el espacio geográfico en el paisaje (...). Desflora el paisaje con su mirada, a la vez pasiva y apresurada, almacena imágenes y, para terminar, vuelve a su casa sin haber perdido nunca ni su costumbre ni su confort» (Kessler, 2000, p. 19).

Lo que este viaje supone de enriquecimiento para nuestros estudiantes-viajeros puede constatarse a través de un somero análisis de tres fuentes: las encuestas, la valoración del viaje hecha pública por cada alumno durante el último tramo del mismo y, sobre todo, los cuadernos de campo.

No se trata de ser muy exhaustivos para demostrar algo tan evidente como que el viaje constituye un eficaz instrumento de aprendizaje significativo, pero nosotros constatamos, desde sus respuestas a las encuestas y desde sus valoraciones y cuadernos, que nuestros estudiantes – viajeros han cambiado su visión preconcebida y tópica de Andalucía; que asumen y utilizan una serie de palabras fuertes (sorpresa, variedad, diversidad, belleza, injusticia) que antes no usaban; que han pasado a formar parte indeleble de sus órdenes mentales unas categorías interpretativas (paisaje medio, ecotono, cambio rápido, modelos territoriales...) que les permitirán siempre convertir las informaciones recibidas en capitales propios de conocimiento; que han adquirido un conjunto de nuevas competencias al comprender – en un primer momento – y ejercitar – posteriormente – el método geográfico de hacer converger miradas que se entrecruzan, para llegar a expresar una visión de Andalucía comprensiva y realmente pertinente.

Del viaje surge un mapa colectivo de Andalucía, en el que se destacan determinados lugares e itinerarios, mientras se opacan otros. Parecen especialmente visibles itinerarios por las campiñas– entre Carmona y Córdoba–, por los olivares – entre Linares y Baeza–, por las sierras –entre Cazorra y Tíscar–, por las secas depresiones del interior –entre Pozo Alcón y Baza –, por el litoral – entre Málaga y Marbella-. También lugares ecotónicos, como Montoro; polisensoriales como la Cerrada del Utrero, en Cazorra; mágicos, como Tíscar; patrimoniales, como Castellón Alto; duros, como el desierto de Tabernas; descontrolados en sus dinámicas, como Macael, El Ejido o Marbella; o complejos, como Granada y su Vega; y resilientes como el Valle del Genal o la playa de Bolonia y Baelo Claudia.

Bajo este mapa se esconde toda una crónica de vivencias y percepciones, que los alumnos son a veces capaces de mostrar de distintas formas: literarias, icónicas, esquemáticas, comprensivas... y que combinan las propias sensaciones y vivencias con aquellas informaciones que se interiorizan entre todas las que se les ofrecen. No obstante, otras tantas veces las respuestas de los alumnos a estos estímulos e informaciones son fundamentalmente mecánicas y repetitivas.

Ahora bien, uno de sus retos de cara al futuro será comprobar si, como suponemos, mantiene su idoneidad e interés, o somos capaces de hacer que los mantenga, no sólo para enseñar Geografía de Andalucía, sino sobre todo para enseñar Geografía. En este sentido, nos parece muy enriquecedora la posibilidad de que el viaje no sea una actividad propia de una asignatura, sino complemento de muchas otras, sean éstas de carácter epistemológico, metodológico o empíricas.

Por otro lado, el segundo de los retos que nos sirven ahora como conclusión, tiene que ver con una posición modesta a la hora de evaluar los resultados obtenidos con esta experiencia pedagógica y la oportunidad de encuentros como éstos para discutir y encontrar nuevos caminos que la enriquezcan. Así, todavía es un importante lastre a superar el aumento cualitativo de la participación de los alumnos, en el objeto de que ésta sea verdaderamente activa. Ello, creemos, podrá estar asociado en el futuro a la posibilidad de salir de la rigidez de cuatro días de trabajo intensivo, incorporando sesiones de trabajo previo y cediendo más tiempo y espacios en el propio viaje a que los alumnos intenten analizar, comprender y transmitir claves y sensaciones de los territorios y los paisajes por los que pasan.

Bibliografía

- Beltrán, J. et al. (1987), *Psicología de la educación*, Madrid, Eudema Universidad.
- Bolos. M, De (1992), «Fundamentos teóricos», en Bolos. M. (dir.), *Manual de ciencias del paisaje*, Barcelona, Massón.
- Bourel, F. Y Baudry, J. (2002), *Ecología del paisaje. Conceptos, métodos y aplicaciones*. Madrid, Mundi-Prensa.
- Delgado, B. Y Ojeda, Jf. (2006), *Cultura y paisaje. Itinerario docente por Andalucía*, [Comunicación en PowerPoint en la presentación del Centro de Estudios del Territorio y del Paisaje en la universidad de Granada, 26 de Mayo de 2006].
- Delgado, B. Y Ojeda, J.F. (2007), «El viaje pedagógico como método de conocimiento de paisajes. Aplicación a Andalucía», en *Investigaciones geográficas*, nº 44, pp. 5-31.
- Joly, M. (2003), *La interpretación de la imagen: entre memoria, estereotipo y seducción*, Barcelona, Paidós.
- Kessler, M. (2000), *El paisaje y su sombra*, Barcelona, Idea Books.
- Lugimbühl, Y. (1992), «Apolíneo y dionisiaco», en VV.AA., *Paisaje Mediterráneo*, Milán, Electra, pp. 24-31.

- Marín, R. (1979), *La interdisciplinariedad y la enseñanza en equipo*, Madrid, Paraninfo.
- Martínez De Pisón, E. (2000), «La protección del paisaje, una reflexión», En Martínez De Pisón, E. (Dir.), *Estudios sobre el paisaje*, Madrid, Fundación Duques de Soria y UAM, pp. 215-235.
- Morin, E. (2000), *La mente bien ordenada*, Barcelona, Seix Barral.
- Newman, Griffin Y Cole (1991), *La zona de construcción del conocimiento*, Madrid, Morata.
- Ortega, N. (1987), *Geografía y cultura*, Madrid, Alianza Universidad.
- Roger, A. (1997), *Court traite du paysage*, París, Gallimard, Bibliothèque des Sciences Humaines.
- Troll, C. (1982), «El paisaje geográfico y su investigación» citado en Gómez, A (2002), «El paisaje como tema transversal en el diseño curricular base (D.C.B.) de la educación obligatoria. La montaña como objeto de estudio». En Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales, nº. 267, 12 de Enero de 2001 [www.ub.es/geocrit/b3w].
- Zabalza, M. A. (1987), *Diseño y desarrollo curricular*, Madrid, Narcea.
- Zoido, F. (2002), «El paisaje y su utilidad para la ordenación del territorio» en Zoido, F. Y Venegas, C. (coord.), *Paisaje y Ordenación del territorio*, Sevilla, Junta de Andalucía, Fundación Duques de Soria, pp. 21-32.



II. Salida de campo. Guía de la visita a vegas, campiñas y sierras andaluzas

Excursión al valle del Guadalquivir, campiñas jiennenses y Sierra Mágina

Eduardo Araque Jiménez

Universidad de Jaén

Alfonso Mulero Mendigorri

José Naranjo Ramírez

Universidad de Córdoba

Prefacio: las campiñas andaluzas. Claves para una interpretación geográfica

1. Identificación espacial y cartográfica

Las llamadas Campiñas andaluzas, se integran en el contexto de la Depresión del Guadalquivir y constituyen el amplio espacio, aproximadamente con forma triangular, que queda limitado por el Norte con Sierra Morena, por el sur con las Cordilleras Béticas, a Oriente el espacio se cierra por la confluencia de las dos unidades montañosas anteriores; mientras que el Oeste queda abierto al Océano Atlántico mediante el amplio golfo de Cádiz.

2. La historia geológica: breve reseña

Por efecto del Plegamiento Alpino, entre las emergentes Cordilleras Béticas y el viejo zócalo herciniano de la Meseta, se produjo un gran hundimiento (prefosa alpina) que de manera inmediata, pasó a estar ocupado por el mar. Es el llamado Golfo Bético.

Como zona deprimida se convirtió inmediatamente en espacio de recepción de los derrubios erosivos aportados por las unidades de relieve circundantes. Se produce así el relleno progresivo de la depresión que, conforme avanza de Este a Oeste, va expulsando el mar en dicha dirección y origina nuevas tierras emergidas.

Son terrenos jóvenes, preferentemente terciarios (esencialmente miocenos-oligocenos) y cuaternarios (en las proximidades de las corrientes de agua significativas), si bien puntualmente la erosión ha podido dejar al descubierto estratos del mesozoico.

En general son materiales sueltos, poco compactados, como corresponde a su juventud geológica y sus caracteres postorogénicos.

3. Variedad y peculiaridades subregionales

Lejos de la pretendida monotonía paisajística que, por contraste con los paisajes de montaña, se adjudica a estos espacios que se dicen «de llanura» (no siempre lo son), la Depresión del Guadalquivir ofrece una interesante variedad de situaciones que se manifiesta en una significativa muestra de paisajes. Esta variedad puede venir inducida por distintos factores, tales como:

- a) Proximidad a las grandes arterias fluviales y afección por sus dinámicas propias.
- b) Mayor o menor resistencia a la erosión de los distintos pisos que componen el Mioceno-Plioceno.
- c) Cercanía física a las Cordilleras Béticas y proximidad temporal de la sedimentación respecto al paroxismo alpino.
- d) Otras circunstancias particulares.

En función de todo ello, dentro del ámbito que consideramos (La Depresión del Guadalquivir) pueden identificarse las siguientes concreciones paisajísticas:

3.1. Los Paisaje de Campiñas:

3.1.1. Las «Campiñas Altas».

3.1.2. Las «Campiñas Bajas».

3.2. Paisaje de terrazas en los márgenes de las grandes arterias fluviales.

3.3. Paisajes del «Glacis villafranquiense».

3.1. Los paisajes de Campiñas

Constituyen la parte más extensa del territorio; su componente físico son los materiales depositados bajo el mar en el Golfo Bético, entre los que adquiere una especial predominancia el Mioceno, aunque no es extraña la presencia de materiales pliocenos.

Son en general materiales blandos, con un componente significativo de arcillas y margas.

El retoque que estos materiales marinos, una vez en superficie, han recibido ha sido de carácter erosivo, con especial significado de la erosión provocada por ríos, arroyos y otras corrientes de agua continuas o discontinuas. Esto confiere a la red hidrográfica actual un protagonismo indiscutible en la configuración de las formas del relieve que mejor caracterizan al medio campiñés, a lo que, por supuesto, habrá de sumar la nada desdeñable acción antrópica.

Esta acción erosiva ha ido cortando y modelando el paquete sedimentario hasta conformar un conjunto de lomas o plataformas en las que la separación entre unas y otras la constituye precisamente el cauce de una corriente de agua.

El resultado es el que se considera «paisaje campiñés» por antonomasia: un conjunto desordenado (sin líneas de relieve dominantes) de lomas, en general de escasa altitud, con cumbres redondeadas y con débiles pendientes en sus laderas. Igualmente sirve en algunos casos la descripción de una plataforma plana o levemente inclinada delimitada habitualmente por cauces de ríos significativos.

Pero dentro de esta caracterización común y general pueden concretarse realidades en cierto modo diferenciadas, pues el proceso erosivo desarrollado en los materiales campiñeses no se desarrolló de manera uniforme ni tuvo en todas partes el mismo resultado.

3.1.1. Las «Campiñas Altas»

En determinados lugares los materiales que constituían el techo estratigráfico, los que quedaron al descubierto y expuestos a los agentes erosivos, configuraron realidades litológicas especialmente resistentes, lo que permitió una mayor conservación de estos conjuntos sedimentarios. Generalmente en esa mayor dureza influye la propia composición de la roca, con abundantes arenas y calizas, actuando éstas como cohesionantes y compactantes. El resultado morfológico puede ser doble: o bien estos materiales resistentes componen superficies amesetadas de techo plano; o bien se genera un paisaje de rasgos más acusados, líneas de relieve más marcadas y un carácter, por tanto, más abrupto al común del modelado suave campiñés.

Para la comprensión de este segundo resultado, junto con el propio componente litológico, debemos considerar la propia evolución sufrida

por muchos de estos materiales, en concreto todos los ubicados en las zonas más externas de la depresión y más próximas a las estibaciones béticas. En estos lugares se produjo la coincidencia temporal del proceso de sedimentación con las últimas acometidas o empujes del plegamiento Alpino, lo que supone que estos paquetes sedimentarios se vieron trastornados, deformados, en cierto modo plegados; lo que supuso la ruptura de la horizontalidad que se le presupone a una sedimentación marina en calma orogénica. Se habla aquí, por estos motivos, de «Mioceno Sintectónico», el que se produjo y tuvo lugar en sincronía con la elevación tectónica de las Béticas.

El resultado de todos estos procesos es la individualización de determinadas zonas que responden a la siguiente caracterización:

a) Por conservación de los pisos que componían el techo de la serie estratigráfica, una altitud media superior a la del conjunto: hasta 300 y 400 m. s.n.m.

b) La «suavidad» y ondulación de las formas de relieve que presuponíamos para el conjunto campiñés, se transforma en formas amesetadas en determinados lugares y, en otros casos, el relieve adquiere un mayor vigor, incrementándose de forma considerable las pendientes, lo que a su vez potencia localmente la capacidad erosiva de las corrientes de agua.

c) Esta mayor capacidad de erosión lineal, junto con el dislocamiento sufrido por efecto de los empujes alpinos, hace que con relativa frecuencia las corrientes de agua saquen a la luz incluso materiales de la era secundaria, generalmente del Triásico.

d) La proximidad de estas Campiñas respecto a las alineaciones béticas supone un factor de diversidad litológica, pues está constatada la presencia de masas (heterogéneas y desordenadas, deslizadas desde las Béticas por efectos de la gravedad y el carácter lubricante de los estratos inferiores), los «olistostromas», incrustados entre los materiales propiamente campiñeses

La edafología, de acuerdo con las circunstancias subregionales, es diversa y constata con evidencia meridiana la heterogeneidad paisajística que no suele presuponerse al conjunto de la Depresión del Guadalquivir y sus Campiñas. Si bien son frecuentes las rendsinas, xerorrendsinas, suelos rojos y pardo-rojizos mediterráneos, así como

suelos margoyesosos en los ámbitos triásicos. Se concretan en suelos tipo «albariza» (*Rendollic*: Campiña de Jerez, Campiña Alta de Córdoba, Campiña de Estepa en Sevilla...), «almagra» (*Chromoxererts*) sobre sustratos triásicos de Jaén y Córdoba, y «rojo alcores» (*Calcic Haploxeralfs*) en Sevilla.

3.1.2. Las «Campiñas Bajas»

Se corresponde con los espacios en los que la composición litológica ofreció menos resistencia a la erosión, con lo cual los pisos superiores, los que constituían el techo estratigráfico, fueron arrasados, al tiempo que quedan al descubierto los pisos inferiores del propio Mioceno.

Estos espacios, resultado de una verdadera labor de zapa sobre los blandos materiales que fueron los lechos marinos tal cual emergieron del Golfo Bético, quedaron hoy a una altitud menor que el conjunto antes considerado (de 100 a 200 m. s.n.m.) De ahí el calificativo globalizante de «Campiñas Bajas».

Ocupan habitualmente el centro de la depresión, entre el cauce del Guadalquivir y las denominadas «Campiñas Altas» meridionales.

Su posición deprimida respecto al entorno les ha convertido en receptáculo final de las migraciones de arcillas de los espacios circundantes, peculiaridad ésta que conformará realidades edáficas diferenciadas respecto a las calizo-areniscosas «Campiñas Altas».

Desde el punto de vista de las formas de relieve, presenciamos aquí la materialización casi perfecta de ese relieve suave, pando y ondulado que suele darse como definición general de las Campiñas. Los «cerretes» y colinas, de escasa altitud y redondeadas cumbres, conformando superficies de dóciles pendientes, aparecen desordenados en el horizonte, separados unos de otros por las líneas de erosión que, sobre el blando sustrato, ha marcado la red fluvial holocénica, casi siempre de escasa entidad hídrica, de perfiles horizontales y caudales irregulares asociados a la propias condiciones climáticas que envuelven al conjunto de la Depresión.

Excepcionalmente, entre este mar de lomas miocenas se levantan cerros aislados, de mayor altitud y laderas más pendientes, conformados por materiales más resistentes a la erosión por su especial concentración de calizas que han cohesionado muy bien

al resto de materiales. Son precisamente los últimos materiales que colmataron la depresión (normalmente pertenecen al piso Messiniense o Andaluciense), por lo que son verdaderos «cerros testigo» del relieve más primario que se generó en el Golfo Bético. Además de suponer un contrapunto paisajístico por sus diferenciados cultivos y aprovechamientos –se verá más adelante– los oteros o «alcores» más enhiestos y vigorosos se convertirán en elementos fundamentales del poblamiento, pues su fácil defensa hará que se ubiquen en ellos los más significativos pueblos y villas («ciudades o villas fortaleza»). En determinadas zonas el techo de la serie estratigráfica lo constituyen los materiales del Plioceno.

No es extraña, sin embargo, la morfología plana; una amplia plataforma que constituye el interfluvio entre dos corrientes de agua significativas, y que bascula levemente hacia una de ellas.

La edafología se define en una diversidad de suelos (vertisoles) caracterizados en general por su abundancia de margas, en las que las arcillas hinchables (montmorillonita e illita) determinan unos comportamientos mecánicos concretos (suelos pesados, duros en seco, adherentes y plásticos en húmedo) e incluso unos aprovechamientos específicos. Pertenecen a este conjunto las «tierras negras» andaluzas y los suelos «margosobéticos». En Cádiz se concretan en suelos de tipo «tierra negra campiña» (*Chromic pelloxererts*), los «bujeos» en la Campiña de Córdoba y Jaén (*Typic Chromoxererts*), así como en el Condado de Huelva (*Entic pelloxererts*).

3.2. Paisaje de terrazas en los márgenes de las grandes arterias fluviales

De forma inmediata al relleno del Golfo Bético y consiguiente colmatación de su cuenca receptora, en estas nuevas tierras recién emergidas se pone en marcha el proceso de organización de la esorrentía de las aguas procedentes directamente de las precipitaciones y/o de surgencias y manantiales.

El resultado es la conformación de una densa red fluvial cuya artería principal será el Guadalquivir, que recibe por su margen izquierda (los que le llegan por la derecha provienen de Sierra Morena) algunos de sus afluentes principales (Guadiana Menor, Guadajoz, Genil...).

Si los efectos de los pequeños riachuelos y arroyos se dejaron notar como agentes generadores de las colinas campiñesas, en los casos de las arterias fluviales principales, los efectos de las crecidas por deshielo en los periodos interglaciares, dejará como resultado la conformación de diversos niveles de terrazas.

A diferencia de las lomas campiñesas, estos espacios conforman superficies prácticamente planas (resultado de la simultánea acción de erosión/arrastre/sedimentación durante los periodos de altas aguas) que se sustentan sobre materiales jóvenes del Cuaternario.

Estas terrazas con frecuencia, pero con la excepción de los bruscos cortados campiñeses sobre el Guadalquivir, enlazan sin apenas discontinuidad con las próximas colinas miocenas y han sustentado un modelo de explotación agraria común a ellas hasta entrado el siglo XX, razón por la cual históricamente no se les ha considerado como sector diferenciado, sino como parte integrante de las campiñas.

En toda esta zona, que por diferenciarla claramente del conjunto de la «Depresión del Guadalquivir» se suele denominar como «Vegas y Terrazas fluviales», la dinámica perifluvial ha generado formas propias que se concretan en la presencia de las terrazas mismas, especialmente evidentes en la margen derecha del Guadalquivir, las llanuras aluviales (o cursos actuales), meandros, meandros encajados, meandros abandonados y «madres viejas», islas fluviales, taludes, torronteras, etc.

La edafología, de forma casi generalizada sobre un sustrato cuaternario, se concreta en la presencia de «suelos de vega», jóvenes, entre los cuales han sido estudiados y tipificados un tipo «franco vega» (*Typic Xerofluvents*) en Córdoba y Sevilla, «rojo Campiña-norte» (*Typic Rhodoxeralfs*) en Jaén...

3.3. Paisajes del «Glacis o Raña Villafranquiense»

Forman parte de los mismos episodios considerados en el apartado anterior, pues no deja de ser una consecuencia de los procesos de arrastre y depósito de materiales provocados por los cambios climáticos cuaternarios y por las oscilaciones que tales procesos originaron en la red fluvial y la escorrentía, lo que hubo de traducirse en crecidas espectaculares y depósitos sedimentarios de notable potencia, hoy fosilizados en el paisaje de la Depresión.

El «Villafranquiense», periodo del cuaternario antiguo o Pleistoceno inferior, a caballo entre el Terciario y el Cuaternario por tanto, fue un periodo con lluvias estacionales muy torrenciales, capaces en este sentido de arrastrar grandes cantidades de material sólido.

En el contexto de los distintos procesos de aterramiento que se reconocen al Guadalquivir, éste transcurre cuando aún el río no ha establecido definitivamente el profundo surco que hoy ocupa entre Sierra Morena y las Campiñas, de manera que el escalón entre ambas unidades debía ser en aquel momento considerablemente menos acusado.

En esas condiciones, una fuerte escorrentía, procedente de Sierra Morena, organizada en amplias láminas o mantos de agua, consigue superar ese surco fluvial y, con toda una carga de derrubios y canturreal mariánico (generalmente cuarcitas), traslada gran cantidad de elementos sólidos (cantos, bloques, gravas y arenas) desde Sierra Morena, en la margen derecha del Guadalquivir, a la margen izquierda, a las Campiñas, donde recubre y fosiliza los materiales miocenos del Golfo Bético.

Surge así el «Glacis Villafranquiense», capa compuesta por materiales antiguos –vienen de Sierra Morena, o lo que es igual, de la Meseta– que se superpone a los materiales campiñeses en las actuales provincias de Córdoba y Sevilla.

Desde el punto de vista petrográfico constituye una masa heterogénea de materiales, entre los cuales los más definitorios y llamativos son las arenas, cantos y bloques de cuarcitas rojas mariánicas. Los tonos ocres campiñeses adoptan aquí, por esta causa, un color rosáceo que llega a rojizo (es el color dominante de las cuarcitas) en algunos lugares concretos.

Desde el punto de vista morfológico estos materiales tapan y recubren las redondeadas lomas campiñesas con una cobertura sólida que, con su doble efecto de arrasamiento y sedimentación de materiales, adopta formas prácticamente planas.

La edafología, dada la peculiaridad del territorio, adopta forma y tipologías más propias de Sierra Morena que de la Depresión; en concreto ha sido estudiado y definido un «suelo pardo pedregoso sobre suelo rojo fósil con pseudogley».

4. Paisaje natural y procesos de humanización del territorio

4.1. Acerca de la vegetación potencial

Desde el punto de vista biogeográfico, en el contexto de la Región Mediterránea, subregión Mediterráneo Occidental, la mayor parte de las campiñas queda englobada en la *provincia Bética*, en cuya vegetación potencial aparece una buena representación tanto de la vegetación climatófila como edafófila, Renunciamos a su concreción dado que el rasgo más llamativo en este aspecto es la práctica desaparición de esta vegetación natural y sus sustitución por otra introducida por el hombre.

4.2. Procesos de humanización: el poblamiento

Por más que la presencia humana en este territorio se pierde en lo más profundo de la memoria prehistórica, con representación posterior de sucesivas y concatenadas culturas (fenicia, íbera, romana, musulmana...), de las que en muchos casos se originaron algunos de los principales centros urbanos, si buscamos un hito fundamental para la comprensión del poblamiento de todo el territorio en su conjunto, ese hito es sin duda la Reconquista.

La Reconquista marcó no sólo un cambio cultural y político, sino que igualmente puso las bases de una serie de constantes seculares de la presencia humana en la Depresión del Guadalquivir; a saber:

- a) Predominio de un poblamiento concentrado. La Reconquista trajo consigo una reorganización del territorio en torno a pueblos, villas y agrocidades en las que se concentraban la mayor parte de la población.
- b) Los avatares militares vividos por toda la zona hasta 1492 imponen un modelo urbano de forma bastante frecuente: el pueblo-fortaleza.
- c) Teniendo la actividad agraria como la fuente de riqueza principal de la población, se instituye un modelo basado en la coexistencia de las grandes explotaciones (pocas en cuanto a número, acumulan una mayoría abrumadora de la tierra) y de la pequeña propiedad (numerosísima por su número, pero insignificante por la superficie que suponen).

- d) El territorio se estructura en orlas concéntricas en torno a los núcleos de población. El ruedo, inmediato al casco, suele acumular el gran universo de la pequeña propiedad campesina, un mosaico de parcelitas ínfimas que, como mucho, proporcionan al campesino algún producto de subsistencia, pero insignificante como empresa agraria. El alejamiento del núcleo urbano va abriendo nuevos ámbitos (segundo ruedo, trasruedos...) en los que la distancia respecto a la población marca igualmente un progresivo aumento del tamaño de las explotaciones. En la orla más externa se sitúan las «tierras acortijadas», grandes explotaciones, titularizadas por los estamentos privilegiados (nobleza e iglesia) y que se cultivan en régimen de explotación indirecta con la abundante y barata mano de obra del pueblo o villa.
- e) Las enormes distancias que a frecuentemente se producen entre estas grandes explotaciones acortijadas y el núcleo de población más próximo, inducirá la aparición de un poblamiento disperso –«cortijos» se les denomina genéricamente– que son los núcleos desde los que se gestiona la explotación agraria; sirven a la vez como lugar donde almacenar los aperos de labranza, guardar el ganado de labor y dar cobijo a los encargados y otro personal asalariado, muy abundante en determinadas épocas del año. Dadas las diferentes funciones que en cada caso deben cumplir, se constata la existencia de un modelo de «cortijo cerealista» y otro modelo adaptado a las explotaciones de olivar, que recibe distintos nombres (cortijos de olivar, molinas, molinos, haciendas...).

Entre los posibles retoques que, hasta la actualidad, se han producido sobre el anterior modelo, el más significativo fue sin duda el proceso colonizador de Carlos III. En la actuación que se emprendió en lo que se llamó «Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía» una zona concreta de las Campiñas andaluzas (la que antes hemos referido como «del glacis Villafranquiense») vivirá una experiencia planificadora que supondrá un cambio radical y de todo tipo.

4.3. Procesos de humanización: del ecosistema al agrosistema. Presupuestos básicos

En este proceso de humanización y transformación del paisaje natural en paisaje agrario, una serie de constantes deben tenerse en cuenta:

- a) El proceso tiene lugar inmersa su población en una mentalidad y «cultura cerealista», en la que el pan fue durante siglos

el alimento principal y básico, en una economía de autosuficiencia y escasos intercambios con el exterior, el primer objetivo productivo, por consiguiente es el cereal, a la vez alimento humano (trigo) y pienso animal (cebada y otros).

b) Esto es aplicable a todo el territorio, por más que algunos de los ámbitos subregionales antes descritos se adapten mejor y otros peor a esta vocación agraria, por lo que su evolución posterior ha seguido derroteros diferenciados. En los casos de condiciones físicas con menor adecuación, el problema se resuelve alargando las barbecheras y, en no pocos casos, aplicando usos mixtos agrícola-ganaderos-forestales; no es extraña a nuestro pasado, en este sentido, la presencia de importantes espacios adeshados en el seno de la Depresión del Guadalquivir, espacios en los que junto con los pastos, la caza, la leña, etc. periódicamente se incluía la sementera para trigo y cebada.

c) Pero la explotación cerealista continuada no es posible sin una rotación de cultivos adecuada, razón por la cual como especies que rotan con el cereal aparecen otros productos fundamentales en la alimentación humana; nos referimos a las leguminosas en general y, de forma especial, al garbanzo y las habas, ambos alimento humano y animal a la vez.

d) Complementariamente se sitúan los otros dos elementos de la trilogía mediterránea: olivar y viñedo. Ambos tienen finalidad fundamental de autoabastecimiento, por lo que suelen estar presentes en todo el territorio aunque con ocupación superficial reducida. Y ello convive con la existencia de unidades territoriales (Aljarafe sevillano) en las que, por su especial adaptación agroecológica y por su proximidad a un núcleo importante de población, el olivar constituyó siempre un elemento básico y fundamental. En cualquiera de los casos, como veremos, la evolución del olivar será la de una expansión de caracteres espectaculares, en tanto que el viñedo desaparecerá de muchos terrazgos y quedará concentrado en aquellos espacios para los que ofrece una especial adecuación a ese cultivo: Campiñas de Córdoba, Jerez y Huelva.

e) Mencionada en otro lugar la existencia de un poblamiento disperso en las tierras de cereal y de olivar, procede aquí mencionar también la constatación de al menos dos modalidades de hábitar rural disperso en el viñedo: «Las viñas» en los viñedos de Jerez, «los

lagares» en la zona Montilla-Moriles, en la Campiña Alta de Córdoba.
f) También con carácter complementario –y a menudo de consumo estacional– se sitúan otros elementos vegetales de la alimentación: frutos secos, frutas, verduras y hortofruticultura en general.

5. Conclusión

La breve interpretación que en las líneas precedentes hemos esbozado nos permite concluir con unas ideas principales.

La Depresión del Guadalquivir, ancestralmente caracterizada por el protagonismo agrario, económico y demográfico de las conocidas Campiñas, definidas por unas estructuras latifundistas y el modelo de explotación indirecta y extensiva, se muestra hoy como un medio natural y humano diverso, configurando un nuevo mosaico de paisajes repletos de matices y significados superadores de una perspectiva única.

La visión monocorde tradicional no supera un análisis detallado de las variables ecológicas. La Depresión del Guadalquivir, más allá de la importancia tradicional de las paradigmáticas lomas campiñesas, cuenta también con paisajes más agrestes en las Campiñas Altas, asociadas a los influjos tectónicos de la orogenia Alpina; y también se resuelve en amplias y horizontales terrazas y vegas perifluviales, cargadas de agricultura intensiva, de regadío y de urbanización.

Ese mosaico de paisajes que se dan cita en la Depresión Bética, con el apoyo de las condiciones geomorfológicas y genéticas de cada unidad, se ha acentuado gracias a la creciente presión humana, sobre todo a partir del último tercio del siglo XX. La cada vez más evidente presencia humana y la artificialización antrópica de la Depresión del Guadalquivir refuerza la heterogeneidad paisajística, a la par que, sin embargo, mantiene y son perceptibles las huellas de la construcción paisajística del pasado.

A modo de palimpsesto, el paisaje bético, sus vegas y campiñas, se ofrece en la actualidad como un medio dinámico, diverso y estratégico por su centralidad territorial en el contexto regional; un territorio plural que ha superado su ancestral imagen agraria sin perder sus evidencias; y que navega aparentemente hacia una reinterpretación sustentada en el desarrollo de la agricultura intensiva, el regadío especializado,

el desarrollo de nuevas vías de comunicación, los usos recreativos, ambientales y turísticos, o incluso el impulso de nuevas tecnologías asociadas a las energías renovables.

PRESENTACIÓN DEL ITINERARIO

Desde luego, la cosecha es buena; pero aquí no es como por allá por el Sur, por Andalucía, por Córdoba y Sevilla, que el grano rinde ciento por uno. Aquí, aunque sean buenas las cosechas no pasan de parcas; y siempre se cogen con mucho esfuerzo (Conversación de Jesús García Fernández con un campesino castellano)

Memorias de un geógrafo

Como puede advertirse en el mapa adjunto, la excursión programada parte de la ciudad Baeza, en la cumbre de La Loma. A través de la carretera A-1201 descenderemos suavemente por la cara norte de esta «espina dorsal» hasta alcanzar el valle del Guadalimar. A partir de la Estación de Linares-Baeza (nudo ferroviario a partir del cual se separan las líneas que desde Madrid se dirigen a Granada-Almería y al resto de las capitales andaluzas), remontaremos la vertiente de este valle hasta culminar en el escalón de Linares, desde el que muy pronto accederemos al pequeño tramo de autovía que conecta la vieja ciudad minera con Bailén (futura autovía Andrés de Vandelvira) y, posteriormente, a la autovía de la Costa Tropical (vieja carretera nacional Bailén-Motril). El desvío hacia el valle del Guadalquivir se producirá a la altura de la localidad de Mengíbar, donde tendrá lugar la primera parada del recorrido, destinada a explicar la funcionalidad de la primera gran infraestructura hidráulica que a comienzos del siglo XX se levantó sobre el cauce de este río con el fin de producir electricidad a una escala desconocida hasta aquellos momentos, el denominado popularmente como *salto de Mengíbar*. (figura 1)

Por el valle del Guadalquivir continuaremos hasta llegar a la estación ferroviaria de Espelúy (en este punto se produce el enlace del ramal de Jaén con la línea Madrid-Cádiz), en cuyas inmediaciones tendrá lugar la segunda parada, en este caso con un doble objetivo. Por un lado, se trata de observar la última gran dehesa histórica que en la porción jiennense del Valle ha sido capaz de resistir al paso del tiempo aunque hoy se halle, como otros muchos paisajes y sistemas agrarios de la provincia, seriamente amenazada por el irresistible empuje del olivar; por otra parte, visitaremos el pequeño poblado de colonización Ampliación de Espelúy, uno de los múltiples núcleos urbanos que se levantaron en el interior de las grandes zonas regables jiennenses

durante los años cincuenta y sesenta para acoger a los pequeños campesinos y jornaleros sin tierra a los que prestó su apoyo la política de colonización.

Después de cruzar las localidades de Espelúy y Villanueva de la Reina, atravesaremos el Guadalquivir, y por su margen derecha, siguiendo la autovía del Sur (antigua carretera nacional Madrid-Cádiz), nos dirigiremos hasta Andújar. Bordeando el casco urbano de esta ciudad (la tercera en importancia de la provincia, tras Jaén y Linares), tomaremos la carretera A-1208 por la que muy pronto llegaremos hasta la dehesa del Toledillo, al pie de Sierra Morena, donde tendrá lugar la siguiente parada. Desde este estratégico emplazamiento se tiene una magnífica visión de las tres grandes unidades morfoestructurales de Andalucía. Aprovecharemos para explicar de manera sucinta las estrechas relaciones históricas entre esos ámbitos geográficos que en Andújar alcanzan una especial resonancia por la extraordinaria amplitud superficial de su término municipal (963 km²), el tercero en extensión de Andalucía.

Retomaremos la autovía del Sur para dirigirnos hasta el límite occidental de la provincia de Jaén, donde cambiaremos de dirección para adentrarnos en las campiñas meridionales jiennenses, cuyas formas onduladas empiezan a dejarse sentir en la carretera A-1206 que nos conducirá hasta Lopera. En esta localidad campiñesa tiene lugar la siguiente parada cuya finalidad estriba en dar a conocer una de las escasas áreas agrícolas de cierta extensión que actualmente continúan consagrándose al cultivo de la vid en la provincia de Jaén. Así mismo, visitaremos una de las bodegas que históricamente dieron fama a esta localidad en la producción de caldos de una cierta calidad, muy apreciados históricamente en toda Andalucía.

Tras comer, abandonaremos Lopera para encaminarnos hacia el macizo subbético de Sierra Mágina. Por la carretera A-1206 y luego por la A-306, atravesaremos las campiñas para comprobar la desaparición de cualquier vestigio de la agrodiversidad histórica que caracterizó a todo este ámbito geográfico, hoy completamente ocupado por el olivar. Nada queda ya de los viejos cortijos cerealistas, ni de los pequeños caseríos hortícolas diseminados por el territorio que conformaron la imagen histórica de estos campos. La extrema monotonía de este paisaje olivarero sólo empieza a romperse en las inmediaciones de la ciudad de Jaén y, sobre todo, después de abandonar el pasillo del Guadalbullón por el que discurre la autovía de la Costa Tropical. En la

salida de Cambil-Huelma, comenzaremos el acceso a Sierra Mágina a través de la carretera A-324, cuyas rampas, mucho más pronunciadas que las campiñesas, nos indican que estamos penetrando en los dominios de la media montaña mediterránea. Aunque no perderemos en ningún momento de vista el extenso manto olivarero que hoy cubre la provincia, ya las cumbres de las vertientes y algunos fragmentos agrícolas de los fondos de valle introducen una cierta diversificación paisajística que alcanza su máxima expresión en la parada que realizaremos junto al Centro de recepción de visitantes del Parque Natural de Sierra Mágina. Desde la explanada se tiene una magnífica visión de la dehesa de Mata Begid, una de las fincas que integraban el caudal de propios de la ciudad de Jaén, en la que sus vecinos solían aprovisionarse de toda clase de esquilmos.

Sin abandonar lo que otrora fueran dominios de la dehesa, continuaremos ascendiendo por la misma carretera hasta culminar en el portillo de Huelma, junto al cual realizaremos la última parada del itinerario. Desde el mirador existente en el camino de acceso al Centro de defensa forestal de Sierra Mágina puede observarse con toda nitidez la zona de cumbres de este macizo, a las cuales se ha ceñido el perímetro del Parque Natural, evitando con ello cualquier distorsión que pudiera derivarse de la presencia del hombre en el interior del espacio protegido.

1. Salto de Mengíbar

El salto de Mengíbar, como se conoció históricamente a esta pequeña presa sobre el cauce del Guadalquivir, fue la primera gran obra hidráulica que se construyó en el río bético. Con una capacidad de almacenamiento de agua de 2,4 Hm³, su inauguración se produjo a finales de 1916, en presencia de Alfonso XIII, quien pretendía con ello dar testimonio de los avances que se registraban en un país sumido en una profunda crisis institucional cuyo peor reflejo se hallaba, sin duda, en Andalucía. (figura 2)

La presa, desde luego, suponía un gran salto adelante en relación con la multitud de pequeños azudes que se extendían a lo largo del río para abastecimiento de los molinos harineros y las fábricas de luz de corto alcance. Y no ya sólo por su capacidad de almacenamiento sino también por las innovaciones técnicas que se habían introducido en el momento de su establecimiento. En efecto, era esta la primera presa

construida en España con compuertas deslizantes que podían abrirse durante las grandes crecidas del río, evitando así la inundación de las zonas aledañas e incluso otros males mayores. El sistema, copiado de las presas del Rhin, permitía regular a voluntad el volumen de agua embalsada. Además, comportaba otras ventajas tales como la rapidez en la construcción del muro de la presa, su menor coste económico y la mayor capacidad de desagüe.

Construida, en parte, con obra de fábrica y, en parte, con piezas metálicas, la fachada original de la presa (por primera vez no se trataba de un muro compacto de fábrica) tenía una longitud de 115 m, incluida la casa de máquinas. Se hallaba dividida en cuatro tramos separados por cinco grandes pilares de casi 20 m. de altura. En cada uno de los cuatro vanos iban alojadas las compuertas de acero de 10,6 por 7 m. La parte superior de los pilares se encontraba unida por una pasarela metálica en donde se ubicaba la maquinaria precisa para arrastrar las potentes cadenas que procuraban la elevación de las compuertas cuando era necesario. Las enormes crecidas que experimentó el Guadalquivir a comienzos de los años sesenta del siglo XX obligaron a un recrecimiento del embalse que se dotó de dos nuevos pilares paralelos a los originales que dieron origen a otros dos vanos, uno de ellos dotado de compuerta, y el otro, de mayor amplitud, destinado a aliviadero permanente.

Propiedad de la empresa Mengemor (acrónimo de los apellidos de sus socios, los Ingenieros de Caminos Carlos Mendoza, Antonio González Echarte y Alfredo Moreno, promotores del Metro de Madrid), el salto se construyó con la única finalidad de producir energía eléctrica a partir de tres potentes turbinas ubicadas en el soberbio edificio levantado junto a la margen derecha del muro de la presa. Con una potencia instalada de 3.000 kva., su capacidad de generación de electricidad superaba ampliamente la de todas las viejas fábricas de luz que desde finales del siglo XIX se habían venido instalando en un buen número de cauces jiennenses, y en esa posición de privilegio se mantuvo hasta que a comienzos de los años treinta entraron en funcionamiento las dos grandes centrales, construidas también por Mengemor, en el cercano cauce del río Jándula: La Lancha y El Encinarejo. Desde la nueva central, Mengemor pudo atender durante muchos años la creciente demanda de energía eléctrica de los hogares y centros fabriles próximos, lo que le permitió realizar un suculeto negocio. Gracias a éste y a otros saltos situados sobre el Guadalimar, desde los que se abastecía al potente sector de la minería del eje Linares-La Carolina, la empresa pudo ocupar

muy pronto un lugar hegemónico en el mercado de abastecimiento eléctrico provincial, en el que operaban un sinnúmero de pequeñas empresas con muy escasa capacidad de producción. Con el paso del tiempo, la fusión de ésta y otras empresas que operaban en Andalucía, daría origen a la Compañía Sevillana de Electricidad, la que durante muchos años ejerció el monopolio del abastecimiento eléctrico regional.

Como contrapartida, la construcción del salto supuso la puntilla de muerte para el tráfico fluvial de madera por el Guadalquivir, que desde el último cuarto del siglo XIX había tenido en Mengíbar una de las principales «playas» de la provincia. Toda la madera que empezó a evacuarse desde las Sierras de Segura y Cazorla a partir de aquel momento y hasta el comienzo de la guerra civil (el período histórico en el que tuvieron lugar los aprovechamientos más voluminosos de este recurso, con mucha diferencia sobre los restantes), llegaba hasta las inmediaciones de esta localidad, en donde se extraía del agua para continuar su camino por vía férrea, bien por la línea Linares-Puente Genil-Málaga, bien por la línea Madrid-Cádiz. Aunque la presa se dotó de un canalizo y una rampa para facilitar el tránsito de las piezas de madera a través de esta infraestructura, lo cierto es que los inconvenientes llegaron a ser de tal calibre que los madereros segureños y cazorlenses optaron por acortar el viaje y depositar las maderas junto a otras estaciones ferroviarias en las que se presentaban menos inconvenientes. A cerca del particular, conviene saber que Carlos Mendoza fue uno de los empresarios hidroeléctricos más activos en la lucha contra este secular uso del agua, que consideraba contrario al progreso y, desde luego, a los intereses que él representaba.

Tras la guerra civil, pero, sobre todo, a raíz de la puesta en marcha del Plan Jaén, el agua embalsada en Mengíbar, además de seguir empleándose en la producción de electricidad a mayor escala, comenzó a utilizarse para el riego de los campos situados en los dos primeros sectores de la Zona Baja de Vegas del Guadalquivir, una de las tres grandes zonas regables que los primeros planificadores del franquismo diseñaron en el entorno del río a su paso por la provincia de Jaén. Aunque los primeros intentos para transformar toda esta zona, situada aguas abajo de la presa de Mengíbar se remontan a principios de los años cincuenta, las obras de creación de las infraestructuras precisas para el riego no dieron comienzo hasta finales de esa década, después de la fuerte inyección económica que propició el Plan.

Para el abastecimiento del primer sector regable, que ocupaba una extensión algo superior a 1.100 has., situadas en la margen izquierda

del Guadalquivir, un pequeño canal recorría todo el perímetro exterior del mismo, aprovechando el desnivel existente entre el punto de toma de agua, situado en la presa, y el desagüe, que se encontraba más allá de la estación de Espelúy. A partir del canal, y en sentido perpendicular al cauce del río, se desarrollaba una amplia red de acequias que, como el canal principal, aprovechaba la fuerza de gravedad para la distribución del agua de riego. El sector segundo, de una extensión mucho menor (544 has.), se extendía por la margen derecha del cauce y utilizaba el mismo sistema de distribución del agua. (figura 3)

Los nuevos cultivos que se esperaba que muy pronto hicieran acto de presencia en las zonas regables, se consideraban la base esencial y el motor de un amplio complejo agroindustrial con epicentro en la ciudad de Mengíbar, cuya estratégica localización (en las inmediaciones de una carretera nacional y de dos líneas férreas de largo alcance), auguraba un venturoso porvenir al conjunto de empresas auspiciadas por el Patronato Proindustrialización de la Provincia que se había creado en paralelo al Plan Jaén. Concretamente en esta localidad o en sus inmediaciones estaba prevista la creación de una fábrica de azúcar y otra de alcohol contigua a la misma, una fábrica de conservas vegetales, una fábrica de tratamiento y envasado de productos lácteos y un matadero industrial.

Alguna de estas empresas, como la de procesado y envasado de conservas vegetales, llegó a abrir sus puertas pero sólo se mantuvo en activo durante un breve lapso de tiempo, el suficiente para que sus directivos se dieran cuenta de que no se podía competir en precios ni en calidad con aquellas otras zonas españolas de mayor producción y tradición en el tratamiento de los productos hortícolas. El resto de las empresas proyectadas ni siquiera llegaron a construirse, y no tanto por la falta de apoyos económicos de los poderes públicos sino porque enseguida los técnicos del Plan Jaén se percataron de que eran completamente inviables. La transformación en regadío no había sido capaz, como erróneamente se había pronosticado, de alentar a los agricultores a la práctica de cultivos alternativos a los tradicionales, pues todos ellos les resultaban completamente desconocidos tanto en sus ciclos biológicos como en sus tratamientos agronómicos; ni siquiera conocían las exigencias hídricas, ni las formas de riego, y, lo peor de todo, nadie se había preocupado de enseñárselas. Ante este panorama, que presagiaba una carencia extrema de materia prima, ninguna de aquellas industrias tenía sentido. De este modo, lo que se había proyectado como un polígono agroindustrial de referencia

regional acabó convirtiéndose en una sucesión de naves ruinosas sin ningún tipo de actividad. Aunque se han producido en los últimos años distintos intentos de recuperar esas naves por diferentes industrias agrarias, todos ellos han fracasado de manera estrepitosa. (figura 4)

2. Dehesa de Espelúy

La dehesa de Santa Ana o de Espelúy, situada en las inmediaciones del nudo ferroviario, constituye el último reducto de un paisaje agrario excepcional, ampliamente extendido por las campiñas y el valle del Guadalquivir hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. La visita cobra en estos momentos una especial relevancia por cuanto, según pensamos, nos encontramos en los inicios de un proceso de descomposición que, si no se adoptan las medidas pertinentes, en muy pocos años dará al traste con este secular legado agrario. (figura 5)

Durante siglos, la dehesa perteneció a la casa ducal de Medinaceli. Formaba parte de un enorme paquete de propiedades que la casa nobiliaria poseía en tierras jiennenses, cada una de las cuales se gestionaba a través de un administrador que estaba en permanente contacto con el duque pero que disponía de cierta autonomía a la hora de tomar determinadas decisiones relacionadas con la explotación agraria del predio. Hasta mediados del siglo XIX la dehesa no experimentó ningún tipo de alteración territorial pero a partir de ese momento se fueron segregando de la misma distintas porciones de diferente extensión, cuyo origen no hay que buscarlo en las dificultades económicas por las que en algunos momentos atravesó la casa sino en las sucesivas expropiaciones forzosas que motivaron las construcciones de distintas infraestructuras de uso público.

A este respecto, las primeras segregaciones se produjeron con motivo del establecimiento de las líneas férreas Madrid-Cádiz (el tramo de esta línea que atravesaba la dehesa se abrió al tráfico en 1866) y Linares-Puente Genil (el primer tramo de esta línea entre Espelúy y Jaén se inauguró en 1881). Afectaron no ya sólo a aquellos terrenos por los que discurría el viario sino también a la amplia superficie sobre la que se asentaba la estación ferroviaria que durante muchos años llegaron a compartir las dos compañías que eran propietarias de esas líneas: la Compañía de los ferrocarriles Madrid-Zaragoza-Alicante y la Compañía de los ferrocarriles andaluces. El espectacular desarrollo del ferrocarril

que se registró durante la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, obligaron a efectuar numerosas ampliaciones en esas dependencias ferroviarias, cada una de las cuales se tradujeron en nuevas segregaciones de la dehesa. Las de mayor calado superficial, desde luego, tuvieron lugar en el momento en el ambas compañías decidieron construir una serie de viviendas para sus trabajadores así como distintas dependencias propias de este tipo de empresas. Algunos años más tarde, con motivo de la construcción de la red provincial de carreteras, la dehesa sufrió nuevas segregaciones y una disminución cada vez más notoria de los vetustos pies de encina. Por último, en la segunda mitad del siglo XX, la actuación del Instituto Nacional de Colonización obligó a segregar otra pequeña porción de la dehesa próxima a la estación ferroviaria con el fin de construir un pequeño núcleo urbano así como el parcelario agrícola.

Como el resto de dehesas próximas (la mancha continua de dehesas se extendía por una gran parte de los términos municipales de Linares, Bailén, Jabalquinto, Mengíbar, Cazalilla y Villanueva de la Reina, como fácilmente puede deducirse por la multitud de encinas testigo que han sobrevivido hasta nuestros días), los usos primordiales del territorio eran de naturaleza agrícola y ganadera. Para mejor aprovechamiento de las potencialidades del medio, la dehesa se encontraba dividida en tres grandes hojas en las que se practicaba el clásico sistema de cultivo al tercio, con rotación permanente de sembrado cerealista, barbecho semillado y barbecho blanco. La ganadería lanar, generalmente integrada en la empresa, podía aprovechar durante todo el año las hojas que no se hallaban cultivadas y, una vez levantada la cosecha, el rastrojo de las tierras cerealistas; igualmente las piaras de cerdos podían entrar en la dehesa a aprovechar la bellota que producían las abundantes encinas.

Aunque en determinados momentos históricos la explotación se llevó a cabo de forma directa por la casa ducal, lo habitual fue el arrendamiento de la finca a cultivadores de la zona, con la única condición de que la casa ducal pudiera aprovechar de forma exclusiva la caza mayor y menor en los momentos del año en que lo permitiera la legislación cinegética. En este extremo creemos que radica la razón última que justificó la permanencia de la dehesa en un estado floreciente de conservación, pues de otro modo sus posibilidades cinegéticas hubieran decaído de una forma considerable.

Seguramente por esta potencialidad cinegética a la que no era capaz de sustraerse la nobleza, y por su aprovechamiento extensivo, Pascual

Carrión abogó, en el momento de ponerse en marcha la reforma agraria republicana, por la expropiación inmediata de toda la finca, su roturación y la plantación de un extenso olivar. De esa propuesta tomaron buena nota los servicios técnicos del Instituto de Reforma Agraria que de inmediato procedieron a la incautación de la finca y a la elaboración de un plan para el establecimiento de un asentamiento campesino en la misma. Finalmente esa actuación no pudo llevarse a cabo, e inmediatamente después de que finalizara la guerra civil la finca fue devuelta a su legítimo propietario con todas las garantías.

A pesar de ello, la casa ducal decidió desprenderse de la finca poco después de su devolución, vendiéndosela a quien desde comienzos del siglo XX, de forma ininterrumpida, había sido su arrendatario. Este cambio en la titularidad del predio no afectó en modo alguno al sistema de explotación, que durante muchos años se guió por los mismos patrones tradicionales, con la única excepción del aprovechamiento en montanera del cerdo, que prácticamente se extinguió a mediados del siglo XX. En los últimos años, sin embargo, se han registrado distintas plantaciones de olivares sobre varias partes de la dehesa, que mucho nos tememos se amplíen en el futuro hasta llegar a dar al traste con este secular agrosistema. Las poderosas razones económicas que de unos años a esta parte han propiciado la prodigiosa expansión olivarera en la provincia, han acabado también seduciendo a los nuevos propietarios de la dehesa de Espelúy, tanto a los herederos del antiguo arrendatario como a un particular que se ha hecho con la propiedad de una porción importante de este predio. Aunque por la edad de plantación, estos olivares no pueden acogerse al actual sistema de ayudas comunitarias, está claro que las perspectivas que ofrece el mercado del aceite son mucho más halagüeñas que las de los restantes cultivos, por lo que al menos de este modo se garantiza una cierta rentabilidad a la explotación de la tierra.

A nuestro modo de ver, hubiera sido preferible alcanzar algún tipo de acuerdo con la Administración andaluza para mantener inalterada la dehesa a cambio de cualquier clase de contraprestación económica o de otro tipo. Desde luego, no deja de resultar paradójico que mientras que la política agroambiental de la Unión Europea viene destinando crecientes sumas económicas a la reforestación de tierras agrarias, privilegiando especies nobles como la encina, en dehesas como la que nos ocupa corran hoy serio riesgo de extinción ejemplares centenarios de esta especie emblemática del monte mediterráneo. (figura 6)

3. Poblado de colonización. Ampliación de Espelúy

Como acabamos de exponer, la última segregación de importancia que experimentó la dehesa de Espelúy llegó de la mano del Instituto Nacional de Colonización, que a mediados de los años sesenta decidió crear un poblado sobre una de las porciones de la finca que previamente se habían transformado en regadío por iniciativa estatal. En este caso se trataba de un pequeño asentamiento compuesto por tan sólo 24 viviendas (el segundo núcleo más pequeño de los que se construyeron en la provincia), que se hallaba situado allí donde finalizaban las redes regables que abastecían al primer sector de la Zona Baja de Vegas del Guadalquivir. Su finalización y la instalación de colonos tuvo lugar en 1965, después de un proceso de selección que en este caso planteó muy pocas dificultades.

En efecto, la totalidad de los colonos que se instalaron en Ampliación de Espelúy procedían de distintas aldeas pertenecientes a Pontones, un pequeño municipio de la Sierra de Segura gravemente afectado por la política de repoblación forestal de posguerra, en un primer momento, y por la creación del Coto Nacional de Caza de las Sierras de Cazorla y Segura después de 1960. A esos vecinos, el Estado, a instancia del organismo encargado de la repoblación forestal (Patrimonio Forestal del Estado), les había expropiado sus viviendas y las diminutas parcelas de cultivo agrícola de las que disponían con el fin de constituir una masa continua de pinares en torno al embalse del Tranco; una actuación que se consideraba imprescindible para frenar la erosión en la cuenca de alimentación y el consiguiente entarquinamiento del vaso de la presa. Para aliviar la dramática situación en la que se vieron envueltas todas estas familias, que de la noche a la mañana perdieron los pocos bienes que poseían, el Instituto Nacional de Colonización asumió la tarea de instalarlos en el poblado que acababa de construir en las proximidades de la estación ferroviaria de Espelúy. (figura 7)

La instalación de cada colono llevaba aparejada la entrega de una vivienda y de una parcela agrícola contigua al poblado, localizada en aquella porción de la zona regable que el plan de colonización había calificado como «tierras en exceso» (fracción de tierras que los propietarios de cada zona, una vez efectuada la transformación en regadío, cedían al Instituto Nacional de Colonización para que este organismo pudiera distribuir las entre los colonos seleccionados). De los 24 colonos instalados, a 14 se les entregaron parcelas de 0,65 has., los denominados «huertos agrícolas» o «lotes complementarios».

Con tan insignificante porción de terrazgo agrícola, difícilmente podía aspirarse a otra cosa que no fuera la estricta subsistencia del colono y su numerosa familia. Recuérdese que el número de miembros que componían la unidad familiar se había erigido en uno de los criterios preferentes a la hora de seleccionar los colonos. En realidad, lo que perseguía esta cicatera distribución de la tierra era la perpetuación del colono como jornalero agrícola en las grandes explotaciones agrarias de sus inmediaciones, seriamente amenazadas por la fuerte emigración rural que estaba teniendo lugar en la provincia en esos momentos. Pero la rápida mecanización de esas grandes y medianas explotaciones agrarias así como el mantenimiento de cultivos muy poco exigentes en el empleo de mano de obra, acabó muy pronto con la esperanza de encontrar ocupación en la agricultura, por lo que una gran parte de los colonos instalados, tanto en Ampliación de Espelúy como en el resto de los poblados de colonización jiennenses donde se siguió el mismo esquema distributivo, emprendieron de inmediato el camino de la emigración definitiva hacia otras regiones españolas. (figura 8)

Sólo 10 colonos recibieron un «lote familiar», cuya superficie ascendía a 5 has. Obviamente, con semejante superficie regada en suelos de buena calidad, resultaba factible constituir una empresa agraria familiar con perspectivas ciertas de rentabilidad, máxime si se apostaba por aquellos cultivos industriales que empezaba a demandar de forma abundante un mercado en plena expansión: algodón, remolacha, tabaco, etc. Esa era una de las grandes aspiraciones de la política colonizadora en aquellos casos en los que se optó por la distribución de este tipo de lotes de mayor extensión. El problema, como hemos apuntado anteriormente, residía en que ninguno de estos colonos estaba preparado para afrontar los retos que suponían estos cultivos. Es verdad que todos ellos estaban familiarizados con el regadío, pues no pocas de las minúsculas roturaciones que habían venido cultivando en la Sierra de Segura eran de riego, pero no es menos cierto que siempre las habían dedicado a cultivos hortícolas de estricta subsistencia o, todo lo más, a plantas forrajeras para sus ganados. Por tanto, difícilmente podían aventurarse en el cuidado de unas plantas que les eran desconocidas.

4. Dehesa del Toledillo

Desde la antigua dehesa del Toledillo, en el arranque de las primeras rampas del macizo mariánico, se tiene una magnífica perspectiva

de las tres grandes unidades morfoestructurales andaluzas: Sierra Morena, valle y campiñas del Guadalquivir y Cordillera Bética (Sector subbético del frente externo). Es éste, sin duda, uno de los mejores emplazamientos que existen en la provincia para poder contemplar la distribución geográfica de esas unidades en el territorio jiennense. (figura 9)

Al pie de este balcón natural sobre el que nos encontramos, se extiende la amplia terraza que a lo largo de la historia geológica ha ido modelando el Guadalquivir, cuyo valle comienza a ensancharse a partir de Andújar. Se trata, con diferencia, de la porción más fértil de este extenso término municipal, sometida por ello desde antiguo a una fuerte presión que se fue incrementando al compás del crecimiento demográfico de la ciudad y a la necesidad consiguiente de disponer de mayores recursos alimenticios. Aunque las tierras de secano dominaron tradicionalmente en todas estas vegas, pequeñas porciones de las mismas próximas al Guadalquivir o a los diferentes afluentes que desaguaban en el río bético, podían regarse de forma eventual mediante ingeniosas derivaciones del agua que daban vida a pequeños hortales en los que se criaban toda clase de frutas y hortalizas. Esos productos encontraban fácil salida en el mercado iliturgitano, muy frecuentado por los habitantes de todas las localidades próximas por la gran variedad de productos vegetales que aquí podían adquirirse.

Todo este ámbito, que se halla situado en la margen derecha del Guadalquivir y afectaba a los términos municipales de Villanueva de la Reina, Andújar y Marmolejo, ya en el límite occidental jiennense, fue objeto de uno de los primeros intentos de transformación en regadío a gran escala de cuantos se han sucedido en la provincia. Los primeros pasos para ello se dieron ya durante la II República (por tanto, con mucha antelación al Plan Jaén), aunque todo el proceso se aceleró considerablemente tras la guerra civil, y muy especialmente después de la trágica sequía de 1946, que provocó una gran mortandad por inanición en toda la provincia. En los años finales de la década de los cuarenta ya se había transformado una buena parte de esta gran zona regable del Rumbiar, si bien es cierto que la mayoría de las infraestructuras de regadío aun se encontraban en un estado bastante precario. A partir de mediados de los años cincuenta se reformó el plan de colonización y empezaron a construirse los canales y acequias (también los nuevos poblados) que han permanecido hasta la actualidad.

El agua de riego, como se deduce por el nombre de la zona regable, procedía del embalse del Rumblar (126 Hm³), construido sobre el río del mismo nombre, en plena Sierra Morena, al norte del casco urbano de Baños de la Encina, si bien la presa de derivación desde donde partía el canal de riego estaba situada junto a la pequeña aldea de Zocueca. Dicho canal, de 38,7 km. de longitud empezó a construirse en 1935 aunque no se finalizó hasta después de la guerra civil; se extendía en paralelo al curso del Guadalquivir hasta las cercanías de la desembocadura del Jándula, donde se situaba la zona de desagüe. Las redes secundarias de riego, del mismo modo que hemos visto en Mengíbar, se establecieron perpendiculares al cauce para aprovechar la fuerza de gravedad en la distribución del agua de riego. De este modo lograron regarse algo más de 6.500 has., en las que durante muchos años se practicó un policultivo hortícola con extensas áreas intercaladas de frutales, enfocadas en casi todos los casos al abastecimiento de la industria conservera foránea. Con semejante dedicación, toda esta zona se convirtió en un magnífico referente provincial de agricultura alternativa al monocultivo olivarero-cerealista.

Estos dos últimos cultivos, con pequeñas intercalaciones de viñedo, conformaron la trilogía que dominó secularmente las campiñas que se extienden al sur del cauce del Guadalquivir, a través de cuyas formas onduladas se produce la lenta transición hacia los paisajes más vigorosos de la media montaña mediterránea, que desde la dehesa del Toledillo se dibujan en la línea del horizonte. A pesar de la potencialidad agronómica de sus suelos, las campiñas jiennenses, debido a la carencia crónica de agua, se aprovecharon de forma extensiva, como claramente se aprecia en el caso del cereal, cuyo cultivo requería de largos períodos de descanso de la tierra entre una y otra cosecha: dos años en el sistema de cultivo al tercio y un año en el sistema más evolucionado de año y vez. En el olivar, la acentuación de la vecería también era una consecuencia directa de la falta de agua de riego del árbol, lo que implicaba que a un año de buena cosecha de aceituna podían sucederle uno o más años de menguadas cosechas.

De estas limitaciones eran plenamente conscientes los equipos técnicos que estudiaron y redactaron los proyectos de transformación en regadío de las vegas del Guadalquivir a los que ya nos hemos referido. Sin embargo no fueron capaces de encontrar una solución técnica que permitiera elevar el agua del río hasta esas tierras alomadas que se encontraban relativamente cercanas al cauce, sin provocar con ello un encarecimiento excesivo del precio del agua, que

a buen seguro no hubieran podido afrontar la inmensa mayoría de los empobrecidos agricultores aunque las obras de infraestructura y los motores de elevación se hubieran sufragado por iniciativa estatal.

La dualidad de cultivos olivar-cereal que había acabado por imponerse en las campiñas jiennenses tras la erradicación en los momentos finiseculares del viñedo, se mantuvo hasta bien entrados los años sesenta del siglo pasado, momento a partir del cual el cereal comenzó a ceder terreno al olivar de una forma vertiginosa. No podemos detenernos aquí en la explicación de las razones que auspiciaron ese cambio, pero lo cierto es que en 1986, cuando se produjo el ingreso de España en la actual Unión Europea, el terrazgo campiñés ya se hallaba ocupado en gran parte por viejas y nuevas plantaciones de olivar de la variedad picual (origen de la mayor parte de los aceites jiennenses). La fase de bonanza económica que ha conocido este cultivo desde entonces, motivada por el generoso sistema de ayudas de la Política Agraria Comunitaria y por un sensible incremento del precio del aceite, ha acabado por ampliar aún más el área de distribución del cultivo, de tal forma que hoy sólo quedan pequeños retazos aislados de cereal. Difícilmente puede encontrarse en la Europa actual un ámbito geográfico en el que el régimen de monocultivo alcance una mejor expresión.

Las fuertes inyecciones económicas que han recibido los titulares de las explotaciones olivareras en el último cuarto de siglo han sido de tal calibre que no ha hecho falta, como antaño, contar con el auxilio de los poderes públicos para proceder a la introducción del regadío. Todas las resistencias tradicionales a la elevación del agua desde el Guadalquivir se han esfumado de la noche a la mañana merced a la decidida voluntad de unos agricultores que disponen de las suficientes rentas como para afrontar por su cuenta los costosos gastos, no ya sólo del dispositivo técnico de la elevación sino también de la distribución. No es para menos si tenemos en cuenta que en el nuevo escenario comunitario el regadío del olivar presenta dos grandes ventajas, ninguna de las cuales puede desdeñarse: por un lado, se incrementa de forma apreciable la producción de aceituna y, por consiguiente, de aceite con lo cual se puede obtener de las arcas comunitarias un mayor volumen de ayudas a la producción; por otro lado, se atenúa, puesto que no puede eliminarse por razones biológicas, la vecería del árbol, reduciéndose al máximo las posibilidades de un derrumbe de la cosecha.

Los nuevos sistemas de riego del olivar campiñés nada tienen que ver con los tradicionales. Se basan en la construcción de balsas de almacenamiento de agua, cuya capacidad es directamente proporcional al área regable a la que atienden; pueden fluctuar desde algunos centenares a varios miles de pies de olivo. Esas balsas se abastecen fundamentalmente de los bombeos procedentes del cauce del Guadalquivir, que se realizan en aquellos momentos del día en los que el coste de la energía eléctrica es más barato. Al mismo tiempo pueden recoger el agua de lluvia, aunque generalmente en una proporción muy poco significativa. La moderna red de distribución que parte de cada balsa se apoya en un sistema de riego localizado sumamente eficiente, cuya virtud fundamental reside en el enorme ahorro de agua que permite en relación con los métodos tradicionales. (figura 10)

Como las campiñas, el valle del Guadalquivir también se ha visto invadido durante los últimos años por multitud de nuevas plantaciones de olivar. En este caso se daban unas circunstancias mucho más propicias para el cambio puesto que toda la zona se hallaba ya transformada en regadío y los agricultores no tenían que hacer frente a esos gastos. Sin embargo en los últimos años han tenido que asumir una parte de los costes de modernización de los regadíos tradicionales que ha puesto en marcha la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, consistentes en la sustitución de las acequias por grandes tuberías bajo tierra y en la introducción de nuevos sistemas de riego de bajo consumo de agua (que eliminarán para siempre el riego a manta). En total, los afectados abonarán el 30 % del valor de esas obras en cómodos plazos que, eso sí, se extenderán durante 25 años.

Desde el punto de vista paisajístico esa proliferación olivarera en el valle del Guadalquivir ha acabado con la discontinuidad entre este ámbito geográfico y la campiña, cuya homogeneidad resulta cada día más evidentes. En términos estratégicos, la proliferación del olivar en ésta y las restantes zonas regables provinciales representa un gran paso atrás por cuanto hace depender a toda la economía agraria jiennense de un sólo cultivo, que si bien es verdad que al día de la fecha atraviesa por una coyuntura muy favorable, puede acabar trastocándose a medio plazo si se modifican los sistemas de apoyo comunitario al cultivo, o se estancan los precios del aceite como consecuencia de un incremento de la oferta y una retracción de la demanda.

5. Lopera

Aunque con mucha menos trascendencia superficial que los cereales o el olivar, la vid fue el tercer cultivo histórico en importancia en las campiñas jiennenses. Prácticamente en ninguno de los municipios de este ámbito geográfico faltaba un pago consagrado al viñedo, tal y como puede deducirse por los topónimos de numerosos parajes que nunca se han borrado del lenguaje campesino.

Del mismo modo que sucedió en el resto de Andalucía, la plaga de la filoxera provocó la desaparición de la inmensa mayoría de las plantaciones, con la consiguiente ruina de sus propietarios, que no hicieron nada para reintroducir este cultivo en sus explotaciones con posterioridad a aquella gran crisis. En la provincia de Jaén, sólo en Lopera y, en mucha menor medida, en Bailén y Torreperogil (otras dos localidades campiñesas), logró mantenerse la tradición del cultivo de la vid aunque a unos niveles superficiales y productivos muy reducidos no sólo en el contexto nacional sino también en el andaluz. (figura 11)

A pesar de estas debilidades, en Lopera, que es el municipio que aquí nos interesa, a partir de los años veinte del pasado siglo se produjo un renacimiento espectacular de la economía vitivinícola que llegó de la mano de la primera bodega que funcionó en la localidad. La escasez de materia prima no fue óbice para que empezaran a elaborarse vinos finos y dulces de buena calidad así como vinagres, todos los cuales se comercializaban, bien a granel, bien embotellados, en las provincias de Córdoba y Jaén, e incluso algunas partidas se exportaban directamente a Jerez de la Frontera, cuna del vino andaluz.

A partir de esta experiencia exitosa no sólo se inauguraron nuevas bodegas en el municipio (especialmente en la década de los años cuarenta) sino que se amplió de forma espectacular el área consagrada al cultivo, que llegó a alcanzar su cenit superficial en 1955 con algo más de 200 has. plantadas de viñedo. Desde ese momento, sin embargo, asistimos a un proceso de declive del cultivo que se hizo particularmente intenso durante las décadas de los ochenta y noventa, lo que lo condujo a su práctica extinción a comienzos del siglo XXI. En un primer momento fue la pérdida de rentabilidad de las explotaciones la que obligó a muchos propietarios a arrancar las vides y consagrar esas pequeñas porciones del terrazgo a otros usos más lucrativos; más tarde, tras la incorporación de España a la Comunidad Económica Europea, fueron los incentivos económicos al arranque del viñedo los

que acabaron dando la puntilla de muerte a este cultivo ancestral. Idéntico proceso de declive experimentaron las bodegas loperanas, que poco a poco fueron cerrando sus puertas ante la caída de la demanda de vino (otras bebidas alcohólicas empezaron a imponerse con fuerza en esos años) y el desplome de sus precios. (figura 12)

De esta crisis sólo consiguió librarse una de las bodegas que se habían fundado en la localidad a finales de los años cuarenta (durante el período de florecimiento de la vitivinicultura loperana), cuyas instalaciones continúan abiertas en la actualidad, dedicadas cada vez más a la producción de vinos tintos jóvenes y, en menor medida, de blancos amontillados (finos y añejos). El mantenimiento de la actividad productiva de esta bodega ha sido posible por la vinculación a la misma de dos explotaciones medianas de viñedo con una superficie conjunta de 60 has, situadas ambas en la vecina localidad de Arjona. Dichas plantaciones se han sometido a una profunda reconversión en los últimos años mediante el arranque masivo de las viejas variedades de viñedo y la introducción de nuevas cepas de origen francés (Cavernet Sauvignon, Syrah y Merlot) y español (Tempranillo), plantadas en espaldera, a partir de las cuales han empezado a producirse y comercializarse un tipo de vinos tintos jóvenes para los que, frente a los caldos tradicionales, existe una mejor salida en el mercado.

Igualmente han sido objeto de notables mejoras el edificio y las instalaciones de la bodega. En el primer caso, aunque se ha respetado la estructura original de la edificación, se han introducido mejoras de consideración tanto en la bodega (solería, tejado, etc.) como en las dependencias anexas. Simultáneamente se ha renovado toda la maquinaria de elaboración del vino para incrementar la capacidad de producción y mejorar la calidad de los caldos obtenidos. Todos estos avances pueden permitir en un futuro aspirar al reconocimiento de vino de la tierra, un distintivo de calidad que, a no dudarlo, supondría un revulsivo para el sector y contribuiría a la necesaria diversificación de la base económica local.

6. Mata Begid

Durante siglos, la extensa dehesa de Mata Begid (5.000 has.), en la cara sur de Sierra Mágina, formó parte del caudal de propios de la ciudad de Jaén, a pesar de hallarse situada a considerable distancia de la misma. Como la mayor parte de esta clase de bienes, procedía

de una donación hecha a la ciudad por los Reyes Católicos en 1494, en recompensa por los gastos que había ocasionado al cabildo el acuartelamiento de tropas registrado en la década anterior durante la guerra con Granada. Aunque algunos nobles de Sierra Mágina trataron de acceder a su propiedad por la vía jurídica, todos sus intentos resultaron vanos pues las sentencias dictadas al efecto nunca les dieron la razón. Únicamente logró instalarse en su interior el Monasterio de Santa María de Oviedo, perteneciente a la orden de San Basilio Magno, que fue clausurado definitivamente en 1835.

La subasta anual de los múltiples aprovechamientos que proporcionaba esta extensa masa forestal constituía una excepcional fuente de ingresos para las arcas municipales, por lo que el Ayuntamiento controlaba la dehesa mediante una guardería propia y un alcaide nombrado por la corporación. Los aprovechamientos de mayor relevancia económica eran la bellota, que el ganado de cerda aprovechaba en régimen de montanera; los pastos, que consumían los ganados lanares y cabríos que llegaban hasta aquí desde la capital provincial o desde aquellas localidades de Sierra Mágina que se hallaban más próximas; la hoja de encina (ramón) muy apreciado por el ganado caprino; y las leñas y el carbón vegetal. La extracción de estos últimos no sólo estaba encaminada al autoconsumo en los hogares de leñadores y carboneros sino también a su comercialización a pequeña escala, tanto en la propia ciudad de Jaén como en otras localidades relativamente alejadas, en las que ambos recursos energéticos eran muy demandados. La ciudad de Granada, por ejemplo, se abasteció durante muchos años del carbón vegetal que llegaba tanto desde esta dehesa como desde otras localidades de Sierra Mágina en las que la elaboración de este producto alcanzó una gran relevancia.

A mediados del siglo XIX, momento para el que disponemos de datos de una cierta fiabilidad, se hallaba cubierta por una extensa masa de encinas y quejigos así como por pequeñas manchas dispersas de pinar, que ocupaban el 60% de su superficie, mientras que otro 30% correspondía a «barrancos, pedrizas y monte bravío». En esos momentos las tierras de labor tan sólo se extendían por el 8% de su superficie, ocupando las navas de mayor capacidad agronómica. Esta porción del terrazgo se atendía, generalmente, desde los pequeños cortijos diseminados que poco a poco se habían ido instalando en el interior de la dehesa.

Tras sucesivos intentos privatizadores promovidos con anterioridad al desencadenamiento de la desamortización civil de Madoz, finalmente la dehesa se vendió a finales de 1862, permitiendo el producto obtenido saldar las cuantiosas deudas que el Ayuntamiento de Jaén había contraído en la organización de toda clase de fiestas. Los distintos propietarios que se sucedieron a partir de entonces continuaron explotando la dehesa al modo tradicional aunque hay que suponer, puesto que no disponemos de información al respecto, que el proceso roturador se extendió ampliamente por todos aquellos rincones de la dehesa que presentaban una mayor aptitud agrícola. Al menos así lo delata la presencia de una colectividad de jornaleros constituida en la finca durante la II República y distintos almacenes de uso agrícola construidos durante esos años, todos los cuales se hallan integrados en el impresionante caserío que domina la dehesa. (figura 13)

A comienzos de los años setenta del pasado siglo, el olivar ya se hallaba muy implantado en la porción de la dehesa con menores pendientes y mejores suelos, pero amenazaba con seguir escalando por las vertientes más empinadas y expuestas a la erosión hasta alcanzar las cumbres, en un proceso paralelo al que estaba teniendo lugar en la totalidad del macizo de Sierra Mágina. Fue entonces cuando la administración del Estado decidió proceder a la adquisición de toda aquella porción de la dehesa que se hallaba mejor conservada con el fin último de que ese imparable avance del olivar no acabara arrasando este fragmento del monte mediterráneo de incuestionable valor cultural, paisajístico y ambiental. La adquisición, después de no pocos inconvenientes, se llevó a cabo en 1982 y afectó a 3.148 has., por las que se abonaron cerca de 80 millones de pesetas. Desde entonces la finca ha permanecido en manos públicas, encontrándose gestionada en estos momentos por la administración ambiental andaluza.

Los aprovechamientos productivos de la biomasa han desaparecido casi por completo; actualmente sólo se efectúan tratamientos de gestión del matorral y la masa arbórea que tienen por finalidad, en el primer caso, evitar la acumulación de combustible, cuyos efectos podrían resultar desastrosos en caso de incendio, y, en el segundo, la eliminación de aquellos pies de arbolado deteriorados o de porte defectuoso para dar una mayor vigorosidad a la masa. Por el contrario, las actividades de esparcimiento y los usos lúdicos del territorio cada vez alcanzan una mayor relevancia en Mata Begid. Ya se ha citado la reciente creación del centro de recepción de visitantes del Parque Natural junto a la carretera A-324, que secciona la dehesa, al que

hay que unir la pequeña área recreativa de Gibrálberca y el sendero señalizado que recorre circularmente este paraje. Igualmente resulta muy frecuentado el caserío que domina la finca, de propiedad privada, que empezara a construirse tras la privatización decimonónica; un caserío construido, como era habitual, junto a una impresionante surgencia kárstica, que incluye distintas viviendas, almacenes agrícolas, ermita y un esplendoroso jardín romántico. (figura 14)

7. Sierra Mágina, Parque Natural

7.1. Claves territoriales

El macizo calcáreo de Sierra Mágina fue declarado Parque Natural en 1989, a través de la promulgación de la Ley de espacios naturales protegidos de Andalucía. Esta figura de protección ha sido esencial en la política protectora andaluza debido a su versatilidad y a la diversidad de objetivos que comporta. Junto a las medidas específicas de conservación del medio natural, un Parque Natural ha de aspirar a potenciar el uso público y a promover iniciativas de desarrollo que reviertan en las poblaciones de su ámbito de influencia. Desde esta perspectiva podrá entenderse que alrededor del 85% de la extensión de la RENPA –integrada en 2012 por 165 piezas– se corresponda con los 24 Parques Naturales declarados hasta la fecha. Téngase presente que la mayor parte de ellos se asienta sobre áreas de montaña que, en términos generales, han sufrido una evolución socioeconómica muy desfavorable desde mediados de la centuria pasada, preservando, sin embargo, un extraordinario patrimonio natural. Este es el caso de Sierra Mágina que en las últimas décadas también ha sido designada *Zona de Especial Protección para las Aves (ZEPA)*, y *Lugar de Interés Comunitario (LIC)* integrante de la Red Natura europea. Asimismo, en 2001 se declaró el Monumento Natural *Pinar de Cánovas* en el interior del Parque Natural, concretamente en el término municipal de Jimena. (figura 15).

Desde un punto de vista geográfico, el de Sierra Mágina forma parte del corredor bético de Parques Naturales andaluces, integrado por 19 piezas que se desarrollan desde el Estrecho de Gibraltar hasta las estribaciones nororientales de Cazorla y Segura; geológicamente se integra en la unidad subbética de la provincia jiennense. Entre las *claves territoriales básicas* para su interpretación tienen un especial significado las siguientes:

a) Una extensión moderada (19.961 ha) aunque distribuida entre numerosos municipios (Jódar, Huelma, Bélmez de la Moraleda, Cambil, Pegalajar, Albánchez de Mágina, Torres, Jimena y Bedmar). La superficie conjunta de los mismos es mucho mayor y constituye el Área de Influencia Socioeconómica del parque (AIS).

b) Un régimen de propiedad de la tierra muy equilibrado entre titularidad pública (50,5%) y privada (49,5%), lo cual no deja de constituir una excepción en el sistema regional de Parques Naturales donde el predominio de la propiedad privada es seña de identidad. Ni que decir tiene que, en Sierra Mágina, la anterior circunstancia posibilita una intervención administrativa más ágil y firme en asuntos relacionados con la conservación del medio natural o el uso público.

c) La delimitación del espacio protegido se circunscribió al sector central del macizo calcáreo, dejando fuera de sus límites al conjunto de núcleos urbanos de la sierra y, asimismo, a la gran mayoría de la orla olivarera periférica. Resulta evidente que, en este caso, se optó por un modelo de parque de orientación eminentemente conservacionista, donde tanto las actividades de uso público-recreativo como las orientadas a impulsar el desarrollo socioeconómico tienen un papel secundario y se desarrollan eminentemente en el área de influencia socioeconómica. La diferencia es clara con respecto al modelo adoptado en otros parques de montaña, tanto béticos (Cazorla, Segura y Las Villas; Grazalema...), como mariánicos (Sierra Norte de Sevilla o Sierra de Aracena y Picos de Aroche).

d) Como consecuencia de lo anterior, y de su localización geográfica, el Parque Natural de Sierra Mágina presenta un acusado contraste demográfico entre su extremo vacío interior y la presión de su orla periférica de poblamiento, con más de 35.000 habitantes en los municipios citados; una cifra que se incrementa de forma notable si se consideran otros núcleos cercanos no integrados en el parque y, muy especialmente, la vecina capital jiennense. Esta es una de las razones de la importante demanda de uso público que, en sus diferentes modalidades (educación ambiental, esparcimiento, turismo...), mantiene Sierra Mágina, favorecida, además, por la buena red de comunicaciones de su entorno.

e) Sin lugar a dudas, la debilidad de los aprovechamientos agroganaderos que se desarrollan en el interior del espacio protegido es otro de los elementos que le otorgan singularidad: sólo el 17% del espacio protegido se encuentre cultivado, con olivar casi en su totalidad, y junto al mismo un uso ganadero controlado (ovino y caprino) y cierto aprovechamiento cinegético.

7.2. Los objetivos del espacio protegido

En el caso de Sierra Mágina, entre los diversos argumentos esgrimidos a la hora de justificar su declaración como Parque Natural, primaron sin lugar a dudas *las necesidades de conservación de un medio natural extremadamente frágil y sujeto a presiones antrópicas crecientes*. Desde esta perspectiva, la atención se viene centrando especialmente en los siguientes aspectos:

- Preservación de un macizo calcáreo realmente singular, tanto en términos geomorfológicos como paisajísticos. Su karst se desarrolla a una altitud sin parangón en el conjunto de las Cordilleras Béticas, con magníficos ejemplos de dolinas climáticas o pozos de nieve. Es preciso regular y controlar el sistema hidrogeológico frente, entre otras cosas, a la sobreexplotación provocada por la expansión periférica del olivar de regadío en los últimos años. De otra parte, las cumbres prominentes de Mágina o Almadén –por encima de los 2.000 m-, el carácter agreste sus formas, la diversidad cromática, etc., dotan al paisaje de Sierra Mágina de un bello e inconfundible perfil. (figura 16)

- La degradación de la vegetación natural a causa, entre otros procesos, de la sobreexplotación ganadera y del intenso carboneo practicado durante décadas, es otro de los argumentos esenciales en la gestión del espacio protegido. Se trata de conservar las masas forestales que aún perviven, integradas en su mayoría por manchas de encinar y de pino carrasco, de origen centenario en algunos casos, acompañadas además por bosquetes de quejigo, box y pino laricio. Asimismo, el patrimonio botánico es considerado muy valioso por la presencia de un buen número de especies asociadas a roquedos, cascajales y arenales dolomíticos, entre las cuales, además, se localizan algunas endémicas de estas sierras y otras circunscritas exclusivamente al Sistema Bético.

- Por añadidura, Sierra Mágina ostenta también un alto interés faunístico, centrado esencialmente en sus comunidades de *aves rapaces*. En este territorio es frecuente la presencia de diversas especies muy apreciadas y, en algunos casos, amenazadas; cabe citar, entre ellas, el Águila real, el Azor, el Águila perdicera, el Águila culebrera y el Halcón peregrino; no se olvide que en orden a esta circunstancia se produjo en 2003 la declaración de *Zona de Especial Protección para las Aves* (ZEPA), anteriormente referida.

- La erosión edáfica se ha incrementado de forma considerable en las tres últimas décadas, cuando a los procesos vinculados a la deforestación tradicional ha venido a unirse la expansión del olivar en pendientes excesivas. Además, la irracionalidad de la proliferación olivarera genera otros problemas como la contaminación hídrica derivada de los productos químicos asociados, o la sobreexplotación de los acuíferos del sistema, ya apuntada.

En consecuencia, un enfoque prioritariamente conservacionista se manifiesta con claridad en los instrumentos básicos de planificación del Parque Natural. Tanto el *Plan de Ordenación de los Recursos Naturales* (PORN) como el *Plan Rector de Uso y Gestión* (PRUG), datan de 2004 y se corresponden con una segunda generación de planes, revisados y mejorados con relación a los primigenios. Entre sus disposiciones destaca la zonificación, claramente diseñada con el fin de procurar la preservación y restauración de los ecosistemas naturales del espacio: Aproximadamente el 83% de la superficie protegida ha quedado clasificada como *zonas de reserva* (A), *zonas potenciales de endemismos* (B1) y *zonas forestales de singular valor paisajístico y ambiental* (B2); el resto de la superficie se considera de *regulación común* (C) es decir, con aprovechamientos agrícolas consolidados (olivar) u otros usos intensivos.

En otro orden de cosas, la declaración de Sierra Mágina como Parque Natural obedeció también a la *necesidad de satisfacer y regular la demanda creciente de uso público*. Los indudables atractivos físico-naturales de este espacio y su prolijo patrimonio cultural—con numerosos elementos catalogados como Bien de Interés Cultural (BIC)—, explican la afluencia creciente de visitantes al Parque y su entorno, y, como se ha dicho, la proximidad a numerosos e importantes núcleos de población y la mejora en las vías de acceso, son factores coadyuvantes de tal

tendencia. Ni que decir tiene los extraordinarios valores naturales y culturales de este territorio han de ser difundidos, del mismo modo que ha de regularse y ordenarse su capacidad de acogida. En tal contexto, se enmarcan la aprobación de instrumentos de planificación específicos y la dotación de equipamientos interpretativos y de uso público auspiciadas en los últimos años: desde 2005 el parque dispone de un *Programa de Uso Público (PUP)*, aprobado por la Consejería de Medio Ambiente así como una considerable infraestructura encabezada por sus dos centros de visitantes (Castillo de Jódar y Mata Behid) y diversos miradores, senderos señalizados, áreas recreativas y zonas de acampada controlada. Resulta muy interesante la apuesta por integrar la oferta de elementos patrimoniales de índole natural y cultural: la ubicación del primer centro de recepción e interpretación del parque en el Castillo de Jódar es una excelente muestra de ello. (figuras 17 y 18).

Finalmente, la orientación esencialmente conservacionista aplicada en este Parque Natural no ha implicado, en modo alguno, la renuncia a los diferentes *programas de desarrollo socioeconómico* que acompañaron desde un primer momento a la política protectora andaluza, y de los que deben beneficiarse tanto las zonas incluidas en el parque como sus respectivas áreas de influencia socioeconómica.

La estrategia de desarrollo de todo este ámbito montañoso fuertemente deprimido y depauperado que hoy forma parte del Parque Natural de Sierra Mágina ya quedó plasmada en su primer *Plan de Desarrollo Sostenible (2001)*, pionero en Andalucía. En el mismo se establecieron diversos programas encaminados, en gran medida, a la reactivación socioeconómica pero sin perder de vista en ningún momento determinados aspectos relacionados con la conservación de la naturaleza. Aunque no podemos efectuar aquí una descripción detallada de cada una de las acciones contenidas en cada uno de esos programas, al menos reseñaremos las de mayor relevancia: *la diversificación de la estructura productiva local*, excesivamente dependiente hasta el momento del olivar y el aceite de oliva; *la mejora en la formación de capital humano*, pues los bajos niveles formativos y de capacitación profesional de la mano de obra han lastrado tradicionalmente el desarrollo socioeconómico de toda esta comarca montañosa; *la dotación de infraestructuras básicas para el impulso del desarrollo local*, y, por último, *el fortalecimiento de las instituciones de apoyo a la producción local*, haciendo especial hincapié en la necesidad de mejorar la coordinación institucional que se dirige a la

promoción del desarrollo, evitando el dispendio de medios materiales y humanos que muchas veces se produce como consecuencia de esa falta de relación entre los agentes públicos y también entre los privados que operan en este territorio.

Figuras

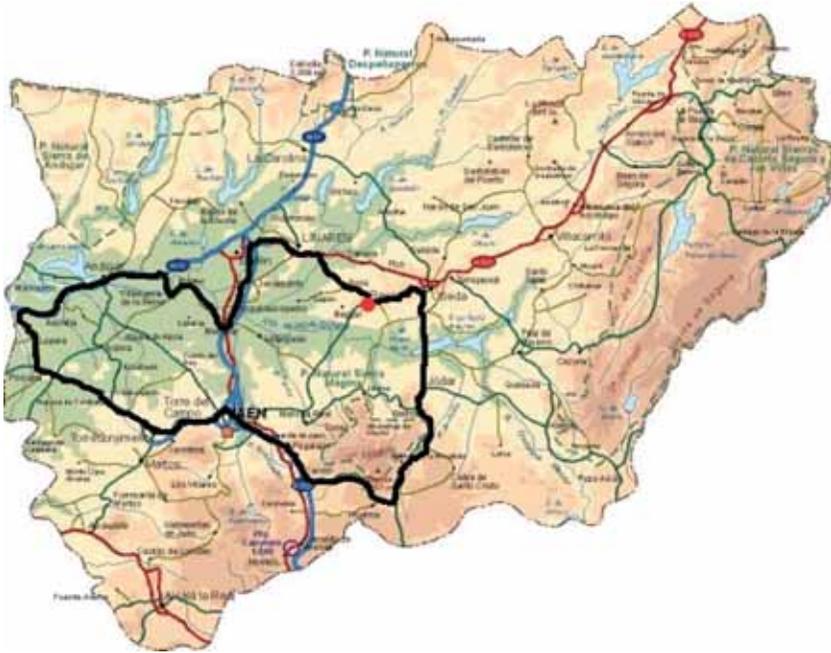


Figura 1: Presentación del Itinerario

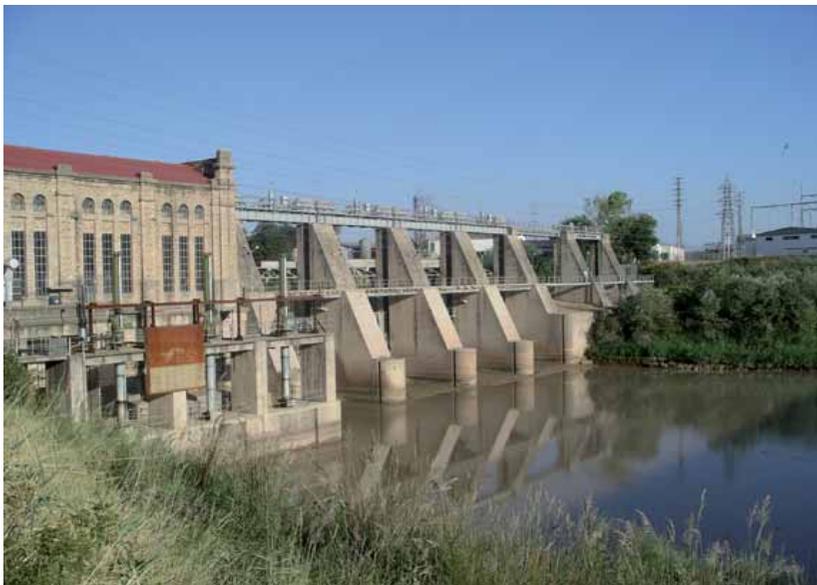


Figura 2: Salto de Mengibar en la actualidad. Fuente: autores



Figura 3: Acequia perpendicular al cauce del río y camino de servicio paralelo en el sector II de la Zona Baja de Vegas del Guadalquivir. Fuente: autores



Figura 4: Naves originales en el polígono agroindustrial de Mengíbar. Fuente: autores



Figura 5: Dehesa de Espelúy. Fuente: autor



Figura 6: Nuevas plantaciones olivareras en la Dehesa de Espelúy. Fuente: autores



Figura 7: Viviendas de colonos de Ampliación de Espelúy. Fuente: autores



Figura 8: Lotes familiares en Ampliación de Espelúy. Fuente: autores



Figura 9: Campiñas y valle del Guadalquivir desde la dehesa del Toledillo. Fuente: autores



Figura 10: Canal del Rumblar. Fuente: autores



Figura 11: La última bodega de Lopera. Fuente: autores



Figura 12: Viñedos en Lopera. Fuente: autores



Figura 13: Mata Begid. Fuente: autores



*Figura 14: Centro de recepción de visitantes del Parque Natural de Sierra Mágina.
Fuente: autores*



Figura 15: Picos Mágina y Almadén. Fuente: autores



Figura 16: La vertiente suroriental de Sierra Mágina. Fuente: autores



Figura 17: Equipamientos de uso público (Jódar). Fuente: autores



Figura 18: Castillo de Jódar. Centro de recepción de visitantes del Parque Natural de Sierra Mágina. Fuente: autores

Bibliografía

- Araque Jiménez, E., Sánchez Martínez, J.D. y Gallego Simón, V.J. (2002): «El olivar regado en la provincia de Jaén». Investigaciones Geográficas. Nº 28. Págs. 5-32.
- Araque Jiménez, E., Crespo Guerrero, J. M., Gallego Simón, V. y Sánchez Martínez, J. D. (2003): «La Dehesa de Espelúy: pervivencia de un paisaje excepcional en la campiña andaluza», en Sabio Alcutén, A. e Iriarte Goñi, I. (eds.): La construcción histórica del paisaje agrario en España y Cuba. Zaragoza. Publicaciones del Instituto de Estudios Altoaragoneses. Págs. 147-168.
- Araque Jiménez, Eduardo; Sánchez Martínez, José D.; Gallego Simón, Vicente J. y Garrido Almonacid, A.(2006): «Balance de la actuación del Instituto Nacional de Colonización en la provincia de Jaén». Investigaciones Geográficas, nº 41, pp. 15-32.
- Araque Jiménez, E. y Sánchez Martínez, J.D. (2006): «La propiedad de los montes en Sierra Morena Occidental (Jaén), a través de algunas fuentes documentales». Elucidario. Nº 1. Págs.175-236.
- Araque Jiménez, E. (2007): «Usos y aprovechamientos de los montes de Sierra Morena (Jaén). Pasado y presente», en Araque Jiménez, E. y Sánchez Martínez, J. D. (Edit.): Los montes andaluces y sus aprovechamientos: experiencias históricas y propuestas de futuro. Jaén. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Jaén. Págs. 13-57.
- Bernal, A. M. (1993): Ingenieros-empresarios en el desarrollo del sector eléctrico español: Mengemor, 1904-1951. Revista de Historia Industrial. Nº 3. Págs. 93-126.
- Casuso Quesada, R. (1999): El romanticismo del conjunto arquitectónico de Mata Begid (Cambil): Sumuntan. Nº 11. Págs.165-172.
- Cruz Villalón, Josefina (1980): Propiedad y Uso de la Tierra en la Baja Andalucía. Carmona, Siglos XVIII-XX. Madrid, Secretaría General Técnica. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Cuadros Trujillo, F. (2008): Arquitectura ferroviaria en la provincia de Jaén.. Poblado Espelúy. Jaén. Instituto de Estudios Giennenses
- Florido Trujillo, Gema (1996): Hábitat rural y gran explotación en la depresión del Guadalquivir. Sevilla, Junta Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes.
- Gallego Simón, V.J. (2005): Jaén antes del Plan Jaén: una perspectiva institucional del atraso provincial (1939-1953). Memoria de iniciación a la investigación. Universidad de Jaén. Inédita.

- Gil Olcina, A. y Morales Gil, A. (Coord.) (1992): *Hitos históricos de los regadíos españoles*. Madrid. Ministerio de Agricultura.
- López Cordero, J. A. (1996): «El monte de Mata Begid en el siglo XIX: un ejemplo de la polémica ecología-liberalismo en Sierra Mágina». *Sumuntan*. N° 6. 153-163.
- López Ontiveros, A. (1974): *Emigración, propiedad y espacio agrario en la Campiña de Córdoba*. Barcelona. Edit. Ariel.
- López Ontiveros, A; Naranjo Ramírez, J; Domínguez Bascón, P; y Torres Márquez, M. (1995): «Los paisajes agrarios del Sur de Córdoba: Valle del Guadalquivir, Campiñas y Sierras Subbéticas», en AAVV: *Propiedad, actividad agraria y medio ambiente en España y América Latina: Actas del VII Coloquio de Geografía Rural. Ponencias y Excursiones*. Asociación de Geógrafos Españoles (AGE) y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 183-234. Consulta on-line en <http://hdl.handle.net/10396/5440>
- Mata Olmo, R. (1987): *Pequeña y gran propiedad agrarias en la Depresión del Guadalquivir, siglos XVIII-XX*. Madrid. Ministerio de Agricultura.
- Mata Olmo, R.: *Transformación en regadío y evolución de la gran explotación agraria: el ejemplo de la Depresión del Guadalquivir*, *Agric. y Sociedad*, n° 32 (Julio-Septiembre 1984), 193-228.
- Mulero, A. (2001): *Sierra Morena como espacio protegido: del olvido tradicional al interés reciente*. *Investigaciones Geográficas*. N° 25. Págs. 51-66.
- Mulero, A. (2001): *Los espacios naturales protegidos en Andalucía: evolución, caracterización geográfica y singularidades*. *Ería*. Nos. 54.55. Págs. 141-158.
- Naranjo Ramírez, J. (1991): *Propiedad agraria en dos señoríos cordobeses: Fernán Nuñez y Montemayor*. Córdoba. Publicaciones de la Universidad de Córdoba. Consulta on-line en <http://hdl.handle.net/10396/5407> y <http://hdl.handle.net/10396/5406>
- Naranjo Ramírez, J. (1991): *Cultivos, aprovechamientos y sociedad agraria en la Campiña de Córdoba: Fernán Núñez y Montemayor en los siglos XVIII – XX*. Córdoba, Ayuntamientos de Fernán Núñez y Montemayor. Consulta on-line en <http://hdl.handle.net/10396/5419> y <http://hdl.handle.net/10396/5418>
- Naranjo, J. (1998): *Génesis del paisaje agrario olivarero-vitícola en la Campiña de Córdoba: Aguilar y Moriles en el siglo XVIII*. Ayuntamiento de Aguilar de la Frontera. Consulta on-line en <http://hdl.handle.net/10396/5417>

- Naranjo Ramírez, J. (2003): «El Campo Andaluz (I): Cultivos y aprovechamientos de Andalucía». En: López Ontiveros, A. (coord.): Geografía de Andalucía, Barcelona, Ariel, 523-548. Consulta on-line en <http://hdl.handle.net/10396/5343>
- Naranjo Ramírez, J. (2003): «El Campo Andaluz (II): Propiedad, explotación y tenencia de la tierra». López Ontiveros, A. (coord.): Geografía de Andalucía, Barcelona, Ariel, 5595-623. Consulta on-line en <http://hdl.handle.net/10396/5344>
- Naranjo Ramírez, J; y Torres Márquez, M. (2008): «El Valle Medio del Guadalquivir: de Montoro a Alcalá del Río», en Rubiales Torrejón, J. (Edit.) (2008): El Río Guadalquivir. Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 29-39. Consulta on-line en <http://hdl.handle.net/10396/5546>
- Pantoja Vallejo, J. L. (2009): Vitivinicultura en la provincia de Jaén (siglos XVIII-XX). Jaén. Instituto de Estudios Giennenses.
- Sánchez Martínez, J. D., Gallego Simón, V. J, y Araque Jiménez, E. (2008): El monocultivo olivarero jiennense: ¿del productivismo a la sostenibilidad? Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles. Nº 47. Págs. 245-270.
- Silva Pérez, R. y Ojeda Rivera, J. F. (1997): «Dehesas de Sierra Morena y políticas agroambientales comunitarias». Estudios Geográficos. Nº 227. Págs. 203-226.
- Torres Márquez, M. (1998): La Zona Regable del Guadalmellato (Córdoba): antecedentes y génesis (1883-1940). Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba. Serie Estudios de Geografía nº 11, Córdoba, 256 pp.
- Torres Márquez, M. (2009): Geografía e historia del extrarradio occidental del municipio de Córdoba: Villarrubia de Córdoba y sus núcleos de población próximos. Ayuntamiento de Córdoba y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba.



III. Sesión de homenaje al geógrafo Michel Drain. Ruralidades ibéricas y gestiones mediterráneas del agua

Elogio científico y personal de Michel Drain

Florencio Zoido Naranjo

Centro de Estudios Paisaje y Territorio, Junta de Andalucía

La figura retórica de la *laudatio* o elogio tuvo su época de gloria; en la actualidad ha quedado arrinconada casi exclusivamente al mundo académico, donde no debería ser despreciada. La utilizo ahora con satisfacción para alguien que por razones científicas y personales merece ser elogiado. Para el primer propósito quizás no sea yo el más indicado, pues nuestros respectivos trabajos no han tenido una relación temática continuada, ni suficiente; hay en esta reunión compañeros y amigos mutuos (Antonio Miguel Bernal, Juan Francisco Ojeda, Leandro del Moral) que podrían hacerlo mejor, pues han desarrollado estudios y escrito libros o artículos compartidos con Michel Drain; sin embargo para el elogio personal me siento especialmente dispuesto, pues desde que lo conocí, hace ya más de cuarenta años, siempre ha habido entre nosotros una gran empatía y afinidad intelectual.

A principios de los años 70, el profesor Juan Benito Arranz invitó a tres investigadores franceses a mantener una charla en la Sala de Juntas de nuestra Facultad con colaboradores del Departamento de Geografía y estudiantes de los últimos cursos de la licenciatura de Historia General; en aquella especie de mesa redonda Michel fue el más comunicativo, los otros dos estudiosos eran, si no recuerdo mal, Jean René Vanney y Jean Paul Le-Flem, actualmente personalidades también relevantes en el ámbito científico francés. Al poco tiempo Michel Drain publicó en el número 21 de la revista *Mediterranéé*, la reseña de mi tesina sobre el arrozal marismeño de Isla Mínima. Después he coincidido con él en unas pocas ocasiones en Sevilla, en la Casa de Velázquez en Madrid y en París; en todas ellas hemos compartido o debatido con especial intensidad ideas sobre Andalucía, los aspectos geográficos que convenía conocer, la importancia de algún estudio reciente o el debate sobre investigaciones que se realizaban, especialmente las del Equipo de la Casa de Velázquez en Andalucía. Quiero aprovechar esta primera mención para agradecer a dicha institución científica y a sus directores e investigadores en Andalucía el influjo positivo y liberador que ejercieron en nosotros, jóvenes geógrafos en formación, durante aquellos últimos años del franquismo con renovada pero inútil represión intelectual.

La trayectoria científica de Michel Drain desde mediados de los años 50 hasta hoy se puede dividir en cuatro etapas que abarcan casi seis décadas, es decir, una larga y fértil vida académica, con muy diversas aportaciones en la que destacan siempre unos firmes propósitos y unas líneas de investigación sostenidas.

Entre 1954 y 1961 Drain define su primera vocación investigadora sobre la Península Ibérica con una tesina sobre «Zuera, un pueblo de La Violada», dirigida por Georges Chabot; será miembro de la Escuela de Altos Estudios Hispánicos desde 1959; ejercerá poco después como profesor en la Universidad de Coímbra y ensayará su dedicación a Andalucía con un artículo sobre el viñedo del jerez, temática investigadora que estaba siendo impulsada desde la institución francesa recién mencionada por uno de sus más prestigiosos miembros, el profesor Alain Huetz de Lempis.

Este artículo servirá de enlace con la segunda etapa, caracterizada por su conexión con la Casa de Velázquez, que durará hasta 1975, año de la presentación de la Tesis de Estado; obviamente es esta la etapa de más intensa dedicación a Andalucía y la que mayores consecuencias ha tenido para algunos de nosotros dedicados también como geógrafos al estudio de esta tierra. En Andalucía la segunda mitad de los años 60 y todos los de la década siguiente estuvieron marcados intelectualmente por la cuestión agraria y su consecuente realidad rural. La explicación de su negativa situación socioeconómica general, originada en gran parte por la desigual distribución de la propiedad de la tierra, fue el argumento dominante, hasta tal punto que, junto a la masiva emigración, hizo nacer la conciencia de una «comunidad de signo adverso», según concluyó con acierto el historiador Domínguez Ortiz en 1976. Dicha temática venía siendo objeto de atención por geógrafos, antropólogos, economistas e historiadores de países próximos (Gerald Brenan, Jean Sermet, Guy Hermet, Julian Pitt Rivers, etc...) y atrajo también a Michel Drain, que le dedicó su trabajo, enriqueciéndola, principalmente al relacionarla con otras variables significativas como la evolución de las técnicas agrarias y la mayor o menor importancia del regadío. Su ambiciosa tesis, dirigida por Pierre Birot, aun sin publicar en castellano, (*Les campagnes de la Province de Seville. Espace agricole et société rural*) abrió nuevas perspectivas sobre la interpretación de los procesos evolutivos del latifundio y sobre la comprensión de las estructuras formales del agro o los campos sevillanos. En la presentación de una de las múltiples publicaciones sobre Andalucía realizadas por Michel Drain en esta etapa, François

Chevallier, director de la Casa de Velázquez e impulsor extraordinario de su equipo multidisciplinar de investigaciones en esta parte de España, el E.R.A. 360, llega a decir de él: "recorre Andalucía desde hace quince años, es el mejor especialista francés en ella, agudo, sagaz, a veces amargo aunque no pesimista, pero ama esta tierra que es visiblemente su segunda patria, mejor, su otra patria."

Entre la última fecha señalada y 1990 su interés científico por la geografía agraria y rural le llevará a Portugal, a su reforma agraria, cuestión que hoy parece muy lejana pero que era también objeto de dedicación entre muchos de nosotros, como muestra la posición al respecto de los autores, no pocos de ellos geógrafos, del libro «Las agriculturas andaluzas» publicado por el ministerio del ramo algunos años más tarde (1980). La experiencia acumulada en sus primeras dos décadas de trabajo se condensará en varios libros de síntesis editados en la prestigiosa colección *Que sais-je?* de las Presses Universitaires de France (PUF), como *Economía de España*, *Geografía de la Península Ibérica y Economía de Portugal*. En esta misma etapa Michel Drain acepta y desarrolla con gran reconocimiento colectivo, responsabilidades públicas en representación y defensa de la geografía, las universidades y la investigación científica en Francia.

En su etapa de dedicación científica más reciente, desde 1990 hasta la actualidad, ha girado perceptiblemente hacia los conflictos planteados por los usos del agua y la conservación de las zonas húmedas. El significado del agua para los distintos agentes sociales en los sistemas agrarios mediterráneos y la utilización internacional de los recursos hídricos han sido sus temas prioritarios en los que ha combinado argumentos completamente innovadores.

Como señalaba al principio de este escrito, una trayectoria científica tan prolongada ha hecho posible que afloraran cuestiones y espacios geográficos muy variados, pero sobre ellos emergen los siguientes aspectos con significación general:

- La relevancia de los hechos naturales en la configuración de los territorios reales.
- El valor cognitivo de la descripción de las formas y estructuras espaciales unido a su explicación causal a partir de procesos históricos de raíz socioeconómica.
- La importancia geográfica de los espacios rurales y en ellos de la propiedad de la tierra, la evolución técnica y el agua.

- Las precarias condiciones de vida de los jornaleros, trabajadores por cuenta ajena y pequeños agricultores en el ámbito mediterráneo.

Creo que este último argumento es el que principalmente explica la dedicación de Michel Drain al mundo rural mediterráneo, al ámbito ibérico y, en particular al Sur de Portugal (Algarve y Alentejo) y a Andalucía. Persona de gran conciencia social y resuelta actitud política en la defensa de quienes tienen más dificultades, Michel Drain ha sido un científico solidario y con claros principios, aunque nunca mediatizado por la ideología.

Entre sus actitudes quiero destacar también su generosidad científica. Me consta personalmente y por la observación de la ayuda y apoyo que siempre prestó a numerosos investigadores del ERA 360 que llegaban a Andalucía con conocimientos muy escasos sobre ella. En las últimas décadas Michel ha estado con muchos de nosotros, algunos bastante más jóvenes, como un geógrafo más, sin hacer prevalecer en provecho propio su mayor experiencia y sabiduría.

Deseo destacar finalmente, una última característica personal que quizás sea la que mejor explica el respeto y el afecto que le tenemos. A su postura crítica, amarga a veces, como señaló Chevallier en el texto antes citado, Michel opone siempre una exquisita educación y una elegancia personal que impulsa a verlo como una persona esperanzada, que transmite sin pregonarlas, voluntad de acción y exigencia de rigor científico. Es la ocasión para agradecerle lo mucho que ha aportado al conocimiento geográfico de Andalucía y a la buena imagen y a credibilidad de nuestra disciplina en esta tierra.

Michel Drain, de la Geografía a la Historia de Andalucía

Antonio Miguel Bernal

Universidad de Sevilla

A lo largo del siglo XX –más acentuado aún, si cabe, en la segunda mitad– se asiste a una verdadera edad de oro del *hispanismo francés* gracias a la calidad de sus investigaciones sobre España, a su influencia en la renovación metodológica y teórica en disciplinas diversas en nuestro país y a su magisterio trascendido en la pléyade de discípulos formados junto a ellos.

En ese contexto hay una constatación, fácil de verificar, y es que la mayoría de aquellos hispanistas franceses que se ocuparon en sus estudios sobre temas de *ciencias sociales* –España, primordialmente, pero también Portugal y América Latina– procedían mayoritariamente, por formación inicial, de la *Geografía* o incluyeron al *análisis geográfico* como un pieza vertebral de la investigaciones emprendidas. Unos cuantos nombres, elegidos al azar, como el de Vilar y la Cataluña, el de Braudel y el Mundo mediterráneo, el de Huetz de Lempys y la viticultura hispana o el de Chevalier y los latifundios de México sería buena prueba de ello.

Y fue aquí, a partir de las investigaciones sobre temas hispanos, donde muchos de ellos giraron de sus iniciales preocupaciones geográficas hacia otras áreas afines, ya fuese la historia, la sociología, la antropología e incluso la economía, investigaciones por las que, con el tiempo, llegarían a ser reconocidos más que por las iniciales de su faceta como geógrafo. Sin que, sin embargo, falten tampoco casos de quienes, fieles a la Geografía y a su formación de geógrafos, acabasen por compartir y simultanear sus investigaciones geográficas con las de las disciplinas afines. Es, a mi entender, el caso de Michel Drain.

Le conocí a mediados de la década de 1960 por mediación de un colega y amigo suyo, Pierre Ponsot, –al que Drain animaría en su proyecto de tesis doctoral sobre el mundo rural andaluz en los siglos XVI, XVII y XVIII- y que fue, para mí, el maestro iniciático que me introdujo en la historia económica de Andalucía.

Llevaba ya M.D. varios años de andadura por el solar de la Península Ibérica –me parece que llegó muy a finales de la década de 1950 o a inicios de 1960– habiendo recalado, primero, en Portugal, interesado

por el fenómeno migratorio de portugueses hacia Francia, y más en concreto hacia la banlieu parisina en la zona de Nanterre. Para, en segundo lugar, aproximarse a Jerez de la Frontera, interesado en el estudio de la viticultura de la comarca, una experiencia malquista por las autoridades locales en aquellos momentos en que comenzaban a aflorar los primeros descontentos sociales animados por los movimientos sindicales clandestinos, razón por la que la presencia de intelectuales extranjeros interesados en contactar y conocer aquella realidad era, por principio, sospechosa. Y ahí parece que quedó truncada la aventura sobre el estudio del viñedo jerezano por un geógrafo francés, con implicaciones de historiador y sociólogo, en su afán de comprender un pasado de tanta resonancia histórica y literaria en Francia en todos los tiempos. Tampoco, en los años siguientes, ni Ponsot ni yo mismo, que incluimos a Jerez como una referencia clave en nuestras investigaciones, pudimos acceder a los archivos públicos y privados que hubiesen posibilitado la investigación deseada.

En los años de su llegada a Sevilla, los estudios de Geografía en la Universidad Hispalense brillaban por su ausencia. Es cierto que en la única especialidad que se cursaba, la de Historia, la asignatura de Geografía aparecía en los últimos cuatro cursos de la licenciatura y también era cierto que una cátedra de dicha disciplina estaba dotada y regenta por un catedrático desde décadas atrás. Pero, por razones que no vienen al caso reproducir, es como si no existiese; ni había líneas de investigaciones geográficas, ni siquiera se daban clases de la materia dignas de tal nombre, de modo que los licenciados sevillanos en Historia salían con un gravísimo déficit formativo en Geografía cuando habían de concurrir a las oposiciones de Enseñanza Media por su nula formación geográfica y total desconocimiento de la disciplina, de ahí el pobre saldo de catedráticos de Instituto que salieron de la Hispalense. Y todo ello ocurría cuando en las restantes universidades españolas se estaba llevando a cabo un proceso de renovación en profundidad de los estudios e investigaciones geográficas –sobre todo en geografía humana, en sus diversas vertientes– gracias al magisterio de los Terán, Casas, García Fernández, Vilá, Bosque, etc.

Ante tal panorama se comprende que Drain se encontrase en completo aislamiento respecto a posibles colegas universitarios; de ahí su acentuada búsqueda de contactos en los medios extrauniversitarios donde podía hallar interlocutores, expertos y colaboradores en las diferentes parcelas que ocupaban sus investigaciones, ya centradas en el estudio del paisaje rural sevillano y los fenómenos relacionados a

partir de él con el análisis del suelo, agricultura y ganadería, propiedad de la tierra, emigración, asentamientos rurales, recursos hídricos y regadíos, etc. Una elenco de contactos de profesionales prestigiosos, a destacar entre ellos, en primerísimo lugar al ingeniero agrónomo Ignacio Vázquez Parladé, convertido en el guía insustituible que abrió puertas, archivos y temas en beneficio de la investigación de Michel; o personas relacionadas con centros de estudios económicos como García Añoveros, o con la Marisma, como Grande Covián, Cuquerella, etc., o con los sindicatos y servicios de emigración, con el personal del Catastro –incluido un excelente cartógrafo al que se debe buena parte de la cartografía de Drain en su tesis y publicaciones afines así como la de mucho de nosotros que seguimos en este apartado su senda–. En fin, hubo de tocar, por su cuenta y riesgo, todos los registros accesibles puesto que al carecer la Universidad de tradición de estudios de Geografía, todo estaba por hacer. Ni siquiera se disponía de una biblioteca mínima de la materia. Escasamente conté dos docenas de libros sobre geografía cuando en tan desolado panorama me vinculé como colaborador a la cátedra de dicha disciplina al comenzar mis estudios de tercer año de licenciatura en 1962-1963, disciplina que estaba asistida –muy en precario al seguir aún en activo el catedrático que la regentaba– por un profesor sustituto que era profesor de la Escuela Normal.

En un panorama tan poco halagüeño, y también tan poco acogedor, afronta M.D. las investigaciones básicas sobre lo que, con el tiempo, terminaría por dar cuerpo a su tesis doctoral. Un quehacer que le llevó a archivos y centros de documentación de las administraciones públicas de la provincia y de los municipios; aunque lo que primaba en él –y es esa la primera impresión que tengo de mi contacto personal– eran los estudios de campo. Fueron años de copiosa cosecha informativa para el trabajo que, con el tiempo, llegaría a ser su tesis de Estado. Aunque no faltarían tampoco algunas publicaciones singulares, como el artículo sobre el Itinerario de Hernando colon, escrito en colaboración con el historiador Pierre Ponsot y, sobre todo, su *Geografía de España*, publicada originariamente en la colección *Qué sais je?*, en contrapunto con la *Historia de España* de P. Vilar aparecida en la misma serie. La popularidad y larga tirada de esas ediciones, sirvieron para que el nombre de M.D. quedase fijado como un referente imprescindible sobre la geografía española en el ámbito de la geografía francesa. E incluso, al ser traducida, en la española.

Pero, quizás, la etapa más activa, en lo que toca a investigaciones y publicaciones de M.D. sobre Andalucía llegase a raíz de la creación del *Equipo de Sevilla*, creado y animado por el director de la Casa de Velázquez, François Chevalier a finales de la década de 1960. Durante los primeros cinco años, M.D. fue el impulsor de los estudios de campo, siendo sus directrices y aportaciones imprescindibles para la organización del que tal vez fuese el primer equipo de investigación pluridisciplinar y de rango internacional organizado en España, que llevaría a cabo durante más de una década una investigación sistemática sobre los «*problèmes du Midi de l'Espagne*» cuando ya se avizoraba su posible entrada en el Mercado Comun Europeo. Bajo su tutela en los trabajos de campo durante los primeros años, se congregaron ingenieros agrónomos, etnólogos, sociólogos, historiadores económicos, arquitectos, geógrafos, economistas, etc. de cuyas producciones científicas se daba puntual cuenta en los *Mèlanges de la Casa de Velázquez* cada año, en revistas francesas, españolas y de otros países europeos o en las publicaciones específicas de la propia Casa de Velázquez. Me cupo la satisfacción de la primera de esas publicaciones fuese nuestro libro de autoría común sobre *Les Campagnes sevillaines, ss. XIX y XX*, cuya aceptación y reconocimiento quedaron recogidas en las múltiples reseñas, citas e influencia ejercidas en posteriores estudios hispanos sobre la historia rural.

Finalmente, M.D. sostuvo su Tesis de Estado, tan larga y laboriosamente preparada durante decenas de años, y su proyección magistral de en la geografía española y su trascendencia en los estudios geográficos sobre Andalucía se aquilataron como toda obra bien hecha con el transcurso del tiempo. Hasta hoy. Y ese es, a mi parecer, el principal motivo a destacar, con reconocimiento de quienes bebimos de sus enseñanzas múltiples, en este homenaje que se le tributa tan justamente.

Una «Geografía retrospectiva» para la lectura y salvaguarda de los paisajes rurales como bienes públicos. El magisterio de Michel Drain en Andalucía

Rafael Mata Olmo

Universidad Autónoma de Madrid

Michel Drain es un maestro para los geógrafos ruralistas españoles de mi generación y, particularmente, para quienes nos interesamos a fines de los años setenta y en la década de los ochenta del siglo XX por las estructuras y paisajes agrarios de la depresión del Guadalquivir. Recuerdo que leí con avidez su tesis doctoral, *Les campagnes de la province de Seville. Espace agricole et société rurale*, editada en 1977, cuando yo iniciaba la mía. Acababan de llegar sus dos gruesos tomos a la entonces biblioteca del Departamento de Geografía de la UAM e inmediatamente recibí la indicación de mi amigo y director Antonio López Ontiveros de que «me pusiera con ella». Es inevitable mi recuerdo emocionado hacia Ontiveros escribiendo estas páginas de Drain, porque hay en la perspectiva geográfica y en las contribuciones mayores del ruralismo de ambos, de Antonio y de Michel, significativos puntos en común que marcaron la trayectoria de algunos de nosotros.

He de confesar que la lectura de la tesis de Drain, y la de un trabajo suyo anterior sobre el bajo Guadalquivir, de contenido eminentemente hidrogeográfico y geomorfológico (Drain, Lhenaf y Vanney, 1971), me deslumbró y abrumó a la vez por su profundidad, por la amplitud disciplinar (miradas a la historia, a la sociología, a la agronomía, al urbanismo y, por supuesto, a la geografía) y por el manejo magistral de fuentes, terreno y escalas. Pero lo más importante es que me transmitió la convicción de que ese era el tipo de tesis que debía hacer –se hizo luego lo que se pudo- y de que aquella era la geografía agraria que vocacionalmente me atraía, porque entre estructuras, procesos, conflictos, reforma y modernización de la agricultura en tierras sevillanas, había entreverada mucha y buena geografía, continuas referencias a los lugares, finos análisis de correspondencia entre potencial ecológico, estructuras fundiarias y usos del suelo, inteligentes saltos de escala y comprensión de un territorio a través de su genealogía y morfogénesis¹.

¹ Empleo el término «morfogénesis» no en su sentido geomorfológico, sino en el más amplio de configuración ecológica e histórica de un espacio geográfico,

Por eso, estos párrafos, escritos a partir de la presentación de imágenes de elementos y paisajes de la Campiña que expuse en Baeza hace ahora casi dos años, son un homenaje sentido de quien debe mucho en su formación de juventud y en la maduración de su vocación geográfica a la obra de Michel Drain. La relectura de algunos de sus textos y la recopilación de notas que aún conservo me permiten concluir hoy, 35 años después de la aparición de *Les campagnes de Seville*, la pertinencia y validez de su contribución al estudio geográfico del campo andaluz, y la vigencia de muchos aspectos de su metodología, diseñada en un particular contexto económico, político e intelectual, pero adaptable hoy a un marco distinto de demandas sociales y de significados de la agricultura y de los espacios rurales por una sociedad y un territorio que también han cambiado mucho en los últimos cuatro decenios.

Porque la investigación de Drain recogida en el libro de su tesis y en otros artículos de aquellos años responde bien al acertado título que los organizadores de su homenaje dieron a la sesión que nos convocó en Baeza en torno a Michel: *Transformaciones en la consideración científica de las campiñas andaluzas. De la Reforma Agraria al posproductivismo ambiental. Una mirada desde los estudios geográficos y el paisaje*. La contribución de Drain se sitúa, por el momento en el que fue planteada y, sobre todo, por su enfoque territorial y diacrónico, con un tímido ensayo prospectivo en las conclusiones («Du probleme agraire au régionalisme») justo en los años del cambio generalizado («Le tournant des années soixante») de la realidad material y el estudio científico de las estructuras agrarias heredadas hasta la mediación del siglo XX y la modernización que conduce al posproductivismo de los dos últimos decenios.

La investigación no llega, por obvias razones, a esta última etapa, pero en el ejercicio de introspección del campo sevillano que Michel Drain lleva a cabo en los años sesenta y setenta hay claves muy interesantes para la aproximación ambiental, paisajística y patrimonial que, sin

es decir, como escribe Nicolas Verdier en un clarividente ensayo sobre la memoria de los lugares, como «la consideración de elementos que transmitirían modelos de organización del territorio mucho después de su época de creación o de funcionamiento. A la magia del mantenimiento en el tiempo se prefiere el ejercicio de la reconstrucción, esto es, el análisis del proceso que implica la perennidad, en otras palabras, el modo en el que las formas del pasado se transmiten» (VERDIER, 2010: 215), pero siempre de manera dinámica, en lo que Sandrine Robert ha llamado «la incesante renovación de un juego complejo de reinterpretaciones» (ROBERT, 2002: 128).

perjuicio de la estrictamente productiva, interesa hoy a la investigación científica, y en concreto a la geográfica, en respuesta a nuevos reclamos sociales y a renovadas políticas sectoriales y territoriales sobre los espacios rurales de base agraria.

El énfasis analítico que desde la geografía agraria puso Michel Drain, como lo hicimos otros pocos años después, sobre las «estructuras agrarias arcaicas», y particularmente sobre el latifundio, tenía y tiene hoy expresiones y representaciones paisajísticas de mucha fuerza y simbolismo, aunque entonces nos interesara prioritariamente la dimensión *estructural* de la tenencia de la tierra y la crítica de sus implicaciones sociales. Cuando pasado el tiempo hemos vuelto al campo andaluz y puesto el acento en el estudio del paisaje, en el diagnóstico, gestión y disfrute de sus valores naturales y culturales, o en la denuncia de procesos de consumo insostenible de recursos territoriales –de los que el paisaje es al mismo tiempo objeto y expresión–, la propiedad aparece una vez más como modeladora histórica del paisaje, como núcleo articulador de sus cambios, o como agente de procesos especulativos del suelo; en definitiva, como uno de los fundamentales *invarianti paesagistiche* en expresión de estudiosos y gestores italianos del paisaje.

Hay en el planteamiento de *Les campagnes de Seville* de Drain una hermenéutica implícita (Caballero Sánchez, 2012, especialmente p. 255 y ss), enraizada en la mejor tradición de los estudios agraristas franceses, que, a mi modesto entender, es también la que mejor ha soportado el paso del tiempo y la que tiene, como método y como acopio de capas espaciales y temporales de interpretación, una clara proyección en el estudio y tratamiento actual de los paisajes rurales como bienes públicos, asunto sobre el que luego volveré.

El *objet de la recherche* (objeto de la investigación) no deja lugar a dudas: «La organización presente del espacio, aquella que se nos ofrece a la vista en forma de paisajes y aquella, invisible pero sin embargo real, que traducen sólo las estadísticas, es el resultado de una larga evolución *que es muy necesario reconstituir para comprenderla mejor*» (Drain, 1977, I: XXI) (énfasis nuestro).

La aproximación al «problema agrario», aunque planteada desde la geografía, «conciérne –añade Drain en un alegato multidisciplinar- a numerosos saberes, entre los que destacan la historia, la economía rural y la sociología. Si el aspecto geográfico ha sido privilegiado

en este trabajo ha sido menos por voluntad de conferirle primacía epistemológica que a causa de mi propia formación» (Drain, 1977, I:XX).

De ahí el peso explicativo del pasado («Le poids du passé»), pero también la importancia de la observación del presente, de las encuestas y de las continuas e intencionadas referencias al «medio físico», desde la escala provincial a la de paraje o explotación. Todo ello –afirma Drain, intentando huir de cualquier tipo de determinismo- porque «la aproximación geográfica no consiste tanto en el análisis de las relaciones entre la tierra y el hombre, que nos alerta a veces ante viejos demonios deterministas, sino en una atención particular dirigida a la proyección, en un espacio geográfico concreto, de una organización social que constituye el hecho primordial» (Drain, 1977, I:XX).

La que el autor denomina «una geografía retrospectiva, tan injustamente tratada en Francia» –lo escribe en 1975, el mismo año, por cierto, en el que se publica el fundamental capítulo de Georges Bertrand «Pour une histoire écologique de la France rurale» en la *Histoire rurale de la France*- permite a Drain realizar un recorrido de larga duración desde los repartimientos medievales al presente. El manejo sistemático e inteligente de fuentes fiscales entre el XVIII y el XX, abordado para el XIX junto a Antonio Miguel Bernal en otro importante libro (Bernal y Drain, 1975), referidas a marcos territoriales diversos dentro de la provincia de Sevilla, consigue reconstruir un panorama retrospectivo de clara proyección prospectiva en torno a tres grandes cuestiones de la geografía histórica del valle bético:

- Las secuelas de la frontera histórica bajomedieval,
- La longevidad de las estructuras agrarias arcaicas en torno al latifundio y
- La rigidez del sistema latifundista.

Cuando ahora retornamos al paisaje de nuestras campiñas buscando las herencias como rasgo caracterizador y patrimonial, la interpretación histórica y agroecológica de Drain, que huye del determinismo mecánico, pero que sabe al mismo tiempo leer y diferenciar las múltiples huellas del pasado en variados contextos geográficos, adquiere un renovado valor interpretativo y propositivo. Sirvan como ejemplo la cartografía y explicación de las diferencias locales de parcelario de un paraje de Villa del Río entre la Sierra Morena, la vega del Guadalquivir y la Campiña bética (figura 1), modelado históricamente sobre terrenos de distinto potencial y aptitud.

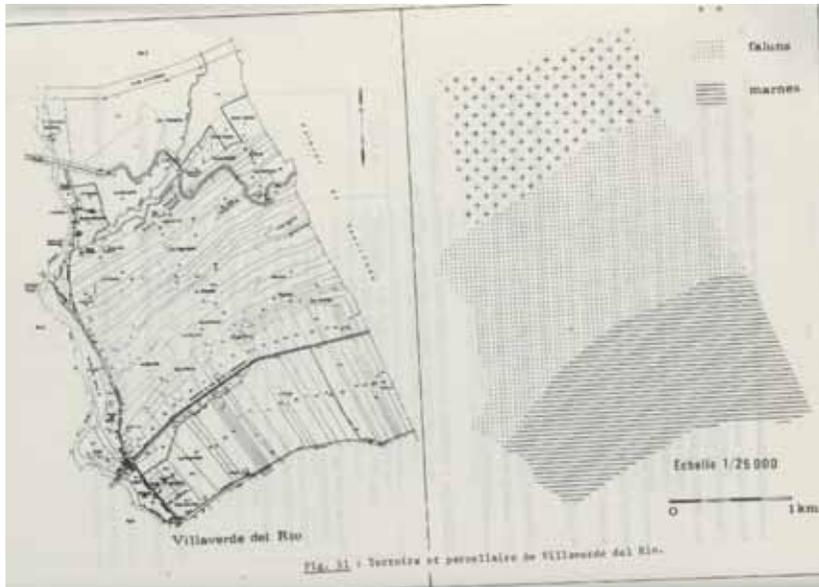


Figura 1: Contrastes geológicos y de parcelario en el término municipal de Villa del Río.

Fuente: Drain, 1977, II: 475

La aproximación diacrónica al territorio y al paisaje de Michel Drain conduce al presente, a «su presente» de los sesenta y setenta del siglo XX. Las secuelas de la frontera medieval, la pervivencia de estructuras arcaicas y la «rigidez» del latifundio, realidades palpables, visibles entonces, y en aspectos fundamentales, también ahora, se confrontan en aquellos años con cambios muy importantes en los sistemas de explotación de las grandes fincas en todos los frentes: en la organización del trabajo; en el uso de energías fósiles y de fertilizantes; y en el funcionamiento del sistema de cultivos, que suma a la inyección muy notable de energías exógenas, un incremento considerable de la superficie regada, sólo posible con el modelo energético y tecnológico que se estaba imponiendo en la agricultura.

Drain es testigo y cronista riguroso de esos cambios, del proceso que él denomina «Le passage tardif a une agriculture moderne» y que aborda en el capítulo fundamental de su tesis sobre «La organización de la producción: el final del capitalismo latifundista», sentenciando las conclusiones con el expresivo título «Du latifundium archaïque à la grande entreprise agricole moderne». Es un asunto –un gran asunto–

el de la «modernización» de las grandes labranzas que irrumpe en el estudio científico del campo andaluz de esa etapa, espoleado también en estos años por reinterpretaciones de la visión tradicional del latifundio absentista e «irracional», con contribuciones como las de Martínez Alier (1968), Naredo (1975) O Roux y Vázquez (1975), entre otras, y que se proyecta en un valioso libro multidisciplinar, *Las agriculturas andaluzas*, publicado ya en 1980 por el Grupo E.R.A (Estudios Rurales Andaluces).

Drain estudia esos cambios profundos ocurridos en apenas quince años (Drain, 1977: II, 707), pero lo hace no de modo genérico o «ateritorial», sino incardinándolos en las que él denomina «regiones agrícolas» (la sierra, la vega, las marismas y la campiña de la provincia de Sevilla) y en «unidades de producción» de gran tamaño, en añejos latifundios, es decir, en el palimpsesto de las estructuras agrarias arcaicas, reconocibles en cortijos y haciendas, en su viejo parcelario e históricos caminos, pero remodelados ahora por nuevos cultivos, por el deambular sonoro de las máquinas, por las grandes soledades de un campo sin gente y el silencio de los que debieron emigrar.

Un buen ejemplo gráfico del interés por expresar las transformaciones recientes, casi de coyuntura, en el paisaje, sobre la base de grandes

fincas históricas, es el que se recoge en la imagen adjunta, referida al «plan de cultivo» de una gran explotación irrigada entre 1963 y 1970, el cortijo Mudapelo en la vega sevillana, con la irrupción de los frutales de hueso y las plantas forrajeras, frente al predominio del trigo, el algodón y el maíz pocos años antes.

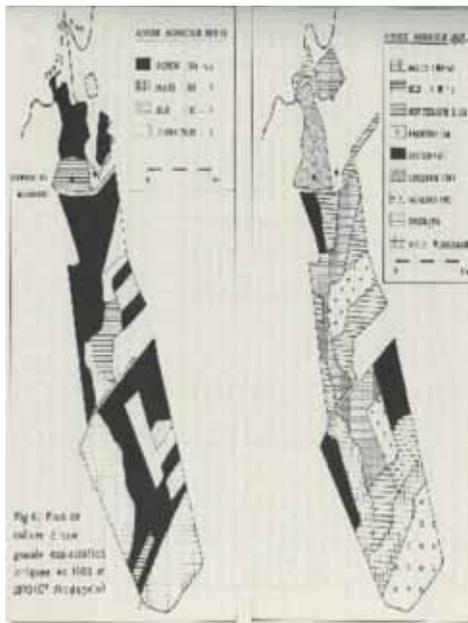


Figura 2. Cartografía del cambio de cultivos en el cortijo Mudapelo (Sevilla), en la vega del Guadalquivir. 1962-1970

Fuente: Drain, 1977, II, 576.

La modernización e intensificación de las labranzas sin necesidad de reparto y el cambio de la visión tradicional del latifundio supusieron en esa etapa del tardofranquismo desarrollista un duro golpe para la fundamentación tradicional de la reforma agraria, en especial para el argumentario económico de la subexplotación y la baja productividad unitaria y social de las grandes fincas, incluso para el mito del absentismo, tras demostrarse el comportamiento rentabilista de los grandes propietarios tradicionales por parte de investigadores poco sospechosos de defender a la clase terrateniente. Quedaba siempre la fundamentación o el imperativo ético de una distribución más justa de la tierra y de los recursos, y también la teoría del atraso como problema regional ligado al modelo latifundista tradicional –algo de esto último sugiere Drain al final de sus conclusiones–, pero las máquinas y la emigración masiva terminaron por disipar un clamor general de reforma, violentamente acallado durante y tras la guerra civil por la Dictadura.

Hay, a mi modo de ver, en esos años de la modernización del latifundio y del paso de los terratenientes a empresarios un cierto ensimismamiento en los estudios de geografía agraria andaluces, que se prolonga en los ochenta con rigurosos estudios de escala local y comarcal sobre estructuras heredadas y cambios productivos. Falta frecuentemente en ellos una crítica de los procesos en marcha, que ya se estaba planteando en otras disciplinas, y una aproximación de naturaleza ambiental, territorial y patrimonial que, sin embargo, irá ganando terreno en los noventa en el contexto de la reforma de la Política Agraria Común, de un posproductivismo contradictorio y muchas veces retórico, y, de puertas adentro, en el marco del cambio de la sociedad andaluza y de su entendimiento de lo rural. Como ha destacado Eduardo Moyano, el Agrobarómetro de Andalucía del año 2007 indica ya que «más de la mitad de los andaluces identifican el mundo rural con elementos no relacionados con la agricultura, sino con el medio ambiente, el paisaje, la salud, el ocio o la vida buena» (Moyano Estrada, 2008: 10).

Tras desvanecerse las críticas tradicionales al latifundio, fruto de la modernización y capitalización de las explotaciones, y de la reducción de la presión social que, entre otras cosas, supuso la emigración masiva de los sesenta y setenta, emergió una línea crítica importante centrada en el desequilibrio de los balances energéticos de la agricultura española y, particularmente, de las grandes explotaciones mecanizadas del sur. En esa línea de trabajo fueron muy importantes la

metodología y resultados del proyecto de investigación financiado por la Fundación Juan March sobre la gran explotación agraria en España, y concretamente el capítulo sobre la mecanización de las grandes fincas de la España del sur a cargo de Pablo Campos y José Manuel Naredo, recogidas en varios textos, sobre todo en uno publicado en 1980 en la revista *Agricultura y Sociedad* (Naredo y Campos, 1980). A ese respecto, escribían los autores.

«Si la gestión de recursos sobre la que se asienta la actividad agraria española ha dado en los últimos treinta años un giro tan radical como el que acabamos de describir, es porque tanto la evolución de los precios de los *inputs* y *outputs* energéticos considerados, como la intervención del Estado han propiciado tal estado de cosas».

«Un sistema de precios de los productos que se construye sobre sus costes inmediatos de obtención conduce –como antes dijimos– a ignorar los problemas de abastecimiento futuro de recursos no renovables, lo cual, lejos de ser ajeno a ideologías y juicios de valor, comporta la adopción de una ética de desprecio hacia las generaciones futuras y hacia la supervivencia de la especie humana, que han podido prosperar gracias a la pretendida emancipación del campo de ‘lo económico’ de las reglas morales, argumentando incluso que este en campo los antiguos vicios de la codicia, la usura o la avaricia se trasmutaban en virtudes al conducir al progreso común» (Campos y Naredo, 1980: 218-219)

El fuerte desequilibrio energético de las grandes explotaciones mecanizadas, y específicamente de las béticas, en parte subyacente en los aires de reforma de la política agraria comunitaria que, con todas sus contradicciones, empiezan a respirarse justo cuando comenzaban a cosecharse los beneficios pecuniarios de una tecnología que ya era vieja en otros países, tiene expresiones evidentes en lo que podría denominarse el paisaje de la modernización agrícola.

La mecanización, la fertilización industrial y la intensificación paralela del sistema de cultivo de las grandes labranzas cerealistas y de los grandes olivares –la de estos últimos llega hasta el presente, en lo que se ha dado en llamar expresivamente «olivar contemporáneo sin vecería: fábrica de aceite desnaturalizada» (Delgado, Ojeda, Infante y Andreu, 2012)–, no sólo implica un consumo insostenible de energías fósiles, sino también la ruptura de equilibrios físicos esenciales de los terrazgos tradicionales y la dilapidación de recursos naturales gestionados por la agricultura, como el suelo, la vegetación natural

integrada históricamente en la funcionalidad de los labradíos, la biodiversidad asociada o la recarga natural de determinados acuíferos. Todo ello se expresa en la materialidad del paisaje, en su configuración y funcionalidad agroecológica, y en sus valores estéticos, ligados a su orden formal y a sus representaciones.

Valgan de muestra algunas referencias e imágenes sobre la Campiña de Córdoba. Las primeras resultan de la comparación de las cubiertas del suelo en el extenso término cordobés entre dos fuentes fiscales que trabajamos hace algún tiempo, el amillaramiento de 1870 y el Catastro de Rústica de 1992. No son tanto los datos, que también, sino el modo en el que se identifican y nombran las distintas cubiertas vegetales imponibles en esas dos fuentes.

En una agricultura «tradicional», vinculada a su medio natural y cultural y, por lo mismo, más diversa y menos banal que la actual, un documento elaborado a escala local y por los locales como el amillaramiento –con todos los problemas de ocultación que se quiera– brinda gratas sorpresas cuando lo que se pretende es conocer no sólo el cuánto, sino también la cualidad de los agrosistemas. Obsérvese, por ejemplo, el contraste en el tratamiento de las tierras no labradas de Córdoba en las dos fechas citadas, 1870 y 1992 (cuadro 1).

En 1870, las cifras del amillaramiento de Córdoba, que en parte pudimos contrastar planimétricamente con los trabajos topográficos de 1872, describen un panorama en el que junto al protagonismo histórico de las dehesas de distinto tipo en la Sierra (dehesas de puro pasto, de monte bajo y pastos, de encinar-chaparral con encinar y alcornocal, y matorral para cabras) y de las sembraduras en los grandes cortijos de la campiña, en esta última se mantienen manchas muy interesantes de vegetación natural asociadas a determinados ambientes campiñeses con dificultades para la labor (llanuras inundables del Guadalquivir y del Guadajoz, fondos coluviales de los vallejos campiñeses, lomas de fuerte pendiente, altas terrazas y cabezos pedregosos pliocuaternarios, etc.). Esas manchas de «naturaleza» cumplían además una función importante para apacentar el ganado de labor y renta de los cortijos: había dehesas de puro pasto en la ribera del Guadalquivir, de «puro pasto con sotos de taray y aprovechamiento de leñas en dehesas y cortijos riberiegos» y en «dehesas y cortijos de fuera de vega», sin olvidar las «alamedas blancas y negras» que orlaban los principales cursos de agua. Frente a esa diversidad ecológica, morfológica y locacional de la cubierta vegetal de los terrenos incultos en 1870, contrasta la pobreza de las referencias catastrales de 1992 para esos mismos terrenos y la drástica reducción de su superficie en la campiña.

Amillaramiento de 1870	Catastro de la Riqueza Rústica de 1992
<ul style="list-style-type: none"> - Dehesas de puro pasto en sierra - Dehesa de monte bajo y Monte alto de encinar en la sierra - Matorral para cabras - Dehesas de puro pasto en ribera del Guadalquivir - Dehesas de puro pasto con sotos de taray y aprovt. de leñas en dehesas y cortijos riberiegos - Idem en dehesas y cortijos de fuera de la vega - Monte alto de encinar, con aprovt. de bellota, pastos y madera - Encinar-chaparral con alcornocal y matorral - Pinares y pinares con pasto - Castañares - Alameda blanca - Alameda negra 	<ul style="list-style-type: none"> - Pastos - Pastos con encinas - Monte bajo - Especies mezcladas - Pinar maderable - Eucaliptos - Árboles de ribera

*Cuadro 1: Tipos de cubierta vegetal de los «terrenos incultos» del término municipal de Córdoba en 1870 (Amillaramiento) y 1992 (Catastro de Riqueza)
Fuente: Elaboración propia en Mata Olmo y Muñoz Dueñas, 1995: 93*

La presencia de distintos tipos de dehesa en el área campiñesa y riberiega del extenso término cordobés, con una superficie significativa según los Trabajos Topográficos de 1872 y las ediciones más antiguas del Mapa Topográfico Nacional 1:50.000, se mantiene en muchos casos hasta la mecanización de las labores en la segunda mitad del siglo XX. Tienen particular interés desde el punto de vista hidrológico, ecológico y paisajístico las denominadas por el Amillaramiento «Dehesas de ribera o riberiegas», existentes tanto en la llanura de inundación del Guadalquivir como en cortijos de las inmediaciones del Guadajoz y de otros arroyos mayores.

Resulta llamativo el tratamiento respetuoso que estas dehesas de ribera, de considerable anchura en largos tramos, merecieron por parte de los técnicos que llevaron a cabo los proyectos de reparto y asentamientos campesinos de la Reforma Agraria de la II República. He tenido ocasión de constatarlo con las planimetrías de las parcelaciones de algunos cortijos expropiados y parcelados, como el de La Reina, junto al Guadajoz, repartido entre vecinos de Santa Cruz y Espejo en 1934 (López Ontiveros y Mata Olmo, 1993). Como puede comprobarse

en la imagen de conjunto y en el detalle de la parcelación (figuras 3 y 4), los ingenieros y topógrafos del IRA «salvaron» del reparto los extensos sotos del Guadajoz, que aparecen con una extensión parecida en los levantamientos topográficos de 1872. Era una cautela contra el riesgo frecuente de avenida, una defensa natural contra la erosión de un río torrencial como el Guadajoz en terrenos muy deleznable y –diríamos hoy- una reserva de diversidad y conectividad ecológica, a lo que cabe sumar los valores de diversidad morfológica y estéticos de unos sotos de estas características y extensión en un área totalmente cultivada.



Figura 3: Plano general del cortijo La Reina con detalle del parcelario del reparto de la Reforma Agraria. 1935-36



Figura 4: Detalle del plano al Sur del ejido del cortijo, con la extensión del ancho soto del Guadajoz en 1935

Fuente: Archivo del Instituto de Reforma Agraria. Delegación de Córdoba. Reproducido en López Ontiveros y Mata Olmo, 1993: 178.

Los sotos, aquí y en otros muchos puntos de la depresión bética, han desaparecido o se han estrechado sensiblemente, como recogen las imágenes de la misma zona en la actualidad (figuras 5 y 6). El paisaje ha perdido diversidad y belleza, se ha empobrecido por ganar unas hectáreas para la labor de unos cultivos de sembradura ignorados ahora por la política productivista tradicional de la CEE, al tiempo que ha aumentado el riesgo de inundación y de erosión de suelos. Ese mismo fenómeno de deforestación ha afectado a las manchas adhesadas y a la vegetación lineal de las vaguadas y taludes, como muestra la descarnada imagen otoñal de unas lomas campiñesas al sur del término cordobés,



con el testigo solitario de un taray junto a un arroyo en la inmensidad del labradío.

Figura 5: Vista actual del cortijo La Reina y el río Guadajoz desde el Suroeste.



Figura 6: Llanura de inundación del Guadajoz aguas arriba del cortijo La Reina con erradicación del soto fluvial.



Figura 7: Predominio absoluto de la labor en la campiña acortijada. Taray solitario junto a un regato.

Este rápido recorrido desde el latifundio arcaico y el reparto, pasando por la «modernización» de las explotaciones y las críticas agroecológicas, hasta las perspectivas posproductivistas de los dos últimos decenios está estrechamente ligado a los cambios en el modo de percibir los problemas del desarrollo de las áreas rurales. Tales cambios han llevado a sustituir el sectorial, inspirado en una lógica exclusivamente agraria, por otros «basados en un integral y en una lógica orientada al territorio» (Moyano, 2008: 8). Ante este renovado enfoque territorial, la aproximación geográfica tiene mucho que aportar y las enseñanzas de Michel Drain pueden ayudarnos a ello.

El reconocimiento de las importantes implicaciones ecológicas, sociales y culturales de la agricultura, más allá de las estrictamente económicas ligadas a la producción de alimentos y materias primas, ha consolidado el concepto de multifuncionalidad en la investigación científica, tanto de la agricultura como de los espacios rurales, y en la agenda política. No es momento de volver aquí sobre este asunto, del que existe abundante bibliografía, especialmente en el campo de la economía y la agronomía (entre otros, Gómez-Limón y Barreiro Hurlé, 2007; Reig Martínez, 2007; Moyano Estrada, 2008), Aunque por razones obvias es un tema que interesa también a la geografía rural (Mata Olmo, 2004).

La multifuncionalidad representa –como dice Ernest Reig– la amplia variedad de output, tangibles e intangibles, que la agricultura puede generar según el modo en el que se haga uso del suelo y según las particularidades de los distintos sistemas de cultivo y explotación ganadera. Quienes se han ocupado de este concepto en relación con la política agraria y el desarrollo rural han llamado la atención sobre el hecho de que numerosos output generados por la actividad agraria, sobre todo en determinados contextos ambientales y culturales, tienen el carácter de *externalidades positivas o bienes públicos*. Por la existencia de esos valores, se considera que los espacios y los territorios rurales son –como escribe Eduardo Moyano– «bienes de interés general que merecen protección por parte del Estado y que exigen políticas destinadas a regular su uso y explotación por parte de los ciudadanos a título particular» (Moyano, 2008: 9). Todo ello conduce a considerar los territorios rurales como bienes públicos o, mejor, como «bienes comunes»², en la medida en que forman parte del patrimonio general

² La concepción del territorio y sus paisajes como «bien común» queda recogida en la obra reciente de Alberto Magnaghi, profesor de urbanismo y fundador en 1986 de la Escuela Territorialista y de la Società dei territorialisti e delle territorialiste, particularmente en su último libro colectivo *Il territorio bene comune* (2012) y en la obra recientemente traducida al castellano *El proyecto local. Hacia una conciencia del lugar* (2010).

de la sociedad, lo que en modo alguno supone ignorar, sino al contrario, el decisivo papel de la agricultura como actividad productiva y de los agricultores en la gestión y desarrollo de estos espacios.

De entre las externalidades positivas aportadas por las áreas rurales, la diversidad y calidad del paisaje aparece hoy como el bien público más integrador y uno de los más demandados por la sociedad. Asumir este hecho por parte de los agricultores, con lo que ello implica en materia de reconocimiento y remuneración equitativa de esta externalidad, incorporarlo a la política de desarrollo rural y territorial, y tratar adecuadamente su uso y disfrute público es una tarea difícil en la que la geografía debe implicarse, aportando conocimiento y criterios de ordenación.

Antonio López Ontiveros planteó en 1999 «el reto de la protección y la gestión de los paisajes rurales andaluces», sobre la base del análisis de su especificidad y de sus principales elementos distintivos, con una propuesta muy razonable de principios y criterios para su protección y gestión (López Ontiveros, 1999). Con posterioridad se ha avanzado en el estudio de la dimensión patrimonial de los paisajes rurales (entre otros, Mata Olmo, 2010; Ojeda Rivera, 2005; Silva Pérez, 2009), incidiendo más en la idea de los procesos de patrimonialización de paisajes cotidianos ligados a la agricultura, que en «paisajes-patrimonio» singulares, sacralizados por su excepcionalidad o valores sobresalientes. Al mismo tiempo, lentamente y sin una orientación precisa y compartida aún, la defensa y gestión de determinados paisajes rurales se ha ido incorporando a algunos instrumentos andaluces de ordenación del territorio de escala subregional, siguiendo las directrices del propio Plan de Ordenación del Territorio de Andalucía (2006).

En este camino de compromiso renovado con los paisajes rurales, con su salvaguarda, lectura y disfrute como bienes públicos, y con los agricultores, que según criterios de equidad ignorados hasta ahora por la PAC, merecen una remuneración social por la externalidad paisajística que gestionan, la contribución de Michel Drain sigue plenamente vigente. Su propuesta metodológica y empírica de «una geografía retrospectiva» para comprender el presente puede y debe ser también una ventana para mirar y pensar el futuro. Reconstruir e interpretar las huellas del pasado es recuperar la memoria del lugar, pero la herencia materializada en los surcos de paisaje encierra también en muchos casos sabiduría para gestionar prudentemente el porvenir de la tierra. Comprender retrospectivamente el paisaje es, en

definitiva, asumir la biografía del territorio como base para proyectar el futuro, pues como dice el filósofo Emilio Lledó «(...) la posibilidad de ese recuerdo del pasado armoniza la existencia humana y permite el deseo y la esperanza» (Lledó, 2000: 74).

Bibliografía citada

- Bernal, A.M. y Drain, M. (1975), *Les campagnes sevillannes aux XIXe siècle*, París, Bocard, 134 p.
- Caballero Sánchez, J.V. (2012): «Los valores paisajísticos. Elementos para la articulación entre teoría e interpretación del paisaje», *Cuadernos Geográficos*, n.51. pp.245-269.
- Delgado, B.; Ojeda, J.F.; Infante, J. y Andreu, C. (2012), *Los olivares y sus paisajes distintivos de la domesticación mediterránea*. 29 p. (inédito).
- Drain, M. (1977), *Les campagnes de la province de Seville. Espace agricole et société rurale*, Lille, Université de Lille, 2 vols.
- Drain, M.; Lhenaff, R. y Vanney, j.r. (1971): *Le Bas Guadalquivir. Introduction géographique. Le milieu physique*, París, ed. Bocard, 125 p.
- Grupo E.R.A. (1980), *Las agriculturas andaluzas*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Agricultura, 509 p.
- Gómez-Limón, J .A. y Barreiro Hurlé, J. (coords.), *La multifuncionalidad de la agricultura en España. Concepto, aspectos horizontales, cuantificación y casos prácticos*, Madrid, EUMEDIA y MAPA, p. 303 p.
- López Ontiveros, A. (1999), «El reto de la protección y gestión de los paisajes rurales Andaluces», *Cuadernos Geográficos* (Universidad de Granada), n. 29, p. 69-83.
- López Ontiveros, A. y Mata Olmo, R. (1993), *Propiedad de la tierra y Reforma Agraria en la provincia de Córdoba (1932-1939)*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 194 p.
- Lledó, E. (2000), *El Surco del Tiempo*, Barcelona, Crítica, 240 p.
- Martínez Alier, J. (1968), *La estabilidad del latifundismo*, París, Ruedo Ibérico, 419 p.
- Magnaghi, A. (2010): *El proyecto local.. Hacia una conciencia del lugar*. Barcelona Arquitectonics, Mind, Land & Society. Universidad Politécnica de Catalunya, 307 p.
- Magnaghi, D. (ed.) (2012): *Il territorio bene comune*. Firenze, Firenze University Press, 157 p.

- Mata Olmo, R. (2004), «Agricultura, paisaje y gestión del territorio», *Polígonos. Revista de Geografía*, n. 14, pp. 97-137.
- Mata Olmo, R. (2010), «La dimensión patrimonial del paisaje. Una mirada desde los espacios rurales», en Maderuelo, J. (dir.): *Paisaje y Patrimonio*, CDAN, Huesca, pp. 31-73.
- Moyano Estrada, E. (2008), «Multifuncionalidad, territorio y desarrollo de las áreas rurales», *Ambienta. La Revista del Ministerio de Medio Ambiente*, n. 81, p. 6-20.
- Naredo, J.M. (1975), «La superación del concepto de latifundio», *Revista Cuadernos para el Diálogo*, extra XLV.
- Naredo, J.M. y Campos, P. (1980), «Los balances energéticos de la agricultura española», *Agricultura y Sociedad*, n. 15, p. 165-255.
- Ojeda Rivera, J.F. (2005), «Los paisajes, totalizadores históricos. Paisajes paralelos en Doñana y Sierra Morena», en Ortega Cantero, N. (ed.): *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. Madrid, Fundación Duques de Soria-UAM, p. 283-294.
- Reig Martínez, E. (2007), «Fundamentos económicos de la multifuncionalidad», en Gómez-Limón, J .A. y Barreiro Hurlé, J. (coords.), *La multifuncionalidad de la agricultura en España. Concepto, aspectos horizontales, cuantificación y casos prácticos*. Madrid, Eumedia Y Mapa, p. 19-39.
- Robert, S. (2002), «Comment les formes du passé se transmettent-elles ?», *Études rurales*, n. 167-168, pp. 115-132.
- Roux, B. y Vázquez, I. (1975), «Rentabilité de la grande entreprise capitalista dans l'agriculture. Un exemple en Andalousie occidentale», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XI, p. 961-973.
- Silva Pérez, R.: «Agricultura, paisaje y patrimonio territorial. Los paisajes de la agricultura vistos como patrimonio», *Boletín de la A.G.E.*, 2009, n. 49, p. 309-334.
- Verdier, N. (2010), «La memoria de los lugares: entre espacios de la historia y territorios de la geografía», en Nicolás Ortega Cantero; Jacobo García Álvarez, J. y Manuel Mollá Ruiz-Gómez (eds.): *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, p. 209-217.

Agricultura y agua en España a comienzos del siglo XXI

Leandro del Moral Ituarte

Universidad de Sevilla

1. Evolución reciente del regadío español

A lo largo de las últimas décadas, y más específicamente tras la grave sequía de 1991-1995 los límites de las prácticas propias de la política hidráulica tradicional han sido objeto de un intenso debate. Una idea muy extendida entre los gestores de agua y principales usuarios del recurso es que durante la sequía 1991-1995 el sistema de gestión de agua llegó en algunas regiones a una situación de colapso, expresión de una trayectoria que no se puede mantener ya indefinidamente. Esta idea, junto con otras tendencias generales en política de agua, derivadas de dinámicas socio-políticas y económicas más generales, forzó un profundo proceso de reflexión científico-político. Puede afirmarse que el *paradigma hidráulico tradicional* sufre una crisis profunda –aunque todavía mantiene fuertes apoyos– en ausencia de un proyecto verdaderamente alternativo y socialmente aceptado de manera definitiva.

Por otra parte, desde la incorporación de España a la Comunidad Económica Europea, en 1986, se ha producido un proceso de modernización de las estructuras agrarias, con la introducción de nuevas tecnologías y el aumento del capital invertido en las explotaciones. Paralelamente han cesado en su actividad las explotaciones menos rentables: casi 3 millones de hectáreas, que representan un 14% de la superficie cultivada en 1986. En este proceso de cambio acelerado, el regadío ha tenido un auge importante por su capacidad de diversificación y de producción intensiva. La superficie regada ha aumentado en unas 700.000 ha, lo que representa un 22% de incremento desde 1986 al 2008, y compensa con creces la pérdida de capacidad productiva de las superficies que se han dejado de cultivar. Solamente en el periodo más reciente, desde 1996 a 2008 el incremento ha sido de 262.500 ha (MARM 2009, Morales y Hernández 2010, p. 36).

La apertura a los mercados europeos y posteriormente los efectos de la globalización han acelerado la especialización productiva española en aquellos cultivos en los que tiene más ventajas comparativas: hortalizas, frutales y cítricos, olivar y viña. La orientación de los nuevos

regadíos en los últimos 20 años ha significado el aumento del 76% de la superficie regada de cultivos leñosos, lo que ha producido que se rieguen casi el 25% del total de estos cultivos, la gran mayoría tradicionalmente de secano, como el olivo, la viña o el almendro.

Así, en 2008, se ha regado en España el 31% del viñedo y el 25% del olivar, con porcentajes superiores en las regiones más especializadas en estos cultivos: el 38% del viñedo en Castilla-La Mancha y el 33% del olivar en Andalucía (MARM 2009, Morales y Hernández 2011 pp. 34-35). Esta especialización de los nuevos regadíos, notablemente en la última década, comporta una menor demanda unitaria de agua, pero exige más garantía de las dotaciones, por su carácter de cultivos permanentes, lo que les hace más vulnerables a los años con escasez de recursos hídricos. A su vez, el incremento de la superficie regada ha coincidido con la disminución acelerada del empleo agrario, del orden de un 15% en la última década. En relación con este tema, la mayoría del sector agrario defiende que solamente el regadío, como motor endógeno de crecimiento económico, podría mantener la actividad agraria y la población del medio rural; pero siendo cierta la mayor capacidad de generar empleo y riqueza estable por parte de la agricultura de regadío, también este sector ha sufrido el proceso de pérdida de peso en la actividad económica española (Corominas 2008 p. 3).

2. Crítica al *desgobierno territorial* y a la expansión continuada del regadío.

En este contexto, el hecho de que en torno al 80% de las demandas de aguas en España se generen en el regadío (Barragán, Cots y Monserrat, 1998, 1) ha hecho que los debates sobre las medidas eficaces para avanzar hacia un nuevo modelo de gestión del agua, en sintonía con los planteamientos de la Directiva Marco del Agua europea se hayan centrado en él de manera prioritaria. Desde el primer borrador del Plan Nacional de Regadíos de 1996 ha existido una significativa coincidencia en la necesidad de poner fin a la política de oferta de crecientes recursos hídricos, generados por grandes infraestructuras hidráulicas, para desarrollar nuevos regadíos. Ello no significa que se considere inviable o carente de racionalidad la extensión del regadío en algunas zonas y bajo determinados criterios, pero, en general, se ha defendido que el actual **proceso de expansión del regadío en España debe frenarse**. Los argumentos que han fundamentado este consenso son los siguientes.

a) En regadíos de interior los estudios económicos coste/beneficio de grandes proyectos de transformación demuestran balances muy negativos. Los costes del metro cúbico en este tipo de proyectos se sitúan entre 0,13 y 0,21/m³, cuando actualmente se vienen cargando sobre el usuario en este tipo de regadíos costes que no llegan a 0,012/m³ en promedio; cada nueva hectárea supone unos costes de unos 21.000, mientras el precio de mercado se sitúa en torno a 9.000-12.000 (todo ello con valores referidos a 2001).

b) En áreas de Levante, Sudeste, La Mancha y Andalucía, los nuevos regadíos con aguas subterráneas de iniciativa privada que han ido creciendo, a menudo de forma ilegal, aunque suelen caracterizarse por cotas de eficiencia hídrica y rentabilidad económica altas, han abocado a problemas de sobreexplotación de los recursos hídricos.

c) Las expectativas de crecimiento del regadío en el litoral mediterráneo ligadas a proyectos de grandes trasvases se han encontrado con el problema de los costes económicos (entre 0,90 y 1,93/m³, superiores a los costes de desalación de aguas salobres e incluso marinas), de los impactos ambientales (nunca evaluados suficientemente) y de los conflictos políticos interregionales (del Moral 2001).

d) Las limitaciones y exigencias que fuerzan los objetivos ambientales, consecuencia de los valores y demandas crecientes que se desarrollan en nuestra sociedad, restringen notablemente la posibilidad de llevar adelante este tipo de grandes proyectos de nuevos regadíos debido a los importantes impactos ambientales que, directa o indirectamente, implican.

e) El valor social de asentamiento poblacional de los nuevos regadíos en poco se asemeja al que se derivó en su día de los fenómenos de colonización agraria. En proyectos de nuevos regadíos en el interior de la Península (regadíos continentales) es dudosa, la existencia del tejido empresarial suficiente para recibir y asimilar tales transformaciones (del Moral y Silva 2006). En los regadíos del Arco Mediterráneo, junto a las grandes empresas de producción-exportación y las grandes cooperativas existentes, la parcelación de las propiedades y su explotación a tiempo parcial, como actividad económica complementaria, ha pasado incluso a ser dominante en muchos casos, cambiando notablemente el sentido social de buena parte de estas huertas. (Colino y Martínez, 2004, 7; Genovés, Avellá y García, 1998, 1).

De manera especial, al calor del debate sobre el Plan Hidrológico Nacional de 2001 surgieron críticas al proyecto de cientos de miles de nuevas hectáreas de regadío en la cuenca del Ebro, tanto en Aragón como en Navarra o Cataluña, con sus grandes embalses asociados. Estos regadíos, además de producir graves impactos en los valles del Pirineo, generarían dinámicas sinérgicas, no consideradas en la documentación oficial, que agravarían los impactos de los trasvases sobre el Delta del Ebro. De manera análoga, el desarrollo de nuevos regadíos, con cultivos continentales fuertemente subvencionados, en el Alto y Medio Júcar, en sinergia con los trasvases (Júcar-Vinalopó y Ebro-Júcar-Segura), agravaría los impactos sobre el Bajo Júcar, la Albufera y la calidad del abastecimiento de Valencia (Arrojo 2002, 2). Desde otros territorios, se llamó la atención sobre las previsiones de expansión de regadíos en la cuenca del Duero (150.000 ha previstas) y en la del Guadiana, con particular preocupación por la insostenible situación del acuífero 23.

Especial crítica y oposición ha concitado la **expansión del regadío ilegal, que se ha considerado enmarcada en el fenómeno más general de desgobierno hidráulico y territorial**. Frente a la caracterización del llamado «déficit estructural» de algunas cuencas españolas se ha exigido la implantación efectiva del reino de la ley, acabando con la extensión de nuevos regadíos, alimentados en las dos últimas décadas especialmente, por pozos ilegales, que están produciendo graves procesos de sobreexplotación y degradación de ríos y acuíferos (De Stefano 2006).

3. Reconversión programada del regadío frente a reestructuración por el mercado

La reflexión sobre la dimensión del regadío español ha ido madurando desde las llamadas a refrenar su crecimiento, criticando especialmente la expansión del regadío ilegal, hacia una propuesta de replanteamiento en profundidad de la política de regadíos, adaptando (reduciendo) su extensión a la capacidad de carga de cada territorio. Ya en el Congreso de Sevilla se propone considerar la aplicación de **programas de reconversión de regadíos** a partir de ecoauditorías cuidadosamente elaboradas, realizadas con participación de los afectados, y adoptando las medidas pertinentes para garantizar las condiciones de vida de los trabajadores agrarios.

Paralelamente a esta profundización en las dinámicas expansivas del regadío, se va insistiendo de manera más explícita en la necesidad de abordar la **gestión conjunta de agua y territorio**, lo que significa tratar conjuntamente las interacciones de los subsistemas naturales y sociales o **sistemas socioecológicos** (Aguilera 1998, 8; Rodríguez 2008). Desde un punto de vista integrador, la sostenibilidad de las acciones encaminadas a la explotación de los recursos ha de medirse utilizando parámetros naturales y sociales. En estudios centrados en los problemas del Sureste Peninsular, se ha puesto de manifiesto la ausencia de una política racional de ordenación del territorio por parte de los responsables políticos de los municipios y Comunidades Autónomas concernidas en las últimas décadas, lo que ha dado lugar a fenómenos tan llamativos como el despoblamiento del interior en la Marina Alta o la desaparición irreversible de los regadíos tradicionales en la cuenca del río Segura (Martínez y Esteve, 2002). Por último, también se ha llamado la atención al olvido de los «saberes» tradicionales de los habitantes de estas tierras, como en el caso de estudio concreto de los riegos de La Pedrera, condenados a ser deficitarios desde su nacimiento (Sanchís 2002).

Esta línea de debate ha ido madurando a lo largo del tiempo, dando lugar a una significativa coincidencia en torno a la necesidad de un **plan de reconversión**, no sólo del regadío, sino de la agricultura (incorporando el secano) y la ganadería, en el marco de un **nuevo modelo de desarrollo rural**. Avanzando más en esta reflexión, con la incorporación de sectores críticos del mundo agrario, como Vía Campesina, emerge el debate sobre la necesidad de reclamar una revisión profunda del actual **sistema de producción y consumo**.

4. Defensa de la recuperación de costes en el marco de la responsabilidad de los usuarios

La **política tarifaria y de costes** del agua asumidos por los regantes ha sido otro de los nudos del debate reciente sobre el regadío. Ya ha pasado el año 2010, fecha tope para aplicar el principio de recuperación de costes de la Directiva Marco de Aguas. Casi nadie ha querido hablar del tema en España: los usuarios, especialmente los regantes (y las empresas eléctricas), desean perpetuar el sistema actual de precios subvencionados del agua. Las Administraciones temen un enfrentamiento con los usuarios e intentan sortear el problema. En cualquier caso, lo que no es de recibo, por falta de

solvencia científica, es negar la existencia de precios políticos del agua, muy inferiores a los costes de los servicios prestados por las diferentes administraciones. En este sentido, pese a los importantes avances de la etapa ministerial de Cristina Narbona (2004-2008), los informes del Ministerio de Medio Ambiente de 2007 sentenciaron que en España se recupera en la actualidad la mayor parte de los costes de los servicios del agua (La Roca et al. 2010).

Un dato importante a la hora de abordar la recuperación de costes es recordar que el marco legal actual permite a más de un tercio de los usuarios no satisfacer ningún coste a las Administraciones gestoras del agua: los cánones de regulación y tarifas del agua solo se aplican solo a los beneficiarios directos de obras de regulación y distribución ejecutadas por los Organismos de Cuenca; por lo tanto, los usuarios de aguas no reguladas y de aguas subterráneas no están sujetos a ninguna obligación económica. El propio régimen financiero previsto en la Ley de Aguas actual no se aplica con rigor, utilizándose diversas estrategias para no imputar gastos corrientes generales del conjunto de la cuenca: no amortizar inversiones realizadas con fondos Europeos o de otras Administraciones o considerarlas de interés general y no repercutibles (laminación de avenidas, «obras de emergencia», etc.). De aplicarse con rigor la legislación actual el precio del agua se triplicaría (Vergés 2002, López Martos 2003).

Pese a no pagar ningún canon a la Administración, como se ha señalado, las aguas subterráneas suponen unos costes al agricultor que rondan un promedio de $0,12/m^3$ (cifras de 2005) en muchas zonas del país, mientras que, en la mayoría del millón de hectáreas de regadíos tradicionales y en el otro millón largo de hectáreas de nuevos regadíos con aguas superficiales financiados por el Estado, los regantes apenas pagan entre $0,006$ y $0,012/m^3$, con el agravante de que en muchas ocasiones el cobro del agua se hace con tarifas fijas por hectárea, lo que desincentiva más aún el ahorro y la eficiencia de uso. Por esto, es necesario articular una nueva política tarifaria que tienda, en general, a asignar al usuario los costes que se derivan de las demandas que genera, tal y como planteaba el proyecto de Directiva Marco de Agua que se discutía cuando se celebró el primer Congreso en Zaragoza el año 1998. La deseable recuperación de las inversiones públicas y la necesidad de inducir señales económicas que favorezcan la modernización, el ahorro y la eficiencia en el uso así lo recomiendan en general.

Sin embargo, desde la investigación sobre el regadío siempre se ha advertido de que una hipotética subida indiscriminada de precios del agua produciría resultados muy distintos en los diversos tipos de regadíos (Sumpsi 1998). En algunos casos, en lugar de efectos de modernización y mejora de la eficiencia, podría dar lugar a quiebras en la explotación familiar agraria de algunos tipos de regadíos por falta de capacidad de reacción y adaptación a los cambios (Gómez-Limón y Riesgo 2002). Por tanto, la aplicación de la recuperación de costes debería acompañarse con los ritmos, ayudas y compensaciones adecuados, que permitan un proceso de reacción y adaptación de la explotación familiar agraria actualmente vigente en la mayoría de los regadíos españoles.

Para que la subida de costes asumidos por el regante incentive realmente procesos de modernización y mejora de la eficiencia, debe combinarse con medidas de restricción de dotaciones, concentración parcelaria (con la prudencia oportuna en el caso de regadíos tradicionales con altos valores paisajísticos), subvenciones condicionadas, incentivos fiscales, incentivos a la racionalización colectiva de redes de distribución (si son a presión), información sobre otros beneficios complementarios y facilidades financieras. Por otro lado es necesario que en esa nueva política se adopten modelos de tarificación variable, dotados de claras señales de bonificación al ahorro.

En definitiva, la asunción progresiva de mayores precios del agua por parte de los regantes, en la perspectiva de la recuperación íntegra de costes, puede ser una eficaz herramienta de gestión de la demanda e incentivación de la modernización de la explotación agraria, siempre que se integre adecuadamente en el marco complejo de la política agraria junto a otras medidas como las señaladas anteriormente. Sistemáticamente, es necesario abordar una profunda reforma de las políticas tarifarias, tanto en el ámbito urbano, como industrial y agrícola, asumiéndose, de forma progresiva pero consecuente, el principio de recuperación de costes, muy ligado a la idea de responsabilidad ciudadana en el uso y gestión del agua.

Como se ha señalado, a partir de 2005, la manera en la que se han desarrollado los análisis económicos previstos en la Directiva Marco del Agua ha suscitado la alarma de un sector importante de los investigadores. En este sentido en el año 2008 de una manera especialmente sonora se llamó la atención sobre el hecho de que, en contra de lo afirmado por los estudios poco rigurosos publicados por

el Ministerio de Medio Ambiente en 2007, es falso que la recuperación de costes en la agricultura se sitúe en torno al 90%. Una estimación de la aplicación de la DMA en el ámbito de las cuencas andaluzas pone de manifiesto que en la actualidad los usuarios que satisfacen cánones y tarifas aportan menos del 20% de lo que representaría aplicar en su totalidad el principio de recuperación de costes, cifra que puede ser representativa de la situación general. Basta comparar los presupuestos anuales de las administraciones del agua imputados a sus actuaciones en Andalucía, para comprobar que el orden de magnitud de los costes de los servicios del agua es muy superior a lo pagado anualmente por los usuarios: la totalidad de los ingresos, que incluyen además del precio del agua, diversas tasas y las sanciones, es bastante inferior incluso a los gastos corrientes de las administraciones del agua en Andalucía (Corominas 2008).

Frente a esta situación, el Congreso Ibérico de Gestión y Planificación del Agua de Vitoria-Gasteiz (2008) propuso introducir un mecanismo transitorio, del orden de unos 10 años, similar al puesto en marcha por la Unión Europea en la reforma de la PAC de 1992, que ha conducido actualmente al desacople de las ayudas agrarias a la mayor parte de los cultivos. Se trataría de aplicar, a partir de 2010, íntegramente el principio de recuperación de costes de todos los servicios del agua atribuibles a los usuarios (descontados los servicios de carácter público) y compensar a los usuarios actuales con una ayuda desacoplada del uso del agua, que se iría minorando hasta desaparecer en 10 años. De esta manera, la aplicación de la recuperación de costes inicialmente sería neutra para los usuarios, pero les forzaría a acometer estrategias de ahorro de agua y de orientación a cultivos más rentables por unidad de agua gastada. Este sistema de aplicación del principio de recuperación de costes sería compatible con las discriminaciones positivas que pudieran contemplarse en función de determinados criterios sociales, territoriales o ambientales que se consideren de equidad e interés general.

5. Nuevos instrumentos económicos para la gestión del agua: «mercados» y «bancos de agua»

El sistema concesional español, vigente, en lo esencial, desde finales del siglo XIX, ha sido objeto de un intenso debate a lo largo de las últimas décadas. Bajo el manto legal del agua como dominio público, en la práctica el sistema permite un uso privado de los derechos del agua durante un período de hasta 75 años. La concesión

se obtiene gratuitamente, independientemente de la capacidad económica del particular y del beneficio que obtenga con el uso del agua. Paralelamente, la Administración subvenciona los servicios de captación, regulación, distribución y gestión del agua. La modificación o rescisión de las concesiones, cuando el interés general así lo demande, es muy difícil y gravosa para el interés público. Si se añade la ineficiencia de la Administración para controlar los usos del agua y sancionar a los que lo hacen sin la concesión correspondiente, se entiende que estamos en la práctica más cerca de un sistema de apropiación privada de los derechos del agua, que de un sistema de gestión de un dominio público (Corominas 2008).

En la pasada sequía 2005-2008 se estrenaron las medidas de flexibilización del régimen concesional que se habían introducido en la reforma de la Ley de Aguas realizada por el Gobierno del Partido Popular en 1999: los *contratos de cesión de derechos* de uso del agua realizados entre concesionarios y los *centros de intercambio de derechos de agua*, esta última figura inspirada en los bancos públicos de agua de EEUU (del Moral et al. 2000). Entre los contratos de cesión de derechos que se han puesto en práctica han sido importantes los celebrados entre usuarios de la cuenca del Segura y de la cuenca del Tajo (Comunidad de Regantes de Estremera, en Madrid), durante los años 2007 y 2008, con un volumen intercambiado de 31 hm³ anuales, a un precio concertado de 0,185 euros/ m³; y los celebrados en Andalucía entre usuarios de la cuenca del Guadalquivir y de la cuenca Mediterránea Andaluza. Al tratarse en ambos casos de cesiones de derechos fuera de la cuenca de origen (trasvases entre diferentes cuencas), tanto los contratos como el uso de las infraestructuras de trasvase entre cuencas existentes que requerían, tuvieron que ser autorizados por el Gobierno central.

En el caso de la cuenca Mediterránea Andaluza, los compradores han sido la Junta Central de Usuarios del Bajo Almanzora, en Almería, que riega unas 16.500 ha. Esta entidad no solo adquirió agua, sino que incluso compró tierras (1.600 ha. dedicadas al cultivo del arroz) para utilizar sus derechos de agua en Almería. Las diferencias de tipos de agricultura entre las zonas cedentes (Guadalquivir) y receptoras de agua (Mediterráneo) es grande, tanto en eficiencia económica (/m³), como social (empleos/hm³). El precio del agua intercambiada, que coincide con el acordado entre los regantes del Tajo y del Segura, es similar al coste del agua en Almería, aunque estos regantes deben añadir el coste de las infraestructuras de transporte que utilizan (trasvase del

embalse del Negratín, cuenca del Guadalquivir, al Almanzora, cuenca Mediterránea), cuyo coste se eleva a otros 0,16 euros/m³.

Es de esperar que tanto los bancos públicos de agua, como estos contratos de cesión de derechos entre usuarios, aun siendo útiles, no proliferarán demasiado, como ya pronosticó José Manuel Naredo en 1997. Se trata de una válvula de escape que permite que la rigidez del régimen concesional se adapte a las situaciones cuya falta de agua comporte mayor perjuicio económico (Naredo 1997).

En las conclusiones del mencionado Congreso Ibérico de Vitoria-Gasteiz (2008) se recogen dos ideas fundamentales sobre las condiciones que deberían cumplir los «mercados» para evitar que su instrumentalización produzca perjuicios: primero, que con el fin de evitar la apropiación indebida de bienes públicos es necesario revisar el diseño actual de intercambio de derechos; segundo, que para garantizar que el agua ahorrada en la modernización sea recuperada por la Administración pública y no se convierta en el objeto de las nuevas transacciones es imprescindible la oportuna revisión concesional en los sistemas de riego afectados por estos procesos de modernización. Efectivamente, un riesgo de estos mecanismos de mercado es que se cedan derechos de agua excedentes después de la modernización de regadíos. Para evitarlo, la Administración deberá imponer la revisión de las concesiones, ajustándolas a las necesidades actuales de los cultivos después de la modernización. La Administración ha subvencionado los costes de la modernización de regadíos en un porcentaje del orden del 60-75%, por lo que los ahorros de agua deben revertir al dominio público, sin indemnización al concesionario. Los ahorros de agua deben destinarse a mejorar el estado ecológico de los ríos y a aumentar la garantía del conjunto de usuarios.

6. Defensa de la modernización de regadíos y valoración crítica de algunos de sus potenciales efectos

Desde el final de la sequía de los años 1992-1995, el propio sector del regadío percibió claramente que se había producido, y que continuaría produciéndose, un desfase entre los ritmos de crecimiento de la demanda de agua para riego y las posibilidades de aumentar la oferta de recursos hídricos. Al mismo tiempo la competencia de otros sectores productivos por el agua y sobre todo la necesidad de asegurar reservas

plurianuales para el abastecimiento de la población que evitaran el penoso espectáculo de que una parte importante de la población española hubiera sufrido restricciones en esos años, aumentaba la sensación de precariedad de muchos de los regadíos españoles. Las Administraciones y las Comunidades de Regantes empezaron a hablar de aumentar la garantía del suministro a los regadíos, dejando en segundo lugar el afán de aumentar las superficies con nuevas transformaciones. Desde entonces, la modernización de regadíos se ha convertido en la panacea para superar la escasez de agua: se trata de mejorar la eficiencia en el transporte y distribución del agua, incluyendo en muchos casos infraestructuras de almacenamiento y regulación de aguas en el propio regadío (Corominas 2008).

El *Plan Nacional de Regadíos Horizonte 2008* previó modernizar 1.135.000 de ha al final de este horizonte y otra cantidad igual para el siguiente, con una inversión del orden de los 3.000 por ha, consiguiéndose un ahorro neto de agua del orden del 22% de la que consumían inicialmente. Este Plan ha sido desarrollado por la *Estrategia Nacional para la Modernización Sostenible de los Regadíos, Horizonte 2015* que pretende dar continuidad anterior *Plan de Choque de Modernización de Regadíos 2006-08*. El apoyo público y la iniciativa de los regantes han dado muy buenos resultados, acercándose las realizaciones a los objetivos programados en el Plan Nacional de Regadíos. Los datos disponibles muestran que en el quinquenio 2002-2007 ha disminuido en España un 13% los riegos por gravedad o aspersión y han aumentado un 15% los riegos localizados. Andalucía y Murcia superan ya el 70% de sus riegos con sistemas localizados. Por el contrario Navarra, Aragón y Cataluña mantienen más del 55% de sus riegos por el sistema de gravedad. Parece deducirse que la modernización de los regadíos españoles avanza más por el Levante y el Sur, que por el centro y el norte, en relación con la mayor productividad de las primeras frente a las segundas y a las presencia en aquellas de los nuevos regadíos de olivar y viñedo (Morales y Hernández 2010, pp. 42-46).

Un buena parte de la investigación sobre regadíos, ha sintonizado positivamente con la estrategia de la **modernización de regadíos**, como prioridad y eje central de los Planes Nacionales de Regadíos formulados desde 1996. Pero al mismo tiempo se ha llamado la atención sobre el hecho de que en muchos regadíos tradicionales (Silva, 2012) los valores de integración paisajística o de naturalización de canales y acequias antiguas no revestidos de hormigón deben ser considerados y valorados adecuadamente como elementos patrimoniales que en ocasiones habrá que preservar mediante políticas de ordenación

territorial y paisajística adecuadas, por encima de las consideraciones más o menos estándar de incremento de la eficiencia de riego o la rentabilidad económico-productiva.

La idea de modernizar implica dos tipos de procesos diferentes. Uno se refiere al cambio necesario en los sistemas de regulación, distribución y aplicación del agua, de manera que se consiga un uso más eficiente del recurso, se ofrezca un riego *a la demanda* que libere al regante de las penalidades del riego *a turno* y se faciliten las labores de explotación agrícola en general. El otro factor se refiere a cómo hacer económicamente más rentables y competitivas las explotaciones agrarias de regadío. Es aquí donde intervienen otros factores tales como el tamaño de las explotaciones, la selección de cultivos, la conquista de la calidad, la apertura de mejores opciones en los mercados, etc. El concepto de *modernización* debe adecuarse a cada caso, concretando los objetivos en el contexto de las circunstancias específicas de cada regadío, al tiempo que debe ir presidido por perspectivas de racionalidad, tanto económica, como social y ambiental, lo que exige plantearse muchos más parámetros además de la eficiencia de riego.

Otra preocupación actualmente fundamental (recuérdese el debate sobre los mercados del agua) es la que se refiere al riesgo de que la modernización de los sistemas de regadío no supusiera ahorro neto de agua. En ese sentido el vigente Plan Nacional de Regadíos (PNR), aun siendo más realista y positivo que el Plan Hidrológico Nacional, no garantizaba, en ausencia de mecanismos de revisión concesional, que los efectos de los procesos de modernización de regadíos programados fueran a liberar caudales para usos de carácter prioritario, como ambientales o abastecimiento a poblaciones. Para que un proceso de modernización pueda generar ahorros efectivos es preciso complementar el proceso con acuerdos previos que incluyan las pertinentes revisiones concesionales.

El debate sobre la eficiencia económica y social del uso del agua en regadío se ha visto complejizado en los últimos años por la incorporación de los conceptos de agua virtual y huella hídrica, que permiten contextualizar la evaluación de los recursos hídricos en el mundo de los flujos hídricos reales, los intercambios y las interdependencias más allá de los marcos hidrográficos físicamente delimitados (Novo et al. 2008, Rodríguez Casado et al. 2008).

7. Debates y propuestas en torno a la Política Agraria Comunitaria (PAC)

Estamos en una época de profundos cambios en el sector agrario a nivel mundial, que en el ámbito europeo se expresan en los repetidos y siempre inacabados procesos de Reforma de la PAC: desde el inicial apoyo a la producción, hace 50 años, mediante la protección de los precios y de la competencia exterior, hasta la progresiva liberalización de precios y mercados, el desacoplamiento de las ayudas al agricultor de la producción, el impulso a la calidad frente a la cantidad, la protección sanitaria de la población y la del medio ambiente, que forman parte del bagaje político de la Agenda 2000 y de los acuerdos en el seno de la Organización Comercio Mundial (OCM) (Corominas, 2008).

Desde la perspectiva de la *nueva cultura del agua*, el giro de la PAC, a partir de la reforma de 1992, se ha visto como una oportunidad para apoyar las propuestas de **contención del crecimiento de las superficies de regadío** y de las presiones sobre los ecosistemas acuáticos. Las discrepancias entre los planes hidrológicos de cuenca de 1998 (la suma de cuyas previsiones de crecimiento alcanzaban 600.000 ha y 1.200.000 ha, en los diferentes horizontes incluidos) y los planes de regadío de la misma etapa (que se preveían entre 200.000 ha y 400.000 ha, es decir, una tercera parte) se ha entendido desde esa perspectiva como expresión de una distinta asunción de las nuevas estrategias agrarias europeas, mayor por parte de la Administración agraria y menor por parte de la Administración hidráulica. Esta última estaría más vinculada a los grupos de presión de la obra hidráulica y, curiosamente, a las presiones regionales a través de la tradicional estructura territorial, por cuencas hidrográficas, de la Administración hidráulica española (del Moral 2001).

La intensificación productiva, tanto en secano como en regadío, ha ido asociada al incremento del uso de abonos químicos y fitosanitarios. Es indudable el aumento de las producciones que ha permitido esta estrategia, pero la acumulación de los efectos producidos por los lixiviados de estos productos en los suelos y en los ríos, humedales y acuíferos ha puesto en peligro los ecosistemas acuáticos y la salud de los seres humanos. Las políticas europeas emplazan a reducir de manera sensible esta contaminación difusa, predominantemente de

origen agrario, tanto en lo referente a la concentración de nitratos en el agua, que aumenta la eutrofia de las masas de agua, como los residuos de pesticidas en el agua de consumo humano, por su poder cancerígeno.

Una buena parte de estos residuos químicos que se incorporan al agua proceden del regadío, al ser mucho más intensivo en el uso de todos los medios de producción.

Los Códigos de Buenas Prácticas Agrarias son los instrumentos para poner en práctica estos principios, que requieren una adaptación, factible a corto plazo, de las tecnologías agrarias, tanto en el regadío como en el secano. La consecución de estos objetivos es obligatoria y está ligada a la ecocondicionalidad de las ayudas de la PAC, aunque hay resistencia en las organizaciones agrarias a que se apliquen disminuciones de las ayudas agrarias por incumplimiento de estos objetivos. En las conclusiones del Congreso Iberico de Gestión y Planificación del Agua celebrado en Tortosa (2004), tras la Agenda 2000 y el nuevo proceso de reforma de la PAC de 2002, cuyas líneas básicas se apoyaron, se incluyó expresamente la valoración positiva y la necesidad de potenciar la aplicación del principio de *ecocondicionalidad* a la gestión del espacio agrario y en especial a la utilización del agua en la agricultura. Se entendía que los nuevos instrumentos son útiles para impulsar una reestructuración agraria que debe avanzar hacia la adaptación bioclimática de los cultivos, la salubridad de la producción, y la reducción de los impactos ambientales. Cuatro años después, en el mencionado Congreso de Vitoria-Gasteiz (2008), tras el desacoplamiento de las subvenciones agrarias de la producción, se señaló que es necesario impulsar los nuevos planteamientos de la política de **Desarrollo Rural**, promoviendo un nuevo acoplamiento con el segundo pilar (ambiental) y con el tercero (diversificación), a fin de adecuar los instrumentos a los nuevos objetivos.

Bibliografía

- Aguilera, F. (1998), *Hacia una nueva economía del agua: cuestiones fundamentales*. http://grupo.us.es/ciberico/archivos_acrobat/zaraponenaguilerak.pdf
- Arrojo, P. (2000), *Hacia una nueva racionalidad económica en la gestión de aguas*. http://grupo.us.es/ciberico/archivos_acrobat/porto3pedroarrojo.pdf

- Arrojo, P. (2002), *PHN: tornar las claves del fracaso en argumentos de futuro*. http://grupo.us.es/ciberico/archivos_acrobat/sevillaponenarrojo.pdf
- Arrojo, P. y Naredo, J. M. (1997), *La gestión del agua en España y California*, Bilbao, Bakeaz.
- Barragán, F., Cots, R. y Monserrat, J. (1998), *Evaluación de los regadíos y mejora de su eficiencia*. http://grupo.us.es/ciberico/archivos_acrobat/zaraponenbarragan.pdf
- Colino Sueiras, J. y Martínez Paz, J.M. (2004), *Producción, precios y demanda de agua en la horticultura del Sur Este español*, Ponencia presentada en el IV Congreso Ibérico sobre Gestión y Planificación del Agua, Tortosa, FNCA.
- Corominas, J. (2008), *¿Modernización o reconversión de regadíos? Dimensiones socio-económicas, ambientales y territoriales*, Ponencia del VI Congreso Ibérico sobre Gestión y Planificación del Agua, Vitoria-Gasteiz 2008, <http://www.fnca.eu/congresoiberico/documentos/p0302.pdf>
- De Stefano, J. [et al] (2006), El uso ilegal del agua en España: un problema medioambiental y social. *V Congreso Ibérico de Gestión y Planificación del Agua*, CD ISBN: 989-20-0456-6.
- Drain, M. (dir.) (1998), *Regulation de l'eau en milieu méditerranéen. Risques et tension*. Territoires en Mutation, 3, Montpellier.
- Fundación Nueva Cultura del Agua, *Actas de los Congresos Ibéricos sobre Gestión y Planificación del Agua*, <http://grupo.us.es/ciberico/> y <http://www.fnca.eu/congresoiberico/index2.php?lan=1>
- Genovés, J. C., Avellá, L. y García, M. (1998), *Precios, costos y uso del agua en el regadío mediterráneo*. http://grupo.us.es/ciberico/archivos_acrobat/zaraponengenoves.pdf
- Giansante, C., M. Aguilar, L. Babiano, A. Garrido, A. Gómez, E. Iglesias, W. Lise, L. Del Moral y B. Pedregal (2002), Institutional Adaptation to Changing Risk of Water Scarcity in Lower Guadalquivir. *Natural Resources Journal*, University of New Mexico, Vol. 42, núm. 3, pp. 521-563.
- Gómez-Limón, J. A. y Riesgo, L. (2002), *Aplicación de la Directiva Marco de Aguas sobre las explotaciones de regadío. Análisis diferencial de impactos*. http://grupo.us.es/ciberico/archivos_acrobat/sevilla2gomezlimon.pdf
- La-Roca, F., Ferrer, G., Hernández-Mora, N., La Calle, A., del Moral, L. , Prat, N. (2010), *Directiva Marco del Agua. Preparando la evaluación de la década*, <http://www.fnca.eu/fnca/docu/docu302.pdf>

- López Martos, J. (2003), Los problemas del agua y su gestión en el territorio andaluz, en P. Arrojo y L. del Moral (coords.), *La Directiva Marco del Agua. Realidades y futuros, III Congreso Ibérico sobre Gestión y Planificación del Agua. Ponencias*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 505-546.
- Martínez, J. y Esteve, M. A. (2002), *Evolución de los regadíos tradicionales del Sudeste Ibérico: aplicación de un modelo de simulación dinámica*. http://grupo.us.es/ciberico/archivos_acrobat/sevilla5martinez.pdf
- Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (MAPA) (2003), *Plan Nacional de Regadíos. Horizonte 2008*, Madrid, MAPA.
- Ministerio de Medioambiente, Medio Rural y Marino (MARM) (2008), *Anuario de Estadística Agroalimentaria, 2008*, Madrid, MARM.
- Ministerio de Medioambiente, Medio Rural y Marino (MARM) (2009), *Encuesta sobre superficies y rendimientos de cultivos, 2009 (ESYRCE)*, Madrid, MARM.
- Moral Ituarte, L. del (2010), «The hydraulic paradigm and the production of a new geography in Spain: Origins and historical evolution between the Sixteenth and Twentieth Centuries», en T. Tvedt & R. Coopey (eds.) *A history of water. Series II, Volume 2 Rivers and society from early civilisations to modern times*, Londres: I.B. Tauris, pp. 440-462.
- Moral Ituarte, L. del, C. Giansante y L. Babiano (2000), L'évolution des modalités d'allocation de la ressource en eau en Espagne. *Révue d'Economie Méditerranéenne (REM)*, num. 2, 2000, pp. 235-248.
- Moral Ituarte, L. del y R. Silva Pérez (2006), Grandes zonas regables y reparto del agua en España. El caso de la cuenca del Guadalquivir. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, número monográfico Partage de l'eau en Espagne, au Portugal et au Maroc, núm. 36 (2), pp. 125-148.
- Morales Gil, A. y Hernández Hernández, M. (2010), Mutaciones de los usos del agua en la agricultura española durante la primera década del siglo XXI. *Investigaciones Geográficas*, núm. 51, pp. 27-51.
- Ministerio de Medio Ambiente, rural y Marino (MMARM) (2010), *Estrategia para la Modernización Sostenible de los Regadíos, Horizonte2015*, http://www.mma.es/portal/secciones/participacion_publica/eval_amb/2009_p_019.htm
- Naredo, J.M. (1999), El agua y la solidaridad, en *Ciudades para un futuro más sostenible. El Boletín de la Biblioteca*, num. 11. <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n11>

- Novo, P., Garrido, A., Llamas, M.R. and Varela-Ortega, C. (2008), *Are virtual water «flows» in Spanish grain trade consistent with relative water scarcity?* Papeles de Agua Virtual núm. 1, Santander: Fundación Marcelino Botín. Disponible en: http://www.fundacionmbotin.org/fileadmin/user_upload/observatorioagua/publicaciones/proyecto_pav/novo_et_al_2008.pdf
- Rodríguez, M. I., Grindlay, A., Molero, E. (2008), *Gestión integrada del agua y el territorio, una propuesta metodológica para la adaptación a la DMA.* <http://www.fnca.eu/congresoiberico/documentos/c0304.pdf>
- Rodríguez Casado, R., Garrido, A., Llamas, M.R. y Varela-Ortega, C. (2008), *La huella hidrológica de la agricultura española*, Papeles de Agua Virtual, núm. 2, Santander: Fundación Marcelino Botín. Disponible en: http://www.fundacionmbotin.org/fileadmin/user_upload/observatorioagua/publicaciones/proyecto_pav/rodriguez_et_al_2008.pdf
- Romero González, J. (2009), *Geopolítica y gobierno del territorio en España*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- Sanchís, C. (2002), *La zona regable de La Pedrera (Alicante): la creación de un regadío deficitario 1970-1982.* http://grupo.us.es/ciberico/archivos_acrobat/sevilla5sanchis.pdf
- Silva Pérez, R. (2012), «Claves para la recuperación de los regadíos tradicionales. Nuevos contextos y funciones territoriales para viejas agriculturas», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1 de septiembre de 2012, vol. XVI, nº 412. <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-412.htm>.
- Sumpsi, J. M. (1998), *Efectos de las políticas tarifarias sobre la demanda de agua, renta agraria y recuperación de costes de la agricultura de regadío en España.* http://grupo.us.es/ciberico/archivos_acrobat/zaraponensumpsi.pdf
- Sumpsi, J.M., Garrido A. y otros (1998), *Economía y política de gestión del agua en la agricultura*, Madrid, Mundi Prensa.
- Vergés, J. C. (2002), *El saqueo del agua en España*, Barcelona, 55 Ediciones de la Tempestad.

Gestión del agua en Francia. Actores y administraciones competentes

Michel Drain Mothré

Directeur de Recherche émérite au C.N.R.S.

Docteur d'Etat en géographie

Jurídicamente, fue tan sólo a partir de 1964 cuando una visión moderna de la gestión del agua quedó claramente expresada en Francia en un texto de ley. Ya no se trataba exclusivamente de suministrar energía hidroeléctrica, agua potable o, en la parte mediterránea, agua de riego, sino también de vigilar por el buen estado del recurso y del medio ambiente. Emergía además una nueva forma de actuación, menos autoritaria y centralizada, por parte del Estado francés.

Ahora bien, la realización de la nueva gestión del agua necesitó un largo proceso, iniciado por una serie de debates parlamentarios a partir de los años 50 y cuyos hitos fueron las leyes de 1964 y 1992. Sus aplicaciones necesitaron además cierta dilación. En efecto, los textos de las sucesivas leyes tuvieron decretos de aplicación que tardaron a veces varios años después de la publicación de la ley, de manera que no fue hasta la última ley, de diciembre de 2006, cuando se tuvieron en cuenta las nuevas orientaciones europeas de la DMA, especialmente en lo referido a las aguas costeras y de transición.

Así, se necesitó medio siglo para elaborar una política del agua adaptada a las modernas condiciones económicas y sociológicas que se iban estableciendo a partir de mediados del siglo 20 y cuyos principios básicos habían sido formulados desde el principio del proceso.

En un tema tan complejo hay que tener en cuenta factores geográficos y culturales y no ceñirse a las leyes del agua sino incluir otras leyes como las de descentralización o las directivas europeas. En fin, no podemos limitarnos a las administraciones competentes que son esencialmente las seis agencias del agua, porque no se deben olvidar los diversos operadores públicos y privados cuyo papel y pericia fueron cuajando después de muchos años, por lo que no pueden dejarse en el tintero.

1. Condiciones geográficas y culturales

1. 1. Usos y recursos

Francia dispone de recursos hídricos medianamente abundantes y, hasta los años 50, tuvo un consumo moderado por ser todavía escasos los usos agrícolas de modo que la gestión del agua no planteaba serios problemas sino en la parte mediterránea. Actualmente, hay una preocupación acerca del recurso, no solo en relación con los volúmenes disponibles sino por el peligro de una contaminación de las aguas, incluidas las subterráneas, por las prácticas de una agricultura intensiva.

1.1.1. Recursos

Francia recibe una media anual de 440 km³ de precipitaciones de lo cual queda, después de la evaporación y de la evapotranspiración alrededor de un 38% o sea unos 167 km³ (hasta 180 con una parte de las aguas del Rin). Un centinar representa el caudal corriente, lo sobrante el caudal de avenidas mientras el balance entre las aguas que proceden de países vecinos (Ródano) y las que se dirigen hacia esos países (Mosa y Mosela) es equilibrado. Francia aprovecha también en parte las aguas del Rin que sirve de frontera con Alemania y que representa unos 25 km³.

Por lo tanto hay una disponibilidad anual de unos 100 km³ si bien con una tendencia a disminuir desde hace cerca de un cuarto de siglo. En relación con una población de 63 millones de habitantes Francia se sitúa por lo tanto entre los Estados medianamente ricos en recursos y dispone de mucha más agua que Bélgica, Alemania o el Reino Unido.

1.1.2. Consumo

Se da el caso también que el consumo es relativamente reducido y representa más o menos la mitad de la disponibilidad o sea menos de 50 km³/año. Los usos son aproximadamente 15% para abastecimiento urbano, 11% usos industriales, 60 % para enfriar las centrales térmicas y nucleares, 14% de usos agrícolas. Los usos industriales y de abastecimiento urbano no crecen y hasta van disminuyendo mientras los usos agrícolas aumentan rápidamente. Si bien el porcentaje de usos agrícolas puede parecer endeble si se compara con lo que suele ser en los países mediterráneos por ejemplo, no obstante no deja de

ser preocupante ya que, como es sabido, su proporción es mucho mayor en relación con el consumo neto y que se trata de un consumo estacional en el momento en que hay menos agua.

A pesar de todo, el aprovechamiento del caudal de avenidas no ha sido necesario como ocurre en España a no ser en las áreas de clima mediterráneo para abastecer los regadíos y en las áreas montañosas con el fin de producir energía hidroeléctrica.

1.2. Una cultura urbana del agua

Una tradición de ingeniería se desarrolló precozmente para garantizar la alimentación de las grandes ciudades y su saneamiento con una red de esgotos. Probablemente estén ahí las raíces de unas características singulares de la gestión del agua en Francia: Ya, durante la segunda mitad del siglo XIX, se iniciaron, especialmente en París, grandes obras que aseguraron un abastecimiento de agua abundante y sana y una red moderna de alcantarillado bajo la dirección de Belgrand, director del servicio de aguas parisién. Cinco trasvases iban a buscar aguas de calidad hasta cerca de 200 km asegurando un volumen de 450 000 m³/día mientras una red subterránea de esgotos de más de 1000 km llevaba las aguas residuales hasta campos de esparcimiento de las aguas para que el suelo las filtrasen, permitiendo al tiempo, cultivar hortalizas.

Poco a poco y, por lo menos en las ciudades, la posibilidad de conducir el agua potable al grifo y de llevar hacia el alcantarillado los vertidos (*tout à l'égoût*) llevaron los vecinos a despreocuparse de los problemas del agua que ingenieros y empresas especializadas sabían resolver muy bien.

En el contexto francés, no hay que olvidar tampoco la tradición de centralización del Estado y la visión generalizada de un Estado protector de la propiedad. Sea cual sea el objetivo de acondicionamiento hidráulico, el Estado otorga las autorizaciones para emprender las obras y otorga concesiones de uso del agua a largo plazo (75 años).

2. Las leyes del agua y sus grandes principios

La nueva ley, publicada a finales de 2006 tras un largo debate público, matizó algo las grandes leyes del 64 y el 92 sin efectuar grandes

modificaciones de las mismas. Por lo menos se mantuvieron los principios fundamentales ya aplicados desde hace años, entre ellos muchos que se vuelven a encontrar en la DMA como son, por ejemplo, los planes de gestión integrada a partir de las cuencas hidrográficas y el principio de «quien contamina paga».

2.1. Los grandes principios expresados en las leyes del agua

2.1.1. La cuenca hidrográfica como marco institucional de los distritos hidrográficos

La ley de 1964 creó seis distritos hidrológicos que corresponden a las cuencas de los grandes ríos: Garona, Loire, Sena, Rín, Ródano (cf. croquis). Las demarcaciones hidrológicas incluyen también las cuencas vecinas de ríos costeros mientras que las demarcaciones Artois-Picardía y Rín-Mosa, quedan limitadas a la parte francesa del curso de los ríos internacionales. En cada distrito hidrológico la administración competente es una agencia del agua, «establecimiento público del Estado con carácter administrativo» que goza de una autonomía financiera. Desde la ley de 1992, cada agencia elabora y gestiona los planes hidrológicos quinquenales de cuenca con la ayuda y aprobación del «comité de cuenca» correspondiente. De manera que una de las propuestas fundamentales de la directiva marco del agua estaba siendo ya aplicada en Francia desde hace algunos años.

Pero existen también otras instituciones estatales que, además de las agencias del agua, tienen que ver con la gestión del agua. En primer lugar, las 22 direcciones regionales de gestión del medio ambiente (DIREN) que dependen del mismo ministerio que las agencias del agua y con las cuales la colaboración no suele presentar dificultad. Hay también que contar con unos servicios dependientes de otros ministerios y relacionados con la salud, la agricultura, la industria y el equipamiento o fomento en general. La coordinación necesaria entre tantas instituciones competentes la suele cumplir una misión interministerial del agua (MISE) y existen serias dificultades para coordinar la planificación urbana y la planificación hidrológica, especialmente en lo referido al riesgo de inundación.

2.1.2. La gestión integrada del agua, insertada en una política de desarrollo sostenible se tiene que elaborar de forma descentralizada y democrática

La gestión integrada cuenta con nuevos objetivos generales como son la protección del recurso, la lucha contra las contaminaciones, el suministro de agua potable, la rehabilitación de los medios acuáticos y, sobre todo, la misma orientación de la política del agua, que deja de ser exclusivamente orientada hacia la producción de energía hidroeléctrica y al suministro de agua de riego como ocurrió durante tantos años atrás. En algunos casos, las obras realizadas en la segunda mitad del siglo veinte sin suficientes precauciones, necesitan rectificaciones, a veces con un coste elevado como, por ejemplo el formidable acondicionamiento hidroeléctrico del río Durance o el encauzamiento del Loire o del Ródano en su parte terminal. Hasta hay que remediar los efectos negativos de un crecimiento urbano imprudente y se trata entonces de un esfuerzo de larga duración como está siendo, por ejemplo, la evacuación de las reservas de los grandes museos parisinos expuestas a una avenida secular del Sena, tarea emprendida ya desde hace muchos años y todavía lejos de ser acabada.

La descentralización procede a la vez de la autonomía financiera de cada agencia y del perímetro exclusivo de cada distrito hidrológico. El comité de cuenca comprende usuarios, representantes electos de los municipios, departamentos y regiones y miembros de los servicios descentralizados del Estado siendo notable el papel de las asociaciones, colectividades locales y usuarios. Se considera como si fuese un verdadero parlamento regional del agua. Es un proceso democrático orientado hacia soluciones consensuadas que tienen el defecto de desembocar en medidas algo tímidas. En todo caso, el Estado mantiene un papel rector de árbitro por medio de los prefectos.

2.1.3. La financiación de la política del agua procede de un sistema que responde al principio «el agua paga el agua»

Cada agencia del agua tiene derecho de imponer gravámenes tanto al consumo como a la contaminación del agua según el principio «contaminador pagador». Eso permite conceder ayudas y préstamos importantes a las iniciativas que van mejorando el estado del agua al tiempo que pagar los gastos y salarios de las agencias (al principio se llamaron agencias financieras del agua). Las ayudas pueden alcanzar hasta 50% de las obras propuestas que pueden emprender

entidades públicas o privadas. Este papel eminentemente financiero va acompañado de una capacidad pericial que permite enjuiciar la calidad de los proyectos, pero que no se puede extender a la realización de las obras propuestas. Por lo tanto, el personal de las agencias tiene formaciones diversas, incluido las de ciencias humanas, sin que nunca predomine el papel exclusivo de los ingenieros de camino.

Las tasas pagadas por los usuarios son cánones proporcionales al volumen consumido y según un coeficiente en relación con el destino del agua y el lugar de captación. Para un precio medio del agua potable que fue de 3 euros /m³ en 2006 según los lugares, los dos principales cánones representaron alrededor de un 10%. De modo que las agencias disponen de importantes presupuestos, que les permiten fomentar una cierta conciencia del valor del agua que tiene un precio y, a la vez, repartir incentivos para que se mejore su gestión.

En realidad, se trata más bien de una mutualización de los gastos. Así, por ejemplo, de los 298 millones de euros que la agencia Ródano-Mediterráneo recobra en 2001, por los cánones de contaminación, el 69,5% correspondía a vertidos urbanos y tan solo un 0,2% a vertidos agrícolas.

Hasta el mismo lema «el agua paga el agua» puede tener inconvenientes. Las tasas recaudadas por la agencia tienen, en efecto, un tipo que fija el gobierno. Este último puede tener tentación de disminuir el tipo para compensar el aumento del precio de los servicios de agua, lo cual reduce el presupuesto de las agencias. La aplicación de las tasas según los volúmenes consumidos tiene también como consecuencia que toda economía de agua, por muy deseable que sea, reduce los medios financieros de la agencia.

2.2. Una breve historia de la elaboración de la nueva gestión del agua

2.2.1. Las primeras preocupaciones

Diez años después del fin de la segunda guerra mundial, empezó una mutación profunda de la economía de Francia con un fuerte desarrollo industrial y una modernización de la agricultura cuyos efectos se manifestaron por un notable aumento del consumo del agua y por una fuerte contaminación de las aguas residuales. Tras la creación de una comisión del agua, el gobierno constituyó, en 1961, un secretariado permanente para el estudio de los problemas del agua. La comisión

parlamentaria Marcilhacy, del nombre de su presidente, después de numerosos estudios y debates, elaboró un proyecto de ley basado en dos principios fundamentales que eran la gestión a nivel de cuenca y la necesidad de dar al agua un valor financiero con base en una tarifa calculada al coste marginal (trabajos del economista Pigou).

2.2.2. La ley de 16 de diciembre de 1964

La ley de 1964 condujo a la creación de las agencias financieras del agua y de los comités de cuenca, aunque, como suele ocurrir, su aplicación dependió de una serie de decretos posteriores : creación del Comité Nacional del Agua (septiembre 1965), de las misiones técnicas del agua (octubre 1965) que, en cada cuenca van a constituir el personal de las agencias (septiembre 1966), de la coordinación interministerial del agua (abril 1968), etc. De modo que la nueva gestión francesa del agua no quedó establecida hasta principios de los setenta tras un largo proceso de elaboración.

Al principio, las agencias aplicaban el canon de contaminación globalmente a los municipios, lo que provocó las protestas de los alcaldes. Por fin el canon se aplicó a los usuarios según el volumen de agua consumida, los municipios aseguraban su recaudación, sin que ello representase un gravamen en sus presupuestos y, además, podían aprovechar las subvenciones atribuidas por las agencias para edificar plantas de descontaminación.

Al principio, el canon de contaminación se ajustaba a unos parámetros elementales como son las MES, la DQO y la DBO5 aunque, con el tiempo, se tuvieron que añadir muchos otros, como, por ejemplo, los principales agentes de eutrofización. El cálculo del canon se volvió tan complicado que necesitó el apoyo de laboratorios especializados.

En cuanto al canon de recurso, su base tributaria depende de la calidad y cantidad de agua usada, del tipo de uso, más otras consideraciones que vuelven también el cálculo bastante complicado. En relación con el agua de riego, por ejemplo, no fue hasta principios de 1980 cuando se consigue definir su canon y su aplicación da lugar a una fuerte oposición de las comunidades de regantes que entablaron varios pleitos. No será hasta la última ley, la de 2006, cuando se consiga una solución jurídica al problema.

2.2.3. La ley de 3 de enero de 1992

Mientras tanto, con la obligación europea del tratamiento de las aguas residuales, el «precio del agua» fue aumentando rápidamente, mientras el crecimiento de la contaminación difusa de origen agrícola planteaba problemas apremiantes y, asimismo, iba creciendo el riesgo de inundaciones al compás de una fuerte urbanización.

Preparada por las jornadas nacionales del agua en marzo de 1991, la nueva ley de principios de 1992 estableció la planificación quinquenal integrada y concertada de las cuencas a base de planes directores (SDAGE) y de planes locales (SAGE). Los planes directores de cuenca suponían colaboración estrecha con las direcciones regionales de medio ambiente (DIREN) creadas también en 1992, mientras los planes locales (SAGE) iban a beneficiarse de «comisiones geográficas» que ya habían sido experimentadas desde principio de los 80.

La nueva ley se preocupó también de la policía del agua cuya acción había sido endeble si bien no se consiguió resolver todos los problemas en este tema. La policía del agua sigue dependiendo de diversos organismos estatales mientras se mantiene también el régimen jurídico propio de la madre de los ríos franceses. Los ríos que son, o fueron, históricamente navegables por barcos o armadías son calificados de domaniales y su lecho es propiedad del Estado. El lecho de los otros ríos es propiedad privada si bien el agua se declara «propiedad de la nación». Los propietarios privados tienen obligación de limpiar los ríos pero ya no lo suelen hacer con las consecuencias consabidas, especialmente con el aumento de los riesgos de inundación por acumulación de vegetación y diversos estorbos materiales.

2.2.4. La ley de 30 de diciembre de 2006

Nueve años han sido necesarios para conseguir el texto de la nueva ley que expresa una prueba de fuerza entre los diversos actores. Se trató de una verdadera batalla. Durante el gobierno ministerial de Dominique Voynet hubo, por ejemplo, 17 versiones diferentes del proyecto que, por fin, sus propios colegas del gobierno acabaron por descafeinar. La mayor oposición al proyecto vino de los agricultores que consiguieron evitar un canon de contaminación por pesticidas y nitratos, con el apoyo tanto de la izquierda (especialmente Jean Glavany, ministro de agricultura del gobierno Jospin) como de la derecha (el senador Bruno Sido consideró que los agricultores no tenían una renta suficiente para pagar una

tasa más). De manera que, en relación con la contaminación difusa de origen agrícola, la nueva ley defraudó muchas esperanzas. Hubo quien dijo que el principio «contaminador pagador» se había convertido en «contaminado pagador». En efecto, en 2005, los agricultores consumían el 68% del agua y pagaban el 1% de las contribuciones recibidas por las agencias mientras que los usos urbanos con un 24 % de los usos suministraban el 82% de las contribuciones.

Si bien en cada comité de cuenca tendrá posibilidad de revisar las contribuciones en relación con el recurso y con la profesión del consumidor, la mayor representación de los agricultores e industriales en los comités de cuenca no permite esperar una modificación más justa del reparto de las tasas.

En resumen, las agencias del agua y los comités de cuenca, creados por la ley de 1964, son los principales instrumentos de la política del agua en Francia. La autonomía financiera de cada una de las agencias y su no participación en las obras, es el hecho más notable. Deben llevar a bien una planificación hidrológica que fue instituida por la ley de 1992.

Ahora bien, por diversas presiones, entre ellas las de los agricultores, muchos principios habían perdido parte de su sentido, como fue confirmado con la ley de 2006. Ley que, para unos, tiene el mérito de existir aunque otros consideren que, frente a la obligación de cumplir la DMA, la nueva ley no constituye la herramienta adecuada.

3. El funcionamiento de las administraciones competentes y los problemas pendientes

Las agencias del agua y sus comités de cuenca son pues las administraciones competentes en el sector del agua y su papel sigue siendo muy positivo. Pero otras administraciones tienen también su propia actuación como, por ejemplo, las colectividades locales, municipios o agrupaciones de municipios sobre todo, que aseguran el saneamiento y la gestión local del agua potable.

3.1. Las agencias del agua

Cada una de las seis agencias de agua tiene su propio presupuesto con el cual asegura su funcionamiento y hasta sus propias publicaciones.

Su misión estrictamente financiera y de consejo técnico y científico, les prohíbe encargarse de las obras y de la policía del agua. Ayudas y gravámenes son indicados cada año. Las ayudas van desde la rehabilitación de las áreas húmedas, la protección del recurso, el suministro del agua potable, la lucha contra las contaminaciones hasta las acciones de sensibilización en las escuelas.

Por lo tanto, su personal es mas bien especialista en contabilidad, diversas técnicas del agua como saneamiento, potabilización, etc y químicos, agrónomos, juristas, economistas o sociólogos. Cada agencia tiene una sede principal y varias delegaciones regionales. Por ejemplo, la agencia Ródano-Mediterráneo-Córcega, con 360 empleados en 2002, tenía 70% de ellos en la sede de Lyon y los demás repartidos entre cuatro delegaciones regionales en Lyon, Marsella, Besançon y Montpellier.

Cada agencia tiene tres direcciones: una recobra los diferentes gravámenes, elabora estadísticas y suministra datos al público, otra elabora y cumple el programa director de planificación aprobado por el comité de cuenca, una tercera obra a nivel sectorial y escritura con las colectividades locales y hasta con empresas industriales o comerciales, contratos de diversos tipos: de río, de lago, de laguna, de bahía, de aglomeración, de riego, etc. Hay también contratos de colaboración con otros servicios del Estado como, por ejemplo, en lo relativo a las lagunas, con el Instituto de Investigaciones Marítimas (IFREMER).

La preparación de los planes quinquenales empieza con un acta del estado de la cuenca basado en los estudios locales de peritos de la agencia elaborados con ayuda del personal competente de las cinco direcciones regionales de medio ambiente de la cuenca. El plan queda revisado por las respectivas comisiones geográficas que, en el caso de la agencia Ródano-Mediterráneo corresponden a 17 subcuencas para un territorio de 130 000 km². (La isla de Córcega esta incluida en el área de la agencia pero tiene su propio comité de cuenca). Para cada subdistrito se elabora un cuaderno con mapas y recapitulación de las cualidades de las aguas de los ríos, lagos y aguas subterráneas, indicando ahora la probabilidad de conseguir en 2015 el buen estado de las aguas previsto por la DMA. La necesidad de cumplir en 2015 los objetivos de la DMA llevó a focalizar los esfuerzos en las operaciones más urgentes llamadas «retos». Si bien la función principal de las agencias es la financiación de obras en el tema del agua, tienen también un papel importante de investigación e información como

puede ser acerca del grado de contaminación de los ríos y lagos. Numerosas publicaciones, algunas puntuales, otras periódicas y más o menos especializadas son propias de cada agencia. Así, la agencia Sena-Normandía, la más importante tanto por el número de sus empleados como por su presupuesto, tiene además de la revista mensual «Confluence», otra trimestral («Memolex»), que recoge los decretos y leyes relativos al agua en Francia.

Aunque independientes, las seis agencias tienen lazos estrechos y llevan una serie de investigaciones interagencias acerca de una serie de temas cuyos resultados son publicados por el ministerio de medio ambiente con tiradas de 10 a 20000 ejemplares, dando lugar a una verdadera biblioteca práctica del agua.

3.2. Los comités de cuenca

A nivel de cada una de las seis cuencas un comité agrupa los diversos usuarios, los representantes electos, unos pocos peritos científicos y los representantes de los servicios del Estado que tienen una relación con el tema del agua. El comité de cuenca colabora en el programa quinquenal elaborado por la agencia y le da validez. Esos esquemas directores de gestión y ordenación de las aguas empezaron a funcionar a partir de 1997 y tomaron a partir de 2002 una orientación en conformidad con la DMA. Ningún servicio del Estado o de colectividades locales o regionales puede realizar obras que no sean en conformidad con los SDAGE que tienen un valor jurídico oponible.

Si bien los comités de cuenca trabajan en estrecha relación con los consejos regionales, generales (diputaciones) y municipales, el papel del Estado queda fundamental ya que el «esquema director de ordenación y gestión de las aguas» (SDAGE) necesita aprobación de la Misión Interministerial del Agua (MISE), del Oficio Nacional del Agua y Medios Acuáticos (ONEMA) de reciente creación (decreto del 25 de marzo 2007) y, por fin, la firma del Prefecto Coordinador de Cuenca. A nivel local, la gestión del agua, está organizada desde 1997 alrededor de «esquemas de gestión de las aguas» (SAGE) elaborados a iniciativa de Comisiones Locales del Agua (CLE) y que pueden abarcar tanto ríos, lagos y capas freáticas como bahías o lagunas.

3.3. Los problemas pendientes

Los problemas de la contaminación difusa de origen agrícola y de la prevención de las inundaciones se van conociendo mejor y se vuelven

cada día más preocupantes. Pero ninguna solución puede entrar en el sistema financiero propio de las agencias, según el cual el producto de las tasas tiene que volver hacia el fenómeno que justifica el canon, a efecto de combatirlo. Varios proyectos fueron elaborados desde la fecha de la ley de 1992 por los sucesivos ministros de medio ambiente que se sucedieron (Voynet, Bachelot, Lepeltier, Ollin) sin conseguir un resultado positivo.

3.3.1. El problema de la contaminación difusa de origen agrícola

De los diversos proyectos, el de Dominique Voynet, ministra «verde» del ministerio socialista fue el más completo aunque de una gran complicación. Preveía varios nuevos cánones: de derivación, de embalse, de área de inundación, etc. Presentado en el Congreso de diputados en mayo 2001, fue combatido antes de ser abandonado al finalizar el gobierno Jospín. Los nuevos proyectos dejaron prácticamente de tener en cuenta el problema de los nitratos de origen agrícola tanto por razones técnicas como por la presión de los agricultores.

3.3.2. El problema de la prevención de las inundaciones

A finales del siglo veinte y todavía en lo que va de siglo se produjeron unos desastres en relación con faltas de previsión en la implantación de habitats. El incentivo del lucro por una parte y el olvido de los acontecimientos históricos por otra, llevaron a las autoridades a tomar una serie de medidas:

- Los planes de prevención del riesgo de inundaciones (PPRI), establecidos con la ley del 2 F 95 y basados en la extensión de las mayores avenidas, tienen un valor consultivo y hasta pueden prohibir edificar en ciertas áreas.
- El anuncio de las avenidas por parte de un servicio que combina las previsiones meteorológicas y las condiciones de escorrentía con estaciones de medidas automatizadas y basado en modelos de previsión empieza a tener eficacia.
- Las medidas de protección de los bienes y de las personas limitan el refuerzo de los diques existentes y la construcción de nuevos diques a proteger las zonas edificadas. En cambio se va preconizando la preservación de áreas de expansión de las avenidas y el mantenimiento de la libre escorrentía de los ríos, tarea nada fácil.

4. El papel de los operadores públicos y privados

Al lado de las agencias del agua hay una serie de grandes operadores públicos o privados cuyo papel resulta muy importante. Entre ellos cabe señalar las empresas de producción hidroeléctrica como EDF, las sociedades de ordenamiento regional, las empresas privadas de producción, distribución, potabilización y saneamiento del agua que tienen en Francia una enorme influencia y las colectividades territoriales.

4.1. Las colectividades territoriales

Se trata de los consejos regionales, de los consejos generales, de los concejos municipales y de las mancomunidades de municipios. En la cuenca Ródano-Mediterráneo, por ejemplo, son seis regiones, 30 departamentos y muchos municipios. Están muy preocupados por el agua potable y su precio, porque, según el decreto 95 635 del 6 de mayo de 1995, los alcaldes tienen obligación de presentar a su consejo municipal una relación acerca del precio y calidad del servicio público relativo al agua potable. Tales presentaciones suelen constituirse en momentos de debate de gran importancia en la política local del agua, ya que los alcaldes están obligados a participar activamente en la defensa del recurso pero necesitan ayudas para edificar las plantas de descontaminación exigidas por las normas europeas y para renovar las redes locales de distribución de agua potable.

La gestión directa del servicio del agua (régie) resultaría más económica pero las colectividades locales deben ser tenidas en cuenta con suficiente importancia en la disposición de su propio servicio. Tanto las obras adecuadas como su funcionamiento necesitan grandes inversiones y una pericia que numerosos pequeños municipios no tienen capacidad de gestionar bien. Y es que los municipios franceses son más de 36 000, siendo muchos de ellos verdaderos despoblados, con lo que se multiplica número de servicios de captación y distribución del agua (cuadros 1 y 2).

Cuadro 1: Número de captaciones de agua para consumo alimentario en 2001 Fuente : Rapport sur la qualité de l'eau et de l'assainissement en France, office parlementaire d'évaluation des choix scientifiques et technologiques.

Naturaleza de las aguas	Número de captaciones	% de captaciones	% de vol.
Subterráneas	34 852	96 %	63
Superficiales	1 529	4 %	37

Cuadro 2: Unidades de distribución pública del agua (UDI).

Número de vecinos	Número de U D I	% de población en relación con el total
Menos de 500	16 580	} 25 %
De 500 a 5 000	8 076	
Más de 5 000	2 024	75 %

4.2. Los servicios descentralizados del Estado

Son numerosos los servicios del Estado en relación con el agua y, como ya se dijo, dependen de diferentes ministerios.

De tales ministerios el que más importancia tiene en el tema del agua es el de medio ambiente con su dirección general del agua, sus 22 direcciones regionales de medio ambiente (DIREN) y, claro, las seis agencias del agua.

Otro ministerio importante que se puede equiparar al de fomento en España por sus extensas atribuciones, se llama actualmente «ministerio del fomento, de los transportes, alojamiento, turismo y del mar». De este ministerio dependen las direcciones regionales y departamentales del equipo (DDE) así como una red científica y técnica con centros técnicos del equipo (CETE) que pueden llevar una ayuda técnica al maestro de obra en el estudio, por ejemplo acerca del impacto de las obras hidráulicas, de los riesgos de inundaciones, etc.

El ministerio de agricultura y pesca tiene las dos caras de Jano con la contaminación provocada por los agricultores y la acción benéfica en los ríos que generan los pescadores. Tiene también, con el ministerio de investigación, la tutela del CEMAGREF, institución científica y técnica con 9 centros de investigación en Francia continental.

L'Institut français de l'environnement, basado en Orleans, elabora y publica datos e informaciones del mayor interés, entre ellos acerca de la calidad del agua de los ríos.

4.3. Las empresas privadas especializadas en el suministro y saneamiento del agua

Desde finales del siglo XIX la mayor preocupación en la gestión del agua en Francia era la captación y distribución del agua en las ciudades y la organización de una red de esgotos de calidad. Si bien los servicios del agua eran públicos y de la responsabilidad de colectividades públicas, las obras y su funcionamiento eran aseguradas por grandes empresas privadas especializadas. En su tiempo este sistema dio resultados satisfactorios y necesitó importantes inversiones, otorgando a las empresas de servicios del agua una pericia y una potencia financiera que se mantienen todavía, incluso más allá de las fronteras nacionales.

La frecuente práctica de delegar los servicios del agua a una empresa privada, desde la captación, potabilización y distribución del agua hasta el saneamiento de las aguas residuales hay que relacionarla con el gran número de pequeños municipios de modo que, actualmente, más de la mitad de los habitantes de Francia (34 millones) han adoptado una gestión «delegada» de sus servicios del agua potable y saneamiento. La empresa puede tan solo explotar las obras realizadas (arrendamiento) o puede emprender además las obras necesarias (concesión). Ocurre, asimismo, que un gran municipio o, cada día más una agrupación sindical de municipios e incluso un departamento, lleven el servicio público del agua directamente, lo que se justifica cuando se trata de una población numerosa que puede tener una administración propia. Este último caso es el de los departamentos del Val de Marne o del Norte por ejemplo.

El procedimiento general de colaboración entre el sector público y el sector privado puede dar buenos resultados pero, en no pocos casos, encarece el precio de los servicios. El desarrollo de empresas que tienen una gran pericia tiene también inconvenientes y provoca muchas

críticas. Casi siempre están ligadas a grandes empresas de obras públicas y constituyen grupos capitalistas potentes. Veolia (antigua Compagnie Générale des Eaux) con su filial OTV es la más importante y tiene estrecha relación con el grupo de O.P. Campenon Bernard. «La Lyonnaise des eaux» del grupo Suez con su filial Degrémont esta cerca del grupo de O.P. Dumez y tiene intereses también fuera de Francia como Agbar. Ambas empresas pueden obrar conjuntamente como en Marsella (Société des Eaux de Marseille) o cada una por su lado como en Paris Lyonnaise en la ribera izquierda del Sena, Générale en la ribera derecha). La «Sociedad de actividades urbanas y rurales» (SAUR) lleva el servicio del agua de muchos municipios pequeños y tiene relación con el grupo de O.P. Bouygues. Tiene también el 49% del capital de la «hija» agua del holding BRL de modo que, con el proyecto de trasvase de agua del Ródano a Barcelona, una empresa privada podía aumentar sus beneficios aprovechando una vieja concesión del Estado.

4.4. La empresa «Electricidad de Francia» (EDF)

A partir de mediados del siglo XX, después de la segunda guerra mundial, la necesidad apremiante de energía llevó a la creación de una gran empresa pública: «*Electricidad de Francia*» (E.D.F.), a la que se le otorgó el monopolio de la producción y distribución eléctrica en el territorio nacional. Su objetivo era sobre todo de suministrar energía y fue el punto de partida de un programa de grandes embalses, siendo el primero de ellos el de Tignes, en Saboya, inaugurado en 1952 después de la dramática expulsión de los vecinos de algunas aldeas anegadas por las aguas del lago.

Actualmente, EDF explota el agua de más de 250 embalses, con un volumen total de 7 Km³. Cuatro centros automáticos de mando regulan la gestión del 80% de la producción y, a pesar de la separación empresarial reciente entre producción y distribución y de la disminución del porcentaje del capital estatal, EDF mantiene una enorme influencia que da lugar a conflictos con los políticos locales si bien, desde hace algunos años, se preocupa más de algunos objetivos ecológicos o sociales.

4.5. Las sociedades de ordenación regional (SAR)

A partir de 1955 un decreto propició la posibilidad de crear empresas semipúblicas cuya misión era compensar la proverbial centralización francesa y dar un impulso económico en las regiones meridionales. Eran

las Sociedades de Ordenamiento Regional (Société d'Aménagement Régional o SAR) como la del Bajo Ródano-Languedoc, la del Canal de Provença y la de los alcores de Gascuña. Si bien podían crearse en cualquier región, las más importantes se crearon en el sur de Francia donde el agua tiene un papel estratégico: Landas de Gascuña, Bajo-Ródano-Languedoc, Canal de Provença con usos agrícolas importantes.

Se trata de empresas de derecho privado de las cuales son socios las colectividades regionales y locales. Captan, llevan y tratan el agua que el Estado les concedió con la posibilidad de emprender y gestionar las obras necesarias así como de tener un papel en el desarrollo rural. Pueden también promover en Francia y en todo el mundo su pericia en el sector del agua y del saneamiento.

4.5.1. El caso BRL y sus lazos con el proyecto de trasvase de agua del Ródano a Barcelona

La primera sociedad de este tipo, la Sociedad Bajo-Ródano-Languedoc (BRL), fué creada en 1955 con sede en Montpellier. Su misión era fundamentalmente la puesta en regadío de una región mediterránea dedicada al monocultivo de la viña para vino de mesa. Para cumplir tal misión era necesario captar agua a nivel del Ródano y bombearla para repartirla entre las tierras agrícolas de las terrazas entre Nimes y Montpellier, mientras otra derivación ponía agua a disposición de los usos urbanos y turísticos del litoral. Tales medidas favorecieron una extensión de cultivos de frutales regados, pero se orientaron sobre todo a los viñedos y la sociedad tuvo dificultades financieras serias.

El derecho de agua atribuido a la empresa por el Estado bajo forma de una concesión de 85 años era enorme (75 m³/s). El primer director de la sociedad, el famoso Philippe Lamour, relata en sus memorias su satisfacción por haber conseguido lo equivalente al caudal medio del Sena en París durante el mes de agosto. Pero el fallo de la empresa en relación con el programa previsto era bien claro ya que, a finales del siglo veinte, el consumo de agua no pasaba del 15% del total del volumen concedido.

El proyecto de trasvase del agua del Ródano a Barcelona, de unos 15 m³/s en 1995, apareció entonces como una formidable oportunidad financiera tanto para la sociedad francesa como para ATLL del lado español. La primitiva sociedad francesa, de los años 50, se había

convertido en un holding con sociedades hijas, siendo la más importante de ellas, la que se encarga de vender agua y de controlar a nivel de un 49% la SAUR, sociedad privada de saneamiento y producción de agua potable ya señalada. El proyecto de trasvase internacional fue, por fin, abandonado al suceder Maragall a Pujol como presidente de la Generalitat.

4.5.2. La Sociedad del Canal de Provenza

La orientación pirenaica de los plegamientos predomina en el sur de la Provenza de modo que tanto el trasvase de agua como las comunicaciones entre el interior y la parte litoral resultaban difíciles. No obstante, el desarrollo urbano del litoral a partir de finales del siglo XVIII hizo imprescindible llevar agua del Durance a Marsella cuya población pasaba los 100.000 habitantes. En 1840 se emprendió las obras de un canal de 85 km, con albercas de decantación y, para el franqueo de un río, un acueducto de sillares de 400 metros de longitud y 80 metros de altura. El caudal de 5,75 m³/s permitió no solo una correcta alimentación de los vecinos sino también una transformación del paisaje de las cercanías de Marsella y hasta la implantación de molinos harineros. En 1971, aquella capacidad fue doblada aunque resultó insuficiente para garantizar un suministro seguro.

La Sociedad semipública del Canal de Provenza, creada en 1957, tenía los objetivos de suministrar agua no solo a Marsella sino a muchas otras ciudades del litoral y de promover el desarrollo económico y social de la región de Provenza por medio de obras de acondicionamiento del río Verdón. Las obras, que duraron un cuarto de siglo, permiten repartir cada año 660 Hm³ a través de una red de distribución enterrada y bajo presión, suministrando agua a unas 65.000 ha de regadío y a los principales centros urbanos e industriales de la región. Tiene la particularidad de funcionar con una regulación dinámica. siendo el conjunto de la red controlada automáticamente desde un centro único cerca de Aix.

Es agua, de muy buena calidad, procede del Verdón, afluente del Durance, en cuyo curso se han edificado cuatro embalses de gran capacidad. La empresa regula el uso del agua con mucho cuidado y la distribuye según tarifas distintas en relación con los usos y volúmenes consumidos. Sirve a la vez para alimentación, riego y usos industriales.

4.6. Las comunidades de regantes

Tradicionalmente el regadío se localizaba en la parte mediterránea de Francia, especialmente en el Rosellón y en Provença, pero, desde hace treinta años el desarrollo del cultivo del maíz destinado a la alimentación animal llevó a una extensión del riego hacia el oeste de Francia hasta la llanura de Beauce. Este nuevo regadío, asociado a un cultivo intensivo impulsado por un potente lobby, ha causado graves perjuicios: El acuífero de Beauce por ejemplo, de una superficie de 9000 km² con un volumen estimado a 20 Km³ alcanzó, a partir de 1991, un nivel dramáticamente bajo provocando hasta la desaparición completa del Conie, un pequeño río, en 1991 y 1997 y serios conflictos entre usuarios. Una doble operación de economía de agua de riego y la creación de un SAGE han permitido una atenuación del riesgo de desaparición del acuífero, aunque todavía no de su contaminación.

Conclusión

En Francia, los servicios del agua potable y del saneamiento son, tradicionalmente, de la incumbencia de los municipios. A partir de la ley de 1964 se añadió una planificación regional a nivel de las grandes cuencas, independientemente de las demarcaciones administrativas. Tal multiplicación de entes gestores no ha conducido aquí a los conflictos territoriales graves que pueden reconocerse en otros países, pero si existen problemas de adecuación a nivel de escalas y de límites.

Así, por ejemplo, el escaso tamaño de no pocos municipios les dificultan sobremanera la gestión municipal de los servicios del agua, a no ser que se vayan agrupando o mancomunando con otros municipios vecinos. Asimismo, las complicaciones legales y la excesiva burocratización de los servicios del Estado, restan eficacia a la correcta gestión del recurso, lo que está solicitando un remedio urgente.

En cuanto a la tradición francesa de delegar en empresas semipúblicas y privadas los servicios del agua, si bien no merece todos los reproches que en estos momentos se le hace, provoca sin duda muchas tensiones sociales y políticas, ya que no se puede olvidar que el 75% de los once mil millones de euros que pagan anualmente los usuarios del agua van facturados por empresas privadas.

Pero el mayor problema procede del impacto preocupante de la contaminación difusa de origen agrícola y, más aún, de la desidia, desgana y falta de voluntad política para resolverlo. El cultivo del maíz, tanto por el consumo del agua como por la cantidad de herbicidas que necesita, aparece actualmente como la mayor causa de degradación del recurso, especialmente en la parte occidental de Francia, donde se evidencia, en el marco europeo, una grave contradicción entre la política agrícola y la de medio ambiente.

Bibliografía

Ministerio de Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible.
<http://www.environnement.gouv.fr>

Red Nacional de Estadísticas Agua (SIE). <http://www.rnde.tm.fr>

Instituto Francés de Medio Ambiente. <http://ifen.fr>

Agencias del Agua. <http://www.eaufrance.com>

Miquel, G (2003), *Rapport sur la qualité de l'eau et de l'assainissement en France, office parlementaire d'évaluation des choix scientifiques et technologiques*, dos tomos, Assemblée Nationale et Sénat, Paris, www.assemblée-nationale.fr

Colaboración del Proyecto de Investigación de I+D+I del Ministerio de Ciencia e Investigación CSO 2009-12225-CO5-05C (subprograma Geog): "Las unidades básicas de Paisaje Agrario de España. Identificación, delimitación, caracterización y valoración: La España Meridional Andaluza".

www.age-geografia.es



www.unia.es



"Esta editorial es miembro de la UNE,
lo que garantiza la difusión y comercialización
de sus publicaciones a nivel
nacional e internacional".

